

Informe de Investigación
Proyecto Multiculturalismo en Uruguay

**Entrevistas en profundidad a descendientes de
charrúas, afro-uruguayos, inmigrantes y
descendientes de vascos, italianos, suizos, libaneses,
armenios, rusos, judíos, peruanos y árabes**

(Volumen II)

2007-8



Equipo de trabajo:

Responsable:

Felipe Arocena

Colaboradores:

Sebastián Aguiar y Rafael Porzecanski

Alumnos del Taller de Sociología de la Cultura y entrevistadores:

Lorena Calvo, Gonzalo Lucas, Pablo Silva, Natalia Alonzo, Leticia Carro, Verónica San Martín, Lil Vera, Juan Cristiano, Victoria Cestau, Gabriela Otton, Federico Mello. Hernán Cabrera, Carlos Rampoldi, Gabriela Ugo, Ximena Vargas, Ana Zapater, Valeria Brito, Soledad Petit, Anna González, Denise Camou, Ana Ermida, Natalia Ríos, Mariana Tenenbaum, Luciana Bruno, Mercedes Rodríguez, Paola Castillo y Estela del Río

Homogeneización de las entrevistas para este informe:

Verónica Hiriart

Presentación

Los dos volúmenes de entrevistas que aquí se publican constituyen uno de los múltiples productos del Proyecto de Investigación Multiculturalismo en Uruguay, dirigido por el profesor Felipe Arocena con la asistencia de los profesores Sebastián Aguiar y Rafael Porzecanski, y financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República durante los años 2007 a 2009. Dicho proyecto estuvo radicado en el Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Estas entrevistas se planificaron y realizaron en el marco del Taller Central de Sociología de la Cultura 2006-2007, coordinado por Arocena en colaboración con Aguiar. Fueron los alumnos del Taller, que es requisito curricular de la Licenciatura de Sociología, quienes las llevaron a cabo. Algunas de estas entrevistas (22 de las 94) fueron recogidas en el libro *Multiculturalismo en Uruguay*, Editorial Trilce, Montevideo, 2007, pero aquí se presentan completas, casi sin editar, junto a muchas otras que no fueron recogidas en ese libro.

El Proyecto de Investigación y el Taller, ambos vinculados estrechamente, constituyen una de las iniciativas más importantes de investigación científico-social desarrolladas sobre identidades étnico-raciales en el Uruguay. A través de diseños de investigación cualitativos (basados predominantemente en la técnica de entrevistas en profundidad), los análisis e insumos generados por los diversos grupos de trabajos conformados en dicho Taller permiten conocer y visualizar un Uruguay diferente, desafiante del mito de país étnicamente “hiper-integrado”, sin desigualdades ni discriminación y con total asimilación de las minorías inmigrantes y sus descendientes a una supuesta “única” y “global” cultura uruguaya.

Este Uruguay diferente, “multicultural”, que se retrata a lo largo de las cerca de mil páginas de testimonios aquí presentados, es el de los afro-descendientes, sus particulares tradiciones culturales (muchas de las cuales han trascendido al colectivo y pasado a ser parte del patrimonio cultural nacional), sus sufridas experiencias de discriminación en los más diversos ámbitos de la sociedad uruguaya y sus luchas por una sociedad con plena igualdad racial; es el de los descendientes de suizos y rusos habitantes de Nueva Helvecia y San Javier respectivamente, con sus respectivos ritos, instituciones y espacios que recuerdan y recrean las identidades de sus países de origen; es de los armenios y judíos, dos colectividades urbanas, ejemplos arquetípicos de minorías étnicas en donde la institucionalidad y ritualidad religiosas han jugado

un papel insoslayable para la preservación comunitaria a lo largo de los siglos; es el de los descendientes de charrúas, que claman por el reconocimiento oficial de los aportes hechos a nuestra sociedad por las llamadas “minorías nativas” y cuestionan la visión de un Uruguay unívocamente europeo; es, por citar un último ejemplo, el de los recientes inmigrantes peruanos, sus precarias condiciones laborales y sus dificultades para integrarse cabalmente a un tejido social que dista mucho de aquel existente a principios del siglo XX.

El documento presenta las transcripciones de todas las entrevistas en profundidad realizadas a lo largo de esta iniciativa de investigación, sin ningún tipo de censuras y basado en una edición que procura respetar y reflejar al máximo el diálogo entre entrevistadores y entrevistados, dentro de los naturales límites que impone toda “traducción” de una situación de interacción social al papel (que incluye pero traspasa lo estrictamente lingüístico). A lo largo de estos dos volúmenes, el lector se topará con diálogos sobre una multiplicidad de temas vinculados al Uruguay multicultural, y podrá escuchar las voces de integrantes de once minorías diferentes: afrodescendientes, árabes, armenios, charrúas, italianos, judíos, libaneses, peruanos, rusos, suizos y vascos.

Es habitual leer en los manuales de metodología científico-social que los hallazgos de toda investigación empírica deben ser “replicables”. Esto, entre otras cosas, implica ofrecer a todo investigador que así lo desee, la posibilidad de analizar cuantas veces crea necesario el material empírico tratado para discutir si las conclusiones presentadas por la investigación original están o no sólidamente respaldadas por los datos utilizados. Así, la transcripción y publicación de la totalidad de entrevistas en profundidad realizadas a lo largo del proyecto “Multiculturalismo en Uruguay” tiene un valor metodológico insoslayable, permitiendo corroborar plenamente la validez de las conclusiones extraídas en los diversos informes de investigación generados en dicha experiencia de investigación y abriendo las puertas para la generación de nuevos trabajos sobre identidades étnico-raciales en el Uruguay.

Naturalmente, el documento aquí presentado trasciende su valor metodológico y constituye un material de consulta para todos aquellos interesados en saber más de los orígenes de nuestros habitantes, de las formas en que dichos orígenes se manifiestan en la vida cotidiana o en ocasiones pautadas por los diversos calendarios étnicos, de las particulares articulaciones entre las identidades étnicas de referencia y la pertenencia a la nación uruguaya, y de las cambiantes

(y no siempre armónicas) relaciones que nuestras minorías inmigrantes sostienen con sus países de origen o sus “patrias” de referencia.

Además del texto se incluye en estos volúmenes un CD con las entrevistas en formato Word para quien desee utilizar algún programa informático de análisis de texto y realizar nuevas interpretaciones y explotar este material que aún tiene mucho para dar. Quien así lo desee tiene toda la libertad para usarlo como insumo empírico de nuevas investigaciones. No se podrán utilizar ni transcribir, sin embargo, las entrevistas enteras o parcialmente, salvo cuando se trate de cita de fragmentos.

Indice de Entrevistas

Volumen I.

I. Los Afrodescendientes	7
II. Los Arabes	149
III. Los Armenios	216
IV. Los Charrúas	326
V. Los Italianos	441

Volumen II.

VI. Los Judios	485
VII. Los Libaneses	562
VIII. Los Peruanos	586
IX. Los Rusos	676
X. Los Suizos	785
XI. Los Vascos	837

VI. LOS JUDIOS

Entrevista a Abel Bronstein

* Abel Bronstein es director ejecutivo de la Kehilá (Comunidad Israelita del Uruguay).

Entrevistador/a: ¿Usted es hijo o nieto de inmigrantes judíos?

Abel: Hijo. Yo soy nacido acá, pero soy hijo de inmigrantes.

Entrevistador/a: ¿De dónde vinieron sus padres? ¿Cuándo vinieron?

Abel: Vinieron de Polonia, los dos; mi padre vino primero en el año 1930. Vivía en un pueblo cerca de Varsovia (que era la capital de Polonia) que se llamaba Viscov, a unos setenta u ochenta kilómetros de Varsovia. Mi madre es de Varsovia. Ellos se conocían de antes, había una familiaridad entre las madres. Se vivían cosas traumáticas en esa época. En el pueblo eran casi todos judíos, pero los empleados públicos, los policías, los del correo, no lo eran, porque a los judíos en Polonia no se les permitía desarrollar las tareas que ellos quisieran, no tenían libertad, eran ciudadanos de segunda clase, en todo sentido. Había lugares [por] donde no podías caminar arriba de la vereda; cuando venía alguien te tenías que bajar y tenías que caminar por el costado. Generalmente, esos pueblos estaban al lado del terrateniente, y estos pueblos servían como lugares [de] donde abastecerse: estaban los sastres, los talabarteros, los zapateros, los lecheros, los carniceros. Tampoco podían estudiar, ni ir a la Universidad, con la excepción de lo que llamaban los números *clausus*, es decir, una cuota de judíos que podían entrar a la Universidad.

Otros judíos tenían [que realizar] un servicio obligatorio en el Ejército, que le decían la *leva*, [a donde] llevaban a los judíos con una duración indeterminada. Por lo general, cuando había enfrentamientos o guerra, se los ponía en los primeros lugares como carne de cañón. Por eso, todo el mundo se iba del país, para evitar entrar en el Ejército. Cuando mi padre tenía dieciocho años vino la *leva* para llevarlo, pero como era huérfano de padre se salvó. Pero ya le adelantaron: "el año que viene no te salvás". Entonces, hicieron todos los trámites, y el único país que encontraron (mi abuela no quería que se fuera clandestino o que corriera ningún riesgo) era [sic] Uruguay. Y tuvieron la Visa de entrada y la aceptación, en el año 1930, y ahí empezó su vida. Cuando mi padre llegó, lo único que él tenía era un paquete para una persona de su pueblo. Ese paquete era la vida o la muerte, porque era el contacto con el nuevo mundo. Mi padre no tenía la cultura del lugar. Cuando vos salís de un lugar que te oprime y vas a un lugar

donde existe la libertad total, tenés dificultad para integrarte; las pautas con las cuales se vive son totalmente distintas.

Entrevistador/a: ¿Él tenía un paquete que le tenía que dar a alguien que era su contacto?

Abel: Sí, era algo que se usaba mucho porque esa persona era el que te iba a introducir. Este contacto consiguió que un sastre, que vivía ahí cerca, en la misma zona, lo tomara a mi papá, le diera un colchón para dormir y comiera a cambio de trabajo. Y así arrancamos.

Entrevistador/a: ¿Y su madre?

Abel: Mi madre demoró cinco años en poder venir. A esa altura mi papá estaba viviendo en el Interior, en San Carlos-Maldonado, donde yo nací. Mi madre llegó en el año 35 y se casaron enseguida. Después, en el año 37, más o menos, fue que, entre mi papá, mi mamá, su hermana y otro, decidieron traer a uno de cada familia: uno de la familia de mi papá y otro, un hermano de mi mamá. Cuando llegaron, en vez de un hombre y una mujer llegaron dos hombres, porque la hermana de mi papá se casó con su novio y mandó al novio para trabajar. Pero para traerlos a ellos le estaban reclamando que mi papá tuviese tierra. Él tenía un cliente; era un estanciero en las afueras de San Carlos que se llamaba Medina, a donde mi papá iba todos los domingos porque eran amigos. Y él fue allí un domingo de mañana y le dijo: "¿qué te pasa que estás triste, Simón?" y mi padre le contó su problema. Entonces, el amigo llamó al escribano y puso la estancia a nombre de mi papá, y con esa escritura papá hizo las gestiones y vinieron sus dos cuñados. Inmediatamente que llegaron fue mi papá de vuelta al escribano, hizo la contraescritura y se la devolvió. Hoy nadie te va a dar una estancia y a ver qué pasa. Por eso todos los cambios que ha habido en la sociedad en general.

Entrevistador/a: ¿Qué percepción tuvieron sus padres cuando llegaron al Uruguay?

Abel: Y... ellos llegaron a tratar de hacer una vida nueva. Vivieron como una generación de transición, ellos generaron las condiciones para los que veníamos detrás. Por eso, los judíos son el grupo social que tiene mayor crecimiento social. Nuestros padres tenían muy claro que cuanto más arriba pusieran a sus hijos, más rápidamente se iban a integrar. Y su función en la vida era esa, es decir, ellos tuvieron un rompimiento con su familia normal y ellos vinieron a crear una nueva vida.

Entrevistador/a: ¿Cómo vivían el hecho de ser una generación de transición?

Abel: Mis padres nunca me quisieron enseñar su oficio. Mi padre me decía: "alcanza con que nosotros dos seamos esclavos". Querían que nosotros nos formáramos, que tuviésemos otro tipo de vida. La primera generación de inmigrantes llegó a tener un crecimiento tal, que había entre ellos comerciantes e industriales de primera línea. Incluso, gente que llegó sin la cultura del lugar pasó a tener ese crecimiento en su vida. Pero no solamente desde el punto de vista material, también desde el punto de vista de la formación académica. Hay una cantidad de judíos en la cultura, en los académicos hoy [sic]. Después de que terminó la dictadura, el 5% de los grados cinco eran judíos en la Universidad de la República. Habida cuenta de que los judíos éramos en ese momento el 0,73% de la población, en eso hay un crecimiento muy superior [con relación] a la sociedad en general. Pero lo más importante es el choque cultural, a diferencia del español o del italiano, que llegaba acá y tenía otras posibilidades porque disponía de un idioma y disponía de una cultura similar. La herencia que tenía la sociedad, en general, viene de esos dos grandes grupos migratorios.

Entrevistador/a: Para ellos, ¿Uruguay era la libertad total en esa época?

Abel: En comparación, sí. Partamos de la base de que no tenías que decir que eras judío, o lo que eras. Uruguay fue el primer país y es el único de Latinoamérica que es laico. En el año 1917 don José Batlle y Ordóñez separa la Iglesia de Estado y forma, conceptual y formalmente, una sociedad laica en donde vos no tenés que decir de qué religión sos, ni siquiera si sos o no sos religioso. En otros países tenés que declarar y te figura en tu documento: sos judío, sos católico, sos musulmán. Nosotros no nos damos cuenta de lo que eso significa y eso les ha dado a los judíos de Uruguay una singularidad en relación a [sic] otros países. Hace dos años hicimos un acto del Holocausto e invitamos a cuatro sobrevivientes. Una señora dijo que una de las cosas que más apreciaba era haber podido llegar acá y haber podido criar a sus hijos en libertad. Y una de las cosas que más le llamó la atención fue que a la semana de estar acá, le dijo a un pariente: "tenemos que ir a la comisaría". "Pero ¿para qué querés ir a la comisaría?". Y contestó: "hace una semana que estoy acá, yo tengo que ir a declarar que estoy acá." En esa época de guerra y en todos los países, los judíos se tenían que presentar en la comisaría una vez por semana a demostrar que estaban, qué es lo que estaban haciendo y todo lo demás. Es un golpe importante. Mientras acá en Uruguay, nadie te hace ningún tipo de discriminación, donde tu hijo puede ser presidente de la República sin problema. Es decir, tenés un campo que se te abre; podés hacer todo lo que quieras, lo que de tu potencia salga. El derecho a ir a la escuela; estás en un país donde no hay servicio militar obligatorio y, por lo tanto, tampoco hay discriminación en ese sentido, ningún tipo de discriminación.

Entrevistador/a: ¿Cuál es la misión de la Kehilá?

Abel: La misión que tiene la Kehilá es la continuidad judía, satisfaciendo las necesidades que los judíos tienen como tales. Eso puede variar: hay elementos que se mantienen, que son esenciales, y otros que varían según las necesidades culturales. Si hubiera un *ranking*, el primer elemento que tenemos los judíos es el derecho a la vida, es decir, el valor de la vida está por encima de cualquier otra cosa. Parece perogrullesco, porque si no tenés el derecho a la vida ¿qué otro derecho se puede aplicar? Pero los judíos tienen una cultura tendiente a la vida; incluso se puede violar todos los otros preceptos siempre y cuando sea para salvar la vida. El segundo elemento es el derecho a la libertad. Éste es un elemento esencial que nace con el judaísmo (no se olviden que los judíos salieron de Egipto, esclavos, guiados por Moisés. Pero no es solamente en el sentido de la libertad física, sino que estamos hablando de la libertad como concepto. Para que haya libertad, es importante poder elegir. Pero para optar, ¿qué se requiere? El raciocinio; esa es la singularidad del ser humano. Lo que nos hace distintos a los animales es que somos capaces de racionalizar, que es lo que nos permite optar y está establecido claramente que es un derecho. Pero también es una obligación: la libertad indica que uno puede optar por lo que sea, pero hay que hacerse cargo de las consecuencias que trae, que es lo que cuesta más.

El elemento esencial, que a los judíos les permitió sobrevivir en la diáspora y mantenerse como pueblo, fue el racional. Como el pueblo judío es y siempre fue una minoría, la forma que tenía de sobrevivir no era la fuerza, sino el ejercicio de la razón. Y eso se nota en todas las demás cosas que tienen los judíos, en la forma de vincularse y de formarnos. Por ejemplo, a los rabinos el que los va formando en el seminario los pone uno frente a otro y los hace defender la tesis distinta a la que tienen, porque es la forma que tenés de ponerte en el lugar del otro. Y el tercer elemento en la escala es lo que se llama *tzedaká*, que en hebreo es justicia social. Los judíos han mantenido ese concepto según el cual todos somos responsables por los demás, por los hermanos. Este concepto, a diferencia del cristiano, es bilateral: el que necesita tiene derecho a pedirlo y el otro tiene la obligación de darlo.

Entrevistador/a: ¿Cómo una demanda de algo que le corresponde?

Abel: Que le corresponde. Por eso es una relación bilateral. Se dice que cada uno de nosotros no dispone del 100% de lo que tiene, sino que hay un 10% de lo que tenemos que le pertenece a la *kehilá* [a la comunidad], que, en la antigüedad, tenía que distribuirse entre aquellos que no

llegaron a hacer la cosecha, dándoles [sic] los elementos esenciales para su manutención. No es un asistencialismo, sino que hay que ayudar al otro para que se reintegre a la sociedad, para ser autoválido [sic].

Entrevistador/a: ¿Qué actividades realiza la Kehilá?

Abel: Lo que la Kehilá va a desarrollar va a estar en relación con el resto de las organizaciones. En la medida que haya organizaciones que empiecen a cumplir ciertas funciones como la educación o los movimientos juveniles, entonces nosotros no tenemos porqué tener ni una escuela ni un movimiento juvenil. Es el espectro del mercado el que va marcando de alguna manera cuáles son las necesidades. Si vos tenés gente que desarrolla una actividad deportiva, por ejemplo, y entendés que eso puede ser un factor importante en el desarrollo de la vida comunitaria judía, no tenés la obligación de hacerlo. Salvo que hay un mandato estatutario que dice que tenemos que mantener una sinagoga [abierta] en forma diaria, pero el sentido que esto tiene es que, si por esas cosas no hay en todo Montevideo una sinagoga que esté abierta para aquel que tenga necesidad de ir, para hacer el rezo, tenga las certezas de que aquí viene y la tiene. Pero no es el ánimo de suplir o de competir con nadie. Y así se van acotando las necesidades, de acuerdo al tamaño que tenga la comunidad. Si es muy pequeña tiende a concentrar todas las cosas en un mismo lugar. En la medida que empieza a haber una mayor cantidad de población, naturalmente, empiezan a gestarse otras cosas.

Entrevistador/a: ¿Usted cuándo empieza con las actividades en la Kehilá?

Abel: Yo, hace veinticinco años que estoy acá, en este rol. Antes tuve una inserción en forma voluntaria, trabajando en algunas comisiones de jóvenes. Ahora soy el director ejecutivo. En rigor estricto, soy la cabeza profesional de la institución. Un grupo humano que se quiere integrar en una nueva sociedad, ¿qué es lo que hace?, el proceso de aculturación ¿por dónde empieza? Empieza por estar con los iguales. Es una necesidad natural, porque si no tenés idioma, si no tenés conocimiento de la sociedad, de cuáles son las pautas con que se manejan (que esos son los elementos culturales), aprenderlos te lleva tiempo si estás solo. Entonces, cada uno naturalmente busca al igual, a aquél que habla su idioma, aquél que tiene las mismas necesidades, y entre ellos se ayudan; el que llegó hace más tiempo, ayuda al que llegó recién. La tendencia fue [a] que la gente, incluso, se juntara en el mismo barrio, los del mismo país, los polacos por su lado, los rusos por otro lado, los lituanos por otro lado, y dentro de ellos se entraron a diferenciar los de tal pueblo, los de tal otro, porque cada uno tenía una cultura también diferencial [sic].

En mi barrio, en Goes, hay una calle emblemática que es Emilio Reus, que simboliza la inmigración judía. Eran casas de dos pisos, entonces había una familia abajo, otra arriba, se compartía, pero para llegar a eso alguien te tiene que llevar y te tiene que poner en contacto, alguien que hable en el mismo idioma. Ahí se ve el concepto de la solidaridad, que siempre había uno que estaba atento, y ya te van avanzando. En nuestro barrio, la mitad del barrio era judío y la mitad no era judía. En la escuela, nuestros amigos, nuestros compañeros del barrio nos preguntaban: "¿cuándo es la fiesta de ustedes?" porque ese día no se estudiaba. Y en mi casa, si bien mis padres hablaban el español, a nosotros nos hablaban en yiddish. En aquella época el almuerzo era una tradición: sentarse a comer a las doce, todos en la mesa. Se prendía la radio y había tres audiciones en yiddish al mediodía. La dieta de comida era una comida judía, o comidas que no eran exactamente judías, pero que [las] habían traído desde su Europa natal. Cuando venía *Pedrito*, mi amigo del barrio que no era judío, se asombraba de lo que comíamos. Vos sentías que eras distinto que el otro. En el barrio había panaderías judías, fiambrerías con la dieta judía. Sin embargo, cuando mis hijos estaban estudiando y venían sus compañeros todos tomaban mate y [comían] bizcochos. Ahí está ese proceso de aculturación que se va haciendo a medida de que uno se va integrando; la sociedad adquiere algunas pautas que vos entregás y vos recibís de la sociedad otras. Cuando eso se produce es cuando se terminó todo el proceso de aculturación.

Yo rechacé dos veces la oferta de trabajar acá, a pesar de que lo necesitaba, para no tener que enfrentarme al tema del cementerio y de la muerte (porque nosotros administramos el cementerio). La gente, cuando fallece un familiar, tiene que venir aquí a declarar, a definir el lugar y todo eso. A la tercera vez las necesidades pudieron más y heme [sic] aquí. El concepto de vida, de la esencia de vida que tiene el judaísmo, me hizo en forma instintiva empezar a crear cosas acá adentro, a poblar el Departamento de Cultura, de ayuda social, que estaba muy acotado y ahora está lleno de programas. Hoy llegamos a tener un área de discapacitados muy importante, y un trabajo con ancianos en un grupo socioeducativo muy importante que permite la afirmación del anciano en la sociedad. Hay programas preventivos, programas asistenciales, de todo. En fin, todo eso fue creado a partir de ese momento en que yo, en forma instintiva, entendí que en la concepción judía, a la muerte se le contesta con la vida.

Entrevistador/a: ¿Cómo participa la gente de las actividades que hay acá? ¿Paga una cuota?

Abel: [La gente] paga una cuota, pero no por ser socio. Acá, nosotros no tenemos una cuota preestablecida; cada uno paga de acuerdo a sus posibilidades. Lo importante es el concepto [...] pertenencia, que es muy difícil de sostener en este postmodernismo en el cual estamos a contrapelo. La gente te pregunta: "¿y qué tengo con ser socio?". Nos pasa lo mismo que en el gobierno: la gente trata de darte lo menos posible y pedirte todo lo que necesita.

Entrevistador/a: ¿Cuántos afiliados hay a la Kehilá?

Abel: Tres mil setecientos socios que representan a tres mil doscientas familias, porque hay algunas [en] que está la esposa [afiliada] o algún integrante de la familia ya es socio. En Uruguay, la comunidad judía tuvo su momento de mayor auge después de la Segunda Guerra Mundial, cuando vino la última oleada de inmigrantes que son los sobrevivientes de la *Shoá*, del Holocausto. Se estima que había alrededor de cuarenta y cinco mil judíos en el Uruguay. La creación del Estado de Israel en el año 48 fue una cosa muy importante para los judíos, la creación del hogar nacional judío. Era un pueblo que no tenía un lugar. Había tres caminos para la normalización de los judíos. Uno [...] (y el más importante en Uruguay) fue el sionismo en 1897, creado por Erzl, que era un austriaco. Con la existencia de un hogar nacional judío, según la idea del sionismo, vos te vas a normalizar, vos no sos una parte integrante de otra sociedad, sino que te constituís y volvés a las fuentes. El Uruguay es el país que más ha hecho emigraciones a Israel de toda la comunidad judía, cuando hay problemas políticos y económicos. El 90% de los judíos que salieron de Uruguay, se fueron a Israel. No pasó lo mismo en Argentina. Hoy ya no es así. De esos 45 mil, en los últimos cinco años, hemos pasado de veintitrés a diecisiete mil judíos en Uruguay. La base que se usa para estimar [supone] [...] fundamentalmente trabajar con los índices de mortalidad.

Entrevistador/a: ¿Cómo se relaciona la Kehilá con las demás comunidades?

Abel: Nosotros tenemos todos los servicios que brinda la colectividad; las otras comunidades tienen algunos de éstos. Algunos tienen unas cosas y otros, otras, pero ninguno tiene la amplitud y profundidad que tenemos nosotros. Hace unos tres años atrás hubo un esfuerzo por hacer una unificación de los mismos [sic], pero era claro que cualquier cosa que se fuera a hacer era una especie de absorción de las otras comunidades a la nuestra. El ejemplo es el tema del cementerio: nosotros actualmente tenemos un promedio de trece fallecimientos mensuales; la NCI tiene uno y medio, la sefaradí, dos y medio y los húngaros deben tener cinco o seis por año. Entonces, los únicos que tenemos la infraestructura para resolver los diecisiete o dieciocho fallecimientos por mes somos nosotros; entonces, la solución en ese caso era obvio que tenía

que hacerse desde acá. Al final nosotros dijimos: "¿saben una cosa?, nosotros ponemos nuestro equipo a su disposición y ustedes paguen en la medida que lo utilicen", y eso es lo que hay hoy. Nosotros tenemos una infraestructura, entonces, el vínculo que ellos tienen con nosotros es siempre un vínculo de dependencia.

Y el relacionamiento es que a veces tratamos de hacer cosas juntos; a veces se puede, a veces no se puede. Por ejemplo, sale una revista intercomunitaria, pero a pesar de que hace muchos años que existe, llega un momento en que empieza a haber todo un tema de *pica*. Es decir, cuando uno tiene la potencia que tienen los demás están "enfrentados a". Es como Nacional y Peñarol, los cuadros chicos quieren parecerse pero no pueden; a veces comenten el error de gastar más dinero y se funden. En la revista una vez vino alguien a quejarse de que la Kehilá había usado casi cuatro hojas de las dos que estaban permitidas por comunidad. Yo digo: "¿cómo pueden pretender que la Kehilá tenga la misma cantidad que los otros que casi no tienen actividad?" Entonces, no es justo. Es decir, para pagar sí somos el 60%, pero para votar somos el veinticinco. [...] Hay cosas que no se pueden sostener. Es decir, la circulación de esa revista es de casi cuatro mil seiscientos ejemplares, de los cuales tres mil son nuestros. Entonces, uno se pone a pensar: entre todos los otros llegan a mil quinientas más. Tiene el peso de que son cinco mil suscriptores [...], es decir, que la diferencia la hacemos nosotros. Ellos hacen una labor *espejo* con nosotros. Es más el orgullo y la necesidad de mantener una identidad de sus ancestros que una realidad. Es la defensa de un mandato de ultranza que viene de mantener su cultura y hasta que eso no se suavice no es posible hacer nada. Pero el vínculo es ese: del encuentro y el desencuentro.

Entrevistador/a: ¿Hoy la Kehilá es la que tiene mayor número de integrantes?

Abel: Sí, siempre fue así. Alrededor de los socios de la Kehilá está implicado el 55% o más de las personas de la colectividad, por lo que acá tenemos alrededor de nueve o diez mil personas. También tenemos el plus de la gente que no pertenece a ninguna comunidad y que serían naturalmente de la Kehilá.

Entrevistador/a: ¿Hay mucha gente que no participa en ninguna comunidad?

Abel: La verdad que es una respuesta difícil de dar. Generalmente, se consideraba que el 10% de la población no tenía ninguna afiliación, aunque ahora debe ser mucho más. Pero no hay un censo, sino que nos acostumbramos a mirar a través de la gente que requiere servicios permanentemente. Entonces, uno se acostumbra a ese sector de la población y saca las

conclusiones de ahí. Lo más claro en esto es que trabajamos sobre cifras muy ciertas de los enterrados en el cementerio judío, y en función de eso sacamos una cifra bastante real. Pero en la diaria, en el reconocimiento de la gente, uno normalmente está en contacto con las mismas personas. Y eso tiene algo que ver con la multiplicidad de los vínculos que existen en grupos más pequeños, en los cuales se dan desde relacionamientos familiares, profesionales, comerciales (algunos de estos repetidos reiteradamente)...

Entrevistador/a: ¿Le parece que la comunidad judía en Uruguay es más bien unida o fragmentada?

Abel: Dicen que cuando hay dos judíos hay tres opiniones, y es así, por suerte. Pero por otro lado, las nuevas generaciones vienen con características homogeneizadoras. Pero la homogeneidad proponiendo el egoísmo: todos se miran el ombligo. Las nuevas generaciones, surgieron de otros que hicieron una fortuna y están ubicados en una clase media-alta, con todas las cosas que implica: todo gira en torno al dinero. Hoy por hoy todo vale.

Entrevistador/a: ¿Hay valores que se fueron perdiendo?

Abel: Son valores que ya no son los mismos. La solidaridad no existe de la misma manera. Cuando nosotros vivíamos en Goes, nos conocíamos en veinte cuadras a la redonda. Entonces, cuando te pedían hacer una cosa solidaria, la hacías porque conocías a quien se la estabas dando. Cuando se produce el estiramiento social y los que van creciendo económicamente se van a habitar las zonas de Montevideo de la clase media-alta, mientras que la media-baja y los pobres se quedan en los lugares originales, se pierden de vista. Entonces, es muy difícil que esas personas puedan ser solidarias de la misma manera. Solidario quiere decir ponerse en el lugar del otro y es muy difícil que un tipo que vive en una situación económica determinada se pueda poner en el lugar de otro que vive en la periferia. Lo peligroso [...] es que se tiende a ver al judío no por el concepto, sino que lo identifican con ciertas conductas sin darse cuenta que son las de una clase social. La comunidad judía está en una clase media en Uruguay, no hay gente muy fuerte económicamente; sí hay gente que lidera industrias, pero no tiene el poderío económico que tienen determinadas familias acá. Pero la clase media trata de imitar y seguir el nivel de la clase media-alta, entonces, está pedaleando por más de lo que puede. Para seguir las conductas de la clase media-alta hacen sacrificios y dejan el tendal, y se van endeudando y mucha gente los ayuda porque son amigos. Pero la están pedaleando y cuando pierden, hay muchos que quedan afuera. Entonces, empieza a haber gente que tiene vergüenza de venir a pedirte ayuda.

Entrevistador/a: ¿Cómo es el sepelio judío?

Abel: En el cementerio te cortan una prenda, es el *desgarro*; cuando uno "se rasga las vestiduras" viene de eso [sic]. Te cortan un pedazo y vos tironeás de la prenda para rasgar la vestidura en símbolo de duelo. Los judíos hacen siete días de duelo en el cual vos estás en tu casa, y dos veces por día se junta un *Minián*, que es un grupo de diez hombres para poder realizar el rezo, y en los rezos hay varias veces una oración en la que el doliente dice que es el *Cadish*, que es como una especie de que vos tomás la posta de que se murió, en tu integración a la fe o creencia. Uno no necesariamente tiene que creer en la religión pero sí en el ritual. Los siete días son días en los cuales uno no está igual: no te podés integrar a la vida común, a lo que haces habitualmente, tenés un duelo. Y además, tenés que asumir esa muerte. La asumís empezando a hablar entre los pares (en mí caso éramos mi mamá, mi hermano y yo). Empezás a hablar sobre cómo se llena el vacío que se produce, cómo nos organizamos en la vida de aquí en más. Se dan cuenta de que es mirar hacia la vida, y a mí me llamó la atención que el último día del duelo se aparecieron con comida dulce, salada, bebida, whisky. Y yo pensaba: "¿pero estos qué quieren de mí? Yo estoy hecho pelota y estos van a brindar". Los judíos brindan por la vida; después lo pude entender. Hasta ese momento, estamos elaborando la muerte; a partir de ese momento uno tiene que vivir. Los judíos no velan a sus muertos de cajón abierto, porque si lo tenés abierto es más difícil aceptar la realidad. Se entierra bajo tierra y uno ve y vive el momento en el que se entierra el ataúd y se tira la tierra encima. Es un momento muy duro para cualquiera de nosotros, y durante treinta días no podemos ir al cementerio. Se entiende que en treinta días pasan un montón de cosas de la vida cotidiana y si uno va y deposita en la tumba las cosas de la vida cotidiana, nunca te vas a despegar. Vivís pegado a eso y uno lo que necesita es despegarse para poder estar bien con eso.

La definición de enterrarse en un cementerio judío es mucho más fuerte en la población más veterana, que la que presuntamente puede haber en las generaciones más cercanas, si tenemos en cuenta que en el Uruguay ha aparecido el fenómeno de los cementerios privados parquizados (si bien es muy difícil en el caso de la muerte romper el conservadurismo en el judío). El cementerio es un elemento muy importante desde el punto de vista de las raíces. No obstante, ha empezado a haber gente que va a cementerios parquizados, entre otras cosas porque son matrimonios exogámicos, y porque los que deciden son los familiares, que resuelven tenerlo donde todos hayan comprado lugares. En general, son los llamados "nuevos ricos" los que optan

por esta propuesta estética y de cierto prestigio, que se acerca a las reglas del judaísmo, en el sentido de que es un entierro bajo tierra en perpetuidad. Pero son cosas extremadamente lentas.

Entrevistador/a: ¿Qué otros elementos ve que se han ido perdiendo a lo largo del tiempo?

Abel: Yo acostumbro mirar las cosas con una proyección. Si bien ha habido muchos cambios, lo esencial no cambia, que es que el judío se siente "parte de". Lo que cambia es su forma de relacionarse, no cambia su identidad judía. La identidad se mantiene, es una cosa bastante fuerte, y por si fuera poco, hay movimientos antisemitas que reiteradamente te hacen recordar que sos judío. Entonces, eso es algo que no dejás de tenerlo, de sentir que pertenecés a eso, que cuando quieras te vas o volvés, que es tan tuyo que ni siquiera tenés que reclamar. Lo que sucede es que no tenés restricciones, no hay elementos externos fuertes que te hagan estar dentro de un circuito cerrado culturalmente. Entonces, vos tenés la posibilidad de desarrollarte ampliamente. Lo que todo el mundo se plantea, algunos más dramáticamente que otros, es que los jóvenes se están formando en una sociedad en la cual transitan sin ninguna clase de limitaciones. En los comienzos de cada uno fue la familia la que decidió adonde te ibas a educar; puede ser un colegio católico, público, privado laico, pero es la familia la que elige, no elige el niño. Hasta que el niño va creciendo y empieza a tener sus opiniones, aún así el padre y la madre siguen resolviendo por él.

En la adolescencia hace eclosión toda esta situación, pero cuando terminan la secundaria y se tienen que ir sí o sí al mundo general, empiezan a encontrar una autonomía de vuelo [...]. Y en el caso judío [esto] todavía tiene un elemento más. Que el mandato fue tan expreso, el encierro o la sensación de encierro es tan ostensible, que cuando viene ese momento en el cual te abrís a todo un mundo, todo lo que signifique identificarlo con el mandato familiar es rechazado. Entonces, si se pretende encasillar, institucionalizar la actividad de los jóvenes en esa etapa, no lo van a poder hacer. Y en ese espacio es donde la gente empieza a perder contacto cotidiano con la vida judía; algunos se van, otros, cuando se casan y forman familia, se reintegran dentro de la actividad comunitaria. Con la diferencia de los casamientos exogámicos, aunque aún ahí la inmensa mayoría transita en la vida judía. Ese es un elemento indicador de la fuerza de la identidad judía que tiene el integrante judío del matrimonio. O también puede ser que la oferta sea más consistente, más atractiva, porque estás más contenido, estás en un círculo donde [...] hay una permanente oferta de actividades y de cosas pensadas básicamente para una población concreta y determinada.

Entrevistador/a: ¿Le parece que hay elementos de la cultura judía que han pasado a la cultura uruguaya?

Abel: Muchos. En el movimiento sindical hay criterios y elementos que hemos introducido. También en el tema de la ayuda social. Y no sólo me refiero a la sociedad uruguaya, sino a la sociedad universal. Si ustedes miran, los teóricos en su mayoría son judíos. También hay una cantidad de expresiones y palabras que son de origen judío y hoy aparecen a través de la televisión y de las distintas muestras culturales. *Naif* en yiddish significa ingenuo, es decir, un arte *naif* es un arte ingenuo. Otras palabras como el *tujes* (el culo), que lo dice todo el mundo, también son de origen judío [sic]. Hubo hasta hace poco un grupo de parodistas que se llamaban Los Clapers. *Clap* es una palabra de origen judío; en yiddish significa golpear, y como en aquella época no existía el timbre, los vendedores ambulantes golpeaban.

También fueron los judíos los que introdujeron la venta en cuotas; éstos iban puerta a puerta, con las frazadas al hombro, canastas con todas las cuestiones de mercadería y le dejaban al señor o señora de la casa la mercadería contra ningún pago. Y le decían: "esto sale cien pesos y me lo vas a pagar en diez meses de a diez pesos". Entonces, una persona que habitualmente tenía que pagar por eso ochenta pesos, uno arriba del otro, de esta forma podía acceder a ese producto. Incluso, los judíos fueron los primeros que crearon el primer *clearing* de morosos. Escribían con tiza en la puerta una letra del abecedario yiddish (era la primera letra de la palabra *shvok*, que significa clavo), entonces, cuando venía otro a vender ya sabía.

Entrevistador/a: ¿Le parece que la Kehilá está integrada al Uruguay?

Abel: Sí, desde todo punto de vista. Nosotros tenemos un Departamento de Asistencia Social que fue modelo a nivel nacional. Nosotros acá trabajamos en forma sistemática con los beneficiarios nuestros. Es decir, la gente viene por algo, siempre es una cosa puntual, [pero] una cosa puntual te determina todo un problema [...] alrededor. Lo ayudamos, le cubrimos la necesidad, pero a partir de ahí se empieza a trabajar con todo el sistema familiar, y se trata de ir solucionando y reinsertando. Por supuesto que hay situaciones que son crónicas.

Entrevistador/a: ¿Las personas que se asisten son solamente judíos?

Abel: No, pero está orientado a ellos, porque yo no me puedo ocupar de todo el Uruguay. Pero igual viene gente no judía, porque fueron novios o amigos de personas judías. No dejamos de atender a nadie. Nosotros tenemos un objetivo en sí mismo que es la continuidad judía; está claro, y tenemos que responder a esa población. Pero no por eso dejamos de atender a los

demás. Acá tenemos un ropero, nos donan mucha ropa y llega un momento en que sobra. Entonces, lo donamos a distintas organizaciones, no acumulamos cosas. Las repartimos porque hay gente que te pide de todos lados. Además, el objetivo se cumple de todas maneras

Entrevistador/a: ¿Cuántas personas son asistidas?

Abel: En total, en este momento hay mil personas y hay situaciones duras. Se está trabajando con una población muy especial. Los judíos, como otros grupos de inmigrantes, viven procesos que tienen que ver con sus propias necesidades en el momento que llegan como inmigrantes. Pero las sucesivas generaciones se van integrando, se van igualando culturalmente al resto de la sociedad y se "normalizan", salvo alguna singularidad [...]. Cuando hay un crecimiento rápido, como fue el caso de la comunidad judía, existen los beneficios del desarrollo de esa calidad de vida (económicos e intelectuales). Al tener un poder intelectual, crecés siendo un hijo de inmigrante sin cultura, y de repente te transformás en un referente cultural, o académico. No necesariamente te da dinero. Pero todo crecimiento rápido te produce una inmadurez, que se ve en una característica, por lo menos de mi generación, que es la del nuevo rico. Las familias que tienen dinero ya de generaciones, toman su condición con una naturalidad mayor de la que la toman los nuevos ricos. El nuevo rico es un inmaduro, trata de marcar claramente que él es el que es hoy, y no el que fue ayer, y toma distancia. Es gente que pretende que nadie les recuerde el pasado, que los reconozcan por la potencia. Eso sucede y se transmite. Y hay también esa tendencia a la homogenización en tratar de parecerse a eso, parecer que uno está dentro de este círculo.

Entrevistador/a: Hablando de esas cifras, ¿qué criterio toman para definir quienes son judíos?

Abel: El que se siente judío. Hay unos religiosos que lo toman desde el punto de vista religioso, que es el vientre de la madre

Entrevistador/a: ¿La Kehilá considera judío a quien se siente judío?

Abel: La Kehilá recibe como socio a aquel que es judío, no a aquel que es claramente no judío; en ese caso hay que hacer la conversión. Pero nadie revisa el *pedigree*, si soy religioso o no religioso. Israel es un país que recibe a los inmigrantes con una cantidad de beneficios como en ningún otro país del mundo. Al llegar al aeropuerto, tenés adonde ir, te mantienen para que aprendas la cultura del país y para que consigas laburo y además te pagan el pasaje para ir. Hay que contactarse con la oficina correspondiente. Te exigen que tengas por lo menos un abuelo judío.

Entrevistador/a: A un joven, cuyo padre es judío y su madre no, ¿lo consideran judío?

Abel: Se puede vivir todo el tiempo sin ser judío, pero el día que se decide serlo, uno lo es técnicamente si su madre es judía. El problema que hay es que en Uruguay, alrededor del 50% de los matrimonios son exogámicos, es decir, de no judíos con judíos (depende de las épocas, quizás ahora un poco menos). Hace cincuenta años atrás no se pensaba que era posible tener ese porcentaje de matrimonios exogámicos, porque había una cultura, una vivencia mucho mayor, era lo normal, lo natural. De esos, alrededor del 60% son varones judíos que se casan con una chica no judía y el otro 40% son mujeres judías que se casan con chicos no judíos. Del primer caso, el 80% tiene conversión, es decir, que de hecho hay una presunción de querer ser judío; al revés es en el caso de las mujeres judías que se casan con varones no judíos. El primer sector es gente que transita normalmente en la comunidad judía: van a movimientos, a instituciones sociales, deportivas, se vinculan por todos lados sin que nadie les haga ninguna observación, pero técnicamente no son judíos. Porque las conversiones son parte de la religión judía. Pero acá en el Uruguay no hay conversiones ortodoxas, o hay muy pocas, porque para eso hay que tener un tribunal rabínico ortodoxo y para eso hay que ir a Argentina.

Para convertirse a la religión judía hay tres condiciones: que no haya una obligación para convertirte, que estudies los elementos constitutivos del ser judío y que asegures que vas a tener una vida judía. Para el ortodoxo las condiciones son otras: primero, un casamiento según la tradición judía, después lo hacen estudiar como si fuera a ser rabino y, por último, le exigen que sea religioso. Entonces, la cantidad de personas que pueden acceder a la conversión en esas condiciones, además de tener que viajar a otro país para tener la posibilidad de tener un tribunal que lo convierta, las minimiza mucho [sic]. La mayor parte de las conversiones en Uruguay son de la línea conservadora, no reconocidas por la ortodoxia.

Entrevistador/a: Si un judío se casa con un no judío: ¿siempre se trata de convertirlo?

Abel: No, eso depende de cada familia. Yo tengo dos hijos: uno casado con una judía y otro casado con una chica no judía, y ella no se convirtió nunca. Yo no se lo pediría tampoco. Y para mí, mi nieta es mi amor. Ella va a una escuela judía. Dice: "abuelo, vos sos judío, la abuela es judía, mi tío, pero mi mamá no es judía, porque ella nació en otro barrio. Pero yo sí soy judía", y técnicamente no lo es. Ella es judía, en el sentido de que ella siente, actúa, se desarrolla como judía, y tiene claro que su mamá no es judía. Es producto de todo este proceso de aculturación en el cual se producen estos cambios. Pero el judaísmo es muy fuerte en el ser humano. Las

raíces y la identidad son lo que necesitamos para saber dónde estamos parados. El judaísmo es fuerte porque es definido, es claro para los judíos y para los que no son judíos. Eso hace que sea apreciado por el judío, porque es su punto de partida en la vida.

Entrevistador/a: ¿Cuál es el rasgo común de los judíos en el Uruguay?

Abel: Es el sentir que somos judíos, ese es el rasgo común. Pero no hay una sola forma. Por ejemplo, los del centro Lubavitch están convencidos [de] que la única forma de judaísmo es la que ellos tienen. Esa es la concepción de aquellos que están metidos dentro de un dogma. Y sin embargo, el rabino [se refiere a Shemtov] tiene hijos y yo tengo hijos, y él no quisiera que sus hijos fueran como los míos. Y, sin embargo, mis hijos son muy judíos, son militantes, están metidos en la causa, son muy judíos, pero él no los reconocería. A mí tampoco me gustaría que mis hijos fueran como los hijos de él y yo reconozco que sus hijos son tan judíos como los míos. Entonces, tenés que pensar que los judíos lo que tenemos es el concepto de identificarnos unos a los otros como judíos.

Entrevistador/a: Pero es un poco difícil que el elemento que los unifique es el ser judío que para todos es algo distinto.

Abel: No, porque ser judíos es pertenecer al pueblo judío, y lo que sucede es que pertenecer se pertenece desde un lugar distinto. Aún el [rabino] de Lubavitch, cuando me necesita, me llama. Es decir, no deja de reconocerme como judío; él cree que debo ser de otra manera, pero no dice que no soy judío (bueno, no sé qué pasa en su Interior). El [rabino] de Lubavitch y otros piensan exactamente lo mismo, pero el mercado no le permite excluirmos. Uno accede al judaísmo desde distintos lugares: desde lo religioso, lo histórico, lo cultural, lo referencial. Lo importante es que uno se sienta tal, y ese es el común denominador de todos.

Entrevistador/a: Entonces, ¿el judaísmo es un sentimiento?

Abel: Hay para quienes es un sentimiento, hay para quienes es una religión, una nación, hay para quienes es una cultura. Lo que sucede es que cada uno de nosotros tiene una forma de vida y necesita ser parte de algo. El judaísmo te da una cosa muy fuerte, porque es una singularidad, un concepto de identidad nacional que se ha mantenido durante dos mil años de diáspora. El religioso lo atribuye a la fortaleza del sentimiento religioso; otros le damos otro sentido, además del religioso. La religión te trasmite una cantidad de contenidos, que hoy por hoy son un patrimonio universal. Los conceptos de libertad, de justicia social, solidaridad, son elementos que son aceptados por todo el mundo. Entonces, aquel que nace judío y es formado,

identificado como tal desde su lugar familiar, que tiene una cantidad de rituales y cosas que le identifican como tal, no tiene muchas razones para decir: "no soy más judío". Puede ser una cuestión visceral, una cuestión circunstancial y coyuntural. Pueden ser también cuestiones conceptuales, de que uno dice: "no, yo no adhiero a esa forma de pensamiento, no me interesa, no quiero sentirme identificado". Está en su derecho y de hecho lo hace. Pero nunca hay un rompimiento absoluto. ¿Por qué digo esto? Porque uno le pregunta al otro que dice: "no quiero ser más judía". "¿Que tenés contra el concepto libertad, que tenés contra la solidaridad, que tenés contra ese concepto de que todos nosotros somos responsables por todos nosotros? ¿Cuál es la razón por lo cual vos te querés salir de esto? ¿Y salir a qué?" Entonces, no tiene muchos argumentos.

Entonces, la fortaleza no pasa por un sentimiento, sino que pasa por una identidad. Lo que los judíos tenemos de positivo es que tenemos una identidad clara y precisa. No es discurso, es concreto desde el punto de vista de la procedencia familiar. Lo que pasa es que en realidad todos nosotros tenemos una multiplicidad de identidades; depende desde qué lugar lo mires. Yo, por ejemplo, soy de Nacional, soy de Goes, tengo determinada edad, soy de determinado sector de la población y así sucesivamente. Es decir, que tenemos una multiplicidad de identidades. El ser judío es una parte muy consistente y, entonces, uno lo mantiene. No es un tema de sentimiento, solamente. Una cosa generalmente admitida es que los judíos nos hemos mantenido por la diversidad, no por la homogeneidad. Porque si aceptás la diversidad, si aceptás que cada persona es un mundo aparte, y que cada uno de nosotros no es idéntico al otro, y que por lo tanto tiene una forma de acceder a las cosas como judío, como uruguayo, como terrestre, desde un lugar distinto, si aceptás eso, estás en condiciones de mantener el grupo. Si lo limitás, desperdiciás o dispersás al grupo. Entonces, si los judíos nos hemos mantenido miles de años ha sido por la diversidad y no por la homogeneidad.

Entrevistador/a: ¿Por qué hay tantas medidas de seguridad dentro de la Kehila?

Abel: Desde lo de la AMIA. Así como te dije que los judíos miran a la vida, lo que uno puede llamar el enemigo, no valora la vida. Entonces, es muy difícil luchar contra alguien así. Y además, no hay manera de tener seguridad. El día que quieran hacerte algo, te lo hacen, porque si hay alguien [a] quien no le importa venir e inmolarse, no tenés como controlarlo.

Beatriz Edelman

* Beatriz Edelman es directora del Departamento de Cultura de la Kehilá.

Entrevistador/a: ¿Usted es hija o nieta de inmigrantes?

Beatriz: Soy nieta de inmigrantes polacos. En realidad, mis padres también; mi madre nació en Francia, en la época de la guerra y luego terminó acá porque se fueron de la guerra.

Entrevistador/a: Cuando sus abuelos llegaron ¿cómo percibían el Uruguay?

Beatriz: Mis abuelos, en realidad, estaban en Santa Fe, Argentina, así que no tienen una realidad uruguaya. Así que no tuvieron asimilación hacia el Uruguay. Ya te digo, fue posterior a la guerra, fue en el año 48 recién.

Entrevistador/a: ¿Entonces sus padres vinieron de Argentina para acá?

Beatriz: Mi padre vino siendo chico con la familia, vinieron para Canelones. En una fiesta familiar se conoce con mi madre, que era de Argentina. No hay una historia previa.

Entrevistador/a: ¿Cuándo empieza a hacer actividades acá en la Kehilá?

Beatriz: Yo fui a una escuela judía; ahí tuve [sic] toda la infancia y la adolescencia. Después, a los dieciséis años, acá en la comunidad [Kehilá] se abrió un grupo de baile, y como me gustaba bailar, vine. Quedé en el grupo y a partir de ahí empezó toda mi trayectoria dentro de la institución.

Entrevistador/a: ¿En qué consiste su actividad como Directora del Departamento de Cultura?

Beatriz: Es un Departamento de Cultura atípico. De repente la cultura pasa más por lo artístico, y quizás no tanto por otro tipo de manifestaciones culturales como en otros institutos. Mantenemos los cuerpos de baile, los elencos de teatro, tenemos clases de hebreo, de vez en cuando charlas, conferencias, grandes eventos, festivales, todo es tipo de cosas. Pero es un espectro bastante amplio. Pero no tenemos una biblioteca, por ejemplo. De repente vos te imaginas la cultura mucho más asociada a una biblioteca. Tenemos una biblioteca muy mínima y es más que nada interna.

Entrevistador/a: ¿Qué significa para usted trabajar acá y tener el Departamento a su cargo?

Beatriz: Son dos cosas distintas. Para mí es la culminación de un camino que yo hice acá adentro: yo empecé bailando, después fui docente de danza, después como docente empecé a realizar eventos, después a trabajar como secretaria del Departamento y terminé siendo la directora. Es mi nexa con la vida judía, desde una óptica no formal o no religiosa, si bien respeto a los religiosos, es una opción para todos los que no creen en la opción religiosa, o que se sienten atraídos por otras cosas igual que yo por bailar. A través del baile, a través del teatro o de aprender hebreo para visitar a los nietos que están en Israel, tienen una opción de formar parte de la comunidad a través de lo que a cada uno le gusta.

Entrevistador/a: ¿Cuándo se creó el Departamento de Cultura?

Beatriz: [Demora un poco]. Si no me equivoco en el 1985.

Entrevistador/a: ¿Por qué la Kehilá pensó que era importante que hubiera un Departamento de Cultura?

Beatriz: [Cara de desconcierto]. Fue cuando se creó el grupo de baile. Fue un proyecto de insertar nuevas generaciones en la vida comunitaria, abrir un poco el espectro de lo que se hacía en la institución. Entonces, crearon el Departamento de Cultura, en el que en ese momento se hacían cursos de cocina y concursos fotográficos. Se creó el grupo de baile, que fue lo único estable en ese momento. En realidad, la actividad giraba alrededor de los concursos que convocaban gente más esporádicamente y espontáneamente.

Entrevistador/a: ¿Cuántas personas participan en todas las actividades?

Beatriz: Hoy en día tenemos, entre los grupos de baile y teatro doscientas veinte personas que concurren semanalmente. Después, en las festividades puntuales, por ejemplo, el Día del Holocausto, tenemos mil y pico de personas, pero es un evento en el año.

Entrevistador/a: ¿La gente que participa es gente más bien joven o gente más adulta?

Beatriz: Depende [de] las áreas. En la parte de danza tenemos desde adolescentes hasta adultos, hasta los cuarenta, cuarenta y cinco años. En talleres de teatro tenemos un grupo de jóvenes universitarios, uno de adultos y uno de tercera edad. Lo que no tenemos mucho son niños, porque tienen una vida escolar más agitada, la vida gira en torno a otro lado y depende de los padres además, de que los traigan. [Por] el hecho de [tener que] venir al centro es mucho más difícil de convocar. En una época hubo grupos de niños, pero no funcionaba mucho. Los

padres venían al centro, se quedaban, los esperaban y se los llevaban. Pero desde que tenés que pagar estacionamiento, como que eso no resultó.

Entrevistador/a: ¿En las actividades participa gente no judía?

Beatriz: Sí, participan. Pero nosotros tratamos de mantener un equilibrio, o sea, las actividades son para gente judía. Tenemos mucha gente que es evangelista, por ejemplo, que viene a bailar, a estar en contacto con Israel, e incluso muchos aprenden hebreo. Pero tenemos un porcentaje, no tenemos un grupo que sea solamente de gente no judía. Una vez tuvimos la opción de hacer un grupo de baile con gente de una Iglesia evangélica, y en vez de hacerlo acá mandamos un docente nuestro para allá. Porque ya tener un grupo nuestro que sea de mayoría de gente no judía le quita el contenido o la esencia de lo que es la actividad. Pero sí, hay gente integrada y lo más bien.

Entrevistador/a: ¿Cómo participa la gente? ¿Participa el que está asociado o el que paga la cuota y ahí elige en qué actividad participa?

Beatriz: Si bien hay gente que está asociada a la institución, para participar de una actividad cultural no [se] precisa estar asociado. Los que no son judíos no pueden ser socios, pero si pueden participar pagando una cuota cultural, que la pagan todos por igual. Los que son socios tienen un descuento en la cuota cultural porque ya pagan la cuota de afiliación. Se paga igual que si vas a aprender inglés o lo que sea. Eso es para las actividades curriculares. Los eventos son libres, salvo algún espectáculo que tenga una entrada [paga], como ir al teatro.

Entrevistador/a: ¿Para cada festividad hay un baile específico?

Beatriz: Más o menos. Las festividades tienen sus propios ritos y están asociadas a un montón de canciones, como las canciones de Navidad. Con cada una de esas melodías, de esas canciones, se trabaja una danza. Va un poco por la música también, o por el sentido. Por ejemplo, cuando tenés una festividad como *Jánuca*, que es una de las principales, se prenden las ocho velas del candelabro, entonces, obviamente los bailes tienen que ver con la luz. Y cuando hablamos de la Pascua o la esclavitud, los bailes tienen que ver con eso, con la época bíblica.

Entrevistador/a: ¿Le parece que los jóvenes viven el judaísmo igual que las personas adultas? ¿O hay cosas de la cultura que se van perdiendo?

Beatriz: Hay cosas que se van perdiendo, pero me parece que se van renovando. Los jóvenes, en general, tienen otros códigos, en cuanto a los valores, en cuanto a los tiempos. A mí me parece que cada uno encuentra una manera distinta. También hay un poco una vuelta a las raíces por parte de las generaciones más jóvenes. Como que hay una generación intermedia que se perdió un poco y de repente en los más jóvenes hay una vuelta, un poco como en recuerdo a los abuelos. Otros siguen sin volver. Es muy personal, me parece. También depende de cómo lo hayan percibido.

Entrevistador/a: ¿Pero acá en la Kehilá se vive con preocupación el hecho de que los jóvenes no sigan?

Beatriz: No, porque nosotros tenemos muchísima renovación. Nuestro grupo de baile tiene veinte años y todos los años entran alrededor de seis personas, un poco de acuerdo a los cupos, pero es una renovación permanente. No hay años que vos digas: "no hay nadie que quiera venir". Nosotros no lo tomamos con preocupación, nosotros creamos un escenario para que la gente venga y la gente responde. Sin embargo, hay una preocupación en las personas mayores de la institución porque vengan los jóvenes, como que lo viven de otra manera, [...] lo viven como la continuidad de ellos.

Entrevistador/a: Cuando habla de cultura judía ¿a qué se refiere exactamente?

Beatriz: Es muy grande [risas]. Pasa por todo lo que es la expresión artística, y también los valores de la tradición y las festividades. En las festividades tenés todo lo relacionado a [sic] la tradición, del rito y de cómo se vive. Nosotros, cuando tenemos un baile, enseñamos también lo que es la festividad, y trabajamos la festividad a través del baile o del canto. Además, hay un montón de cosas asociadas, como por ejemplo la comida, que también es cultura, y todo lo que tiene que ver con la tradición oral. El idioma, la forma de hablarlo, la forma de vincularse. La festividad, la lectura, o sea, las músicas, los libros, un montón de cosas que hacen a la cultura y a la forma de ser.

Entrevistador/a: ¿Y son independientes de la religión?

Beatriz: No son independientes. Hay muchas cosas que dependen de la religión o parten de la religión.

Entrevistador/a: ¿Hay alguna tradición que no sea de raíz religiosa?

Beatriz: [Demora]. Esa es una pregunta para el rabino. Todo es parte de lo mismo. El judaísmo nació como una religión en realidad; yo creo que todo tiene origen en la religión.

Entrevistador/a: ¿Y acá vienen algunos judíos religiosos?

Beatriz: Sí, también hay. No vienen a bailar ellos; es como un contrasentido porque para una persona ortodoxa no pueden bailar hombres con mujeres. Y en nuestros bailes, bailan hombres con mujeres y las mujeres bailan mostrando las piernas. Entonces, es medio complicado. Me parece que la cultura no es independiente de la religión, pero es bastante más amplia y menos estricta.

Entrevistador/a: ¿Y pondría a la religión como una rama dentro la cultura?

Beatriz: Me parece que la religión es la base de todas formas. La cultura es una forma de vivirlo distinto, a través de otros valores. Pero la religión es la base del judaísmo, no es una rama de la cultura.

Entrevistador/a: ¿Cómo definiría el ser judío?

Beatriz: [Se ríe]. Sí, tiene como muchos sentidos distintos. Según la ley judía, es el hijo de madre judía; se trasmite por el vientre. Pero hay muchos que nacen judíos, por el vientre, y no viven como tales. Me parece que es una mezcla entre el nacer judío y vivir como tal, que no quiere decir ser ortodoxo sino sentirse identificado con algo del judaísmo.

Entrevistador/a: ¿Y qué piensa de los matrimonios mixtos?

Beatriz: [Demora y se ríe]. No sé, a mí todavía no me tocó la etapa de pensar en eso [se ríe].

Entrevistador/a: ¿Por qué?

Beatriz: Yo estoy casada con un judío. Todo eso tengo que pensarlo en mis hijos, en realidad [risas]. Pero claro, poniéndome en el lugar de madre, yo preferiría que se casen con un judío, pero depende de cómo sea la otra parte: hay partes como que se acoplan bien y hay otras que no. No tengo una opinión muy formada sobre el tema. Tampoco soy muy cerrada al tema, pero... Yo, antes de casarme, salí con chicos no judíos. Mis padres me querían matar, pero yo estaba *chocha*. Llegado el momento de formar una familia con una persona no judía, si no llegás a un acuerdo es mucho más difícil.

Entrevistador/a: ¿Por qué preferiría que formaran familia con alguien judío?

Beatriz: Por un tema de descendencia, de continuidad, más que nada. En realidad, cuando se casa con un no judío tenés la opción de que se pierda la continuidad de la familia o del judío, de la vida judía de mis nietos.

Entrevistador/a: ¿Tienen alguna relación con la comunidad judía en el resto del mundo?

Beatriz: Sí, nosotros tenemos mucha relación con instituciones, paralelas o no, a través de los grupos de danza y de teatro. Tenemos mucho vínculo con Brasil, con Argentina; los grupos de baile y de teatro viajan dos o tres veces al año a distintos festivales en el exterior y los recibimos también. Incluso, tenés capacitación para los docentes. Algunas son instituciones paralelas y otras son clubes deportivos que tienen elencos de baile o de teatro. Nosotros también organizamos cada dos años un festival latinoamericano de baile.

Entrevistador/a: Y acá en Uruguay ¿le parece que la comunidad es más bien unida o fragmentada?

Beatriz: Es bastante fragmentada, está bastante dividida, muy disgregada en muchas instituciones que no sólo son independientes sino contrapuestas.

Entrevistador/a: ¿La Kehilá tiene alguna relación con otras instituciones de acá?

Beatriz: La tiene. Nosotros en la parte cultural trabajamos mucho con los colegios, con los chicos que van a los colegios judíos. Es con los que más relación tenemos y con algunas otras asociaciones tratamos de hacer cosas junto. Donde hay cuarenta judíos, hay cuarenta y un instituciones [risas]. Si yo te doy una lista de las instituciones judías que hay, te quedas helada. Yo no sé cuántas son exactamente. Hay algunas que son de nombre y no hacen nada, no tienen una estructura que funcione, pero existen por el hecho de existir.

Entrevistador/a: ¿Hay un rasgo que unifique a los judíos igual, alguna característica común?

Beatriz: Sí, que somos judíos. Nada más. Sí, es eso más que nada. Los sefaradíes tienen una estructura distinta, tienen otras tradiciones. Ellos tienen otra rama bastante diferente en cuanto a las tradiciones, en cuanto a las comidas, incluso para los casamientos y los cementerios.

Entrevistador/a: Con todas esas diferencias ¿cómo logran mantenerse unidas? Porque hemos visto que muchas responden al Comité Central.

Beatriz: Es que no sé si estamos unidas. Me parece que es más complicado, que cada uno hace lo suyo. Estamos unidas sólo conceptualmente. De repente, a algunos proyectos o cosas muy puntuales hay veinte instituciones que lo apoyan, pero si no, no hacemos cosas juntos.

Entrevistador/a: ¿Y qué costumbres le parece que son más significativas en Uruguay?

Beatriz: Lo que se festeja siempre para mí, son los que se llaman los festejos del ciclo de vida: el nacimiento, la adolescencia o el ser adulto, el *Bar Mitzvá* y la *Bat Mitzvá*, el casamiento y el momento de la muerte. Aunque no se respete la tradición, eso la gente lo mantiene. Y después, el Año Nuevo judío y el Día del Perdón. Después, está el tema de las comidas, aunque eso, sobre todo en los matrimonios mixtos, es más por la tradición de la abuela, que de repente hacen determinadas recetas o acostumbran comer determinada cosa.

Entrevistador/a: ¿Le parece que el Uruguay discrimina a los judíos?

Beatriz: [Demora]. No sé si el Uruguay como país discrimina. Pero yo no siento que haya una gran discriminación a nivel social general. Siempre estuve integrada en ámbitos no judíos y nunca tuve problema. Me parece que hay estereotipos de lo que es el judío. Una anécdota: yo estudiaba en la Facultad de Arquitectura, una de las más bohemias, enseguida después de la dictadura. Una tarde de estudios descubrieron que yo era judía, y me dijeron: "¿pero vos sos judía?". "¿Qué tengo?". "No, pero no sos como *aquellos* que están allá, que están siempre juntos". "¿Y qué tengo de diferente o qué tengo de igual?". "No, pensamos que no eras". Pero no sé por qué para ellos no era, porque no era el modo de ser o el estereotipo que uno se crea o que mismo el judío a veces crea hacia fuera. "Aquellos" eran un grupito de chicos que habían salido juntos de un colegio, porque habían entrado juntos; eran como un grupo *cerrado* en sí mismo y eran los judíos de la generación. Yo, como había entrado sin amigos, me hice amiga de otros. No es que por ser judío tenés menos acceso a determinadas cosas. Yo nunca me sentí limitada en nada por ser judía.

Entrevistador/a: ¿Y le parece que hay elementos que originalmente formaron parte de la cultura judía que, por la presencia de los judíos en Uruguay, se hayan traspasado a la cultura uruguaya?

Beatriz: Hay cosas que sí. En la tele ves programas que de repente usan alguna palabra en yiddish o en hebreo. Pero son casos mínimos, me parece.

Entrevistador/a: ¿Y cuál le parece que es el principal obstáculo que tiene hoy la comunidad judía acá en Uruguay?

Beatriz: A mí me parece que hay obstáculos pero a nivel interno [se ríe], que no sé si tienen que ver con el país. Hay más obstáculos internos que hacia fuera. Eso es interno [con tono estricto, no quiso hablar del tema].

Entrevistador/a: ¿Cómo ve a la comunidad judía hoy?

Beatriz: [Demora]. No sé. No tengo respuesta. Yo creo que dentro de todo es una comunidad que, si bien está disgregada, está unida. Hay elementos que fortalecen, como la guerra en este momento. La comunidad, en general, se une y estamos todos contra lo mismo. No queda una comunidad muy numerosa.

Entrevistador/a: ¿Se fue mucha gente?

Beatriz: Con la época de crisis, sí, igual que se fueron españoles o italianos. Se fue mucha gente.

Entrevistador/a: Entre la cultura y la religión, ¿Cuál le parece que tiene un peso mayor en la comunidad acá en Uruguay?

Beatriz: [Demora]. Me parece que está dividido y que hay gente para la cual pesa mucho la religión; de repente son los que hacen más peso, son los que hacen más fuerza, pero también hay gente cuyo único vínculo es la cultura. No sé si es uno más [pesado] que otro, me parece que es distinto.

Entrevistador/a: ¿Le parece que el Uruguay permite que la cultura judía se desarrolle?

Beatriz: Me parece que sí, que permite. Incluso, lo dijo el Intendente en una entrevista que le hicimos, que el Uruguay apoya la difusión cultural de todas las corrientes de inmigrantes. Nosotros hemos hecho eventos de difusión cultural y siempre hemos tenido apoyo. También hemos participado en eventos con otras colectividades de inmigrantes y como que hay una búsqueda. Me parece que no sólo les da apoyo, sino que favorece la presencia de los judíos, igual que de otros grupos de inmigrantes en un montón de eventos culturales. Es parte también de lo que es el país; no es que los judíos sean ajenos a la sociedad uruguaya, sino que son parte. Siempre se les da el lugar.

Entrevistador/a: ¿Le parece que esta sensación es compartida por todos?

Beatriz: No sé si es compartido por todos. No tengo idea.

Entrevistador/a: A sus hijos ¿qué cosa trata de transmitirles o le gustaría que ellos siguieran?

Beatriz: Yo les transmito todo lo que es la tradición judía y los valores, más que nada. Ellos van a un colegio doble horario, y el más grande va a jugar al básquetbol al Tabaré. Yo tampoco los encierro en una burbuja: "vos sos judío y nada más". Lo mando al básquetbol a otro lado a propósito, para que tenga vínculos con otra gente, uruguayos, que no sean judíos, y que tengan una vivencia más allá de lo que es el judaísmo. Ellos, incluso, saben de la Navidad, y que ellos no festejan la Navidad y los cristianos sí. Les enseñó todo. Trato por lo menos de enseñarles todo, para que vean: "yo soy esto, pero hay otra gente que no es como yo". Pero nosotros festejamos las festividades, celebramos todo. Tampoco soy ortodoxa [se ríe]. Pero les enseñó los valores judíos, la solidaridad, y cuando hay campañas los aliento siempre a apoyar. Un poco [doy] lo mismo que yo recibí.

Elías Bluth

* Elías Bluth es el vicepresidente de la Nueva Congregación Israelita (NCI).

Elías: En los años 30 y hasta la iniciación de la Segunda Guerra Mundial viene la tercera oleada, no tan grande numéricamente como las dos anteriores pero cualitativamente –si hablamos en términos culturales– mucho más rica. Es [la ola] de los judíos alemanes o de habla alemana, que incluía: a los alemanes, a los judíos austríacos y a algunos de la entonces Checoslovaquia, especialmente la parte de habla alemana. Porque la gente se olvida, pero así como el inglés es hoy la lengua franca, en el centro de Europa la lengua franca era el alemán. Pero fundamentalmente se alimenta de los judíos de Alemania y de Austria, y es una ola migratoria de características muy especiales. Primero, cultores del idioma alemán, conocedores de la cultura alemana y que si bien muchos de ellos tuvieron que dedicarse a actividades pedestres, menores, terciarias, pequeñas tiendas o lo que fuere, sin embargo, tenían otro nivel de actividad. Es la gente, si les puedo dar algunas características, que después conformaron [sic] una Nueva Congregación Israelita. Entonces, los servicios ya eran parte en hebreo o arameo y parte en alemán; ahora [el servicio] es parte en castellano pero parte en alemán, con coro en las sinagogas (una cosa que la ortodoxia no aceptaba, pero era típicamente de las prácticas de las iglesias protestantes alemanas; jugaban al *bridge*, tenían animales domésticos).

Una cosa que parece menor, pero para ilustrar: mi padre menospreciaba a quienes tuviesen mascotas, solamente los *gentiles* tienen mascotas, los no judíos tienen mascotas. ¿Cómo se puede gastar dinero y cariño y afecto en un animal? No concebía eso, eso era perder el tiempo, era un lujo. ¿Por qué? Porque los judíos de Europa oriental, Polonia, Rusia, identificaban a los no judíos con los señores feudales, con los "otros", esos sí con caballos, perros de caza y miraban con desprecio. Entonces, eran judíos diferentes, eran judíos que formaban clubes de libros; había una identificación mucho mayor con su país y su cultura de origen, a pesar por supuesto de lo que sucedió después; para ellos era inconcebible que su Alemania, la Alemania de Goethe y Beethoven, de alguna manera de la que se sentían tan parte de [sic] siglos y siglos, hubiese tomado esa dirección.

Pero entonces se creó la Nueva Congregación Israelita con esas características. Los demás los miraban con cierta ironía, los judíos más finos, aunque económicamente no estaban en mejor condición e incluso en promedio probablemente las otras comunidades, la sefaradí y la

ashkenazí, no creo que fuesen más pobres o más ricas. Creo que se fueron desarrollando las tres comunidades en una forma más o menos paralela, pero culturalmente eran muy distintas. La cultura de la Kehilá tenía una identidad judía mucho más notoria, más resistente a la asimilación y a la integración, mientras la comunidad alemana y la sefaradí eran mucho más afines a la integración social y cultural. La sefaradí, por el idioma y sus características de pueblos mediterráneos, y la alemana, por su condición de una comunidad de un país de occidente, culto, avanzado, muchos universitarios. [Y fueron] los primeros que tuvieron clubes de gimnasia, había cultores de la educación física, una cosa que los judíos tradicionales y ortodoxos también [consideraban que] era una actividad de los gentiles. El judío tiene que dedicarse al estudio y al comercio y a una actividad productiva; el deporte y la cultura física, educación física, de nuevo: cosa de gentiles. Y sin embargo, en la comunidad alemana había grupos de gimnastas que se reunían en Macabi de aquella época, que hacían deportes, una cosa un poco distinta.

Entrevistador/a: Nosotras, las preguntas que habíamos pensado las agrupamos en cuatro temas: personales, de la NCI, del judaísmo como cultura-religión y de cómo es en Uruguay. De tu familia, ¿quienes fueron los que vinieron a Uruguay? ¿Fueron tus padres?

Elías: Mis padres. Lo que pasa es que yo no hablé de esta última ola, pequeña numéricamente, pero que tuvo características también especiales: es la ola que vino después de la Segunda Guerra Mundial, es la última si se quiere, y esa tuvo algunas características especiales. Algunos eran simplemente parientes refugiados, rezagados, que habían sobrevivido, que fueron llamados por sus familias acá y que se integraron a algunas comunidades, probablemente en mayor grado a la ashkenazí y la húngara. Y algunas como nosotros, que eran de Bélgica, como es mi caso, algunos franceses, que vinieron después de la Segunda Guerra Mundial buscando a nuestros padres, para darle la espalda a Europa y buscar la paz y la seguridad en América. Si por alguna razón no pudieron llegar a América del norte, vinieron a América del sur. Uruguay era en aquel entonces la "Suiza de América" y además mis padres tenían amigos de Bélgica, que habían venido un poco antes. Así que la primera generación, en nuestro caso fueron mis padres, y después de la Segunda Guerra Mundial.

Entrevistador/a: ¿Cómo percibían ellos el Uruguay que los recibió?

Elías: Me acuerdo que mi padre hizo una especie de viaje exploratorio, y primero visitó Argentina, cuando ya estaba Perón en el poder y le asustó el nacionalismo; todo era de la *nación* y eso él lo asociaba con el sentir del Reich. Y después vino acá a visitar a sus amigos y le contaron que Berreta y después Luis Batlle Berres caminaban por la calle sin guardias y sin

escolta, y le pareció como el paraíso, un rincón del mundo donde reinaba la paz, la concordia, el bienestar, la democracia y un Estado secular. Es decir, el batllismo, y todo lo que significaba en cuanto a separación entre Iglesia y Estado. Para un inmigrante, especialmente para un inmigrante judío, era especialmente atractivo. Aquí se encuentran con un país [en] que hacía cincuenta años, o más, ya había separación entre la iglesia y el Estado, una educación pública y laica, todos los niños con sus túnicas blancas y sus moñas azules, todos iguales, ricos, pobres y todos los grados intermedios. Uruguay era visto como un país sumamente atractivo para gente que venía, con el recuerdo aún reciente, las cicatrices aún abiertas, de la Segunda Guerra. Mis padres eran los dos belgas. Habían nacido en lo que se llamó el Imperio Austro-húngaro. Se habían formado y forjado en Bélgica, sin tener la nacionalidad Belga, y los tres hijos nacimos en Bélgica, vinimos acá ya de niños.

Entrevistador/a: Hablando ahora sobre la NCI ¿Cuántos asociados tiene?

Elías: Son unas novecientas familias; estamos hablando de tres o cuatro mil personas. Y tiene algunas características que realmente la distingue de las otras. Primero, en el judaísmo a nivel mundial hay tres y hasta cuatro grandes corrientes. Acuérdense que no hay una autoridad como la del papa, que impone el dogma y que lo unifica, y [que] dentro de esas cuatro corrientes, y especialmente en tres de ellas, hay matices. Entonces, diríamos [que] la primera gran corriente es la Ortodoxia. Dentro de la Ortodoxia hay dos grandes corrientes también: la Ultraortodoxia y la Ortodoxia "común". Y ambas corrientes pretenden cumplir estrictamente con las normas establecidas en la Torá, Pentateuco, a través del Talmud, de la enseñanza de los rabinos. Son muy estrictos en cuanto a sus restricciones dietéticas y comer *kasher*, en el matrimonio tienden a la endogamia, entonces, las conversiones son un proceso difícil y largo [sic] (no la rechazan, no la niegan, pero es largo); cumplimiento estricto del *Shabat*, la separación en los servicios religiosos entre hombres y mujeres (a veces separados estrictamente con cortinas o paredes o lo que fuere, porque la tradición así lo establece); las mujeres cabeza cubierta, los hombres con sus barbas siguiendo aquello de una norma bíblica de "no cortarás tu cabello", en fin. Esa es la ultra, pero también hay una ortodoxia menos aparente, menos externa, pero que cumple o pretende cumplir estrictamente con la normativa judía que se llama *Halajá*, la ley.

La segunda corriente es llamada la corriente Conservadora, es con la que oficialmente está identificada la NCI, es la única de esas características. Es claramente una visión más pluralista, más abierta, menos ortodoxa, que pretende cumplir con la ley (por lo menos el rabino quisiera que todos cumpliésemos con la ley), pero con una visión mucho más moderna-contemporánea.

Parte de una premisa que parece muy sencilla, pero que no es aceptada comúnmente, que es la siguiente: las seiscientos trece condiciones que integran la Torá y componen el cuerpo de la ley es el resultado no solamente de lo que el Pentateuco establece en forma literal, [sino que] es el resultado aluvional de generaciones y generaciones de discusiones de rabinos que al final interpretan la norma.

Les voy a dar un ejemplo: la *Halajá* impone una separación drástica y completa entre lo cárnico y lo lácteo; hay que mantenerlo separado y hay que esperar unas horas entre comer una cosa y otra. ¿De dónde nace eso? Hay un versículo en la Biblia que dice "no comerás el ternero, en la leche de su madre". Bueno, uno podría decir literalmente: si yo tengo una vaca y he ordeñado, no voy a cocinar el producto de su vientre en su propio líquido vital, tiene una cosa medio mística, porque tiene a su vez un contenido poderoso. Pero los rabinos fueron interpretando eso y dijeron: "¿cómo sé yo que en esta botella de Conaprole no está la leche de la vaca del cual se alimentó un bovino?". Entonces, la norma era: mantén separado lo cárnico de lo lácteo y no vas a correr riesgos. Y hay muchísimas reglas de ese tipo: "no trabajarás el sábado". No es "descansarás el sábado". Bueno, ¿qué es trabajar?, ¿qué es descansar?, ¿cargar cosas es trabajar? Sostienen que prender la luz es hacer que una corriente empiece a generar luz, entonces, es trabajo. Los ortodoxos realmente viven muy preocupados por el cumplimiento de toda esa normativa.

En la corriente Conservadora nosotros sostenemos que los rabinos de hoy , los sabios de hoy y los intérpretes de hoy tienen tanta autoridad moral e intelectual como los rabinos de antaño; que nada está congelado. Bueno, nosotros somos de la tesis [de] que la Torá, todas las prohibiciones, todas las reglas, tienen que ser interpretadas a la luz de las nuevas realidades y de los valores de nuestro tiempo. Entonces, para los conservadores creyentes, hay que cumplir con la ley pero hay que interpretarla de acuerdo a patrones más nuevos y a la luz de [las] sociedades seculares en las que estamos insertos. Por lo tanto, con esa idea, la NCI es la inspiradora, y su rabino integra la Confraternidad Judeocristiana. La Kehilá siempre miró con desconfianza la creación de la Confraternidad Judeocristiana, no sea cosa que nos contaminemos y perdamos identidad.

Un ejemplo es integrar el idioma vernáculo al rito, al ceremonial. Si tú mirás el libro de rezo nuestro, de la línea Conservadora, hay partes que se leen en castellano enteramente y hay partes que se leen en su idioma original. Se parte de la premisa de que el uso del idioma

vernáculo contribuye a que los niños entiendan más y mejor. Además, vas a un templo conservador como el nuestro y la familia está sentada toda junta, mientras que en una sinagoga ortodoxa la mujer por un lado y el hombre por otro. Yo todavía tengo el recuerdo en la infancia, antes de los cinco yo acompañaba a mi abuelo a la sinagoga ortodoxa, porque mi familia lo era y mi abuelo era uno de los que, digamos, dirigían la ceremonia, y tengo un vago recuerdo de que era un templo chiquitito y que tenía como un puentecito elevadizo y se levantaba con una cadena y arriba estaban las mujeres, para que pudieran oír pero no ver, no tentarse con la belleza masculina, y los hombres a su vez no tentarse con la hermosura femenina y sus cabelleras, cosa que es un tema que también hay distinciones entre los ultraortodoxos.

Otra diferencia es la conversión. Nosotros siempre sentimos que las parejas mixtas... Cuando realmente un chico o una chica judía están enamorados y quieren casarse con alguien por fuera de la Congregación, la tendencia de nuestra Congregación es: "no queremos perder, queremos sumar". Y si esa persona internamente quiere que su familia sea judía, entonces, nosotros vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para incorporar, no rechazar, no expulsar. Entonces, tenemos un proceso de *convertimiento* mucho más flexible, de mayor apertura, de mayor alegría, estamos considerándolo no como una carga, sino como una incorporación nueva. Las ceremonias de conversión en la NCI son muy lindas. Inclusive, cuando se completa el proceso, la comunidad le da como una bienvenida a la nueva pareja, al converso o a la conversa. Todo eso hace que nos sintamos diferentes, como acompañando más lo que los nuevos tiempos requieren de nosotros.

Entrevistador/a: En el caso que ponías recién de una persona judía que se enamora de una no judía y se quiere casar, ¿se trata de que esa persona no judía se convierta, o se acepta igual el matrimonio sin que haya una conversión?

Elías: No, la verdad no hemos llegado al punto de hacer la ceremonia religiosa judía a una pareja donde uno de los dos no sea judío. Ahí entra la tercera corriente: el Reformismo, que tiene predicamento en Estados Unidos. Ahí hay un rabino y un cura iniciando en el matrimonio, bendiciendo el vínculo. El proceso de conversión es más fácil, más abierto, pero partimos de la premisa de que es una pareja judía y hay que hacer las cosas en serio. Nosotros no obligamos a nadie a la conversión.

Entrevistador/a: Para la NCI, como parte de la corriente Conservadora, ¿qué es ser judío? ¿Es el nacido de vientre judío?

Elías: En principio, la ley sigue siendo esa. Nuestro rabino no puede cambiar lo que está claramente establecido en la normativa, la *Halajá*. Automáticamente, quien nace de vientre judío es judío, eso él no lo va a cambiar y dentro de la línea Conservadora lamentablemente esa sigue siendo la norma. Pero entonces, ¿qué es lo que sucede?: de repente viene un padre y quiere que su hijo haga su *Bar Mitzvá*, y el rabino probablemente le haga unas preguntas, pero no indaga demasiado. En cambio, si vas a una comunidad ortodoxa hacen indagaciones y preguntan quiénes son los padres del chico, piden el certificado de conversión. Es decir, nuestro rabino no cambia la ley, pero va a buscar hacer lo imposible para mantener a la gente dentro de la ley. Se producen problemas dentro de la Ortodoxia en el tema de derechos de familias (no me citen pero es así, es terrible). Las normas de derechos de familia seculares, medievales son muy difíciles de convivir [sic]. Por ejemplo, el tema de la adopción. Yo tengo una familia amiga; adoptaron dos chicos no judíos. Militan en un movimiento juvenil sionista, pero nunca se convirtieron. Bueno, los padres eran socios de la Kehilá, hablaron con el rabino y se armó un lío. Sin embargo, cuando fueron a lo de Bloch (el rabino de la NCI) les dijo: "primero vengan, inténgrense a la comunidad y después vamos a ver cómo resolvemos ese tema". Es una actitud diferente, él no puede cambiar la ley, pero no los va a rechazar nunca.

Entrevistador/a: Y para ti, ¿qué es ser judío?

Elías: Realmente hay tantas definiciones sobre identidad judía como judíos. Para cada uno tiene una connotación diferente el concepto de la identidad. Te diría que para un sector quizás minoritario, básicamente, es un sentimiento religioso y de identidad con el Antiguo Testamento y todos los escritos que derivaron de él. Ese es un sector, es decir, el factor religioso y basado fundamentalmente en la sacralidad, no en la interpretación literal, pero sí en la interpretación literal y evolutiva de la Torá, los cinco libros de la ley y los libros que le sucedieron. Y para eso hay que tener en cuenta que para ese grupo la observancia es literal en lo que la letra dice y evolutiva en otra, pero que la evolución cesó prácticamente en el siglo III con los grandes maestros que debatieron sobre las implicancias del texto de la Torá y eso quedó consolidado en el Talmud. Para otros, la centralidad de la identidad judía es más bien un concepto étnico-cultural. Y quizás debiera hablar de tres ejes: histórico, étnico y cultural, donde lo étnico esté quizás en un último lugar. Lo histórico, para mí, tiene mucho más sentido, es decir, en la definición de Ernesto Renán, el historiador tan importante de nuestros años mozos que decía: "¿qué es un pueblo? Es un pasado común y un futuro compartido". Básicamente, es eso, es decir, ¿qué es lo que nos une?, nos une la historia, la cultura, esa sensación de una identidad,

hoy el Estado de Israel como la materialización de esa ansia hacia Israel hacia Sion, ese respeto por los lugares sagrados.

Yo, por ejemplo, soy ateo. Sin embargo, la gente dice: "¿cómo podés predicar en la sinagoga?", y para mí no es un tema que suponga una contradicción sino que es importante que hace dos mil o tres mil años un grupo de gente creyó esto, y en base a [sic] eso desarrolló su identidad y enriqueció sus espíritus y metió un legado que llega hasta hoy. Yo puedo entender la Torá sin la presencia divina, es decir, como el producto de gente sabia que se unió. Eso, para mí, es un hecho histórico sin par, riquísimo, que da para que sigamos miles de años para adelante tratando de entender lo que la gente entendió, tratando de sentir lo que la gente sintió, y dar un sentido distinto a lo que sintió y que ese sentido guíe nuestras vidas.

Entonces, ustedes ven cómo un ateo, un agnóstico que siente una identidad más bien histórica, cultural y étnica, porque se supone que descendemos de esos pueblos de Medio oriente, sintamos una identidad que poco tiene que ver con la religión, a pesar de que aún los judíos más seculares, tienen siempre como punto de referencia las festividades religiosas, considerándolas más bien referencias culturales y referencias históricas y referencias de comunidad. La prueba de que no es étnica, la encontrarían en el museo de la Diáspora en Tel-Aviv. Quedarían absolutamente asombradas porque en las calles de Jerusalén encontrarían judíos negros de Etiopía, pasando por todas las gamas, y es obvio que hubo una mezcla brutal provocada por casamientos, violaciones, pueblos que recorrieron y cambiaron la fisonomía y básicamente la apariencia exterior. No tiene absolutamente nada que ver con el estereotipo de judío narigón, pelo enrulado y oscuro. Entonces ¿qué tiene que ver? Nada, absolutamente nada. A Silvia [su esposa], que es vasca, le dicen: "usted debe ser judía sefaradí o debe ser armenia". Pero todo eso es ridículo con todo lo que ha pasado en el mundo, o incluso en Uruguay; y a través de la historia pensar en esa unidad étnica en el sentido de sangre es absolutamente ridículo. Más aún, entro en terreno peligroso; mi interpretación de la regla que dice: "judío es hijo de vientre judío", fue una manera precisamente de protegerse e incorporar los productos de la *misoginación* de las violaciones, y de los raptos. Es decir, si una judía quedó embarazada de una violación o de un raptó, vamos a hacer la vista gorda y "es judío el hijo de su vientre". Porque en todo lo demás [el judaísmo] es un patriarcado: honores, títulos, etc. ¿Cómo se explica que la cosa más importante, qué es ser judío o no ser judío, sea por el vientre materno? Porque había que arreglar el tema.

Entonces, tenés esas dos grandes divisiones en materia de identidad: para unos es religión, para otros es una especie de unidad histórica que va desde el pasado y hacia el futuro y que crea un sentimiento de identidad. Por eso, muchos hablan del pueblo judío y no de la religión judía. Y curiosamente, el tema de la religión se dio en ambos extremos: se da en los más observantes y en los más asimilados y más integrados a las sociedades en las que están insertos ¿Cómo se explica eso? Hay gente que no tiene fe judía y se siente muy identificada. Y somos muchísimos, y te diría que la corriente principal hoy es más bien esa. Tan significativa es esa distinción que muchos sectores ultraortodoxos dicen que no creen en el Estado de Israel, dicen que es una creación secular, hasta pecaminosa, porque el pueblo judío sólo debe reencontrarse con la tierra prometida cuando venga el Mesías. El Mesías no vino, entonces esto es un hecho político secular. Y los líos que hay en Israel respecto a este tema son muy complicados.

Entrevistador/a: Ahora, entre estas personas más ortodoxas y las personas que de repente entienden que el judaísmo pasa por un pasado y un futuro común ¿hay algo que se comparte?

Elías: Yo voy al templo casi todos los viernes, y la parte de los rezos no me toca, pero me gusta que estemos dos mil personas reunidas, que cantemos las mismas canciones, me encanta escuchar al rabino que tiene alguna cosa [con la] que siempre salís enriquecido, me gusta encontrarme con mis amigos, sentir que nos une todo ese pasado lleno de gloria y de dolores, porque el Holocausto no fue tan lejos [en el tiempo]. Ustedes tienen que pensar: ¿cómo puedo negar yo mi identidad judía cuando todos los hermanos de mi padre menos uno fueron asesinados por los nazis? Yo mismo nací en Bélgica, los vi, sé lo que era y tuve episodios de antisemitismo en mi infancia. Viví con el nazismo en la puerta y por dominar el mundo. Con la creación de Israel, yo me acuerdo de estar pegado a la radio en aquella época contando los votos (entre los cuales el de Uruguay fue decisivo) para la creación del Estado de Israel, que iba a resolver todos los problemas, donde los judíos no serían perseguidos nunca más, y abriría sus puertas a los cientos y miles y millones de inmigrantes salvados del Holocausto. Entonces, yo no le puedo dar la espalda a eso.

Hoy, el último eslabón de la cadena no quisiera que se cortara acá. Mis nietos lo sentirán o no lo sentirán, no lo sé, y quizás sea omisión mía el que no lo sientan. Pero ese es el tema de la identidad, lo que uno siente. A veces se expresa en una cosa vaga, es como decir: ¿qué es lo que vincula a los uruguayos en el exterior? De repente dicen el mate y el asado. Están, entre los judíos, los que festejan *Rosh Hashaná* y a eso se limita su judaísmo; es muy endeble. ¿Cómo te explicás la Zhitlovsky? Que está ahí, "vivita y coleando" y son judíos comunistas, [...]

antisionistas, antisraelitas. La Zhitlovsky conmemora el levantamiento del Gueto; le pone énfasis a eso porque eran muchachos de la izquierda en aquella época. El Holocausto es un factor importante para ellos. Son grandes cultores de la cultura en yiddish, te cita los poetas que escribían en yiddish y se siguen sintiendo parte de una identidad. Y tú les preguntás a ellos: "¿qué los vincula?". Y te van a decir cosas muy parecidas a lo que yo te digo: un pasado, un futuro, la cultura yiddish, una tradición que no quieren ver desaparecer, etc. Entonces, respuesta muy larga a una pregunta muy sencilla. El tema de la identidad es un misterio y cada uno le da el contenido que siente que le tiene que dar.

Institucionalmente, la religión sigue teniendo un papel muy importante. La NCI, en sus inicios, estaba integrada por gente de un nivel un poco más alto culturalmente. Eran judíos de occidente de las grandes ciudades: Berlín, Viena, Frankfurt. En fin, la gente era más culta, más abierta, entonces, ya habían incorporado costumbres de las iglesias que la rodeaban: el coro, la música y su vestimenta totalmente occidental, emulando la elegancia de los que los rodeaban. Entonces, estaban más abiertos al mundo, pero la creencia en Dios y en el cumplimiento de las obligaciones seguía siendo un factor muy importante, con una interpretación, y ahí es donde se distingue, más evolutiva, más abierta, más pluralista, y tratando de adecuar las normas para tornarlas más fácilmente cumplibles [sic] en el siglo XX y XXI.

Entrevistador/a: ¿Cómo definirías la cultura judía?

Elías: Es una muy buena pregunta. Son temas que se debaten. La cultura judía es primero el producto de los textos sagrados y todos los desarrollos intelectuales que derivaron de ese cuerpo básico. Entonces, cultura judía podrían ser todas las predicas, todas las interpretaciones y todo [el] desarrollo de esa raíz básica. Esa es una dimensión. La otra podría ser la inserción de algunos de esos elementos dentro de una producción cultural de lo más diversa: Yagan y su pintura, que tiene esas figura bíblicas flotando en el aire, la literatura de escritores judíos que no pudieron evitar el ingrediente judío dentro de su literatura abierta al mundo. ¿Pero en qué consiste? ¿Por qué [es] una expresión de la cultura judía? ¿Por qué él es judío? ¿Por qué su temática, aún la más no judía, tiene ingredientes de ese pasado? ¿Por su temática? Por ejemplo, Phillip Roth, un muchacho judío norteamericano; en su supuesta autobiografía aparecen episodios graciosos de su infancia: "yo no comía y un día mi madre me dijo: 'comé o te mato' y tenía un cuchillo en la mano". La *idishemame* decía: "tenés que comer" y él dice: "yo pensé que si no comía me mataba". Y bueno, eso es historia judía, porque a su vez esa madre es un estereotipo. Ninguna madre mata a su hijo literalmente porque no coma, lo puede zarandear sí,

seguramente. Pero él, como niño judío, vivió esa presencia como algo muy fuerte que condicionó su psiquis, su comportamiento.

La obsesión con la cultura y la formación, que se ve hasta en el chiste. Cuando le preguntan a una señora en la plaza cómo se llaman sus dos hijos, ella responde: "el doctor se llama Isaac y el abogado Moisés", porque ya estaba previsto que tuviesen que ascender socialmente a través de las profesiones. Eso es parte también de la cultura judía, cómo la gente se comporta y vive en función de ese pasado percibido. Ya estaba previsto que el nene de dos años fuera abogado y el de tres fuera médico, porque siéndoles prohibido el ejercicio de ciertas profesiones que tenían que ver con la tierra y la nobleza, y condenados a las actividades terciarias, la actividad universitaria era la manera de ascender socialmente y de integrarse a la sociedad. Entonces, cultura también tiene muchos ingredientes, la que tiene la religiosa y todas sus derivaciones tiene que ver con una especie de psiquis estereotipada o quizás compartida a raíz de ese pasado tan convulsionado, tan doloroso, lleno de expulsiones, violencia, exilio, progroms, raptos, desapariciones. Lo que esa gente produce es cultura judía. [Respecto de] Freud, que no escribió por ni para los judíos, alguna gente dice que es una expresión de la cultura.

Teresa Porzecanski sería hoy y es vista como una representante de la cultura judía uruguaya. Es una intelectual judía uruguaya. Mauricio Rosencof, desde otra vertiente, de la vertiente de la Zhitlovsky, pero también es intelectual judío uruguayo. Cuando él sale de la cárcel, va a visitar a sus padres que están en el asilo de la colectividad judía en la calle Burgues. Entonces, ¿tú creés que un tipo como Rosencof puede prescindir de su identidad judía? De alguna manera su producción literaria tiene algo incorporado que él no puede desincorporar y convierte buena parte de su literatura en una expresión de la cultura judía. Cuando leen qué es lo que le pregunta la madre después de no verlo durante quince años y haber estado en el infierno: "¿ya comiste?". Entonces, tu pregunta es muy pertinente, pero muy difícil, es casi inabordable, marcha por todos esos andariveles muy distintos unos de otros.

Entrevistador/a: ¿Y vos diferenciarías la cultura judía de la tradición judía?

Elías: Podría. Los casos extremos son fáciles de definir, y en el medio, las zonas grises son siempre difíciles de distinguir. Yo pondría: tradición judía realmente tiene que ver con las tradiciones institucionalizadas, claramente identificadas, y yo me integro a esa tradición a través de una práctica. Les voy a hacer una comparación. Hay muchas personas uruguayas no católicas (te diría hasta judías) que entre comillas "festejan la Navidad" con un árbol de navidad.

Ahí tenés un ejemplo. Eso es integrarse a una tradición que, normalmente, yo lo asocio más con prácticas institucionalizadas, que vienen del pasado. Entonces yo digo: tradición judía es la suma de prácticas más institucionalizadas que vienen desde miles de años, que han ido tomando distintas formas, a las cuales uno se integra casi simbólica y emblemáticamente. Yo me integro a la tradición judía y la practico a mi manera. Por ejemplo, yo tengo acá los candelabros de *Jánuca*. Teóricamente, hay que alumbrar uno por día de derecha a izquierda, y completás los ocho. Pero nosotros, un día juntábamos a la familia, prendíamos los ocho juntos y ya está. Nos integrábamos, participábamos de esa tradición. Si eso lo ve un rabino ortodoxo me crucifica, porque "¡cómo no empezaste de la derecha, empezaste de la izquierda; hoy es el sexto día y sin embargo prendiste las ocho!". Esto es una tradición que quiero conservar, que los niños recuerden la tradición de *Jánuca*. Entonces, tradición, yo diría, es la incorporación a través de la práctica de ciertas vivencias más institucionalizadas y que tienen una raíz más religiosa.

Entrevistador/a: ¿Te parece que los matrimonios mixtos hacen que se pierda un poco la cultura judía?

Elías: Sin duda. Es la única razón (porque todas las demás son mitos) por la que los padres lo resisten o lo lamentan. Lo que temen es, en el fondo, que esa cadena se corte. Nosotros, en nuestra Congregación, abrimos las puertas a los matrimonios mixtos y hacemos varias cosas. Primero, se facilita la conversión. Y segundo, aun cuando no se convierta, se trae a los niños, se los incorpora y quizás el día de mañana el padre se convierta. Se permite que los niños participen y vivan su vida judía a través de la tradición y todo lo demás. El matrimonio mixto es resistido porque se ve como una forma de pérdida de identidad y de ruptura con el pasado y con el futuro. Pero el matrimonio mixto, tal como se da en muchos casos, se vive con cierto pesar porque significa la reducción numérica y significa la pérdida de gente. Teóricamente, si no hubiese sido por el nazismo y la asimilación, tendría que haber cincuenta millones de judíos en el mundo, y hoy, en total, serán quince. Entonces claro, se vive el matrimonio mixto como una pérdida, pero no mucho más que eso.

Entrevistador/a: ¿Te parece que la comunidad judía, acá en Uruguay, es una comunidad unida o que está fragmentada por diferentes corrientes o diferentes maneras de entender el judaísmo?

Elías: Yo diría que ambas cosas; aunque parezcan contradictorias [ambas] son verdad: está fragmentada y está unida. Está fragmentada en esas tres comunidades grandes con dos o tres periféricas, y se miran con recelo, quisieran crecer y si es necesario crecer a costas de la otra: "me está sacando socios" o "ustedes están haciendo una propaganda proselitista para atraer".

Es decir, hay rivalidad, hay fragmentación por temas religiosos, por temas institucionales, etc. Hay fragmentación, especialmente y como siempre, en los extremos, porque si ustedes hablan con el rabino Shemtov verán que él cree que el mundo fue creado hace 5767 años, punto. Y olvidense del carbono 14 y olvidense de fósiles, nada: impermeable, impermeable. Su práctica es muy ortodoxa y hasta al margen de Israel. Obviamente, es fragmentación. Ahora, en las grandes cosas obviamente se sienten hermanados y sienten algo muy fuerte en común que los une. Entonces, las dos cosas son ciertas. Pero, de todas maneras, como síntesis diría que, como dicen los americanos: "*on the frindges*" (*frindges* es: en los bordes) se va produciendo una erosión de identidad judía y de pertenencia.

Entrevistador/a: ¿Te parece que a veces el judaísmo puede vivirse como una responsabilidad en jóvenes que nacen de padres judíos o en las generaciones más nuevas?

Elías: Ah sí, sin duda. No creo que sea puramente genético, no. Nacen con eso, pero a través de gestos, palabras, actos se les quiere hacer sentir que el judaísmo les traerá grandes alegrías, pero entraña responsabilidades y quisieran que las asumiesen. Y muchos jóvenes no te lo confesarán fácilmente, pero de repente lo viven como una carga. Y la responsabilidad que les fue impuesta. Yo creo que en ese aspecto quizás sea bastante parecido a un niño que nace en una familia católica muy practicante. Las instituciones ejercen una gran presión. Yo me acuerdo de niño, especialmente una época en que se vivía mucho más la persecución, sentí al judaísmo como una carga y hubiera preferido no serlo. Estoy seguro que para muchísimos niños también fue así. ¡Cuánto más fácil era la vida de un niño no judío! No sentir la repulsa, no sentir el rechazo, no sentir el ataque, no escuchar: "vuelvan a Palestina judíos de mierda".

Entrevistador/a: ¿Vos te sentís discriminado hoy en Uruguay?

Elías: Hoy no, para nada. De repente salen a luz, a la superficie, sentimientos y emociones muy atávicos de los que la gente ni siquiera es totalmente responsable, ni se da cuenta de lo que dice. Hay pequeños episodios que me confirman lo que Silvia (que dio clase de Historia en el Seminario) me ha dicho: "mirá que en el Seminario yo vi manifestaciones antisemitas, no de repente demasiado agresivas, pero que te revelan qué se siente". Cuando ella, por ejemplo hacía una pizza de las religiones y los pueblos, entonces, eran los musulmanes que ocupaban un espacio así, los católicos un espacio *asá* y de repente a los judíos apenas se los podía dibujar porque era una faja. Entonces los alumnos decían: "ay profesora, si están en todos lados". Claro, son quince, veinte mil judíos en total, pero los ven en Pocitos, en los boliches, en Punta del Este, están en todos lados. Cuando un chiquilín te dice: "están en todos lados", ¿qué está reflejando?

Que es una presencia indeseable, que está y que preferiríamos que no estuviese. En ese aspecto hay pequeñas manifestaciones. El otro día yo estaba con un cliente importante, negociando un tema muy importante para la empresa y me decían: "vos tenés que negociar esto como un judío". ¿Por qué?, porque se asocia el judío con el *hábil declarante*, el hábil negociador, el que puede manipular a los otros, el que va a salir mejor de una negociación de ese tipo. No te dicen: "poné todas tus neuronas, toda tu experiencia y todas las razones por las cuales te tenemos fe, metéle". No, me dicen: "negociá como un judío".

Entrevistador/a: ¿Tus hijos se sienten discriminados entre los jóvenes?

Elías: No creo. Hoy, cada vez menos. Marcela se casó con un chico no judío que nunca se convirtió. Mis nietos quieren hacer la *Bar Mitzvá* y la *Bat Mitzvá* y lo están haciendo de una manera medio secular. Las mejores amigas de mi hija no son judías. Mi hijo Alejandro es más sarcástico y más escéptico: cree que los prejuicios están ahí, muy cerca de la superficie y que es muy fácil que irrumpen. Como la película de Bergman, *El huevo de la serpiente*. Esta película muestra: "sí, todo muy bien pero hay algo ahí que en la medida en que las cosas van bien no aparece. Si las cosas fueran mal es probable que aparecieran [sic]".

Entrevistador/a: ¿Y te parece que la cultura judía acá en Uruguay se ha mantenido en las generaciones más jóvenes?

Elías: También es una pregunta muy inteligente y muy buena. Mirá que mi opinión no es compartida necesariamente por todos, pero yo creo que la cultura judía hoy es más profunda y más rica que hace treinta, cuarenta años, a pesar de que la colectividad es más pequeña.

Entrevistador/a: ¿Más rica en qué sentido?

Elías: Lo que pasa es lo siguiente: en Uruguay, en la medida en que somos más, mejor formados, más seguros de nosotros mismos, social y económicamente más consolidados y menos vulnerables, ¿qué clase de personas vamos generando? Personas más cultas, más tranquilas, que pueden dedicarle más tiempo a la cultura. Entonces, empezás a ver más pintores judíos, más escritores judíos, más músicos, más actividad cultural de todo tipo. Y la calidad de lo que producen es mejor. Yo diría que los rabinos son más cultos, en un sentido secular. El rabino ortodoxo de la Kehilá, en la calle Canelones, es un médico psiquiatra formado en Argentina. Habla un castellano impecable. Yo no estoy de acuerdo con el 90% de lo que dice, pero no importa. Alejandro Bloch fue formado en el seminario rabínico de Buenos Aires, fue rabino en Mendoza, su castellano es un castellano rico, su formación es rica y amplia. Lo que normalmente

se entiende como productos culturales –el cine uruguayo, *Whisky, 25 watts*, los actores: Daniel Hendler, tres o cuatro de la Zhitlovsky en el galpón, críticos, pintores, etc.–, es decir, la cultura, los judíos que participan en el proceso cultural de adentro o afuera es de mejor calidad y es más rico en ese sentido.

Entrevistador/a: ¿Y te parece que eso se debe un poco a las nuevas generaciones?

Elías: Sí, sí. Han logrado combinar lo vernáculo con la tradición y están entremezclados. Es muy difícil distinguir. Donner, ¿es producto de qué? En Gurvich los elementos tradicionales están presentes en sus grandes cuadros. Y Caetano dijo una cosa muy interesante en la conmemoración del Holocausto; dijo: "miren, les va a sorprender un poco lo que voy a decir, pero Uruguay es lo que es, en alguna medida, por la incorporación de esa masa humana que le dio ciertas características a nuestro país".

Entrevistador/a: Esa era una de las preguntas que teníamos: ¿qué elementos de la cultura judía integran ahora la cultura uruguaya?

Elías: Es interesante; tratémos a través de ejemplos. El arte Gurvich, ¿hasta qué punto es un arte uruguayo y hasta qué punto es un arte judío? Es interesante, porque Gurvich fue alumno y discípulo directo de Torres García y no cabe ninguna duda que su pintura tiene raíces *torresgarcianas*. Y con sus años en Israel, en un *kibbutz*, también está la presencia judía. En uno de los grandes pintores nacionales hay un ingrediente judío. Tomen Nelson Romero, pintor de San José, del Interior, no había venido a Montevideo y de repente empezó a sentirse místicamente comprometido con elementos de la tradición judía. Hay cualquier cantidad de pinturas de él en los museos de Israel. La temática judía permea la pintura de Romero, en una forma casi obsesiva. Un tipo joven, no es judío, pero la temática judía se ha incorporado a su pintura. Ayer de mañana fuimos a la presentación del último libro de Emma Sanguinetti sobre Figari, que lo presentaba Alicia Haber con Angel Kalemberg, ambos judíos. La museología uruguaya, ¿cómo se hubiera desarrollado si no hubiera habido un Kalemberg? Kalemberg aportó su condición judía. Entonces, ustedes dicen: ¿qué tiene que ver la museología y la conducción del museo con su condición judía? Entre otras cosas, su red: de repente cuando él escribe una carta, conocía al director de un museo de Nueva York, y le dio ese empuje y su formación cultural. Siempre hay un ingrediente de su ascendencia judía y de su propia identidad en su trabajo. Convirtió a ese museo en otra cosa.

Por otro lado, quizás ese afán subconsciente de destacarse, de ascender, de ser valorado, forme parte de la psiquis judía y explique por qué Alicia Haber quiere estar en todos lados y destacarse siempre. En la política, hay también una participación creciente: tres o cuatro ministros de economía en los últimos treinta años han sido judíos. Es decir, los judíos están participando en todos los niveles. Y todo eso va formando cultura nacional en su acepción más amplia. Desde el punto de vista económico, por ejemplo, el vendedor ambulante a plazos que golpeaba en las puertas fue (dicho por los economistas) la primera manifestación del crédito al consumo. Mucho antes de la tarjeta, mucho antes de Oca y de todo lo demás. Todo eso fue formando parte de nuestra sociedad. El acceso a los bienes de consumo a través de la cuota. Creo que también se nota en la vida musical. El Centro Cultural de Música no es una creación de la colectividad judía, pero si vas a los conciertos, aunque la población judía es menor al 1%, tiene una participación mucho mayor en las actividades. Entonces, creo que la participación en la vida del país es [sic] una presencia fuerte.

Entrevistador/a: Y el judío radicado en Uruguay ¿se siente más judío o más uruguayo?

Elías: Es casi como preguntarte a ti si querés más a tu papá o a tu mamá. Es decir, la vida de uno está hecha de muchas lealtades, y eso, en definitiva, es producto del progreso de la civilización y de la cultura. Cuánto más primitivo el ser, más monodimensional o unidimensional son sus lealtades. En el clan, la lealtad es hacia ese grupo bien chiquito: papá, mamá, los nenes que están al lado. Después, la lealtad es hacia el clan; entonces, ya hay muchas lealtades. El cazador tiene lealtad hacia la mujer, hacia los hijos, hacia la tribu. A medida que vamos creciendo no podemos priorizar nuestras lealtades: yo tengo una lealtad con Silvia, con mis hijos, con mis amigos. Entonces, bueno: ¿más uruguayo?, ¿más judío? Me siento judío y me siento uruguayo. Nunca he sentido el conflicto entre ambos porque se complementan, se enriquecen. Si se ponen a pensar hacia quiénes, qué cosas y qué valores ustedes son leales las tres [entrevistadoras] van a tener lealtades distintas en función de lo que han sido sus vidas. Lo mismo pasa con los judíos. No te creas que yo no sufrí horrores cuando había mucho más antisemitismo en la superficie. Tú no sabés las mesas de debate: "si hay una guerra entre Uruguay e Israel, ¿vos por quién peleás?". Pero en un debate público, y no podía soslayarlo con estas discusiones más profundas.

Les decía entonces y digo hoy también: esas lealtades no están en conflicto y el día, que no veo por qué tenga que suceder, que haya conflictos cada uno lo va a decidir de acuerdo a su conciencia y lo que sienta en ese momento. Entonces ¿qué sucede? Ya, de mayor, he pensado

que las grandes definiciones, cuando hay que optar, solamente se pueden saber en el momento en que la opción se plantea. Y les cuento una anécdota de la tradición judía muy linda: un rabino muy pobre sabe que está cerca de la muerte y tiene que elegir a su sucesor. Llama a sus alumnos más directos y sucesivamente les va formulando la misma pregunta. La pregunta es: están en un bosque, de noche, solos, no hay nadie y encuentran un cofre con un tesoro suficiente para cubrir vuestras necesidades y las de sus hijos, nietos y, además, hacer caridad. Es una fortuna difícil de dimensionar. No hay nadie cerca. Y el primero responde: "si no hay nadie cerca me lo quedo" y el rabino lo rechaza como su sucesor. El segundo le dice: "no, no, yo si no es mío no es mío, por lo tanto, voy a llevarlo al primer pueblo, entregarlo y decir que encontré esto". Y también lo rechaza. El tercero le dice: "mire, esa pregunta se la contesto el día que lo encuentre". Porque él no sabe de antemano si va a prevalecer un sentimiento sobre el otro. Yo creo que la gente se siente las dos cosas [uruguayo y judío]. Con la misma fuerza en distintas dimensiones. No digo que eso haya sido siempre así, pero a medida que uno se va integrando a la vida de nuestro país no se puede decir qué es lo que uno siente más o siente menos.

Eliezer Shemtov

* Eliezer Shemtov es rabino y director del Centro Beit Jabad

Entrevistador/a: Sabemos que usted nació en Estados Unidos: ¿Cómo fue que vino a vivir al Uruguay?

Eliezer: Yo vengo acá en representación del Centro Lubavitch, Jabad Lubavitch. A partir de 1950, empezamos a mandar gente a todas partes del mundo para apoyar a las comunidades judías, estableciendo un centro. Entonces, cuando en 1985 la comunidad judía del Uruguay llamó diciendo que mandarían una pareja acá, en un principio querían que fueran jóvenes porque había más química con la comunidad.

Entrevistador/a: ¿Qué significa Lubavitch?

Eliezer: *Lubavitch* en ruso significa *ciudad de amor*. La palabra *Jabad* representa nuestros sentidos, *Jabad* son las siglas de tres palabras hebreas: *jojna*, *biná* y *deal*, que representan las tres facultades intelectuales: inspiración, entendimiento y conciencia. Pertenecemos al movimiento *jasídico* que tiene centros en todas partes del mundo, alrededor de dos mil instituciones en el mundo.

Entrevistador/a: ¿Cuál fue su impresión cuando llegaron a Uruguay?

Eliezer: Llegamos primero a Argentina, el 1º de marzo del 1985.

Entrevistador/a: Justo con el cambio de gobierno...

Eliezer: Claro, llegamos el 28 de febrero. Llegamos en avión y cuando llegamos desde el avión vimos las alfombras rojas en el aeropuerto. Mi señora estaba segura [de] que eran para ella, pero después de esperar una hora en el avión mientras bajaban todos los mandatarios, le dije que no [risas]. Llegamos ahí y hubo muchos cambios en general, mucha apertura, que trae consigo propiedades, pero además, se derrumban muchas tradiciones. También muchas cosas se retoman, pero a su vez abre una oportunidad para que uno descubra un montón de cosas.

Entrevistador/a: Así que llegaron con el reinicio de la democracia...

Eliezer: Sí, nosotros llegamos justo en ese momento. Era un buen momento para nosotros, porque hubo una búsqueda y vinimos con muchas respuestas. La gente tenía muchas

preguntas, y nosotros vinimos con una mentalidad muy diferente, pero con mucho respeto, y aprovechamos la oportunidad. Después pasaron por muchas crisis, pero igual la gente sigue yendo.

Entrevistador/a: Cuando dice que lo contacta la comunidad judía acá en Uruguay, ¿quiénes fueron? ¿En ese momento ya estaba conformada por las cuatro comunidades?

Eliezer: Sí, todo el mundo me respondía. Las comunidades de austro-alemanes y demás. Lo que pasa es que el judaísmo vino al Uruguay con los judíos. ¿Y los judíos de dónde vinieron? Vinieron de pueblitos. Al venir acá vieron un país que no era muy religioso. Muchos mantuvieron las tradiciones por una cuestión de que estaban acá, por una cuestión de tradición, pero sus hijos y sus nietos ya nacieron con otro tipo de preguntas, otro tipo de necesidades, otro tipo de sentimientos, para los cuales los padres no estaban preparados, porque a ellos nunca se les ocurrieron [sic] ese tipo de preguntas.

Entrevistador/a: ¿Cómo es enseñar religión en Uruguay?

Eliezer: No es nada fácil en una sociedad laica enseñar preceptos religiosos.

Entrevistador/a: ¿Cómo es vivir según los seiscientos trece preceptos en Uruguay?

Eliezer: No son seiscientos trece, porque acá solo se pueden cumplir doscientos catorce.

Entrevistador/a: ¿Qué es ser rabino?

Eliezer: El rabino es simplemente alguien más estudioso, no más religioso.

Entrevistador/a: ¿Cuál es el rasgo común a todos los judíos?

Eliezer: Que poseen la *neshamá*, un alma judía. El alma del judío es diferente al alma del no judío.

Entrevistador/a: ¿Qué es el judaísmo para usted?

Eliezer: El judaísmo es tratar de cumplir al máximo con la voluntad de Dios.

Entrevistador/a: ¿Cómo definen el ser judío?

Eliezer: El que nace del vientre de una mujer judía o se haya convertido en judío de acuerdo a las normas estipuladas en la Torá.

Entrevistador/a: ¿Ustedes permiten la conversión?

Eliezer: El judaísmo entiende que no hace falta ser judío para merecer la gracia de Dios. Un no judío sólo debe cumplir con las Siete Leyes de los Hijos de Noé.

Entrevistador/a: ¿Cómo es la conversión?

Eliezer: El proceso de conversión, *guiur*, consiste en tres pasos: 1) circuncidarse, en el caso de un hombre; 2) sumergirse en una *mikve* (baño ritual); 3) aceptar el cumplimiento de la Torá en su totalidad. Dichos pasos tienen que realizarse ante un tribunal rabínico válido (un tribunal rabínico válido quiere decir tres rabinos que aceptan la Torá como palabra divina y cumplan con sus preceptos en su vida personal).

Entrevistador/a: ¿Permiten los matrimonios mixtos?

Eliezer: Si se convierte, entonces no es un matrimonio mixto. Los judíos deben respetar los preceptos religiosos. Entonces, si no se casan con alguien judío, no pueden cumplir debidamente con sus responsabilidades.

Entrevistador/a: ¿Por qué?

Eliezer: Porque lo dice la Torá.

Entrevistador/a: ¿Por qué están separados los hombres de las mujeres en las ceremonias religiosas?

Eliezer: En las plegarias, para poder contactarse mejor con Dios y en los casamientos también, para evitar situaciones no deseadas.

Entrevistador/a: ¿Cómo no deseadas? ¿En qué sentido?

Eliezer: Por el contacto físico. La Torá dice que no puede haber contacto físico entre hombres y mujeres, salvo que sean familiares directos.

Entrevistador/a: ¿Usted se siente discriminado?

Eliezer: No.

Entrevistador/a: ¿Por qué hay tantas medidas de seguridad? ¿Sienten miedo?

Eliezer: No miedo, sino que son medidas prudentes para no ser vulnerables.

Entrevistador/a: ¿La mujer judía ortodoxa puede trabajar?

Eliezer: Sí. Mi señora trabaja en la escuela. Y trabaja mucho.

Entrevistador/a: ¿Ustedes tienen algún movimiento juvenil?

Eliezer: Vienen muchos jóvenes, depende un poco. Pero no tenemos un movimiento juvenil como las comunidades.

Entrevistador/a: ¿Cómo es acá en Uruguay la vida de sus hijos? ¿Van a la Universidad?

Eliezer: Mis hijos ahora están todos en el exterior.

Entrevistador/a: ¿Ustedes participan en alguna actividad fuera del centro?

Eliezer: Sí, vamos al *shopping*.

Entrevistador/a: ¿Hacen actividades para no judíos?

Eliezer: En *Jánuca* hacemos el encendido del candelabro de las siete velas en la rambla.

Entrevistador/a: ¿Qué balance hace de estos años en Uruguay?

Eliezer: Luego de veintiún años es muy difícil hacer un balance.

Alejandro Bloch

* Alejandro Bloch es el rabino de la NCI.

Entrevistador/a: ¿Tú sos hijo o nieto de inmigrantes judíos?

Alejandro: Soy hijo de inmigrantes judíos. Salieron de Polonia antes de la Segunda Guerra y llegaron a la Argentina. Como casi todos los...

Entrevistador/a: ¿Cuándo viniste para Uruguay?

Alejandro: Yo vine hace tres años, para ser rabino de la NCI. Antes estuve en la ciudad de Mendoza durante catorce años y medio. Y hace dieciocho años y poquito que soy rabino.

Entrevistador/a: ¿Y encontraste alguna diferencia entre ser rabino allá en Mendoza y ser rabino acá en Uruguay?

Alejandro: No sentí, sino siento dos o tres diferencias. Una de ellas es que en Mendoza era el único rabino para servir a toda la comunidad. Y era el único en muchos kilómetros, así que a veces de ciudades aledañas también me consultaban. Aquí hay diferentes comunidades y rabinos, como ustedes ya vieron, con visiones distintas y tendencias distintas. Y eso es una diferencia del punto de vista práctico. Desde el punto de vista de la sociología, lo que puede ser interesante es que, si bien la Argentina es un país con una tradición católica muy fuerte, en Mendoza y en el Interior de la Argentina mucho más. Entonces, la expresión y experiencia religiosa se ve en las calles. Por ejemplo, yo es el tercer año que estoy aquí, y por primera vez, cuando me invitó el padre Paul a una iglesia en Semana Santa a participar de un panel, el dijo: "esto es en el marco de la Semana Santa". Y era la primera vez que escuchaba esa palabra, porque aquí se le dice Semana de Turismo. Y donde yo vivía, la Semana Santa se vivía en la calle, había peregrinación, había música en la calle. Había todo un contexto (no en lo privado sino en lo público) de manifestación religiosa, cosa que en Uruguay, nosotros aquí, es absolutamente distinto. Y eso también impacta en el acercamiento de la gente a la religión. La religión es como una experiencia que se relega a cuatro paredes y no exclusivamente forma parte integral de la vida de nosotros. Es decir, hay hitos determinados en la vida, lugares determinados, pero no como manifestación de la integridad completa.

Entrevistador/a: ¿Te parece entonces que aquí es más fácil desarrollar el judaísmo?

Alejandro: No, lo que yo digo es que la sociedad, al ser tan laica, también en la comunidad judía tiene ese impacto. Nosotros vivíamos en la ciudad de Mendoza y teníamos un enorme diálogo con las otras religiones. Y no había conflictos. Porque a veces se piensa que la mejor forma de que haya armonía entre los cultos o entre las personas es que no haya identidad religiosa. Y tal vez puede ser al revés, de que se respeten las identidades religiosas. Estas son dos formas de ver el debate de la modernidad, que quedó pendiente con todo el proyecto de la Ilustración, que la religión iba a ir ocupando cada vez menos lugar. Creo que hay diferentes modelos [...]. Inclusive en Francia, que es la cuna de este debate, con las últimas leyes donde [sic] se prohíbe ir con identificaciones a las escuelas públicas, bueno, hay que ver. Es un modelo y es un debate. Aquí obviamente se adoptó ese modelo de orientación francesa.

Entrevistador/a: Tú ¿cuándo decidiste ser rabino? O ¿cómo fue tu proceso?

Alejandro: Los varones judíos, a los trece años tenemos un rito de pasaje que se llama el *Bar Mitzvah*. Ese momento fue un momento muy intenso de mi vida y de conocimiento y apertura religiosa ya decidida por uno, no designada por los padres. Y desde ese momento en mi comunidad empecé a colaborar y fui asistente de la persona que después fue el rabino de la comunidad. Y fue un crecer y descubrir [sic] eso como una misión.

Entrevistador/a: De chico, en tu casa, ¿te educaron con las tradiciones?

Alejandro: Me educaron, pero nunca como para ser rabino. Festejábamos las cosas principales: el Año Nuevo judío, la Pascua (*Pesaj*), pero no era una familia religiosa.

Entrevistador/a: ¿Cuál es el rol del rabino?

Alejandro: Básicamente, es ser un maestro, es ser un educador. Históricamente [...] [incluía] todo lo que tenía que ver con ser juez. Ese rol queda restringido ahora a algunas áreas que tienen que ver básicamente con el estatus personal, con los temas de las dietas judías de *kasher* y ese tipo de cosas. Y de alguna manera, ser rabino de la forma que el rabinato de la comunidad a la que nosotros pertenecemos también es ser un líder comunitario. Y la expectativa tiene que ver con eso, con ser una persona que pueda representar a la comunidad y hablar en nombre de la comunidad en diferentes circunstancias.

Entrevistador/a: Nosotros veíamos en Internet que hay, como en otras comunidades, preguntas al rabino y ese tipo de cosas. ¿Hay un rol importante en ese tipo de cosas pequeñas?

Alejandro: Bien, yo diría que eso tiene que ver con el rol de docente. Porque [ser] docente no solamente tiene que ver con ir a dar clase, sino con todos los aspectos del hombre e inclusive [con] un servicio religioso. El tema de las preguntas al rabino de alguna manera es una tecnología nueva que permite [la comunicación] (a mí me llegan preguntas de Panamá, de Venezuela, de todo el mundo de habla hispana). En verdad, las preguntas tienen dos áreas, una sobre los conocimientos, por ejemplos: qué dice el judaísmo sobre tal cosa. Y la otra, más con las consultas personales y el asesoramiento espiritual, podríamos decir, o temas más íntimos que tienen que ver con momentos en la vida de la persona, que necesita compartirlos con alguien. También el aspecto de consejero es una tarea del rabino. Se llama en términos generales *pastoral* en todas las religiones.

Entrevistador/a: ¿Hay muchas personas que mandan preguntas?

Alejandro: Hay gente que pregunta, hay mucha que consulta en forma personal. Obviamente siempre, primero y principal, es mucho más importante una consulta personal. Uno cuando hace [sic] una respuesta, no es la misma respuesta para todas las personas. No salen de los Libros de la Ley, sino del encuentro de la ley con la gente y de la historia personal de cada uno. Entornes, por Internet es muy difícil responder. Sí es una pregunta académica: ¿en qué libro sale tal cosa? Obviamente es fácil. Pero si alguien tiene una duda de índole espiritual, responderla por Internet es muy difícil y muy delicado, porque uno por unas pocas palabras que le mandan no puede conocer cuál es la verdadera necesidad de esa persona. Cuando uno tiene una entrevista puede ver otros aspectos que en la pregunta inicial no estaban.

Entrevistador/a: Vos decías que tenían como una corriente particular ¿Cómo lo definirías?

Alejandro: El movimiento al cual nosotros pertenecemos se conoce con el nombre de Masortí, progresista o conservador. No tiene nada que ver con una posición política, sino con la historia de pueblo judío. Hasta la modernidad y el advenimiento de los Estados modernos (que habrán estudiado con la Revolución Francesa), los judíos vivían en todo occidente bajo la tutela de leyes especiales: los nobles o los reyes les permitían cierta autonomía a cambio de impuestos, etc. Cuando viene el Estado moderno, el Estado moderno es soberano en todo su territorio, entonces, no puede permitir que haya un grupo que se rija por otras leyes. Entonces, empieza a haber todo esto, que el judío pierde su autonomía, su territorio legal judío y tiene que formar parte de un Estado moderno. En ese momento, se creó [sic] una crisis que los judíos tienen que definir, hay que hacer un ajuste a toda esta nueva situación para la emancipación; es un ajuste que no es pequeño. Por ejemplo, si uno cumple las leyes de la alimentación como está en la

Torá, y uno es llamado al servicio militar: en el servicio militar ¿le van a dar la comida apropiada?, ¿no le van a dar la comida apropiada? Si quiere seguir a su pueblo y a su fe, ¿cómo va a seguir con todo eso? O ¿qué va a pasar con el *Shabat*, con el día sábado que no se trabaja?

Entonces, frente a este cambio, el primer movimiento que surgió fue el Movimiento Reformista, por presión social y por presión de los Estados nuevos y trató de hacer una transformación. Los primeros reformistas son los reformistas clásicos, que tenían la idea [...] [de] ser ciudadanos franceses de religión mosaica. Pero la conexión con el pueblo de alguna manera se perdía. Frente a esto hubo un movimiento que hizo una reacción, que se llama la Ortodoxia Moderna. Y el tercer grupo que trata de responder a esta nueva situación es el movimiento nuestro, que dice que hay que mantener la tradición, pero que la tradición debe dar respuesta a las situaciones contemporáneas. Es un movimiento intermedio. Muchas veces ser un movimiento intermedio es mucho más difícil, porque los extremos, en un mundo que cada vez se fanatiza más, parecen tener más razón. Nosotros creemos que el verdadero espíritu judío ha sido un espíritu de conexión con el pasado, pero de una evolución permanente.

Entrevistador/a: ¿En qué cosas te parece? ¿Qué ejemplo bueno nos das darías respecto a algo que respeta la tradición, pero a la vez contempla ciertas cosas tecnológicas?

Alejandro: Por ejemplo, el *Shabat*. La tradición prohíbe prender fuego, lo dice la Torá mismo. Los rabinos del movimiento conservador, en su comité de leyes y estándares para las comunidades, todos los miembros sostienen que la electricidad no se puede asemejar al fuego. Entonces, se puede utilizar electricidad para cosas especiales; no para usar maquinas porque eso sería trabajar en *Shabat*, pero sí para ver, para leer, para otro tipo de cosas. Otra gran diferencia es el estatus de la mujer: nuestro movimiento, desde el año 84, permite que las mujeres [asistan] a las academias rabínicas y a ordenarse como rabinos. Que en ninguno de los otros movimientos que ustedes van a ver se permite eso.

Entrevistador/a: ¿Cómo ha sido el contacto con otros rabinos de otras corrientes?

Alejandro: En Uruguay, es diferente a Argentina y a otras regiones del mundo. En Uruguay, en general, podemos conversar sobre algunos temas, a veces podemos hacer algunos proyectos en conjunto y en otros hay claramente una limitación.

Entrevistador/a: Y en otros países ¿cómo es?

Alejandro: En Argentina casi no hay diálogo. Y depende de los países y [de] la configuración y [de] cuál es el movimiento mayoritario, que implica también qué pasa con los otros. En Latinoamérica, a veces nosotros tenemos una visión errónea; se piensa que el movimiento mayor es el Ortodoxo, porque es el más visibles, porque ves más gente vestida a la usanza religiosa. Pero en verdad, las estadísticas, por ejemplo, donde [sic] más se trabaja esto, por ejemplo, en Estados Unidos, que es el país donde hay más judíos fuera del Estado de Israel, el primer movimiento en cuanto a gente que se identifica como tal es el Reformista, el segundo es el nuestro y el tercero es el Ortodoxo. A veces, uno pierde la imagen, porque la televisión, los medios, cuando tienen que ver a un judío religioso, lo identifican como [a] un observante. De todas maneras, en verdad, el movimiento más grande es el movimiento que no es religioso; de los catorce millones de judíos que hay en el mundo apenas cinco o seis son religiosos y el resto es laico.

Entrevistador/a: Acá en Uruguay ¿en qué porcentaje andamos?

Alejandro: La verdad [es] que no sé cómo se podría clasificar. Hay tres comunidades tradicionalmente de origen étnico: sefardí, ashkenazí y alemanes y otras más pero no te podría decir cual es el porcentaje.

Entrevistador/a: ¿En qué te parece que radica, dónde está la diferencia (que vos hoy decías) entre personas que son religiosas y las que no?

Alejandro: Cuando hablamos de religioso y no religioso hay una diferencia sustancial. Para mí la experiencia religiosa forma parte de mi vida cotidianamente y la vivo como un valor. Después, hay una gran variedad: personas que practican todos los rituales posibles o gente que practica rituales una vez al año. Desde el punto de vista sociológico cada uno entraría dentro de una categoría. Pero también, que no se identifica con lo religioso, [hay] gente que dice que cree en Dios, pero que la experiencia religiosa no le es relevante o gente que dice que no cree en Dios. Si vos me preguntas a mí, yo creo que una visión completa del judaísmo incluye una visión religiosa, pero reconozco que hay judíos, que son judíos y que no tienen esto como un principio importante.

Entrevistador/a: Por ejemplo, una persona que el sábado no trabaja ¿puede convivir sin ser religioso?

Alejandro: Bien, es una buena pregunta. Hay experiencia de gente que dice, bueno, yo quiero vivir el *Shabat* como un día distinto, a pesar de que no creo en Dios. Existe gente así, porque

entienden que el *Shabat* es un valor en sí mismo, que lucha contra la alienación que vivimos cotidianamente y que es una institución judía, que es un valor y te enseña algo y a pesar de que no tiene una conexión con algo trascendente metafísico, entienden que es un valor en sí mismo. Existe eso.

Entrevistador/a: ¿Cómo es la formación de los rabinos?

Alejandro: En el movimiento que yo pertenezco, los rabinos también tienen que ir a la Universidad, estudiar una carrera universitaria. Yo estudié Filosofía. Después hay un seminario rabínico; está estructurado como un programa educativo con diferentes niveles. Después se entra al Departamento Rabínico y a la vez tiene que haber prácticas rabínicas. Y básicamente, eso en otros lugares también se estudia en las academias rabínicas, *ishivot*, donde no requieren pasar por la Universidad. El movimiento nuestro entiende que es importante, porque primero y principal, el conocimiento contemporáneo está en las universidades y entonces el rabino también tiene que estar formado intelectualmente en esa disciplina. Porque también, en el judaísmo, se estima mucho el conocimiento y nuestra gente anhela estudiar personalmente, o que sus hijos estudien. Entonces, tenés que haber pasado personalmente por esa experiencia para poder ponerte en común con la gente [a la] que uno está sirviendo.

Entrevistador/a: ¿Las academias rabínicas son siempre para determinada corriente?

Alejandro: En general, sí. Hay sólo una o dos en el mundo, que tienen una propuesta *transdenominacional*, pero es una propuesta muy nueva, de hace unos dos o tres años.

Entrevistador/a: ¿Y tú como optaste por esta corriente?

Alejandro: Yo me eduqué en una comunidad de esta corriente. Cuando tuve que decidir por dónde ejercer mi rabinato, busqué diferentes alternativas y, en definitiva, opté por esto porque creo que es la que da respuesta a una cantidad de interrogantes y necesidades y modalidades que las otras no tienen.

Entrevistador/a: ¿Dudaste alguna vez, después de haber optado?

Alejandro: En verdad, yo creo que ésta es una definición personal, que las corrientes tienen que ver con alineamientos de comunidades y grupos, nunca pueden contener totalmente a la identidad de una persona. Yo leo libros de rabinos reformistas, ortodoxos, *jasídicos*, pensadores laicos, y aprendo de cada uno de ellos y creo que hay gente inteligente en cada uno de ellos. Creo que para una comunidad esta corriente es la que mejor se adapta, pero, en lo personal, yo

abrevo de todo aquel que tenga algo para decir, de todo aquel que tenga algo para enseñar y no lo siento como una cosa que en definitiva disminuye, sino que acrecienta. Nuestro movimiento hace mucha referencia a lo que se llama el *clae* Israel, al todo Israel, a todo el pueblo de Israel, y sentimos responsabilidades por todos, aún [por] aquellos que no piensan como nosotros y descienden de nuestras prácticas y visión del mundo. Nosotros sentimos respeto por ellos también y pedimos también respeto.

Entrevistador/a: ¿Tú te formaste en Argentina?

Alejandro: En Argentina

Alejandro: ¿Acá no hay escuelas rabínicas?

Alejandro: No, en Latinoamérica el único lugar donde hay academias rabínicas estructuradas es en Buenos Aires.

Entrevistador/a: Y si alguien quiere estudiar ¿tiene que ir allá?

Alejandro: Puede ir a Buenos Aires o puede ir a Israel o a Estados Unidos. Son los lugares más comunes.

Entrevistador/a: ¿Hay alguna especie de requisito?, ¿tener tantos años o haber sido...?

Alejandro: Está el tema que dije de la actividad académica, está también el *test* psicológico, el tema de la honestidad y recomendaciones de otros rabinos. Hay varias cosas que tienen que ver con eso. Pero empezar el rabinato no quiere decir que uno va a terminarlo también; primero y principal, por decisiones personales, pero también porque llega un momento en que aquellos que te van a ordenar como rabino tienen que estar seguros [de] que sos una persona apropiada para desempeñar el rabinato en alguna comunidad.

Entrevistador/a: ¿Cuánto demora más o menos la formación?

Alejandro: Entre seis y diez años, depende de lo que uno haya estudiado antes, del ciclo vital en el que viva.

Entrevistador/a: Y después ¿cómo es? ¿Viniste a Uruguay por tiempo indefinido? ¿O cómo es?

Alejandro: No, hay diferentes modalidades y depende de si es tu primera comunidad, etc. La Asamblea Rabínica es la encargada de buscar las comunidades que buscan rabino, y una serie de actividades que tienen que ver con si la ideología del rabino es la de la comunidad, si la

experiencia del rabino es apropiada para la comunidad, etc. Y lo que se hace es un compromiso por una cantidad de años; después se evalúa si fue productivo o no y se puede volver a acordar por una cantidad de años más. Hay muchas comunidades que quieren hacer un acuerdo hasta que el rabino deje el rabinato; pero eso, bueno, lo determinan las historias comunitarias y personales. Pero hay gente que hace eso, en especial [ocurría] antes. Ahora el mundo es tan cambiante que...

Entrevistador/a: Respecto de lo que hablábamos hace un rato de la laicidad y del rabino como una persona religiosa ¿Cómo hace para estar en contacto con gente que es judía, pero no desde ese sentido espiritual o religioso?

Alejandro: Yo no tengo ningún inconveniente. Como te decía antes, yo tengo responsabilidad por todos los miembros, la humanidad en general, la siento [la responsabilidad], pero en particular [con] los miembros de mi pueblo. Yo puedo compartir una mesa, compartir un debate. Al contrario, no lo veo como una dificultad.

Entrevistador/a: ¿Pero sentís que ahí tú igual tenés un rol que desempeñar? ¿O sería solamente con gente religiosa [tu función de rabino]?

Alejandro: Yo creo que un rabino, de alguna manera, es [...] una persona líder del pueblo judío. Yo no [le] pregunto a la gente que viene a mi sinagoga semanalmente si creen en Dios o no creen en Dios; eso es un tema que cada uno lo tiene que resolver personalmente. Yo lo que digo es que el habito comunitario en el judaísmo es una tradición gregaria, no es una tradición individual, es decir, no puede haber una manifestación judía en una cueva alejada de la realidad. Tiene que ser en comunidad. La conciencia judía es una conciencia que se crea en comunidad. Y también hay diferentes momentos, hay gente que puede creer en este momento, después no y luego volver a creer. Yo no hago juicios de valor sobre la gente, yo educo, muestro un camino, y trato de ser lo más sensible con los judíos y no judíos. Acá viene gente a consultar que no es judía, que tiene entrevistas conmigo por temas espirituales o que no tienen religión, o que están en busca de una religión.

Entrevistador/a: La NCI se define como congregación y no como comunidad ¿no?

Alejandro: Aparentemente eso tiene que ver con... Primero es interesante saber como surgió la NCI: [surgió] de judíos provenientes de Alemania, luego de La Noche de los Cristales y aquí y en Latinoamérica hicieron comunidades. Hay una NCI en Buenos Aires que se llama Nueva Comunidad Israelita. Al parecer, acá quisieron ponerle ese nombre y aparentemente hubo un

pleito con otra organización local que no le permitió ponerle ese nombre, pero la idea de congregación es más restringida desde el punto de vista religioso, solamente es sinagoga. Pero la NCI tiene trabajo y trabaja siempre para ser más comunidad.

Entrevistador/a: ¿La disputa fue por el nombre comunidad?

Alejandro: Claro, entonces tuvieron que ponerle congregación.

Entrevistador/a: Cuando hablas de diferentes aspectos además del religioso, ¿a qué te referís?

Alejandro: Bueno, yo creo que el judaísmo es una civilización. A mí la definición que más me gusta es una definición que acuñó un rabino que yo admiro mucho, *mordejai* Kaplan, que falleció en los años 80, muy influenciado por Durkheim, que ustedes habrán estudiado. Y el lo que dice es que el judaísmo es la civilización religiosa evolutiva del pueblo de Israel. Entonces, en civilización religiosa, la religión es de alguna manera lo que constituyó la civilización. Pero ésta tiene otras manifestaciones, tiene una manifestación legal, una artística, costumbre etc., que forman parte del judaísmo. No es exclusivamente religiosa; la religión permeó todo eso o fue la cuna, pero hoy no es exclusivamente religión

Entrevistador/a: ¿Y qué diferencias tendría para vos una aspecto cultural y un aspecto de tradición. ¿O capaz que no harías ninguna diferencia?

Alejandro: En términos judaicos, cuando hablamos de un aspecto tradicional es algo que tiene relación directa con las fuentes judías: la Torá, el Talmud, las *Mishná*. O que entra en diálogo directamente con eso. Algo que es cultural judío, a lo mejor, es el tema que aborda la problemática de ser una minoría en el mundo o la experiencia de la *Shoá* del Holocausto (no es un tema judío, es de la humanidad, pero atraviesa el tema judío desde el centro). Puede haber una manifestación cultural, por ejemplo... Había creación artística en los campos de concentración, esa no es una creación religiosa, es una creación cultural judía. ¿Se entiende la diferencia?

Entrevistador/a: En la NCI ¿cuántas personas participan?

Alejandro: novecientos y tantas familias

Entrevistador/a: ¿Y cómo es? ¿Pagan una cuota o cómo es?

Alejandro: Digamos, algunos pagan una cuota. Hay gente que paga cuota, hay gente que tiene cuota cero. Y hay otros tantos que son, digamos, en una categoría sociológica, afines. Viene,

participa en las actividades, no llenó su ficha, pero siente que a veces la NCI hace actividades interesantes, o sus cursos, pero no es socia todavía, o no va a ser nunca.

Entrevistador/a: ¿Cómo participan?

Alejandro: La NCI tiene diferentes actividades. Antes de la crisis económica tenía muchas más actividades. El Departamento de Cultura tuvo que reducirse frente a la crisis, pero tiene servicios religiosos, cursos, un programa solidario, tiene un programa que se llama *Lev-ladol*, que es un espacio para acompañar a los chicos una vez que terminan la escolaridad hasta que sus padres los pueden venir a buscar. Hay gente que trabaja en forma voluntaria.

[Falta la pregunta. Seguramente se haya cortado la cinta].

Alejandro: En este sentido, creo que la construcción de la identidad judía tiene tres aspectos. Uno es el conocimiento, uno no puede incorporar algo que no conoce, y tampoco puede uno decir: si yo hubiera sabido esto, no lo hubiera incorporado. Es un paquete completo. Segundo, es la vida comunitaria, uno tiene que incorporarse a la vida comunitaria, no es el judío de los libros o de los medios de comunicación, sino un judío cara a cara. Y tercero, es la observancia personal. Una vez que las tres cosas están cumplidas, hay un tribunal rabínico y un rito de pasaje. Y nosotros en nuestra comunidad hacemos algo, que no sé si otras comunidades lo hacen (en Uruguay seguro que no y en el mundo muy pocas). Nosotros hacemos un rito de ingreso a la comunidad misma, donde también damos cuenta de las responsabilidades de la comunidad al recibir a esta persona, no solamente del converso. A mí no me gusta usar la palabra *converso*, sino judío por adopción. Gente que adopta al judaísmo, generalmente todas las miradas están puestas en ellos, pero lo que yo le digo a la comunidad es: "no, nosotros también debemos estar a la altura de sus expectativas". Es un dialogo constante.

Entrevistador/a: ¿Hay muchos matrimonios mixtos?

Alejandro: ¿Qué quiere decir mixtos? Si se convierte no es matrimonio mixto: las dos partes son judías. Matrimonios mixtos hay. Hay un sociólogo joven, Rafael Porzekanski, que está haciendo un estudio que habla de la tendencia de los matrimonios mixtos en los últimos años, que ha ido creciendo en los últimos años obviamente, pero que no manejo las cifras. Pero la NCI es una comunidad inclusiva, aquellas personas que quieran ingresar [pueden]. No quiere decir que pueda entrar cualquier cosa, sino que hay normas y procedimientos, pero aquel que decide

integrarse a nuestra comunidad, bueno, la comunidad no lo expulsa sino que le muestra el camino.

Entrevistador/a: ¿Acepta entonces los matrimonios mixtos o trata de convertir a la persona?

Alejandro: No, nosotros no tratamos de convertir a nadie. Aquí el que quiera va encontrar un espacio [...]. [Hay] personas que viven en matrimonios mixtos y que quieren seguir participando y lo pueden hacer, pero las personas no judías no tienen lugar en los rituales. Pueden venir a los rituales, pero no... Por ejemplo, parte del ritual en la Iglesia, lo que hacen en la misa, es comer la ostia, y para eso [la persona] tiene que haberse bautizado y una persona judía puede ir a una iglesia y presenciar una misa, pero no puede comulgar. Lo mismo en la sinagoga, puede tomar un libro de oración, pero en los momentos que se llama a la comunidad a hacer alguna cosa, no pueden participar. Por ejemplo, lo más importante en un servicio religioso es cuando se leen las escrituras de un royo de la Torá; se lee en público. Y ahí se llaman a diferentes personas para que lean y eso no lo puede hacer una persona no judía. Leer la Torá forma parte del pacto. Y tenemos gente que su hijo se ha convertido y su padre es judío y que nos acompañan.

Entrevistador/a: ¿Cómo definen quién es judío?

Alejandro: La ley judía es absolutamente clara, es todo aquel que nace de *vientre judío* o se convierte al judaísmo, definición universalmente aceptada por los otros movimientos también. Dentro de los judíos reformistas hay algunos que optaron lo que se llama la *patrilinealidad*, que [sostiene que] indistintamente si padre o madre son judíos y han sido educados como judíos [los hijos] son judíos. Nuestro movimiento acepta y sostiene la definición clásica judía, entre otras cosas para no romper con el resto del pueblo judío. Porque sentimos que el pueblo judío no puede quebrarse por una definición sino que hay que contribuir a la unidad del pueblo judío.

Entrevistador/a: La comunidad judía acá en Uruguay ¿es una comunidad unida o fragmentada?

Alejandro: Yo diría que, a pesar de que hay diferentes organizaciones y comunidades, mucha gente circula, gente que reza conmigo el viernes, se va el sábado de mañana a otro lugar y de tarde a lo de Shemtov (no se lo digan a él) [risas]. Pero es así y está bien que así sea. La gente va adonde se siente cómoda y, en general, hay gente que se casa con gente de la comunidad y hay vinculación sin ninguna duda

Entrevistador/a: ¿Cuál es la mayor dificultad que ves en la comunidad judía en el Uruguay?

Alejandro: Hay un cuento muy famoso que dice que un orador fue a una ciudad a hablar sobre el futuro del judaísmo y él dijo que el peor de los males es la ignorancia y la apatía. Y tal vez, [...] no sé y no me interesa. La apatía es el peor de los males que tiene cualquier grupo: donde hay pasión y amor a la tradición, [...] pero [cuando hay] ignorancia y apatía es cuando uno siente que un pueblo se ha vaciado.

Entrevistador/a: ¿Sentís que hay discriminación en Uruguay?

Alejandro: Mi experiencia en Uruguay es poca. Yo no he tenido grandes problemas, pero siento que de un tiempo a esta parte ha habido un cambio de actitud, en especial con el tema de la última guerra del Líbano; la gente ha reaccionado acusando a Israel y por ende a los judíos. Aunque nosotros no somos representantes de Israel, nosotros tenemos un vínculo muy estrecho y no quiere decir que a mí me guste lo que hace el gobierno de Israel, ni que defienda sus políticas. Una vez en la calle a un rabino le gritaron *asesino* y qué sé yo... Y un rabino, ¿qué? Yo soy copresidente de la Confraternidad Judeocristiana; lo que quiero es la *paz*. Que le griten (a mí o a un colega) *asesino* es absolutamente inapropiado.

Entrevistador/a: ¿Ustedes tiene vínculo con algún partido político?

Alejandro: No, al contrario. Ah ¿de Israel? No, tampoco.

Entrevistador/a: ¿De acá tampoco?

Alejandro: De acá, menos. Uno de los postulados es de independencia. Hay gente de todos los partidos; hay gente que es colorada que es del Frente, no sé si blanco, debe haber algún blanco. No sé, yo no sé quién es de uno u otro, no les pregunto. Pero uno de los principios es ser independientes. [Los rabinos] no tienen que ser ajenos de la preocupación social, pero no tienen por qué estar vinculados con ellos. [teléfono]

Entrevistador/a: ¿Cuál es el rol de la Confraternidad?

Alejandro: Básicamente es un espacio interreligioso de diálogo judeocristiano, [para] promover el entendimiento, tener programas educativos; se ha editado un libro recientemente. Básicamente promover el diálogo. Es una institución que tiene muchos años en Uruguay y cumple una función importante: tender puentes entre las dos tradiciones.

Entrevistador/a: Respecto a lo que hablábamos recién de la discriminación, nosotros vemos que la mayoría de las instituciones judías tienen fuertes medidas de seguridad ¿eso a qué se debe?

Alejandro: Está claro que después de la destrucción de la Embajada judía de la AMIA el mundo judío ha sido distinto; en Francia ahora, en Viena ayer. Entonces las instituciones judías deben tomar medidas, que no son simpáticas, pero son realistas. En función de la experiencia histórica contemporánea hoy se sabe que las instituciones que no tienen ningún tipo de medidas son las más vulnerables. Hay que intentar por lo menos racionalmente en lo que se pueda tomar precauciones.

Entrevistador/a: ¿Es por temor a algún grupo en particular en Uruguay?

Alejandro: No, el terrorismo hoy no es... En Argentina tuvo apoyo local, pero [fue] un grupo internacional. No es un tema local, es de procedimiento [sic] de las comunidades alrededor del mundo.

Entrevistador/a: ¿Ustedes viven con miedo a partir de ello?

Alejandro: No, para nada. Vivimos en una situación desagradable, que es que tener que poner vallas, límites a la entrada, sin documento no entra nadie, si no te conocen no puedes entrar. Entonces, te crea dificultades en el desarrollo de la vida, pero bueno, hay que ser responsable.

Entrevistador/a: ¿Dificultades como qué?

Alejandro: Por ejemplo, vine gente a visitarnos que se bajó de un crucero. Si no sabemos quién es, no lo dejamos entrar y se van enojados o "vengo de tal lado", y qué sé yo... Gente que vivía hace muchos años acá y ahora vive afuera y quiere venir y no se lo deja entrar si no se sabe quién es... O, a toda la gente que entra hay que revisarle el bolso. Y hay gente que lo entiende, que tiene más tolerancia y hay gente que no. Como cuando uno viaja en un avión, hay gente que se molesta porque no lo dejan subir con una tijera, y bueno...

Entrevistador/a: ¿Te parece que eso repercute (más allá de ustedes) en la percepción de los demás?

Alejandro: Obvio, acá no tanto, pero en Argentina tienen paredes más altas y esto y lo otro. Inclusive la gente no entiende lo que es, [...] es un bunker una congregación religiosa, es una valla. Hablamos del proyecto de ser ciudadanos de la Revolución Francesa; esto es un proyecto

de acorralamiento, que también es un objetivo terrorista. No solamente destruir sino también hacer sentir vulnerable y marcar una diferencia.

Entrevistador/a: ¿Y no te parece (si bien son necesarias) que a veces tiene como contrapartida una mayor distancia?

Alejandro: Sí, creo que las instituciones tienen que buscar algunos mecanismos para ser más fluidas, más abiertas sí, pero en esta discusión ¿quién puede decir sí o no a ciencia cierta cuando está en juego la vida de otras personas? Nosotros estamos construyendo un nuevo edificio, la comunidad se va a mudar. Y este tema es central ¿Cuál es el límite entre la protección y [...] la separación con la gente? Pero no es fácil y los límites son difíciles de estipular.

Entrevistador/a: ¿Se van a mudar para otra zona de Montevideo?

Alejandro: Sí, para Pocitos. Es un edificio que la NCI tenía y se va a construir otra cosa. Se puso la piedra fundamental hace un par de semanas.

Entrevistador/a: ¿De acá se van o hacen otra cosa?

Alejandro: Primero, hasta que esté construido el otro seguimos, y después se va a ver...

Entrevistador/a: Eso tiene que ver con movimientos...

Alejandro: De población, obvio, claro, sí sí. La comunidad tiene que estar en los lugares donde pasa más la vida judía. Éste era un lugar [en] donde la vida judía era central y se fue corriendo de a poco, como Goes y otros lugares. Y bueno, siempre hay un proceso de migración interna, poquito a poquito.

[Despedida] Yo sí voy a ser el único que las pueda saludar con un beso.

Exposición de la Prof. María Emilia Pérez Santarcieri sobre el tour *Montevideo Judío*.

Hasta ahora lo que se sabe, de acuerdo a lo que hay en la biblioteca del CIU, es que (la familia Morón) los primeros judíos instalados eran de Turquía, en 1904, en un momento del país cuando se acaban las guerras civiles, fijáte en qué momento. Ahora, en el Río de la Plata, se habla de judíos de 1875 y, por supuesto, hay quienes dicen que había judíos de la época de la colonia porque los judíos tenían prohibida la entrada, pero muchas veces venían con una identidad diferente, y no se movían desde [sic] ciertos lugares porque desplazarse también significaba una serie de cosas. Pero judíos que vinieron como inmigrantes a quedarse empiezan en esa época y la radicación más importante es en esa zona (puerto).

Otra referencia: la sinagoga más importante está en esa zona. Hoy en día la Ciudad Vieja tiene un valor casi arqueológico, [...] salvo por la movida de los boliches. Pero sin embargo, la sinagoga más importante, y a veces, los que no son *sefaraditas* [también se casan ahí] (es como pasa entre los católicos, que la gente se casa más en un lugar que esta de moda o que es más importante).

Viejo Barrio Sefaradí. Del templo les puedo dar más datos ahora. Y después los judíos se van corriendo a la Ciudad Nueva. Por ejemplo, ustedes piensen, mi madre nació en 1906 y cuando empieza a ser una jovencita las tiendas grandes y todo estaba todavía en la Ciudad Vieja. Después empiezan a aparecer a en la Ciudad Nueva y las familias ricas empiezan a dejar las casas de la Ciudad Vieja y en la Ciudad Nueva se agolpan las casa más importantes, sobre todo del lado sur de 18 de julio. Yo me acuerdo que mi marido, que pertenecía a una familia más *empiregodetada*, decía: "los de más allá de la cuchilla" (porque la cuchilla grande es 18 de Julio) y lo más importante es de 18 de julio o San José para abajo. Y empezaron a vivir todos en esa zona. Por eso, Jaime Ross canta: "la casa del judío pobre en la calle Convención". A mí me toca el alma, porque yo nací en ese barrio, y mis padres vivían en Maldonado y Convención, y mis tías siguieron viviendo allí entonces. Yo iba permanentemente entonces. Mis amiguitas (son recuerdos de barrio); yo no tenía amigas por mi casa porque mi madre no me dejaba salir a la puerta, pero de mis tías nadie [sic] me decía nada, y todas mis amiguitas eran [judías]: Sulemita Scorer, la hija Natalivich... Entonces, para mí las niñas judías eran mis amiguitas.

Les voy a contar una anécdota. Mis primas iban todas también a la escuela Chile, en la calle Maldonado, entre Ciudadela y Florida. Les reconstruyo el Uruguay de los años 40. Es una

escuela fabulosa, una escuela modelo, y cuando Walt Disney vino a Uruguay visitó esa escuela. Vino una beca, creo, del Crandon, para que la persona que fuera aceptada hiciera el liceo allí, y el único requisito ¿saben cuál era?: ser hijo de padre y madre Uruguaya. Y salió mi prima, que era la única hija de dos uruguayos. Eso les da una idea.

Hebraica Macabi. Es una expresión deportiva del mundo judío. Y fíjense, cuando yo era chica todavía no había probablemente liceos judíos ni mucho más; además los que venían no estaban para pagar escuela y uno de los primeros liceos judíos estaba en la calle Andes (ahora ya no). Es decir, las instituciones judías hicieron el mismo recorrido que las personas que enviaban a sus hijos allí. Ahora, el judío ha migrado y ha mejorado en grandes líneas su situación, y están sobre todo en la zona del este, que es la preferida de los montevideanos. Hay cosas que son por el lugar. El monumento Golda Meir está hecho por un director de orquesta nuestro: Hugo López. Fue director acá mucho tiempo y después en la época difícil se fue a Venezuela y después vino, pero yo no sé.

Sinagoga Vaad Hair. A mí un día alguien me dijo: "señora, ¿y ésta sinagoga usted por qué la pone? Porque no era lo que es la otra, pero ésta tiene una espiritualidad. Cuando vinieron un arquitecto y otro (no sé de dónde), el arquitecto me felicitó por haberla elegido. Para ir tienen que pedir permiso porque está cerrada normalmente. [Mostró los folletos]. Tiene toda una simbología preciosa; [...] *Vaad Hair* significa *comisión de la ciudad*; su nombre completo era Comisión de la Ciudad para Asuntos Religiosos. Se creó en 1944 por iniciativa del rabino Aron Milevsky, que era de Lituania y falleció en Jerusalén. El edificio actual comenzó en diciembre del año 44 y finalizó en el 48; el Arq. Pesina y Deivar, creo. Y es una sinagoga ortodoxa, no tiene órgano y tiene galerías para mujeres, saben que están separados en las bien tradicionales. Las arañas que hay ahí son reproducción exacta de la sinagoga portuguesa de Amsterdam, porque muchos judíos fueron a parar a Amsterdam, que son a vela (acá ya son para luz eléctrica). Una cosa muy linda es que en el medio del salón tiene algo así como una claraboya que se corre y se ve el cielo, porque eso se abre cuando se hace un casamiento, porque la Biblia dice que (no me acuerdo si es Abraham): "y para que tus hijos sean tantos como las estrellas del cielo". Es precioso, aunque hoy en día sería una maldición gitana, pero en tiempos en que moría tanta gente, el decirle así era asegurarle la supervivencia.

(De afuera no van a ver nada; hay una cortina metálica; podría parecer un negocio). Los mármoles son uruguayos y las cuatro columnas que lleva dice que fueron encontradas en una

cantera casi con la forma que tienen ahí; es un mono bloque y está coronado por las Tablas de la Ley. Están en granito negro y dentro de una ojiva que asimila el caparazón de una ostra, porque quiere significar que, como el pueblo judío en el exilio, da frutos [...]. Tiene también trece royo de Torá, joyas siglo XVIII, fajas de vendas de circuncisión. Tiene vitrales, que los hizo un italiano, Tagliafere, que hizo otras obras en Montevideo; simbolizan las banderas de Uruguay e Israel. Las Tablas de la Ley, con unos leones al lado, los grandes tomos de la Torá es lo que aparece representado [sic] ahí. Después, ahí hay una copa para la bendición del vino y dos candelabros, que son los que prenden las mujeres en los días de *Shabat*, [en] homenaje a los padres. Me parece emotiva la Vaad Hair. Cuadros a la entrada y bendición al Uruguay, copia del pergamino entregado en su visita al Dr. Lacalle.

Según dicen ellos mismos, cuando Lacalle pasó por ahí, declaró que venía de judíos (acá la gente es toda muy viva), que probablemente lo sea, de repente, pero ahí el asumió [eso] y se puso la *kipá*. El judío acá tradicionalmente votaba el Partido Colorado, y después los blancos salieron a disputarle los votos [...]. Y además, que la gente en general no sabe que [...] hay judíos pobres; la idea de la gente es que donde hay un judío, hay plata. Entonces, ¿vieron *El mercader de Venecia*? Está muy bien, porque muestra el origen de los guetos en Venecia. Y después hay un cuadro de Lievdich en tres edades distintas y la foto de las arañas.

Sinagoga NCI. Calle antes Río Branco y ahora Ferreira Aldunate. Sinagoga de alemanes, fundamentalmente. A mí me paso algo muy gracioso cuando llevé a una pareja de judíos californianos; ellos me dijeron que eran de origen polaco, entonces, yo entro ahí: "mire, vengo con esta gente", así y así. Bueno, me muestran, y entonces le dice uno de los dirigentes: "esto está todo muy prolijo, acá no son polacos". Yo dije: "¡ay! Menos mal que sabían poco español". Esto les muestra también como el ser humano discrimina siempre. Eran alemanes, no polacos, estaba todo limpio.

Es la que tiene mayor número de conversos, la NCI. Tiene matrimonios mixtos, por ejemplo. Tiene una escuela complementaria el viernes por la noche; no tiene coro pero usa música, y dentro de los coros integran no judíos. La música es muy importante ahí, porque vienen con toda la tradición de Alemania y Austria, donde la gente es muy musical. Y el rabino participaba en las comunicaciones de la comunidad judeocristiana. Allí hay un lugar donde hacen ciertas ceremonias, en la época del *Sucot*; en el segundo piso hay [un departamento de] trabajo social y editaban la *Voz*, y tienen un museo. [José David era en mi época el que les podía mostrar].

Sinagoga Húngara. [Hay] una sinagoga [en la] calle Durazno que no la puse; de judíos húngaros, que hoy en día tiene poca importancia, pero fue importantísima. Porque la comunidad húngara tuvo una labor cultural muy grande: tenían teatro, tenían los tés danzantes que bailaban y llevaban todo eso; llegó a tener audición en la radio, no sé si la tiene todavía. Venían principalmente de Transilvania, y se ha perdido el habla [sic] hoy en día.

Templo de la Kehila. Está en la calle Canelones. Tiene servicio de mañana y de tarde; tiene sinagoga (que estaba en arreglos), y tiene un lugar con placas de parientes fallecidos. Tiene un museo muy lindo, muy lindo. Pusieron un uniforme de preso y uno pasa y queda reflejado a la altura: es profundo, es como que cada uno de nosotros pudo haber sido esa persona, es emocionante. Y tiene toda una decoración que hizo Aida Dicantro, que trabaja todo con vidrio; una de las artistas importantes del Uruguay.

Sinagogas asociadas, pero independientes: [hay] una en Goes y otra en Canelones.

Itinerario del tour *Montevideo Judío*

- Puerto de Montevideo (lugar de entrada de los inmigrantes judíos)
- Viejo Barrio Sefaradí
- Templo Sefaradí Beth Israel.
- Hebraica-Macabi
- Monumento a Golda Meir (adyacente al Teatro Solís)
- Sinagoga Vaad Hair
- Sinagoga NCI
- Templo de la Kehilá
- Museo del Holocausto (en la sede de la Comunidad Israelita del Uruguay)
- Plaza Jerusalén
- Monumento a Einstein (en el Parque Rodó)
- Memorial del Holocausto Judío (declarado Patrimonio Histórico y Cultural Uruguay)

- Plaza rabino Spector
- Escuela Integral Hebreo-Uruguayo
- Escuela Yavne
- Escuela Ariel
- Universidad ORT
- Beit Jabad
- Plaza Raúl Wallenberg (en el Parque Batlle)
- Viejo barrio Ashkenasi (Goes-Villa Muñoz)
- Primera Sinagoga (calle Inca)
- Calle Emilio Reus (típica calle de judíos)
- Plaza Maimonides (Carrasco)
- Escuela Ana Frank (Cerro)
- Monumento al Inmigrante (Cerro)
- Rambla, taller y museo Jose Gurvich

Otro punto de interés está en el cementerio intercomunitario judío, en la ciudad de La Paz. En su interior: monumentos a la memoria de las víctimas de la *Shoá* (Holocausto), de los soldados israelíes que cayeron en batalla, y de las víctimas del ataque terrorista contra el edificio de AMIA en Buenos Aires.

Saúl Gilvich

* Saúl Gilvich actualmente es secretario general del Consejo Judío Latinoamericano.

Entrevistador/a: ¿Por qué tus padres vinieron a Uruguay? ¿Eligieron Uruguay por algo en especial?

Saúl: Mirá, yo no conozco a nadie que haya elegido a Uruguay. Mi mamá vino porque tenía un hermano que estaba acá. Las leyes migratorias eran muy rígidas y estrictas; no es cierto que venían así nomás y que te daban visa. En general, el país que te daba visa era Paraguay; la gente iba a Paraguay y después se quedaba acá. Además, había que hacer un depósito de mil pesos en el banco República, que era una fortuna incalculable. Entonces, se juntaban varios, hacían una cooperativa y hacían el depósito. Después lo iban usando para todos los parientes. Y obviamente había una solidaridad muy grande, como en cualquier lugar de inmigrantes. Vos hoy te vas a Holanda, caes en la ciudad y los uruguayos que están ahí te van a dar una mano.

La mayoría de los inmigrantes judíos tenían una gran ventaja sobre otro tipo de inmigración: la necesidad de la instrucción y la cultura. Porque no venían marginados culturalmente, venían marginados económicamente. La cultura ancestral la tenían, entonces, ellos tenían clarísimo que si rompían con la línea de la instrucción y no insertaban a los hijos en el circuito de la instrucción perpetuaban la pobreza, lo cual se llama la pobreza hereditaria que ahora lo escribimos en los libros. Nuestros abuelos y papás lo sabían, lo tenían clarísimo eso. Y eso, creo, es la mayor diferencia.

Entrevistador/a: Y cuándo llegaron acá ¿qué percepción tenían del Uruguay? ¿Lo percibían como un país que los recibía bien, o que no?

Saúl: Los recibían bien. Ellos venían de lugares donde comer era un drama. Pero en Uruguay la comida era barata. La fruta, la verdura era barata. Era el Uruguay [en el] que el hígado te lo regalaban en la carnicería para el gato. No se vendía. Las vísceras, las achuras se regalaban, no se vendían. ¡Parecía que estaban en el paraíso; les regalaban el hígado que en otros países era una comida de lujo! Y no tuvieron mayores problemas. No es cierto que el mundo político los recibió con las manos abiertas. Porque todo el mundo construye una leyenda; nosotros construimos la leyenda del Uruguay de los brazos abiertos [...] que recibimos a los inmigrantes [...]. Digamos, mayoritariamente pudo haber sido así, pero durante la Segunda Guerra Mundial aquí hubo muchos partidos políticos germanófilos. Hoy la explicación es que era porque estaban

en contra de Estados Unidos. La sensación, básicamente, era que los recibieron bien. O sea, toda esa generación de nuestros padres está eternamente agradecida. Podían comer, podían mandar a la escuela a los hijos, cosa que no podían hacer en Europa. Tocaban el cielo con las manos.

Entrevistador/a: Escuelas judías todavía no había ¿no?

Saúl: Había sí. Siempre hubo. Los judíos cuando llegaban a algún lugar hacían una sinagoga, una escuela y un cementerio. En la casa de alguno, en la misma sala daban clase a los nenitos y oraban. Porque en la sinagoga no necesitas tener ningún lugar consagrado. Ni siquiera necesitás tener un rabino; necesitás [a] alguien que sepa un poco más que los demás.

Entrevistador/a: ¿En esa época no existía antisemitismo?

Saúl: No. La gente los recibía bien. Se llevaban bien con los vecinos. No es que se instalaron en un barrio y todo el mundo los odiaba...

Entrevistador/a: Y con el idioma, ¿cómo hicieron?

Saúl: Y... ellos tenían que aprender español para poder trabajar como trabaja todo el mundo. Aprendieron español. Cómo aprendieron, no sé. Nunca hablaron bien. Leían en yiddish, escuchaban la radio en yiddish, iban al cine a ver películas en yiddish.

Entrevistador/a: Entre las comunidades que estudiamos, hay un grupo que estudia [a] los rusos, y ellos se sienten más rusos que uruguayos. ¿Cómo se sienten los judíos al respecto?

Saúl: Los rusos son rusos, nacidos en Rusia. Los judíos son otra cosa. Yo no me voy a poner a definir si son una religión o no son una religión [sic], o son un pueblo. Ahí van a tener un lío. Los rusos son rusos y tienen dos lealtades: quieren volver a Rusia, que es donde nacieron, o se quedan acá. Acá y en Rusia manejan la misma religión. Mi mamá no tenía ningunas ganas de volver a Polonia, odiaba a los polacos. No tenía ningún motivo para no odiarlos, no tenían lo que añorar. Sin embargo, los judíos alemanes sí son alemanes. No me preguntes cómo... Pero los judíos polacos, los judíos rusos el recuerdo que tienen es espantoso: tuvieron que escaparse, los perseguían, [sufrían] hambre, pestes, se escaparon del ejército. Los judíos, o quieren al Uruguay o se quieren ir a Israel. A mí no se me ocurriría ir a Polonia, no tengo nada que ver con Polonia, salvo el hecho que mi mamá nació en Polonia. ¿Qué tengo que ver con Polonia? Para mí Polonia, Lituania, Estonia, Letonia, Ucrania... no tengo [sic] nada que ver.

Entrevistador/a: ¿Y Uruguay?

Saúl: Soy uruguayo. Viví toda la vida acá, laburo acá, vivo acá, mis hijos viven acá (algunos). Ese es otro problema. Si no viven acá, es un problema del país, no un problema mío.

Entrevistador/a: ¿Acá, es grande la comunidad con respecto a los países vecinos?

Saúl: La colectividad judía más grande es la de Argentina, pero tiene la misma relación: la de Uruguay y la Argentina son el mismo porcentaje de la población total. Argentina, en todo, es diez veces más grande que nosotros. Pero claro, lo que pasa es que ser muchos más te permite un mayor desarrollo cultural. No existe creación cultural en núcleos pequeños.

Entrevistador/a: ¿Son judíos religiosos? ¿O son culturalmente judíos? [Su reacción nos sorprendió. Tiró sobre la mesa las llaves que tenía en las manos y se refregó los ojos. Y luego de un momento de reflexión respondió]

Saúl: Eso yo... ¿Este pueblo es cristiano? ¿El Uruguay es cristiano?

Entrevistador/a: ¿Cristiano? Depende [de] cómo se mire: si se mira al Estado, no. Si se mira a la gente, a legados de otros momentos se podría decir que sí.

Saúl: Sí que es cristiano. O sea que tú decís que con 60% de gente que vota a los partidos de izquierda igual el país es cristiano. Yo estoy de acuerdo. Es decir, yo eso no lo sé definir, si es religión o es cultural; la verdad que no sé. No intenten definir eso porque... A mí me causa mucha risa el tema. Te voy a explicar porqué: cuando llegaron los judíos acá se formaron dos núcleos importantes: los comunistas y los religiosos, y en el medio todos los demás. Te voy a decir lo cómico de éste negocio. Cuando se hizo el cementerio judío, por supuesto no se hizo uno, de ninguna manera somos universalistas ni tanto. En La Paz estaba el cementerio turco, después uno del Estado y una serie de pedazos que ahora son un cementerio único, pero que eran cementeritos. Los primeros que aparecieron comprando un cementerio exactamente al lado de los religiosos fueron los comunistas, cosa que no podemos entender hasta el día de hoy, porque de religión [sic] no tienen nada, al contrario, son antirreligiosos. Son ateos. Porque eran comunistas de acción. Parte de ellos fueron los fundadores del Partido Comunista uruguayo. Ellos hicieron un cementerio separado, por supuesto, separado de los demás judíos porque el otro era religioso y ellos evaden el resto porque no son religiosos. Entonces: ¿me querés decir por qué hicieron un cementerio de judíos comunistas si no creen en el más allá, no creen en un corno? Y hacen un cementerio separado, no quieren ir a los tubulares del norte ni ser cremados. Una pauta cultural, me vas a decir. Yo admito una pauta cultural, pero vaya que sí una pauta

cultural coincide con la pauta religiosa. Yo conozco muy pocos hijos de comunistas que no le hayan hecho la circuncisión. Y si vos preguntás ¿Israel es un país judío? Sí, culturalmente es judío. ¿Es de la religión judía? Y si le preguntás a los religiosos, por supuesto, te van a decir que no: un 70% de la población se declara no practicante. Y yo no sé cuántos son practicantes en la comunidad.

Entrevistador/a: ¿Te parece que la cultura uruguaya se ha nutrido en ciertos aspectos de la cultura judía? [Al hacer ésta pregunta hubo un silencio largo y perturbador. Luego de unos segundos nos responde con una pregunta]

Saúl: ¿Hay cultura uruguaya? No hay una cultura uruguaya. ¿Vos pensás que hay una cultura uruguaya? Decíme una característica de la cultura uruguaya.

Entrevistador/a: El carnaval, las cosas que el Uruguay como país defiende hacia fuera. ¿Creés que en eso hay una influencia, que el Uruguay absorbió cosas de la cultura judía, o que no? Más allá de que el carnaval no sea, en su origen, uruguayo.

Saúl: No, no es uruguayo. La murga tampoco. Te voy a decir algunas cosas. Hay multiculturas. Es racista decir que hay una cultura uruguaya. Es muy idílico: "acá tenemos todos la misma cultura". Mentira. La cultura o la subcultura del Club del Golf no es la subcultura del Borro. Y la del Carrasco Polo no es la de los negros del Barrio Sur, de los obreros del Cerro. Entonces, es un país multicultural, con distintas vetas, inserto en un panorama latinoamericano, con una mayor tendencia blanca, sin ninguna tendencia de cultura india porque estuvimos "sabios" de matarlos a todos. Nos sacamos el problema nativo de encima [el comentario es irónico]. Tenemos una subcultura criolla, que es campestre, que tiene sus poesías, sus bailes, sus costumbres, el payador, la Semana Santa, el mate, la boleadora, la yerba, los fogones de Lavalleja, y todo ese tipo de cosas que tienen poco que ver conmigo, contigo, con ella... Es una subcultura en la cual nosotros realmente no participamos. Porque es la verdad, no participamos, salvo que tú tengas una estancia o te hayas criado en el campo. Tenemos algo de la cultura afrouruguaya, que no es sólo el candombe ni el tamboril; esa es una simplificación.

También están las tortas fritas, las empanadas, ese tipo de cosas...Y después tenemos una cultura que sí se va generando, una cultura país, una cultura subcontinente, donde se nutre en mayor o menor medida. Lo que yo te digo es que sí: los judíos escriben, pintan, tocan música, participan en la cultura general. Una influencia judía en la pintura de Gurvich sí hay. Pero es parte de la escuela de Torres García. Por supuesto que hay influencia. Cuando Mauricio

Rosencof escribe (le guste o no le guste), él escribe como el hijo de un judío. El puede decir lo que quiera, [pero] cuando vos lo lees te das cuenta que si no hubiera ningún judío en el Uruguay se escribiría distinto. La cultura es una especie de contagio. Vos no podés negar a Nowinski como escenarista, y Nowinski es judío. Entonces algo de eso se le coló, se le trasluce aunque no quiera. Hay influencia.

Entrevistador/a: Nosotras pensamos en la cultura en ese sentido y también en un concepto de cultura más abarcativo: en conductas, en actitudes, no tanto en manifestaciones artísticas. Un concepto un poco más amplio.

Saúl: Lo que pasa que hay un quiebre. La primera generación no se integraba; la segunda generación se integra; la tercera está totalmente integrada. Y vos, cuando vas a una familia, vas a algún lado, vas con todas tus costumbres. Si nosotros vamos [...] los cuatro a una fiesta, y va venir alguien y va a pedir [sic] para el asilo o para los niños pobres, vos primero vas a preguntar qué es, y después vas a hacer un juicio de valor: es bueno o malo. La presión social es automática, nadie quiere ser la excepción y tenés que explicar: "no, yo no soy judío"; es incómodo. Todo, en general, es así; te vas a contagiar. Como te vas a contagiar que algún día venga una invitación que diga: "no manden regalos, manden donativos a la Peluffo Giggens, o "no manden flores, manden una donación a la Iglesia". Es una pauta cultural tan fácil. ¿Por qué no ponen en el aviso fúnebre: "no manden coronas por favor, manden un donativo a la iglesia o a donde quieras en memoria del alma de fulanita de tal"? Valen como ocho mil mangos cada una y vos vas a los velorios importantes y hay como doscientos mil pesos en coronas y a los diez minutos se pudrieron, las hicieron pelota. Una pauta cultural.

Entrevistador/a: ¿Hasta qué punto el Uruguay se ha nutrido de cosas propiamente de la cultura judía? Y al revés, ¿hasta qué punto la cultura judía se ha nutrido de lo que sería la cultura uruguaya?

Saúl: Que los judíos se han nutrido de la cultura uruguaya, no hay discusión alguna: juegan al fútbol, toman mate, juegan al truco, comen asado, van a las murgas.

Entrevistador/a: Y lo inverso ¿es más dudoso?, ¿es más complicado?

Saúl: No, es más difícil de demostrar. Como es más difícil de demostrar cuánto de francés hay en la cultura uruguaya, o cuánto de inglés, o cuánto de italiano (que son muchísimos más) o cuánto de español. ¿Cuánto de gallego hay en la cultura uruguaya? De repente, culturalmente tuvieron menos influencia que los judíos, o más. No sabemos. En realidad, este país no comía

pan con comino; eso se lo enseñaron los judíos. Antes lo fabricaba sólo la panadería judía que había acá en la calle Buenos Aires y otra en la calle Democracia. Hay influencia. No hay la influencia que hay, por ejemplo, en Nueva York, en donde todas las *delicatessen* son comida judía. El pastrami, los sándwiches... es toda comida judía. Entonces, lo ves en los panes, lo ves en las masas. Nos estamos europeizando mucho más que en otros lados. Las tortas son mucho más parecidas hoy en día a las tortas que comían, que comen los judíos, a las que se hacían en mi casa. Las tortas de las casas no judías eran espantosas y secas, con dulce de leche y azúcar. En la comida hay influencia. En los canapés en las en las fiestas, en los cumpleaños de quince, en las tortas, las fiestas con *sitting*. Hemos cambiado muchas cosas. En donde hay treinta mil tipos, hay influencia. Ni te digo en las universidades y en las facultades: si vos tenés tres judíos en una cátedra, tenés influencia; te guste o no te guste.

Entrevistador/a: Por último, queríamos tocar el tema de la discriminación. Vos escribiste acerca de esta temática ¿no?

Saúl: Sí. Este país no tiene una política oficial antidiscriminatoria. Pero no es un tema que le afecte mucho a los judíos. Los judíos fueron los menos perjudicados con [sic] la discriminación. Salvo que no los dejaban entrar al Jockey Club y al Club Uruguay y en alguna época al Club de Golf. La Universidad no ha discriminado a los judíos. Enseguida me van a decir que tampoco discriminó a los negros. Sí, sí. Yo les voy a decir que nunca hicieron una campaña proactiva para tratar de integrar negros a la educación superior. Todo depende de lo que llames discriminación. Yo lo que sí digo es que el Uruguay no tuvo políticas antidiscriminatorias proactivas.

Entrevistador/a: ¿Pero los judíos no sufrieron tanto el tema de la discriminación, entonces? ¿Hoy no sufren?

Saúl: Yo tendría que decirte que no lo sufrieron tanto. Sí hay discriminación, pero la discriminación es más a nivel popular que otra cosa. En los programas, a *micrófono abierto*, nos dicen de todo, pero es cómico. La señora A dice que los judíos son unos miserables, que no le dan de comer a nadie y la señora B llama para decir que cómo puede ser que los judíos hacen una fiesta y tiran [sic] tanta comida, que es un pecado de Dios. Una atrás de la otra. Yo no digo que no haya gente que discrimine, que no haya antisemitas. Hay, y a patadas. No queda bien en el Uruguay decir que uno es antisemita. En otros países, no pasa nada. En el Uruguay, todavía no queda muy bien, no es políticamente correcto decir que discriminas. Nadie escribe un artículo francamente antisemita. Tampoco nadie escribe un artículo contra los negros, pero nadie levanta la voz y dice: "tenemos un 6% de la población que no participa de nada". Es un país tolerante.

Siempre dijo ser tolerante y fue muy tolerante cuando los otros eran intolerantes. Pero eso no quiere decir que no haya discriminación. No es discriminación oficial. No hay ninguna ley que diga: "los negros no pueden llegar a comandante en jefe del Ejército", pero no llegan. Hablar de una cultura uruguaya es muy discriminatorio. Es ignorar las multiculturas que hay. Que las hay. Nos gustará o no nos gustará, pero las hay. Por eso yo te preguntaba si hay una cultura uruguaya.

Entrevistador/a: Claro, se puede entender la cultura uruguaya como la suma de elementos que vienen de otros lugares...

Saúl: Sí, pero lo que pasa es que hay un problema político. No tendría lógica que hagas algo proactivo por las distintas subculturas. Porque si hay una sola cultura, vos no discriminás. En cambio, cuando vos tenés una cantidad de subculturas, que por supuesto conforman una cultura general pero que no es única, si vos no tratás de poner a las distintas subculturas en un pie de igualdad, estás discriminando a una en favor de la otra. Porque si vos tenés dos hijos y uno es fuerte y [el] otro es débil tenés que cuidar al débil. Te guste o no te guste. Si no, lo estás discriminando porque lo dejaste en manos del fuerte y no va a tener la misma cantidad de oportunidades que el fuerte; el fuerte se las va a arreglar. Parecería poco justo, pero en el fondo es justo. Vos lo que tenés que hacer es igualar el acceso a la posibilidad. Y si tenés [a] uno que empuja por su manera de ser y al otro que lo tenés que arrastrar para ver si llega, tenés que correr un poco a los que empujan y tratar de tironear a los que no llegan para que lleguen. Porque una vez que lleguen, pueden ser mejores que el que empuja, pero si no lo ayudas, nunca llega y lo condenás a estar siempre abajo. Entonces, ese es el problema de la sola cultura. Cuando vos sos consciente de que tenés múltiples subculturas, que no es una expresión unicultural, tenés la obligación (que el Uruguay no la ejerce) de activar a los más remisos.

Entrevistador/a: Y, por ejemplo ¿las escuelas judías tienen charlas sobre el racismo?

Saúl: Sí. Pero ahora también lo veo en la escuela pública, después de veinte años que nosotros salimos a pedir una ley antidiscriminatoria. Los negros no se movieron, como si el problema fuera nuestro. ¿Por qué? Porque no tenían educación, no tenían la cultura de trabajar en equipo y de protegerse. Además, todo negro que se pone un traje, ya desprecia a los que andan de zapatillas. Tomálo como una crítica positiva; lo están superando, pero hace quince años era espantoso. No podías hablar, hablabas con uno y se te enojaban todos los demás. Hoy ya lo tienen un poco más armado, pero es muy difícil vencer la inercia cultural. Por eso, yo te decía que la ventaja que tuvimos nosotros, los hijos de los inmigrantes (no importa de qué inmigrante

fuese) fue que ellos sabían que teníamos que estudiar. Los negros no tienen esa cultura, no tienen esa costumbre, no tienen esa capacidad de generar su propia salida. Dependen de todo, todo tiene que ser de la concesión que le den. Siguen con la cultura del esclavo liberado que no salió del cascarón.

Entrevistador/a: Y los judíos, ¿cómo hicieron para mantener ese tipo de valores durante tantos siglos?

Saúl: Los religiosos dicen que por la religión. Yo no soy religioso, pero creo que si no hubiese sido por la religión hoy no habría judíos. Tengo que admitir que los religiosos tienen un mecanismo de autodefensa mucho mayor: no se integran, son inmunes. [Ya finalizando la entrevista y a raíz de lo anterior Saúl nos hace una pregunta inesperada: ¿cuáles serían los cinco o seis personajes más importantes de la historia del mundo?

Entrevistador/a: Te podría decir Gandhi como te podría decir Van Gogh. Hay un montón.

Saúl: Que hayan influido en el mundo [de tal] forma que fue una cosa antes y una después. Jesús, es fácil. Freud, es bastante fácil. Marx, Einstein, y yo te voy a agregar Moisés, pero sólo por joder. ¿Vos sabés que esos seis tienen algo en común? Son todos judíos. Están bien elegidos, créeme. Empezá a comparar cualquier otro que se te ocurra y vas a ver que están bien elegidos.

Vladimir Koritnicky

* Vladimir Koritnicky es el presidente de la Asociación Cultural Israelita Dr. Jaime Zhitlovski.

Entrevistador/a: ¿Fueron tus padres o tus abuelos los que llegaron al país?

Vladimir: Vinieron mis padres en 1928 de Polonia los dos. Pero se conocieron acá. Yo nací en 1931. Y traían una riqueza cultural que se ha ido perdiendo. Ninguna institución puede subsistir si no tiene un recambio generacional.

Entrevistador/a: El otro día nos comentaste que Rosa Perla Raicher en su último libro fue una de las únicas que los categorizó realmente como son. ¿Por qué?

Vladimir: Bueno, eso era a raíz de los problemas que había años atrás por nuestra diferencia progresista; somos de izquierda. Pero hoy ya no hay problemas, no estamos en el Comité Central porque no compartimos su concepción sionista (la del CCIU). Nosotros apoyamos y defendemos el Estado de Israel (que es distinto al gobierno), pero no pensamos irnos.

Entrevistador/a: ¿Qué es cultura para vos?

Vladimir: Cultura es todo lo que sale de la creación del hombre.

Entrevistador/a: ¿Para vos existe la cultura uruguaya? ¿Hay aportes de la cultura judía?

Vladimir: Cómo no van a existir. Desde la murga hasta no sé... Nosotros somos parte de lo uruguayo. Y los aportes del idioma yiddish, por ejemplo, se ha integrado en ciertos léxicos, sobre todo en la Argentina. Hay una opera de Verdi que está basada en una canción hebrea. Los judíos se han integrado al medio y usan la cultura uruguaya. Lamentablemente no hay el proceso a la inversa, que sería muy provechoso. Nosotros hemos tenido grandes literatos y filósofos, como el que lleva el nombre la institución.

Entrevistador/a: ¿Y los valores?

Vladimir: Los valores no son propios tampoco, hay valores que son universales, los Derechos del Hombre y del Ciudadano vienen de la época de la Revolución Francesa.

Entrevistador/a: ¿Así que no hay que tomarlos como cosas separadas?

Vladimir: No, nosotros estamos integrados plenamente. Somos parte de la cultura uruguaya. Lo que nosotros hacemos acá, nuestros bailes con música yiddish y el canto del coro, es algo

propio de acá. No desarrollado como quisiéramos, porque el idioma yiddish se ha ido perdiendo, pero hay mucho para dar y seguir dando.

Entrevistador/a: ¿Te parece que la cultura uruguaya ha sido receptiva a ese tipo de actividades? ¿Participa de las actividades?

Vladimir: Hay gente que sabe y que vienen continuamente, como ustedes que vinieron aquí. ¿Por qué vinieron? ¿Porque las obligaron o ustedes eligieron esto?

Entrevistador/a: Porque nos interesa

Vladimir: Porque justamente eligieron eso, porque hay una colectividad que marca su impronta en el país. Sin ir mas lejos, hace poco ganamos el festival de coro.

Entrevistador/a: ¿Por qué hay tantas diferencias dentro de los judíos?

Vladimir: Si partimos del idioma, de las distintas regiones de Europa, el acento y las formas tienen sus propios dialectos. Eso por un lado. Por otro lado, ustedes tienen la inmigración que salió de los judíos españoles, que son expulsados cuando Colón se embarca. Son los judíos *sefaradíes*. Ellos conservaron hasta el día de hoy el idioma judío-español, el ladino, y tienen un poemario y canciones que todavía es de la edad media española. Ellos tienen una cultura propia, muy religiosa en muchos aspectos, porque conservaron justamente lo que en aquel entonces era el clero judío en la educación. Esta corriente nuestra, no, ya viene laica desde Europa, cuando se abren las puertas de los guetos. Lo que yo digo siempre, al abrirse la puerta de la cultura general, la gente se volcó hacia ella. Y hay una gran asimilación idiomática también. Acá tenemos una riqueza cultural que preservar y transmitir, porque nuestra vida es acá y acá queremos seguir. Lo que tenemos que hacer es un intento de darle un poco de vida, necesitamos gente que conozca y que lea también en yiddish. Acá tenemos obras como El Quijote, obras de Jorge Amado, obras en latín.

Entrevistador/a: ¿Qué es lo que une a toda la comunidad judía?

Vladimir: La convicción de que forman parte de un pueblo.

Entrevistador/a: O sea que es un sentimiento...

Vladimir: Sí, es un sentimiento de pertenencia. A pesar de que en su cultura tienen miles de ramas. Es un árbol, donde la religión es una rama de ese árbol. ¿Por qué cuántos idiomas hablaron los judíos? Desde el griego, polaco, ruso, el alemán, que de ahí nace el idioma yiddish

Es una mezcla de alemán, con alfabeto y palabras del hebreo. Pero después tiene palabras del francés, del italiano y han agregado palabras del español, del inglés y ahí también hay un intercambio.

Entrevistador/a: ¿Qué festividades realizan?

Vladimir: Para nosotros lo más importante es la conmemoración del Acto del Gueto de Varsovia, el 19 de abril, y después el 1° de mayo. Después en *Rosh Hashaná*, el Año Nuevo judío, tenemos una cena, que si bien es de origen religioso, nosotros la conmemoramos como una celebración de la libertad. Pero hay una cantidad de festividades que se adaptaron, que tenían un carácter histórico como la [festividad] de las plantas, y que algunos le dieron un carácter religioso.

Entrevistador/a: ¿Y cómo es con las comidas? ¿Tienen alguna específica como *kasher*?

Vladimir: No, las comidas son típicas, pero nada de *kasher*. Acá se come todo, se come asado, se come puchero y se come todo. No es específica, cuando hay fiestas hay comidas típicas, pero típicas europeas; pescado o algún tipo de pastas, pero no específicamente judías. Nosotros acá no imponemos el *kasher* ni el *no kasher*, cada uno es libre.

Entrevistador/a: Por ser una institución más abierta ¿sufren menos discriminación?

Vladimir: Y acá vienen chicos que no son judíos. Nosotros estamos integrados con la gente. La discriminación viene por otro lado: cuando hay unas pinturas antisemitas, [eso] nos afecta. Lo que pasa es que hay un problema con el terrorismo, y eso no es de ahora. Nosotros no es que nos sintamos con miedo ni nada por el estilo, sino que siempre fuimos de *puertas abiertas* a los uruguayos.

Entrevistador/a: ¿Qué tipo de relación tienen con los judíos más ortodoxos?

Vladimir: Ninguna. Nos mandan una revista de vez en cuando. Les cuento una anécdota. Nosotros habíamos hecho un acto y habían invitado al embajador de Israel, y no sé quién le mando la invitación y vino uno de los ortodoxos. El tipo apareció con un chico más, y cuando llegó preguntó: "¿dónde está el que manda aquí?" y me mandó llamar. El hecho es que mientras me fueron a buscar, le dijeron: "siéntense nomás". ¿Y qué pasó? Llegó una mujer y se sentó al lado, y no puede sentarse una mujer al lado por todas las reglas que tienen. Entonces el tipo se levantó y se fue.

Entrevistador/a: ¿Y ellos los consideran judíos a ustedes?

Vladimir: Yo pienso que no; para ellos el judaísmo pasa por la religión. Y lo demás es secundario.

Entrevistador/a: ¿Tienen una organización a nivel mundial?

Vladimir: No, nosotros tenemos contactos en Argentina y Brasil. Pero no al estilo de un organismo central superior, como el Comité Central Israelita del Uruguay. El último congreso lo hicieron en Jerusalén, más centralidad que eso... Nosotros tenemos contacto a nivel regional; en octubre tenemos acá un congreso [al] que viene gente de Argentina y Brasil. Porque como dice la canción: "juntos somos más".

VII. LOS LIBANESES

Eduardo Adda

* Eduardo Adda es el presidente de la Sociedad Libanesa de Uruguay.

Entrevistador/a: Cuénteme un poco de la historia de su familia.

Adda: Mi abuelo es oriundo del Líbano, de una localidad muy al norte del Líbano, casi en la frontera con Siria, en el departamento de Akar. En el año 1911 llega a Uruguay. Mi abuelo se había casado y tenía una hija allá, pero vino primero, a ver un poco el panorama. Después manda a buscar a su esposa y a su hija, ya instalado en Uruguay. Mi padre es el primer hijo que nace aquí. Se instalaron en Cerro Largo, porque allí había otros paisanos. Primero, anduvo un poco en la zona rural de Melo. Luego estuvo en Vergara, en Treinta y Tres. Después vino a la zona rural de Fraile Muerto, hasta que se instaló definitivamente en Bañado Medina, que es un pueblito que está a veinte kilómetros de Melo. Así corrió la *suerte* de todos libaneses: primero, recorriendo el campo, vendiendo mercadería; después, ya con un poquito más de suerte, instalando su propio comercio. Ese comercio, después, ya lo siguió mi padre; el típico comercio de campaña, como lo llamamos nosotros: de ramos generales de día, y de noche, bar. Mi abuelo fallece en el año 72. Por supuesto que mi padre, después, dejó ese comercio, pero existe todavía la casa, el solar de la familia en Bañado Medina.

Entrevistador/a: ¿Cuándo se vino usted a Montevideo?

Adda: Yo empecé la escuela rural de Bañado Medina. Después, por razones de la propia escuela, digamos, la familia se fue para Melo, por ese fenómeno de que la familia necesita estar un poco cerca de los colegios, de la salud, en los centros urbanos. En el año 73 vine a estudiar a la Universidad, aquí en Montevideo. Después, me casé acá y ya me instalé. Y me vine para esta zona, entre Sayago y el Prado, porque viene a ser la segunda zona de los libaneses en Montevideo. Los primeros [...] [reinstalaron] en la Ciudad Vieja, por razones hasta lógicas: llegaban los barcos y se instalaban en aquellos conventillos grandes de la Ciudad Vieja.

Entrevistador/a: ¿En qué calles de la Ciudad Vieja?

Adda: En Lindolfo Cuestas, que antiguamente directamente se llamaba "la calle de los turcos", en un contrasentido, porque los libaneses venían escapándose precisamente de los turcos. Pero la partida de nacimiento de mi padre, cuando se refiere al padre de él, dice: ciudadano turco (venía con documento turco, si no, no podía salir, porque la autoridad en ese momento eran los turcos, eran los que firmaban los pasaportes). Eso, por un lado, y después, otro poco por la

ignorancia, como era todo Imperio Turco, para la gente de acá era Imperio Turco. Después, esa palabra, *turco*, se fue transformando –un poco lastimosamente– en algo agresivo, en una forma despectiva de decirle *turco* a todos los libaneses, y a todos los árabes, pero exclusivamente a los libaneses. Y después, terminó siendo hasta algo cariñoso. A mí, los que me llaman "el turco" son mis amigos. Es apenas una identificación, porque ya está más allá de lo despectivo. Está la ignorancia de la gente sobre lo que es un turco, un libanés. Se le llegó a decir *turcos*, incluso, a los judíos.

Entrevistador/a: Sí, y hasta a los armenios, que sufrieron el Genocidio.

Adda: A los armenios, seguro. Bueno, los armenios –usted debe saber de eso–, pero el 90% de los armenios que está en Uruguay tiene las familias originarias en el Líbano, porque el primer refugio de los armenios en aquella matanza fue el Líbano, que ya en ese momento estaba liberado.

Entrevistador/a: Así que usted conoció bien a su abuelo...

Adda: Sí, hasta los ocho años de edad, lo conocí.

Entrevistador/a: ¿En qué idioma hablaba su abuelo?

Adda: Hablaba el árabe y el español, medio atravesado, pero lo hablaba, sí.

Entrevistador/a: ¿Y usted se comunicaba con él en español?

Adda: En español, en español.

Entrevistador/a: ¿Usted sabe árabe, también?

Adda: Palabras sueltas.

Entrevistador/a: ¿Y su padre?

Adda: Mi padre, palabras sueltas. Pero mi padre y mis tíos aprendieron porque la madre les hablaba en árabe, no les enseñaba, les hablaba directamente: "alcanzáme esto, alcanzáme lo otro". Y ellos sabían. Pero después, la madre murió muy temprano. Y también el padre, al tener almacén, necesitaba hablar español con la gente de acá. Y entonces ellos fueron perdiendo el idioma. La única que queda de la segunda generación es una tía, y lo única que se acuerda son palabras sueltas. Yo he ido tratando de aprender, pero es muy difícil; es muy difícil porque es un

idioma con signos totalmente distintos, y aparte, con una fonética distinta. Tienen letras, que les llaman *guturales*, [para las] que hay que tener como una preparación especial.

Sin embargo, acá, en esta zona, todos los veteranos que andan por los setenta, los ochenta años, cuando eran niños, los padres les hablaban en árabe. Y aparte, fue justo cuando vino la Misión maronita e iban a clase, iban al colegio y por eso lo hablan perfectamente, aunque no lo escriben. Y hablan un árabe *muy libanés*, muy popular, digamos (porque es como el español, no es lo mismo el español de España, de Uruguay, que el de Paraguay, que el de los pueblos que han tenido más influencia indígena). El idioma libanés tiene unos modismos raros; por ejemplo, en el libanés se acortan mucho las palabras: montaña en árabe es *sabalón*, pero en Arabia es *sabal*. Aparte, tiene palabras distintas; por ejemplo, "mi padre" es *abi* en árabe (es la terminación la que determina el posesivo); solamente en el Líbano es *baye*. Y hay palabras que llegan a tener, incluso, distintos sentidos; por ejemplo, no me acuerdo bien cómo decirlo, pero mujer en árabe es una cosa, y en libanés, si dices eso en otro país, la estás ofendiendo a la mujer. Y a su vez, también en el Líbano hay reminiscencias, quedan lugares en donde siguen utilizando el arameo. Por eso también tiene alguna especialidad el idioma árabe en general.

Entrevistador/a: ¿Su padre se casó con una mujer descendiente libanesa?

Adda: No, [se casó] con lo que le llamamos una *criolla*, digamos, aunque mi padre viene a ser un criollo también, al ser hijo de inmigrante.

Entrevistador/a: ¿Cómo se funda esta Asociación Libanesa?

Adda: El primer club Libanés nace en la Ciudad Vieja. Después, vino un libanés que se instaló acá, en la zona de Millán y Raffo, con una fábrica muy grande de tejidos y empezó a traerlos acá. Empezaron a progresar y a comprar terrenos en esta zona. Entonces, surge la necesidad de tener dos cosas, una distribución social y una religiosa. En el año 24 vino al país, porque lo pidieron todos los libaneses de acá, la Misión maronita. Y en el año 30 se funda la Sociedad Libanesa, que es una sociedad que se instala aquí, por razones geográficas, es decir, para los libaneses que estaban en esta zona. No se crea que fue por divisiones de otra índole. En esta zona había muchos libaneses y se quisieron nuclear en una institución cercana. En principio, se fundó como Sociedad Libanesa de Socorros Mutuos. [Cubría] una necesidad de estar juntos, y funcionaba, de hecho, en ese sentido; por ejemplo: "mirá, fulano está enfermo, no tiene para remedios". Bueno, se juntaba y así lo iban a auxiliar. Después, las leyes nacionales empezaron a exigir para ese tipo de sociedades otra reglamentación. Incluso, tenían que tener dentro de su

directiva personal un médico, tenían que aportar a la caja profesional... Entonces, llegó un momento en que no se pudo seguir con la Sociedad de Socorros Mutuos y se transformó en una sociedad social, digamos.

Estamos instalados en este edificio desde el año 56, y venimos de acá la vuelta. Incluso, este edificio era un caserón viejo en el que vivían muchas familias libanesas. Tratamos de que esto sea una caja de resonancia del espíritu libanés en Uruguay. Tratamos de estar muy unidos al Líbano, estar muy pendientes de lo que pasa en el Líbano. Más allá de la función que cumple la Misión diplomática, que es la de traer un poco el Líbano al Uruguay, nosotros también nos sentimos legitimados para eso. Más teniendo en cuenta que estas instituciones existieron antes de que existiera la Embajada, es decir, antes de que existiera el país como Estado independiente. La gente conoce al Líbano a través de los libaneses que llegaron acá. Es más, cuando llegaron los primeros libaneses, había una ley que no aceptaba a los asiáticos en el país. Y se hicieron muchas gestiones para que se sacara; [afectaba] tanto a los libaneses como a los sirios; pero no tenía sentido, era gente de trabajo.

Entrevistador/a: ¿La ley decía que no aceptaban amarillos o asiáticos?

Adda: Claro. Nos acogió mucho Baltasar Brum, y fue él quien llevó adelante esa enmienda. Me acuerdo que en aquel momento argumentaron que no había un caso policial que involucrara ningún libanés ni sirio. A pesar de que se habló mucho en aquel momento de la colectividad *siriana*, que es una palabra que nuclea a los sirio-libaneses, de que se habló mucho de los sirios-libaneses, en realidad la gran mayoría de los llamados sirio-libaneses son libaneses. La colectividad siria en Uruguay es muy, muy pequeña. A diferencia de Argentina, que son muy grandes cualquiera de las dos.

Entrevistador/a: Me decía que la institución tiene, sobre todo, como cometido al interior de la colectividad mantener el vínculo con el país. ¿Cómo hacen eso?

Adda: Ahí está, cada actividad que desarrollamos tiene como objetivo que la gente conozca al Líbano y a su historia. Ya vamos a hacer el año que viene la tercera edición de concursos de cuentos "Líbano". Tenemos categorías de niños y mayores y es para que la gente pueda contar la historia del Líbano (fantasía, lo que sea), la historia de los descendientes. El objetivo es: el Líbano y sus descendientes. Así, vamos ampliando la base de conocimiento del Líbano. Lamentablemente, por hechos bélicos como lo del año pasado, la gente conoce más del Líbano. Pero queremos que la gente lo conozca más por todo lo bueno que tiene el Líbano, más que por

estos motivos de destrucción. Yo hice un viaje al Líbano y me decían: "¿te atravesaste el desierto?". "No, en el Líbano no hay desierto, che". "¿Y tu *jeque* tiene petróleo?". "No, en el Líbano no hay petróleo, che". "¿Y las mujeres andan todas tapadas?". "No, en el Líbano no andan tapadas, se visten como nosotros". El Líbano es muy similar al Uruguay. Escribí un libro sobre esa experiencia del viaje, pero ya no quedan más; se hizo una edición relativamente chica para la circulación de la colectividad. Hace poco fue Alonso y lo mostró en los viajes del doce. "Jamás pensé que fuera así", nos decían. Parte de nuestra función es tratar de que la gente te entienda.

Entrevistador/a: ¿Funciona con un plantel de socios?

Adda: Tenemos unos doscientos cincuenta socios en este momento.

Entrevistador/a: ¿Cuál es la estimación de la cantidad de libaneses en el país?

Adda: Libaneses propiamente dichos quedan muy pocos. Pero en tres generaciones de descendientes se habla de sesenta mil, de setenta mil. Hay, incluso, familias que no saben que son libaneses por la deformación de apellidos. Así que, bueno, una cifra exacta de lo que hay, no, no la sabemos.

Entrevistador/a: ¿Sabe cómo se estimó ese orden de cincuenta, sesenta mil?

Adda: Mmm, no exactamente. Es una cifra que hace mucho tiempo se viene manejando, pero exactamente cómo se estimó, no sé. Lo que sé, que sí es cierto, es que hay muchos libaneses por todos lados. Precisamente, vengo de un encuentro en Tacuarembó (de una fiesta magnífica, llena de gente) y en todos lados hay instituciones libanesas. Porque se da un fenómeno que iba de la mano del tren. Había muchos libaneses que llegaban sin saber nada; traían apenas unos nombres de unos libaneses que ya estaban acá. Por ejemplo, uno de los fundadores de esta institución, que fue el que se instaló con una fábrica aquí, a la vuelta, era uno de los que recibía gente. A la mayoría o les daba trabajo o los higienizaba o les daba de comer o les daba algún dinero o les daba el cajón con la mercadería y los ponía al tren, y allá adonde iba el tren, allá se quedaban.

Entrevistador/a: ¿Recuerda el nombre de esa persona?

Adda: Don Emilio Julián Nefa; ese fue el fundador. La calle enseguida de Raffo, que corta Millán, se llama Emilio Nefa. La familia Nefa es una familia muy importante en el Líbano. Después, vino otra familia también Nefa, que no tiene nada que ver con la otra, pero también muy importante

dentro de la colectividad libanesa. El que vive es Don Emilio Nefa también, que tiene ciento dos años. Y bueno, lo consideramos un patriarca dentro de la colectividad. Todos los jueves nos recibe en su casa con su mesa servida.

Entrevistador/a: ¡Ciento dos años! ¿Y dónde vive?

Adda: Vive en Avenida Brasil y Brito del Pino. Sería interesante que usted lo pudiera localizar. Está muy bien, está rodeado de los amigos.

Entrevistador/a: ¿Cuál es el vínculo que ustedes mantienen con el Líbano? ¿Hay canales formales? Por ejemplo, ¿ustedes tienen ciudadanía libanesa?

Adda: No, hay algunos descendientes de libaneses que la tienen. En este momento está muy restrictivo el Gobierno con el tema de la ciudadanía libanesa. Muy complicado.

Entrevistador/a: ¿Y la colectividad quiere tener la ciudadanía libanesa?

Adda: Sabés que no. No está dentro de las prioridades de la colectividad, no, no. La colectividad libanesa se integró al país, en esa condición que tiene el libanés, de integrarse a todos los lados que va. Incluso, a costa de su propia organización. Su prioridad [...] fue integrarse, y no primero organizarse como institución, no, no. Su prioridad fue esa. Entonces, la descendencia libanesa... Somos uruguayos. No es que no nos interese; hay a mucha gente que le interesa, que le gustaría más que nada como un orgullo, como una satisfacción para sus abuelos, pero no porque eso le de ninguna otra ventaja.

Los vínculos nuestros son primero por la Embajada. En la Embajada se da una cosa particular. Existe porque en la época de la guerra de los 75 a 90 decidieron levantar la Embajada de Uruguay, y la colectividad se movió: "no, no, no, nosotros precisamos la Embajada porque es el nexo que tenemos con el país". Y se hizo una colecta a nivel nacional y se compró la Embajada, ahí en Rivera; la compró la propia colectividad. Ahora, felizmente la situación ha cambiado. Los embajadores tienen su propia residencia a costa del Gobierno del Líbano. Ese es un vínculo directo que tenemos con el Líbano. Después, tenemos el vínculo a través de la Embajada uruguaya en el Líbano. Precisamente, hoy recibí en el correo un informe del embajador, que saca un boletín para la colectividad; está constantemente informándonos de sus actividades, estamos en contacto con él.

Entrevistador/a: ¿Cada cuánto sale ese boletín?

Adda: Una vez por mes, una cosa así. Está mandando [sic] por correo electrónico a toda la colectividad, y a muchas otras personas, el cuerpo diplomático, y todo. Justamente, la última información que hay es que se reunió con el alcalde de Beirut y ya está todo aprobado para hacer un monumento a Artigas en Beirut. Ya hay calle Uruguay. Otro vínculo que tenemos es a través de la Misión maronita. Acá, la gran mayoría de la colectividad es maronita, y desde que se fundó la Misión hasta ahora todos los padres han sido libaneses. Hay contactos permanentes a través de las delegaciones que vienen, y después, el otro contacto que tenemos son nuestros familiares, con los que renovamos el vínculo. El primer familiar que va al Líbano lo hace en el año 95.

Entrevistador/a: ¿Cuándo usted fue allá, se encontró con familiares?

Adda: Sí, sí, ahora le cuento. Los contactos cada vez eran más esporádicos. Se avisaba: "mirá, bueno, murió un familiar", y llegó un momento en que no hubo más conexión. Yo, a través de un primo de mis padres llevaba los nombres de ellos para comunicarme con ellos, ahí, en Chadra. Cuando fui allá, claro, el Líbano es muy chiquito, sin embargo, por la montaña es muy dificultoso ir de un lugar a otro (y éramos una delegación de veinte libaneses). El penúltimo día fuimos allá. No llegábamos nunca, hasta que llegamos al norte. El padre Elías, que iba con nosotros y sabía el idioma, fue averiguando, y fuimos conociendo a los parientes de cada uno, al pueblo. [...] Cuando llegamos, allá le explicaron: "uhhh, esa familia es muy conocida acá, pero ya no vive acá. Los que quedan viven en un pueblito más abajo, que se llama Batrum, pero nosotros nos ponemos en contacto con ellos, quedáte tranquilo". Nosotros estábamos en un convento, en lo que se llama el centro del Líbano, el monte del Líbano. Y el último día, estando en el Líbano, me dice el padre Elías: "mirá que te vinieron a buscar tus parientes". Aparte, habían venido a buscar a otro también, que lo habían localizado [...]. "Van a venir ahora a buscarte". Y bueno, vino una persona que está en la misma altura generacional que yo, los dos somos nietos de dos hermanos. Con mi abuelo, eran tres hermanos; el único hijo de su hermano se vino para acá, pero allá quedó su hermana y el nieto de esa hermana fue el que nos fue a buscar, a pesar de que era mayor que yo. Me llevaron para ahí, conocí a todos los parientes. Uno de ellos, que es ingeniero, se hizo una casa en Chadra (es el lugar que tiene para ir a pasar sus vacaciones).

Entrevistador/a: ¿En qué idioma se comunicaban?

Adda: Yo sabía el inglés del liceo, que increíblemente me brotó, y [usando] alguna palabra suelta en árabe, más o menos para entenderme. Ellos hablan perfectamente francés e inglés, sin ningún problema.

Entrevistador/a: Francés, inglés y árabe, ¿son trilingües, entonces?

Adda: Sí, perfectamente. Allá cualquier veterano te habla francés, inglés, sin ningún problema, y aparte, el árabe. Ellos estaban al tanto de la rama de la familia que había venido para aquí. Incluso, ese familiar, en su juventud iba a venir al Uruguay, pero al final se ennovió, se casó y ya no vino. Pero estuvo a punto de venirse también, en sus años mozos. A raíz de esta experiencia de mi viaje, tengo una comunicación fluida con ellos. Es más, ellos vinieron acá y tenemos una comunicación fluida por medio del correo electrónico, del teléfono.

Entrevistador/a: Y lo que le pasó a usted capaz ¿se replicó en los otros compañeros de viaje?

Adda: ¡Ah!, se replicó en casi todos los que fuimos.

Entrevistador/a: ¡Qué notable!

Adda: Sí, sí, fue muy emocionante, fue tremendo eso. Cuando estábamos allá, el padre Elías decía: "bueno, *fulano*, estamos pasando por el pueblo de su gente...". Entonces, se bajaba. Había uno parado ahí y le decía: "disculpe, ¿usted conoce a la familia tal?". "Sí, sí, yo lo llevo". Y ahí ya estaba el contacto.

Entrevistador/a: ¿Y ahora se comunican por e-mail?

Adda: Por e-mail, por teléfono, por celular. Nosotros tenemos una ventaja, porque antes eran dos meses de barco. Aparte, eran barcos cargueros, se enfermaban en el camino... Ahora son quince horas de avión. Incluso, llegó un momento en que la empresa libanesa llegaba directo a San Pablo. Nosotros, a las nueve de la noche estábamos en Pluna, a las once tomábamos el avión en San Pablo, y al otro día, al mediodía, estábamos en el Líbano. Pero aún así, ustedes toman cualquier avión que va a Europa o a cualquier ciudad de Europa y tiene conexión con el Líbano. Las cartas que uno no sabía si llegaban o no llegaban, y cuando llegaban acá había que hacerlas traducir. Ahora está el fax, la computadora, el celular.

Ya los jóvenes de ahora tienen otras inquietudes. Entonces, nosotros decimos que tenemos que fortalecer la institución a través integrando a nuestros jóvenes con los jóvenes libaneses. Podemos aprovechar todas las ventajas tecnológicas que tenemos ahora, que es la mejor forma. Yo aprendí a querer al Líbano porque era la tierra de mi abuelo. Pero uno, después, se empieza a interesar y empieza a saber que es un pueblo que tiene seis mil años, en los grandes aportes que hizo. Uno estudia Derecho romano y se entera que la primera escuela de derecho de la

humanidad estuvo en Beirut. Entonces, hay toda una historia impresionante. Pero eso a nuestros hijos, quizás, no sea lo que les vaya a *llamar* para sentirse orgullosos del Líbano. Ellos, hoy día, se sienten orgullosos, tienen la bandera del Líbano en su cuarto.

Con el tema de la guerra mi hijo más chico me dijo: "papá, tenemos que hacer algo"; fuimos a las marchas por la paz, porque lo sienten eso ¿no? Pero ellos sienten ahora más a nivel musical, a nivel de integración académica. Ellos están en otro tema. Pero lo podemos lograr [la conexión] con sus familiares y con sus amigos. Y bueno, en eso estamos. Creemos que la colectividad se puede revitalizar, no ya con el recuerdo de nuestros abuelos, no ya con el juntarnos solamente a comer la comida típica, que eso es una cosa que se va trasladando de generación en generación, y eso se mantiene, lo mismo que el baile, la danza...

Entrevistador/a: ¿Dónde se ve la danza?

Adda: Tenemos un conjunto de danzas tradicionales, que no pertenecen a ninguna institución. Es una persona que así lo tiene hace más de cincuenta años. Empezó bailando ella, y lo dirige ahora. Y bailan muchachos, y bailan el folclore libanés, danzas típicas libanesas. Por ejemplo, se hace una fiesta, baila el conjunto, y el último baile es un *dabque*, que es la danza más tradicional libanesa. Y al terminar de bailarlo, invitan al público, y todos terminamos bailando ese *dabque*, toda la salsa libanesa.

Entrevistador/a: ¿Y sus hijos se enganchan?

Adda: Todavía no tanto. Yo me enganchó bárbaro, sin saberlo bailar, no importa. Pero ayer vino la sinfónica acá, a la sociedad libanesa, dio un concierto precioso para más de trescientas personas: algo clásico, arrancaba un candombe... Entonces, había mucha gente que se levantaba y bailaba; a todos nos pasa, sentimos el candombe, porque está también en nuestra cultura uruguaya, es algo autóctono. Claro, el Uruguay tiene la condición de que no tiene una cultura sola; el Uruguay es parte de muchas cosas, como el Líbano. Hay toda una discusión de qué es el Líbano, si es fenicio, si es árabe. El Líbano es un pueblo con seis mil años de historia; el nombre Líbano está referido a la epopeya de Gamesio. Bueno, la Biblia, los faraones con sus jeroglíficos, ya escribían del Líbano, un lugar que está absorbiendo muchas civilizaciones. Así pasaron los fenicios, los romanos, los griegos, los persas, los árabes, el cristianismo... Prácticamente, el primer lugar donde el cristianismo *explota* [...] fue en el Líbano, por su ubicación geográfica. Entonces, quizás sea difícil definir... Pero, por otro lado, es lindo porque no

hay raza pura, ni pueblo puro. Lo lindo son los pueblos que nacen de la integración. Hay gente que dice: "ah, los uruguayos somos horribles, no nos podemos definir". Y bueno, mejor.

Entrevistador/a: ¿Usted dice que la integración de los libaneses en Uruguay ha sido una integración exitosa?

Adda: ¡Ah!, absoluta. Los libaneses se integraron absolutamente.

Entrevistador/a: ¿Hay algún ejemplo, algún caso de discriminación? ¿Ese tema se discute en la colectividad? ¿Se sufrió en algunos años?

Adda: Ya le digo, los primeros años [sí hubo discriminación]. Porque nosotros tenemos la tendencia a creer que el Uruguay fue muy idílico al recibir a los inmigrantes. No, no. Fue difícil. El tema de los "turcos", de los llamados "turcos", es toda una leyenda. Allá, por la zona donde yo vivía, en Cerro Largo, tiraban a los turcos a una laguna; la "laguna de los turcos" le llamaban [justamente] porque les ponían una piola y los tiraban para abajo.

Entrevistador/a: No me diga...

Adda: Y a veces me pongo a pensar lo increíble que debe haber sido venir de un país montañoso, con un idioma distinto, a un lugar geográficamente distinto, ponerse un cajón al hombro y salir al campo. Imagínen a una persona caminando rumbo al horizonte de nuestro campo. Hoy en día se camina por el campo nuestro y es desolado, no es fácil. Claro, uno sabe que después de aquella loma va a haber una casa, pero aquella gente iba a descubrir. Iban siempre con un palo para defenderse de los perros que le salían. Y llevaron el comercio a las estancias; ellos modificaron el comercio en el Uruguay. Yo siempre digo, pensar que las rutas nacionales tienen los nombres de los héroes nuestros, pero esos caminos de penetración deberían llevar nombres de libaneses. Ellos abrieron esos lugares.

Entrevistador/a: Así que para usted los libaneses cambiaron las pautas de intercambio comercial en el Interior del país.

Adda: Ahhh, no le quede la menor duda. Así como los españoles e italianos trajeron los oficios. Por ejemplo, ellos vendían lentes, pero ¿cómo vendían los lentes?: ellos llevaban aguja e hilo y le decían a una persona: "bueno, usted precisa lentes, a ver qué lente precisa, a ver, pruebe éste". Entonces, le hacían enhebrar una aguja e hilo hasta que lo lograba: ¡ese era el lente justo! También comenzaron a dar crédito, llevaron el crédito a la peonada; una cosa maravillosa. Y se fueron quedando y fueron progresando con su comercio.

Entrevistador/a: Hasta que después instalan en un lugar su comercio fijo, ¿no?

Adda: Pero no dejan de ser itinerantes, porque siguen abasteciendo a los comercios, aunque ya con otro criterio. Ya reciben los pedidos y van a entregar los pedidos. Durante mucho tiempo la tienda más grande de cada ciudad era de un libanés, no le quepa duda. Pero yo le voy a contar una anécdota de mi abuelo y de mi abuela para que vea cómo el amor mueve el mundo y cómo lucharon. Mi abuelo se ve que no era de los que estaba mal en el Líbano, para lo que eran las economías en aquella época. Pero la presión y la estructura familiar [que llevaba a que] el hijo de la familia tuviera que ser muy recio, lo impulsaron a buscar otra cosa, y se vino a este lugar totalmente desconocido. Mi abuelo le mentía a mi abuela cuando le escribía cartas sobre lo que era el Uruguay, sobre lo que había acá: "no, acá es bárbaro".

Mi abuelo era una persona muy preparada –no mi abuela; mi abuela no sabía ni hablar, ni en árabe ni en español. Mi abuelo una vez por semana salía a las estancias a hacer las entregas. Ese día el almacén quedaba a cargo de mi abuela, pero no conocía el dinero y la gran mayoría se vendía con libreta, y ¡claro!, como mi abuela no sabía escribir registraba todo en su cabeza. Cuando venía mi abuelo (eso lo recuerda mi padre; mis tíos, ellos eran chiquitos, andaban jugando en la cocina como cualquier niño) se sentaba, preparaba el mate –era gran tomador de mate– traía una libreta y le preguntaba: "¿bueno, quién vino hoy?". "Fulano de tal, tanta yerba, tanta azúcar, tanta...". Pero lo más increíble era que a veces se acostaban a dormir y en la madrugada ella se despertaba, lo movía a él, y le decía: "me acordé: fulano de tal llevó tal cosa".

Mi abuelo era el hombre de la familia, siempre aventurero. Como no pudo luchar contra lo que son los turcos y porque no pudo luchar contra la rígida formación familiar, se va a buscar su futuro. Pero usted fíjese lo que esto representaba en un país de oriente en aquella época. Y ella nunca más vio a sus padres. Algunos de sus hermanos se vinieron a Tucumán y otros a Brasil. Algún contacto tenía [con ellos] por carta, pero jamás los vieron. Ella decidió perder todo eso por seguir atrás de su esposo, que en aquel momento era una familia incipiente. Hoy en día cualquiera le diría: "andá vos si querés; yo voy a hacer mi mundo".

Otra cosa que me contaban mis padres era que mi abuela había plantado un bosque de eucaliptos, que hoy en día existe y para nosotros es "el bosque de la abuela" (para el pueblito es "el bosque de Julián"), un bosque de más de seis mil árboles. Mi padre contaba que salían de noche a matar hormigas y que se iluminaban con el resplandor del farol que llevaba mi abuela. [Contaba que] se veía la figura encorvada de mi abuelo poniendo veneno planta por planta,

cuidando el capital que estaban tratando de formar para los hijos. Por eso yo digo que atrás de la historia de los inmigrantes hay una gran historia de amor.

Entrevistador/a: ¿Su padre siguió con el comercio?

Adda: Claro. Cuando su padre estaba un poco viejo, él volvió al pueblo a hacerse cargo del comercio. Siguió por muchos años, pero ya fue cambiando un poco la estructura, porque esos comercios vivían mucho de la zona rural y empiezan a aparecer los grandes comercios en Melo. Incluso, los propios ganaderos hacen sus propias cooperativas en Melo. Entonces, ya no se justificaba que fueran a Bañado Medina pudiendo ir a Melo; y ya tenían sus camiones, además. Yo me vine a Montevideo a estudiar notariado y ya me quedé. Mis hijos también están en la Universidad. Uno estudia Licenciatura de Diseño aplicado en la Universidad de la Empresa –el director de ahí es un descendiente libanés, hermano de Pedro Abuchalja. El otro estudia en la ORT la Licenciatura de Comunicación y se va a especializar en la parte audiovisual. Ya no les atraen las carreras tradicionales; todo va por el lado del diseño, el audiovisual...

Entrevistador/a: ¿La formación de las familias de los libaneses hoy es exogámica o hay una tendencia a juntarse entre los propios descendientes?

Adda: Absolutamente integrado [está el libanés]. La gran mayoría son familias mixtas, incluso de los propios inmigrantes.

Entrevistador/a: Vinieron sobre todo hombres que se juntaron con criollas...

Adda: Sí, y muchos se casaron con paisanos, porque estaban nucleados en la Ciudad Vieja principalmente. Y en la medida en que fueron *saliendo* se fueron mezclando.

Entrevistador/a: Políticamente ¿qué ocurrió con los libaneses? ¿Son mayoritariamente colorados (como los judíos) o blancos (como los vascos)?

Adda: Algunos se hicieron blancos y pelearon junto a Aparicio; otros se hicieron colorados. Mucha gente se iba con los blancos porque la bandera de los colorados era la misma bandera que la de los turcos. Mucha gente se hacía colorada porque entendían que estaban progresando a la par del Uruguay batllista, principalmente los de Montevideo. Hay también muchos socialistas ahora. Pero de haber sido fuerte el Frente Amplio [en esa época] como es ahora o hace treinta años, no cabe ninguna duda que hubieran sido de los tres partidos. Yo siempre pongo el ejemplo de la familia Abdala: la familia Abdala es mitad blanca y mitad colorada.

Entrevistador/a: Están los dos diputados, uno del Foro y otro de los blancos.

Adda: ¡Ahí está, claro! El más famoso fue el que llegó a ser vicepresidente de la República, el Dr. Alberto Abdala, que murió soltero.

Entrevistador/a: ¿Del Líbano llega algún tipo de ayuda económica o incentivo para la colectividad?

Adda: No, no. Lamentablemente, el Líbano no está en condiciones.

Entrevistador/a: ¿Y al revés, desde aquí hacia el Líbano?

Adda: Lamentablemente, cada vez que hay conflicto hay que mandar ayuda humanitaria. Lo pide el Gobierno y se hace. Ahora mismo hubo una ayuda impresionante, de la colectividad y de todo el mundo. Nos sobrepasó. Se dio una cosa muy increíble. Se formó un comité por la Embajada como iniciativa del Gobierno en cada Embajada. Nosotros nos distribuimos el trabajo, y todo el Interior funcionó. Pero aparte de eso, la gente venía a saludarnos, prácticamente a darnos el pésame como si hubiera muerto un familiar. Un sentimiento muy grande.

Entrevistador/a: Hacia adentro de la colectividad ¿hay algún tipo de separación, de diferencia, de conflicto?

Adda: No más allá de lo que es conflictivo en cada persona. Yo a veces digo que somos conflictivos doblemente, porque somos uruguayos y libaneses. Porque somos libres, entonces, somos conflictivos. Pero no tenemos una división del tipo "acá están los déspotas de un lado y nosotros de este otro". Ahora, hace poco, se hizo la Fiesta de la Independencia. Siempre se hace una cena, pero para no dividirnos se hace un año en el Club Libanés y el otro acá [...] porque somos los dos que tenemos salón social. Un año vamos todos para el club; otro año vienen todos por acá.

Entrevistador/a: ¿Cuál es la diferencia entre el club y la sociedad?

Adda: Se fundaron por distintos motivos. Por ejemplo, el Club Libanés primero existió en la Ciudad Vieja. Después, los libaneses que vivían en este barrio necesitaban una institución y se formó ésta. Luego, el club aquel se dejó y algunos continuadores quisieron hacer el otro, que es el club actual. La diferencia, quizás, esté en que la gente de acá más bien era gente muy humilde. Pero salvo eso, no hay diferencias. Incluso, le digo más, tenemos socios comunes, gente que ha sido presidente allá, que ha sido presidente acá. El padre del actual presidente del Club Libanés, Pedro Abuchalja, fue secretario muchísimos años de allá y ahora es socio de acá.

No nos divide nada, no hay nada que nos pueda dividir, más allá de que algunos pongamos más acento en estar con algún líder libanés.

Hay divisiones fuertes en el Líbano [...]. Hablando sinceramente, esta institución tiene un perfil *muy libanés* y el club presta más atención al mundo árabe en general; es decir, se sienten integrados al resto del mundo árabe y forman parte de la Federación de Entidades Americano Árabes [FEARA.] Por ejemplo, el club hace poco llevó adelante un esfuerzo por crear un espacio público para los palestinos. A mí me parece bien, me parece bárbaro. Yo quiero que los palestinos tengan su Estado. Aparte, me parece bien que el pueblo palestino, en una ciudad tan cosmopolita como Montevideo, tenga un lugar público; me parece bárbaro. Yo no lo voy a hacer, pero si lo quiere hacer el club, me parece bárbaro. Hace poco hicieron conferencias sobre la independencia de la República Árabe Sarahui; trajeron a un embajador; me parece bárbaro. Pero yo siento más individualmente la *causa libanesa*. Hay también otra discusión; por ejemplo, los cristiano-libaneses entienden que el Líbano no es árabe porque [...] los árabes llegaron en el siglo séptimo, cuando ya hacía siete siglos que había cristianismo en el Líbano.

Entrevistador/a: Ustedes se identifican más con fenicios que con los árabes, ¿verdad?

Adda: Sí, yo sí. Yo tengo una opinión muy humilde en el sentido de que difícilmente podamos ser herederos de una civilización que está tan *allá abajo*; luego pasaron tantas arriba... Herederos sí, en todo caso, de la cultura. Por eso yo le digo: somos orgullosos de todo lo que pasó en el Líbano, incluso *lo árabe*. Ahora, hay otros –los árabes– que dicen que, en realidad, los pueblos llamados fenicios por los griegos ya eran árabes, porque venían de Arabia. A mí eso me tiene sin cuidado, en este mundo integrado de hoy.

Entrevistador/a: ¿Tienen vínculos con otras colectividades de Brasil o de Argentina?

Adda: Tenemos. Ahora, con el tema de Internet, estamos en todas las cadenas [de e-mails]. Siempre, cualquier comunicado que se saca, lo mandamos, lo respondemos.

Entrevistador/a: Ahora que empieza a haber un vínculo más fuerte con el Líbano, ¿cómo ve usted la relación con el Uruguay? ¿Se generan más conflictos, también?

Adda: No, en absoluto. Míre, el libanés se integró sin perder su raíz y el que sabe dónde está parado no tiene miedo a integrarse. En ese sentido, yo no le tengo miedo ni a la diversidad, ni a la integración. Yo creo que el hombre se enriquece. El hombre no tiene que perder lo que le hace

bien, lo que lo hace sentir bien, pero tampoco tiene que encerrarse en eso, porque lo demás lo enriquece.

Entrevistador/a: Usted mencionó que una contribución importante de los libaneses fue la introducción del comercio en el campo, cuando el campo era "tierra de nadie". ¿Hay alguna otra contribución importante que tenga en mente?

Adda: Bueno, hay una contribución muy genérica, que es el tema [del valor de la] familia. El tema de la familia siempre fue un valor [positivo]. El tema de la dignidad del trabajo, la obsesión por que los hijos fueran gente honesta, y que eso lo da el trabajo (el trabajo, en cualquiera de sus condiciones, desde ser un gran empresario hasta ser el empleado que tiene que salir a trabajar bajo el sol; siempre y cuando se haga con dignidad). Esos son valores que, por suerte, aportaron todos los inmigrantes, que dieron al Uruguay una estructura muy especial durante mucho tiempo. Y yo creo que los libaneses ahí importaron mucho, sin ninguna duda.

Entrevistador/a: ¿Usted siente que hay un reconocimiento del Uruguay hacia la colectividad libanesa? ¿O cree que todavía resta un grado de visibilidad mayor al que se le da en los libros de Historia?

Adda: Eso es tan relativo. Salir a buscar reconocimiento, no. Yo creo que con la forma en que la gente los acogió y con el respeto que se tiene por el libanés, ya es suficiente. Yo creo que los libros de Historia muestran que el impacto de la inmigración en el Uruguay fue fundamental. No sé si le hizo mejor o peor, pero en un momento de la historia sucedió eso: [hubo un impacto] con todos los oficios que trajeron, con las organizaciones; incluso, con el tema de organizar los sindicatos. Todo eso vino de Europa, lo trajeron los inmigrantes. Y bueno, nosotros estamos ahí. Yo a veces me pregunto si en el Líbano saben la proeza impresionante que han hecho los libaneses que se fueron. Acá, por ejemplo, a veces llegan cartas del presidente libanés que se mandan a todas las instituciones del mundo y dicen: "nosotros sabemos que Líbano tiene dos alas, el ala que vive acá y la del resto del mundo. Consideren el Líbano de ustedes, hagan aportes".

Entrevistador/a: ¿Hay una estimación de la cantidad de libaneses que viven fuera del Líbano?

Adda: Se habla de doce, quince millones. La mayor colectividad está en Brasil, en San Pablo específicamente; se habla de cinco millones. Bueno, en San Pablo los gobernadores son descendientes libaneses. Muy fuerte.

Entrevistador/a: ¿Maluf era libanés?

Adda: Sí. Muy fuerte. Pero lo que yo le quería decir es que me parece que quizás falte un reconocimiento de los propios libaneses, más allá de la familia, a nivel oficial y a nivel cotidiano, de lo que ha hecho la colectividad libanesa fuera del Líbano. Es decir, no en relación con esto de la guerra, que se hacen marchas por la paz. Otro reconocimiento a los que aportaron sin dejar de ser libaneses [...]. Quizás falte ahí el reconocimiento.

Entrevistador/a: Supongamos que viene un extranjero al Uruguay y usted le quiere mostrar algo que ilustre la impronta libanesa en Montevideo, ¿adónde lo lleva?

Adda: Podemos traerlo acá, darle comida. Sí, sin ningún problema [...]. No hay ningún restaurante que diga: "acá va a encontrar los libaneses".

Entrevistador/a: ¿Qué monumentos hay de la comunidad libanesa?

Adda: En muchos lugares hay plazas Líbano; en el Interior o acá mismo. Cerca de la Iglesia está la plaza Líbano. El Parque Rodó tiene un monumento muy particular, porque es un monumento que hizo la colectividad: un homenaje a José Artigas (es decir, un homenaje que se hace a José Artigas desde la colectividad). Es un monumento que tiene algún problema de basamento y lo hizo todo la colectividad, pero ahora el club está más o menos trabajando ahí. Está el monumento a Khalil Gibran, allá en la rambla, en Trouville: un busto. El año pasado, con motivo del aniversario, hicimos una exposición de la inmigración libanesa en el Cabildo. Fue muy linda y el intendente Erlich fue el primer corte de cinta que hizo [sic]. Entonces, nosotros decíamos que esa era una muestra excelente, pero que lo mejor de la muestra libanesa no estaba allí, sino en todo el país, con la gente. Tampoco hay que decir: "yo soy libanés, miren mi país, es milenario, voy a plantar un cedro para que todo el mundo sepa que este es mi árbol tradicional...". No.

Hay uruguayos descendientes de libaneses que se han destacado y ahora se van a terminar destacando en muchas cosas más. Por ejemplo, a nivel científico, tenemos unos importantes aportes; está Rafael Radi, un médico joven que se dedica a la investigación de los antioxidantes, los radicales libres. En cualquier biblioteca, en cualquier Universidad de los EE.UU., donde sea, cuando dan bibliografía para estudiar ese tema están las disertaciones de él. Después, un hijo de un ex presidente de nuestra asociación, el Dr. Antonio Barqué, es traumatólogo y ha inventado el sistema de operar con esos clavos que se ponen por afuera. En una revista científica de Norteamérica está entre los cien principales traumatólogos. Entonces, para nosotros eso es un orgullo. Pero, por supuesto, eso lo lograron no por ser libaneses.

Entrevistador/a: ¿La pobreza en la colectividad es baja?

Adda: Estamos [respecto a la pobreza] como el promedio nacional, porque somos promedio nacional. Corremos con [los mismos] avatares que ocurren en el país.

Manuel

* Manuel es sacerdote católico de la orden maronita de la Virgen María, abocado al servicio de la comunidad libanesa en el Uruguay.

Entrevistador/a: ¿Cómo llegó al Uruguay?

Manuel: De misión, como sacerdote católico, de la orden maronita de la Virgen María. Tenemos este templo hace ochenta años; empezó en una carpa y hoy tenemos este templo, de Dieste [el ingeniero]. La colectividad libanesa en el mundo es religiosa; sean cristianos o musulmanes, o rusos o evangelistas, son religiosos y participan. Ellos pidieron la presencia de la misión en aquél momento, y hoy en día todavía estamos con ellos.

Entrevistador/a: ¿Cómo es la relación entre maronitas y católicos (o cristianos)?

Manuel: Primero, cuando uno habla de *cristianos* habla de varios tipos: están los maronitas u otra cosa. Pero *cristianos* son todos los que creen en Dios, Jesús Cristo. Hay gente que vive una línea de fe que se llama *católica*, hay otros que viven una línea de fe, que son *ortodoxos*, y hay otros que viven una línea de fe que se llama *evangelista*. Cuando empezó a pasar todo lo que pasó con Jesús, cuando en Jerusalén, en Tívoli, nuestros ancestros, los fenicios, empezaron a conocer la fe, pues ellos eran ateos; no creían en Dios; creían en todo: en el sol, la luna y en todos los dioses, menos en Dios, el Creador. Y luego, empezaron a conocerlo. Así empezó el nacimiento de nuestra Iglesia oriental, que no era solamente maronita. Luego, quien representaba a estas personas se llamaba Marón (estamos hablando del año 400 ahora) y sus seguidores empezaron a conocerse como maronitas, que significa: los discípulos de Marón. Ésta Iglesia maronita tiene una línea de fe que se une con nuestro papa; no hay un ortodoxo maronita o un católico maronita: hay sólo maronitas.

Entrevistador/a: ¿Quiere decir que es diferente, por ejemplo, a la confesión jesuita o a la salesiana?

Manuel: La maronita no es una confesión dentro de la Iglesia: no son orden, son Iglesia. La Iglesia maronita tiene dentro órdenes, como los jesuitas. Es una Iglesia local, pero existe en todo el mundo. Sigue la misma línea de la fe que la católica, pero es una Iglesia que tiene su patriarca, y depende del patriarca-obispo. El patriarca está unido al papa y está en el Líbano. Se le llama Iglesia local, pero se ha expandido a muchos otros países.

Entrevistador/a: ¿Están más cerca de los católicos o de los ortodoxos?

Manuel: En el caso de la Iglesia Maronita no hay ortodoxos ni católicos. Es una Iglesia, no es una orden dentro de la Iglesia. Hay órdenes, como la orden maronita de la Beata Virgen María acá, que es una orden religiosa adentro de la Iglesia maronita. Y jamás se separó del papa; es una línea de fe unida al papa, unida a la Iglesia católica. Pero no es católica u ortodoxa, es maronita.

Entrevistador/a: ¿Cómo fue su llegada al Uruguay en el 2003?

Manuel: Por nombramiento. Me nombraron como superior de la misión; como se llama: servidor de los libaneses. Vine con mucha alegría. Antes, estuve en la Argentina cuatro años.

Entrevistador/a: Usted me corrigió, me dijo que sirio-libaneses no debería decirse, ¿por qué?

Manuel: Porque es como decir uruguayo-argentino. No sé si usted es uruguayo-argentino o arge-uruguayo o argentino. Es decir, con todo respeto a los sirios. Hay una historia común, cuando vinieron los turcos y abusaron del Líbano, de Siria, de Jordania, de toda aquella zona. El Líbano y los sirios estuvieron debajo de este dominio y tuvieron que viajar con pasaporte turco. Nos llaman "turcos" a todos, por falta de conocimiento. Hubo un acercamiento porque se habla el mismo idioma; formalmente se acercaron y formaron algunas instituciones comunes, clubes, instituciones sirio-libanesas. En Argentina, hay un hospital sirio-libanés, que lo formaron juntos. Pero no hay una comunidad sirio-libanesa. Hay club, institución, hospital sí, pero los libaneses son libaneses y los sirios son sirios. Y mucho más ahora que antes, luego de la Guerra de Treinta años cuando los sirios abusaron de nuevo del Líbano. Hicieron peor que los turcos en una época, viste. El régimen, no la gente, que son amigos. Y hoy estamos en la lucha para que Siria reconozca al Líbano como país, que ella no nos reconoce. Los sirios entran al país, salen del país, entran armas, sacan armas, dan órdenes a Hezzbolah, dan otras órdenes a otras milicias que obran y tienen influencia en el Gobierno. Gobiernan con la fuerza, y cuando no les gusta, muere alguien, en auto-bomba y otras cosas.

Entrevistador/a: ¿Se sabe cuántos descendientes de libaneses hay en Uruguay?

Manuel: Aproximadamente son sesenta y cinco mil. Dicen que somos la tercera colectividad en el Uruguay, como en la Argentina. En Argentina son dos millones y medio. En Brasil son diez millones. Aquí, si vos vas a Rivera, a Artigas o a Salto, a Flores, a Durazno, a Río Negro, acá, a Montevideo, a Maldonado, en todos los rincones del país vas a encontrar una colectividad libanesa. En Salto hay libaneses todavía, libaneses *libaneses*, señores que son jóvenes, de

nuestra edad, de treinta para arriba, de veinticinco para arriba. Vinieron del Líbano cuando la última guerra, y viven. Ayer estuvimos en Tacuarembó y hubo una fiesta hermosa, para encontrarnos como libaneses a Fin de Año. Bueno, y hablaban [...] de mucha presencia también de los libaneses y de que quieren más.

Entrevistador/a: ¿Y en qué áreas de la economía se han ubicado, sobre todo?

Manuel: Sobre todo, en el comercio, en los negocios, en posiciones medianas y altas. Hay muchos trabajadores *medianos*, y hay gente, pero no son mayoría, que tiene negocios, plata, empresas, y hacen negocios con el exterior.

Entrevistador/a: ¿Quiere decir que, desde el punto de vista económico, usted estima que la comunidad libanesa ha sido exitosa?

Manuel: Normalmente, sí, gracias a Dios. Hay gente fuera del país, también. Hay gente que fue a Brasil o Argentina, que estaban acá y fueron buscando más negocios, o que incluso volvieron al Líbano en la nueva etapa. Bueno, hay gente que vive seis meses en el Líbano y seis meses acá, seis meses en Europa y seis meses acá. Yo tengo amigos que viven así. Bueno, también hay gente humilde pero trabajadora; su casa es muy pequeña pero son muy queridos por los vecinos. Jamás podrás escuchar que un libanés vaya contra la política o contra el país. Un libanés primero se involucra con el país en que está: es primero uruguayo hasta la muerte, y después descendiente de libanés. Pero es libanés, con su sangre libanesa, como los fenicios antiguamente; son gente de civilización. El Líbano conquista Medio Oriente con la paz y la civilización. La Universidad de Medio Oriente es el Líbano; el sanatorio, el hospital de Medio Oriente es Líbano; el descanso de Medio Oriente: el frescor, el mar, la montaña, el agua, el verde, en medio del desierto muy grande (usted lo conoce más que yo). El libanés es el más bienvenido de Medio Oriente: a los árabes les gustan, a los occidentales, a los franceses, a los americanos... A todos. Seguramente, usted conoce a alguien que vino de allí. Puede decirte cómo es.

Entrevistador/a Hábleme un poquito de la colectividad libanesa aquí. Por ejemplo, ¿tienden a casarse entre sí?

Manuel: No, los que conozco acá, ninguno. No sé si dos familias que vinieron del Líbano se fueron a casar al Líbano y después volvieron. Dos o tres familias. Pero después, son casados con italianos, con alemanes, con uruguayos. Pero no hay, no, un racismo. El libanés está abierto.

Como el idioma [pasa lo mismo]. Hay gente que no sabe nada del idioma [árabe]; ya se involucraron en la otra sociedad y se metieron con toda la fuerza.

Entrevistador/a: Cuando habla del idioma ¿se refiere al árabe?

Manuel: Mejor dicho, cuando vinieron los abuelos, era arameo. Estamos hablando de cien años atrás, del 1890, 1860, cuando empezó la migración grande. Hablaban arameo en el Líbano, Siria, Jordania. Bueno, conservaban aquella tradición, aunque, como usted también sabe mejor que yo, cuando la invasión árabe islámica en el 1700, obligaban a que se hablara árabe. Pero hoy en día hay una mezcla del idioma, gramática del arameo pero vocabulario entre árabe y francés; es otra cosa. Hoy día un libanés habla, mientras está hablando contigo, francés e inglés, y en algún caso español. Hoy, en el Líbano, no se habla solamente libanés; hay una mezcla idiomática [...].

Entrevistador/a Y dígame, ¿acá tienen sus propios institutos de enseñanza para los niños?

Manuel: Tenemos; propio, no tanto. El centro educativo Líbano, pero no es solamente para los libaneses; es para el barrio.

Entrevistador/a ¿Es una escuela pública?

Manuel: No, es privada. Pero no es para los libaneses, es para el barrio. Bueno, es la enseñanza común que todos queremos. En una época, en los primeros *pasos* [...] era para los libaneses e hijos de libaneses, que hablaban todavía libanés y estudiaban el árabe, y todas esas cosas. Ahora, no es tanto, no.

Entrevistador/a El vínculo de la colectividad libanesa con el Líbano, ¿cómo es? ¿Se está fortaleciendo más ahora, en los últimos años, por alguna razón?

Manuel: Mirá, por el tema de las guerras, estuvimos muchos años separados. Antes de eso, cuarenta años atrás, nuestro presidente vino acá, hizo una visita grande, hubo un contacto más cercano. Pero por la guerra se dio una separación muy grande, y a comienzos de los 80 iban a cerrar la Embajada libanesa, porque se consideraba una *carga*; no hay mucho movimiento político acá y no se podía sostener. La colectividad libanesa del sur del país, del norte del país, del este al oeste, juntaron plata y compraron la Embajada, y prohibieron que se cerrara la Embajada en el Uruguay. Bueno, y hasta hoy los libaneses aman al Líbano. Para ellos, el embajador del Líbano es el presidente del Líbano. Es así. Hay mucho cariño. Los libaneses están enamorados del Líbano, lloran cuando hablan del Líbano, les gusta comer la comida

libanesa, les gusta bailar el baile libanés. A nivel político, no se quieren involucrar con las divisiones internas del Líbano. Siempre buscan esta libertad, la libertad de apoyar la parte de la defensa que el pueblo libanés quiere hacer [...]. Afuera, los libaneses quieren ser *uno*: no se forman partidos y no se dividen por política.

Entrevistador/a: ¿Hay algunos canales institucionales entre el Líbano y la colectividad libanesa aquí en Uruguay, aparte de la Embajada?

Manuel: Seguro. Hay, en Uruguay, dos representantes de los libaneses: la Iglesia libanesa maronita y la Embajada libanesa. La Iglesia existió antes que la Embajada. La Iglesia fue la primera; el padre que estaba acá puso los primeros dólares para juntar la plata para la Embajada. Y nosotros, hoy en día, los uruguayos libaneses, los libaneses uruguayos, consideran la presencia del párroco libanés muy importante.

Entrevistador/a: ¿En otros departamentos del país hay algún templo?

Manuel: Yo represento a los libaneses, y a los sirios también. Vamos a alguna parroquia de la Iglesia católica, y pedimos que nos presten el templo [en el Interior]. Hay una linda relación.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son sus celebraciones más importantes en el año?

Manuel: La fiesta de Nuestra Señora del Líbano. Acá, es el último domingo de mayo.

Entrevistador/a: ¿En qué consiste?

Manuel: Es la madre del Líbano, Nuestra Señora del Líbano, la Virgen. Vienen los libaneses (hacemos muchos encuentros antes de preparación), después hacemos una misa, cantos libaneses, algo así. Después hacemos un encuentro de familias, donde se hacen bailes libaneses, cantos libaneses, comida libanesa [sic].

Entrevistador/a: ¿Cuál es la comida típica libanesa? ¿Cuál es el plato típico?

Manuel: Son varios. El *kebbe* es la carne con trigo burgol molido; el *tabule*, que es como una ensalada con borgul, cebolla, perejil, tomates, limones, todo eso. Después, los dulces libaneses también [son típicos].

Entrevistador/a: ¿Hay algún restaurante libanés en Montevideo?

Manuel: Hay una empresa chiquitita, que se llama Rafi; es un poco armenio, pero hace comida libanesa, comida de medio oriental, comida armenia. Pero hay otro que se llama Yakar, que es un restaurante que hace comida libanesa, donde hay baile libanés y todo.

Otra de las fiestas importantes que celebramos es la Independencia del Líbano, que fue recién, el 22 de octubre; empieza una semana antes y se extiende más o menos algunos días después. Primero, empezamos acá en la Iglesia el primer fin de semana antes del 22, hacemos una misa con la colectividad, hacemos ofrendas florales en la plaza Líbano, acá en el barrio, y se unen las instituciones para esta ofrenda.

Entrevistador/a: ¿Viene el embajador, también?

Manuel: Viene, normalmente. Cuando puede, viene; cuándo no puede, no viene. Pero sí, normalmente viene.

Entrevistador/a: ¿Cuánta gente se junta, más o menos?

Manuel: Cuatrocientas personas, quinientas personas, entre el barrio y los libaneses. Después, el 22 de octubre es el día de la Embajada; toda la colectividad va a visitar al embajador, a pasar un tiempo a la Embajada (que está en la calle Rivera). También se hace a las once de la mañana una ofrenda floral en plaza Matriz, con todas las colectividades amigas.

Entrevistador/a: ¿Cuáles serían las principales preocupaciones de la colectividad libanesa en el Uruguay (aparte de la relación con el Líbano, la guerra y la situación política)?

Manuel: La parte cultural. Tratamos de trabajar con la gente del país, tratando de defender al Líbano, que necesita defensa ahora, y reflejando la verdadera imagen de los libaneses [...], porque en algún momento de la historia fue muy destruida esa imagen. Pero gracias a Dios, por la gente que ama al Líbano, no se permitió que la imagen del Líbano se destruyera [...] [producto de] la corrupción que se realizó en nuestro territorio libanés, por tanto terrorismo, tanta droga, tantas matanzas.

Entrevistador/a: ¿No hay conflictos dentro de la colectividad en Uruguay? ¿No hay distintas líneas?

Manuel: No, no, gracias a Dios.

VIII. LOS PERUANOS

Alberto

* Alberto es artesano y músico, integrante del Dúo de los Andes.

Entrevistador/a: ¿De qué región eres y por qué emigraste del Perú?

Alberto: Nací en Lima, pero mis padres son de otras regiones del sur del Perú. Soy de sangre aimará y quechua; mi madre es aimará de Puno y mi padre es quechua de Ayacucho. Tengo cinco hermanos, tres mujeres y dos hombres; [están] todos casados y viviendo en Perú. Salí del Perú por la música; primero fuimos a Ayacucho y luego a Puno, porque tenía parientes. Los visitaba y nos quedábamos en las casas de ellos. Éramos un grupo de cinco músicos. Después, salíamos a buscar el mejor sitio para tocar: boliches y *pubs* donde ofrecernos. Si no nos contrataban, nos íbamos a alguna plaza; siempre hay un lugar donde tocar. Con ese mismo grupo, con el que recorrimos casi todas las provincias del Perú, nos fuimos para el Norte y nos pasamos al Ecuador. Íbamos de pueblo en pueblo; queríamos conocer y tocar en todos lados. Algunos se volvieron al Perú porque querían estudiar. Yo quería seguir conociendo, así que seguimos a Colombia, Brasil, Bolivia, Chile, Paraguay, Argentina. Hace quince años ya que salí del Perú.

Entrevistador/a: ¿Volvías al Perú?

Alberto: Sí, volvía cada año a Lima para estar con la familia, con mis padres. Mi madre me decía que era una locura y que arruinaba mi vida. Porque yo estudié; me postulé para la Universidad y quedé entre los mil quinientos que entraban. Hice todo como quería mi madre y cuando salí mi tío me consiguió un trabajo en un banco. El trabajo de oficina lo hacía, pero a mí me gusta la música. En ese entonces, la música era como un *hobby*; así empecé. Después que salí a viajar [sic] fuera de Perú, ya sólo me dedicaba a la música y luego a la artesanía.

Entrevistador/a: Tus padres ¿qué actividad realizan en Perú?

Alberto: Mis padres eran artesanos, tejían, y siempre se mataron para que sus hijos estudiaran. Eso es muy común en Perú, que los padres se sacrifiquen para que los hijos estudien. Porque no es como acá; allá el estudio es muy caro. Eso hacen las [empleadas] domésticas que se sacrifican viniendo acá a meterse en la casa de los uruguayos (que las contratan a trabajar todo el tiempo) para mandarle plata a su familia, a sus hijos, para que ellos puedan estudiar. Ellas se sacrifican. Es bravo estar encerrada trabajando lejos de la familia.

Entrevistador/a: ¿Por qué?

Alberto: Porque no tienes *lo tuyo*; viven en la casa de quien le da el trabajo. Yo le dije a mi esposa: "hay que llegar a tener la casita de uno". Nosotros pasamos de vivir en una pensión en el Centro a un apartamentito chiquito, en el barrio La Fraternidad, en Batlle y Ordóñez y General Flores; pagábamos alquiler. Yo, como estudié para auxiliar contable, para contador, me veía venir la crisis que hubo: el dólar, a seis pesos, no se iba a aguantar. Se veía venir. Entonces, le dije: "tenemos que dejar de alquilar". Y nos compramos un terrenito en Toledo, donde construimos la casa; todo lo hicimos nosotros. Era allá donde había un terrenito que podíamos pagar; fuimos y nos gustó. Era lejos en aquel entonces; ahora, en una hora estoy en mi casa. Me tomo el *bus* en el Centro y llego enseguida. Es lejos pero no tanto.

Entrevistador/a: ¿Cuénteme cuándo llegó a Uruguay?

Alberto: Llegué hace ocho años y viví en pensiones por el Centro; a veces, en hotel. Y enseguida, a los tres meses, conocí a mi esposa, y ya me quedé. Vivimos en pensiones y alquilando, pero después nos pudimos ir allá, a Toledo. Es bonito porque es una *paz* [sic]; hasta escucho a los pajaritos cuando me levanto.

Entrevistador/a: ¿Y los vecinos?

Alberto: En Toledo, bien. [Los vecinos] se portaron muy bien conmigo, ahora que [...] mi esposa falleció, y estuve como un mes en el CTI con ella. Todos me preguntaban por ella. Yo iba de noche solo a darle de comer a los perros. Tengo cuatro perros, dos gatos, tres gallos, cuatro gallinas, un pato y un loro. Me gustan los animales. En mi casa, allá en Perú, mi madre tenía animales. Ahora son mi compañía, aunque los dejé mucho tiempo encerrados porque no quería volver a casa. Me la pase de casa de amigos en casa de amigos y así me distraía. Intenté volver y creí verla sentada en la silla de la cocina; me asusté mucho porque para mí la vi. Fui al médico y me dijo que yo estaba bien físicamente, pero que tenía que ir al psicólogo. Me mandó al psicólogo para que hablara, porque hay cosas que se hablan con la pareja y no con amigos, y con ella hablábamos mucho, pero ahora no tengo con quién hablar.

Ahora estoy volviendo a casa y al trabajo, porque el puesto de artesanías, como lo trabajaba ella, estuvo cerrado de reyes hasta esta semana, que me vine a abrirlo [setiembre]. Estuvo seis meses cerrado y hoy tuve una reunión con los vendedores de acá, y algunos me apoyaban, porque entienden, pero otros estaban enojados; si no lo abro me van a echar. Además, en todo este tiempo perdí clientes, porque yo les arreglaba las caravanas o lo que me traían, pero al

estar tanto tiempo cerrado la gente se cansa de venir y no encontrarme. Ahora estoy buscando a alguien que se quede en el puesto. Probé con un muchacho peruano, pero él me dijo que lo habían robado enseguida que empezó y luego los vendedores de los otros puestos me avisaron que no era cierto y le tuve que decir que no lo necesitaba más. Por eso estoy yo acá y lo tomo como *hobby*, como descanso y no como trabajo, porque lo mío es la música. A mi esposa le gustaba lo del puesto. Lo hice para ella; me venía todas las noches a terminarlo cuando estaba internada y lo hice bonito para ella.

Pero la vida te da estos golpes; yo no creía, no creo que ya no esté. El médico, cuando me dijo que no iba a vivir, no le creí. Pero ya a lo último, no me aguanté y le dije: "mirá que te espera un puesto bonito; no es una cosa así nomás". Ella no esperaba que el puesto quedara así, tan bonito. Yo tenía todo: la casita, mi música, mi esposa, pero lamentablemente en esta vida no es todo justo. Yo me quedé en Uruguay porque empecé a salir con ella; cuando la conocí, ya me iba. Viene de Argentina con la idea de conocer y comprar un pasaje para Europa, porque me dijeron que acá lo podía comprar más barato. Y me quedé.

Entrevistador/a: ¿Vives con el hijo de tu esposa?

Alberto: No. Él vivía con nosotros, pero ahora está casado y vive con su esposa en el Centro. La que se mudó a la parte de atrás de mi casa es la hija de mi esposa, con el hijo y el esposo. Le di ese espacio mientras se construye algo atrás, porque el terreno es grande, y yo estoy solo, así me hacen compañía. Siempre me llevé bien con los hijos de mi mujer.

Entrevistador/a: ¿Cómo fue que llegaste? ¿Cuándo llegaste?

Alberto: Vine en barquito a Colonia, desde Buenos Aires, y en *bus* a la Terminal de Tres Cruces. Estaba todo mojado, incluso garuaba. Llegué a las cuatro de la mañana, esperé a que amaneciera, y busqué un plano (es lo primero que se hace cuando se llega a un lugar que no se conoce; buscas ubicar dónde estás), pero estaba todo cerrado. Me tomé no sé cuántos cafecitos y en *una* salí para el lado donde está la placita, esa del costado [señala] (la estaban haciendo, así que eso, por lo mojado [...], era todo barro, no había nada más que montañas de barro, era todo feo, y el tiempo también, para peor). Me dije: "¡qué es esto!", y me volví a meter a la Terminal a esperar que abriera el puesto de información turística. El puesto no abría más y a mí no me gustaba nada lo que había visto. Me dije: "cuando abra, le pregunto dónde está el aeropuerto y me voy ahora mismo". Conseguí el plano y lo primero que me sorprendió fue cuántas placitas había. Estaban todas muy cerca y abrí más el plano y vi que no había mucho

más, entonces, le pregunté a la chica de información turística: "¿esto es todo Montevideo?". Cuando me dijo que sí, yo pensaba: "dónde me metí". Salí de la Terminal por el costado ese donde había barro –parecía Sarajevo–, pero me di cuenta que sí había ciudad, y pregunté en un kiosquito a una señora dónde podía hospedarme, un hotel o algo; me dijo que si seguía por Bulevar Artigas, frente al Hospital Pereira Rossell, había una pensión. Y para allá me fui. El que me atendió me dijo: "¿tú eres peruano?". Cuando le dije que sí, me dijo que esperara y me trajo a un peruano que vivía allí. Le pregunté si había lugar y cuánto me costaba; me dijo que unos cuatrocientos dólares; yo le dije: "¡qué caro!", (porque en Argentina, con cuatrocientos, alquilas un lindo chaletcito). Yo pensé: "me quedo una semana", así que pagué y me tiré a descansar en la cama.

Cuando me levanté, no sabía qué hacer, no conocía a nadie, no me había gustado para nada lo que había visto y encima era caro. Yo tenía algo de dinero, pero no mucho. Primero pensé: "me voy hoy mismo a Europa". Luego pensé: "bueno, salgo, conozco, me doy esta semana, y luego me voy". Así que salí a la calle, pero antes pregunté al peruano qué podía ir a conocer y me dijo que la rambla, porque es el Océano Atlántico. Le pregunté por dónde tenía que ir; me explicó y arranqué. Primero, Bulevar Artigas y luego Avenida Brasil derechito: salí a la playa. Fui con unas ganas a ver el océano, porque no conocía el Océano Atlántico; yo nunca lo había visto, sólo el Pacífico. Me encantó. Fui ligerito esas cuadradas. Llegué enseguida. Estaba muy emocionado, y cuando llegué allí estaba en dos colores [el mar]: con ese color marroncito y luego como con un verde más atrás. Además, la arena y las rocas. En las rocas andaban los cangrejos y eran tan bonitos... Eso fue estupendo; te da una paz, una tranquilidad; se escucha el ruido de las olas. Allá, en Perú, yo iba a una playa bastante alejada, que era *mi* playa (yo le decía así porque no iba nadie más que yo, pero después se empezó a llenar de gente y ya no me gustó). Te puedes imaginar: acá son tres millones y allá somos treinta millones.

Acá hay lugares adonde puedas ir y estar solo o con poca gente, así, tranquilo, pero en Perú, no. Sólo para el lado de los pueblos indígenas, mismo para la zona del Amazonas, sí debe ser una paz [sic]. Sólo llegas en avión y nunca fui. Sí fui a unos islotes que hay en el Titicaca, que están hechos de paja y allí vive la gente (es como pisar un colchón). Y la gente es amable y sencilla; a mí me gustó mucho. A los otros del grupo de música no les gustaba, preferían las ciudades, o pueblos con boliches, y las plazas. Pero a mí me gustaba eso y me gustaba cantar para esa gente, así, en ronda (gente que te había recibido en sus casas porque no tenías otro lugar donde

quedarte si no era en la casa de alguno). Y hasta era difícil entenderse, porque yo entiendo un poquito el quechua y nada más. Sí puedo cantar en quechua alguna canción que me sé.

Entrevistador/a: Me decías que eras de descendencia aimará y quechua. ¿Qué significa eso?

Alberto: Significa que mis padres eran aimará y quechua.

Entrevistador/a: Pensamos que estabas en algún tipo de agrupación en defensa de los derechos indígenas o que seguías ciertas costumbres de esos pueblos, como la música que tocan, por ejemplo.

Alberto: No, mirá, yo con los grupos de defensa *de algo* no me meto; nunca lo hice, no los conozco. Además, en Perú hay indígenas, *indígenas*, sólo en el Amazonas. Allí sí vas a encontrar gente indígena que vive como se vivía hace miles de años; están muy alejados de todo el resto. Aparte, [aislados] geográficamente, porque no llegas fácil donde ellos están; no hay caminos. Los demás son todos una mezcla; ya no son indígenas. Yo soy una mezcla y de dos pueblos, el aimará y el quechua. Hay fiestas, como la Adoración al Sol el 24 de junio, la *Inti Raymi*, que se celebra en Cuzco porque es quechua, o las Diabladas en febrero, en Carnaval, que se celebra en Puno, que es aimará, como en Lima se festeja Santa Rosa de Lima el 30 de agosto o Señor de los Milagros en octubre (éstas son católicas).

Pero son celebraciones. Igual, todos las recordamos; acá nos juntamos y tomamos algo, conversamos como si fuese un cumpleaños, recordamos la fecha y vamos a tomar algo. Nos juntamos el día ese y nada más, mientras que en Perú se festeja *a lo grande*. La gente empieza a festejar en la casa con la *chicha* y la cerveza, pero más con *chicha* porque es más barata; se hace en la casa mismo [el festejo] y luego se sigue festejando en la calle, y ahí sí es una gran fiesta porque todos están ya muy mareados y danzan y danzan. Porque hay que festejar bien y festejar mucho para que te vaya bien todo el año, entonces, en eso se cree y se festeja (tanto los aimará como los quechua). En Lima se hacen muchas procesiones y también se festeja en la fecha de los *santos*, pero es diferente, fuera de Lima es otra cosa, como [...] acá el Interior, que es diferente a Montevideo.

Entrevistador/a: ¿Sólo en Perú se festeja así o, por ejemplo, en Argentina los peruanos salen a festejar a la calle esos días?

Alberto: No, sólo en Perú. En el resto de Latinoamérica hay muchos peruanos y hay muchos en Argentina, pero no hacen nada, no sé por qué. Hacen lo que se hace acá: se saludan, se van a

tomar algo a algún lugar. Es que el peruano, fuera de Perú, lo que hace es trabajar, y sí va a las *bailantas*, como les dicen ustedes, pero sólo el fin de semana. En Perú también se trabaja en la semana y se sale los fines de semana a bolichear, pero además [la gente] se hace tiempo para celebrar fiestas *a lo grande*, donde se empieza a organizar y a festejar en sí, varios días antes. Acá es todo mucho más tranquilo, hasta la noche, porque en Perú *corre* mucha droga y son de tomar mucho. Es lo que vas a ver cuando vayamos al boliche Machu Picchu, porque empiezan a tomar y ya se caen de mareados y siguen tomado, no saben parar; no todos, pero en Machu Picchu vas a ver mucho de eso; son muy de bailar y festejar. Yo no tomo casi, porque no me gusta, pero la cerveza o algún vinito rico sí. La cerveza es un clásico en Perú, no puede faltar y es así en toda Latinoamérica.

Entrevistador/a: ¿Profesas alguna religión?

Alberto: Soy católico. Y creo en el sol, como los quechuas, pero sólo creo que hay que agradecerle al sol por todo lo que tenemos y nada más; recuerdo las fechas, sólo eso.

Entrevistador/a: ¿Cómo es eso? ¿Vas a la Iglesia?

Alberto: Sí, a veces voy; no siempre. Voy a la que me queda acá, cerca de la estación Goes, la de San Pancracio; esa me gusta. Un día vino un amigo a buscarme acá y me pidió que lo acompañara hasta esa Iglesia. Yo fui, pero no sabía ni que existía. Y en esos días que ponen la feria y se llena de gente es lindo ir; ahí voy a la Iglesia. Después, yo voy a trabajar (tengo un lugar en la feria de los domingos de acá, en General Flores e Industria). Ahora, con todo esto de mi esposa que falleció, hace tiempo que no voy; ya debo haber perdido el lugar, aunque si voy lo puedo reclamar. Lo que hago es recordar las fechas e ir de vez en cuando a la Iglesia a estar allí un rato y nada más.

Entrevistador/a: ¿Alguna costumbre o rutina que hagas?

Alberto: Yo, con mi esposa, tomaba mate dulce, pero ahora solo, no, prefiero café o té. Llevo meses sin usar el termo. En casa nos turnábamos para cocinar, así que cuando cocinaba yo siempre había arroz (arroz con algo: arroz con manteca y queso o como sea); arroz es el infaltable en casa. Eso es de Perú, donde se come mucho arroz; incluso, nosotros comemos arroz con papas y ustedes no: o comen con arroz o con papas. Mi esposa siempre hacía guisos, me mataba a guiso todo el tiempo. Y a veces, sí, algún pollito, algún asado. Pero en casa era arroz y guiso; ahora es arroz, porque a mí me gusta cocinar pero guiso no hago. Otras costumbres no tengo. Escucho mucho radio. En el puesto tenía música y en casa, cuando estoy,

también; cuando hago las artesanías o tejo las bufandas (porque lo único que yo tejo son bufandas). Ahora no sé qué voy a hacer, porque los ponchitos y los gorros los hacía mi esposa. A ella le gustaba mucho tejer; a mí, más o menos. Entonces, me pongo música en la radio y le dedico dos o tres horitas a tejer en el telar o a hacer las caravanas, los anillos, las pulseras. Siempre [trabajo] con la radio; escucho Galaxia [FM] porque no ponen casi *reclames* o a veces cambio, pero casi siempre Galaxia.

Planté unas albacas y unas cebollitas de verdeo en un medio tanque que conseguí, pero los bichos me rompieron todo y no quise plantar más nada. Aunque era lindo tener la albaca ahí, fresquita. Pero con todos esos bichos no se puede; incluso, no salen baratas las raciones (ya me están cansando aunque me gusta). Igual, los que más me gustan son los perros. Llegué a tener como cuarenta gallinas, pero se me fueron muriendo y algunas terminaron en un guiso.

Entrevistador/a: ¿Los materiales de las artesanías dónde los consigue?

Alberto: Con un muchacho peruano que se dedica a traer los materiales del Perú. Él tiene precios *en cuenta* o si no voy a una negocio que hay también de un peruano, pero ahí se me encarece mucho, no tiene buenos precios. Porque acá no hay lo que nosotros necesitamos para hacer bien las artesanías peruanas, entonces, hay que traer [los materiales] de allá. Ahora tenemos suerte porque hay como una moda de usar éste tipo de artesanía con plumas, con piedritas, con materiales que no son ni oro ni plata, porque eso sí que no podemos traer. Eso es bueno para todos los que trabajamos con artesanías, porque podemos trabajar con materiales que sí nos pueden hacer llegar del Perú. También compro cosas chinas, como los *pins* de los grupos uruguayos, como La Vela Puerca, La trampa, y todos esos.

Porque aunque no lo creas, eso lo hacía un uruguayo, pero salía más caro que mandarlos a hacer a China y es allí donde los hacen ahora. Es algo que está pasando en todo el mundo: donde la mano de obra es más barata van a mandar a hacer las cosas. Por eso uno tiene que arreglárselas como puede, porque es así. Hay que tener precios acordes, porque si no los clientes comparan y le compran al otro. Con un amigo fuimos al Pilsen Rock y a la Fiesta de la X y vendimos *de lo lindo* esos *pins* de grupos uruguayos hechos en China. ¡Es increíble! Tengo anillos y otras cosas que no hago yo, sino que las intercambio o las compro a otro acá, en Uruguay. Porque a veces alguien consigue seis *planas* de tales anillos y yo tengo otras cosas que él no tiene, entonces, me da una o dos *planas* y yo le doy de lo que tengo demás; y eso nos

sirve a los dos. A veces son cosas que uno consigue, a veces son cosas que uno hace y las intercambia por cosas que no pude conseguir o que no sabe hacer.

Entrevistador/a: ¿Dónde aprendiste a hacer artesanías?

Alberto: Se aprende viendo, siempre se está aprendiendo. Lo mismo con la música: se escucha y se saca un acorde. Al andar por toda Latinoamérica (menos Venezuela) uno va aprendiendo cosas. En Ecuador aprendí mucho porque uno se ponía a tocar y se armaba una ronda y siempre había mujeres tejiendo o haciendo alguna artesanía –las esposas o las hermanas de los que estaban allí–, ahí mismo le preguntabas: "cómo haces esto o aquello" y luego te pones a hacer. En Ecuador y en Perú hay muchísimos artesanos y todos viven del turismo, entonces, es fácil encontrar gente haciendo cosas para el turista y siempre con ese estilo *andino*. El tema de las trenzas también está de moda y las hacemos también.

Con la música es igual: vas aprendiendo los ritmos de cada lugar; toda la parte andina es más fácil porque cambia algún instrumento, pero son parecidos, y alguna tonada de región en región, pero es muy parecido; después que te sale una, seguro te salen otras. Es que Perú, Ecuador, Bolivia, el norte de Argentina y el norte de Chile tienen en común el estilo de música *andina*, donde hay mucha variedad de ritmos pero tienen toda una misma base. En Perú es el huayno y en Argentina, Bolivia y Ecuador se le llama carnavalito [a ese ritmo] y es casi igual. Después, nosotros hacemos temas de Luciano Pereira, de Mercedes Sosa; de Uruguay hacemos temas de Jaime Roos y candombe.

Entrevistador/a: ¿Cómo es que hacen candombe sin tambores?

Alberto: Hacemos candombe del *mucho palo*; nosotros lo adaptamos, no cantamos igual que como lo cantan ellos, sino que es una versión nuestra; lo mismo hacemos con todas las canciones. Es que depende del público al que le vayas a cantar, porque si son peruanos no cantamos Jaime Roos; eso lo cantamos para los uruguayos. Hace poco cantamos para ecuatorianos, que estaban haciendo una despedida a unos que se iban a volver a vivir a Ecuador, entonces, hicimos música sólo de Ecuador, porque era lo que ellos querían escuchar. Nosotros siempre hacemos el espectáculo en base a qué público tenemos en frente, porque lo importante es que la gente se divierta. Por eso la música que tocamos es música *conocida*, para que puedan cantar y bailar. Nos contratan para eso. También, si se acerca alguien y nos pide un tema, si lo podemos hacer, lo hacemos, y si no nos acordamos mucho, nos apoyamos en que la gente nos ayude a cantar. Y eso gusta mucho.

Con la música también tenemos suerte ahora porque lo andino está de moda, entonces, piden mucho. A los uruguayos también les podemos tocar música andina y les va a gustar, porque el folklore latinoamericano es casi *uno*, pero con variantes; la guitarra criolla está en todo. Y después, yo toco otros instrumentos, como el charango y el charanguito, la quena, las maracas. Hay muchos instrumentos de viento y de cuerda que son parecidos, entonces, si aprendes a tocar uno, te sale tocar otros. Hay una especie de tambor cuadrado que se utiliza también. Mi abuelo era charanguista, y por ahí conocí el charango y el modo de tocar del charanguista, que me gusta mucho. Yo no conocí a mi abuelo, pero por lo que me contaba mi madre de él y de lo que hacía (eso de andar con el charango de peña en peña, tocando y viajando, siempre así), de ahí saco esto de la música. Por eso, cuando mi madre me rezonga por la vida que llevo, yo le digo que es culpa de ella, porque siempre me estaba contando de mi abuelo.

Entrevistador/a: ¿Dónde compras los instrumentos? O cuando se te rompen ¿dónde los arreglas?

Alberto: El músico lleva sus instrumentos con él. Los traje del Perú, y cuando vas de visita –y antes iba más seguido, ahora hace como tres años que no voy– los compras. Si se rompen, hay que traer de allá; las cuerdas, por ejemplo, le pides a alguien que te las mande (es un paquetito nomás). O cuando alguien viaja, le encargas. Luego, te lo arreglas tú. Si no, es muy caro, porque comprar cualquier instrumento musical ya es caro de por sí y si es un instrumento típico del Perú o de la región andina es más caro todavía. Así que prácticamente comprar acá, en Uruguay, no se puede. Sólo puedes comprar la guitarra criolla.

Entrevistador/a: ¿Por qué elegiste éste tipo de música? ¿Por qué no tocas reggaeton o rock?

Alberto: Rock toqué allá en Perú, cuando tenía diecisiete; teníamos un grupo. Pero el ambiente del rock, al menos del Perú, no me gustaba; corría mucha droga en los lugares de música rock. Y fue una época que pasó. Me gustó mucho más este estilo de música, que es considerada música de campo. En Perú es una música que es así, como *tirada abajo*, porque es la música de los canarios, una cosa así. Pero en los otros países siempre fue bien recibida; a la gente le gusta porque es algo nuevo para ellos. Y hay cierta música andina que es como muy tranquila, que te da esa paz a uno, y además se la trasmite al público; es como que te llena de energía y podés estar cansado pero el público siente eso y vos también, entonces, tienes más energía y seguís. Es muy bonito.

Reggaeton está bien, tocaría si es lo que la gente quiere, por mí está bien. Es comercial, se vende; por eso la hacen, y eso no está mal. A mí antes no me parecía bien que tocaras cierta música porque se vende, pero ahora me doy cuenta que tienes que hacer que la gente se sienta bien y disfrute; para eso te contratan y para eso trabajas de músico. Entonces, tienes que tocar de todo, tienes que mezclar la música para hacer cosas bonitas y nuevas para la gente. Me gustan algunos temas de La Vela Puerca porque tienen rock y carnaval, y está bárbaro. Si voy a una fiesta peruana y me dicen: "mirá, no queremos escuchar el Canto del Cóndor, queremos que hagas reggaeton porque es lo que se escucha ahora", está bien, lo hago. La fiesta es para ellos y yo lo voy a disfrutar igual porque me voy a divertir con ellos.

En la Noche de la Nostalgia hicimos una fiesta; con un amigo alquilamos un saloncito en la calle Gardel y repartimos invitaciones a los conocidos y les pedimos que hicieran pasar la noticia. Compramos unos pollitos, los sazonamos bien, los pusimos en la parrilla, arroz, papas, ensaladas para acompañar y se nos llenó de gente. Eran todos peruanos. Respondieron todos a quienes les dimos la invitación y trajeron más gente todavía, así que quedamos apretados. Primero, venían a dar una vuelta, a ver cómo estaba la cosa; cuando veían los pollitos, que nos quedaron bárbaros, bien sazonaditos, ya se quedaban y empezaban a encontrar gente conocida o a charlar entre ellos. Y estuvo bárbaro. Nos salió redondito, porque se nos ocurrió el viernes y para el lunes estábamos repartiendo las invitaciones. Y fue todo así, muy a las apuradas. El mismo jueves yo fui a las once de la mañana para aprontar todo y de la parrilla me encargué yo.

A la noche ya estábamos muertos de cansancio, pero como nos conocían y sabían que éramos músicos, nos pedían que tocáramos. Nos ayudaban unas amigas, hermanas de unos amigos, en realidad, que eran las que llevaban los platos a las mesas, pero igual tuvimos que cerrar la cantina un rato para poder tocar. Pensé que con el cansancio no me iba a salir nada, pero una vez que arrancamos a tocar ya no paramos; la gente pedía otra y otra, y a nosotros no sé cómo se nos pasó el cansancio y seguimos tocando hasta las cuatro de la mañana. Yo no lo podía creer, pero era así: la energía que te pasaba la gente, que se estaba divirtiendo muchísimo, y el hacer lo que nos gusta, tocar música, ya está... Cuando terminó todo, estaba más que muerto; juro que caí en una cama y no pude ni pararme hasta varias horas después. Estuvo muy bonito y nos dejó margen de ganancia. Todo salió redondo.

Entrevistador/a: ¿Y tocaron música de otros tiempos?

Alberto: No, tocamos lo de siempre. Lo que pasa es que le pusimos ese nombre porque fue la excusa. En Perú no existe la Noche de la Nostalgia. Pero como era un día que ustedes festejan aprovechamos, porque sabíamos que si invitábamos podía funcionar, los peruanos también iban a salir a divertirse. Para el próximo año la vamos a hacer en un lugar más grande. Esta fue la primera que hicimos y tuvo tal éxito, que seguro hacemos otra el año que viene.

Entrevistador/a: ¿Te vas a volver un empresario de la noche?

Alberto: No, eso son cosas que salen, inventos, nada más. Pero lo mío es tocar música donde me contraten, ya sea para una reunión, un cumpleaños, un *pub*, un boliche, un partido político. Me contrataron los blancos y la izquierda; a mí me pagaron, así que fui. Donde me paguen, voy. Y si no me contratan, me quedo en casa tranquilo. Los sábados voy al Mercado de la Abundancia y toco con unos uruguayos y pasamos el gorro. A veces voy al Mercado del Puerto; a ese voy de vez en cuando porque no es fácil conseguir un lugar allí, aunque a mí me llevó un amigo y ahora todos me conocen y no hay problema. Pero no quiero perder el lugar porque se gana bien cuando llegan los turistas, porque muchos te dejan dólares, y si les gusta lo que escuchan son generosos. Siempre les gusta, entonces, puedes llegar a hacer hasta cien dólares, y en las plazas o en los *bus* [sic] no haces más cuarenta dólares, cuando te va bien. Ahora no hago más *bus*, pero antes, con otro músico, sí hacíamos. Así empecé acá y se ganaba bien, porque el dólar estaba a seis pesos y la gente tenía y te daba. Ahora no es lo mismo, la gente no tiene ni para ellos, menos te van a dar. Por eso, muchos músicos y artesanos peruanos y ecuatorianos se fueron de Uruguay, porque Uruguay está igual que como muchos años atrás estaban nuestros países, como cuando nos fuimos.

Yo no sé bien qué voy a hacer, porque al quedar solito, se extraña a la familia de allá del Perú. No quiero hablarles y que sepan que estoy así, con depresiones, y no quiero ir a verlos porque mi vida estaba pensada para terminar acá. A mí me gusta Uruguay y si no hubiese fallecido joven mi esposa, no estaría en esta situación, sabría que me quedo en Uruguay. Pero ahora no tengo el futuro claro, no sé qué hacer. Por ahora, me quedo, porque tengo mi casa, amigos, me va bien con la música, el puesto. Y mis hermanos y mis padres también tienen una vida allá. Ahora soy más famoso que antes, porque estoy en la publicidad del banco venezolano Banes; me llamaron por una agencia en la que estoy anotado y fui. Ahora todos me dicen: "de los carteles", que están por toda la ciudad. Mejor, porque me hacen publicidad para el negocio. Es la cuarta publicidad en la que participo, pero nunca estuvo mi foto en todos lados como ahora. Pensé que lo hacían para que saliera en Venezuela y cuando me entero que sale acá, me quería

morir, pero ya está. En el negocio en Goes y en Toledo todos me reconocieron enseguida, y me hacían bromas sobre que soy famoso.

Toledo me gusta. Fui a tocar a la escuela de allá porque me pidieron y les gustó mucho. Y todos los vecinos me quieren por eso. Siempre bromeamos, porque tengo una bandera de Peñarol hecha trizas en un mástil en la casa (la dejó el hijo de mi esposa), y me dicen: "como Peñarol está esa bandera" y yo me río y les digo: "que si así está Peñarol, se imaginan como está Nacional". Y yo sigo el juego para divertirme nomás, porque no tengo un cuadro de fútbol en Uruguay. Yo soy del Sporting Cristal del Perú, pero mis hermanos son del Alianza Lima unos, y del Universitario Lima otros. Te puedes imaginar lo que era esa casa. Mi hermana, que es del Alianza Lima, es fanática y va con mi hermano, que también es de ese cuadro, pero la que lleva la bandera es ella. Y a mí que me gusta el Sporting Cristal. Los domingos nos pasábamos discutiendo de fútbol. Allá en Perú son fútbol y voleibol femenino los deportes más importantes; ganamos más con el voleibol porque las muchachas salieron campeonas mundiales varias veces, pero son los dos deportes principales, son los que más te pasan en la televisión.

Acá fuimos al estadio con otros dos peruanos un día que vino a jugar Alianza Lima con Peñarol por la Libertadores y estuvo lindo; fuimos a la Olímpica. Estábamos emocionados porque era un cuadro peruano, pero no sabíamos si gritar los goles porque estábamos rodeados de gente de Peñarol. Pero a los quince minutos viene un gol de Alianza y nos mandamos a gritarlo con fuerza; cuando nos dimos cuenta los tres estábamos parados sonrientes y la gente nos miraba, entonces, dijimos: "perdón". Todos se empezaron a reír y nos decían: "está bien". Después me metí solito a la tribuna de los *barras brava* de Nacional. Entré y ya estaban jugando, así que enseguidita que me acomodé cerca de por donde había entrado; hace un gol un cuadro y yo me mandé un gritarlo y pensaba: "que bien recién entré y ya veo un gol", pero no sabía ni qué cuadro lo había hecho porque no conocía ni las camisetas; el gol lo había hecho Rentistas, entonces, todos los de Nacional casi me comen crudo. En realidad, habrán pensado que estaba loco porque me miraron como si lo estuviera; a los cinco minutos hace un gol Nacional y también lo grité con ganas, con lo que me decían: "ahora sí". Yo les sonreía y zafé bien.

Peñarol me gusta, pero no porque sea Peñarol, sino porque son los colores del cuadro de mi barrio en el Perú. Los Girasoles se llama la calle donde vivía y así se llamaba el cuadro, y por el color de esas flores era amarilla y negra la camiseta, y hasta era rayada también; es muy parecida. Allí jugaba de golero: me las atajaba todas, estaba en mejor forma que ahora. Hace

algunos años hacíamos *picaditos* con los ecuatorianos; poníamos quinientos pesos cada uno y el que ganaba se los llevaba. Era una época en que se ganaba bien, entonces podías hacerlo. Le ganábamos seguido porque jugábamos bárbaro; yo defendía a muerte mis quinientos pesos, entonces, no dejaba entrar ni una pelota al arco. A veces dejábamos que ellos ganaran porque si no, no tenía gracia y no podían perder siempre sus quinientos pesos; no era justo, así que los dejábamos ganar.

Entrevistador/a: ¿Dónde encuentras peruanos en Montevideo?

Alberto: En la Ciudad Vieja, por todo el tema del puerto. En la Casa del Inmigrante está lleno de marineros. A mí me preguntaban, cuándo decía que era peruano, si no era marinero. A ellos les sirve el puerto de Montevideo, porque se puede ganar mil dólares mientras en el Callao ganas doscientos; la diferencia es así de grande. Igual les servía mucho más cuando el dólar estaba a seis pesos. Como a todos ahora, ya no sirve tanto y para muchos ya no vale la pena; por eso es que ya no vienen tantos. Muy pocos vienen ahora. Además, antes era más fácil sacar la cédula uruguaya; ahora te la complican más y eso también influye. Migración no te hace problema, no controla, pero sí te *truncan* con lo de la cédula ahora. Y está bien, es una medida del Gobierno para frenar la llegada de peruanos, porque vienen a competir con los uruguayos por el trabajo. Es el caso de los marineros y las [empleadas] domésticas, porque con los músicos eso no pasa. Hay espacios para todos, porque nosotros tocamos una música diferente a la de los uruguayos; hasta cuando cantamos temas uruguayos le ponemos el toque andino. En Punta de Rieles hay cinco familias, pero no las conozco.

Entrevistador/a: ¿Pertenece a algún partido político?

Alberto: La política no me importa. El Gobierno que sea no va a cambiar nada, si no viene uno que salga de otro lado, no de los partidos que están. Que estén los blancos o el Frente a mí me da igual, no creo que se cambie mucho. Yo tengo cédula uruguaya, pero en política no me meto. Allá en Perú, mi hermana se había metido con los fujimoristas porque era un partido nuevo, (cuando empezó te estoy hablando) y me metió a mí; hicimos campaña, juntamos firmas, recorríamos toda una zona de Lima igual todo el día hablando con la gente, explicándole quién era Fujimori. Mi hermana estaba muy metida, tanto que cuando ganó la fueron a buscar a casa en limusina para invitarla a tomar un puesto en el Gobierno. Ella no quiso porque no lo hacía para conseguir trabajo, sino porque le gustaba y creía que Fujimori podía cambiar las cosas. Y lo hizo porque sacó a Sendero Luminoso, que estaban arruinando el país, porque te metían coches bombas en cualquier parte de Lima sin importar si había una escuela o quién estuviera pasando

por ahí. Entonces, vos escuchabas una tremenda explosión y no sabías si a algún amigo o familiar tuyo le había tocado pasar por ahí donde explotó la bomba. Sobre todo ponían en las puertas de los bancos. Esas cosas alejan al turista y Perú vive mucho del turismo; hay muchos artesanos como mis padres, y sin turismo no les da. Al turista es al que le podés vender bien lo que hacés y lo paga con gusto, porque le encantan todas las cosas andinas.

Fujimori le erró con la gente de la que se rodeó; esos sí se robaron todo y lamentablemente lo *encastraron*. Porque él levantó mucho al país; los anteriores se habían robado todo, como este Alan García, que se robó todo y ahora lo votaron de vuelta. Eso no se puede creer. El tipo, cuando asumió, pidió perdón por lo que él y los suyos habían robado en el Gobierno anterior. Fujimori es distinto, porque ahora tiene que empezar de cero y lo está haciendo todo con otra gente. Parece que va a volver. Para mí está bien que vuelva con gente nueva. Cuando él estaba en el Gobierno, yo viajaba mucho dentro del Perú, y él hizo *a nuevo* todas las carreteras; podías dormir tranquilo en el *bus* porque no te despertaba ningún bache del camino. Antes, las carreteras eran un desastre. Además, para andar en auto esas carreteras estaban espectaculares. Es algo que a mí me encantaría tener [un auto], porque cuando viajas te puedes parar en cualquier lugar y disfrutar del paisaje, mientras que el *bus* pasa liguero nomás.

Igual, la violencia así, tremenda, está sobretodo en Lima; en las ciudades grandes es el problema. Lima es la peor de todas las ciudades. En mi barrio, cuando era joven, me robaron en la puerta de mi casa y eran dos tipos que vivían a una cuadra de la casa. Pero estaban borrachos y tal vez drogados, y como no tenía plata me pegaron un botellazo en la cabeza y me patearon en el piso. Cuando salieron de mi casa y también los vecinos, se fueron corriendo. Yo veía que eso acá antes no pasaba, pero ahora sí. Por eso siempre ando con monedas en los bolsillos, porque te piden un peso, se los das, y te ahorras que se pongan violentos contigo, que te quieran robar porque no les diste un peso; yo siempre les doy. Y cuando vuelvo muy tarde a casa, dejo la guitarra en la casa de algún amigo en el Centro; no voy a la parada ni me bajo allá en Toledo con ella, por las dudas, porque es una *tentación* y la guitarra es cara. En Toledo nunca hay nadie; me reciben los perros nomás, que te ladran cuando pasas, pero por las dudas...

La droga es terrible en Perú porque genera toda esa violencia y no les importe nada: eso de que te roben o te golpeen aunque te conozcan. El terrorismo y la droga sólo generan violencia y traen problemas. Incluso, para viajar de país en país ahora está más *bravo* que antes, porque con todo esto de la guerra de Estados Unidos contra el terrorismo, las fronteras están más vigiladas. Con

el tema de la droga, también; hay muchas mulas peruanas porque te pagan muy bien por pasar un paquetito. Entonces, la gente, por las ganas de ganarse la platita, lo hace; está mal y lo sabe, pero igual lo hace. Con lo que se volvió más difícil viajar para los peruanos, para todos en general. Con el terrorismo y la droga los más perjudicados somos los músicos, que viajamos mucho, y las fronteras se ponen más difíciles de pasar: te demoran más, te piden que estén todos los papeles bien en regla, te preguntan mil veces por qué quieres viajar. Igual, los músicos pasamos más fácil las fronteras por ser músicos; no te revisan nada porque te conocen de tanto viajar y te dicen: "éste es músico, déjalo pasar". Por eso de que el músico está bien que viaje porque lleva la cultura, la música de un lugar al otro. Yo ahora sólo tengo la cédula uruguaya, así que me puedo ir hasta Chile con ella y de allí pido un permiso especial y entro al Perú. Porque soy peruano, pero en sí no debería poder pasar porque tengo mis papeles peruanos vencidos; el pasaporte está vencido hace mucho tiempo. Además, no voté ni en ésta última elección; hace cinco años que no voto, y si tengo que votar, voto en blanco. Pero este presidente, Alan, perdonó la deuda a todos los peruanos que no votaron (me salvé de cinco mil pesos [de multa]) y ahora sí podría arreglar los papeles e ir sin problemas.

A mí siempre me gustó más Latinoamérica por estas cosas: yo estoy a seis horas de Perú; si quiero irme para allá. Pero Europa es muy lejos; pasar todo el Océano Atlántico para que te ande persiguiendo Migraciones, donde tengas problemas con el idioma... Acá, Migraciones no te hace problemas; puedes estar tranquilo en la calle y no viene Migraciones y te lleva para investigarte. Y la Policía se porta bien contigo, no te molesta.

Entrevistador/a: ¿Hay alguien o un grupo que los moleste?

Alberto: No, en Uruguay es todo muy tranquilo. En Europa es diferente; ganas más plata pero vivís peor al final, porque no podés estar tranquilo. Yo viví dos años en Argentina y tampoco tuve problemas, pero sí se siente como una marginación del andino. El de Capital Federal no se lleva ni con los de las otras provincias de Argentina mismo. Hay una marginación. El de Tucumán es un *cabecita de negro*; todos los que tengan más o menos esas características van a ser *cabecita de negro*. Y no les gusta y no te van a dar corte. Por eso hay mucho barrio de *bolitas* o negocios donde son todos bolivianos y peruanos (pero más bolivianos porque hay muchísimos). Ahí, el de Capital Federal no va; va el turista o el que va a comprar cosas para llevar a otros países. Pero el argentino de Capital compra en negocios de los "suyos". Hacen como que no están porque no los quieren ahí, los marginan. Acá, a los uruguayos les gusta: te compran artesanías, escuchan tu música, pasas el gorro y algo te dan o te compran los casetes para escuchar en la casa.

Entrevistador/a: ¿Existen lugares *de* peruanos?

Alberto: La Casa del Inmigrante, donde hay muchos peruanos; sólo esa. Después en el Machu Picchu hay muchos peruanos también, pero para divertirse ese rato, nada más. Nosotros, con los ecuatorianos, siempre comíamos allí, frente a los Techitos Verdes, en Fernández Crespo y Colonia, porque estábamos en lo mismo, con la artesanía. Y con los otros músicos peruanos también nos juntamos para tener precios acordes; aunque cada uno pone su precio, hay que nivelar, saber lo que cobra el otro; más o menos andamos todos iguales. Vemos cómo andan las cosas para cada grupo y nada más, porque hacemos lo mismo; eso es lo que nos une, más que nada.

Entrevistador/a: ¿Y la Embajada?

Alberto: La Embajada no se utiliza. Yo estoy inscripto como músico en una lista. Así que si alguien llama a la Embajada porque quiere saber sobre un grupo de músicos con tales características le pasan mi número y nada más. Ellos no se responsabilizan ante el cliente, ni ante mí. Sólo nos comunican. Y de vez en cuando te llaman para alguna reunión que hacen, pero son fiestas muy frías, con peruanos que no te dan corte, en almuerzos en hoteles (no como la fiesta que viste, porque esa la organizó Carlos Valderrama; al menos eso me dijo). Me había conocido en un *pub*, donde se acercó a felicitarme y se presentó; después lo vi cuando fui a la Casa del Inmigrante, en la parte de arriba donde vive él, para arreglar lo del pago por el servicio para la fiesta del Día de la Independencia y me aclaró que la plata salía de la Casa del Inmigrante y no de la Embajada. Él se queja de que la Embajada no hace nada y recién ahora como que se están empezando a llevar, porque está metido ahí ahora. Para mí, la Embajada hace lo que puede porque no debe tener fondos suficientes, sino pienso que haría cosas. Perú es un país pobre; no creo que le pueda mandar mucha plata como para hacer cosas.

Entrevistador/a: ¿Sabes que hay una muestra de platería peruana en un museo?

Alberto: No sabía nada de la muestra. Voy a ir a verla, entonces.

Claudio

Entrevistador/a: ¿Cuénteme de qué lugar del Perú es?

Claudio: Yo vengo de Lima. Nací allí y toda la vida crecí en el departamento de Lima, en Suquillo, un distrito que está a veinte minutos del centro de la capital por una vía expresa. Lima es la capital; Suquillo es como un barrio.

Entrevistador/a: ¿Cómo es Suquillo?

Claudio: Era como acá; habían casas y apartamentos. Hay de todo: hoteles, lugares comerciales; como todo barrio tiene de todo.

Entrevistador/a: ¿Nunca había vivido en otro lado hasta que se mudó a Montevideo?

Claudio: No. Sólo en verano íbamos a casa de primos, que vivían en Cholsica, que es un balneario, muy cerca de Lima capital.

Entrevistador/a: ¿Son muchos en la familia?

Claudio: Somos siete en la familia, entre padre, madre y hermanos.

Entrevistador/a: ¿Cuénteme cómo era su vida antes de venir?

Claudio: Mi vida... Fui al jardín, después a la escuela, terminé quinto de secundaria e hice una carrera corta de dibujo técnico. Trabajé varios años en una empresa americana, que está permanentemente en Perú, de maestro soldador en el área de mantenimiento; estuve cinco años. Era la empresa minera más grande del país, con unos cuatro mil empleados. El cambio de gobierno nos afectó a los jóvenes en el 87, porque hubo reducción de personal en la cual estábamos incluidas unas trescientas personas, de todos los escalafones; despidieron tanto ingenieros como obreros. Fue en el gobierno de Fujimori. Nos llegó una carta a la casa que decía que la empresa se encontraba en quiebra, y que se hacía un despido masivo al personal tal. Nos la enviaron así, de la noche a la mañana, injustamente. Nosotros acudimos al Ministerio de Trabajo para hacer la denuncia y se elevó luego a la Corte Suprema, con la cual no llegamos a nada. Algunos regresamos por un contrato por intermedio de una *service*, pero ya no era directamente por la empresa. Una *service* es una empresa que contrata personal, pero ya los sueldos son más bajos; además, pierdes los beneficios como acá dicen BPS y el seguro de vida. Tienen un régimen distinto, donde te hacían trabajar un poco más de ocho horas y no te pagaban como hora extra, sino que las acumulabas para un descanso. La empresa está ubicada

en Lima provincia, en Oroea. Yo viajé para allí; nos daban la casa y la comida (eran algunos beneficios que tenías aún estando en la *service*). Nos daban un pequeño cuarto con las comodidades de una pensión, más la comida y el *bus* que nos recogía.

Cuando salí de allí, invertí en un negocio con un sobrino; era un *cyber*. Compramos todo: las mesas, los equipos, alquilamos un local, estuvimos trabajando como un año. Trabajábamos muy bien pero mi sobrino decidió irse a Italia y lo dejamos. Dejé al *cyber* en manos de unos familiares, para que lo fueran administrando, pero no es igual que estando en manos tuyas; la administración es diferente y decidimos cerrarlo. Y ahí puse otro negocio, antes de venirme: un video *pub*, con un amigo, así, como los que acá hay. Era como una discoteca en la cual se podía ir a tomar y a bailar. Había unas cuantas chicas que te atendían (a veces, la *mala cabeza*, estar soltero, te hace mal). El problema era que teníamos que estar todos los días allí y la mala noche de a poquito te acaba. Aparte, estás ahí, con las chicas; a veces venían los amigos con la idea de hacer algún plan para la noche, y yo no podía tomar. Y a veces, ya me tomaba un poquito y el otro también tomaba, y terminabas alcoholizados.

Entrevistador/a: ¿Cuándo dices la *mala noche* a qué te refieres?

Claudio: Al estar allí atendiendo, observando la atención, controlando más que nada lo que se vende, el dinero. Estuve poco tiempo, unos seis meses, nada más. Y ahí no me gustó, porque a veces, sin querer, ya estaba probando el licor y a la semana estaba tomando dos veces y eso no les gustaba a mis padres. Entonces, a pesar de estar ganando bien, pensé en dejar el negocio y dedicarme a otra cosa.

Entrevistador/a: ¿Era sólo alcohol o consumías otras cosas?

Claudio: No, no, sólo alcohol.

Entrevistador/a: ¿Pero tenías problemas con el consumo de alcohol?

Claudio: No, nunca llegué a tener problemas con el alcohol; gracias a Dios, no.

Entrevistador/a: ¿Toda tu familia está en Perú?

Claudio: Sí, toda: mi mamá, mi papá y mis hermanos. Hace poco estuve conversando con mi padre y él lloraba. Ellos me extrañan, pero yo pienso que tienen que acostumbrarse; siempre no vas a estar al lado de ellos, un día tienes que estar solo [...]. Ellos van a pasar las fiestas en casa de un hermano. Además, este hermano les va a hacer las Bodas de Plata, que cumplen

éste mes. Estábamos hablando de eso, que no voy a estar en la fiesta; me dicen que me van a mandar las fotos. La fiesta se la hacen los hijos, porque por suerte dos de ellos son profesionales y ellos pueden costearla. Trabajan en empresas mineras; mayormente mi familia viene de las empresas mineras. Mi papá trabajó en empresa minera, yo también, y ahora ellos.

Entrevistador/a: ¿Cómo fue que cambiaste al trabajo en el mar? ¿Trabajaste de marinero en Perú?

Claudio: En Perú, no. Sólo hice el curso de marinero de pesca y allí te enseñan todo, hasta primeros auxilios y la supervivencia en el mar. Pero nunca me embarqué, aunque sí hice algunos trabajos en el puerto del Callao. Tenía un sobrino que hizo un curso en la marina para embarcarse, se vino para acá, y le fue bien. Y me dijo por qué yo no me dedicaba a esto, que sacara mi libreta de embarque y que me viniera a Montevideo, porque acá me podría embarcar. Con el dinero que juntara, podía hacer otra cosa más grande de lo que había hecho, otro negocio. Eso salió en una conversación en casa, y veía que era algo mejor que el negocio de la noche. Decidí hacer el curso de marinero en barco y pesca, prepararme. Saqué mi libreta de embarque, saqué mi pasaporte y me vine para aquí, para Montevideo, porque él ya había venido anteriormente aquí. Hizo la primera marea y la segunda marea; en la segunda marea parece que no le ha ido bien porque en el barco en que él estaba navegando murió un ruso, y él ha visto cómo murió el ruso, cómo se ha caído al mar; no le gustó. Vio que lo subieron, pero en alta mar si no te sacan a tiempo te da hipotermia, las aguas son bien frías, el cuerpo no soporta esas temperaturas y mueres. Bonito de ver un ahogado congelado, no es. Regresó decepcionado.

Él me llamó de España y me dijo que ya no volvía más a la pesca. En eso yo ya estaba metido. Le dije: "loco, vente para acá, porque cómo voy a hacer yo ahora". Y me contestó que me quedara acá en Montevideo, que ya me iba a embarcar y que no me preocupara, que con un amigo me estaba enviando dinero que me iba a servir para algo. Y nunca más regresó a la pesca. Cuando mi sobrino regresó al Perú reabrió el *cyber* porque todo estaba allí: las mesas, los equipos... Allí en Lima mismo, ahora siempre nos comunicamos y me envía algo de dinero de mi parte en el negocio.

Entrevistador/a: ¿Y su familiar cómo fue que llegó hasta Montevideo?

Claudio: Por embarque. Como toda familia, [llegó] buscando superación. Le dijeron que acá podía ganar bien embarcándose y se vino. No quiso quedarse ahí estancado, porque tienes un trabajo pero en el trabajo se paga poco, entonces, no te alcanza, no es suficiente, queremos

tener alguna comodidad más. Entonces decides venirte. Aquí la pesca paga bien; eso dalo por seguro. Te pagan más que allá en Perú.

Entrevistador/a: ¿Sabe cómo es el trabajo que se debe realizar en esos barcos?

Claudio: Son barcos grandes; ahí tienes que trabajar limpiando los pescados, otros empacando o escarchando el hielo, encarnando la carnada, *haciendo las boyas*¹. Los que están arriba trabajan en cubierta; son cinco o seis personas para que el barco pueda virar y levantar la red que agarra los pescados. Comes en los comedores por turno y duermes en los camarotes con cualquiera. Ahí no puedes elegir nada. Suelen contratarte por las agencias marítimas.

Entrevistador/a: La agencia ¿cómo se comunica con ustedes?

Claudio: En la agencia, nosotros dejamos un currículum, y si eres conocido y trabajas bien, te vuelven a llamar; siempre te llaman por teléfono.

Entrevistador/a: ¿Y para qué *hacen boya*?

Claudio: El problema está en que a veces, cuando piden, necesitan cinco marineros y somos varios (no somos ni cinco, ni seis; somos setenta, ochenta). Ese es el tema de por qué muchos hacen boya.

Entrevistador/a: Seguimos sin entender: ¿para qué están parados cerca de la agencia cuando la agencia suele llamar por teléfono a quien necesita?

Claudio: Porque a veces llaman a la persona y la persona no está; está embarcada, por ejemplo. Entonces, ahí es cuando tienes oportunidad de embarcarte, porque salen de la agencia y dicen: "vengan dos de ustedes", y te revisan la boleta de embarque, que esté correcta, preguntan quién tiene más experiencia... Ellos revisan que esté todo bien, que no tengas ningún inconveniente para viajar y te llaman.

Entrevistador/a: ¿Qué funciona más: que dejes el currículum y te vayas o que *hagas boya*?

Claudio: Mayormente, la *boya*. Cuando tú tienes varios años navegando por esa agencia, ya no es necesario *hacer boya*, ya te llaman por teléfono. Cuando aún no te conocen, es mejor que tú estés ahí.

Entrevistador/a: Cuando piden cinco, pero los que están ahí son diez ¿cómo se organizan?

Claudio: Y según: [se toma en cuenta] al que hace más que no se embarca, o al que se sabe que necesita más el trabajo, o al que está desde más temprano, o al que no le conviene ese barco y espera otro. Eso se ve allí en el momento. Porque nos conocemos más o menos y nos tratamos de ordenar así, para que todos puedan trabajar.

Entrevistador/a: ¿Usted *hace boya*?

Claudio: A veces sí, pero no voy mucho. A mí me conocen en las agencias, saben que trabajo bien, así que espero a que me llamen.

Entrevistador/a: ¿El barco trabaja siempre en alta mar?

Claudio: Sí, claro, el barco va a alta mar: a las Malvinas, lo que pertenece a Argentina; hay otros barcos que se van a Sudáfrica, otros se van a Brasil, otros hacia fuera de Montevideo unos cuántos kilómetros; depende de a dónde tengan la orden para pescar.

Entrevistador/a: ¿Pero nunca bajas del barco?

Claudio: No, no, casi nunca puedes bajar. Te devuelven a Montevideo, el barco vuelve al puerto de Montevideo. Si el barco no vuelve, te dan los pasajes y te envían en avión. Te llevan hasta el aeropuerto y te envían en avión a Montevideo. Ahora, si tienes suerte, el barco va a España y cuando llegas a puerto, de repente puedes *evadirte*. Te vas, abandonas el barco y quedas en España. Muchos peruanos que estaban aquí lo han hecho. Una vez que estás en España, ya no puedes volver a Montevideo, porque te bajas sin nada del barco, sin un papel, sin nada. Todo queda en el barco, y luego, tienes que ver qué haces en España. Pero *salirte* [irte], no puedes, porque no tienes pasaporte, ni nada. Y si pierdes la libreta de embarque, que queda también en el barco, quedas en tierra, no puedes volver a embarcarte. Te quedas a trabajar en España como ilegal y luego vas regularizando tus documentos. La mayoría de los peruanos hicieron eso.

Hay otras personas que las *movidas* para irse a España a trabajar las hacen desde aquí mismo, desde Montevideo. Unos amigos que están hace mucho tiempo allí, en España, tratan de falsear los documentos y de buscarte empleo allá. Hace muchos años que lo hacen. Ellos buscan la agencia naviera y le ofrecen trabajadores; te envían desde la empresa el pasaje y el contrato de trabajo para que tú puedas ir allá, a España. Te mandan buscar desde Perú o desde Uruguay, donde estés (claro que demora bastante, no es nada fácil). Más fácil es bajarte de un barco y perderte en el puerto; claro que ya lo llevas planeado, porque te bajas con la ropa y alguna poca

¹ Supone quedarse en el puerto, para conseguir embarcarse.

cosa más que puedas bajar, dinero y eso. Y de ahí te las arreglas. Muchos dicen que si tienen la oportunidad de que el barco *pega muro* en España², se quedan, se bajan ahí mismo diciendo que van a comprar postales o recuerdos y no vuelven más.

Entrevistador/a: ¿Usted que haría?

Claudio: Si tengo la oportunidad, me quedo por España, porque en España te pagan bien. Ganas en euros y el trabajo lo haces en ocho horas. Trabajas en tierra o en mar, donde tengas la oportunidad.

Entrevistador/a: ¿Y qué tipo de trabajo te gusta más?

Claudio: Yo trabajo de todo, no me molesta nada. Lo que tenga que hacer, lo hago.

Entrevistador/a: ¿Es difícil el régimen en alta mar?

Claudio: No. Hay reglas. Ellos te dicen cuándo y dónde debes hacer todo. Trabajas muchas horas porque todo tiene que estar pronto. Así que trabajas y duermes cuando puedes, algunas horas nomás. Y hay mucha gente, no sólo peruanos, sino africanos, portugueses, chilenos, uruguayos.

Entrevistador/a: ¿Van subiendo en distintos puertos?

Claudio: No, todos suben aquí. Pero si tú navegas medio año con la empresa, te dan un pasaje de avión para que puedas ir a tu país. Pero si quieres embarcarte, te embarcas aquí en Montevideo. Te dan un mes o quince días para que visites a la familia, pero vuelves aquí. O si no, a veces tienes que hacer frontera, te vas hasta un país vecino, pasas la noche y vuelves; es para que te renueven el permiso de tres meses, para que te puedas quedar en el país. Porque si tú sales de Uruguay marcas el pasaporte y vuelves a entrar, vas a Migraciones y pides permiso devuelta y te lo dan. A veces, los tripulantes te dicen: "bueno, has frontera porque así podemos tomarte para la próxima salida". Porque la mayoría de los barcos piden que esté todo en regla, incluso con Migraciones; ellos no quieren que los multen porque se les va un montón de dinero si los atrapan. Y además, el puerto los controla mucho. Embarcas siempre en Montevideo. Si ellos te envían pasaje para que vengas de tu país a Montevideo, entonces, te pagan un hotel que está por la calle 18 de Julio. Te hospedan allí hasta que te embarques, pero sólo es cuando te manda a buscar la empresa. Esos que vienen en avión y se hospedan en hotel, mayormente son personas que llevan dos o tres años trabajando con el mismo barco.

² Atraca en el puerto

Entrevistador/a: ¿Y por qué es que te piden que tomes el barco en Montevideo?

Claudio: Es que en Montevideo entran la mayoría de los barcos. Me parece que el impuesto es favorable para ellos, les conviene *pegar muro* acá, descargar. El precio les conviene bastante. En el Callao los impuestos son muy fuertes, por eso, a los barcos no les conviene *pegar muro* allí. En Montevideo, el puerto controla mucho, hay una seguridad importante, no cualquiera puede entrar al puerto. A nosotros no nos dejan entrar. Por eso, muchos saltan la reja; a mí, eso de saltar rejas no me gusta, pero hay un guardia con quien he conversado muchas veces y un día le dije que si me dejaba pasar le traía unas cajetillas de cigarrillos y él dudo, me pidió que no le dijera a nadie y me dejó pasar. Otras veces, también me ha dejado pasar; no siempre, pero a veces sí.

Entrevistador/a: ¿Y para qué quieres pasar?

Claudio: Porque te ofreces para la carga y descarga o para estibar, y te ganas unos buenos dineros por eso. Cuando sales, le dejas las cajetillas y todos contentos. Pero no podemos hacer eso; si te atrapan, terminas en el calabozo de jefatura y no puedes decir nada del guardia porque si no él pierde el trabajo y tú pierdes una forma de entrar. Pero la seguridad ahí es bien grande, pocas veces se puede entrar.

Entrevistador/a: ¿Es lo que esperabas?

Claudio: Hay varios que vienen con una mentalidad "bien de navegar", pero yo no. Lo mío era darle duro parejo un año de trabajo, ganar bien y después ver. No sé, [hay que] seguir adelante. Si no te gusta te desanimas. Esos que vienen con una mentalidad de navegar a la hora de subir al barco se decepcionan bastante, no quieren saber más de la pesca. Porque cuando hay bastante pescado tienes que trabajar hasta que el pescado se acabe, a veces más de veinticuatro horas de corrido. No son los seis meses, pero cuando hay bastante trabajo, cuando la pesca es buena, tienes que ordenar el pescado, limpiarlo, empacarlo, reacomodar, embolsar, encajar y eso requiere mucho tiempo de estar ahí trabajando, a veces son dos días o tres días, a veces en una semana uno descansa tres horas. Pero después se van acomodando las cosas, la pesca no *cae pareja*, siempre varía, viene más como también viene menos. Entonces, ahí es cuando uno aprovecha: viene poco, entonces, terminas el trabajo y te vas al camarote a dormir, porque tú quieres dormir. Y la paga siempre se hace en tierra. Cuando llegas a tierra te dan tu cheque y vas al banco. Vale el esfuerzo por ganarte algunos dineros. Ya tendría que tener suerte

y embarcarme; es un año o un poquito más lo que demoras entre que te conocen y te ganas un puesto en un barco.

Entrevistador/a: ¿Qué hacen si no les quieren pagar?

Claudio: Tienes contrato escrito, y nunca sucede que no te quieran pagar. Aunque antes pasó y tienes que irte a quejar al Ministerio de Pesquería (ellos detienen el barco, no lo dejan salir hasta que no pague).

Entrevistador/a: ¿Cómo sabe todo esto si aún no se ha embarcado?

Claudio: Es lo que cuentan todo el tiempo los otros marineros. El peruano se cree muy trabajador, pero también toma mucho. En el puerto todos saben que los peruanos somos de trabajar y bien. O sea, sabemos cumplir la tareas en buena forma; eso las empresas ya los saben. Pero también, así, después del trabajo, se sale de parranda y se toma mucho; eso también se sabe. Pero durante el trabajo se cumple, entonces, no hay problemas. El uruguayo trabaja también, pero lo hace a un ritmo más lento. El peruano lo hace mucho más rápido; eso se demuestra tanto en mar como en tierra. Yo estoy trabajando en una casa de remates; siempre la señora me llama y voy por ahí por Carrasco a la altura del Casino. Y ella me dice que le gusta trabajar con peruanos, porque los peruanos son más activos, son más rápidos (y la señora es uruguayana).

Entrevistador/a: ¿Qué actividad realiza en el remate?

Claudio: Sacamos los muebles y después, la ayudamos en las ventas. Somos dos peruanos, la señora y una secretaria. Lo que no le gusta es que a veces le reclamamos, porque es un poco dura: nos hace quedar media hora, más o menos, después del horario, pero no lo paga y si llegamos tarde ya nos está regañando en un tono bien amargo. Yo le dije: "pero señora, usted es bien desconsiderada. ¡Cuántas veces me he quedado después de hora y allí no me reclama!". Y ahí la señora se disculpó y dijo que era verdad. Éste trabajo lo hago tres veces a la semana, a veces toda la semana; la señora nos llama y nos avisa. También hacemos trabajo de carpintero. Como estamos ahí, ella aprovecha y nos pide a nosotros, ahorrándose el carpintero, pero no nos paga más dinero por eso. Pero a nosotros no nos molesta. La señora se pone contenta cuando terminamos un mueble. Tiene esas cosas de aprovecharte al máximo, pero como estamos ahí, lo aceptamos. Un día vino el carpintero que ella a veces llama y nos preguntó si nos pagaba como carpinteros; al decirle que no, nos dijo que él no hace cosas extras sin que se las paguen. Y el uruguayo, en general, es así. Pero a nosotros no nos molesta. Si se pone en tono amargo, ahí sí,

ya le protestamos o por dejarnos más horario, pero dentro del horario de trabajo pactado no tenemos problema en hacer lo que nos pida. No me quejo, porque a veces también trabajo parado.

Fui a trabajar al puerto por una agencia (era el único peruano), apilábamos cajas de vino; yo ya sabía más o menos estibar porque lo había aprendido en el Callao. Lo hacía más rápido, trabajábamos entre cuatro y ellos me decían: "peruano, no te mates, tranquilo", pero no era que yo me estuviera esforzando de más. Además, paran para descansar; nosotros trabajamos de corrido, no paramos hasta que se termine el horario.

Entrevistador/a: ¿Qué hace con el dinero cuando terminas de trabajar?

Claudio: Invertir en algo bueno o tenerlo como ahorro. Le das a la familia, también.

Entrevistador/a: ¿En qué invertirías?

Claudio: No sé, ahora, no sé.

Entrevistador/a: ¿Usted envía a su familia dinero?

Claudio: Sí, envío, a veces, por el banco; tengo una cuenta en el banco aquí. Porque una vez en la Casa del Inmigrante unos tipos que no conozco bien me robaron. Primero, me robaron unos cuantos dólares; después, me robaron otra vez. Desde esa situación, ya no guardo más dinero en la Casa; prefiero depositarlo en el banco. La ropa, que se la lleven toda, no me interesa.

Entrevistador/a: ¿Cómo sabe que fueron ellos?

Claudio: Porque yo dejaba el dinero entre mi ropa. Me fui y cuando volví me preguntaron si había mandado a buscar algo entre mis cosas, a *fulano*, porque me había revisado todo. Y cuando fui a ver me faltaba la plata. Yo no quise problemas, así que no dije nada. Pensé que andaban necesitando y en vez de pedirte, te hacían eso. La próxima vez, ya confirmé que eran ellos, porque otra vez pasó lo mismo y los únicos que estuvieron en la habitación eran ellos (no sólo a mí me faltó dinero, sino que a otros también). Sólo robaban dinero para salir por ahí. Mala gente de esa que no te quieres cruzar, pero a veces te la cruzas.

Entrevistador/a: Vivir en la pensión, ¿cómo es?

Claudio: Ahora no es complicado, porque la pensión está más tranquila, hay poca gente. Anteriormente era más complicado, porque habían llegado unos tipos que no tenían respeto por

el señor que está encargadote ahí³. Había muchos problemas. Y el dueño puso un *alto*, un poquito de mano fuerte para que ellos cambiaran o buscaran otro lugar donde estar. A ellos les gustaba vivir de esa manera: tomando lo que no era suyo, haciendo barullo, llegando a cualquier hora a la Casa. Entonces, se les dijo que las puertas están abiertas para entrar como para salir, que allí se tiene que respetar el horario de entrada y de salida, las reglas, mantener una disciplina.

Entrevistador/a: ¿Qué pasó? ¿Esa gente cambió o se fue?

Claudio: Se fue de la Casa a otra pensión, en donde pueden estar sin comportarse, haciendo barullo. Ahora la pensión esta *de lo mejor*.

Entrevistador/a: ¿Cuándo llegaste estaba tranquila la pensión?

Claudio: Sí, ya tenía un cuarto separado y no tuve problemas. Llegué, hablé con el dueño y me quedé. Cuando subí mis cosas, lo primero que pensé es: adónde vengo a vivir. Dentro de mí decía esas cosas: un lugar pequeño, y aparte voy a compartir con gente que no conozco. Un poquito me chocó y por otro lado, ya me había acostumbrado a vivir así, porque estuve en la marina y convivía en cuchetas con veinte personas o más. Un poquito tuve que soportar eso de vivir así, con otros que no son de tu familia, para poder quedarme acá. La primera semana la pasé angustiado, porque los baños no estaban adecuadamente y no había un lugar dónde tú pudieras cocinar. Sales a la calle y el dinero siempre se te acaba; no había ingresos y todo era gasto. Conocí unos amigos en la Casa mismo y así nos juntamos entre los tres para poder preparar los alimentos en casa y nos sale a un costo cómodo, comes algo rico, agradable y la comida que nos gusta a nosotros. Gracias a Dios tengo un grupo de amigos con los que siempre se pueden compartir cosas: comidas, ideas, y nunca nos peleamos. A veces [...] las cosas salen bien; así estamos ahora.

Pero en la primera semana, yo me quise regresar, porque no estaba en casa y estar allí sin comodidades es un poco chocante. Quise tirar la toalla como los boxeadores. Pero no lo hice, porque yo vine con un objetivo y debo cumplirlo. Habían pasado quince días y seguía pensando que mejor me iba. Ahora, con un año y seis meses, ya me acostumbré bastante. Estoy aquí, esperando el embarque. Una vez que me embarque las cosas van a cambiar: no hay mal que dure cien años, ni tipo que lo soporte tampoco. Hay que darle tiempo al tiempo. Sólo Dios sabe por qué uno tiene que pasar este tipo de cosas; quizá Dios tiene algo conmigo y con tanta gente

³ Carlos Valderrama

que hay en la Casa de los Inmigrantes. Hay que seguir día a día, ser perseverantes para poder cumplir con lo que un día nos prometimos.

Entrevistador/a: ¿Cómo es vivir con gente que está en situación de calle?

Claudio: Más que nada, el problema es que muchos de esa gente tienen problemas psiquiátricos. Ellos están aparte, pero igual, en el patio, en los pasillos, uno tiene que convivir con ellos o te tocan la puerta para pedirte algo. Nosotros le dijimos a Carlos que estábamos pagando y que nos resultaba difícil vivir con esa gente. Pero nos explicó que eso es un refugio también y que ellos deben estar ahí porque no tienen donde ir, que nos tranquilizáramos y aprendiéramos a convivir, que él iba a hacer todo lo posible para que nosotros conserváramos nuestro espacio sin que nos molestaran, y que ellos tampoco estén mal, porque él tenía que velar por todos en la casa y que si teníamos algún problema habláramos enseguida con él. Pero es difícil convivir con ellos. Lo que pasa es que creo que Carlos obtiene beneficios para la Casa al tenerlos. Si hay un problema, de quién sea, siempre se trata de solucionar. Así que una vez que lo tomas como rutina, se puede vivir allí. Él dice que la Casa es de todos, y nosotros lo sabemos, y que él siempre nos va a intentar ayudar si tenemos un problema, también lo sabemos.

Pero no es que tengamos un problema: son los gritos que dan y las cosas que hacen. Por ejemplo, uno un día pasó por al lado nuestro con una televisión, que era de él; nosotros lo vimos pero no pensamos nada. Luego sentimos un ruido bárbaro y allá pasó un tipo gritando: "¡Carlos, Carlos!". No entendíamos nada. Nos enteramos de que se había subido a la azotea y había tirado la televisión hacia la vereda; por suerte no pasaba nadie por abajo. Carlos le habló, pero el tipo lo hizo porque está loco nomás. Ese mismo tipo nos golpea de madrugada para pedir una moneda o azúcar para el mate. Si tenemos, le damos, pero ya le dijimos mil veces que a esa hora no nos pida, pero él no sabe ni qué hora es. Se despierta y prepara el mate a cualquier hora. No entiende que está molestando porque el tipo está loco, no razona.

Entrevistador/a: ¿Usted tiene esposa e hijos en Perú?

Claudio: No, yo no, pero la mayoría tiene y les envían [dinero]. Aquí también se hacen gastos. Hay que pagar la comida, porque en los restaurantes peruanos lo bueno es que mientras que uno no está navegando, te dan la comida. Vas haciendo cuenta; cuando te embarcas y una vez que regresas, pagas. Es una ayuda.

Entrevistador/a: ¿En la Casa del Inmigrantes es así también?

Claudio: Sí, claro, así se hace. En otras pensiones también hacen el mismo sistema: pagas cuando vuelves.

Entrevistador/a: ¿Hay otros lugares que cobren de ese modo?

Claudio: No, no. Lo demás, si no tienes dinero, no lo puedes comprar, ni entrar a ningún lado.

Entrevistador/a: ¿Cómo llegó al Uruguay?

Claudio: Fue lindo. Me vine en *bus*. Salí de Lima, luego en Arequipa me quedé una noche y fui a Puno (ahí hace mucho frío). En Lima hace calor, hay dos días o tres de frío. El clima te afecta bastante, por eso aquí está bien, es lindo clima. Después, fui hasta el Desaguadero, que es la frontera entre Bolivia y Perú. Pasé por Migraciones y me vine a Bolivia, hasta la ciudad, me quedé una sola noche, y al día siguiente me fui rumbo a la frontera entre Bolivia y Argentina.

Entrevistador/a: ¿Y todos esos tramos se hacen cambiando de ómnibus?

Claudio: Sí. Yo me voy cambiando, voy comprando pasajes y quedándome en las ciudades solo. Y la frontera Perú- Bolivia la pasé caminando, por Migraciones; la de Bolivia-Argentina la pasé en *bus*. Siempre es más barato tomar ómnibus locales, pero es mejor pasar la frontera Argentina en *bus*; te demoran menos por los papeles. El *bus* me dejó en Jujuy y me quedé una noche; al día siguiente me tomé un *bus* directo hasta Buenos Aires, y de Buenos Aires a Montevideo. En Buenos Aires no me quedé nada; me subí en un *bus* enseguida para Montevideo y llegué a la Terminal de Tres Cruces. De allí me vine en un taxi hasta la Casa de los Inmigrantes (tenía la dirección porque me la había dado mi sobrino, que ya había vivido ahí).

Entrevistador/a: ¿Había salido de su país anteriormente?

Claudio: No, nunca, ni de la provincia de Lima

Entrevistador/a: ¿Desde que llegó está en la Casa de los Inmigrantes?

Claudio: Una vez me fui a otra pensión con un amigo, pero nos fue mal, nos robaron todo, y decidí volverme a la Casa del Inmigrante. Fue gente que vivía en la pensión, en la habitación de adelante a la nuestra. Otros vecinos nos dijeron que rompieron la puerta y que se habían pasado todo para la habitación de ellos.

Entrevistador/a: ¿Uruguayos?

Claudio: Sí, uruguayos; pero era gente mala, drogadictos. Entraba y salía mucha gente de la habitación de ellos; para mí que también vendían droga. Hicimos la denuncia, pero sólo apareció el DVD, que lo tenían ellos. Era en la Ciudad Vieja, pero muy feo el ambiente y nos fuimos. Yo me volví a la Casa de los Inmigrantes y mi amigo se fue a otra pensión. Gente mala hay en todas partes, tanto peruanos como uruguayos, pero por suerte también hay gente buena y agradable. A mí me gusta Uruguay y me gustan los uruguayos. Pero droga y alcohol hay en todos lados y hacen ir por la *mala vida* a las personas.

Entrevistador/a: ¿Cómo es el Uruguay?

Claudio: Es hospitalario, tranquilo, es pequeñito, pero tiene un corazón grande. Me gusta bastante. Hay mucha tranquilidad. Puedes ir a un lugar a recrearte y es bastante tranquilo, puedes pasar bien entre amigos, nadie te fastidia, puedes hacer tus actividades tranquilamente. Yo a veces eso allá no podía hacerlo; iba a un lugar del barrio en Perú y no podía conseguir esa tranquilidad, porque había tanta gente constantemente... Mientras que acá estás tranquilo, puedes alquilar una *loza* deportiva e irte a jugar con los amigos una tarde. Donde no hay problemas, todo es lindo. Es pequeño pero tiene un lugar bien hospitalario. Hay mucha gente de Perú que vive acá hace mucho tiempo; ya son uruguayos.

Entrevistador/a: ¿A qué se refiere con que el uruguayo es hospitalario?

Claudio: Es hospitalario, pero en algunos lugares, no en todos. Es que me ha pasado de estar en la calle y que me pare una señora y me pregunte si tengo un lugar en donde quedarme a dormir o que me pregunten de donde soy y empezar a conversar; hacerse amigos. Eso en Perú no pasa. Hay también personas frías, pero es su forma de ser, la de cada uno. Lo que yo noto es que para con la familia son más fríos, los padres con los hijos, por ejemplo. Acá, enseguida el hijo se quiere independizar y se va a vivir solo. No tiene ese trato así, como de cercanía con el padre. Aparte, cumple la mayoría y el padre ya no decide sobre el hijo, aunque viva con él. En Perú no es así, los padres se respetan más, se obedecen, porque sos grande y tus padres te siguen mandando, y más si vives con ellos (y se vive hasta muy grande con ellos). Acá se van antes de la casa de los padres y se visita poco a la familia. Allá, la familia es distinta. Se es más cariñoso, porque el padre te espera hasta que regreses a casa para darte un beso de las buenas noches y la madre siempre tiene hecha la comida. Yo no he tenido problemas; a los lugares que he ido, siempre he encontrado gente buena, que me supo respetar. Y yo sé mantenerme al margen para no tener problemas.

Entrevistador/a: Cuándo me dice *amigos* ¿son peruanos o también uruguayos?

Claudio: Peruanos y uruguayos también.

Entrevistador/a: ¿Y dónde los conociste a esos amigos?

Claudio: A los uruguayos, por ahí, en la rambla. Y ahora que voy a la Iglesia, ahí estamos haciendo amistades con todo tipo de personas. Me gustaría quedarme, comprarme un pequeño apartamento, formar familia. Vida tranquila. Ya el tiempo lo dirá.

Entrevistador/a: ¿Hay alguna costumbre o tradición que en Perú la seguía y la continúa aquí?

Claudio: No tengo, porque yo vengo de la ciudad. Lo que hacía allá, lo puedo hacer acá. Para mí es normal estar en una discoteca, en un video *pub*, en un concierto, en un baile social, como es acá la semana de Durazno del rock; eso, para mí, no es novedad. Yo vengo de la ciudad; Lima es mucho más grande que Montevideo, hay cosas más lindas que en Montevideo, llegan artistas famosos. Siempre he asistido así, a los *pubs* y acá voy a Siete Lunas (al Machu Picchu no voy porque ese lugar es horrible, siempre hay peleas, es muy feo el ambiente). Siete Lunas me gusta escuchar; hay cumbias pero en un ambiente más tranquilo. Vamos algunos peruanos ahí, pero la mayoría son uruguayos, por lo que es más tranquilo aún porque no toman tanto como los peruanos. Fui al Chu Chin un día y estaba lleno y era muy ruidoso, pero el ambiente es mejor que el Machu Picchu y está lleno de peruanos. De lo que hacía allá, no cambió mucho lo que hago, porque sigo yendo a los *pubs* y a la playa, te puedes alquilar una piscina, hacer pesca y un asado un día domingo, en el campo. Hay muchas cosas lindas que puedes hacer acá.

Entrevistador/a: ¿Vas a pescar?

Claudio: Sí, a veces agarramos nuestras cañitas y nos vamos por Ciudad Vieja con unos amigos de la Casa, y a veces no sale pesca (somos marineros que no agarran ni un pescado).

Entrevistador/a: ¿Y las comidas?

Claudio: En comidas, como cazuela, es diferente, pero hay muchas comidas parecidas. Aquí, vas al mercado y puedes comparar todo para hacerte una comida de allá. Sólo algunas cosas no hay o son diferentes, pero no me molesta.

Entrevistador/a: ¿Y qué extrañas del Perú?

Claudio: Amigos, familia, padre, madre, hermanos. Cuando los llamas por teléfono lo primero que sientes es que empiezan a llorar, y yo les digo que no lloren o me van a hacer sentir mal.

Esto te da un poquito de *cosa*, de sentimiento. Y yo escuchaba que mi hermana le decía a mi padre que no llorara, porque yo estaba de lo mejor.

Entrevistador/a: ¿Usted es católico?

Claudio: Sí. Yo creo en Dios, más que ser católico, y creo en las escrituras. Pero no soy de ir a la Iglesia católica. Ahora, con mis amigos de la Casa estoy yendo a unos encuentros porque me invitaron (es que un amigo empezó a ir y nos invitó a la Iglesia Dios es amor, y que es buena gente). El domingo al mediodía nos invitaron a ir y como habíamos dicho que sí, fuimos. Estábamos corriendo por la rambla y decíamos: "¿vamos o no?". Al final fuimos a la Casa, nos *mudamos* y fuimos. Era un local alquilado, en el Centro, por la calle Canelones o Soriano. Tenías que pagar un dinero porque están juntando fondos para que los niños que no tienen dinero puedan ir a un encuentro en un lugar que tienen para vacacionar⁴. Dicen que es muy lindo, con piscina y todo. Era por una causa buena, pero la sorpresa nos la llevamos nosotros porque era con comida, bebida y poste. Cuando llegó la comida vimos que no era comida uruguaya, sino que era comida peruana. Nos dio una alegría. La que organizaba les preguntaba a todos si les gustaba y todos decían que sí, pero preguntaban qué era; ella les dijo que nos preguntaran a nosotros porque íbamos a saber más que ella. Y así, todos empezaron a preguntar cómo se llamaba y qué ingredientes llevaba; era una sopa y un arroz con salsa que se suele hacer mucho en Perú. Fue muy bonito. Pasamos una tarde bien linda. Toda era gente muy buena y amable.

Nos invitaron para otra reunión y vamos a ir; capaz comemos otra vez comida peruana. Si es comida uruguaya a mí también me gusta: milanesa, asado, cazuela, y esas cosas. Nos dijeron que tenemos que conocer el lugar de vacaciones porque nos va a encantar, así que capaz que nos vamos alguna jornada todo el día o un fin de semana. Dicen que se pasa muy bonito.

Entrevistador/a: ¿Tiene alguna simpatía política?

Claudio: No, ni en Perú ni acá. Nunca me importó la política. Ni le daba corte a las cosas que nos decía Carlos. Éste año me pareció bien ayudarlo y voy a hacer el cartel para el Día del Inmigrante, pero nada más.

Entrevistador/a: ¿Usted cree que existe diferencia entre los peruanos según de qué región procedan?

⁴ Beraca es el lugar de la Iglesia Dios es amor para realizar jornadas al aire libre.

Claudio: Sí, existe, porque siempre se dice que el de la ciudad –y más si es limeño– es más *rápido*. Mientras que el serrano es más sumiso, y más si es del norte; le puedes estar gritando, hablando mal, que no te contesta. Y no te mira a los ojos, siempre tiene la cabeza agachada. Mientras que el limeño te contesta, te exige; si ve algo injusto lo dice, no se queda callado, protesta más. Y siempre la gente de la capital, de Lima, ha discriminado al de otros lugares, y más si es serrano. Hay millones de chistes que se ríen del serrano y decir *serrano* no está bien considerado. Ya acá, cuando vas a subir a un barco, quieren gente de esa zona, porque saben como son... Te miran tu libreta de embarque, tu pasaporte, y como eres limeño, ya te dicen que subes, pero con la condición de que te portes bien, o directamente no quieren subirte. Y eso es sólo porque no quieren que le contestes nada, porque saben que el limeño no se calla. Ellos prefieren [gente] de las provincias, porque son sumisos, y que le puedes hacer cualquier cosa y no se quejan, porque son gente así. Ya en Perú todos los discriminan, los tratan mal y aquí eso no es diferente, entre nosotros. Mismo dentro del barco, los que son de Lima se juntan por un lado. Está mal, pero es así.

Entrevistador/a: ¿Sólo los peruanos los discriminan?

Claudio: No. Los tripulantes son españoles o de otras nacionalidades, y también se aprovechan porque saben que no contestan.

Entrevistador/a: ¿Los uruguayos discriminan a los peruanos en general?

Claudio: No, a mí no me ha pasado, pero capaz que si no fuera limeño... Es gente muy amable la de Uruguay, en general. Pero gente mala hay en todos lados. Yo no he tenido problemas.

Entrevistador/a: ¿Cree que haya alguna dificultad para acostumbrarse al país?

Claudio: Yo no tengo dificultades. Me gusta. Pero yo soy de la ciudad y eso hace que sea más fácil para mí. Además, ésta es una ciudad más chica que Lima, es más tranquila y todo.

Entrevistador/a: ¿Qué aportes brinda el peruano que llega al Uruguay?

Claudio: Que somos muy trabajadores, que hacemos el trabajo rápido y sabemos trabajar. Los uruguayos podrían aprender de eso y así tener más tiempo para las amistades y la familia.

José Luis

Entrevistador/a: ¿Por qué vino a Uruguay?

José L: Salí del Perú porque me gustaba mucho viajar; también por razones económicas, no lo voy a negar. Quería ayudar a mi familia, ayudarme a mí mismo. Eso es lo que me impulsó a salir. Yo viajaba, viajaba mucho en Perú: viajé a Arequipa, Puno (todos departamentos del Perú). En ese momento lo que me interesaba era conocer. Viajé desde que tenía catorce años. Me acuerdo que mi madre (no viajaba solo; era con otros compañeros ya mayores que tenía) [...] los hacía responsables a ellos. Me acuerdo que mi mamá me ponía mis cositas, la comida, un montón de cosas. Porque me gustaba viajar; me decían: "¿quieres salir a viajar?"; yo decía que sí, sin preguntarle a nadie. Era muy independiente.

Y viajaba mucho, pero no sólo a hacer música. Me acuerdo que un día viajamos para subir a un volcán, allá en Arequipa, para llegar hasta arriba, llegar hasta el cráter. Otro viaje fue ir a pescar a un río que estaba atrás de ese volcán; había un río y me acuerdo que nos moríamos de frío durmiendo en las piedras. Y comiendo sólo pescado; pescábamos y comíamos eso. Y otro viaje, me acuerdo que era hacia unas minas, unas minas abandonadas que quedaban en Nazca. El otro fue ir a sacar los chorros, los mariscos de la playa. Eran esas las cosas que hacíamos. Ganábamos un poco de dinero pero para solventar nuestro viaje. Los mariscos los sacábamos y los íbamos a vender, pero mis amigos ya sabían adónde tenían que ir para hacer cosas que nos pagaran el viaje. Como el día en que me dijeron para ir a Bolivia. Y yo no conocía, no sabía nada y tenía que salir del país. Y saqué mi pasaporte en otro departamento donde mi familia no estaba (ellos no sabían nada); yo tramite mi pasaporte y después, cuando yo regresé, [...] ya sólo regresé a despedirme porque me iba a Bolivia.

Entrevistador/a: ¿Usted de dónde es?

José L: De Cuzco. Después de Bolivia viajé a Argentina; en Argentina recorrimos todas las provincias.

Entrevistador/a: ¿Y ahí ya empezó a salir con la música?

José L: Es que siempre fue con la música, porque cuando nos íbamos a escalar llevábamos los instrumentos, y arriba tocamos. Y en cada pueblo que parábamos tocábamos. A todos lados íbamos con instrumentos; nunca viajamos sin instrumentos.

Entrevistador/a: ¿Iban de pueblo en pueblo?

José L: No siempre. Dormíamos acampando en algún campo y después íbamos al mercado a vender los mariscos. Trabajé mucho en la agricultura, plantando, cosechando en las salidas⁵, (te vas un mes, dos meses) [...].

Entrevistador/a: ¿Después que fue a Bolivia nunca más volvió al Perú?

José L: Sí retornaba; iba y venía de un país a otro; además, lo máximo que te dan [de visa] son tres meses cuando ingresas a un país. Estábamos un mes o dos meses (no tres meses) y después nos íbamos a otros países. Y en el país en que más me quedé fue aquí.

Entrevistador/a: ¿Hace cuánto tiempo está en Uruguay?

José L: Hace nueve años estoy acá, y no tengo documentos.

Entrevistador/a: ¿Por qué se quedó en Uruguay?

José L: No, pero no estoy más acá. Estuve en Uruguay hasta el año 2000; después me fui a Brasil, ahora estoy viviendo allá. Y estuve tres años en Argentina. Siempre retornaba al Perú, incluso, mientras vivía en Argentina. Pero cuando me vine para acá ya no retorné más. Es que me acostumbré mucho acá. Aparte, tengo mucha comunicación con mi familia; es que antes no había [cómo hacerlo]. El primer año que yo salí, dejé de comunicarme, o sea, después de nueve meses me comuniqué con mi familia.

Entrevistador/a: Cuando dice: "familia" ¿se refiere a su esposa, sus hijos?

José L: No, no. Son mi madre, mis hermanos. Cuando yo salí de allá no tenía esposa ni hijos. Mandaba postales, nada más; era sólo eso. Demoró la comunicación con mi familia. El hecho de conocer lugares me obligó un poco... Es que son diferentes las situaciones de aquí a las de allá.

Entrevistador/a: ¿En qué?

José L: En todo, o sea, todo. La comida acá se sufre: un peruano sufre si no tiene comida peruana. Acá sólo hay milanesas. Nosotros queríamos comer cosas peruanas porque no comíamos bien, así que llegó un punto en que tuvimos que aprender a cocinar, y nos cocinábamos comidas de allá.

Entrevistador/a: ¿A cada lugar que va busca a otros peruanos?

José L: No [...]. Hay peruanos que se ven y se quieren evitar, pero en nuestro caso es diferente porque al ser nosotros músicos, es como que el peruano viene. "Tócate esto, tócate lo otro, una música de tal región", y ahí empieza la amistad. Sucede mucho que se evitan algunos peruanos con otros peruanos.

Entrevistador/a: ¿Por qué?

José L: No sé. No hay buenas relaciones entre todos, pero al ser músico es diferente.

Entrevistador/a: ¿Cómo es que llegó a Uruguay?

José L: Con el grupo que estaba el objetivo era llegar a Buenos Aires, trabajar en Buenos Aires y después retornar al Perú. Pero lo que pasa es que no nos alcanzó el tiempo, como nos dan tres meses... Entonces, pensamos en salir hacia un país vecino y volver a Argentina con otro permiso nuevo. Pero la entrada por Chile o por Bolivia es muy conflictiva; además, ir hasta Chile o Bolivia es un viaje largo, y lo más cerca que había para hacer frontera era Uruguay. Y entonces nos vinimos a Uruguay. En Argentina, en primer lugar, nos decían que Uruguay es muy sencillo, que no pasa nada, que es un país muerto. Pero a nosotros no nos importaba nada porque teníamos que salir del país, ya nos habíamos quedado seis meses. Estuvimos en Tucumán tres meses en la casa de un amigo y ellos querían que nos quedáramos ahí; inclusive nos matriculamos en una escuela de música para estudiar ahí. Pero llegaba la fecha de vencimiento de la visa.

Viajamos a Buenos Aires y empezamos a pensar adónde podíamos salir por ahí. Pero antes de eso, conocimos unos amigos que habían estado en Punta del Este y nos dijeron que fuéramos a Uruguay, porque ellos estaban trabajando en Uruguay, y en verano es muy bueno el mercado. Entonces, cuando llegamos a Buenos Aires empezamos a buscar a esos amigos a ver si estaban por Uruguay. Yo andaba con un amigo sólo (otro músico que ahora esta en Brasil) y nos vinimos a buscarlos [...]. Preguntando, llegamos al Mercado del Puerto y estuvimos esperándolos y no venían. "Estaremos aquí plantados", pensamos nosotros, y ahí nos dijeron que siempre estaban los sábados por ahí, pero que ese día no habían venido. Nos dijeron: "deben estar en la plaza Cagancha porque ellos siempre tocan ahí". Llegamos a la plaza Cagancha y otra vez: que ellos siempre iban a tocar ahí pero que ese día no habían venido. Nos dicen: "el domingo están en Tristán Narvaja". Y nos fuimos el domingo para ahí y nada. Como nosotros vinimos sólo para hacer frontera, ya nos íbamos a volver para Argentina, porque ya era

⁵ Zafra

mucho; habíamos dicho: "si no los encontramos, nos vamos". Preguntamos a otros que estaban tocando y dijeron que siempre iban, pero que ésta vez no habían ido. Ya nos estábamos yendo por esa calle que está entre la Universidad y la biblioteca para agarrar Guayabo, entonces, escuchamos un silbido, pero seguimos caminando y seguimos escuchando el silbido, así que miramos; era un amigo de los que habíamos visto en Bolivia. Y fue como nos quedamos acá. Igual, al principio nosotros nos sabíamos mucho qué hacer porque nuestros amigos habían conseguido novias y ya no tocaban mucho. Y eso no nos servía a nosotros, pero al final hicimos un grupo grande, con nosotros dos más ellos cuatro. Empezamos a tocar.

Entrevistador/a: ¿En las plazas o los contrataban?

José L: No, en 18 de julio y Cuareim, en la esquina misma. Siempre tocábamos ahí (durante un año entero). Todas las noches y las tardes tocábamos en la plaza Cagancha. Y la gente venía, era impresionante. A mí me gusta; por eso nos quedamos.

Entrevistador/a: ¿Usted cree que un músico puede vivir con lo que gana de su trabajo como músico?

José L: Si sabe hacerla, sí. O sea, es muy difícil vivir de la música, pero tienes que tener un buen trabajo musical: tiene que ser músico, hacer temas propios, hacerse conocer. Son muchas cosas. Pero en nuestro caso, no; nosotros vendemos temas comerciales clásicos como el Cóndor pasa, el Carnavalito. Pero no te da para decir: "yo estoy viviendo bien". Pero te salva de situaciones extremas, de no tener nada. Puedes estar bien, pero se puede estar mejor todavía; depende de las metas de cada uno, de cómo se viva. O sea, viajando así informalmente [el músico] lo puede hacer y puede vivir bien también. Pero también se puede salir de eso e intentar superarte, buscar una estabilidad.

Entrevistador/a: En Uruguay ¿ha tenido que trabajar de otra cosa?

José L: No, siempre con la música pude vivir. En Argentina me pasó sí; fue en Rosario. Nos desunimos: discutimos, se pelearon entre hermanos y fue quedando todo el grupo desunido. Porque un hermano jugaba muy bien a la pelota... En Rosario, la comunidad peruana es muy grande, entonces, la municipalidad de Rosario le da un parque entero a toda la colectividad peruana, o sea, todos los domingos ese parque es de los peruanos. Entonces, ahí hay actividades: fútbol, voleibol, bicicletas... Todos los peruanos van con sus familias a recrearse. Un día fuimos ahí –queríamos ir a tocar pero terminamos jugando fútbol– y ahí lo vieron al que jugaba bien a la pelota y, entonces, lo *jalaron* para una empresa. Porque al parque van muchos

estudiantes y trabajadores. Entonces, lo llevaron como jugador y le dieron trabajo en la empresa; ganaba bien y todo. Y él se llevó al hermano. Antes de eso, ya en sí nos habíamos separado y todos buscábamos trabajo, porque todos éramos dependientes (al ser un grupo, no podíamos tocar solos porque nunca nadie había tocado solo, no sabía desenvolverse solo). Y en eso empezamos a buscar trabajo. Vimos un cartel que decía que se necesitaban peones porque iban a demoler un edificio y nos anotamos; empezamos a trabajar al otro día. Y mirá cómo son las cosas que todo el grupo cayó en ese lugar y terminamos trabajando todos juntos de vuelta, pero como ayudantes de construcción. Y ahí nos dimos cuenta de que no podíamos desarmar el grupo. Trabajamos dos semanas, que fue el tiempo que necesitamos para hacer el dinero suficiente para irnos a Bolivia, y empezamos de vuelta con la música.

Entrevistador/a: ¿Tiene familia propia, esposa, hijos?

José L: Sí. Acá, en los ruedos que armábamos todas las noches, llegué a conocer a una chica uruguaya, con la que ahora estamos separados. Y mi hijo ahora está viviendo en Buenos Aires. Vengo de allí, estuve con él la semana pasada; ya tiene diez años (cumplió en octubre). Pero nos llevamos bien.

Entrevistador/a: Está en Brasil viviendo pero su hijo vive en Argentina...

José L: Sí, bueno, yo no vivo con él, y eso ya está claro. Tengo mis cosas en Brasil en un hotel y dije que venía una semana a Uruguay, y ya llevo tres meses entre Argentina y Uruguay sin retornar al hotel. Ahora, cuando vaya, ya me echaron las cosas a la calle (espero que no). Yo pensé que iba a ver a mi hijo una semana, pero no pude, me quedé dos meses. Capaz que me voy mañana.

Entrevistador/a: ¿Siempre hace el mismo estilo de música?

José L: No. En Brasil se toca diferente, música más internacional, y de otra manera. No es tocando charango, guitarra, el bombo, como hacemos acá. Es más, usamos pistas, hacemos *playback*, la flauta de Tacna (un instrumento de viento)... y se toca toda música internacional que fue suceso en los 80, 90, de The Beatles, temas clásicos de Romeo y Julieta... Todo eso, instrumental, gusta mucho; a la gente le llama mucho la atención. Ganamos más de la venta de discos; allá la gente no es que colabora.

Entrevistador/a: ¿Los discos los graban ustedes?

José L: Son CDs todos originales, porque la gente ya te exige que sea original; no quieren nada con la piratería. Hay un muchacho que graba, invita músicos, tiene su estudio, y hace grabar una canción conocida. Entonces, forma un cd con todas canciones de los distintos músicos. Él lo manda a un estudio y lo hace reproducir en cantidad y de ahí vende a todos los músicos. El cd está compuesto por varios temas de distintas personas, pero él es el que pone todo. Cuando yo quiero vender un cd de él, lo tengo que llamar; le digo: "estoy en Porto Alegre, mándame cien cds", y yo tengo que depositar el dinero en el banco, y luego me llegan. Yo quiero hacer un trabajo con Alberto, un trabajo propio, una grabación acá en Uruguay. Estamos pensando en llevar adelante eso, y trabajar aquí, y después ir por Argentina, porque allá hay mercado para los discos y para este tipo de música. Estoy pensando en ir de gira, pero llevando algo preparado para vender, porque tiene mucha aceptación. No [pretendo] volverme un empresario, pero sí pensar en cosas más grandes con ésta música. Yo soy músico y a uno le tiene que gustar primero para brindar algo de calidad a la gente. Siempre he soñado con hacer algo concreto, algo propio, y no siempre estar interpretando cosas de otros. Me gustaría tener algo propio.

Entrevistador/a: ¿Nunca compuso alguna música o escribió una letra?

José L: Tengo algo, pero no grabado. Tengo música y letras. Pero siempre estuve tratando de formar un grupo, pero [los músicos] siempre fueron muy informales, [...] faltan, no vienen, no se tiene plata, no se tiene tiempo. Por eso llegué a trabajar solo durante un tiempo. Porque después que nos separamos, allá, en Argentina, yo no sabía hacer música solo –tocaba el bombo. Entonces, a los otros muchachos que se iban a trabajar les compré los instrumentos. A uno le compré el charango y yo tenía unas zamponas –tenía que encarar la vida, yo estaba solo–, entonces, me a prendí una canción con charango y zampona. Ahí fue cuando realmente empecé a tocar, cuando estaba solo y con los dos instrumentos.

Entrevistador/a: ¿Cómo aprende a tocar solo?

José L: Yo creo que la necesidad me hizo tocar. Yo sabía [tocar] de haber trabajado en grupos y observarlos, pero nunca me había puesto a tocar. De vista aprendes. Aparte, era muy tímido yo para preguntar. Lo que hacía era observarlo bien e ir a mi casa después y practicar. Entonces aprendí y me subí a los ómnibus. Trabajé como tres meses así. Ganaba muy bien tocando solo; no te tienes que complicar con nadie, ni esperar a nadie. Pero siempre seguí con mi sueño de formar un grupo. Me iba bien. Conocí todo Buenos Aires tocando en los ómnibus, los trenes, los subtes. En todos lados me perdía, pero conocía.

Entrevistador/a: ¿Nunca hizo alguna actividad vinculada a la artesanía?

José L: No. Un músico *de verdad* no está vinculado a la artesanía. Ahora, un músico que sólo se hace músico por *recursearse* [sic], o sea, sabe tocar algo para *recursearse* [sic], se puede dedicar también a la artesanía; es un artista, no es músico. Es ese que si ve que en este lugar puede hacer música y puede sacar plata, lo hace. Pero si ve que gana más vendiendo artesanías, se pone a hacer unos collares, unas trenzas, y se pone a vender. Si ve que puede pintar, pinta. Pero un músico *de verdad* es músico, nada más. Hay gente que si se presta, es autodidacta y hace todo. Yo, por ejemplo, si quiero arreglar una chapa no voy a llamara a un herrero; si a mí se me rompe un zapato no lo mando a la zapatería; yo lo arreglo, en serio. Hay gente que es así, yo soy así. Lo que pasa es que en mi casa nos enseñaron así; mis padres eran así. Mi madre, si tenías un pantalón roto, no lo tiraba, lo cosía poniéndole un pedazo de tela sobre lo roto. Eso se hacía en mi casa. Y no sólo en mi casa. Creo que muchas personas son así.

Entrevistador/a: ¿Nació en la ciudad, en un pueblo o en el campo?

José L: Yo, lamentablemente, nací en ciudad. Me hubiera gustado vivir en el campo o en una comunidad. Ahora, de hecho, cuando me vuelva a Perú, me voy a internar en una comunidad. Quiero experimentar esa vida. Porque ellos se autosustentan, viven todos juntos, pero no es como una ciudad. Y son de grupos indígenas, así que hay que aprender el idioma: quechua o aymará. Porque yo soy quechua por mi padre y aymará por mi madre, y mi madre nos estaba enseñando el idioma, pero yo me fui de casa y perdí el idioma. Ahora sé palabras que aprendo por Internet, libros, por las canciones que hacemos en esos idiomas.

Entrevistador/a: ¿Cuando llega a algún lugar se hospeda con amigos o en hoteles?

José L: De hecho sí, acá estoy en la casa de un amigo. Pero he pensado en comprarme una casa; cuando estuve viviendo ahí lo pensé y ahora lo pienso de vuelta. Lo que pasa es que tendría que comprarme una casa en Uruguay, por ahí por Rocha; haría un gasto tremendo pero no me voy a quedar ahí. Una en Brasil, seguramente, necesite también. Siempre pienso en establecerme, y me preguntan también [al respecto]. Pero es que conozco tantos lugares lindos, hay tanta gente linda acá y allá, que es muy difícil decidirse. Eso me complica.

Entrevistador/a: ¿Cómo viaja?

José L: Ahora lo hago en *bus*. Antes, a veces, era a dedo. Una vez que conoces y vas ganando dinero, ya no precisas hacer eso; te vas tranquilo en *bus*, te das [sic] tus comodidades. Y tampoco puedes, porque yo ando con equipos de música ahora.

Entrevistador/a: ¿Todos los instrumentos que utilizas son típicos de los Andes menos la guitarra criolla? Si se le rompen ¿a quién puede recurrir?

José L: Los arreglo yo, porque no hay a quién ir. Yo tenía unas zampoñas, que mi hijo las agarraba, las tiraba, las rompía, porque como él me veía tocar, quería hacer lo mismo. Y yo las arreglaba; las he pegado tantas veces que yo ya iba a tirar ese instrumento, pero al final las sigo arreglando porque tienen ya un sonido tan especial que no las puedo tirar; me ha acompañado tanto ese instrumento que lo reparé, lo dejé como nuevo. Me he comprado otros instrumentos nuevos, pero igual sigo usando esos. No sé si será que de tanto uso ya adquirió un valor especial. El instrumento nuevo suena diferente, no es igual. Lo arreglo, consigo cañas o a veces alguien que viene, algún peruano o boliviano, me trae algo, compro los instrumentos o cosas para arreglarlos. Consigues cosas para arreglar. Así los afinó, los arreglo.

Entrevistador/a: ¿Cómo es Uruguay?

José L: Personalmente, a mí no me hizo sentir extranjero. Siempre la gente ha sido muy amable conmigo; incluso, ha habido personas que se me acercaron para saber si estaba bien, si tenía un lugar donde dormir. Yo no me quejo de Uruguay. A mí me trató muy bien, como si fuera de acá. Conozco mucha gente de Uruguay. Ese es mi caso. Hay otros casos que son diferentes, porque no vienen a dedicarse a la música.

Entrevistador/a: ¿Cómo es Perú?

José L: Perú es muy especial. El peruano es muy machista. No sé si yo [lo soy]. Es que allá hay dos realidades que son muy diferentes. Una [realidad] son las comunidades (allí la vida es muy diferente) y otra son las ciudades (las ciudades son como acá). El capitalino siempre va a estar menospreciando al del Interior; allá es así. El de capital, el de Lima, si llega uno del Interior lo menosprecia, siempre lo está ofendiendo, siempre se está aprovechando de él. Es muy duro. Si tú vas a la capital, vas a ver una cosa así como acá: con su violencia, su delincuencia, manifestaciones, ruidos, gente por aquí y por allá. Ahora, si tú vas a una comunidad, a un pueblo del Interior es totalmente diferente: te van a brindar su amabilidad. Aunque no tengan nada, igual te van a brindar lo mejor para que tú pases bien. En la ciudad, no tienen tiempo. Por eso no sé qué decirte del Perú, porque te puede tratar bien como puede ser de lo peor. Como país,

geográficamente, es lindo; tiene paisajes que son hermosos. Yo, de hecho, no conozco todo; sólo conozco la parte del Sur. Me gustaría ir a la selva, que siempre quise ir.

Entrevistador/a: ¿Se define de alguna corriente o partido?

José L: ¿En qué país? Yo creo que, a esta altura, la política ha defraudado mucho. Es muy difícil confiar en ellos [los políticos]. Y pasa en todos los países en que he estado. En Perú, en Uruguay, en Argentina, en Brasil es lo mismo. Hay mucha corrupción. Y cómo usan a la gente... Por ejemplo, allá en Perú, abusan de las necesidades de la gente, y la gente misma no se da cuenta, se deja llevar por lo que dice un político (capaz que es porque tiene esperanza en lo que dice un político). Actualmente, no confío mucho en la política, no soy simpatizante de nada, ni de derecha, ni de izquierda [...]. Tenía simpatía por la izquierda, porque yo pertenezco al grupo de gente que está vinculada a las comunidades de indígenas, donde se cometían muchas injusticias, donde no tenían oportunidades para nada, y obviamente que se va creando un repudio, un odio hacia la derecha. De hecho, yo creo que así es como nace la izquierda: contra el blanco. Al ver tantas injusticias en los pueblos, ellos se levantaban; al no tener una respuesta justa, el pueblo mismo hacía su propia justicia. Y así pasaron a llamarlos *subversivos* o *terroristas*. En ese momento, yo sí tenía bien en claro que era izquierdista, pero llegó un momento en que se corrompió, porque había grupos que los ayudaban y había como *negocios*. Al final me abrí.

Entrevistador/a: ¿Entre quién era la lucha?, ¿era entre pobres y ricos, indígenas y blancos o era entre corrientes políticas?

José L: Está todo muy mezclado ahí. Porque hay un preconcepto de que la gente indígena es muy carenciada, y eso no es cierto. La gente indígena se vuelve carente cuando va en busca de nuevas oportunidades, porque en su región no hay carencias, o sólo cuando hay una sequía [...], pero ese tipo de carencias tenemos. Pero en sí, carencias económicas, no hay. Pero cuando llegas a la ciudad, sí, porque la ciudad... No sé, ya quieres vestirme como el otro; si aparece un *equipo* que salió recién, tú también quieres tenerlo. Entonces, con todas esas cosas te olvidas de lo otro. Eso pasa mucho. Cuando tú vuelves a la comunidad, todos son de pelos lacios, pero tú te haces ya la *permanente*; [vienes] cantando rock, y te olvidas de tu música andina. Pasa eso.

Entrevistador/a: ¿Por qué se van de la comunidad?

José Luís: Yo creo que es un poco por curiosidad. Son muchas cosas. Y por querer tener cosas sofisticadas, que en el sistema de ahora no las tienen. Quieren trabajar para tener más dinero,

para tener cosas materiales. Pienso que eso. Se olvidan de lo otro, que es lo esencial. Yo te hablo de lo que es mi experiencia personal; no te puedo hablar de lo que está pasando en el país. Uno quiere salir a ver "lo otro", hay gente que quiere tener su propia plata, no se llevaba bien en su casa, problemas familiares... En mí caso, quería conocer la ciudad, trabajar, ganar plata, para poder mejorar nuestra situación. Nosotros ya vivíamos en una ciudad, pero quería algo más grande. En la ciudad, todo el mundo intenta superarse, estudiar, comprar cosas. Nosotros somos siete hermanos, así que muchas cosas que mi hermano mayor usó, las usé yo. Nosotros no perdíamos nada, por eso no éramos carentes; solamente éramos... Es una cuestión de cultura: para qué íbamos a comprar, si ya teníamos. A mis hermanas sí les compraban, a ellas sí les dieron todos, porque los hermanos mayores apoyábamos; ellas ya estudian.

Entrevistador/a: ¿Usted hasta qué nivel educativo hizo?

José L: Hice todo, hasta servicio militar. Estudié en un instituto anglicano, pero me cuesta. Hice primario y secundario completo, pero me costaba mucho, no me gustaba estudiar.

Entrevistador/a: ¿Por qué toca un estilo de música andino y no otro?

José L: Me gusta toda la música: la salsa, la cumbia, el merengue, el rock, el reggaeton, La Vela Puerca, la música clásica, la música árabe. Ahora, lo que me cuesta entender es la música de rock metálico, el *heavy metal*; a veces me pongo una canción para poder entender, pero me cuesta mucho. He visto un grupo así, ensordecedor. Me gusta toda la música, pero si yo llego a tener un grupo propio constante es para hacer música andina, porque es lo que me identifica. Los temas que yo tengo tienen un sentido andino, de los Andes, con mensaje ya no de lucha sino de esperanza, no de alce [rebelión] sino de convivir entre países, partidos o religiones, porque es lo que más nos perjudica.

Entrevistador/a: ¿Tiene una religión definida?

José L: No, sería la música. No estoy en contra de las religiones, ni nada de eso, ni de la umbanda. Tengo amigos en todas las religiones: hare křiṣṇas, adventistas, católicos; comparto con ellos sus religiones, voy a las reuniones que hacen, pero nunca me identifico. No soy de los que están en posiciones extremistas o católicos o musulmanes; eso no me gusta, pero yo me identifico con la música, no con una religión. Puedo venir a la Iglesia católica, pero eso no me hace católico. Vengo para dar mi fuerza, mis ganas, mi energía. ¿Qué más quieres que te cuente?

Entrevistador/a: De su llegada al país ¿hablamos?

José L: Es que yo me salteé muchas cosas, porque yo soy un afortunado. A veces voy caminando por la calle y me para una señora, me pregunta de dónde soy [y me dice] que le gustaría conocerme, pasamos tres horas conversando, y ya queda una amistad, queda ese contacto. Mientras que yo voy hablando me voy acordando de ciertas cosas. Por ejemplo, en mi primer viaje de Perú a Bolivia teníamos que pagar para salir del país, y dimos toda nuestra plata (no conocíamos a nadie en Bolivia). Nos subimos al ómnibus, cruzamos la frontera, y ahí teníamos que tomar un ómnibus a La Paz, Bolivia, pero nosotros no teníamos para el boleto. Así que subimos y tocamos en el ómnibus. Le dijimos al chofer que no teníamos plata para el boleto, pero que íbamos a tocar en el ómnibus y que lo que juntáramos se lo íbamos a dar. Y así hicimos. Si no nos íbamos a quedar en el medio de la nada (en ese lugar no había nada). Luego de cruzar la frontera, había un puente; después, unos locales, unos negocios, y a las siete u ocho ya no había nadie. Tomamos el último ómnibus, no teníamos otro. Empezamos a tocar y fue muy divertido. Inclusive, ahí conocimos gente, peruanos que siempre viajaban, y nos dijeron dónde quedarnos y lo que podíamos hacer una vez que llegáramos. Así, ya no estábamos tan a la deriva [...]. Llegamos tarde, cuando ya no podíamos tocar. Entonces nos llevaron a un restaurante que tenía abierto las veinticuatro horas. Uno de nuestros amigos tenía un reloj y lo cambió por cuatro cervezas; nos quedamos así tomando hasta que se hizo el amanecer.

Entrevistador/a: ¿En las fronteras, con los instrumentos, no se les complica para pasar?

José L: No. Al ver que es un grupo de música, no. Pero si vas solo sí. Es muy complicado pasar, te buscan cualquier excusa. Te dicen: "ah, si eres músico tócate algo". Te abren [el equipaje] y revisan mucho más si vas solo. Paso con el pasaporte por todos lados; yo no tengo cédula de identidad uruguaya, y siempre paso. A mí, lo que me beneficia es que soy muy tranquilo. Entonces, me revisan, me preguntan y repreguntan, pero yo no me pongo nervioso. Es que te quieren impresionar, porque se aprovechan, pero no es así. Cuando vine de Argentina para Uruguay tuve problema por el tema del pasaporte; me decían que no estaba bien, que no era legal. Pero yo estaba tranquilo, sabía que estaba todo bien. Ellos me decían, después, que yo estaba ilegal en Argentina, pero no era cierto. Ellos son corruptos: esperan que tú les des dinero para que te dejen de molestar, pero yo no iba a hacerlo. Así que les decía que si ellos creían que era un ilegal que me llevaran a la comisaría detenido y que si no me tenían que dejar pasar. Pero te dicen cualquier cosa. Sólo jroban a los peruanos, a los bolivianos; es una cuestión más de discriminación. Porque si tú vas a Argentina no te hacen problema, pero a nosotros no nos quieren ni dar la visa para estar legalmente. Lo mismo pasa en Estados Unidos; a los uruguayos

les dan visa, pero a los peruanos no les quieren dar sólo porque son peruanos. Piensan que si sos peruanos, se pueden abusar de ti o que vas a hacer todo ilegal. Y es también un tema de plata, porque si sos peruano con tarjetas internacionales, o sea, si sos peruano con plata, que puedes comprar cosas, pasas.

En Estados Unidos no es que a todos los latinos no dejen pasar; es a los peruanos y bolivianos, sobretodo al peruano, porque el peruano hizo quedar muy mal [a Perú] a nivel mundial; muchos eran carteristas, es decir, ladrones, o traficantes. Entonces, cuando yo digo que soy peruano, ya te miran de otro modo, te revisan todo; también es por eso. Hay mucho peruano traficante, no sólo de droga, sino de todo, y mucho falsificador. El peruano te falsifica cualquier cosa. Si quieres un buen documento falso, tienes que comunicarte con un peruano, y acá, mismo en Uruguay, también hay; son los mejores. Y ese concepto lo tienen en cada lugar. Por eso te vigilan, te miran mil veces el pasaporte para ver si no es falso, te tienen horas esperando mientras revisan una y otra vez todas tus cosas, te vuelven a preguntar, te acusan.

Entrevistador/a: ¿Por esos mismos preconceptos tienen inconvenientes en Uruguay?

José L: Aquí no. Lo que pasa es que el peruano es muy *borracho*, y cuando toma, arma lío: se pelea, rompe cosas. Acá lo que hay es ese concepto. Yo vengo acá y por más que yo no sea así, me pongo a tomar con ellos y ya me miran mal, porque dicen: "ah, éstos son peruanos, van a hacer lío", y nosotros no estábamos haciendo nada, sólo tomábamos como cualquier otro. Pero sos peruano y te ven tomando, y piensan que te vas a emborrachar y a traer problemas. Lo mismo pasó en Buenos Aires, porque fue mucha gente que era así, y luego, sobre cualquier peruano que ven ya piensan eso, de antemano. Meten a todos en una misma bolsa. Lo mismo pasa con el tema [de los robos]: ven un peruano y piensan que los va a robar. Y hay algunos que roban, pero no son todos. Acá ya se está armando ese preconcepto; en Argentina, ya está hace tiempo, pero acá es más de ahora. Y es una lástima.

Decir que hay peruanos que son borrachos, que se pelean, que rompen todo, y hasta que se acuchillan, no es mentira; hay lugares en donde pasa eso. Yo, antes iba a lugares en donde se armaban *problemas*. Hace unos cuantos años atrás, enfrente a la Embajada, se alquilaba un lugar y se hacía una fiesta de tradiciones peruanas. Nosotros, como músicos, íbamos a apoyar. Pero a eso de las cuatro de la mañana ya todos estaban borrachos, se empezaban a pelear y entonces llegaba la Policía. Siempre pasaba. Después dejé de ir, porque no me gustan esos ambientes; sí me gusta tomar unas copas, un poco de música, pero llegar a ese extremo, no [...].

Entrevistador/a: ¿Por qué se pelean? ¿Hay distintos grupos?

José L: No. Es porque están borrachos y les gusta la pelea; puede ser por cualquier excusa. No es que haya grupos (o no debería haber). Tú no te vas a alejar de tus amigos porque ellos sean de Paysandú y tú de Montevideo; eso es una tontería. Y si pasa, es muy tonto. Yo, que he viajado mucho, que conozco distintos lugares, sé que no hay que mirar al "otro" mal por ser de otro lugar. Sí pasa que hay peruanos que sólo se juntan con peruanos de su región; es por el grado de educación que tienen. Uno que conoce mucho, que sabe mucho culturalmente [sic] no se aparta de alguien por ser de otra ciudad, no se lo deja de saludar. Una persona que piensa así, que sólo está con los de su región, no tiene valores. Pero sí pasa, y es triste.

Julio César Balbín

Julio César Balbín pertenece a la comunidad peruana del Uruguay. Llegó al Uruguay con veinticinco años, en 1981. Actualmente es vicepresidente del Consejo de Consulta de la Embajada peruana, y trabaja como cuida coches.

Entrevistadora/a: ¿De qué lugar del Perú llegó?

Julio C: De Lima. Llegué al Uruguay en el 81 y estuve trabajando en la Embajada dos años. Después me independicé acá, en Montevideo, Uruguay, y empecé a trabajar y a trabajar, y mi familia llegó a los tres años de estar acá [yo]. Hicimos un hogar familiar, que componían mi madre, mi esposa, yo y mi hermana. Y ahí me quedé. Me quedé, pasaron los años, y ahora hace veintiséis años que estoy acá. Estoy trabajando para el Consejo de Consulta hace ya dos períodos. Posiblemente el año que viene ya entreguemos el cargo porque tanto tiempo no podemos estar; entonces, van a venir otros (yo ya completé dos años).

Entrevistadora/a: ¿Cómo evalúa el tiempo que ha estado acá?

Julio C: Bueno, hemos trabajado muy bien. He resuelto varios casos de peruanos que estaban en problemas con los papeles. Orientamos mayormente; lo que nosotros hacemos es orientar a las personas cuando no tienen documentos. Vienen a la Iglesia Stella Maris o van al SEDHU, se los orientan y allá van a la Embajada, y en ella le resuelven sus problemas. Después, en otros casos un poco urgentes con problemas con la justicia, también, tratamos de orientales para que hablen con el Cónsul. Éste trata de resolver o ayudar en un caso de economía o en un caso de orientación, tratando de que ellos no cometan otras cosas, que sean pacientes si están cumpliendo pena. Y después, a las personas que están internadas también se las visita ahí, se les lleva cosas (se forma una bolsa y se les lleva), como hacemos con la gente que está viviendo en penales. Tenemos cuatro personas que están en esa situación, dos en Santiago Vázquez y dos en Canelones. Éstas personas están cumpliendo pena, entonces, el Cónsul espiritualmente los apoya, porque si cometieron un delito, cumplir tienen que cumplir.

Entrevistadora/a: ¿Usted nació en Lima?

Julio C: Sí, en la Victoria. Es parecido al Porvenir, como barrio Salto, como Barrio Sur. Es donde yo nací (en el centro de Lima son todas las casas así, como las del Barrio Sur).

Entrevistadora/a: ¿Usted se crió allí?

Julio C: No, yo me crié muy poco allí, en Lima; estuve meses, siete meses. Después me fui a Ica, al Sur, a cuatrocientos kilómetros de la capital, para crecer ahí, para criarme. Ahí viví hasta los dieciocho años. Después, fui *llamado* a servicio militar y cumplí cuatro años. Estuve dos años. Me pusieron un examen como escolar; si salía bien me daban dos años más, y salí bien. Pero luego me arrepentí (yo no quería estar en las Fuerzas Armadas, pero una vez que se estás ya no puedes irte). Después me dieron dos años más porque yo era una persona muy *accesible* y tenía buena conducta. Al final cumplí seis años en la marina y después sí, pedí que me dieran de baja para trabajar independiente. Cuando me mandaban *de misión* a algún lado, siempre [...] [lo hacía] bien, hacía buena *misión*. Entonces ellos, mis jefes, trataban de que yo siguiera. Pero yo no quería, así que pedí la baja porque ya no aguantaba más.

Entrevistadora/a: ¿Es duro el régimen?

Julio C: No, no es dura la Marina; es la más suave [de las fuerzas]. La Marina no es muy riesgosa como es el Ejército. Otras instituciones del gobierno son más fuertes, como la fuerza de choque; eso sí es riesgoso. La Marina no, es un instituto de la Armada que está para cualquier emergencia, pues hay un problema con las porteras: tú tienes que estar presente en ese momento y estar preparado. Lo que yo hacía en la Marina era ir y hacer una recorrida por todos los barrios de Lima (porque había muchos de mi misma promoción [...] que habían desertado, no querían volver). Yo agarraba con cuatro, cinco marineros más (llegábamos en una camioneta; yo era el encargado), recorríamos todos los barrios y los bares, los lugares donde los podíamos encontrar. Era tu obligación, con tus jefes nomás, encontrarlos, detenerlos y llevarlos para la institución. Y ahí tenían que recibir un castigo; dependiendo de lo que dictara el juez de la Mariana era la pena tres, cuatro meses de detención. A veces, si volvían a desertar (porque arreglaban ahí y los dejaban ir), en vez de volver uno eran los dos castigados, uno, por dejarlo ir, y el otro, por desertar. Los encerraban a los dos y a veces se armaban problemas serios, porque nadie quiere que lo lleven y lo encierren. Pero se podía controlar y uno trataba siempre de llevarlos *por la buena*, preguntar correctamente, pedirle que te acompañen, explicarles que no es algo personal, que uno está trabajando y que [...] es mi obligación llevarlo. Si yo lo dejaba ir, iba a tener problemas yo; tenía que llevarlos.

Entrevistadora/a: ¿Era época conflictiva políticamente?

Julio C: No, no. Sendero Luminoso empezó en el 85. Ya no estaba en la Marina yo; estaba acá en Uruguay.

Entrevistadora/a: ¿Usted por qué motivo vino al Uruguay?

Julio C: Por trabajo, nomás. Mi madre ya estaba trabajando acá. Yo me quise venir y ella me apoyó, me consiguió este contrato en la Embajada peruana. Yo no vine directo por la Embajada, sino que viene por mi cuenta, y a un año de estar acá, la Embajada al fin me contestó que podía entrar a trabajar en la residencia del embajador. Pasé muy lindo ahí.

Entrevistadora/a: ¿Qué tareas desempeñaba en la residencia?

Julio C: Estaba como agente de seguridad secreto. Una vez nomás hubo un problema no un problema: tiraron una piedra y fue considerado un atentado. Para mí un atentado es algo más fuerte, un explosivo, pero justo en el dormitorio de los huéspedes pasó la piedra envuelta en un diario y rompió el vidrio. Y yo los seguí (ni siquiera saqué el arma ni nada), corrí dos cuadras y no los pude alcanzar; iban en un coche. Y después de eso mismo, en la noche, llamamos a la quinta, vino el patrullero, pero no los encontramos. No decía nada, el papel era un diario. No sé para qué lo hicieron. Y después de eso, ya al poco tiempo, no trabajé más en la Embajada. Quería cambiar, trabajar de particular, así que me fui por mi propia voluntad.

Entrevistadora/a: ¿Y a dónde fue a trabajar?

Julio C: Me vine a Pocitos, trabajé cinco años en la casa de un ex presidente (Tomás Berreta, creo que se llamaba), en la cual ahí había una familia (el padre del señor era médico cirujano). Era al lado de la Embajada de Egipto, por Avenida Brasil. Y ahí estaba como seguridad, también, y a parte, hacía el mantenimiento de la casa. Una casa de tres pisos, sótano, ascensor, una terraza bien inmensa arriba y tenía un jardín. Aparte, tenía tres apartamentos para el personal, pero ahí yo vivía solo, porque la cocinera y el cocinero venían por horas nomás a trabajar. Ahí tuve muchas oportunidades de ir a trabajar en varios lados, incluso en el exterior, pero mis patrones se habían encariñado mucho conmigo: no me apreciaban como obrero, me apreciaban como *familia* [sic]. Tuve oportunidades en la Embajada de Italia, en la Embajada de Estados Unidos, porque mi madre trabajaba con la secretaria del embajador y por intermedio de ella yo iba a entrar a trabajar en la Embajada, ahí en la Rambla. Lo que pasó fue que la Embajada de Estados Unidos llama por teléfono a la casa en donde yo estaba viviendo, allá en Pocitos, y le explica, le pregunta por qué yo me quería ir de ahí. Entonces, el patrón le dijo que ellos me apreciaban mucho como *familia* [sic] y que si por ellos fuera preferían que me quedara con ellos. Por eso la secretaria me dijo que ellos me necesitaban, que no íbamos a llegar a un acuerdo porque mis patrones me precisaban. Eso me cayó mal a mí. Trabajé unos meses más y me retiré de allí.

Y otra vez cambié de trabajo; entregué un currículum con [las referencias de] todas las personas con las que yo había trabajado, bien completo (porque un señor que trabajaba en un edificio me dijo que tenía que hacer el currículum y entregarlo en las administraciones de los edificios). Así entregué cinco currículos. En esa época había poca empresa de seguridad, (mayormente trabajaban de particular) y me llamaron de un edificio. Pero no te contrata una persona porque en todos los edificios de Pocitos y Punta Carretas hay una comisión y ellos te evalúan. Me llamaron. Cuando llegas te sientan en el medio y te empiezan a preguntar cosas como por qué quería trabajar de sereno, y por qué me había ido del anterior trabajo, y de todo. Yo les dije que a mí me gustaba y que quería ganar un poquito más, por eso me presentaba ahí. En ese entonces a los de seguridad les pagaban quince pesos, ocho, y a los particulares veinte, veinticinco la hora. Si yo trabajaba de noche, tenía un tanto por ciento más. Me repreguntaban lo mismo a ver si yo respondía igual y me preguntaban cosas como si me gustaba el país. Les dije que sí, que me gustaba. Yo estaba acostumbrado, porque en la Embajada también trabajaba de traje y corbata; íbamos en los coches y tenía que relacionarme con mucha gente porque donde el embajador iba yo estaba. Me preguntaban si yo me iba a poder relacionar bien con la gente de ese edificio, y yo les dije la verdad: que siempre sigo las reglas y si ellos me ponían reglas bien claras, yo me iba a regir por sus normas y no por las mías, que yo no soy de arriesgarme, que sé seguir normas, siempre lo hice en todos lados. Cuando terminó la reunión respiré porque cada uno me hacía una pregunta y psicológicamente te agota. Y me llamaron, porque me habían aceptado para tener el trabajo y empezaba al otro día. Y al otro día, temprano, me dieron todas las normas, los horarios, cómo me tenía que relacionar con las personas, correctamente (esas cosas las hace cualquiera). Me presentaron al presidente del edificio y a los demás los fui conociendo, por dialogar, nomás. Las que eran un poquito más *especiales* eran las señoras; yo trataba de entenderlas un poco porque no las entendía. Son un poquito *especiales*.

Ocho años pasé en eso, trabajando en eso. Me acuerdo que pasé tres navidades solo, trabajando: entraba el 23 o 24 todo el día y hacía treinta y seis horas (paraba dos horas nomás y seguía). Eso era los Fines de Año, Navidad y Año nuevo. Ya en esas fiestas, yo medía la situación vigente, porque todos estaban pasándola bien y yo ahí, solo, me daba cosa, trabajando una Navidad en vez de estar con mi madre, con mi familia. La gente me traía cosas, me invitaba cosas pero no era lo mismo. Dentro de mí sabía que no estaba bien eso; mentalmente me caía al piso. Cinco segundos cerraba los ojos, me hacía el fuerte, pero era muy duro y eso que yo había estado en el servicio militar y ahí me enseñaron de todo: supervivencia, a ser fuerte...

Pero igual, te sentías muy mal, muy solo, más que en la Marina. Es que de militar es una cosa y de civil es otra: dependes de ti mismo, no dependes de un jefe.

Entrevistadora/a: ¿Por qué eran especiales las señoras?

Julio C: Eran especiales porque te decían si les podías hacer un favor, que les subieras un paquete hasta el cuarto piso... Y yo no podía dejar la puerta sola, pero igual las tenía que ayudar; tenía que demorar no más de tres minutos, por la puerta, y más a la hora que llegaban de trabajar, que tenía que abrirles la puerta. Y si el ascensor estaba ocupado, me iba por las escaleras, igual. Pero ellas se molestaban si las atendía apurado, pero ellas sabían que yo debía estar en la puerta. Por eso no las entendía.

Entrevistadora/a: ¿En Perú trabajaba de una profesión parecida, aparte del servicio militar?

Julio C: No, en Perú yo he trabajado sí, pero no de esto. Era negociante: vendía ropas, tenía gente trabajando para mí en un mercado. Pero dos años hice eso. Y luego sí dejé y me vine para acá. Cuando yo vine, mi mamá estaba internada. No es que estuviera físicamente mal, pero sí lo estaba mentalmente. La patrona de ella la internó. Cuando yo llegué, fue medio triste, porque yo le había pedido a ella que me consiguiera un trabajo, porque quería venirme para acá, conocer, ver cómo me podía ir. Pero luego, ella tuvo este problemita, que se enfermó, y yo me apuré en venir por eso. Fue medio triste, y alegre también. Porque yo quería venirme, me parecía que me iba a gustar, por lo que mi mamá me había contado, pero también sabía que ella no estaba muy bien y no sabía cómo la iba a encontrar. Para cuando llegué al aeropuerto, ella no estaba para recibirme y ahí me puse muy triste, porque unos meses antes lo habíamos planeado de otra forma. Me tomé un taxi y llegué a la casa de la patrona de mi madre, porque la patrona no me había dicho nada que ya estaba internada; me había dicho que tenía problemas, que me apurara a venir. Y ahí me entero de que estaba internada. Me dio la dirección, pero yo no sabía ni cómo llegar. Así que me fui al Centro en taxi a hospedarme en un hotel, y me encontré con unas chicas peruanas que me dijeron que ellas me podían llevar al otro día porque era domingo. Me fui al hotel, dormí, y al otro día me junté con ellas donde se reunían y me llevaron. Y me enteré qué había pasado.

Y era *bravo*, pero me hice el fuerte delante de ella para que ella no sufriera, porque mentalmente se estaba viniendo abajo; ella lloraba y yo me tenía que hacer el fuerte, tenía que decirle que todo iba a estar bien. Pero el médico dijo [...] que podía estar mejor como podía empeorar. Cuando salí de ahí me vine abajo, lloraba, no podía parar. Estuve diez días en el hotel y luego

me fui para Carrasco, a la casa de la patrona de mi madre, porque mi mamá se recuperó bastante bien y siguió trabajando con su patrona. Luego cambió de trabajo, porque mi mamá trabajó en muchas casas (siempre de doméstica) de gente muy importante que trabajaba para embajadas.

Mi hermana, ya de grande, vino a trabajar de doméstica. Estuvo tres veces; estaba un tiempo como para ganar algo de dinero y se iba, porque tenía que *atender* a su esposo, allá en Perú.

Entrevistadora/a: ¿Usted tenía familia en Perú esperándolo?

Julio C: En Perú, no. Aquí formé familia. Con mi esposa no tenemos hijos, pero yo tengo un hijo que nació en el 91, por un *desliz* que tuve con una muchacha uruguaya. Mi esposa es peruana; es doméstica retirada. A mi hijo lo veo; se lleva muy bien con mi esposa; le dice: tía.

Entrevistadora/a: ¿Cómo es vivir en Montevideo con respecto a cómo vivía en Perú?

Julio C: Mirá, lo que pasa es que yo tuve una niñez mala. Yo no gocé de mi familia. Viví con mis abuelos hasta los ocho años, y luego [...] me iba solo, lejos y volvía de vez en cuando. Porque mi papá murió cuando yo tenía seis meses y mi hermana tenía un año y medio. Mamá trabajó con cama [de empleada doméstica] en la capital, Lima, y nos llevó a provincia, a Ica, para que los abuelos nos criaran. Después, le [...] [le propusieron] venirse con alguien de la Embajada para Uruguay y se vino. Ella les mandaba dinero a mis abuelos para nosotros. Mi hermana era tranquila, pero yo, no: siempre escapaba, no iba a la escuela porque *me salía* [se iba], tardaba en venir. Yo no me llevaba con mis abuelos y ellos siempre le recriminaban a mi madre por mí. Yo quería venirme para Uruguay, por eso, cuando vine para acá, yo estaba contento. En Perú pasé mucho dolor, por eso no extraño nada. Yo me crié fuera de mi hogar; hasta los diecisiete años andaba sin rumbo, de aquí para allá. Senté cabeza cuando entré en la Marina. Fue duro allá; me enseñaron a ser duro en la Marina.

Cuando yo vine acá, es como si hubiera viajado a otra provincia de mi país. No me sentí mal, porque yo sabía de Uruguay por mi madre, que nos contaba. Yo, del Perú, no extraño a nada ni a nadie, ni familia, ni los lugares, ni nada. Con mi hermana no somos *cercanos*; es que con ella habremos convivido un año y seis meses juntos [...]. Recuerdo un día: tenía quince años y quería conocer la capital, y me fui. Estuve perdido un año en la capital hasta que mi madre me encontró y me mandó devuelta con mis abuelos. Mi hermana me extrañaba, pero yo nos los extrañaba a ellos. Yo estaba bien yéndome lejos, viajando. Mi abuelo te castigaba muy duro; los

abuelos en esos tiempos castigaban duro: si cometías una falta te colgaban de un árbol bien alto y te sumergían de cabeza en un tacho de un metro de alto, lleno de agua. Acá no existe eso.

Entrevistadora/a: ¿Qué edad tenía cuando llegó a Uruguay?

Julio C: Veinticinco años. Ahora tengo cincuenta y un años.

Entrevistadora/a: ¿A su esposa la conoció en Uruguay?

Julio C: Sí, es peruana, pero la conocí aquí. Me da un poco de vergüenza, porque yo dije: "estoy en otro país me, voy a casarme con una extranjera no peruana...". Pero por cosa de mamá... Mamá me la puso delante de los ojos y, entonces, estuvimos tres años saliendo, y después me casé en una Iglesia evangélica que tiene nombre en inglés. Ella trabajó hasta hace muy poco en casas de familia con cama (la última que tuvo era en Argentina y en varias oportunidades hacía temporada en Punta del Este). Después ella empezó a trabajar con retiro. Que estamos viviendo juntos, *juntos*, hace un año recién, pero estamos casados hace muchos años.

Entrevistadora/a: ¿Qué profesión tiene usted actualmente?

Julio C: Tengo un permiso de la Intendencia para cuidar coches en la puerta del Pereira Rossell. Y me sirve, porque ahora, para conseguir un trabajo con ese sueldo, no lo consigo en ningún lado, no lo consigo. Hago muchas horas: llego a las diez de la mañana y vuelvo a mi casa a las doce, una de la madrugada. Estoy ganando trescientos, cuatrocientos pesos, a veces quinientos, pero son muchas horas. Ya todos me conocen. Cuando voy a otros barrios, los ómnibus me tocan bocina. Cuando voy a Punta del Este, a la gente se le da por opinar, la gente mismo te toca bocina. Te dicen: "¿andan bien tus cositas?"

Entrevistadora/a: ¿Cuánto tiempo hace que se dedica a esta actividad?

Julio C: Diez años hace. Después que dejé el edificio en Pocitos, me dediqué a esto. Pregunté primero a ver qué pasaba (en ése tiempo que yo empecé a ir de noche, creo que sacábamos veinticinco dólares por día. Ahora estoy sacando un promedio de diez, doce. Pero hay mucha gente que trabaja pero la gente que trabaja no se administra, no sabe administrarse. Hacen veinte pesos y se van a comprar un vino; hacen veinte más y se van a comprar cigarros, y la plata va circulando. Entonces, llega la noche y tienen cien pesos y llega una de la mañana y ya no tienen nada. Me dicen: "*Peruano*, ¿tienes cinco pesos?", y yo les digo que no tengo nada. Antes, los aconsejaba mucho, pero ahora no, ya no les aconsejo, ni les doy nada, porque no es así la cosa. Porque si ellos ganan igual que yo, ellos tienen que darse cuenta de que es por *el*

vicio que se quedan sin nada; tienen que saber administrarse y todos los días van a tener su dinero [sic].

Entrevistadora/a: ¿Usted por dónde está viviendo ahora?

Julio C: Entre Buceo y la Unión, por Avenida Italia y Comercio; estoy alquilando ahí. Mi hijo vive en el Interior, en Canelones, con los abuelos. La madre vive en Rincón de la Bolsa, acá en Montevideo. Pero él no quiere vivir con la madre porque la madre tiene otra pareja y ella lo manda a que mayormente atienda a la hermanita. Pero la hermana no pude quedar sola; él es varón y ella mujer, entonces, como que hay un riesgo. Entonces él se fue para la casa de la abuela. Hasta el año pasado estaba estudiando muy bien, me venía a visitar, yo lo iba a ver. Pero este año *se me quedó* en tercer año de liceo, no pasó. Tiene dieciséis años. Debió pasar pero se quedó. Entonces, yo me puse mal porque él dejó; yo me enteré ahora. Le dije que no podía dejar, que el año que viene tenía que intentarlo devuelta y que yo sentía que le debía como padre. Me entero recién ahora que ya no puede salvar el año. Él me pidió que lo dejara vivir conmigo, pero en casa no hay quién lo pueda atender, yo paso todo el día afuera. Así que tiene que administrarse con lo que le *paso* [dinero] a él, porque a la madre no le doy más plata; arreglamos que se la doy a él (fuimos a juez para arreglar eso y el juez nos decía que necesitamos una terapia los dos, él por una parte y yo por otra). Yo no creo que necesite terapia con la edad que tengo; yo mentalmente estoy bien, porque no estoy loco. Y bueno, como el juez dijo, empecé a ir.

Entrevistadora/a: ¿Hacen actividades juntos, con tu hijo?

Julio C: No, no porque él ya tiene sus amigos. Lo que hacemos es conversar. Como que me da poca corte a mí; es típico de acá del Uruguay. En Perú, si tú invitas a tu hijo a ir al algún lugar, él va contigo y no se discute, pero acá te dicen que no. Hasta que tenía trece años salía conmigo. Después, ya no quiso más. Es que no se siente a gusto estando con nosotros, porque es toda gente mayor, por eso no va a las reuniones de peruanos, no, nada. La última vez que le festejé el cumpleaños tenía doce años. Él es uruguayo con sangre peruana, pero es más uruguayo que peruano en su forma de ser; a él no le interesan las cosas peruanas.

Entrevistadora/a: ¿Tiene planificado algo para el futuro?

Julio C: Quedarme. Pero después, no sé muy bien. Es que mi esposa quiere irse a Perú; ella tiene su casa allá y tiene familia: hermanas, madre política, la persona que la crió. Yo no me resigno si ella toma la decisión de irse. Yo ya tengo decidido quedarme. Voy a trabajar en esta

actividad hasta que *no dé más* y después voy a retirarme al campo. Tengo previsto tener algo propio. Yo le consulto si ella va a estar conmigo en el negocio y ella dice que no quiere saber de nada con esas cosas, que ella se va. Entonces, yo ya le dije que lo hago igual, solo, si ella se va, y ahí se pone mal, se enoja conmigo. Voy a poner un negocio por Canelones, tipo quinta; ya lo tenemos visto, es pasando el aeropuerto.

Entrevistadora/a: ¿Sabe algo de cómo hacer una quinta?

Julio C: No, pero no es difícil, ya voy a aprender lo que yo pienso plantar, y eso no es difícil. Igual, primero tengo que llamar a un quintero que me asesore. Igual, yo solamente voy a observar y nada más, el que va a trabajar va a ser él. Tengo que dar las vueltas para poner todo legal [sic] y eso, y me iría a vivir allí.

Entrevistadora/a: ¿No te molesta dejar la ciudad?

Julio C: No, porque ahí me va a dar [el dinero] para vivir: me va a dar para comer, mantenerme, hacer unos pesos y muchas cosas. Pero eso es para cuando lo de cuida coche se *venga a pique*, que me va a dar para unos cuantos añitos más.

Entrevistadora/a: Si me tuviera que decir tres principales aportes de los peruanos al Uruguay, ¿qué diría?

Julio C: Las comidas. Yo puedo hacer varias comidas de mi país acá. No preciso que me manden de allá. La comida uruguaya es muy buena, pero es mucha carne [sic], y a mí me trajo algunos problemitas. Ahora estoy en mano de médicos. Yo me he descuidado mucho; cuando mi esposa estaba en Argentina, sobre todo, comía en cualquier lado, me la pasaba de fiesta, mucho alcohol. El médico me está tratando y hace dos años que estoy recuperándome por eso. Ahora estoy bien. Y con la terapia saqué todo lo que tenía adentro para afuera; hasta el año pasado hice terapia. Y me ayudan con el alcohol; yo no bebo casi ahora.

Entrevistadora/a: ¿Va a la mayoría de las reuniones?

Julio C: Sí, voy a todas, no por obligación, pero como estoy en el cargo por el Consejo de Consulta. Igual no me siento obligado. A la reunión anterior falté y hoy llegué tarde, pero no es porque me quedé tomando, como dicen; ya casi no salgo. Es porque estoy cansado. Trabajo muchas horas: trabajo de lunes a viernes y el sábado pierdo unos pesos, como dicen acá, porque no puedo hacer más, no llego al sábado de tarde; antes lo hacía, pero ahora ya estoy muy cansado para trabajar tanto. El sábado, lo único que hago es sacar a los perros para afuera;

después, cierro todo y duermo todo el día, así los domingos voy a las reuniones, si hay. No hago otra cosa más que trabajar, y los domingos hago lo que tenga que hacer por el Consejo de Consulta o voy a reuniones; no tomo otra actividad porque no me da el tiempo, hasta que no deje el Consejo no puedo hacer nada más.

Pienso hacer otra actividad, pero que sea deportiva, ya no en el Consejo de Consulta, pero sí que la Embajada me apoye. Quiero organizar campeonatos de fútbol cinco y voleibol para mujeres y para hombres para la comunidad peruana, pero para que jueguen con personas de otras nacionalidades. Por eso necesito que las embajadas me apoyen y no sólo la peruana. Ya me han consultado mucho, pero como tengo que ir yo a hablar a las embajadas (porque si yo propongo a una personas x, no la conocen, y a mí sí...). Lo otro es que muchos tienen miedo de hablar porque tienes que hablar con un cónsul, con un secretario. Pero yo ya los conozco porque esto ya se ha hecho antes; habíamos competido con la Embajada de Chile, Ecuador, Bolivia y Argentina. De esas embajadas sé con quiénes tengo que hablar para que se organicen [los campeonatos]. Pero dos cargos no puedo tener, no me da el tiempo.

Entrevistadora/a: ¿Cómo ingresó al Consejo de Consulta?

Julio C: Nombrado por los propios compañeros. Y bueno, tenía que decir que sí, es que muchos me conocen a mí. Ahora hay mucha gente nueva; entre semana fuimos a cenar al Machu Picchu (no nos quedamos a bailar, sólo a cenar) y no conocía a la gente. [...] Pero en un boliche no se le puede hablar a la gente: como están *tomadas* y pasando un momento de diversión, te van a dar poca corte. Yo ya tengo en la cabeza con quiénes hay que hablar para que el campeonato salga. Además, mi esposa vende cilantro⁶, una cosa que los peruanos comemos mucho; también hace algunas comidas y las vende, así que cuando van a buscar a casa [los productos] es cuando puedo charlar algo más y conocer más gente.

Porque hay mucha gente nueva; toda esa gente que vino en el 90, ahora está en España, Italia, Estados Unidos. Aparte, son de otras zonas, no de Lima, de provincias. La gente de provincia es un poco *difícil* de entender, porque te tienen miedo, no quieren hablar contigo porque piensan que yo soy una persona que trabajo *de particular* para la Embajada, por estar en el Consejo de Consulta. Ellos no piensan que quiero ayudarles, sino que piensan que les quiero sacar información. Porque algunos vienen con antecedentes, y piensan que les puedes hacer mal. Yo

⁶ Hierba aromática y con propiedades digestivas.

me presento y les pregunto de dónde son, y los que son de Ayacucho mucho no quieren decir, porque allí es donde se inició Sendero Luminoso (hay una Universidad muy grande y de allí salieron los primeros). Y ellos ya agachan la cabeza, y ahí trato de preguntar por cómo está el país para que hablen y me pierdan el miedo. Les doy charla no tanto para preguntarles sobre ellos; les informo qué es el Consejo de Consulta, que está ahí trabajando para ellos, y les doy un papelito con los números de teléfono, por si necesitan algo. Y le cuento sobre mí, de qué barrio era, y comentamos algo más. Yo, cuando he tenido que hablar con peruanos nuevos, me he dado cuenta de que ellos tienen miedo, que les cuesta hablar de ellos, que desconfían de por qué quieres saber de ellos. Luego de que me conocen hasta me han reconocido que han tenido algún tipo de antecedente o de problemas con drogas. Yo les pregunto si ahora están limpios, y me dicen: "sí, tío". Nosotros no queremos hacerle mal a nadie, y si alguien tiene un problema, queremos ayudar; para eso está el Consejo de Consulta.

Entrevistadora/a: ¿Y el censo tuvo buena respuesta?

Julio C: Creo que sí. No sé mucho, porque de eso se encarga más Carlos Valderrama. Sé que el ministro del Interior es el que más está ayudando a los peruanos; está muy comprometido.

Entrevistadora/a: ¿Por qué el ministro del Interior? ¿Eso no provoca más temor respecto a hablar con ustedes libremente?

Julio C: No sé. Más temor, no creo [que genere]. Ellos saben que mientras se comportan, no cometan delitos ante las autoridades uruguayas, [...] no te hacen nada. Pero a la Embajada peruana sí le tienen mucho temor; por eso, hay gente que ni pasa por allí para dejar residencia.

Entrevistadora/a: ¿La gente de provincia no confía en la gente de capital?

Julio C: Puede ser. Es que son distintos, y no es fácil hablar con ellos, no sólo porque te tienen miedo, sino porque son más callados, más retraídos.

Entrevistadora/a: ¿La gente de provincia puede que tenga más problemas para insertarse en la sociedad que un limeño?

Julio C: Que les cueste más, puede ser, no sé. Es que el limeño viene de ciudad grande; para la gente que viaja mucho, debe ser más fácil. Para mí, Uruguay era como otra provincia, entonces, no sentí que me iba a otro país. Yo iba al lugar que quería ir, como cuando me les escapaba a mis abuelos y me iba adonde yo quería.

Lisseth Tapia

Entrevistador/a: ¿De qué parte del Perú sos?

Lisseth: De Chiclayo, pero nací y crecí a unos dieciséis kilómetro de allí, en Tuman (provincia del departamento de Lambayeque). Tuman era precioso. Es una cooperativa –era una cooperativa, ahora ya es un distrito, se hizo distrito. Y hay mucho vegetal, mucho verde, y hay una fábrica, y eso es lo que la hace una ciudad. Casi todos los que viven ahí dependen de la fábrica; todos –la mayoría– son accionistas de la fábrica. Mi padre trabajaba ahí y mi madre era enfermera. Soy hija única. Ahora mi madre no está ahí, está en la capital, trabajando, en Lima. Mi padre ya murió

Entrevistador/a: ¿Cómo era tu vida en Perú?

Lisseth: Bueno, fui a la escuela, también al liceo, pero hasta quinto, porque no había allá en esa época sexto (ahora ya hay). Y después hice universidad, en Educación, pero hice dos semestres nomás, porque me vine para acá. Era para [ser] profesora (profesora de primaria). Tuve que concursar y postular también, y quedé. Y postulé para Derecho, pero no entré. Cuando me vine acá dejé de estudiar.

Entrevistador/a: ¿Y por qué te viniste?

Lisseth: Vine porque mucha gente de allá viene para acá, y decía que la *cosa* andaba bien, o sea, la cuestión de laburo y eso. Y me animé a venir. Mi madre no quería, obvio, y después peleando, peleando vine y ta, me fue bien. Tenía trabajo, pero no ganaba mucho. El tema era cambiar de economía. En ese tiempo Perú no andaba muy bien económicamente, había mucho desempleo porque el presidente anterior, que fue Fujimori, lo dejó hecho *bolsa* a Perú. Hasta que el nuevo presidente que entró, [...] Toledo, estabilizó al país (es un decir, porque para estabilizar un país deben pasar muchos años, digo, yo no sé, ¿no?) Entonces, empezó a haber un poco de empleo, un poco porque se inició [un proceso]. Él hizo mucho por las exportaciones. Pero yo ya venía con destino [...]. No. Cuando pensé en venir al exterior a buscar un trabajo, yo ya tenía el destino. O sea, yo sabía que tenía que venir a Uruguay. Yo ya venía directo para acá. No tenía familiar acá, pero sí tenía muchos conocidos de donde yo vivía allá, en Perú, y siempre llegaban allá noticias de los familiares. Siempre nos decían que había laburo, que había trabajo, que uno podía venir y hacer unos soles⁷ [...], Yo sabía que mi destino era Montevideo, pero no sabía

⁷ Moneda peruana.

cómo era Montevideo, ¿entendés? Es complicado: un sitio adonde nunca fuiste, ¿entendés? Uno nunca sabe adonde va, entonces, siempre hay que averiguar, buscar opiniones. Siempre busqué opiniones de Montevideo y no encontré una fea; siempre encontré cosas que favorecían, o sea, que te animaban. Y vine.

Estuve diez días viajando en micro, porque hice un *tour*. Aproveché unas ofertas de pasajes y compré. Me vino bárbaro. Recorrí casi toda la parte sur de Perú, y entré a Tania, Arequipa, Puno, el lago Titicaca, y después entré a Bolivia. En eso estuve un día. Después ya entré a Paraguay, Asunción; ahí estuve casi una semana. Aproveché y averigüé cómo era la paga, y no era muy buena. O sea, era muy bajo; en ese caso me quedaba en Perú, porque iba a ganar lo mismo o capaz que un poco más. Y después entré a Argentina, pero en Argentina no tenía planeado ni quedarme; una hora me quedé en Argentina. No me gusta mucho Argentina, porque no, no me gustan mucho los porteños; son medio [...] discriminadores (no todos). Aparte, creo que con Perú mucho no va. Entonces no, no, mejor me voy a un país más tranquilo. Y después de que hice todo ese recorrido, que me llevó quince días, por fin llegué a Uruguay, a Montevideo [...].

Entrevistador/a: ¿Conocías a alguien acá cuando te viniste?

Liseth: Sí, sí. Cuando llegué a Montevideo [...] no me fueron a recibir porque estaban trabajando –una tía postiza– pero tomé un taxi. Yo no sabía qué era un taxímetro, con el reloj ese. Eso no me cabía, porque en Perú no son así; te subís con una tarifa sola, depende del sitio adonde vayas (si es muy cerca hasta puedes negociar); no prenden el reloj, ni nada. Acá no, acá te matan; tenés que conocer mucho el sitio para decirle "no vayas por ésta, mejor entrá por ésta porque...". Y agarrar muchos semáforos. Casi como doscientos pesos. Lo que había ahorrado se lo iba a llevar el taxista. Por suerte, me encontré con una chica que iba al mismo sitio adonde yo iba y agarramos *a medias* el taxi. Claro, yo llegué un día de la semana, todo el mundo estaba trabajando, no había casi nadie, más que la dueña de la pensión. Pero yo ya iba con todos los datos, de parte de quién iba. Y me quedé ahí dos años.

Entrevistador/a: ¿Y qué tipo de trabajo te decían que podías conseguir acá?

Liseth: El que todo el mundo dice cuando emigra para otro lado: ser ama de casa, bah, [empleada] doméstica, claro. Salvo que uno tenga una profesión para *enganchar* en otra cosa. Aparte, ellos ya tenían trabajo acá, entonces ellos ya sabían cuánto se podía ganar y te decían; ponle te decían: "yo estoy trabajando en una casa y gano trescientos dólares". ¡Bárbaro! A mí

me convenía. Aparte, una mujer sola... En Perú no tenía a quién mantener, o sea no tenía familia, es decir: marido, hijos, en ese sentido. Entonces bueno, dale. A mí me sirve; allá son unos cuantos soles. Pero, ponle que después te decían: "no todos los trabajos son iguales; podés *enganchar* en otro que puedes ganar cuatrocientos o puedes *enganchar* en uno que podés ganar doscientos-cincuenta. Pero siempre me decían que te pagaban en dólares, y era verdad, te pagaban en dólares (bueno, yo trabajé y a mí me pagaron en dólares).

Entrevistador/a: Y ese trabajo ¿cómo lo conseguiste?

Liseth: Vine y andaba deambulando como todos. Recorrí mucha agencia, pero después conseguí uno. Entonces, después una amiga me consiguió uno (me consiguió para hacer una entrevista primero y fui y lo conseguí). Cuando recién llegué [...] fui a la agencia, a una agencia que está en Av. Uruguay –agencia Manolo, creo que es– y me consiguieron un trabajo. Pero era de dos mil quinientos pesos; no me convenía (me convenía para estar acá, para sobrevivir acá). Pero hasta que consiga uno voy a aceptar esto, me dije. Me mandaron a trabajar a Maldonado, pero ta, por lo menos los fines de semana la señora me decía que podía venirme para Montevideo; me daba los pasajes y todo, entonces, yo venía. Después conseguí acá cerca, en Parque Miramar, y llegué y ahí quedé; fue poco, un año, porque después me casé.

Entrevistador/a: ¿Era lo que esperabas?

Liseth: Sí, sí, era lo que esperaba, o sea, me convenía en el sentido económico. Ahora, el trato de ellos era otra cosa. Ellos eran buenos, pero tenían sus cosas, como todo patrón. Pero si uno se sabe llevar... Era con cama; salía los fines de semana. A mí me convenía porque no pagaba pensión.

Entrevistador/a: ¿Y cómo es la vida en la pensión?

Liseth: Es muy escandalosa [risas]. Es peor que de estrella de Hollywood; no lo digo por mal, sino que es muy escandalosa. Yo no estaba acostumbrada a vivir con mucha gente, o sea, gente que no conoces, porque no conoces. Era una pensión de mujeres y hombres. Aparte se mezclan los dos polos, negativo y positivo, y eso explota. Claro, yo nunca pensé en llegar a una pensión. Aparte, yo no sabía cómo era; yo llegaba al azar ¿entendés? Entonces ta, después que ves el movimiento, uno se sabe llevar con todo el mundo. Porque hay que saberse llevar, porque estás lejos y no te puedes pelear con tus mismos compatriotas (era una pensión de peruanos). De repente te topas con todo tipo de gente, porque por ser peruanos no somos ni mejores, ni peores, te topas con mucha gente. Cuando yo recién llegué, me atrofié, [...] no me sentía...

Estaba lejos de la tierra, estaba en otro mundo. Pero ya después le empecé a llegar [a la gente] y cuando empecé a trabajar, que sólo los veía los fines de semana, era menos mi carga (lo digo en el buen sentido, no mal). Después empecé a trabajar y [...] conocí a mi esposo, y me saco de la pensión; no quiso mas pensión, no, no. Y compartís todo; eso es lo malo de las pensiones. Tú, acostumbrado a tus cosas personales, [...] el baño; una que es mujer [...] saber que después va a entrar un hombre, que va a entrar fulano, va a entrar sultana. ¡Ay, Dios mío, te querés morir! Después no sabés si hacer en el medio de la calle o entrar al baño directamente, porque de ahí no sabes para dónde arrancar. Ponle: cuarenta tipos, entre hombres y mujeres, compartiendo un baño... Después, nos venían a visitar primos y eso, pero no ocupaban un baño, porque no se iban a bañar. Salíamos todos a almorzar a la calle, y compartíamos el baño pero del restaurante igual.

Eso es lo que tienen las pensiones, tienen sus ventajas y sus desventajas. Porque, ¡escuchámel, yo vivía, yo compartía un cuarto con diez personas (porque el cuarto nos salía dos mil doscientos a cada uno) hombres y mujeres. Mucho respeto, por supuesto, mucho respeto. Bueno, eso ya depende de uno: en mi cuarto estaba todo bien; lo que pasaba en los demás cuartos ya era asunto de los otros. Y de repente venía una visita "ay, vengo a visitar", y era una de esas que quería venir para no pagar un hotel o una pensión [...]. Los ronquidos... Los tipos venían de bailar del Machu Picchu y ya venían en pedo. Y [había que] aguantar las payasadas o que quisieran seguir tomando; seguía la fiesta en el cuarto. O vos querías dormir y el cuarto de al lado estaba en tremendo *fiestón*. Era una cosa de locos [...].

Yo salía de trabajar un sábado y quería ir a bailar porque [...] una semana encerrada laburando, no iba a encerrarme, no. Hay que aprovechar el día. Pero el domingo llegas a tu casa de bailar a las seis de la mañana, siete, ya está todo claro y querés dormir, porque querés dormir por todas las horas que estuviste bailando ahí, de juerga. Pero un loco se levanta temprano porque no fue al baile y te tenés que adaptar, no te queda otra, porque si vos reclamás, ellos te dicen: "pero si yo estoy pagando mi cuarto", ¿entendés? No te queda otra, no te queda otra que adaptarte. Eso es lo que tienen las pensiones: hay que adaptarse al sistema de ellos, [...] al sistema de todos. Después ya vas haciendo tu grupo, [con el que] vas a bailar. Sabíamos a quién teníamos que poner distancia y a quién no (en el tema de la confianza), porque te topas con mucha gente [...]. Hay mucha gente que viene... Yo conocí a una muchacha, peruana también, que había venido un mes antes que yo. Yo laburé, me case, seguí yendo a la pensión después de casada con mi marido y mi hija, y ella sigue ahí, y nunca la vi trabajar desde que llegó.

Entrevistador/a: ¿Y cómo sobrevive?

Liseth: No sé. Ya se fue para Perú. Y sí, estaba muy *quemada* acá. ¡Y claro! Estás en un país y no tenés laburo (no era por falta de laburo; creo que ella no quería trabajar).

Entrevistador/a: ¿Y vos, mientras trabajabas en la casa, seguías pagando la pensión por los fines de semana?

Liseth: Claro. Para ayudar un poco a la gente que no trabajaba, porque había gente que no trabajaba. Compartía el cuarto con compañeros que no se embarcaban y no tenían mucha *economía* [sic], entonces, a mí doscientos pesos no me costaban, porque gano bien. [Lo hacía] para ayudar al otro, para que no lo echaran a la calle, por cuestión de compañerismo, porque estaba todo bien. Ahora, donde [esté todo mal] andáte a dormir bajo el puente.

Entrevistador/a: ¿Cómo conociste a tu marido?

Liseth: ¡Ah! En un baile, en el Machu Picchu, el famoso Machu Picchu. No sé ahora cómo está, pero antes, cuando iba, era tenebroso. Hace tiempo que no voy a Machu Picchu, pero yo lo conocí ahí a mi esposo.

Entrevistador/a: ¿Y cómo se dio?

Liseth: ¡Ah! [Risas]. Bailando, claro, yo qué sé. Yo estaba ahí, con todas mis amigas, recién había salido de laburar. Aparte, yo a mi marido ya lo conocía de vista, porque siempre lo veía en ese baile. Ese baile peruano era de mujeres y milicos; iban casi todos los milicos [risas]. Y ahí lo veía siempre, nos saludábamos, pero él en una esquina y yo en la otra; nunca de conversar [sic]. Hasta que después se dio. Un día empezamos a conversar, empezamos a conversar del trabajo y terminamos en el Morini. Viste cómo es la cosa. Después, estuvimos conviviendo un año y tres meses, y después nos casamos. Me casé en el 2003, en enero, y quedé embarazada en abril, ahí nomás. Todo el mundo pensó que yo me había casado embarazada, pero no [...]. Después ya me vieron con la panza y pensaron: "Ah, claro, por eso se casó".

Entrevistador/a: ¿Pensás tener más hijos?

Liseth: Por ahora, no, con una basta [risas]. Aparte, [...] ya sería mucha irresponsabilidad traer otro hijo, sabiendo que la situación no anda bien [...]. No me da mucho para... Porque yo no trabajo. Pienso trabajar ahora, cuando vaya a un jardín [la hija]. Quiero entrar de nuevo a trabajar, pero ahora dependo de mi esposo nomás. Ahora, cuando venga, pienso comprarme la

casa. Si Dios quiere, vamos a comprarnos una casita, porque ahora con el tema del Congo [misión] podemos ahorrar y comprarnos una casita. Si me llevo a comprar una casa, capaz que me animo a tener otro hijo, el último. Porque sin pagar alquiler y teniendo una casa da [el dinero], pero ahora no [...]. Me casé en Rivera, porque él es de Rivera, y nos vinimos para acá, para Punta de Rieles, porque él trabaja acá, en el cuartel, y por la cuestión del [precio del] ómnibus y eso; aparte el alquiler allá es muy caro [...]. Cuando vine, el boleto estaba nueve pesos; ahora está como diecisiete.

Entrevistador/a: ¿Seguís en contacto con la gente de la pensión?

Liseth: Seguí siempre en contacto con los peruanos; hasta ahora sigo en contacto con ellos. Siempre voy para la pensión. Sí, siempre estoy en contacto con ellos [...]; voy a visitar a una amiga [...] porque la conozco hace tiempo ¿entendés? Hay mucha gente nueva que también conozco, pero de "hola" [sic]. Hay mucha gente que es de mi sitio, de donde yo viví en Perú, pero nos conocemos de allá porque allá es un pueblo muy chico, y todos saben de todos. Acá los encontrás y les decís: "hola José", "hola Juan", los saludas con toda confianza porque los conoces de allá.

Entrevistador/a: ¿Y vos seguís yendo para allá?

Liseth: Sí, aunque no seguido por el tema de la economía [sic]. Pero fui; estuve cuatro meses en Perú. Encontré todo cambiado; donde yo vivía estaba todo cambiado. Pero estuve dividida: estuve en donde yo vivía, en donde nació y crecí y estuve en la capital, porque mi madre está en la capital. Antes, ella tenía ganas de venir, pero ahora no, porque ha escuchado sobre el tema del invierno [muy frío] y ya le agarró temor al frío. Y yo le digo: "¡Pero mamá! No me morí yo, te va a morir vos". ¡Un poco de frazadas encima y ya está! Pero no, hasta ahora no ha venido.

Entrevistador/a: ¿Y vos pensás quedarte a vivir en Uruguay o si cambia la situación te irías a Perú?

Liseth: No, por ahora no está en mis planes, por el trabajo de mi marido y eso. Y llevarlo a él a Perú es mentirle, o sea, [...] decirle "vas a conseguir un trabajo" es mentirle; él es extranjero, se le complica.

Entrevistador/a: ¿Con el paso de frontera, has tenido problemas?

Liseth: Con la aduana, no. Cuando yo vine, un poco se complicó en Argentina, porque te quieren cobrar, siempre una que otra aduana te quiere quitar plata. Pero ahora a mí no se me complica por los chiquilines, que son uruguayos (somos del MERCOSUR). Pero a mucha gente

sí se le complica, gente que está muy nerviosa, que dice mucha pavada cuando le *entran* a preguntar. En la aduana te *entran* a preguntar a qué vas, por qué vas. A mí no me preguntan, no, no, porque yo vivo acá, resido acá. Pero a determinada gente se la complican o le sacan plata; a veces las aduanas se ponen pesadas. La aduana uruguaya, no; te revisa el maletín, el equipaje, como toda aduana [...]. Está el tema *drogas* también. Entonces, a veces dejan pasar a otros y a vos te paran; a mucha gente le hacen eso. Esta vez, que yo he viajado, no he visto, pero en Chile sí: te pasan perros por todos lados, como si nosotros fuéramos mafiosos. Lo que pasa es que hay mucho peruano que ha pasado mucha cosa rara, droga, contrabando, yo qué sé [...]. El año pasado, cuando fui a Perú, sí, me revisaron a mí sola todo mi equipaje, ahí en Argentina.

Entrevistador/a: *Y eso que vos tenés cedula uruguaya...*

Liseth: No, no tengo cedula uruguaya. Mucha cosa rara me piden para sacarla. Me piden carné de salud, novecientos pesos... Hace poco que fui a averiguar los requisitos y es un disparate [...]. Yo no sé para qué te piden el carné de salud para sacarte una cédula, no entiendo eso, porque enfermo o no enfermo tenés que tener una cedula igual, una documentación.

Entrevistador/a: Yo pensé que si te casabas automáticamente pasabas a ser uruguaya.

Liseth: Yo también, sino, no me caso. ¡Mentira! [Risas].

Entrevistador/a: ¿Y qué hacés? ¿Vas renovando la cedula peruana?

Liseth: Sí, en la Embajada. Yo voto acá en la Embajada; todos los trámites que puedes hacer en Perú, los puedes hacer en la embajada. Por ejemplo, yo fui a renovar mi pasaporte y me llevó un día; depende de qué trámite vayas a hacer, demora más o menos, por cuestión de firmas y eso, pero después son rápidos los trámites.

Entrevistador/a: ¿Y la Embajada te pide que te registres?

Liseth: Sí, te pide que te registres. Por cualquier cosa que pase con uno, ya estás anotada, ya estás registrada [...] como que entraste al Uruguay y que seguís en el Uruguay (legal, no necesariamente, porque ilegal hay mucho).

Entrevistador/a: ¿Y cómo hacés para convertirte en legal?

Liseth: Y vas cada tres meses a Migraciones, pagás la multa y te dan tres meses más. Y así vas renovando, porque te dan tres meses para estar. Después que se te acaben esos noventa

días, si querés vas a Migraciones a pagar, y sino te quedas ahí. Y cuando pasaron seis años y querés salir es la misma cuota, no ha cambiado nada; son doscientos pesos [...].

Entrevistador/a: Contáme sobre los problemas (si los ha habido) que ha tenido el inmigrante al llegar al Uruguay

Lisbeth: Problemas que haya tenido, no sé. Creo que hubo un problema, un asesinato: creo que [un peruano] mató a una mujer, dicen que mató a una mujer, que la dejó tirada por allá, por la torre de Antel, ¿te acordás? Eso he escuchado. Después no he escuchado otro caso. Salvo que sea de droga y eso, de contrabando, gente que traen ilegal y eso. Y claro, después nos miran mal a todos, piensan que todos somos malos.

Entrevistador/a: ¿Te parece que puede haber un proceso o algo que haga cambiar esa visión?

Lisbeth: Yo no sé, de verdad, no sé cómo es acá [...]. Porque acá el problema lo tiene la gente. No es cuestión de ir al Estado y decir: "pongan un aviso", como "se prohíbe fumar en lugares públicos", ¿entendés? Es cosa de la gente; yo digo que la gente, conociendo a otra gente, se va a dar cuenta si es mala o no.

Entrevistador/a: ¿Has sufrido algún tipo de discriminación?

Lisbeth: No, nada, nada. Es como te digo, entra cualquier tipo de gente a las pensiones: puede ser muy uruguayo, puede ser muy peruano o lo que tú quieras, pero no sabés con quién te vas a topar. Después tenés a los milicos; el tema de droga pesa mucho allá, en la Ciudad Vieja. Porque hay peruanos que se drogan, como todos, como todos acá. La Policía ya sabe [quiénes con], porque ya tienen entradas en la comisaría, porque les encontraron drogas. Después los sueltan, o sea, los dejan libres. Pero la Policía esta atrás tuyo también, siguiéndote, viendo qué paso das, que paso no das. ¡Y claro!, si ya te ven medio sospechoso, haciendo algo raro, mirando medio mal, la Policía te para enseguida

Entrevistador/a: ¿Participás de algún movimiento u organización social?

Lisbeth: No, ¿de qué tipo?

Entrevistador/a: ¿O participás de reuniones de algún tipo?

Lisbeth: ¡Ah! Cumpleaños. A muchos cumpleaños de peruanos he ido. Alguna que otra *pollada*. Alguna misa de difunto, misa de salud, por alguien que esté enfermo y eso.

Entrevistador/a: ¿Qué aportes considerarás que ha hecho la comunidad peruana al Uruguay?

Liseth: No entiendo la pregunta.

Entrevistador/a: ¿Han aportado alguna costumbre o formas de ser o algún producto?

Liseth: No. Bailes no he visto, pero capaz que [un aporte es] hacer un poco de cumbia de allá [...]. Pero después, así, otras costumbres, no. Bueno, sí, costumbres de cada uno hay muchas. La costumbre de prenderle la vela al santo [...]. [Respecto a] la comida, por ejemplo, de donde yo vengo los lunes se come *espesado*, como acá los veintinueve se comen los ñoquis. Se hace de yuca, mandioca y queda espeso, pero es verde, como una sopa espesa, pero va con unos buenos trozos de carne, frijol. Es muy rico. El color es verde porque hay que licuar perejil para que le de el color verde, pero allá lo hacemos con *culantro*, que acá no hay, creo, o si hay es cilantro. Las bebidas; somos de tomar algún emoliente en las mañanas, para el dolor, una bebida casera. En vez de estar tomando pastillas, fármacos, vas a un señor que te prepara algo: "tengo esto, me duele la espalda", "bueno, vamos a hacerte un jugo de hoja de uva con palo de madera". Después, en cuestión ropa y eso, hay cosas diferentes que se usan allá [...]. Cada región tiene su forma de vestirse. Perú es costa, sierra y selva; la costa tiene una forma distinta, la sierra tiene otra, y la selva tiene otra forma de vestirse.

Entrevistador/a: ¿Y dónde estás vos?

Liseth: ¿Dónde estamos? Estamos a la moda (estoy en plena costa), aunque hasta en la sierra y en la selva también se visten a la moda. Se visten más con ropas típicas; la gente que es oriunda de comunidades indígenas se viste con su vestuario, que es como la ropa diaria de nosotros, ¿entendés?

Entrevistador/a: Hacen reuniones, me decías...

Liseth: Sí, he ido a varias.

Entrevistador/a: ¿Pero qué es una pollada, por ejemplo? ¿Es una comida, una reunión...?

Liseth: Es un negocio, porque yo hago una actividad, una *pollada*, y te vendo un *ticket*, tipo una rifa, y vos venís. Si hay música, puedes bailar [...]. Y hay consumo de cerveza. Puedo hacer una *pollada* en tu casa como puedo hacerla en la mía, es así. Yo lo llamo *negocio*, ¡porque es un negocio!

Entrevistador/a: ¿Y cómo es? ¿Te llaman por teléfono y te invitan?

Lisbeth: No solemos hacer eso nosotros. Salimos mucho a recorrer, a vender, porque ya conocemos. Yo le digo a mi vecino: "bo, te vendo una tarjeta"; al otro lo mismo, voy a la esquina, le digo: "querés una tarjeta que te venda. Va a haber una reunión". Salimos así; no somos de estar telefoneándonos y eso. Recorren las pensiones porque está todo cerca. A mí me llaman por teléfono, porque no van a venir a Punta de Rieles, porque estoy lejos, pero después, no. En Perú somos así. En Perú se hace así también. Se hacen *polladas* para los colegios, *polladas*, parrilladas, *anticuchos*, que se hace con el corazón de la vaca. Pero siempre es un negocio: hago una *pollada* para comprarme una escoba nueva, una moto, ¿entendés? Es un negocio para algo, no es porque voy a meter en el *chanchito* [alcancía] la plata; haces una cosa con el fin de [...] comprar otra.

Entrevistador/a: ¿Y fechas especiales se festejan (de alguna virgen, por ejemplo)?

Lisbeth: Sí, este mes que paso, octubre, fue el Cristo morado, el Señor de los Milagros; fue todo el mes de octubre (el mes morado se le llama). Acá, creo que también lo festejan en la Iglesia del inmigrante; no sé bien dónde queda, creo que cerca de 8 de octubre. Lo hace gente que va a la Iglesia, gente católica.

Entrevistador/a: ¿Vos sos católica?

Lisbeth: Sí, iba a misa antes, allá; acá no. Ella está bautizada [la hija], pero yo no estoy casada por Iglesia todavía.

Entrevistador/a: ¿Hay alguna práctica que conserves de allá?

Lisbeth: Mis comidas. Hago muy poca comida uruguaya. Hago sí, a veces, porque mi marido lo demanda, pero a él le encanta la comida peruana, por suerte. Claro, si no tendría que cocinar un plato pa mí y un plato pa él [risas]. Aunque la comida uruguaya es mas fácil, porque freís una milanesa y ya está pronta; una ensalada, un arroz blanco y ya está.

Entrevistador/a: ¿Es muy elaborada la comida peruana?

Lisbeth: Claro, es mucha cosa lo que lleva, mucho condimento, la comida es un *comilón* [sic], o sea, mucho, ¿entendés?; acá es un poquito y ya está. Hay que sazonar bien la comida, o sea, ponerle pimienta, nuez moscada, condimento, picante. Acá no lo consumo porque no hay mucho picante. A mí se me dificulta. Hay días que cuando voy, consigo, me vende un señor en la feria que me conoce, que vende en la feria para los peruanos. Entonces, me dice: "este es picante".

Entrevistador/a: Claro, hay cosas allá que acá no hay. Me decían que el maíz de acá es el que se le da a los pollos allá.

Liseth: Sí, es verdad. El maíz es blanco. Acá también hay maíz blanco, pero con dientes chiquititos; allá el maíz es de diente grande. Hay otro maíz también, que es el maíz morado, con el que se hace la *chicha*. Hay muchas clases de *chicha*, tipo refresco; acá lo que hay es *chicha* de sobre, como el jugo en sobre. Pero está la *chicha de jora* que te empedas, la *chicha* del mismo maíz: lo desgranas y lo hervís, lo hervís con todo y tusa (el tronco del choclo). Mi madre me manda la *chicha* en sobre, y eso; maíz, no, porque no se puede.

Entrevistador/a: ¿Y de acá le mandas algo para allá, como el dulce de leche?

Liseth: Allá hay también, pero se llama Manjar blanco. Hay yerba también, pero no se consume mate.

Entrevistador/a: ¿Y para qué quieren la yerba?

Liseth: Porque hay muchos uruguayos, y entonces, los tipos quieren mate. Yo, que no soy uruguaya, soy peruana, tomo mate, y si no tomo me falta algo. Claro, a mí me gusta el mate, mate amargo.

Luzmila

Entrevistadora/a: ¿Dé que parte del Perú viene?

Luzmila: Yo vengo de Tarapoto; es la parte de la selva peruana, departamento de San Martín.

Entrevistadora/a: ¿Hace cuántos años está viviendo en Uruguay?

Luzmila: Hace seis años.

Entrevistadora/a: ¿Vino directo de Perú a Uruguay o estuvo viviendo en otros lugares?

Luzmila: Vine de Tarapoto a Chiclayo, que es una provincia que queda cerca de Lima (llegas en una noche de viaje). Luego, fui de Lima a Chile, a Argentina y de allí a Uruguay. Ya venía pensando en trabajar en Uruguay; esos lugares fueron de pasada.

Entrevistadora/a: ¿Se acuerda de cómo fue que se enteró que aquí podía conseguir trabajo?

Luzmila: Vine acá por una señora, con un contrato de trabajo, vine a trabajar directo. No la conocía a la señora, pero una compatriota mía trabajaba en la casa de una señora en Carrasco y ella me dijo que necesitaban una empleada. Entonces, ella le comentó a la señora que tenía una compatriota que estaba interesada en el trabajo. A la señora le pareció bien, y me mandó el contrato y el dinero para el pasaje (fueron doscientos dólares). Con el dinero que me mandó me saqué mi pasaporte, los pasajes y con ese dinero viene y llegué a la casa de la señora, aquí, en Carrasco. Ahí trabajé dos meses con ella y después, como no me acostumbraba con la señora, busqué otro trabajo por intermedio de otra compatriota y me fui a trabajar en Pocitos. Me quedé como cinco años [como empleada doméstica] con *cama adentro*. Siempre trabajé con *cama adentro*, menos ahora. Actualmente, estoy trabajando en una empresa, [en la] que estoy como encargada (es una empresa de limpieza, que trabaja con edificios, como el de Catastro, el Ministerio de Industria y Energía...). Como encargada, yo tengo que manejar cuatro personas en un lado y seis personas en el otro edificio.

Entrevistadora/a: ¿Cuál es su tarea?

Luzmila: La encargada tiene que hacer de todo: ver horarios, revisar como va la limpieza, preparar los productos; estás, además, vigilada constantemente por la supervisora. Si faltó el personal, [tenés que] conseguir a alguien que ocupe su lugar; si se le llama y no responde, hay que averiguar por qué, o si llama alguien porque no puede venir, tiene que traer comprobante del motivo de su falta. Debo escribir cómo se porta cada persona en su trabajo, si lo hace bien o hay

que hacerle un llamado, si llega en hora, si no falta. Y los productos no es sólo prepararlos sino [asegurarse de] que haya suficiente, que no se gaste de más, que no falte. Si hay algún problema, enseguida hay que avisarle a la supervisora, y tratar de resolverlo.

Entrevistadora/a: ¿Trabajas con empleadas peruanas?

Luzmila: No, todos son uruguayos, yo soy la única peruana. La empresa es uruguayaya.

Entrevistadora/a: ¿Y cómo llega a esa empresa?

Luzmila: Primero, me presenté en otra empresa para trabajar como empleada de limpieza; lo busqué yo solita, porque quería irme de la casa esa de Pocitos en donde estaba, quería cambiar. Y empecé así, de limpiadora, pero luego me ascendieron. Esa empresa perdió la licitación de los lugares en donde trabajábamos y la empresa que la ganó necesitaba personal para poder cumplir con el trabajo. Los dueños de las empresas hablaron entre ellos y decidieron mudar algunos empleados de una que ya no necesitaba tantos a la otra que sí los necesitaba. Así que a unos cuantos empleados nos propusieron cambiar de empresa y yo acepté. Estuve como un año de limpiadora y luego ascendí. Se trabaja muy bien ahí porque hay bastante compañerismo, hay bastante respeto. No es fácil ser encargada, porque tienes que enfrentarte a todos los problemas, pero siempre hay que decir las cosas con *maneras*, con mucha paciencia y todo sale bien. Ahora, la intendenta de Catastro me dijo si yo quería ir a trabajar con ella a la casa, pero yo le dije que no, porque mi sueño es irme a España, sacarme el pasaporte (están por enviarme el pasaje), pedir un certificado de trabajo de ambas empresas donde estuve para poder irme. Ya está programado lo que tengo que hacer, ya es una decisión tomada: pronto me voy a España porque se gana mejor.

Entrevistadora/a: ¿Ya tiene trabajo allá?

Luzmila: No, tengo que buscar en cuanto llegue. Hay que empezar de nuevo. Por eso quiero los certificados de trabajo. No sé si empezar a buscar en casas o en empresas de limpieza, pero cuando llegue, yo ya voy a ver qué pasa. Yo he emigrado acá, a Uruguay; cuando uno emigra ya no es tan difícil porque ya sabe cómo es estar afuera del país, ya ha pasado momentos difíciles, de sufrimiento; muchas veces, como emigrantes, hemos dormido en un parque, sentadas, amanecíamos, momentos capaz de hambre. Por eso, un vez que lleguemos allá, vamos a ver, no va a ser tan difícil para nosotras.

Entrevistadora/a: ¿Has vivido en la calle?

Luzmila: Sí, en tres oportunidades, porque no me pagaban el sueldo para poder buscar un hotel para dormir o las pensiones estaban muy llenas, no había cama donde dormir, o cuando íbamos a bailar, la dueña de la pensión no te dejaba entrar hasta que no fuera hora de abrir las puertas y hacíamos tiempo en los parques y plazas para poder entrar. Pero sí, algunas noches enteras la pasé en la plaza hasta conseguir dinero o conseguir un lugar. Es difícil, muy difícil, porque tú vienes a otro país y dejas una familia, una casa. Pero poniéndose así, con compañeras, con amigas, nos poníamos entre ocho, y alquilábamos una pieza para poder pasar los domingos, cocinar algo, charlar. Ahora estoy viviendo sola, en una pensión aquí, en la Ciudad Vieja, pero es una pensión de uruguayos, porque estoy trabajando en la empresa, donde hago ocho horas y me voy a la pensión.

Pero antes, trabajé cinco años con *cama adentro*. Y cuando llegaba el domingo, lo único que querías era irte. Por eso alquilábamos pensión con otras aquí (siempre eran pensiones de peruanos en Ciudad Vieja). Trabajar con *cama adentro* es difícil, porque terminas once o doce de la noche; cuando te vas a dormir y estás realmente estresada de estar todo el día allí, ya no quieres saber nada con el trabajo, y te tienes que quedar allí; lo único que puedes hacer es descansar, dormir. Además, las casas son muy encerradas, sobre todo en Carrasco, donde puedes pasar varios días sin ver la luz del sol, sin salir de allí. Por eso quieres tener un rato para compartir con tus amigas, que son otras peruanas que también están pasando lo mismo que vos, y se puede charlar, salir a bailar, distraerse un poco. Pero un solo sábado bien disfrutado, descansar el domingo, y el lunes ya vas a trabajar.

Entrevistadora/a: ¿Estar con *cama adentro* es difícil porque los patrones exigen más?

Luzmila: Sí, exigen mucho, porque ahí no hay horario, te llaman a cualquier hora. No tienes forma de evadirte, siempre estás con ellos. Tienes que estar constantemente atendiendo a los patrones, no se tiene horario y no se tiene un buen descanso. Si te sientes cansada, no puedes irte a tu cuarto a descansar una hora, como lo harías en tu casa. Ahí tienes que seguir trabajando, no puedes dejar el trabajo para mañana; sí o sí tienes que cumplir todas las obligaciones del hogar que te manda la patrona.

Entrevistadora/a: ¿Tiene un lugar privado donde descansar y colocar sus efectos personales?

Luzmila: Sí, en Pocitos sí; en Carrasco, era compartido [el cuarto] con mi compatriota, y la señora no lo consideraba un lugar privado de nosotras; eso no me gustaba. Con esa señora no me quede más de dos meses porque tenía esas cosas de ser bastante dura. Pero de la casa de

Pocitos me llevé lindos recuerdos; la patrona era buena, porque el trato era bueno, era personal, ella me trataba como si fuéramos una familia. En Pocitos tenía comodidad, una buena cama, un espacio donde dejar mis cosas; aparte, ellas eran dos personas nomás, la madre y la hija, sin niños; por eso duré cinco años ahí. Lo único que tenía era que ella era, en la comida, muy miserable, como se dice. Pero yo tenía que soportar, porque tenía un compromiso con mi hija, porque en ese tiempo estaba estudiando enfermería y yo quería que terminara ese estudio y lo logré. Hice que terminara el estudio, los cinco años, y cuando terminó yo ya estaba más tranquila y pude *salirme* de la casa.

Entrevistadora/a: ¿Ella estaba en Perú? ¿Quién más es parte de tu familia?

Luzmila: Sí, yo enviaba el dinero para Perú. Está ella y un varón de trece años. Terminó de estudiar y se casó. Mi sueño era que terminara de estudiar y verla trabajar en una *posta médica*, en un hospital. Pero no, sí terminó, pero ya se casó y no me trabajó [sic].

Entrevistadora/a: ¿Cómo es estar lejos de los hijos?

Luzmila: Muy difícil. Van a hacer dos años que yo regresé a Perú por primera vez; cinco años antes había salido. A mi hijo lo dejé con seis años, era pequeño, y eso fue muy difícil, porque uno desde aquí puede llamarlo por teléfono y preocuparse por si está bien en los estudios, si el padre lo está vigilando, si está comiendo bien. Pero no estás ahí con él para hacerlo tú misma, sino que le dices al padre para que haga por ti las cosas y eso no es lo mismo. Comunicarme con mi hijo es difícil [...]; él sabe que soy la madre, pero me conoce más por teléfono de lo que se acuerda en persona. Entonces, para él como que el padre es más [importante] que yo, porque siempre ha vivido con él. Para mi hija no es igual, porque ella era más grande cuando yo me fui; me comprende más, no sufrió tanto.

Entrevistadora/a: ¿Usted continúa con su esposo?

Luzmila: No, nos separamos al año de que yo me viene para acá. Es difícil, muy difícil. Porque él tomaba mucho licor e hizo *descontroles* en mi casa y empezó a perderme el respeto. Por eso, yo decidí que tenía que irme de mi casa y para eso tenía que trabajar. Cuando mi compatriota me dijo lo del trabajo en Uruguay, no lo pensé mucho: me vine.

Entrevistadora/a: ¿Y cómo hacía para tenerle confianza a su esposa para criar a su hijo?

Luzmila: No le tenía confianza, pero yo hacía todo a través de mi hija, porque ella no vivía con el padre y el hermano. Yo le mandaba el dinero a ella, así se encargaba de pagar las cuentas, el

colegio para mi hijo, la escuela de enfermería para ella y de llevarle víveres o la comida al hermano. Y también controlaba al padre de que estuviera atendiendo bien al hermano; me decía todo a mí, así yo podía recriminarle por teléfono, si era necesario.

Entrevistadora/a: ¿Cuándo le dijo a su esposo que iba a venir a Uruguay, como reaccionó él?

Luzmila: Lo tomó con tranquilidad; en aquel tiempo lo tomó con mucha tranquilidad, porque él ha sido inmigrante en España como por cinco años. Cuando regresó de España era diferente. [Durante] el tiempo que estuvo allá, él me engañaba; hizo mucha cosa indebida. Y regresó totalmente diferente, era como si no fuera mi esposo, como si me lo hubiesen cambiado por otro, regresó con mucha frialdad. Entonces, cuando yo le dije que una amiga me ofrecía un trabajo en Uruguay y que iba a ganar muy bien, porque en ese entonces me pagaban trescientos dólares, (yo veía que era mucha plata, que me convenía) él me dijo que si yo tenía esa decisión, no había ningún problema. Me dijo: "ándate a conocer cómo es ser inmigrante, cómo es sufrir, cómo es estar en otro país" [...]. La gente europea tiene mucha frialdad. Los hermanos de él viven allá, en España, y cambiaron su forma de ser: son duros de corazón. Dijo que me fuera para que viera lo que es vivir en otro país. Yo ya había tomado la decisión e igual me viene. Ya había hecho lo que tenía que hacer: había trabajado en el taller de una empresa embajadora, criado a mi hijo, mientras él estaba en España, y quería que mi hija pudiera estudiar. Así que, venirme a Uruguay era mi oportunidad y la aproveché.

Él mismo se arrepintió de haberse *salido* de España, pero luego ya no podía regresar; se deprimió, empezó a tomar. Mientras, estuvo lejos. No veía la plata que ganaba allá; algo nos mandaba y el resto lo gastaba en salidas. No se dio cuenta de que cuando volviera no iba a tener nada y que en Perú se gana mucho menos. Por eso, después se arrepintió, pero ya había desperdiciado su oportunidad. Después que vino de España, yo sólo estuve dos años con él y me vine para acá. Estando ya en Montevideo, al año, más o menos, charlamos y quedó claro que ya no sentíamos nada el uno por el otro. A mí él no me importaba más y él ya había llegado desde allá sin que yo le importase, así que dimos por terminado el matrimonio, porque ya no había nada entre nosotros. Con la distancia es difícil, y más con lo que había cambiado él. Con los hijos también es difícil, y más si se los deja de muy *tiernos*, de chiquititos, porque como que se va perdiendo el cariño; eso me pasó con mi hijo. La profesora de su colegio me hablaba, porque yo llamaba al colegio, y me decía que volviera porque mi hijo me necesitaba bastante. Es muy difícil estar lejos.

Entrevistadora/a: ¿Posibilidades de trabajar en Perú no había?

Luzmila: No, no ganando el dinero que ganaba acá. Yo allá nunca había trabajado como doméstica; trabajaba para esa empresa embajadora extranjera (muchos años) y ahí renuncié para venirme. Desde muy jovencita trabajé; desde los veintiún años primero, en la Serranía, y después en ciudad.

Entrevistador/a: ¿Cuántos años tiene ahora?

Luzmila: Tengo como cincuenta años, y una vida muy larga de trabajo, porque siempre trabajé. Y estuve casada muchísimos años, porque de jovencita ya estaba con mi marido y me separé cuando ya estaba aquí.

Entrevistador/a: ¿Está pensando en empezar una nueva vida?

Luzmila: Sí, sí, voy a empezar de nuevo. Yo digo: ya trabajé para mi hija y ella estudió. Ahora, quiero trabajar por mí, para mi vida. Si Dios me presta la vida, voy a seguir adelante, trabajar, juntar algún dinero para volverme a Perú, para hacer algo allá, tal vez poner un negocio. Por eso quiero irme a España, porque aquí ahora no *da* para juntar plata, mientras que allá se gana bien y puedes ahorrar. Quiero juntar porque cuando llegue a cierta edad ya no quiero estar trabajando en una casa; quiero trabajar con cierta tranquilidad en un negocio propio. Sé que se puede hacer, pero hay que trabajar, hay que trabajar y hacerse un futuro. No es fácil. La experiencia que yo he tenido acá, de inmigrante, creo que en todos los países la sufres, porque como inmigrante sufres estar lejos de tu país, de tu familia. Tienen otras costumbres (la costumbre en la comida) y tienes, un poco, que adaptarte.

Es igual en Perú, porque es tan grande que cada región tiene su comida; no es como Uruguay, que es pequeño, y todo es bastante parecido. Allá no tiene nada que ver cada región de costa, sierra y selva. En Perú no es pareja la serranía; se consume mucho el trigo, el olluco, la papa, y en la costa, pescado. En Lima hay comida limeña típica; sólo de Lima están los *cuyes*, que son como unos animalitos chiquitos. En la serranía, la sopa de cabeza de carnero [es típica], porque ahí hace mucho frío, mucho frío. Cuando era joven, trabajé por ese lugar de la sierra y me dije: "nunca más voy a volver por este lugar". Me servían la sopa y al instante estaba fría. Se ve hielo en los cerros, en el piso.

Entrevistador/a: ¿Y usted es de una zona de calor?

Luzmila: Sí, de un clima tropical: lluvia, calor, hace un poquito de frío en el mes de junio, cuando viene la fiesta de San Juan Bautista, el 24. Los ríos bajan, permanecen claritos como un cristal hasta que empiezan los tiempos de invierno (de allá de la selva, que no es invierno como acá); se ponen sucios, revueltos, llenos de tierra, color rojizo y arrastran de todo: ramas, animales, personas. Hay muchos ahogados, porque se utilizan mucho las balsas para transportar cosas o gente porque los ríos son inmensos y es la forma más rápida de transportar algo, pero también es peligro. Arrastra muchos animales inmensos y si tú vas en la balsa va tomando velocidad; si llegas a chocar con algo ya se te da vuelta y la corriente arrastra todo, no puedes con ella. El Amazonas, el Marañón son inmensos. Es la selva peruana en donde existió el narcotráfico, la coca, el terrorismo.

Entrevistador/a: ¿Me dice lo del narcotráfico y el terrorismo porque tuvo algún inconveniente?

Luzmila: No, no. Si tú no te metes, ellos no te hacen nada. Pero si están allí las plantaciones de coca, si te metes a sembrar, ha procesarlo o venderlo ahí, sí entras a ser parte de ello y te pueden matar en cualquier momento. Porque ganas buen dinero, pero es todo ilegal, entonces, no hay control de nada. Y viene el Ejército y te saca todo; puedes ir preso. Pero, en general, es tranquilo. Cada uno tiene su sector de sembrío y trabaja. Pero vives con esa intranquilidad de que pueden venir en cualquier momento. Yo vivía en un pueblo y toda mi familia, mis padres y mis hermanos, son de ahí. Casi todos mis hermanos aún viven ahí. Cuando había terrorismo era difícil, porque el Ejército andaba buscándoles y ellos siempre se esconden en la selva porque es difícil que los puedan encontrar allí. Y se vuelve difícil para la gente de la selva porque tanto el Ejército como los guerrilleros presionan para que los ayudes. Y son gente *de pelea*, tú no sabes si te van a hacer daño. Porque yo nací más lejos de Tarapoto y a los dieciocho años salí de mi pueblo. Pero aún sé de allá porque tengo una sobrina en Lima que se comunica y me dice todo. Es que mi pueblo es en la selva, pero allá adentro, bien lejos. A veces pasa un año o dos sin tener noticias de ellos. Estando yo acá, se murió un hermano y no pude ir. Pero yo no me desespero cuando me dan la noticia, la llevo con tranquilidad, porque todos vamos a ir por el mismo camino. Mi hija me dice que yo he cambiado, porque cuando me dan la noticia que se ha muerto alguien yo lo llevo con tranquilidad, y ella me dice que me he vuelto fría, por tan tranquila. Y ella me dice, molesta, que desde que me viene a éste país me volví dura. Dice que éste país te hace cambiar, porque de corazón duro te vuelvas.

Entrevistador/a: ¿Y es cierto?

Luzmila: Sí, es cierto. Desde que salimos de nuestro país, empezamos a valorar más el dinero.

Entrevistador/a: ¿El trato de las familias en Perú es igual al de la familia en Uruguay?

Luzmila: No, es distinto. En Perú la familia te controla mucho más, los hijos son grandes y tienen que rendirles cuentas a los padres sobre lo que hacen. Y se reúnen más entre todos, y así se comentan lo que hacen [...] y opinan. Al venir acá, los peruanos se independizan no sólo en dinero [económicamente] sino que de sus familias. Ya no pueden controlarte y te enteras mucho menos de lo que hacen ellos. Entonces, vives más *a lo uruguayo*, donde las familias se tratan pero no se controlan los unos a los otros, ni se reúnen demasiado. Y cuando vuelves a Perú, ya estás acostumbrada así, quieres seguir así, pero tu familia se queja de que eres diferente. Eso le ha pasado a muchas chicas peruanas; ellas tienen unos pleitos tremendos porque los padres quieren controlar todo: por qué salen, a la hora en que vuelven, si llegan *tomadas*.

Acá hay mucha mayor libertad, no sólo para nosotras, que estamos lejos de la familia, sino para los uruguayos también; cada uno es más independiente. Y más la mujer. Un ama de casa tiene que estar pendiente del marido: el desayuno en hora, el almuerzo en hora y la cena en hora. Es muy diferente. La ropa tiene que estar bien lavada, bien planchada, y [dejar] todo en forma ordenada. Pero en Uruguay, eso no es así, mientras que en Perú esa es tú *obligación* como esposa. Aunque trabajes fuera de la casa en la casa, tienes que tener todo hecho igual. Acá, los hombres cocinan; yo no lo podía creer. Los hombres allá no hacen nada en la casa. Los peruanos acá aprenden a sufrir, porque se cocinan, se lavan su ropa... Pero no vienen acostumbrados de allá así; a ellos les cuesta, se quejan. Porque en Perú, primero, es la madre y luego, la esposa, quien los atiende, pero acá tienen que aprender. El peruano es bien machista. Antes, que la mujer no trabajaba, era peor.

Entrevistador/a: ¿Conocía algo del Uruguay o vino sin saber nada?

Luzmila: No conocía nada. No podía hacerme una idea de nada, porque no sabía ni una sola cosa del Uruguay. No había preguntado nada. Sólo sabía que iba a la ciudad, a la casa de una señora para atenderla en lo que ella me indicara; me imaginaba que era limpiar y alguna otra cosa más pero tampoco había preguntado. Me dijeron que me esperaban en la Terminal de Tres Cruces y que ellas me llevaban (estaban la señora con su coche y mi amiga). Pero yo viene sola, en micro, que te hacen controles en las aduanas y todo eso que yo no sabía. Me ponía muy nerviosa. Vine por Chile y cuando llegué a inmigraciones para pasarme para Argentina el control de ahí me preguntó adónde me iba, y qué iba a hacer. Y ya me había dicho la señora que tenía que decir que iba al matrimonio de mi hija en Uruguay, para poder pasar. Y te piden todo:

dirección, teléfono, lugar adónde vas, cuánto tiempo; te revisan las bolsas de viajes. No tenía idea de que iba a ser tan *así*, y cuando bajé en Argentina la mayoría de los peruanos se quedaron allí, no seguían para Uruguay. Pensé que era la única y tenía miedo porque pensé que me iban a *regresar* [devolver a Perú]. Me sentía sola, *sola*. La Terminal es bien grande y todos tenían su cédula, presentaban cédula mientras que yo tenía que intentar pasar con el pasaporte y que me dejaran llegar a Uruguay, todavía.

Yo estaba tan nerviosa que un peruano se me acerca –era navegante y venía para Montevideo–, me habla y empieza a tranquilizarme. Yo seguía sintiéndome sola y no sabía ni qué hacer, me emboté, como que me puse en blanco y no entraba en razón, de los nervios. Pero él me empezó a hablar y me contó que navegaba y que ya en Uruguay iba a conocer muchos peruanos y peruanas, que era muy bonito, que me iba a gustar porque se *estaba bien* en Uruguay. Todo cosas buenas y bonitas [me contó]. Me tranquilizó, y le empecé a preguntar qué tenía que hacer para llegar a Uruguay. Me dijo que tenía que comprar el pasaje y cambiar dinero por dinero uruguayo, que no me preocupara ni me pusiera nerviosa porque no me iban a hacer problema para llegar a Uruguay, que iba a poder llegar, que era todo más tranquilo y que no te hacían problema en la frontera ni nada. Yo le conté lo de Chile, que para mí fue horrible; yo me puse nerviosa por lo que me preguntaron tanto y tan duramente. Además, yo nunca había visto tantos *blanquitos*. Ese guardia en Chile era altísimo, muy blanco y pelado; te preguntaba de todo y en tono fuerte. El navegante se reía y me decía que no me preocupara por eso, que en Chile, en Argentina y Uruguay la mayoría son blancos, porque así es su raza; ellos son así de blancos. En Perú son todos morochos, morenos.

Él hizo todo: cambió mis *soles* [peso peruano] por plata argentina para comprar el pasaje, y también me dio dinero uruguayo (yo no sé si me engañaba, porque no entendía la moneda). Él me iba explicando pero me perdía cuántos *soles* era cada cosa. Y tenía dólares también, pero esos sí sabía, pero dinero argentino y uruguayo nunca había visto. Me dio todo y yo guardé en distintos lugares tratando de acordarme si esa era plata uruguaya o argentina, pero qué sé yo. Al ver que tenía un problema bárbaro con el dinero, me ayudó a comprar el pasaje también. Me lo dio y me dijo que salía a las diez de la noche, que faltaba un rato todavía. Se empezó a ir y me di cuenta que allí ni la hora sabía, porque yo tenía hora peruana, así que lo perseguí, y me preguntó qué me pasaba. Me dio vergüenza, pero le dije que me quería quedar con él hasta que llegáramos a Montevideo, porque tenía miedo de perder el micro. Él se reía y me decía que no iba a perder el micro, que él iba al baño. Y fíjate que tan grande era mi miedo que me quedé

quietita en la puerta del baño de los hombres, con mi valija que la llevaba de arrastre. Yo me decía: "si él se me pierde, yo qué hago, a quién le pregunto". Cuando salió, ya me estaba mirando *raro*, pero yo no dije nada. Me dijo que él iba a comer algo mientras, y lo acompañé. Lo menos que quería era comer, por el nudo que tenía en el estómago, pero igual me hice la que tenía hambre también y le pregunté qué podía pedir (porque había cosas que no sabía lo que eran, como las milanesas). Si tú no sabes y las ves así, de afuera, no se parece a nada, pero él me dijo que era carne de vaca con pan rallado, que se comía mucho eso por aquí. Después nos fuimos a subir al micro y el que recibía los boletos le preguntó si éramos pareja; dijo: "no, no nos conocemos del otro micro porque vinimos con todos los peruanos". "Entonces, los pongo separados", y así me separaron de él. Ya vinimos para acá y es muy diferente Uruguay, Argentina, del Perú. En Argentina te pones muy nerviosa porque hay tanta gente y hay mucha gente blanca (nosotros les decimos *gringos*); tú te quedas mirando como asustada, como miedosa. Pero pude llegar. Pasé diciendo que en quince días regresaba y hasta ahora me quedé. Ahora estoy intentando sacar pasaporte uruguayo para irme a España pero no es nada fácil.

Entrevistador/a: ¿Por qué pasaporte uruguayo?

Luzmila: Porque estoy aquí, y me voy a ir de aquí. Pero me comentaron que mejor es ir con papeles peruanos; antes decían que servía más el [pasaporte] uruguayo. No sé, es difícil, con cualquiera de los dos. Tienes que pedir que te pasen tus antecedentes penales de Perú a Uruguay; eso lleva tiempo y cuesta mucho dinero.

Entrevistador/a: ¿Té hubiese gustado que no hubiera habido tantos blancos?

Luzmila: No, es que te da miedo *lo diferente*. Cuando no estás acostumbrada es difícil, pero te acostumbras y ya. Además, ese guardia en Chile me trató muy duro. Si hubieran sido todos así no hubiera podido soportarlo, pero después vas conociendo...

Entrevistador/a: ¿En Tres Cruces que pasó?

Luzmila: Me llevaron para la casa en Carrasco en coche. No vi nada más que la casa de la señora durante las primeras semanas; aprendí a cómo trabajar en la casa. Después, con mi amiga, empezamos a conocer más peruanas saliendo, yendo a la iglesia, a bailar. Es difícil, pero te acostumbras a todo. Lo mismo me va a pasar en España. Sufres más al principio y después ya estás.

Carlos Valderrama

* Carlos Valderrama es director de la Asociación Cultural Uruguayo-Peruana César Vallejo y de la Casa de Inmigrantes.

Entrevistador/a: ¿En esta casa se puede residir o es sólo un lugar para dormir?

Carlos: Acá se puede dormir y se puede vivir. Pero la Casa debe servir de tránsito para que otros vengan. Por ejemplo, había un muchacho que estaba hacía dos años sin poder embarcar, (veinticuatro meses, más de setecientos días). Me decían: "¿cómo vas a mantener a esa persona? ¿Por qué no lo echás?". Pero a mí no me interesa eso. Si esto [el alojamiento] lo trato fríamente, no me sirve. Es más que algo económico. Y ahora vino este muchacho diciendo que se va a embarcar y eso me satisface. En el 2001 vimos que no solamente había peruanos que estaban en situación de calle; había chilenos, africanos, colombianos y argentinos. Y es ahí donde la casa se convierte en Casa de los Inmigrantes César Vallejo, sin ninguna nacionalidad, o sea, para todos los inmigrantes que están en la condición de inmigrantes. Inclusive recibimos a uruguayos que están en situación de calle. La pusimos al servicio de todos aquellos que estén vulnerables dentro de la sociedad.

Recién hace un año y pico está funcionando el *cyber*, que tiene una función social y comercial. Social, porque damos unos cuantos minutos a los que no tienen recursos, incluso a estudiantes y a uruguayos que no tienen un peso, para que puedan saber cómo está su correo o leer algunas cosas que a ellos les interese. Nos vemos obligados a cobrar porque esta casa se autosostiene con el voluntariado de los compañeros de la asistencia social, con el interés de un médico, con el voluntariado del que está encargado del *cyber*; ellos no cobran nada, como el que habla. Intentamos cubrir esto lo máximo posible. Alguna gente que puede abona veinte pesos para cubrir los gastos administrativos como el agua, la luz, el alquiler.

Entrevistador/a: ¿Cómo llega el inmigrante a contactarse con la Casa?

Carlos: Mirá, esta casa es conocida a nivel nacional y nos han enviado mucha gente. Por ejemplo, un policía nos mandó una vez a un colombiano que estaba perdido. Han mandado a los africanos [...] o igual también llegan aquéllos que, caminando por la Ciudad Vieja, se encuentran con la Casa. A veces llegan y te tocan la puerta: "¿quién te mandó a vos?". "Me mandó una señora", "me mandó un policía", "me mandó una institución". Así llegan hasta acá.

Entrevistador/a: ¿La Casa del Inmigrante es apoyada por el barrio y por la sociedad uruguaya en general?

Carlos: Ahora creo que sí. La prueba está en esta carta. No suelo leer estas cosas, pero a veces sí lo hago. Tengo una carta dirigida a la Embajada alemana enviada por la Intendencia Municipal de Montevideo. Esto supone un reconocimiento de lo que estamos haciendo de la propia Intendencia y ahora también del Ministerio de Desarrollo Social.

Entrevistador/a: ¿Cómo es la integración con la red de merenderos?

Carlos: Nosotros *tenemos* leche y a veces damos leche en las tardes. La red de merenderos [...] viene de antes; se creó en la Ciudad Vieja en el momento de la crisis económica. La gente comenzó a tratar de cocinarse en forma colectiva. Dentro de esa red comenzamos a trabajar.

Entrevistador/a: Estar incluido en la red de merenderos ¿qué tipo de apoyo implica?

Carlos: El único apoyo que te dan es la leche. Y esa leche tenemos que administrarla bien, porque yo quiero que vaya realmente para las personas que más la necesitan.

Entrevistador/a: ¿Cuántas personas residen aquí?

Carlos: Ahora estamos residiendo como sesenta personas.

Entrevistador/a: ¿Qué pasa cuando llega mucha gente y no tiene lugar para alojarlas a todas?

Carlos: Allí está la respuesta [señala a una señora que estaba sentada en la cama esperando para dormir]. Los trabajadores inmigrantes que vienen acá son, en su mayoría, peruanos, y llegan con la finalidad de embarcarse como tripulantes en los pesqueros. Supuestamente, cuando vienen tienen que pagar lo que les corresponde, pero se les da facilidades: son treinta pesos por día (aunque un 60% *vuela* para otro lado).

Entrevistador/a: ¿Luego de embarcarse consiguen el dinero?

Carlos: Claro, se van a la mar, pero antes pueden estar tres meses, un año, un año y medio sin poder embarcarse, y entonces, ellos no pagan un peso. Pero cuando ya están embarcados, algunos tienen doscientos o trescientos dólares y tendrían el deber de abonar el tiempo que estuvieron acá. Es un contrato que hacemos, sea de palabra, sea con un documento, pero los compañeros no realizan esa retribución. Hay un 40% que responde y un 60% que no. Hay gente que no puede embarcarse y luego de cinco, seis meses, retorna al Perú; a ellos la casa les subsidia. Toda esta modalidad es nueva. No nos consideramos un comercio sino un apoyo a la

gente. A mí me joroba, por ejemplo, que haya gente que puede estar en otros lugares donde se les puede dar un espacio, pero no sé qué pasa y vienen para aquí. Creo que hay cierta indolencia con la gente que está en situación de calle.

Entrevistador/a: La Casa está apoyada por un grupo católico. ¿Hay algún culto que se practique en la Casa?

Carlos: No. A veces vienen los mormones y nosotros no les decimos que no. Está abierta para todas las personas. Cualquiera que venga a hacer actividades y a crear una conciencia que le permita al inmigrante y a las personas salir adelante, bienvenido sea. Pero si alguien viene haciendo *macumbas* o cosas así, no, no. Las cosas malas déjenmelas en otros lados. Siempre que se venga a hacer cosas positivas, se permiten. Inclusive, cuando alguien llega con cierto pesimismo, ya le estamos diciendo algo para que cambie el humor.

Entrevistador/a: ¿Los peruanos que llegan profesan alguna religión?

Carlos: La mayoría es cristiana, no católica. No concurren a iglesias ni siguen los ritos de concurrir a misa. Algunos, muy pocos, concurren a los grupos adventistas, a la Iglesia protestante. Pero van porque los llevan, van porque estuvo una amiga.

Entrevistador/a: Cuando llega un peruano a Uruguay ¿tiene que registrarse?, ¿tiene que concurrir a la Embajada?

Carlos: No, normalmente le dan la visa por noventa días y después, algunos, si Dios quiere, se van a registrar a la Embajada peruana. Es para saber cuánta gente llega, cuánta gente se va, pero en realidad no se lleva un registro *de verdad*.

Entrevistador/a: ¿La Embajada tiene algún tipo de plan de apoyo, de ayuda?

Carlos: Nada, nada. El mejor apoyo es lo que estamos haciendo nosotros acá; no es porque yo esté acá, es que la gente nos dice eso.

Entrevistador/a: ¿Cómo se organiza la casa?

Carlos: Mirá, tenemos cuartos alojamientos. Cada uno tiene cuatro camas en dos cuquetas; otros tienen tres cuquetas (son seis camas entonces). La gente se va acomodando a las circunstancias. Lo que tenemos está especificado: cuquetas para uruguayos que están en situación de calle y otras para inmigrantes.

Entrevistador/a: ¿Esa distinción por qué es?

Carlos: No es por ningún conflicto. Un día –esto lo cuento porque son cuestiones anecdóticas que a veces pueden describir– estábamos aquí almorzando (habría unas diez nacionalidades: un colombiano, chilenos, peruanos), entonces, un uruguayo me dice: "será que siempre tenemos que probar la comida peruana aquí". Yo le dije: "pero si el cocinero es peruano, la mayoría aquí son peruanos, vivimos acá colgados de la red, ¿qué quieres que haga?".

Entrevistador/a: ¿La comida de alguna forma influye?

Carlos: Claro, porque se identifican; pero más que eso, a veces. El inmigrante quiere dos cosas: tener el afecto de alguien que le diga: "mira, estamos contigo. Estoy con problemas pero estamos contigo" y que lo haga sentir bien. El inmigrante viene ya con ganas de trabajar, aunque sea de cualquier cosa, pero con ganas de trabajar. Porque no te olvides que tiene compromisos familiares que asistir.

Entrevistador/a: ¿Ustedes trabajan con alguna ONG, con alguna empresa?

Carlos: Tenemos al CIPFE (Centro de Investigación y Promoción Franciscana y Ecológica), cuyo director es Pedro Constini, y que fue el único que respondió de tantas ONG a las que les planteamos que nos ayudaran, cuando estábamos por perder la casa. Porque la casa la adquirimos inicialmente por pecunias nuestras, pensando que esto podía funcionar. Vino la crisis en el año 2002 y perdíamos la casa, porque estábamos pagando mil dólares por mes y era imposible seguir pagando al Banco Hipotecario. Así tocamos cincuenta mil puertas. El único que creyó en este proyecto fue Pedro Constini, que es el cura franciscano, director del CIPFE. Y nos sigue apoyando, ahora más que económicamente nos da la infraestructura que el CIPFE tiene, y que es muy importante. Yo, supuestamente, estoy trabajando como funcionario del CIPFE. Eso nos ha posibilitado contrarrestar el propio espíritu xenofóbico de algunos jovencitos que nos rompieron la puerta, que nos tiraron balazos, que golpean a la gente, y también de la propia Policía.

Entrevistador/a: ¿La Policía?

Carlos: La policía siempre tuvo –ahora ha cambiado un poco– un espíritu xenofóbico, sobre todo contra los peruanos. Yo los entiendo, porque [...] hay peruanos con una cultura, costumbres y hábitos totalmente diferentes a los de los uruguayos.

Entrevistador/a: ¿Y eso genera rechazo?

Carlos: Claro, eso genera *desadaptación*. En la medida en que los muchachos no entienden que están en un país que no es el suyo, que tiene una cultura y hábitos diferentes que tendrían que respetar, quieren imponer las costumbres del Perú. Y son costumbres que molestan a los uruguayos, por ejemplo, el ruido, el estado alcohólico de los peruanos. Eso fastidia. Acá venían – ahora han cambiado un poco y va cambiando, porque es un proceso– y no respetaban nada; te venían mareados, te tocaban la puerta con violencia. Lógicamente que eso perturba no sólo a los que viven en esta casa, sino a toda la vecindad.

También hay una resistencia a organizarse por parte de los trabajadores inmigrantes peruanos. Es que esta gente se formó en un período de Estado del terror: la época fujimorista. La universidad militarizada, los sindicatos militarizados, las fábricas militarizadas. Entonces, existe un miedo y un temor, un pánico a organizarse. Eso se reproduce. Con todos esos elementos negativos vienen acá y tienen miedo. Muchos, inclusive, venían apoyando a Fujimori y nosotros acá les decíamos: "¿por qué [apoyas] a Fujimori?". Y contestaban: "porque hizo las calles bonitas". "Pero bueno, ¿por qué estas acá?", les preguntábamos. "¿Por qué te ves obligado a dejar tu país, a las mujeres, dejar a tus hijos de tres o cuatro años, y venirte a trabajar a Uruguay?".

Entrevistador/a: ¿Y el hecho de que la Casa sea una asociación cultural, no les genera desconfianza?

Carlos: Claro. Pero ahora se va perdiendo el miedo; es un trabajo que venimos haciendo. Supuestamente, yo estaba acusado de pertenecer al Partido Comunista del Perú y a Sendero Luminoso. Entonces, lógicamente, la propia Embajada y el propio Consulado habían sembrado pánico para que nadie se acercara. Hace un año las cosas cambiaron. Ahora pertenezco, inclusive, al Consejo de Consulta de la propia Embajada peruana. El Consejo es un organismo independiente y no independiente de la Embajada. Todos los peruanos que fueron a esta reunión me eligieron, me votaron. Ahora las relaciones con la Embajada son como tienen que ser. Por más que esté refugiado, soy peruano.

Entrevistador/a: ¿Ahora tiene apoyo?

Carlos: No, ningún apoyo, pero vamos tratando. Por ejemplo, existe la Convención Internacional de los Trabajadores Inmigrantes de 1990, que estamos intentando que se aplique en todos sus artículos y que se respeten los derechos de los trabajadores inmigrantes y de sus familiares. Además, venimos haciendo actividades en el Día del Inmigrante, que existe a partir del 18 de

diciembre del 2003. El año pasado, el 18 de diciembre de 2005, nos invitaron a una actividad en el Cabildo en donde estuvo la ministra del Ministerio de Desarrollo Social, Marina Arismendi, y un representante del Ministerio de Relaciones Exteriores, Fernando Lubris. Estuvieron presentes también una serie de organizaciones. El Uruguay aprobó esta Convención Internacional y la hizo ley, la Ley 17.107. Aprobó los noventa y cuatro artículos de la Convención, pero no la aplica. Es una de las razones por la que estamos en conversación en una Comisión a nivel del Ministerio de Relaciones Exteriores, trabajando para que el Uruguay la pueda aplicar. Uruguay tiene que exigir a otros países del mundo, donde hay inmigrantes uruguayos, que se cumpla con la Convención Internacional respecto al trato de estos países con los uruguayos que están como trabajadores inmigrantes. ¡Y cómo lo va a hacer si no empieza por casa!

Entrevistador/a: ¿El Estado uruguayo ha sido receptivo a estos pedidos?

Carlos: Mirá, yo creo que en el Gobierno uruguayo existía xenofobia. Se quería responsabilizar a los inmigrantes peruanos de la crisis económica que estaba viviendo el país. ¿A quién le echamos la culpa? Se trataba de culpar a los inmigrantes peruanos. Pero eso se ha ido superando; inclusive, antes del Gobierno frenteamplista. Quizás nosotros hemos jugado un papel importante en ésta situación: hemos sufrido que nos rompan la puerta, hemos sufrido atentados, que nos rompan los vidrios de las ventanas, pero seguimos peleándola.

Entrevistador/a: ¿Y la Policía?

Carlos: [...] Nosotros no respondimos a las agresiones hechas por algunos jovencitos. Acá hubo un día en que nos rompieron la puerta –y lo recuerdo muy exactamente, era un 15 de abril de 2003– y casi me tiran todo abajo. Había compañeros peruanos pescadores que querían salir a responder; había como treinta con palos y querían salir a responder, a defenderse. Yo les dije que no salieran, que no podíamos responder de la misma forma en que habíamos sido agredidos.

Entrevistador/a: ¿Llamaron a la policía?

Carlos: Claro, llamamos a la Policía. Otro día, el 17 de julio del 2002, vinieron unos *guachitos* y me dispararon; no me mataron porque la bala entró por debajo de la puerta. Es un grupo que actuaba con un espíritu xenofóbico. A veces los espíritus xenofóbicos no se dan por casualidades. No eran delincuentes, porque los delincuentes no te van a tirar pintura en la puerta (un galón de más de cuatro litros cuesta más de cuatrocientos pesos). El delincuente necesita ese dinero para el porro, lo necesita para la pasta, lo necesita para el *tulú*, pero no te va a tirar al

aire. Son grupos organizados xenofóbicos de gente muy joven. Nosotros no respondíamos a ese tipo de agresiones. Los tipos querían que vos respondieras, pero si respondés a eso perdemos nosotros. Entonces, tienes que recurrir a la Policía, desgraciadamente. La Policía está para cuidar el orden, y a ellos tenemos que reportarlo.

Entrevistador/a: ¿Los peruanos piensan en regresar al Perú?

Carlos: La gran mayoría quiere retornar. Quieren trabajar en el barco en la mar; luego comprar su terrenito, comprar su casita, la construyen... Después, ponen algún almacencito o se compran un auto para taxi. Porque allá, si tienes un auto, ya lo puedes hacer taxi; no es como acá que hay que comprar la chapa, es diferente.

Entrevistador/a: ¿Se mantienen informados de la vida política de allá? ¿Concurren a las votaciones aquí?

Carlos: Acá, se inscribieron para las votaciones más de setecientas personas y solamente han votado quinientos cincuenta. Hay muchos que no han regularizado su domicilio y no se registran. Debe haber unos dos mil, tres mil peruanos en Uruguay. Es poco, porque en Argentina hay unos doscientos mil, en Chile hay ciento veinte mil. Son poquísimos, pero tres mil para Uruguay son tres mil.

Entrevistador/a: ¿Los peruanos generalmente se casan entre peruanos?

Carlos: No. A veces se casan entre peruanos, pero la mayoría de las peruanas se casa con uruguayos. Los peruanos también; ya algunos residen acá, conocen a alguna muchacha y hacen su familia. Yo les digo que para el estudio de sus hijos éste es el mejor país de Latinoamérica. Ustedes tienen un privilegio que no existe en Perú; si quieren estudiar van a conseguir hacer la carrera. Para la Universidad San Marcos, por ejemplo, se postulan ochenta mil para tres mil vacantes. Yo tengo aquí a mi hijo estudiando y veo cómo le exigen cada vez más.

Entrevistador/a: ¿Hay mucha diferencia entre el español que hablan los uruguayos y el que hablan los peruanos?

Carlos: No. Lo que pasa es que usamos términos diferentes: palabras que ustedes utilizan de una manera e interpretan de una forma, nosotros lo hacemos de otra. Te voy a contar una cosa que nosotros siempre sacamos al aire y explicamos. Mi hijo estaba comiendo un durazno en la jardinera y me dijo: "papá, yo le dije a mi amigo que estaba chupando la pepa y todos se rieron". Nosotros decimos pepa al carozo, la semilla. O, por ejemplo, me decía: "papá, no sé qué pasa

que cuando yo digo voy a coger a la persona, se ríen". Eso no se dice. Esos términos muchas veces te complican. Por ejemplo, cuando yo trabajaba en el Mercado Modelo, *boniato* para mí no es boniato, es camote. Lo que ustedes llaman *banano*, para nosotros es plátano. *Chaucha* para nosotros no es chaucha, es alverjitas. Son términos diferentes, pero el castellano es el mismo.

Entrevistador/a: Dan respuestas más cortas, también, ¿no?

Carlos: Sí. Ellos dan contestaciones cortas, a veces incoherentes. Es el nivel cultural; tienes que entenderlos. Porque los que han emigrado a otras partes de América Latina son sectores muy atrasados, gente que no tiene experiencia en migración y eso también se refleja. No es el idioma. Es que se sienten marginados, y ellos se automarginan también, ellos se aíslan. Es por eso que forman como guetos.

Entrevistador/a: ¿Los vecinos de la Ciudad Vieja hacen reclamos con respecto a los inmigrantes?

Carlos: Ahora ya no, hay pocos, pocas situaciones de queja de la gente. Antes, en el 2002, la Policía y la gente decía que acá vendíamos drogas, vendíamos esto, vendíamos aquello. ¡Imagínate vender estupefacientes! No estaríamos viviendo acá.

Entrevistador/a: ¿Podría destacar tres contribuciones positivas que hagan los inmigrantes peruanos a la cultura uruguaya, a los uruguayos?

Carlos: Yo diría que la primera es la solidaridad. La segunda es que nosotros no nos *quedamos*, y la tercera es la alegría. Te explico, cuando estábamos haciendo las reformas en esta casa, nos decían cómo íbamos a hacer las reformas con toda la gente, y yo les respondía que así construimos nosotros. Y así la estamos transformando, con gente adentro. No dejamos de hacer las cosas. Los uruguayos hablan mucho, pero no son muy ejecutivos. Yo soy concejal acá, en al Ciudad Vieja, y a veces los escucho hablar; se habla durante tres horas. Nosotros estamos haciendo. Había un muchacho uruguayo; le digo que voy a hacer los baños arriba y él me decía que no, que los baños quedarían [sic] chicos. Yo le dije: "mirá, acá hay que ser práctico y funcional: vamos a hacer los dos o tres baños y después, veremos". Vamos a ir arreglándolos después, pero primero los hacemos. Lo que nosotros podemos aportar, y estamos aportando, es [enseñarles] a ser ejecutivos. Esos tres aspectos: la solidaridad, la decisión y la alegría.

Entrevistador/a: ¿Y cuáles son las tres principales dificultades de integración que ustedes afrontan?

Carlos: Primero, lo cerrado que son los uruguayos; son muy cerrados. No te permiten ingresar a su entorno y son muy celosos con su propia intimidad familiar. No ingresan a su casa, ni a su vida. Nosotros somos, en ese aspecto, muy abiertos; si alguien quiere ingresar a tu vida, se la abres. Además, los uruguayos no aceptan críticas; no son autocríticos. Es la verdad: no tienen humildad. En cambio, nosotros somos muy autocríticos, no todos, lógicamente, pero eso es parte de la idiosincrasia. Criticamos y nos criticamos, corregimos y avanzamos. Tampoco nos quedamos en la autocrítica destructiva; eso no nos sirve. El uruguayo se cree que las cosas que hicieron, las hicieron, y no hay críticas que valgan. Yo creo que el ser humano tiene que ser humilde. Eso es lo que tiene mi hijo, por ejemplo: no es humilde. Luchamos para que lo sea, porque la humildad (sacada de una frase de Mao) es cosa de los grandes hombres.

Entrevistador/a: ¿Cómo mantienen sus costumbres los peruanos en Uruguay?

Carlos: No te olvides que la inmigración que ha venido al Uruguay es el sector más atrasado del Perú. Ellos son mucho más resistentes a integrarse y a reinsertarse socialmente; se resisten y por lo tanto se automarginan. Esa automarginación, lógicamente, se convierte en un problema. En el Perú hay mucho racismo, un racismo mucho más intenso que acá, mucho más fuerte que acá. Ya te he dicho que hay diversidad de formas culturales en Perú, diversidad de razas. El cholo margina al blanco, el blanco margina al negro. Hay una marginación y un racismo muy profundizado en el país.

Entrevistador/a: ¿A quiénes se les dice *cholos*?

Carlos: *Cholo* se le dice a la mezcla del indígena con el español; al serrano generalmente [se le dice así] porque son de los Andes. Habrá muy pocos que sean verdaderamente descendientes de los indígenas; ya todo está todo mezclado.

Entrevistador/a: ¿Cómo hace un peruano que viene para mantener sus comidas?

Carlos: El trabajador inmigrante –y eso debe pasar con los uruguayos que salen fuera del país, para quienes la carne es la base de la comida– tiene que acostumbrarse y resignarse. El que va como trabajador inmigrante va a *lucharla* y se va a tener que resignar o adaptar más o menos a las condiciones culinarias. Acá, por ejemplo, se cocina de todo, y se tiene que aceptar lo que hay. Y bueno, como están cerca del puerto, salen a *requechar* [sic] pescado de cualquier lado.

Entrevistador/a: ¿Consiguen pescado?

Carlos: Claro. Lo que pasa que acá no lo saben utilizar. En Perú comemos hasta la cabeza del pescado, y comemos bien. Ustedes no están acostumbrados a comer pescado y quieren comer pescado *puro filete*. En Perú se come todo, no se pierde nada. Hasta las espinas se comen. Hay lugares en donde comen las espinas del pescado: lo fritan en aceite bien caliente y las espinas se convierten en algo crocante. Fritan un pescado en aceite bien caliente, sin harina, sin nada, y se come todo, no queda nada. Depende de las costumbres. La carne de chancho ustedes no la comen y nosotros hacemos chicharrones con la carne de chancho. De la longa de chancho con hueso, de esos cerdos viejos de cinco, seis años, se saca la manteca, y a la vez te comes esa carne. Se pone en el sartén tres o cuatro horas y ahí se va cocinando. En el perol salen unos chicharrones, o sea, la carne de cerdo sin grasa, y eso uno lo come con choclos. Pero acá no hay maíces grandes; acá hay un choclo que para nosotros [...] es para el pollo, porque es el que se desgrana para darle a los pollitos. El choclo nuestro, o sea, el choclo verdaderamente, es más o menos grande, es rico, dulce, suave. Lo comes con el queso. Eso en el Cuzco se come y en todo el país. Hay una chicha morada que nosotros sacamos del maíz morado. Es ésta y les voy a dar para probar; es un refresco que en Perú se hace mucho porque te baja la presión. En Perú hay muchas plantas curativas como el rocoto, que es el ají muy picante, que es cauterizante para las úlceras.

Entrevistador/a: ¿En los hospitales públicos les hacen algún problema para recibirlos?

Carlos: Ahora estamos en la lucha, tratando de coordinar con la Intendencia Municipal de Montevideo para poder tramitar el carné de salud, el carné de asistencia del pobre. Acá hay una solidaridad, también, que ayuda mucho; tenemos compañeros, que son médicos peruanos, y tratamos de dar una mano. Si [una persona] está en una situación muy difícil, si está delicada de salud, entonces, hay que apoyarla.

Entrevistador/a: ¿Acá, en la Casa, se festeja alguna fecha o acontecimiento en especial? Por ejemplo, ahora que se viene el Día de la Independencia del Perú, ¿se hace algo?

Carlos: Sí, hacemos algo especial. La Embajada peruana celebra esto: se conmemora el ciento ochenta y cinco aniversario de la independencia del Perú. Lo vamos a celebrar con una misa. Uno trata de participar de esta misa, que va a ser el 30 de este mes de julio con toda la colectividad, con toda la colonia peruana, en la Iglesia de los Inmigrantes; es una Iglesia italiana, por allá, por Avenida Italia. Y el 28 la Embajada hará una muestra de unos veinte cuadros en el museo Zorrilla y van a exponer también todos los trabajos de plata que se aprecian en Perú. Es interesante y va a estar abierto a todo público durante treinta días, mostrando un poco lo que es

la alfarería peruana. Perú está reconocido por eso: la alfarería, los trabajos de plata, los trabajos en filigrana, en oro, son de los mejores de América Latina, porque generación tras generación ha ido transmitiendo el trabajo.

Entrevistador/a: ¿Existe algún lugar de comida típico peruano?

Carlos: Sí. Existen, por ejemplo, dos lugares, tres lugares, que están en 25 de Mayo y Juncal; preguntas por ahí dónde hay comida peruana y te van a decir. Son peruanos y están uno casi frente al otro. El otro lugar está entre Mitre y Piedras y se llama La nueva esperanza [...]. Y otro lugar donde vas a encontrar baile muy típico del norte es en Machu Picchu. Tengo un problema con el japonés [dueño], porque es una ofensa al Machu Picchu; éste es un patrimonio histórico de la humanidad y un lugar donde la gente va a bailar no puede llamarse así; es un asco. Lo administra un japonés, pero es una *bailanta* peruana, donde va toda la gente peruana. Ahí vas a ver tú cómo bailan en el Perú.

Entrevistador/a: ¿La fundación de la Casa del Inmigrante también se celebra?

Carlos: Sí. El 16 de abril, que es el día del nacimiento de César Vallejo. Vallejo, para nosotros, es un símbolo (como poeta revolucionario) y hacemos siempre un acto; aunque sea recitamos *Los heraldos negros* o *Masa*. *Los heraldos negros* es un poema de mucha profundidad de Vallejo, que muere como un poeta revolucionario en la época del 30; murió en el exilio, pobre, tuberculoso.

Entrevistador/a: ¿Casi siempre hay peruanos parados en la esquina de la calle Misiones y la rambla ¿qué hacen allí?

Carlos: Es la agencia Barros. Eso es lo que nosotros llamamos *hacer boya*. *Hacer boya* quiere decir que la persona está parada esperando que la agencia lo llame o lo solicite. "Estoy *haciendo boya*", "voy a la *boya*" [...] [significa que] estoy parado allí en la agencia; puede ser en Transchil, en Barros, en la Mar Platense o en la Santa Ana. Están parados allí porque se enteran qué barcos llegan, de qué agencias y si van a necesitar marinos o no. Es una costumbre. Uno va aprendiendo esas costumbres.

Entrevistador/a: ¿Hay otra casa de inmigrantes en Uruguay?

Carlos: No. Ésta es la única. Esto es un *globo de ensayo*. A muchos les gusta porque ni en Argentina hay algo como esto, no hay en otro lado. Y ves que estamos sacándolo con mucho esfuerzo.

Entrevistador/a: ¿Y otro tipo de asociaciones?

Carlos: Sí. Mirá, hay otras organizaciones que, de una u otra manera, dirijo o participo. Por ejemplo, hay varios SEDHU [Servicio Ecuménico para la Dignidad Humana] que trabajan directamente con inmigrantes. Pero nosotros somos diferentes porque acá algunos viven y conviven. Ninguna Embajada nos ha dado nada, ni una cama, ni un colchón, y hemos tenido inmigrantes de todas las nacionalidades. Pero ninguna fue capaz de darnos algo. El SEDHU, como organismo, si nos apoya, nos da una mano bárbara; es parte de la estructura. Cuando hemos hecho alguna actividad, como el Día del Inmigrante, hemos sido invitados por el Gobierno uruguayo. Esta es una experiencia nueva en América Latina.

Ahora tenemos como treinta peruanos aquí, pero van y vienen, no son las mismas caras. Por ellos he aprendido sobre el trabajo en el mar: la marea corta, la marea larga, trabajar en factoría, en cubierta, ser cocinero, ser chef... El único tema del que ellos te hablan es ese. Esto, para mí, también ha sido muy importante, porque uno va viendo de todo. Vamos a seguir peleándola.

IX. LOS RUSOS

Dina Surchinsky Conovalov e hija (entrevista colectiva)⁸

[Comienza mostrándonos fotos y comentándonoslas].

Dina: Ésta es la edila y el edil del Frente; éstos son otros queridos, Roslik con su bebe en brazos. Ésta es mi mamá. Esto es Montevideo, por que ella no se vino directamente para acá. Mi mamá tenía diecinueve años cuando vino y allá se conoció con mi papá, que era polaco. Vino por Buenos Aires cuando se juntaron. Ella te va a contar la otra versión, por que acá, en San Javier, hay dos versiones de la gente que vino con Lubkov. Ésta es la casa que tenían en la isla La Paloma, de dos pisos porque se inundaba. Mi papá era asmático, carpintero, entonces, el aserrín le hacia mal y se dedicó a las colmenas. Mis abuelos vivían en un conventillo; allí se conocieron con mi abuela y se casaron, pero como sabían que había una colonia de rusos se vinieron para acá. Mi mamá ya estaba embarazada de mí en el año 29; Dalila, mi hermana, había nacido en Montevideo; ya tenía cinco años.

Entrevistador/a: Tus padres vinieron con sus abuelos para el Uruguay, ¿pero ellos se quedaron en Montevideo?

Dina: Un tiempo después se vinieron para acá. Ellos ya estaban acá cuando vinieron mis padres.

Entrevistador/a: ¿Vinieron con las mismas personas que vinieron con Lubkov?

Dina: Sí, mi abuelo era el del culto...

Entrevistador/a: ¿Qué le contaba su mamá de la vida en San Javier cuando llegaron?

Dina: Yo me acuerdo todavía. Cuando llegaron a Montevideo pasaron las de Caín: vivían en un conventillo. Tengo una foto del conventillo. Lo primero que hicieron fue acomodarse a las costumbres de acá. Mirá la cantidad de mates que tienen: [...] cinco mates para catorce personas. Ya desde el principio tomaron mate. Cuando mis papás vieron, la primera vez que tomaron mate me hicieron tomar. Compraron la yerba, echaron una cucharada de yerba [...] y seguro no salía nada. Entonces, le hizo agujeros más grandes a la bombilla [risas].

Entrevistador/a: ¿Usted nació acá, en San Javier?

Dina: Sí, pasé toda mi vida acá

⁸ La entrevista iba a ser solamente a Dina Surchinsky, pero terminó siendo una entrevista de carácter colectivo.

Entrevistador/a: ¿Qué recuerda de cuando era chica, de cómo era su casa, de las cosas que se hacían?

Dina: Nosotros tuvimos una infancia linda, no en abundancia, pero tampoco en extrema pobreza. Mamá cocinaba cosas; ellos trajeron muchas costumbres de comida de allá. Pero allá hacia frío, se comía, por ejemplo, de mañana huevo frito con tocino, por el frío; y acá hacia calor y seguíamos comiendo mucha harina.

Entrevistador/a: ¿Qué comidas típicas se cocinaban?

Dina: Comíamos de todo. Ellos se adaptaron a las costumbres de acá, pero había cosas que conservaban. El pan se hacía en la casa, había horno de barro, se levantaba toda la noche el pan con la levadura, unos panes bárbaros. Eso después iba al horno; se aprovechaba y se ponían también boniatos, se hacían unas masitas o se ponía girasol.

Entrevistador/a: ¿Y a la Iglesia, a la Sabraña, iban?

Dina: Ella no iba [su madre].

Entrevistador/a: ¿Y qué pensaba ella de la Iglesia? ¿Cuáles eran sus ideas?

Dina: A Lubkov, no lo quería.

Entrevistador/a: ¿Y por qué no lo quería?

Dina: Eran ideas. Ella integraba, en la Segunda Guerra Mundial, el Comité de Pro-ayuda a la Unión Soviética. Se tejían pasamontañas, se organizaban grandes festivales para ayudar.

Entrevistador/a: ¿Y dónde se hacía eso? ¿A esa altura ya estaba el Máximo Gorki o estaba el Centro eslavo?

Dina: No, era el Centro eslavo, que después paso a ser el Máximo Gorki.

Entrevistador/a: Y ahí se juntaban para hacer cosas para llevar a Rusia...

Dina: Sí.

Entrevistador/a: Así que su mamá no iba a la Iglesia, ¿pero su papá?

Dina: Mi papá era polaco, y viste que los polacos son católicos. Papá era analfabeto y yo le decía: "papá, vos sos polacos", y él decía: "¡no soy católico!". [Risas]. Y quien iba a cambiar los iconos, y que se yo

Hija Dina: Eran muy anti... Eran bastante así; acá, las religiones, nada.

Dina: Ella [la madre] se formó sola; aprendió sola a leer, iba al cine, al Máximo Gorki a buscar literatura. Después con la dictadura quemaron todo...

Hija Dina: ¿Cómo aprendió la Baba [abuela] a escribir en castellano?

Dina: Ella sola.

Hija Dina: Sí, pero ¿qué era lo que copiaba? ¿No era que copiaba las canciones de aquellos libros, que eran tangos?

Dina: Yo no me acuerdo de eso. Ella no fue a la escuela; aprendió sola a leer y a escribir en ruso y castellano. Y leía bastante, los libros de historia que traía del liceo se los comía todos.

Hija Dina: Ustedes no se acuerdan, pero existían los cancioneros que traían las canciones de aquella época: tangos vidalitas. Te acordás que tenía un cuaderno y ella los copiaba todos; copiaba las canciones para aprender a escribir en castellano

Dina: Y leía, leía mucho

Entrevistador/a: Así que copiaba en cuadernos los cancioneros y así aprendió el español...

Dina: Y siempre era sorprendente lo que trabajaba esa *mujerella*: aprendió a coser y era modista; se especializaba en pantalones, como de *jean*, en mamelucos, camisas. Nos cosía todo a nosotros y para afuera también.

Entrevistador/a: ¿Lo de coser y bordar lo aprendió acá o lo trajo con ella?

Dina: [Falta texto]. Fijáte que ella tenía diecinueve años no más; era joven cuando vino. De donde venían, la gente era muy pobre.

Entrevistador/a: ¿De qué parte de Rusia vino?

Dina: De Orel

Hija Dina: Y eran muy del teatro... (No sé dónde están las fotos).

Dina: Por que cuando vinieron ellos siempre tenían un *fondo* de cultura. Nos alumbrábamos con unas lamparitas, no había luz, nos reuníamos y cantábamos, pero antes, los padres hacían teatro con trajes típicos, coros, voces. Están por ahí las fotos de la baba. Se juntaban los padres para hacer el espectáculo para los hijos. Y con eso se distraían. Había hombres también y mujeres.

Entrevistador/a: ¿Usted se acuerda de haberlo visto?

Dina: Sí, yo era chica (no siempre fui vieja).

[La hija busca fotos y nos muestra].

Hija Dina: Éste es mi abuelo.

Dina: Ahí está mi hermana. Había mucho fondo, mucha quinta, un pozo de agua y el aljibe para juntar el agua dulce. Éste es mi hermano. Acá mamá y su hermana, las dos en dos piezas en la playa. Otras fotos de la isla La paloma. Una foto en la escuela vieja...

Entrevistador/a: ¿Qué recuerda de la escuela?

Dina: Todavía hay compañeros...

Entrevistador/a: ¿A qué jugaba?

Dina: A la payana. Al escape íbamos y robábamos un niño y bueno...

Hija Dina: Y al concurso de bolita.

Dina: Con una vecina jugábamos a la bolita y al trompo.

Hija Dina: Y era campeona, le ganaba a los varones.

Dina: Mi papa trabaja en esto primero, en las lanchas: hacia el viaje de San Javier a Paysandú en la *volga* (transporte).

Entrevistador/a: ¿Ustedes siempre mantuvieron contacto con Paysandú?

Dina: Sí, siempre, y más que con Fray Bentos, que queda a tras mano.

[Seguimos viendo fotos y hablando sobre ellas].

Dina: Viste que mi mamá es morocha y con ojos celestes, y mi papá también es morocho. Mi hermana es rubia de ojos celestes como yo y tiene un nieto de ojos celestes. Les voy a hacer una confidencia familiar: mi abuelo era drogadicto. Tú sabes que era asmático y donde encontraba el alivio (mira qué precursor) mi abuelo era en las flores del floripón, la trompita de elefante. Se dice que se usa como droga. Él me mandaba a la casa de un vecino a buscar y juntaba algunas secas del piso, las picaba y las ponía en un tarrito y cuando estaba muy atacado prendía y aspiraba. Todavía me acuerdo del frasquito. Él ponía un poquito en la tapa y aspiraba;

viene a suplir al broncodilatador (en aquella época no había nada). Se dice que son alucinógenas. A él le hacía un efecto que lo mejoraba, porque papá era muy fumador. Con el aserrín tuvo que dejar y se fue a La Paloma.

Hija Dina: El centro de la vida era la cooperativa, entonces, él entregaba los tambores de miel, y después sacaban para todo el año. Hacéle el cuento de la radio que compró.

Dina: Vos sabés que la isla era inundable. Papá vino con la novedad de la radio. Pero una creciente se nos llevo todo, quedamos sin nada, perdimos todo, quedamos en la nada. Tuvimos que devolver todo. Una tristeza.

Hija Dina: La sacó a crédito, [...] pero como la inundación se llevo la colmena...

Dina: Se usaba con baterías, no había corriente. El rito en la tarde era limpiar el tubo de las lámparas.

[Falta texto].

Dina: [...] Las cosas se compraban por bolsa, no por peso como ahora, de harina, de grasa. Prendíamos fuego en hornos de ladrillo y barro. Vos veías los ranchitos precarios, pero bien limpios, blanquitos, hasta las sabanas, todo.

Entrevistador/a: ¿Todo hacían ustedes o traían de Paysandú?

Dina: Se criaban los gansos y se les sacaban las plumas y se hacían los colchones. Se secaban los orejones y se hacían los dulces para el invierno

Entrevistador/a: ¿Eran tareas de las mujeres y de los hombres?

Dina: No, todo de las mujeres. Trabajaban todo el día las mujeres; trabajaban más que el hombre. Los viejos se iban al bar y las mujeres se encargaban de todo: de la chacra, las vacas las gallinas. Y el hombre en el boliche

Entrevistador/a: ¿Y los bailes? ¿Cuándo hacían los bailes?

Dina: Primero, se hacían mucho en las chacras. Polcas rastreras, todo eso... Y se juntaban y se iban a las chacras; se juntaban en la casa de uno. Después, se juntaban en el Centro eslavo. Recuerdo que enseñaban ruso, también.

Entrevistador/a: ¿Cuando era chica hablaban ruso usted y su hermana?

Dina: Entendíamos muy poco. Vos sabés que [hablábamos] más español. Pero siempre te queda eso de los bailes, que te emociona.

Entrevistador/a: Entonces, ayer fue muy emocionante ver los bailes...

Dina: Sí, para mí lo de ayer es de antes, porque cada provincia tenía sus bailes (eso que vino era de Voróñez, porque Lubkov era de allá) [...]. Ayer me impresionaron los "cosos" esos, los hombres.

Hija Dina: Bueno, ese es otro problema, que viene del terror que nos inundó en la dictadura. Tenemos mucho miedo al uniforme, por que [...] éste fue un pueblo ocupado por la dictadura militar, entonces, nos da miedo cualquier uniforme.

Dina: Precioso el espectáculo; les mostraron todo lo de antes, de esa provincia, por que cada una tiene sus costumbres, sus bailes.

Entrevistador/a: ¿Y sus padres no le hicieron problema porque no se casó con un ruso?

Dina: No, mi mamá no estaba tan arraigada a las costumbres de antes. Ya en esos tiempos, ya todo éramos cruzados.

Hija Dina: Los padres de ellos fueron especiales. Ellas fueron al liceo, las mandaron a Paysandú a liceo.

Entrevistador/a: ¿No era común en esa época?

Hija Dina: No, [...] fueron privilegiadas. La Ana Casternov y vos [le dice a la madre] nomás, y no porque ellos fueron de familia rica, porque la Casternov, la hermana de Catia, era gente acomodada, pero ellos no. Ellos pensaban que la educación era importante.

Entrevistador/a: ¿Era importante para ellos?

Hija Dina: Sí, y ella [la madre] siempre fue una mujer que trabajó fuera de casa

Dina: Yo trabajé veintidós años de encargada; era modista. ¡Éramos tan pobres! [Risas].

Hija Dina: Ella tenía dos hermanos que murieron.

Dina: Sí, dos en el conventillo. Murieron de congestión en Montevideo.

Entrevistador/a: ¿En qué año nació?

Dina: En el año 29. Lubkov no estaba en el 29.

Hija Dina: Sí, pero la Iglesia seguía con el culto.

Entrevistador/a: ¿Y la gente seguía viviendo según el culto?

Dina: Seguro. Pero la gente empezó a venir. Claro, llegaban emigrantes a Montevideo y les decían que había una colonia rusa, entonces, se venían. Pero no seguían con las mismas cosas. Bueno, hay un sector que estaba con el culto, pero otra cantidad de gente no. Por ejemplo, en la casa, en el año 33, antes del golpe de Terra, matan a Julia Scorino en un acto político de mujeres. Venía Julia Arévalo (era la abuela de Julia Moller); fue la primera senadora comunista [...]. Había un Comité de mujeres rurales y ella vino (fue en enero, cuando la fecha de nacimiento o de muerte de Lenin, ellos tienen otro calendario). Se hizo un acto político de las mujeres agrarias y el golpe de Terra fue por marzo, por ahí. Ya estábamos en vísperas del golpe, entonces, matan a Julia Scorino; se produce una balacera, o sea, intentan matar a Julia Arévalo pero matan a otra mujer. Estaba con el nene; se le escapa el nene e intenta agarrar al nene y la matan a ella.

Hija Dina: Está la tumba de ella en el cementerio. No sé si la han visto, una tumba de rojo [...]. Se produjo una desbandada y en tu casa [se refiere a la casa de su madre] se escondió gente.

Dina: Sí, yo tenía cinco años y me acuerdo. Por que no había tejido sino hilos de alambre [en la casa]. Un hombre que trabajaba con papá en la carpintería disparó y se vino para mi casa y lo escondieron detrás del ropero. Anduvo la policía buscándolo y no lo encontraron. Viste que hay una división acá, hay dos grupos.

Entrevistador/a: ¿Cómo es eso?

Dina: Como una izquierda y una derecha. O sea, la izquierda acá es algo que fue en una época, cuando el Comité de Pro-ayuda, pro soviético. Por ejemplo, la baba era *rusista* [sic]; no se podría decir que fuera comunista. Ella amaba su Rusia. Pero fue un gran engaño el decir que acá había mucho comunista. El ruso que vino, vino en la época de Batlle. [Les preguntaban:] "¿usted es colorado? ¿Usted es blanco?". "No, yo *ballo*", decían. Ellos eran de Batlle (en vez de decir: "yo batllista", decían: "yo *ballo*". [Risas]. Pero también había gente de izquierda. No es una cosa que puedas decir que San Javier era un pueblo de izquierda. Fue maltratado por su origen ruso y les servía como pretexto el origen ruso. Tanto es así que decían que venían submarinos rusos hasta puerto viejo y ahí dejaban las armas. Todas esas pavadas. Cuando requisaron el Máximo Gorki, se llevaron las armas, los sables con que bailaban. Quemaron todo los trajes, esos hermosos, hicieron una hoguera y quemaron todo. Después se rehizo.

Hija Dina: A Julia Scorino, cuando murió, la enterraron (en esa época se enterraba en tierra y arriba se construía el panteón). Si pueden vayan a verla. Se cuenta [...] que las mujeres de noche le hicieron (porque, claro, era la tumba de una comunista) una inscripción en la parte de

arriba en el panteón que dice algo así como: "aquí yace los restos de Julia Scorina, obrera caída bajo las balas de la feudal burguesía, luchando por pan, trabajo y libertad". Esa escritura estuvo sobre el mismo hormigón y en la época de la dictadura se tapó. Se ha intentado rescatar, pero no se pudo. Está escrito en español [...].

Entrevistador/a: ¿Qué nos pueden contar sobre cómo se vivía acá en la dictadura?

Dina: La gente se acostaba vestida, con terror... No les importaba: venían y te allanaban.

Entrevistador/a: ¿Había presencia militar?

Dina: Sí, vinieron y se instalaron por allá, por puerto viejo. Traían aparatos sofisticados, detectores de metales, porque decían que había cosas escondidas.

Entrevistador/a: ¿Cambió usted sus costumbres y su forma de vivir en esa época?

Dina: Lo que a mí me duele [silencio] es lo del doctor [se refiere a Roslik] [...]. Lo que sufrió, cómo murió, la forma en que lo mataron. En la fundación hay un cuadro de él [...]. Te sientes donde te sientes te esta mirando. Sí, yo tengo la misma foto y es así, y encima con el bebe. ¡Yo no sé por qué! ¡Porque si fuera una persona mala... Solamente porque había estudiado en Rusia.

Entrevistador/a: ¿Nunca tuvo definición política?

Dina: No era lo que importaba en él. Según dicen los militantes viejos, él hacía un aporte al Comité de base (que no era un comité, era como una mesa política); él hacía sus aportes para el funcionamiento, pero nunca militaba, no discutía ideas políticas. A lo mejor, como fue en otro Gobierno en Rusia, a lo mejor a él le exigían eso, como estudió allá y todo eso.

Entrevistador/a: ¿Y la fundación Roslik cómo funciona?

Hija Dina: Primero se hizo el parque Roslik, donde se iban a hacer su casa, porque ellos alquilaban, y allí era donde iban a construir su casa al asesinar a Roslik. Ella decide donarla para que se haga un parque [...]. Ya se terminaba la dictadura, porque lo matan en el 84; estaba terminando la dictadura. Fue como el último zarpazo que dieron [...]. Y los freno un poco, porque estaba cercado San Javier y se estaban llevando mucha gente presa, sobre todo jóvenes

Entrevistador/a: Nos contaron de unos jóvenes radio-aficionados que los llevaron presos.

Hija Dina: Eso fue en el 80; fueron al liceo y los sacaron. Fueron más de dos muchachos. Vladimir también estuvo preso del 80 al 82 en el Penal de Libertad, y en el 84 lo volvieron a llevar. En el mismo año los liberan a estos muchachos, que eran como cinco o seis muchachos de dieciocho años cumplidos. Del liceo los sacaron, y esa misma madrugada hicieron otra arreada y se llevaron a un profesor del liceo. O sea, no importaba quiénes fueran; lo que importaba era que tuvieran el perfil. Y en esa madrugada muere Roslik: lo matan y avisan que había muerto de un paro cardiorrespiratorio. Una sobrina de él, que trabajaba en la 30, con Germán Ararújo, que estaba acá, hizo la denuncia telefónica y se movilizó todo. El sindicato médico de Paysandú se pone en contacto con la viuda y le dicen: tráelo para Paysandú que le vamos a hacer otra autopsia. Le hacen otra autopsia en Paysandú y declaran que tenía el hígado roto, el vaso roto, líquido en los pulmones. Y a partir de ahí, fue como un *parate*. Él fue un mártir. Y mamá era del Partido Colorado

Dina: Ya me cambié.

Hija Dina: Siempre tuvimos un poco de discrepancias. Mamá tenía miedo, y ahora que soy madre la entiendo. Yo me casé con un comunista, y mamá siempre tenía miedo.

Dina: Y yo de rabia lo voté al Pepe [Mujica].

Hija Dina: Ella siempre tuvo miedo de las actividades de nosotros, pero papá era de izquierda y ella después se dio cuenta de que estaba equivocada. Pero con el *No*, ella hacía campaña por el *No* en la dictadura.

Dina: Lo que pasa es que a mí me consiguieron el puesto en la caja los colorados; yo andaba en la política.

Entrevistador/a: ¿Y tu madre era colorada?

Dina: No, ella no era ciudadana. No, mamá no era: "*ballo*" [...].

Entrevistador/a: ¿Y ahora se cocina algo de la comida rusa? ¿Conservan tradiciones? ¿Tienen recetas? ¿Acá, en su casa, se cocina?

Hija Dina: Sí. Lo que pasa es que ahora ha mermado porque la hipertensión arterial acá, en San Javier, campea. No sé qué pasa, pero todo el mundo... Pero los *varieñiki*, por ejemplo, se siguen haciendo.

Dina: Pero eso de la hipertensión viene de chicos: nosotros antes comíamos los *bosch*, las sopas con falda, con pecho gordo, todo aquello, y cremas.

Hija Dina: Ahora se hace un *borsch light*, es como una sopa con carne flaca, con mucha verdura. Lo mismo, lo haces con un cubito.

Entrevistador/a: ¿Y antes cómo lo hacían?

Dina: Antes era todo frito, la verdura, pero era a base de repollo y remolacha, mucha remolacha. Como un puchero.

Hija Dina: Y después crema. Se sirve el plato de *borchs*, con una cucharada de crema doble encima. ¡Como para no tener presión! Y el hígado acá, también es un lugar de muchos cálculos, aunque dicen que eso es por el agua salobre. Las calderas tienen unas costras de sal. La comida se conserva. El *piroj* lo hacemos, pero más bien lo compramos hecho. Nos hemos puesto haraganas [risas].

Entrevistador/a: Tu hija, por ejemplo, ¿tiene idea de cómo se hace un *piroj*?

Hija Dina: Sí, mi hija sí. Y mi hijo, que esta jugando al básquetbol en Fray Bentos, le llevó a los compañeros y le pidieron un recetario de las comidas típicas que hacemos. Cada tanto, compramos una pata de cordero y hacemos *shaslick*.

Entrevistador/a: Así que intentan mantener las costumbres...

Hija Dina: Sí, sí, claro. Mi hija ha traído a las fiestas a sus compañeras de facultad, se han quedado acá. Nosotros nos sentimos orgullosos de demostrar las danzas y las costumbres. El *debe* espantoso que tiene San Javier es el idioma ruso. No se habla ruso, no se entiende el ruso que se habla, es deformado, no se sabe leer; son muy pocas las personas que saben leer. Es grande el *debe*, porque como que se mezclaron [los idiomas]: se empezó a hablar el castellano y no se mantuvo el ruso. Era una época en la que a la gente le daba miedo, le daba vergüenza llevar los genes rusos, decir que tenía apellido ruso, porque éramos tan perseguidos...

Entrevistador/a: ¿Estás hablando de la época de la dictadura?

Hija Dina: Sí. Como que quedó ese resabio, ocultar el hecho de hablar en ruso, que éramos descendientes de rusos. En esa época éramos pocos los que íbamos al Máximo Gorki a bailar. Yo me acuerdo de que pertenecíamos al plantel de baile del conjunto Kalinka y éramos pocos. La gente tenía miedo.

Dina: Sí, siempre quedó eso.

Hija Dina: Ahora, por suerte, pasó eso y hasta ahora nos hemos pasado de rosca con las *matrioshkas*. Pero es el gran deber de este pueblo saber ruso.

Entrevistador/a: ¿Y no se ha podido hacer nada para que lo enseñen en el liceo?

Hija Dina: Hubo un proyecto de la Embajada rusa, que quiere hacer traer un profesor permanente para el liceo, tipo obligatorio. Como se enseña portugués, inglés. Por ejemplo, mi hermana, que se crió con la abuela rusa, con la madre de ella, entiende. Pero yo y mi hermano, que nos criamos más con la abuela criolla, con la madre de mi papa, no entendemos nada.

Dina: Lo más lindo era que se entendían; era criolla pero entendía ruso.

Hija Dina: Se cruzaban tanto, que así como [los rusos] tomaron la costumbre del mate, los criollos hacían el pan el *variñeki*, el *borsch*, todo como los rusos. Pero el idioma no se enseñó bien y se perdió.

Javier Gurin

Entrevistador/a: No sé si eran tus padres o tus abuelos los que llegaron acá. Contáme un poco.

Javier: No, eran mis bis abuelos. Mi abuelo por parte de padre fue uno de los primeros que nacieron acá; él nació en el 13 o en el 14 (abuelo por parte de padre). El abuelo por parte de madre sí, ya nació bastante más adelante, y tampoco fue de los que estuvieron siempre en San Javier. Acá vinieron un grupo grande; en un mismo viaje vinieron a Uruguay: algunos quedaron acá y otros se desparramaron por el resto del país.

Entrevistador/a: ¿Y qué te contaban tu abuelo o tu padre? ¿Qué era lo que te contaban de esa época, de cómo vinieron, de por qué vinieron? ¿Qué sabés?

Javier: Muy bien la historia del momento de venir no la sé, porque, ya te digo, ellos fueron de los que se quedaron. Después, con el tiempo, conversando con gente conocida, muy mayor, que trabajaron con mi abuelo [...], dicen que los primeros años fueron complicados. Ellos [...] vinieron sin nada; además venían con otra estación; lo que trajeron para sembrar era de otra estación. Dicen que los primeros años fueron bastante complicados. Ellos siempre dicen que estaban muy agradecidos a las ciudades que estaban cerca, más que nada a Young (nunca supe por qué más a Young que a Paysandú, por ejemplo). Pero ellos contaban historias sobre que la habían pasado bastante mal al principio. Hasta que se ubicaron, hasta que más o menos se organizaron fue todo bastante complicado. Entonces, siempre contaban que estaban muy agradecidos con Young. Después, tengo historias que me contaba mi padre que le contaban los abuelos de él.

[El hijo menor nos dice: "no hagan ruido", ya que él estaba mirando los dibujitos de la mañana del domingo]. [Risas]

Entrevistador/a: ¿Qué te contaban?

Javier: Yo lo vi [...] siendo chico... La gente iba en carro a llevar mercadería a Paysandú; un viaje más que común. Acá, ahora, hay rutas, hay rutas de buena calidad, se puede andar en vehículo y todo. Hasta que yo tuve doce o catorce años, los accesos eran de tierra. El acceso a Paysandú es nuevo (tendrá diez años). Antes era todo de tierra, se salía cuando se podía. Yo recuerdo haber visto gente ir en carros a Paysandú, y era un viaje largo. Y recuerdo historias [...] de todos los viajes que tenían, dónde paraban, cómo repartían, cuando se les escapaban los caballos en pleno Paysandú y tenían que andar corriéndolos [risas], ese tipo de cosas que ellos pasaron, esas vivencias, *curiosidades*, más que nada.

Entrevistador/a: ¿Y qué iban a hacer a Paysandú?

Javier: Llevaban frutas, llevaban verduras, principalmente verduras; acá eran mucho [sic] del zapallo, boniato, y ese tipo de cosas.

Entrevistador/a: ¿Y hacían trueque o usaban plata?

Javier: No, no sé cómo fue al principio. Pienso que al principio debe haber sido en forma de trueque. Ellos no conocían el idioma; era bastante complicado. Pero después sí, después ellos iban a vender. Así como salir de acá era difícil, por el camino, venir a comprar acá era muy complicado. Ellos tenían una cooperativa acá, que funcionaba muy bien en su tiempo.

Entrevistador/a: ¿Te contaron algo de cómo funcionaba la cooperativa?

Javier: Yo [...] la había visto funcionar como un almacén común y corriente, porque ya no funcionaba como una cooperativa. El molino ya no funcionaba. Tengo treinta y tres años; no puedo haberla visto. Mi otro abuelo (mi abuelo por parte de madre) fue gerente de la cooperativa. Entonces, algunas historias él me contaba, de cuando empezó a trabajar en la carnicería, que entró más que nada como "traductor de cuentas" [risas]. ¡Claro!, porque el carnicero sólo hablaba en ruso y [...] había mucha gente que tenía apellido de acá, que eran españoles, de descendencia española. Entonces, él [el carnicero] [...] escribía como sonaba, y mi abuelo se encargaba de traducir esos *anotados* [sic]: cuánto debían y cuánto tenían que pagar, y todo eso, traducir los nombres y los apellidos. Era uno de los primeros que había hecho la escuela, entonces, sabía el idioma español bastante bien y había aprendido el ruso de sus padres.

Arrancó ahí. Después pasó por todos los escalones hasta llegar a la gerencia; fue uno de los últimos gerentes que tuvo la cooperativa. Pasó toda su vida en la cooperativa [...]. Contaba historias de que, en sí, lo que hacía la cooperativa era amortiguar todo lo que eran gastos. Le daban mercadería a la gente entre una cosecha y la otra, y cuando llegaba la época de la cosecha, la gente traía toda su cosecha a la cooperativa. La cooperativa se encargaba de cobrar su cuenta, de vender el resto que quedaba. Funcionaba de esa manera, no con dinero en la mano. Pero la cooperativa se encargaba de proveer todo ¿no? [...]. Contaban (terceros) que tenía prácticamente todo la cooperativa. Proveía semillas, proveía alimentos, proveía los pocos agroquímicos que había en la época. Era el centro del comercio. Se encargaba de todo lo que eran impuestos, todo lo que era pago de impuestos a partir de esas ganancias. Tenían un camión bastante nuevo. Ya después más adelante, que se encargaban de todo lo que era llevar

mercancía a Montevideo y de traer mercadería para el almacén, era un almacén muy completo, con ropa, calzado, con todo lo que quisieras.

Entrevistador/a: ¿Qué te contaron o qué sabes de la religión?

Javier: En mi familia, esa [la religión] fue una de las razones por las que se desparramaron por el país. Acá se cree que todos los que vinieron, vinieron por religión. En realidad, el grupo más grande vino por religión, pero muchos vinieron por el hecho de buscar un lugar diferente para vivir y no por religión. Y hubo, como en todos los lugares, quienes estaban de acuerdo y quienes no estaban de acuerdo. Y entonces, tenés la historia de los que estaban de acuerdo y la historia de los que no estaban de acuerdo. Yo llegué a ver gente peleándose por lo que era la religión antes. Yo qué sé...

Entrevistador/a: ¿Tus bisabuelos no fueron los que vinieron por la religión?

Javier: No, mis bisabuelos no vinieron por la religión. Nunca me lo dijeron explícitamente, pero por los cuentos que hacen... Mi bisabuelo era carpintero; mi otro bisabuelo era mecánico. Los dos abuelos míos, tanto por parte de padre como por parte de madre, nacieron en Trinidad, eran los dos del mismo lugar; las casualidades... No se conocían las familias [...]; se encontraron que eran del mismo lugar cuando mis padres se conocieron.

Entrevistador/a: O sea, tus bisabuelos llegaron a San Javier y después se fueron a otra parte del Uruguay, a Trinidad, por ejemplo... Y ahí nacieron tus abuelos.

Javier: Sí, mis abuelos (abuelos varones, por parte de padre y de madre). Trabajaron bastante tiempo ahí [en Trinidad]. Mis abuelos, por parte de padre, fueron a trabajar como mecánicos en los frigoríficos del Cerro, en Montevideo. Por lo que me contaron, parece que fue muy difícil la crisis económica (supongo que habrá sido la del 29). Y entonces, volvieron al pueblo de nuevo, porque ya no se podía vivir en Montevideo, estaba muy complicado. Y mi bisabuelo vino como mecánico de los primeros motores diesel, que había en el molino. Mi abuelo cuenta que ellos volvieron a la casa de unos primos que estaban en el campo. Me cuenta mi padre de cosas que le contaban a él, pequeñas cosas de cuando ellos iban a Montevideo. Una de las últimas veces que fueron a Montevideo con mi abuelo, ya mayor, ¿no?, [...] iban en la camioneta, por una cuestión del taller, y el abuelo dice: "si tenés un ratito, vamos al Cerro" y le mostraba la cancha de Rampla. Y dice: "mirá, yo en estas playas juntaba carbón, que era lo único que teníamos para calentarnos". Cuenta que dos por tres se ponía bastante melancólico. Sí, parece que sí, parece que había sido grande la crisis y volvieron. Y cuando volvieron a San Javier se encontraron con

una realidad diferente en el campo, que nunca faltaba qué comer, que nunca faltaba con qué abrigarse, con gente muy unida, y ese tipo de cosas. Se acordaba mucho del fútbol. Mi abuelo, por parte de padre, jugaba al fútbol; siempre decía que fue lo que más lo mantuvo junto a la gente de San Javier.

No me acuerdo mucho de él, ya era muy mayor, porque cuando él falleció yo tenía la edad de Santiago [se refiere a su hijo mayor, de unos ocho años]. Pero seguimos teniendo un muy buen trato con los compañeros de fútbol de él; contaban historias y esas cosas. Más que nada fue por terceros que yo fui conociéndolo. Y es como todo, hubo tiempos buenos y tiempos malos. Me contaba mi otro abuelo cómo funcionaba el molino; me llevaba allá cuando el molino estaba cerrado [...]; él tenía llave y me mostraba. Me acuerdo de una escalera caracol, que me hacía subir, y para mí era toda una novedad.

Entrevistador/a: ¿Qué edad tenías?

Javier: Siete u ocho años, no más de eso. Me mostraba la fosa donde estaba el motor, la refrigeración.

Entrevistador/a: ¿A esa altura ya no funcionaba más el molino?

Javier: No. El molino dejó de funcionar... Yo no era nacido y dejó de funcionar [sic].

Entrevistador/a: Volviendo un poquitito para atrás. Me contabas que viste personas pelear por el tema de la religión. ¿Eso es reciente o no?

Javier: No, no. Ahora, lo que nosotros sabemos de la religión es por terceros (ya somos cuarta generación), por gente que todavía queda, muy mayor [...]. Unos lo ponen a Lubkov, el líder que los trajo, como lo mejor de lo mejor, y otros dicen que no, que era una persona común y corriente, con sus cosas buenas y con sus cosas malas. Y hay gente que no acepta que haya tenido cosas malas, porque lo tenían tan como... Y uno empieza a juntar de todos lados y saca una conclusión muy objetiva, dentro de todas las subjetividades que me contaron: [...] tenía sus cosas, como toda persona a quien le den el poder de todo; tenía sus idas y vueltas.

Entrevistador/a: Y de esas idas y vueltas, ¿qué sabes vos?

Javier: Cuentos, cuentos de cómo manejaba el dinero. Cuentan que se llevó parte del dinero que era de la gente; se lo llevó en la última ida, cuando se fue. Una de las crisis grandes que pasaron se dice que fue por eso, por maniobras, generalmente, con dinero. Hay otras [risas],

pero esas me las reservo [...]. Decían que era muy mujeriego [risas], pero ahí yo no sé qué tanto fue eso; [el rumor] puede herir a mucha gente. No sé, hay cosas que tampoco me cierran mucho.

Mi padre me cuenta que los velorios y los entierros son muy diferentes acá, y yo, por ejemplo, después me fui dando cuenta, cuando fui a otros lugares a verlos, que acá uno se acostumbra. Los llevaban caminando [a los muertos], cantando; no festejaban ni celebraban, pero lo tomaban como algo muy natural. Yo llegué a ver los de los últimos que iban quedando (ya de las edades de mis bisabuelos, personas de noventa u ochenta años). Acá, en general, es común que la gente muera con mucha edad; la longevidad es muy marcada. Y esas personas muy mayores que morían, aunque no fueran religiosas, siempre iban [acompañadas] por cantos en ruso. Atrás, despacito, caminando, iban las personas muy mayores; lo llevaban [la gente al cajón] caminando desde la salas velatorias hasta el cementerio. Yo llegue a verlo. Y después fui viendo que en otras ciudades no: lo cargan, lo llevan y lo entierran, y es muy frío. Acá [...] lo tomaban como algo más natural. Según me dijeron, es propio de las zonas de donde venían. Ya hay muchas influencias, ya hay muchas generaciones en contacto con el exterior, más allá de que hay muchas costumbres que se mantienen. Hay mucha gente que ya tiene otra forma de pensar, que viene de otros lugares. En San Javier queda muy poca gente que mantenga esas costumbres. Pero se ve todavía en algunas personas mayores: se ve todavía que [...] se carga en la pompa [...]. Todavía algo chiquitito va quedando. Nosotros estamos acostumbrados a verlo acá, porque somos todos conocidos; quien más quien menos tiene algún conocido a quien le pasó algo [...].

Entrevistador/a: ¿Y en tu casa se hablaba ruso cuando eras chico?

Javier: Mi padre entiende ruso; mi madre entiende ruso también, pero no lo hablan. Porque en la casa de ellos los padres hablaban en ruso; tampoco hablan en ruso, hablan una mezcla de ruso con el español. Usan los artículos cortos del español con las palabras complicadas del ruso, entonces, vos los escuchas hablar y no se les entiende el español que hablan, ni los rusos cuando vienen entienden lo que hablan [risas]. Así como el portuñol en la frontera. Bueno, así es acá. Fueron adaptándose sin darse cuenta, supongo.

Entrevistador/a: ¿Tus padres ya fueron a la escuela acá?

Javier: Sí, sí, mis abuelos también. Mi abuelo por parte de madre seguro que fue a la escuela acá, porque él siempre contaba que hizo quinto y sexto acá. No sé mi abuelo por parte de padre. Escuela hubo acá enseguida; una de las primeras cosas por las que se preocuparon fue por hacer una escuela. Siempre contaban la historia de que la escuela la hicieron en un campo lejos,

de Puerto Viejo para adelante. Y después nunca supe por qué, y no me supieron explicar por qué se vinieron para este lado [...]. Posiblemente, como eran cascos de estancia (había tres cascos de estancia), puede que se hayan equivocado de casco [...] donde establecer el pueblo. Mi opinión, sin saber mucho de historia... Capaz que hay alguien que sepa. Pero se contaba que no sabían cómo sacarla, estaba armada de chapa (la escuela); dicen que la cargaron arriba de dos carros y que la trajeron arriba de dos carros [risas]. Imagínate, por caminos de tierra y piedra.

Entrevistador/a: ¿La desarmaron?

Javier: No, no la levantaron. La desenterraron del piso y la trajeron en carro armada. Era chica; eran muy pocas familias. Si vinieron en un barco, no deben de haber sido muchos niños los que vinieron tampoco. Mi abuelo contaba que hizo hasta sexto y que hizo sexto de nuevo, porque lo único que había era la escuela. Entonces, lo tuvieron un año más como ayudante de la maestra (los que salían de sexto ayudaban a la maestra).

Entrevistador/a: ¿Y tus padres también?

Javier: Sí. Incluso hicieron el liceo. Mi padre fue de la primera generación del liceo en San Javier. Era un liceo no reglamentado, entonces, la gente de acá, en forma honoraria, les daban clase. Maestras, gente que sabía algo, que tenía estudios en otros lados venía, les daba clase, los preparaba todo el año y después daban clase en Berlín, iban a dar exámenes a Berlín, para acreditar los cursos. Ya después del segundo o tercer año eran profesores de acá; venía gente de Berlín, tomaban una prueba y todas esas cosas, pero ya lo hacían todo acá.

Entrevistador/a: Y vos, que sos de la cuarta generación, ¿hablás ruso?

Javier: No nada. De mi generación deben ser muy pocos lo que lo hablan. Posiblemente, alguien del campo puede estar hablándolo. Yo, no. Yo nací en el 73 [silencio]. Nací en dictadura. Y la dictadura era bastante complicada. Me parece que por protección no nos enseñaron el ruso. Y después, cuando lo quisimos aprender, no hubo gente que lo hablara. En estos momentos son muy pocos lo que lo hablan bien. Es decir, hablarlo capaz que si [hay quienes lo hablan] (mi abuelo leía revistas en ruso, entendía y sabía cada letra). Pero lo que es estrictamente el idioma, cómo escribirlo de forma correcta, las palabras, qué es cada cosa, es bastante difícil. Y a nosotros no nos enseñaron; a mí no me enseñaron. Mi hermano más chico, después, con el tiempo, fue un año con una profesora de ruso que le enseñó algunas cositas como para entender

[...] lo que le hablan. Mi padre y mi madre entienden bastante bien el ruso; no lo hablan pero lo entienden.

Recuerdo, de chico, venían acá los que están en la colonia (nosotros les decimos "los *barbudos*", que son de la zona más cercana a China). No tienen nada que ver con nosotros, pero por proximidad y por el idioma parecido, venían. Venían [...] sin entender casi nada de español [...]. Tenían algunas costumbres raras: se casaban y había que regalarles una vaquita lechera para la descendencia, para el alimento. ¡Yo qué se! Ellos tenían unas costumbres medio raras. Y entonces, ellos iban a casa a comprar justamente eso, y entre el poco español que ellos sabían y el poco ruso que hablaba mi padre, a señas se entendían [risas]. Pero ahí entendí que ellos sí sabían y entendían. De repente, gente muy mayor está hablando al lado de ellos, se sonríen porque aquéllos hablan como si los otros no lo entendieran, y los entienden.

Entrevistador/a: ¿Y qué costumbres se mantenían cuando eras chico? ¿Alguna comida, alguna tradición?

Javier: Se siguen manteniendo. Por suerte, ya después de todo aquel problema [se refiere a la dictadura], del 85 en adelante se volvió de a poco, con mucho recelo, otra vez a *lo cultural*. La cultura de la comida siempre se mantuvo, porque no te pueden... No hay forma de evitarlo. Pero se empezó sí con lo que es el baile. Ahora, en este tiempo, está muy de moda traer artistas; vienen bastante seguido embajadores, asesores culturales... Desde ese punto de vista está bastante movilizad[o] [San Javier], más que nada en baile y música. El grupo de baile se ha preocupado bastante, ha trabajado muy bien, está saliendo, está haciendo presentaciones en todo el país, tiene muy buenos premios (han sacado el año pasado y el anterior). Y lo que es comida, siempre [se continuó]. Por lo que me cuenta mi padre, siempre fue igual. Cada vez que salía una gira de políticos, ¿dónde paraban al mediodía? Y sí, en San Javier [risas]. Siempre decían que era el lugar más lindo y en donde se comía mejor.

Entrevistador/a: ¿Y qué comían?

Javier: La comida del pueblo es la comida que trajeron los que vinieron; fueron cambiando algunas cosas con la influencia de la gente de acá. Son comidas con muchas calorías, porque ellos venían de zonas muy frías, y cambiaron de clima pero no cambiaron la manera de comer [risas]. Por eso, la mayoría son gordos acá. Y son comidas "de crisis". Porque acá la gente viene a comer y dice: "¡qué comida rica!", pero en realidad la comida de ellos es comida "de crisis": comidas con muchas verduras, que se producen en cantidad y con pocos cuidados. Con el dulce

de zapallo dentro de la masa del pan se hace lo que se llama el *piro*. Las empanadas, en vez de rellenarlas sólo con carne, se rellenan con papa o con una mezcla de papa y carne o con una mezcla de boniato y carne, incluso con repollo (son verduras muy clásicas, muy resistentes, muy fáciles de producir y muy baratas, sobre todas las cosas).

La comida rusa es muy barata, es una comida "de crisis". El *shaslik* ahora lo hacen con cordero o borrego; en realidad, es con carne de oveja que se hace, de oveja vieja, que ya no sirve para otra cosa. Me contaba una persona muy mayor que le habían contado los padres que (no sé cuánto tendría de cierto; habría que averiguarlo) el *shalik*, la carne que se hace con cebolla y limón, [...] en pinchos, era la comida que se hacía con la oveja, antes del invierno. El invierno no lo iba a poder pasar adentro de un galpón [la oveja]; se sabía que se iba a morir, entonces, [...] la mataban, la cortaban en pedacitos, le echaban sal, cebolla y la ponían adentro de baúles. Como era una zona de mucho frío, los dejaban afuera no más, entre la nieve. Entonces quedaba todo tapado de nieve y el que pasaba y precisaba comer, entraba, sacaba lo que precisaba comer y lo ponía en el fuego. Cuentan que en la propia espada lo cocinaban, y que después, con el tiempo, le fueron agregando condimentos. Según me dijo él, cuando uno de los zares se casó con una francesa, los franceses dijeron: "¡cómo van a cocinar sólo con esto; hay que ponerle condimentos!". Así le fueron agregando. No sé cuánto tiene todo esto de cierto y cuánto le fueron agregando [...]. Nosotros estamos acostumbrados a hacerlo no con cordero; el cordero es para el que viene de afuera. El que crió ovejas, usa una oveja. Como se tiene casi doce horas en limón y cebolla, eso ya casi sale cocido; antes de ponerlo en el fuego ya está casi cocido; hacerlo lleva casi quince minutos. Por eso, por más dura que sea la carne, sale re blandita. Así son también las comidas con pescado.

Entrevistador/a: ¿Qué comidas con pescado nos puedes contar?

Javier: El río ayudó muchísimo, hasta ahora lo siguen usando. El pescado clásico de San Javier es un pescado que se hace con vinagre; hay dos. Los gringos (los rusos) lo llaman *zirovka*. Uno: se pone el pescado en vinagre con un montón de condimentos y sal, por sobre todas las cosas, y se dejan en botellas cerradas, en frascos herméticos cerrados. Entonces, el vinagre se encarga de disolver la espina. Se hace con los pescaditos chiquitos, que tienen mucha espina que no se puede comer; entonces, lo ponen ahí y el vinagre disuelve la espina [...]. Es una forma, no es crudo, no se cocina al fuego. Hay otro [tipo de receta]: se hace con pescados de muy poca espina, generalmente con pati. Se deja con sal unos días en la heladera (la sal cocina el pescado), después se prepara doce horas antes de comerlo con cebolla y algún que otro

condimento, y se come crudo. Mi esposa, cuando vino una vez, dijo: "*uácala*, ¿cómo comen eso?!". Y después, con el tiempo, fue probando y no le resultó tan feo. Se usa mucho el pescado ahumado: salarlo y después ponerlo al humo [...].

Todo lo que fue "salida de mercadería" debe haber sido, hasta la década del 50 y 60, por puerto. Teníamos el último puerto ultramarino del Río Uruguay. Era complicado sacarlo por otro lugar; lo sacaban por agua. Y en el transporte se van volcando semillitas al agua y, entonces, contaban que la pesca era facilísima (hasta aburrida era, porque decían que uno iba, tiraba el anzuelo, sacaba el pescado y se iba; ni gracia tenía pescar). Mi abuelo me contaba cómo hacían para llevarlos. Si vos te fijás, acá en el puerto, en el granero de piedras, hay salidas de vías, que no siguen hasta abajo porque esa calle se hizo nueva. Pero si ves en el puerto, contra el río, en la parte que está sana, están las vías de entrada y salida: son vías de vagoneta, bien chiquititas. Cuentan que llenaban una vagoneta con una determinada cantidad de bolsas y la soltaban cuesta abajo, y [...] con el propio peso se ahorran el trabajo de moverlas hasta allá. Iba un burrito atrás, entonces, mientras descargaba todo, llegaba el burrito, enganchaban el vagón y el burrito se encargaba de llevarlo vacío hasta arriba nuevamente.

Había tres viajes a la semana por barco a Paysandú; había un barquito acá que transportaba gente a Paysandú. También, era la forma de comunicación; si no era en carro, era en barco. Por lo que ellos contaban, era industrialmente muy movido el pueblo. Era muy emprendedora la gente que había. Tenían una filosofía muy particular: todo se podía hacer. Mi abuelo decía que la gente no podía decir: "esto no se puede hacer"; tenés que decir: "yo no puedo hacerlo". Pero alguien lo iba a hacer, porque alguien se iba a tomar el trabajo. Esa era la filosofía que tenían todos, por lo que uno fue viendo después. Construían, y si tenían que juntarse, se juntaban a trabajar el año entero. Y trajeron un montón de técnicas de trabajo.

Había un viejito, don Andrés Semiking, uno de los últimos que quedaron de la misma generación que mi abuelo, que me contaba muchas de estas cosas. Trabajaba en la chacra. Él contaba que ellos sembraban y que después se juntaban todos para cosechar, porque había una maquina que era fija. Entonces, tenían que segar al trigo y acarrearlo en carro, y llevarlo hasta la maquina. Y se juntaban todos los vecinos en una chacra y de pronto estaban un mes en un campo, y el dueño del campo se encargaba de darles de comer, todo. También, el trabajo cooperativo no sólo lo hacían para plantar; ellos trabajaban en conjunto y terminaban de sembrar, y en todo ese monto de paja que quedaba al lado de la cosechadora, se plantaba papa

(porque la papa necesitaba mucho fertilizante) [...]. Estamos hablando de sesenta años atrás [...]. La técnica que usaban ellos era la técnica vertical, que se usó hasta hace poquitos años, de cinceles sin vertedera, sin invertir el terrón de tierra. No había erosión; la materia orgánica se descomponía en forma correcta.

Generalmente, se dice: "los que vienen de afuera no saben nada". En realidad, venían con muchos conocimientos, mejores a los que había acá. Acá, la agricultura casi no se conocía; ellos fueron uno de los primeros agricultores. Se preocuparon por sembrar, y [...] de elaborar esa materia prima. Llegaron, incluso, a exportar harina y aceite. Dice la gente mayor que el aceite de ahora no sirve, porque no tiene gusto; ellos decían: "nosotros, cuando salía el aceite de primera prensada [...] se comía y era como comer girasol". Es otra costumbre nuestra, la de comer girasol.

Entrevistador/a: ¿Y vos, cuando eras chico, dónde viviste?

Javier: Yo viví siempre en un campo. Yo nací acá, en San Javier, y vivo acá en San Javier, y tengo esperanzas de seguir viviendo acá. Me encanta el lugar. Me encanta todo; no es sólo el lugar físico, es todo lo que me rodea: mi historia, los cuentos... Yo te voy contando hora y me voy acordando de cada uno de los lugares donde me los contaron, de la gente... No sé, le *tira* un poco a uno ser de acá. Viví en el campo. Bueno, cuando yo nací era campo; ahora está bien al borde del pueblo. Yo fui una persona *común*, del pueblo, pero que vivía en un campo. Iba a la escuela caminando; no tenía que andar a caballo, vivía muy cerquita del pueblo.

Entrevistador/a: ¿Tu padre tenía la chacra?

Javier: Sí, mi padre tenía la chacra, con animales. Cultivaba y también tenía un campo que arrendaba.

Entrevistador/a: ¿Y tu mamá que hacía?

Javier: Mi mamá es la típica ama de casa. Mi mamá se enojaba cuando le decían: sólo ama de casa. Siendo ama de casa se trabaja más que cualquiera. Cocina muy bien, y muchos nos preguntan cuál es el secreto del *piroj* [...]. El *piroj* se hace con masa de pan dulce, se hace con un relleno de dulce de zapallo casero; [...] lo tiene que hacer una abuela, una baba lo tiene que hacer y cuanto mayor sea la baba más rico sale. No tiene un secreto, pero ellas lo van haciendo de una manera tan simple y vos querés hacerlo igual y no hay forma. Yo, por ejemplo, no conocía las empanadas; las empanadas que conocía eran de carne con papa. La sopa que se

tomaba era sopa de verduras; el *borshst* de nosotros es una sopa que casi tenés que cortarla con cuchillo: tiene un montón de verduras adentro. Nosotros crecimos así. A los que vivimos siempre acá nos costo trabajo salir y ver cómo es otro tipo de comida, más allá de que no te voy a decir que no comemos milanesa, asado, masas de confitería, que saben hacerlas perfectamente bien. Pero llegado el momento, cuando llegan las fiestas: "y ¿qué hacemos?"; "y vamos a hacer un *shashlik*, vamos hacer unos *piroj*" [risas]. Es que resulta más fácil cocinar lo nuestro.

No sé, mis hermanas bordan, tejen los puntos que quieras. De repente, terminaron de tejer un buzo y dicen: "no me gustó", y lo desarman y a los dos días tenés hecho el buzo de nuevo.

Entrevistador/a: ¿Cuántos son ustedes?

Javier: Nosotros somos tres, casi de la misma edad, más uno que nació cuando tenía dieciséis años.

Entrevistador/a: ¿Y vos aprendiste a cocinar?

Javier: Algún *shaslik* hago, de vez en cuando.

Entrevistador/a: ¿Y vos ayudabas a tu papá o más bien ibas a la escuela?

Javier: No, yo incluso ahora sigo ayudándolo. Incluso, yo no caminaba y me llevaban a la chacra en el tractor. Me acuerdo de ir a la plantación de papa, de la edad de Guille [el hijo] y escarbar. Sacaba la papa, la limpiaba en el buzo para sacarle la pelusa que tiene la papa cuando no está bien madura, que se le despega. Prácticamente todos los chiquilines que vivimos en el campo somos muy andariegos. Hice *mi* escuela, hice *mi* liceo; lo que pude estudiar, lo estudié. Por distintas circunstancias no terminé mis estudios de profesorado, por una cuestión de distancias, un poco por prioridades también. No me *daba*: hice parte de la formación docente en Paysandú, pero tenía que dar todo libre en Montevideo. Está muy centralizado el estudio. Y cuando uno sale de un campo donde está todo muy ajustado, en donde uno tiene que hacer malabares para ir y pagar los pasajes cuatro veces a la semana, para ir y volver... Mis padres se enojaron cuando les dije que era bastante complicado seguir estudiando. Precisaban mi ayuda en el campo, por más que me dijeron que no la precisaban para que yo siguiera. Era mucha plata la que se iba. Me decían que no importaba, que se iba a conseguir, porque siempre prefirieron que siguiéramos estudiando. Todos estudiaron. Mi hermana es profesora de Química con título; la otra es maestra. Yo fui la oveja negra de la familia; me quedé trabajando. No me arrepiento.

Trabajo como carpintero, conozco bastante bien el oficio. Cuando hay que desarmar algo, se desarma, porque en el campo no hay tiempo de llevar a un mecánico; uno aprende de todo. A cocinar aprendí, pero nunca me dejaron, mi madre. Las madres del pueblo no dejaban mucho que los hijos varones cocinaran. La vi siempre cocinar a ella, y si tengo que hacerlas [comidas] sé hacerlas y las hago. Pero siempre tratando de mantener esa filosofía de que se puede; hay que buscarle la vuelta pero siempre se puede.

Entrevistador/a: ¿Y acá cómo fue la experiencia en la escuela?

Javier: la escuela se caracterizó por tener acá la mitad de los docentes de acá y la otra mitad de Fray Bentos; siempre se caracterizo por eso. Con el liceo pasa lo mismo: no alcanza la cantidad de docentes de acá. Ahora, como que eso se está mejorando un poco y como que casi todos son docentes de acá, lo que da un sentido de pertenencia muy lindo. Siempre tuvo la característica de ser muy buena la escuela de acá. Yo me llevé una impresión bastante fea, pero yo viví una época... Yo hice la escuela justo en el momento *difícil* de San Javier, en la dictadura.

Entrevistador/a: ¿Te animas a contar un poco?

Javier: Fue feo, fue feo. El momento más difícil fue cuarto, quinto y sexto de escuela. Algo me acuerdo y no fue agradable. Cuando uno dice: "son años oscuros en la historia de San Javier", sí son oscuros; yo los veo oscuros, los veo como si fueran una cortina entre medio. Capaz que uno busco la manera de borrarlos. Historia fea. La primera vez que vi llorar a mi madre fue cuando mataron a Roslik. Me levanté de mi cuarto, fui hasta la cocina y vi a mi madre llorando. En mi casa se vendía leche; los vecinos venían a comentar lo que había pasado en el pueblo en la noche (porque fue todo de noche). Y recuerdo que estaba no hablando, sino cuchichiando por miedo a que escucharan. Ese terror fue feo. En mi familia hubo un tío mío que estaba dentro de los que se llevaron presos. Roslik era muy amigo de mi familia. Fue doctor mío; yo nací gracias a él porque supuestamente era muy probable que yo naciera muerto (nací envuelto con el cordón en el cuello). Nací en la casa de mis padres; no había forma de llevarme a otro lado, y fue él quien me atendió. Y eran muy amigos con él. La familia de mi madre de alguna manera tenía parentesco con él. Y bueno, fueron años bastante feos. Yo no pude ser abanderado porque...

Entrevistador/a: ¿Por qué?

Javier: No me dejaron porque tenía familiares presos. El pánico fue grande; no en todo el pueblo pero en determinadas personas. En determinadas familias fue complicada. Todavía hasta ahora sigue habiendo mucho recelo al hablar del tema.

Entrevistador/a: Al comienzo decías que en esa época como que el idioma, la cultura rusa "se cortó"...

Javier: Lo que era el centro cultural de los rusos, el Máximo Gorki estaba cerrado. Entraron, lo deshicieron, se llevaron libros, revistas, vestuario... Era un centro cultural *con todas las letras*. No sólo de danzas; mi madre aprendió piano, danzas clásicas con gente que había venido. Uno sabe lo que son los rusos con ese tipo de cosas y, sin embargo, eso se rompió todo, se destruyó todo. Cuando empezaron de nuevo hubo que hacer todo otra vez; fue complicado. El cine lo destrozaron. La parte cultural, estrictamente cultural, se perdió. Lo del idioma, más allá de que en mi casa no lo hablaban, yo particularmente creo que fue una forma de *cuidarnos*. Lo dije al principio: acá, lamentablemente, ser descendiente de ruso era delito. Y bueno, cuanto menos ruso pareciéramos, mejor.

Entrevistador/a: ¿Y después llegaste a ir al cine?

Javier: Sí, después se reabrió. Incluso ahora, de mayores, ensayamos danzas, pero de otro tipo de danzas, danzas criollas

Entrevistador/a: ¿Algunas vez bailaste en el Kalinka?

Javier: No.

Entrevistador/a: Son danzas criollas ¿parecidas a qué? ¿Tipo el pericón?

Javier: No, danzas americanas, chacareras. Es un grupo muy nuevo que empezó ahora. Pero justamente, ¿por qué necesariamente tiene que ser (si yo quiero bailar) estrictamente kalinka? ¿Por qué tienen que ser danzas rusas? Un grupo de personas consideramos que podría ser así y bueno, si había gente de descendencia criolla bailando kalinka, ¿por qué nosotros no podíamos bailar otro tipo de baile? Así, nos juntamos con unos gurises, y hay un grupo de gurises que bailan una y otra, ensayan los dos tipos de baile [risas]. El cine, incluso, pertenecía a la cooperativa. Era todo muy centralizado... [El cine] ahora es la sala cultural; la están remodelando, es muy grande, entran más de quinientas personas.

Entrevistador/a: ¿Cómo ves San Javier hoy?

Javier: San Javier hoy está más dentro de la realidad del país. Mi opinión, como docente, que trabajo mucho con los gurises, es que estamos muy influenciados por lo que es Paysandú. Estaban bastante menos influenciados, ya te digo, cuando los accesos eran más difíciles. Tenemos un problema (que creo que te vas a dar cuenta), que nosotros tratamos en el liceo: nosotros vivimos al lado de Argentina, tenemos influencia de los canales argentinos, tenemos esa influencia de esa cultura del "che boludo" [...]. [Igual, eso de que] todo lo que es nuevo es mejor, como que lo estamos ya pasando. Ahora estamos volviendo de a poquitito a: "vamos a poner un pie a tierra y vamos a ver qué sirve y qué es lo que no sirve". Pero tenemos problemas, problemas con lo que es el trabajo. Es un pueblo chico, en el campo hay poco trabajo, que era la base de la economía. Tenemos mucha gente mayor, mucho jubilado, tenemos muchos empleados públicos y muy pocos empleados privados. Entonces, hay un desequilibrio. El chiquilín que sale del liceo tiene que salir a estudiar ¿a dónde? A otro lado. Y cuando se recibe, si es medico, si es abogado... No son muchos en San Javier; ¿con mil personas va a trabajar? Se quedan en la ciudad. Entonces, nos estamos volviendo una sociedad de viejos y de gente que está un año, dos o tres, consigue un trabajo en otro lado y se va. Gente de acá, poco y nada.

Yo soy mucho del deporte [sic] y crecí con el fútbol. De doce años jugando al fútbol, tuve por lo menos cuatro generaciones bien diferenciadas (desde compañeros de mi edad hasta chiquilines de catorce años ahora). Los cuadros de fútbol se preocupan por tenerlos hasta que salen del liceo, y cuando salen del liceo hacen recambio [...]. Gente joven es poca la que hay. Pero dentro de todo, gente bastante buena, todavía; no tanto como antes, pero todavía se puede dejar la puerta abierta [de la casa], todavía puedes abrir la puerta sin preguntar quién es. Y cuando aparece algún problemas de robos, de vandalismo, es tan chiquito el pueblo que todos sabemos quién es [el responsable]. Haciendo dos o tres preguntas estratégicas a un lado y a otro, ya todo se sabe.

Acá se está perdiendo, por ejemplo, que siempre se vio: la gente acá caminaba. El pueblo era chico, entonces, todos caminábamos aunque tuviéramos bicicleta; llegaba el domingo y todos salían a caminar. Pero se sabía cuando salían, pero no cuando volvían, porque de golpe te encontrabas con cualquiera en la vereda y te ponías a conversar, y de repente estabas una hora conversando; esa no preocupación por el tiempo. Llegado el momento de pasarla bien, mientras la conversación fuera amena, se conversaba, y eso se está perdiendo [...]. Pasara por raro, pero en mi casa mi padre no habla por teléfono; él dice: "si yo quiero hablar con mi vecino, porque en

mi casa se cortó la luz y quiero saber si a él también, ¿por qué lo voy a llamar por teléfono? Voy hasta la casa y le pregunto. Vos no puedes conversar a través de una máquina". A veces llama y le salta un contestador y dice: "ya me pusieron esta máquina y yo que quiero hablar con gente". Y es una costumbre de mucha gente acá todavía. Y una costumbre linda que tuvo siempre el pueblo: la relación [que resulta] de conversar todos los días. Empezó a perderse [...] y no se ha vuelto a recuperar. Las personas mayores todavía sí conversan. El hecho de [...] [hablar] con gente mayor y que las personas mayores nos atiendan cuando les hablamos, que conversen, que nos expliquen, no se da mucho. Mi generación conversaba bastante con la gente mayor [...]. Yo pasaba horas hablando con mi abuelo; iba a conversar porque me interesaba, me gustaba, era una charla amena. De golpe me repetía cincuenta veces las mismas historias, pero no importa (yo ya sabía hasta los nombres, las fechas y todo lo que me iba diciendo) porque era lindo conversar [...].

Entrevistador/a: ¿Y sabés algo de "los *barbudos*" (como ustedes les dicen)?

Javier: Tengo contacto porque siembran, son arrendatarios en el campo de casa; arriendan para sembrar. Son una gente *rara*. Ellos también tienen una religión muy particular; no sé muy bien cómo es, pero son muy cerrados, mucho más cerrados de los [inmigrantes] que vinieron acá. Vinieron de una zona completamente diferente. Los de acá vinieron de la zona europea de Rusia; ellos son de la zona cercana a China.

Entrevistador/a: ¿Cómo son ellos como arrendatarios?

Javier: Ellos tienen una preocupación única: ellos trabajan, trabajan y trabajan; trabajan y trabajan y trabajan. Hay muchos acá que dicen que son medios *sinvergüenzas*, pero yo creo que nosotros confundimos el hecho que no quieren pagar, por ejemplo, con el hecho de que muchas veces no tienen ni tiempo de llegar a la casa para pagar. Ellos trabajan el día entero. Pero si llega su domingo y viene una tormenta, y tienen que cosechar (la cosecha del año la tienen que sacar)... Se puede venir el mundo abajo, pero el domingo no trabajan. Tienen una semana [...] [de] pascua, que no sé qué es, y ahí es sólo para fiestas. Pero ni salen de ahí. Y ya te digo, a veces es época de cosecha, y bueno, si se pierde, se pierde. Así de simple: si se pierde, se pierde. Ellos trabajan así.

Los que trabajan con nosotros ya son uruguayos, y nos ven a nosotros, así, con la ropa toda desprolija y todos sucios de andar trabajando y nos dicen: "mirá, estos burros están trabajando". Y dicen: "¿Uruguay cuántos años tiene de cultura? Doscientos años de cultura propia. Nosotros

tenemos cinco mil años de cultura". Se ríen de nosotros; nosotros nos reímos de ellos. La tienen muchos más *clara* que nosotros.

Pero ellos sí son muy *de* la religión. Ahora ya hay tercera generación, un poco menores que mi edad [sic], que ya están con su moto de todo terreno, ya vienen a los bailes, y ese tipo de cosas. Mantienen todavía algo de la vestimenta –bastante de la vestimenta de ellos–, que no es la misma que trajeron los rusos cuando vinieron –los nuestros. Son diferentes, completamente diferentes. A veces, nosotros nos enojamos un poco, porque en Montevideo asocian, en algunos programas que vemos sobre San Javier, lo que son ellos con lo que somos nosotros. En realidad, no es lo mismo, porque la religión no es la misma (aclaro: no es porque haya ahora religión en San Javier). La religión de ellos [respecto de] la religión de los que vinieron a San Javier no es la misma. Vienen de zonas diferentes, tienen formas de trabajar diferentes; es distinto.

Los antecesores nuestros eran mucho de producir [sic], pero de producir con mucha calidad (ya fuera colmenas, granjas, huerta) y de producir para subsistir (ya sea dulces y esas cosas). No es mucho de: "saco trigo, vendo trigo". Es más bien: "saco trigo y vendo pan", cosas procesadas. No vendo la fruta cuando la saco; hago dulce y después hago mermelada, jalea, hago una torta con esos dulces y después la vendo [...].

Trabajan y trabajan el día entero cuando les toca trabajar [se refiere a la población de Colonia Ofir]. De golpe vas a ver un tractor enorme y pasas y parece que no lo va manejando nadie, y cuando arriba hay un chiquitito así [hace un gesto] arriba del tractor. Y tampoco te enteras. En los campos que son chicos, [los trabajadores] entraron a las dos de la mañana y cuando llegaste al campo a las ocho de la mañana tenés todo el campo airado, lo dieron vuelta todo; y no te enteraste nunca cuando entraron. Ellos precisan la autorización y cuando tienen el rato, lo hacen; si tienen que trabajar un día entero, bueno, lo hacen; medio día trabaja el padre y cuando querés acordarte está el gurí trabajando. Y a veces se asocia eso con que son unos *sinvergüenzas*. Y ellos se preocupan por trabajar; lo demás es secundario.

Entrevistador/a: Lo de "sinvergüenzas", ¿por qué lo dicen?

Javier: No respetan mucho. Conocen bastante poco el idioma y ellos te hacen un trato, y el trato que ellos hacen *de palabra* te lo cumplen. Viste que cuando haces un contrato de compra-venta, tiene muchos tecnicismos, y a veces ellos no los respetan. Pero capaz que es porque ni los

conocen o capaz porque ni les preocupa tampoco. Ellos hicieron un trato de que van a sembrar y cuando cosechen te van a dar una parte, y bueno, llegado el momento, cuando ellos cobran, te dan una parte. Capaz que no *embocan* con los tiempos o alguna cosa [...]. Hay que adaptarse un poco, no sólo ellos a nosotros, sino también nosotros a ellos. Pero trabajan, son muy trabajadores. Y a mí me da la impresión de que la gente, cuando vino acá a principio de siglo también era así. Por lo que me contaron, eran mucho más trabajadores que lo que somos ahora. Me da la impresión de que es como todo: cuando uno empieza algo nuevo y sabe que es lo único que tiene y que no tiene más remedio que trabajar, le pone ganas y no para. Después, cuando ya lograron algo, es como que esa voluntad se descarga, por tener menos responsabilidades.

Entrevistador/a: ¿Y tus padres dónde viven ahora?

Javier: En el campo. Siguieron siempre ahí. Una hermana mía sigue viviendo ahí, y mi hermano también, que sigue yendo al liceo (cumple dieciocho en octubre), está haciendo sexto de liceo.

Katya

Entrevistador/a: ¿Podría contarnos un poco sobre sus antepasados?

Katya: Te voy a contar la historia. Pasa lo siguiente: Lubkov y Michin deciden que sus hijos se casen entre ellos. Michin, en Rusia, era un terrateniente; dicen que inclusive el ferrocarril entraba a la estancia de él a recoger lo que se cosechaba y que cargaban trenes enteros. Era un hombre de mucha plata, pero la religión era lo principal. Deja todo en Rusia y se viene a Uruguay. Tenía dos hijos varones y una hija mujer. Mi mamá era la más chiquitita. El varón del medio no quiere venir y muere en la Segunda Guerra Mundial. Era piloto de avión. El hermano mayor de mamá vino y trabajó acá [en San Javier]. Entonces, mis padres se conocieron acá, como ya lo habían *marcado* sus padres. Pero ahí no termina la historia. No sé qué desavenencia tuvieron Michin y Lubkov, que Michin decide irse de San Javier con su señora –Catalina– y con mi mamá –Sofía. Se van para la Argentina. Entra a trabajar en el frigorífico Sur y con el tiempo le dio por tomar. Mi mamá, en ese entonces, iba a la escuela; era una niña de unos seis años. Un día sale de la escuela, llega a la casa y se encuentra al padre muerto y a la madre muerta, porque él le pegó un tiro a la señora y se suicidó. Desde este momento mamá quedó sola. Cuando interviene la policía, ella le explica que es de Uruguay, de una colectividad rusa. La policía pasa el caso al Ministerio de Relaciones Exteriores, que se comunican con Montevideo y avisan a Lubkov lo que había sucedido. Mandan al hermano mayor de mi mamá y al otro hijo de Lubkov a buscarla. Así, mi madre pasa a vivir también en la Casa Blanca⁹. Mis padres comenzaron a vivir en la misma casa, pasaron los años y se enovieron. Se adoraban. Mi papá heredó cosas buenas y malas de Lubkov. Era mujeriego, igualito que Lubkov.

Entrevistador/a: ¿Qué sabe de los primeros inmigrantes rusos que llegaron al Uruguay?

Katya: Ellos llegaron primero a Montevideo, hasta que después los trajeron en dos barcos de la armada y bajaron en la zona de Puerto Viejo. Bajó primero Lubkov, se arrodilló, se sacó el sombrero –siempre usaba sombrero– y agradeció la tierra. El Ejército les dio unas carpas, pero ellos inmediatamente se pusieron a construir sus ranchos.

Entrevistador/a: ¿Así que los primeros ranchos fueron en Puerto Viejo?

⁹ Antiguo casco de la estancia de la familia Espalter, que fue adquirida después del traslado de la colonia para residencia de Basilio Lubkov y su familia. Espalter fue el ministro de Hacienda del Gobierno de Batlle y Ordóñez, quien cedió tierras a los primeros inmigrantes rusos.

Katya: En Puerto. Allá donde desembarcaron empezaron a destroncar y a carpir. Al poco tiempo se vinieron para acá, a lo de Espalter. Llegaron a desmontar, arar la tierra; algunos con caballos y arados que les prestaba Espalter, otros tirando tipo mula; un trabajo bárbaro pasaron. Ellos trajeron la semilla de girasol; fueron los primeros. Dicen que los gauchos, los paisanos, cuando empezó a florecer el girasol, decían: "estos rusos son locos, plantaron flores". También trajeron la semilla del níspero.

Entrevistador/a: El nombre de San Javier, ¿fue en memoria del hijo fallecido de Espalter?

Katya: Hay distintas versiones. Unos dicen eso y otros dicen que acá, en el pueblo, había jesuitas e indios; dicen que un ruso mató a un jesuita que se llamaba Javier. Yo anduve averiguando qué hijo de Espalter se llamaba Javier y ningún hijo se llamaba Javier. Lo que pasa es que San Javier era el arroyito donde está el puentecito, cuando vas de camino al Puerto [Viejo]; ese arroyo ya tenía el nombre de San Javier, por eso le pusieron San Javier al pueblo, por el arroyo.

Entrevistador/a: ¿De qué zona venían?

Katya: Eran de la parte del Caucazo. En 1926 Lubkov viaja para allá con un grupo de gente, porque él recibe, de parte de Lenin, una carta para que vayan para allá de vuelta, pues no van a ser más perseguidos por la Iglesia ortodoxa. Pero Lubkov no quiere que vayan; él dice: "voy a llegar para ver cómo están las cosas. Yo les voy a escribir a ustedes", y se va con los principales, los que lo rodeaban a él. De allá manda una carta rarísima [...], no tenía un espacio libre, estaba escrita desde arriba, escrita toda, no dejaba nada. Esa fue la señal que les dio: si la hoja viene toda cubierta, sin espacio ninguno, es para que no vayan.

Entrevistador/a: No podía decir lo que pasaba...

Katya: ¡Claro! Además, al poco tiempo que estuvo allá, lo apresaron. Tengo la foto original guardada, que mandó Lila Lubkov [va a buscar la foto para mostrárnosla]. Le llegó una carta a mi abuela, doña Ana, con esta fotito. Parece que dice 29/11/35, y según lo que está escrito, por lo que me han traducido, dice que en una de estas chozas es donde estuvo prisionero Basilio Lubkov; en la carta decía: "papá vive en una de esas casas". Según la información que tengo, Lubkov fue ejecutado el 17 de agosto de 1938.

Entrevistador/a: ¿Podría decirnos si alguien más volvió a Rusia?

Katya: Cuando se fueron los que se fueron, en el año 23, no volvió ninguno hasta después de la Segunda Guerra Mundial, por la década del 50. Mucha gente se fue de acá, pero algunos volvieron, y otros, no, otros quedaron. Pero mantienen correspondencia con gente de San Javier.

Entrevistador/a: ¿O sea que se mantiene algún vínculo actualmente?

Katya: Nosotros tenemos la radio en San Javier, y no sé qué día, porque lo viven cambiando de hora, había un informativo que viene de Rusia (lo toman de Internet para la localidad de San Javier), la Voz de Rusia. Es todo en castellano; te habla de cosas de Rusia hoy.

Entrevistador/a: Usted me comentó de una Biblia que tenía su abuela, ¿qué sabe de ella?

Katya: Se llama *isrraisbi* [se desconoce su correcta forma de escribirlo]. Las páginas están desordenadas. La segunda parte tiene algo escrito por Lubkov. Siempre la abuela decía eso. [Seguimos mirando fotos]. Lo que sé es que el libro era de Lubkov; él se lo dejó a mi abuela.

Entrevistador/a: ¿En qué idioma está escrito?

Katya: Es ruso antiguo. Yo, en ruso, entiendo todo; alguna palabra, que es del vocabulario nuevo, no la sé, pero en vocabulario viejo entiendo todo. De chica, hasta los seis años, hablaba solamente en ruso y me habían enseñado a escribir en ruso. Cuando cumplí los seis años y empecé las clases, en la escuela de San Javier, fui perdiendo ya el ruso. Y no me lo exigían porque tenía que hacer mis deberes, mis cosas.

Entrevistador/a: Con respecto a la Biblia, ¿me podría contar cómo la usaban? ¿Qué hacían cuando se reunían en la Iglesia? ¿Leían esos textos?

Katya: Cantaban las cosas que ellos mismos componían. Hay una canción, que la hizo Basilio Lubkov, cuando muere la segunda señora de él, Natalia Gregoria, que se llama *Pajarito mío*. Él la escribe después de su muerte y mi madre la cantaba siempre mientras cocinaba. Antes, cuando iba a la Sabraña, me emocionaba, porque sentía a mi madre cantando. Ahora no sé si voy a volver a ir.

Entrevistador/a: ¿A la Sabraña, cuánta gente va? ¿Es lo mismo que antes?

Katya: No, no, no. La juventud, primero, no va. Los que van son gente de edad y los de edad que quedan, están todos más enfermos... ¿Sabés lo que pasa? No me acuerdo en qué canal era, 10 o 12; allí había un programa que se llamaba *Vidas*, de Facundo Ponce de León. Él vino a San Javier.

Entrevistador/a: ¿Habló con usted?

Katya: No, conmigo no. Lo acompañó Maranov en la camioneta para todos lados¹⁰. Yo lo vi porque estuvieron filmando la fundación Roslik. Facundo avisó que tal día salía el programa y lo miramos todos en el pueblo. Uno de los lugares adonde fue, fue la Sabraña (la que tiene la llave es una tía del Nito) ¿Ustedes fueron a conocerla?

Entrevistador/a: No, todavía no.

Katya: Cuando vayan, ahí no van a ver ninguna cruz, ninguna imagen de Cristo, de la Virgen, de nada, porque ellos creen en Dios, pero no en imágenes, ni en nada de eso. Entonces, Facundo le pregunta: "¿usted qué opina sobre la muerte de Vladimir Roslik?". "Y algo debe haber hecho, porque llevarlo preso y matarlo porque sí, no", contestó ella. Eso cayó... Al otro día era un reguero de pólvora, todo el mundo hablaba de eso y ahí la gente dejó de ir. Tras que éramos *puro viejo* los que íbamos, peor todavía; ahí la quedó. No tenía derecho, dentro de la Sabraña, en primer término, a hablar sobre eso. Porque hubiera dicho: "míre, yo no tengo opinión. Además, estamos dentro de un lugar que es como estar adentro de una Iglesia". No tenés por qué decir cosas así. Vas a orar, pero no a emitir opiniones personales de una colectividad. Sabía que eso iba caer como *patada*, y más para los que íbamos a la Sabraña. Estaba hablando en nombre de la colectividad Nuevo Israel.

Entrevistador/a: ¿La señora es encargada de la Sabraña? ¿Cómo llegó ahí?

Katya: Se encargó ella, por su propia cuenta; ella misma se nombró. Cuando Lubkov se va, deja encargado de la Sabraña a Don Andrés Poiarko. Después fallece y él deja a Don Mirón Gayvoronsky, que ocupaba el papel de Lubkov en la Sabraña. Fallece y no se nombró ya a más nadie, y ella se apropió de la llave.

Entrevistador/a: Para usted, ¿éste es un pueblo unido?

Katya: No, no es muy unido. No todos piensan igual. Los que son radicales no piensan igual, pero los que tenemos verdadero apego al pueblo (te hablo dentro de la colectividad, de los pocos rusos) nos *encontramos* bien.

Entrevistador/a: O sea, entre los que se consideran descendientes ¿son bastante unidos?

¹⁰ Maranov es chofer; se encarga de trasladar a la gente, principalmente a turistas.

Katya: Ha crecido mucho San Javier. Sobre todo, con las construcciones de Medir, ha venido gente que no es de San Javier, y la mayoría son criollos. Son pocos los descendientes de rusos que quedan.

Entrevistador/a: Nos nombró la fundación Vladimir Roslik. ¿Cómo se creó?

Katya: Se creó después del asesinato de Vladimir Roslik. Mari, su esposa, dona el terreno que tenían, donde pensaban hacer su casa. La dona para que se cree una plaza para niños y es por eso que se llama: Vladimir Roslik. El entierro de Vladimir fue algo impresionante. La cantidad de gente que vino, de todo el país, fue impresionante. Ahí hablaron los que vinieron desde otras partes y de San Javier nadie se animaba. Yo pedí y hablé. Ya no me acuerdo lo que dije, pero hablé. Sé que las últimas palabras que le dije fueron: "no te decimos *adiós* Vladimir, te decimos hasta pronto, y te quedás". Así fue como yo me despedí de Vladimir. Es ahí, en el entierro, donde Mari plantea que ella, aparte de la plaza, quiere una fundación que lleve el nombre de Vladimir, una fundación que sea para cuidar la salud de la población, que tenga médicos. En esos momentos estábamos sin médico. El Sindicato de Trabajadores Portuarios tenía un local, cuyo fondo daba contra la placita. Ceden ese lugar, y ahí se empieza la fundación Roslik. Vienen médicos para atender de Paysandú, y así nació. Primero, trabajamos así no más. De corajudos en el sindicato, venían los médicos. Los laboratorios y las farmacias donaban los medicamentos que ahí mismo se daban.

Entrevistador/a: ¿En qué año fue?

Katya: En 1982.

Entrevistador/a: La fundación, hoy en día, ¿qué es lo que hace? ¿Cómo funciona?

Katya: Siguen viniendo médicos a atender. El médico local es el doctor Souto. Los días que no vienen médicos de Paysandú o de Fray Bentos, él atiende en la mañana en la policlínica y en la tarde atiende en la fundación.

Entrevistador/a: La gente que se atiende, ¿pertenece a la fundación?

Katya: No, no, no, todo el que quiera. Te atienden aunque no pertenezcas. Si tú querés aportar, son unos ochenta pesos por mes. Ahora, también, empezó a venir un abogado y atiende. Bueno, yo estuve dentro de la fundación; queríamos sacar la personería jurídica y la conseguimos, pero como ONG. Dentro del estatuto de la fundación dice que es para ayudar a la salud de la población y, además, cuidar el medio ambiente de la localidad. Para cuando se inauguró la

placita, que vino mucha gente, hicimos el primer festival *Por la Vida*. Ahí estuvo desde Washington [Benavides] y Cristina [Fernandez] hasta Los Olimareños.

Entrevistador/a: ¿Nos podría contar cómo afectó la dictadura a San Javier en aquella época?

Katya: Horrible, no podías salir. Ibas a salir rumbo a Paysandú y te paraban los milicos. No te dejaban salir. ¡No te dejaban salir de San Javier!

Entrevistador/a: ¿Tenían cercado San Javier?

Katya: Todo San Javier tenían cercado.

Entrevistador/a: ¿Usted cómo vivió la dictadura? ¿Cómo era la vida?

Katya: Yo te voy a contar de mí. Cuando empezó la dictadura, un día vienen unos militares, justo en la época cuando estábamos rodeados por todos lados, paran en la Ancap, y me dicen que estaba citada y que los tenientes querían hablar conmigo. Les dije: "en seguida voy". Fui a despedirme, primero, de mi padre, y le dije: "me llaman los militares; no sé si voy adentro también". Y fui. Me dicen al llegar: "la llamamos porque sabemos que cuando vienen delegaciones deportivas para alojarlos, usted siempre consigue colchones para todos. Nosotros estamos esperando que vengan más refuerzos de soldados de Fray Bentos, y necesitamos que usted, que sabe quiénes son los que prestan colchones, salga a recolectarlos". "¿Y cuántos precisa?", le pregunté. Me dicen: "cuarenta colchones". Salí con la camioneta y empecé casa por casa. Conseguí los cuarenta colchones. Se los llevé. Me dijeron que los dejara en la comisaría y así lo hice, en la noche. Al otro día, viene un policía y me dice: "Katya, la citan de la comisaría". Allá marché yo. Al llegar me dicen: "venga a buscar los colchones, porque no los vamos a precisar, así que levántelos no más". Me estaban *testeando*, a ver si colaboraba o no colaboraba.

Entrevistador/a: ¿Este tipo de experiencia pasó también con mucha gente?

Katya: ¡Hubo gente que se llevaron que no tenía nada que ver! A Vladimir lo acusaban de ser el jefe de la tensión acá, en San Javier, de que él había recibido armamentos traídos en barcos rusos por el río Uruguay (los barcos eran submarinos, que los descargaron cerca de Puerto Viejo para delante, y que ahí estaba guardado el armamento). Entonces, cuando se lo llevaron a Vladimir, lo mataron. La autopsia de Vladimir Roslik dio que lo ahogaron en un pozo [silencio].

Entrevistador/a: ¿Usted lo conoció?

Katya: En un pozo negro. ¿Si lo conocía a Vladimir? Era mi médico. El pobre de Vladimir nunca se metió, nunca. Lo único: fue presidente de Máximo Gorki. Le gustaba ir al bar de la cooperativa, de noche. Se juntaban ahí, un grupo de hombres y jugaban a las cartas; le gustaba jugar al truco. Pero después, no militaba en nada, ¡en nada! Ahora, su gran pecado fue conseguir una beca para estudiar en Rusia. Vladimir ya estaba en cuarto año de liceo y ansiaba estudiar medicina, pero los padres eran unos chacreros que no tenían nada. Era un muchacho joven. Habían dos compañeros, Golovchenko y Sena que le decían a Vladimir: "fenómeno, vos estudiá, recibíte de médico y cuando uno se enferma, vos liquidálo, porque nosotros vamos a poner una empresa funeraria. Entonces, vos los liquidás y nosotros los enterramos y cobramos". ¡Era de esos chicos! [Risas]. Consigue una beca y se va a Rusia. Se fue a Rusia a hacer Medicina. Cuando él se recibe, tenía una propuesta de irse a Venezuela, pero no se va. Revalidó el título en Montevideo y se vino a San Javier. Vino porque era su pueblo, su gente. Lo quería todo el mundo, además. Si tenías plata o no tenías plata, no importaba, él te atendía igual. Le decías: "che, mirá, yo no tengo ni para comprar los remedios que me estás mandando". Él te contestaba: "no te preocupes, yo te los consigo". Y te conseguía los remedios y te los daba.

Entrevistador/a: El caso de Roslik es el más conocido, pero, ¿se llevaron a más gente?

Katya: Sí, sí, llevaron gente. Había una muchacha que, como el padre de ella era militante del Partido Comunista, se la llevaron de acá. Tres muchachos, que eran muy amigos entre ellos, y que les gustaba mucho ser radio-aficionados (que en ese momento era el furor), habían armado una radio en la casa de uno de ellos. Un día, a la salida del liceo, ¡iban a liceo!, ¡pácate!: camión y los llevaron para Fray Bentos. Dijeron que ellos se comunicaban y recibían órdenes de los comunistas de Rusia. ¡Eran gurises de liceo, no se metían en nada! También, a un excelente profesor de Matemáticas, que todavía está vivo, se lo llevaron. A gente que tenía campo, donde a ellos se les ocurrió que habían descargado las armas, se lo llevaron también. Ahora está por aprobarse la ley.

Entrevistador/a: ¿Usted está a favor de que se levante la ley de impunidad?

Katya: Sí, sí, sí, claro que sí. ¡Con mucho orgullo!

Entrevistador/a: ¿Qué pasó con la orientación política en el pueblo?

Katya: Toda la gente era colorada; acá no había votos blancos, eran todos colorados

Entrevistador/a: ¿Hubo algún cambio?

Katya: Sí, y más en estas últimas elecciones. Ganaron los blancos acá, y en el departamento, en general, ganó el Partido Nacional. Yo era colorada, porque mi padre era colorado a muerte, por el lado de Lubkov, ya que Batlle y Ordóñez fue quien los trajo para acá. Eso de la tradición se perdió: eso de que tu papá era colorado, entonces, vos sos colorado, se perdió. Acá, ahora, hay algunos blancos y otros frentistas. Los colorados son los menos; fueron un desastre. Acá ganaron los blancos en la Intendencia. Yo votaba y votaba a los colorados. Cuando se da el Golpe de Estado yo dejé de votarlos; "yo me voy al Frente Amplio".

Entrevistador/a: Cambiando un poco de tema, acá, la Junta Local, ¿se preocupa por los problemas de la comunidad?

Katya: Sí, se mueve. Acá, lo que nos parece que está bien, lo apoyamos; si se está haciendo algo bien en beneficio del pueblo, se apoya. Como hicieron con la plaza: la Intendencia puso los materiales, un artesano de San Javier y apoyamos¹¹.

[Al término de la entrevista agregó algunos comentarios].

Katya: Ahora me mandan dos por tres a gente que entra por San Javier y pregunta con quién podría hablar que sepa más o menos la historia de San Javier. Entonces, ellos les indican dónde. El empleado de la Ancap enseguida me los manda a mí. Hace poco estuvo un auto (yo tenía una reunión en frente, en el Comité del Frente), baja un señor y dice: "perdón, estoy buscando a la bisnieta de Lubkov". "Soy yo", le dije. Él se presentó: "nosotros somos dos matrimonios que venimos de Montevideo y queríamos hablar con usted para saber cómo llegaron los rusos acá, por qué se vinieron...". Esta gente era de Montevideo, personas de edad (no eran ningunos jovencitos). Los invité a pasar, nos sentamos afuera y empecé yo con esta perorata mía de cómo vinieron. Yo no entiendo a raíz de qué [querían saber], qué pasa en Montevideo, que vienen a preguntar acá.

¹¹ Se refiere a las muñecas rusas colocadas en la plaza.

Mary

Entrevistador/a: ¿Cómo fue la historia de sus antepasados al llegar acá?

Mary: Nuestros antepasados inmigraron de su país por un solo motivo: fueron perseguidos por los católicos ortodoxos. Ellos no querían que se abriera la gente de la religión católica ortodoxa. A los que se abrían los perseguían, y más a los guías espirituales de las nuevas religiones como fue Lubkov. Había dos guías espirituales anteriores a Lubkov. Él fue nombrado a los veintiún años guía espiritual; ya lo vieron muy capaz y le dieron ese mando. El guía espiritual es como que nace con un don que influye en la gente; entiende mucho, conoce, entonces, le retransmite a la gente y la gente se adhiere a él. (Eso está en los textos). A Lubkov lo persiguieron. Varias veces estuvo encarcelado y la última vez no sé cual fue el delito que cometió que lo encarcelaron con cadena perpetua. Porque influía en la gente; veían que la mayoría se volcaba a él. Iba y hablaba en las plazas (no sólo en el culto), entonces, la gente [...] [abandonaba] a los católicos ortodoxos. En toda Rusia, Rusia grande, la gente se fue reuniendo (no era de un sólo lugar), se empezaron a abrir del cura, y la mayoría comenzó a devolver los crucifijos, todos los santos. Como Rusia era grande, colonizaron ciertos lugares para estar cerca, para practicar eso, porque se reunían, cantaban... La gente vivía más unida. Entonces, ¿por qué motivo tuvieron que salir de Rusia? Lubkov estaba encerrado a cárcel perpetua [sic], y en 1904-1905 nace el hijo del Zar, y les dan libertad a todos los presos políticos por ese nacimiento. Nace un heredero: el único varón de la familia real. Le dan libertad. Cuando le dan libertad él sabía que no podía profesar más, ni seguir su religión, porque lo encarcelaban de vuelta. Quedaron en silencio un tiempo buscando salir del país.

Él viaja a Norteamérica y allá, en Canadá, exigían que la familia toda no tuviera defectos, ni viejos, que no llegaran con ningún problema. Entonces, no le servía, porque si salía, salía toda la familia. Entonces empezaron a buscar, y cuando se enteran que en Uruguay hay una inmigración rusa, por medio de un embajador, Richmon, el intermediario, van a conocer. Y cuando conocen a toda esa población, ven que tenía muy alta educación: gente pulcra, gente muy preparada. No titubeó mucho, retransmite todo eso y apuradísimos vienen al Uruguay. Porque querían el Uruguay. Y el Uruguay quería gente con un poco más de cultura, porque el Uruguay tenía la campaña más bien ganadera, no había verdura ni esas cosas. [Querían] civilizar de otra manera. Y justamente, vino de allá gente preparada de todos los oficios, en toda las cosas. Les gustó muchísimo. En aquella época de Batlle y Ordóñez estaba el ministro Espalter. Entonces, Espalter sede su espacio en esta zona y emigran en julio para acá, y bajan en un monte en Puerto Viejo. Bajan en un monte virgen,

nada más, sin ninguna ranchada, sin nada, y empezaron a preparar todo. Pero al venirse ya traían lonas, traían cosas, sabiendo que venían al monte. Desembarcan acá y ahí empezó la lucha. Unos a pescar, otros a destroncar, otros a buscar bueyes, a arar... Y empezaron a hacer las cosas. Al mes, ya vino el diario *El Telégrafo* de Paysandú y están las notas donde como trabajaron [...]: traían palos, las mujeres amarraban, los hombres araban, adiestraban bueyes, todos esos trabajos, con la dirección de Lubkov, no sólo en lo religioso, también en lo laboral. Estaba muy preparado, [era] muy inteligente.

Después, a plantar verdura, a vender por las estancias y a educar a la gente en la campaña, a darles campo. Trajeron la semilla de girasol; acá no la conocían. (Muchos montevidianos no conocen la flor del girasol). Cuando floreció el girasol, los del lugar decían: "mirá qué rusos locos, mirá qué jardín se mandaron". Lo que quiero decir es que el girasol que se introdujo al Uruguay fue traído por esa gente y el primer aceite que empezó en San Javier también. Hicieron fábrica de aceite y de harina. Trajeron técnicos desde allá que dirigieron la obra, porque allá, en Rusia, cuando se los llevaban al servicio militar ya los preparaban en oficio, así se dedicaban a lo que querían. La gente ya volvía con un oficio, preparada. En Rusia era muchísimo más adelantada la gente que acá en Uruguay [...]. Entre los hombres [rusos] se besaban, y acá en Uruguay lo veían como algo "raro". Y ahora hace como veinte años que se ve en la televisión que se besan entre los varones. Antes no se besaban, se daban la mano. Es una cultura muy alta la europea.

Así fue surgiendo San Javier. Han venido autoridades, que se reunían en la Casa Blanca (ese edificio estaba antes de que vinieran, era una estancia. Después, con tiempo, fueron ampliándolo). Siempre invitaron autoridades, tuvieron muchas reuniones, gente que tenía un muy buen recibimiento [sic] a todos los que llegaban, a los huéspedes. En ese sentido, este pueblo se ha destacado siempre; fue por la educación recibida de esa religión de nuestros antepasados. Al año de llegados, ya hicieron la escuela; era de chapa. Ya le dieron enseñanza lugareña. No estuvieron aislados como estaban los alemanes, manteniendo lo suyo; se integraron totalmente al lugar donde llegaron, con la gente lugareña. Se mezclaron las razas, se permitió desde un comienzo: al año comenzaron a formar matrimonios con la gente del lugar.

Entrevistador/a: ¿Cómo es la religión?

Mary: La religión es el Reino de Dios. Está en la tierra, en cada persona. Cada persona puede elevar su plegaria a Dios. Dios está en el finito; todos nosotros lo entendemos así. Cada uno puede llegar sin precisar ir a un cura [...]; él es un ser humano como todos, no puede ser

diferente, sólo se tiene que preparar las palabras. Entonces, ésta se basa en que cada individuo la puede sentir dentro suyo, del alma, y elevar la plegaria en cualquier lugar. Acá no hay un cura, no hay tampoco ningún santo. Es diferente a la religión católica, que es la que conocen todos los uruguayos, la católica apostólica romana, en la que el ser humano se dirige a un objeto como creyendo en eso (en una imagen de la Virgen, por ejemplo). [...]. La religión no está traducida; uno capta porque conoce el idioma. Hablamos el ruso perfecto y así entendemos todo. Los salmos, todos, los escribía Lubkov. Tiene muy lindas canciones o salmos; son muy instructivos, muy profundos, siempre [...] [sobre] cómo es la vida de los seres humanos. La religión, la verdadera, me parece que es simple entendible y me parece muy natural.

En síntesis, en realidad es eso: cada uno, en un momento difícil, pide a Dios que lo ayude y en un momento de felicidad agradece por la felicidad. La mayoría somos así, pero hay ateos que no creen en nada. Lubkov predicaba que la convivencia tiene que ser por amor, porque en aquella época más bien unían [casaban] los padres a los jóvenes y eso no servía. El ser humano es diferente a un animal que está emparejado [sic] por una sola cosa. Tiene que haber amor, para convivir con gusto, con amor. Dio permiso para que se eligieran las parejas y hubiera separación.

Entrevistador/a: ¿Eso fue cuando llegaron acá o allá en Rusia?

Mary: No sé si acá o allá. Se permitía la separación, pero él vino casado con una señora desde allá. Ella era querida por todos. A él lo llamaban *papá* y a ella *mamá*. Ella era muy querida, era colaboradora; murió por una mala operación. Después, tuvo otra pareja que se fue con él en el año 1926, en una partida organizada (porque desde Rusia, después de que pasó la guerra, la Revolución, perdían que volviera el pueblo).

Entrevistador/a: ¿Cuántas personas se volvieron?

Mary: Yo no sabría decirle, pero fue una partida fuerte, doscientos, no sé. Antes no habían máquinas, los registros eran manuscritos (nosotros a la letra imprenta la leemos, pero en manuscrita es mucha confusión: la *p* nuestra es la *r* rusa) [...]. Cuando vas a leer te agarrás un mareo; tenés que practicarlo.

Éstos volvieron. Nosotros íbamos a volver, pero mi mamá estaba embarazada. El asunto es que cuando llegan ahí [a Rusia], se encuentran que todo era diferente de lo que anunciaban. Se empezó a implementar más el comunismo; entró tanto el izquierdismo que se implantó el comunismo drástico: empezaron a decomisar todo, hasta ciertos valores. El asunto es que fue

drástico ese cambio. Entonces, avisaban que no emigraran más (no sé cómo pudieron avisar). Se cerró la frontera; incluso, ellos querían volver pero no les permitieron. Mi tía se fue (tenía once años) [...] y por cuarenta y cinco años no hubo contacto, hasta que se abrió.

A la abuela materna nunca la conocimos. Mi mamá lloró siempre, porque se le fueron la madre, los hermanos, todos. Y uno, como vivió eso, como que no lo traga al izquierdismo; no al izquierdismo en sí, porque hay personas que dialogan [...], pero a ese comunismo así, dominante, como es en Cuba. Ahora, todo muere con Fidel, si muere Fidel; ahí ya se termina todo, nunca más, como ahora en Rusia.

Entrevistador/a: Así que ustedes, por mucho tiempo, no tuvieron contacto con las personas en Rusia

Mary: No. La abuela murió en no sé qué año. Después de tiempo, nos enteramos de que pasó eso: fueron llevados a trabajos forzados, estaban aislados del mundo, cerradas las fronteras, estaba prohibitivo salir, mandar cartas, todo así.

Entrevistador/a: ¿Pudieron viajar a Rusia?

Mary: Yo nunca viajé. Ahora está prometiendo el intendente hacer un intercambio cultural.

Entrevistador/a: Contáanos, ¿qué hacían acá tus padres?

Mary: Mi padres vinieron (papá tenía dieciséis años y mi mamá nueve años). A mi mamá la "pide" el capitán y la llevan a Montevideo de vuelta. La madre la "sedió" porque sabía que bajaban en un monte espeso. Mi mamá se crió allá en Montevideo; en cambio, papá quedó acá. Mi papá fue agricultor. Mi mamá vuelve cuando ya muchacha, repatriada al pueblito desde Montevideo. Acá se casan. Justo en esa época se trabajaba en quinquenio, cinco familias. Pero era difícil llevarse con los chicos y esas cosas. Pasaron un tiempo y después se fraccionaron las chacras.

Entrevistador/a: ¿Mantienen alguna costumbre rusa acá? ¿Hablan el ruso?

Mary: Muy poco. Hay muchos que saben hablar en ruso. Hasta los seis años no hablábamos el español; al ingresar a la escuela recién ahí aprendimos el idioma [español].

Entrevistador/a: ¿De ustedes, quién es el que guía el culto?

Mary: No tenemos pastor o guía que tenga la capacidad espiritual de saber.

Entrevistador/a: ¿Ustedes cuándo se reúnen? ¿Tienen un día fijo?

Mary: Nosotros tratamos de mantener esto. Todos los domingos abrimos, pero no somos muchos; cada vez menos. Los días de fiesta especial, por ejemplo, para celebrar algo, vienen más; se hacen comilonas. Antes se llenaba hasta afuera en la ceremonia nuestra, no había lugar.

Entrevistador/a: ¿Qué festejan?

Mary: Hay una [fiesta] el 31 de mayo, cuando lo liberan de la cárcel [a Lubkov], cuando nació el hijo del Zar, y los 27 de julio, que es la fecha del aniversario de San Javier

Entrevistador/a: ¿Concurre a las danzas a los festejos del Máximo Gorki?

Mary: Yo, muy poco [...]. Allá, en el Máximo Gorki, mantienen esas danzas y todo, pero medio politizado ¿verdad? Hay ciertas personas que no son gratas. Pero ahora la presidenta, Ana Semikin, hace *contacto*, viene acá [...]. La cosa tiene que ser como más unida, la cultura...

Entrevistador/a: ¿Por qué decía que estaba muy politizado el Máximo Gorki?

Mary: Porque están manteniendo su izquierdismo. Porque este centro cultural es anexo del de Montevideo, porque ¿qué paso? Hay que contar por qué surge ese otro centro. Hay un centro grandísimo, que es el centro cultural Juventud Unida. Cuando el centro cultural Juventud Unida empezó a funcionar, venía la gente de la campaña, venían de botas (había un reglamento que decía que tenían que entrar de corbata, de zapatitos). Entonces, los muchachos de campaña empezaron a abrir su centro; el centro que empezaron a armar sería el Centro Esloveno. No era el Máximo Gorki, porque Máximo Gorki era un revolucionario ruso (nada tenía que llevar su nombre). Hace no mucho vinieron de Rusia unos con cámaras y todo, me preguntaron por qué lleva ese nombre un centro cultural en San Javier, en este país, el nombre de un revolucionario ruso. Nosotros le contestamos que no sabíamos. Después, averiguando cuál fue el motivo por el cual le dieron ese nombre, nos enteramos de que fue porque ya llevaba ese nombre el de Montevideo. Por la personalidad jurídica, le cambiaron el nombre, de Centro Esloveno a Máximo Gorki; eso me lo contestó uno de los Roslik.

Entrevistador/a: Hablaste de Roslik, ¿nos podés contar un poco sobre eso?

Mary: Yo conté algo a un periodista que vino acá. [El periodista era Facundo Ponce de León, del programa *Vidas*, pero ella no lo recordaba]. No conté, él me hizo una pregunta y yo contesté.

[En ese momento, el señor que estaba pregunta: "están grabando". La señora contesta que sí. Nosotras aclaramos de nuevo que no somos periodistas, puesto que el señor se había puesto un

poco inquieto]. Entonces me habían grabado y yo dije mi verdad. Después, acá me basurearon por la radio. Pero no importa, porque pasaran varios años, y yo diría lo mismo, porque yo no voy a cambiar lo que conocí, lo que yo viví, lo que mi familia vivió. Un profesor me basureó por radio. Ni me va ni me viene, no importa. Pero yo no cambio. Y el pueblo tampoco me tiene en su lugar.

[Otra señora que estaba presente opina].

Señora: A la contestación que ella dio no le veo nada malo, porque le preguntaron: "por qué lo llevaron [a Roslik]". "Y por algo será", contestó. Yo, por ejemplo, tengo un acta firmada en la comisaría; yo les conteste lo que me preguntaban y a mí no me llevaron.

Mary: No me acuerdo el nombre [del periodista], pero de todos modos re macanudo el muchacho, sale mucho en la prensa. E hizo bien: cuando entramos acá, le digo: "míre, esto es un culto, por lo tanto, hay que hacer las cosas que corresponden a un culto; se empieza con el guía espiritual"; él me dijo que sí. Me puso el micrófono, me sentó allí y me dijo: "usted me mira a mí, no mire a las cámaras. Yo le voy a hacer las preguntas, usted me contesta. Sea breve y punto". Yo, bueno, acataba, nada más. Empezaron con ese tema, vinieron con otra intención. Empezó a decir que en San Javier vivíamos oprimidos porque hablábamos en ruso [en dictadura], que mirábamos por la ventanita. Se corrió eso y es eso lo que anda por todos lados. Y era mentira, porque vivíamos como todo el país, hablábamos en ruso por todos lados, acá se reunía la gente, entraba la gente, cantaban, nadie nos molesto, nadie, hablábamos en ruso en todos lados. Era mentira lo que decían, y lo que siguen diciendo. Entonces le dije que acá la gente hablaba ruso. En esa época venía mi madre, yo no venía al culto, y nunca fuimos molestadas. Y me pregunta: "¿por qué hubo gente que fue molestada?" "Por algo sería", fue mi contestación, por algo fue que la gente fue molestada. Acá no se molestó, nadie vino a decir nada, nada.

Bueno, y después me dice: "¿por qué le parece que mataron a Roslik?". Y yo no sé, no le puedo decir. No sé, porque la hermana me dijo que él era de poco hablar y le siguieron haciendo preguntas y él no contestaba. Entonces lo seguían castigando para que él hablara. Y digo, le contesto: "según dicen, lo mataron en la tortura; si él hubiera hablado más (porque él era muy callado) no hubiera llagado a ese punto". Yo creo que no contesté mal. Era mi pensamiento [sic] a lo treinta años casi de lo ocurrido. Y lo que yo sabía me lo dijo la hermana de Roslik. Eso ya fue un delito: cuando lo pasan, en realidad pasan seis palabras, pero yo hablé más. Yo le digo porque tanto seguimiento a esa persona, reviviendo algo que fue doloroso para ciertas personas (no para todos, porque fue a nivel de la familia, no fue a nivel de todo el pueblo, mentira, lo vive el que lo

sufre). Yo sé cómo fue la cosa; sé algo, por comentarios, como todo el pueblo. Uno de los izquierdistas me basureó, hasta de criminal me trató. Yo volvería a repetir siempre lo que dije, porque no dije nada malo. Por ahora, acá hay libertad. Puede que cambie, pero el pensamiento es libre.

Entrevistador/a: En su consideración, ¿puede que antes de la dictadura ustedes hablaran más en ruso y después de todos esos acontecimientos se hablara menos? ¿Se perdió el idioma?

Mary: El uruguayo [sic] es más fácil. En la familia no hablábamos ruso.

Entrevistador/a: Nosotras nos referíamos también a los cambios en las costumbres en general. El Máximo Gorki fue también afectado, fue quemado...

Mary: Por algo sería, como lo dije. Nada sucede por nada. Todo, un tropezón, una caída, siempre es por algo, ¿o no? Por nada no sucede. Por algo sería, por una duda, por una desconfianza. Pero lo que yo quiero aclarar y que quede grabado. Todos los jóvenes saben la historia, porque se ha repetido tantas veces: que cuando los militares tomaron el mando, los Tupamaros luchaban contra los militares. Pero es mentira, porque empezaron los Tupamaros a luchar contra un Gobierno constituido por el pueblo. Ahí empezaron a entrar las [Fuerzas] Conjuntas, porque ya no podían sostener el Gobierno constituido por el pueblo que lo eligió. Los Tupamaros no sé si tenían razón o no tenían razón, pero luchaban contra ese Gobierno.

Y otra cosa que quiero agregar: cuando lo mataron al peón rural, allá en Cerro Largo, que defendía su vida trabajando, y se encontró con una tatucera, ¿qué hicieron con ese muchacho? Lo agarraron, porque los descubrió, y no lo soltaron más. Dicen que pensaban mandarlo a Suiza, darle plata, pero era tan abombado que no tendrían confianza... ¿Qué hicieron? Le dieron el Pentotal (el que le dio era uno de acá, que estudiaba medicina) y lo liquidaron. ¿Por qué no hablan de esa persona? Para mí fue una persona: no fue educado en Rusia, fue un criollo que se defendía y tenía familia. Por qué tanta importancia a esa muerte [Roslik] y no a otras muertes.

Y cuando la Policía cuidaba en no sé dónde, los Tupamaros ametrallaron, salían a robar. Y no cuentan esa historia. Empezaron [la historia] desde los militares. Y ahora, cuando se hizo el arreglo de caducidad, de perdonarse todo, perdonaron a los delincuentes, a los Tupamaros que luchaban, y a los otros no, [...] Bordaberry, metiéndolos a la cárcel, provocando al Ejército. No sé en qué vamos a quedar. Y de eso no se habla. Arrancó cuando los militares, pero de por qué entraron los militares no hablan, de los Tupamaros no hablan. Y así repiten la historia. Los chicos,

ni mi sobrino sabe por qué empezó, por qué entraron las Fuerzas Conjuntas. El Ejército está para mantener el orden en el Gobierno, o ¿no? ¿Para qué tenemos al Ejército? Para defender la Constitución. Pero algo sí los militares se pasaron, porque después que Bordaberry les dijo que estaba todo arreglado: "ahora muchachos a casita", éstos volvieron.

[Finalmente nos cantaron uno de los salmos que más sabían y más les gusta].

Mijan Paulenko

Entrevistador/a: ¿Cómo es tu nombre?

Mijan: Mijan Paulenko. El origen es ruso, de Ucrania. Es raro, porque mi abuelo vino cuando todo era Rusia, pero después, en el pasaporte, decía que era de Polonia. Y a mí me dicen que cuando terminan en *enko* los apellidos es porque son ucranianos, así que estoy en la duda.

Entrevistador/a: ¿Sabes algo de la historia de cómo vinieron tus abuelos?

Mijan: Sé que vivían en Eslochov¹². Yo he buscado en Internet, pero no encuentro nada sobre dónde es ese lugar. Vinieron porque estaba la guerra y por la religión. Viste que acá hay una Iglesia, Nuevo Israel; casi todos eran de esa religión. Algunos quedaron en Argentina. Yo encontré ahora un Paulenko allá, que nos quiere conocer; dicen que puede ser pariente de nosotros. Hace poco hablé con un tío abuelo que está en Paysandú y me dijo que sí, que vinieron en el 23 o 24 y que eran tíos o primos de ellos, pero se quedaron en Argentina. Algún día voy a viajar porque quiero saber si son parientes míos.

Entrevistador/a: ¿Te interesa mucho buscar a tus parientes?

Mijan: Sí, he buscado. Hay un árbol genealógico en mi familia y no encuentro nada, igual que cuando busqué el pueblo Eslochov, no encontré nada.

Entrevistador/a: ¿Quién te contaba sobre la historia? ¿Tus abuelos?

Mijan: Sí, mis abuelos.

Entrevistador/a: ¿Y en la escuela te enseñaban algo de la historia sobre los primeros inmigrantes?

Mijan: No, la gente, acá en el pueblo, te va contando. Más que nada, en la escuela, cuando se acercan las fiestas de San Javier, por ejemplo en julio¹³, casi siempre se hablaba y te daban folletos y esas cosas. Mis abuelos uruguayos, mi madre, mi tía, también me contaban.

Entrevistador/a: ¿Es sólo por una parte de tu familia que son rusos?

Mijan: Sí, uno vasco y el otro ruso.

¹² Está mal escrito o pronunciado, pues no figura en Internet.

¹³ El 23 de julio se festeja en San Javier la fundación del pueblo.

Entrevistador/a: ¿Y sobre el fundador del pueblo, Basilio Lubkov, qué sabes?

Mijan: Es como Artigas, viste, que siempre le buscan algo que hizo mal o cosas así. Porque supuestamente Lubkov fue el que ideó venir acá. Él sabía que los Espalter estaban dando tierras, con Batlle y Ordóñez, que era en aquel tiempo presidente y daba todas estas tierras. Entonces, vinieron para acá. Pero después de que pasó todo eso, es común que no lo valoren. Empiezan a decir cosas como que tenía muchas mujeres... Y eso no es importante. ¡Qué importa si tenía muchas mujeres!

Entrevistador/a: ¿Como descendiente, qué significado tiene para vos esto?

Mijan: ¿Qué pienso yo? Que si él no hubiese traído a los rusos para acá, andá a saber dónde estaría yo, por ejemplo, o dónde andaría la familia de mi abuelo. Irían [sic] no sé a dónde; a Argentina, capaz.

Entrevistador/a: ¿Recordás si mantenían alguna tradición rusa en tu familia, como, por ejemplo, comidas, bailes, el idioma...?

Mijan: Sí. Me contaba mi tía que, cuando vinieron de allá, los abuelos no hablaban español, [hablaban] sólo ruso, y que lo primero que aprendían eran malas palabras, que las decían a los hijos y nietos cuando hacían relajo. Otra cosa que me contaron es lo del girasol. En el cine tenías que poner *al mango* el volumen, porque se escuchaba el ruido del girasol cuando lo comían. Dicen que entrabas al cine y estaba todo limpio y cuando salías era todo una alfombra de girasol. Mis padres también hablaban ruso, pero ahora no se acuerdan de nada, sólo de las *relajadas*.

Entrevistador/a: Entonces, hoy en día no hablan en ruso...

Mijan: Hablamos "saludos", más que nada. Ahora, por ejemplo, con estos rusos que vinieron acá a bailar, les podría decir: "vamos a conocernos", en ruso. Pero después, si me empiezan a hablar, sólo les podría decir mi nombre, cuantos años tengo, si hago deporte, pero otras cosas no. Capaz que entiendo algo, pero entrecortado. Muy fluido no sé hablar.

Entrevistador/a: ¿Y alguna comida que recuerdes?

Mijan: ¡Las comidas sí estaban siempre! ¡El *yaslik*! Ahora está caro el cordero, pero casi siempre el *yaslik* estaba. El *borsht* también. En casa, yo siempre pido en invierno. Es una sopa. Primero fritan cebolla y remolacha, después se mete en una olla y queda colorada y, por último, se le pone crema. La dejás en la heladera para comer todos los días. Otra cosa, también: el *vareñiki*, que es tipo una empanadita chiquita rellena de ricota adentro, y crema por afuera. La *silota* que

yo probé poco es tipo un *sushi*, lo único que se hace con *voga*. Lo dejan un mes en un frasco con vinagre para que se conserve, porque el mismo ácido del vinagre y del limón come todas las espinas, y después lo comés. Otra cosa: el *piroj*, el *jalal*. Me parece que se hace con el garrón (no sé si de las vacas o de los chanchos); es como una grasita. A mí no me gusta.

Entrevistador/a: ¿Y las danzas? Contáanos de Kalinka, el grupo en el que participas. ¿Desde qué edad estás allí?

Mijan: Yo entré a los seis o siete años, por ahí, con la profesora que falleció hace poco. Ahora, en este momento, estamos un poco separados [silencio].

Entrevistador/a: ¿Te gusta la danza?

Mijan: Mirá, yo estoy viviendo ahora en Paysandú, porque estoy estudiando, pero siempre viví acá. Hoy vine porque vinieron rusos a bailar, si no, no venía. Lo que haya ruso vengo a todo. Los chiquilines de allá me pasan bromeando, porque en el curso de computación, cuando tenemos una hora libre, yo miro videos de grupos de danza rusos. Me bromean porque miro eso, me dicen: "¡es una porquería!". [Risas]. A mí me gusta el baile y me siento ruso, me gusta. Me encantaría ir a Rusia con una beca. Siempre estuvo esa idea. En el 2003, cuando salimos mejor grupo del año con los chiquilines de acá, de Kalinka, empezó un rumor de que íbamos ir a bailar allá. Después entró la FRU y parecía que estábamos más cerca de ir, pero después se fue dejando y ahora nada. Pero yo siempre estoy entrando a la página de la Embajada para buscar algo, para ver si hay alguna beca.

Entrevistador/a: ¿Te interesó desde siempre la danza?

Mijan: Me interesa desde chico, y ahora también. Por ejemplo hoy, cuando los vi bailar [al grupo de baile ruso] me vinieron unas ganas a mí. A veces, como estudio y juego al fútbol, pienso en dejar el baile; ahora que estoy en Paysandú me olvido un poco.

Entrevistador/a: ¿Y tus amigos de baile son todos descendientes también?

Mijan: Sí, casi todos somos descendientes. Hay alguno que no es.

Entrevistador/a: ¿Y se sienten rusos como vos?

Mijan: No sé si tanto los descendientes. Por ejemplo, mi primo no es, y se siente ruso, por los bailes y todo; hasta tiene ganas de irse también para allá a estudiar. Hay algunos jóvenes que si

les dicen para ir, se van. A mí, personalmente, me encantaría. Tengo esa *locura* de irme para allá, por lo menos a conocer.

Entrevistador/a: ¿Como es un día tuyo en San Javier?

Mijan: Bueno, ahora no estoy acá, pero cuando estaba acá iba de tarde al liceo, de mañana estudiaba, y después de salir del liceo iba a practicar fútbol a la cancha o si no venía a ensayar acá, casi siempre a las seis o siete de la tarde. Después de noche no hay mucho para hacer. En verano si hay cosas. Todos dicen que es aburrido. Yo no, a mí me gusta acá. Viéndolo de afuera, si estás acá y tenés que hacer algo, como estudiar, tenés que irte a otro lado. Pero yo si pudiera me quedaría acá, si hubiese cosas. La verdad, yo no me aburro como los chiquilines más chicos, que dicen: ¡San Javier es horrible, hay que irse para otro lado!". Yo los escucho y me enoja. A mí me gusta. Los chiquilines dicen que no hay ningún baile, que es aburrido. Nosotros salimos con la bolsa de girasol, no sentamos en un banco y jugamos al truco, conversamos un rato y paveamos. Cuando vengo de Paysandú me cuesta irme.

Entrevistador/a: ¿Tenés idea qué sucedió en San Javier durante la dictadura? ¿Sabes quién era Roslik?

Mijan: Eso no lo viví. Pero me contaron que lo habían matado; estuvo medio crudo eso. Yo tengo la anécdota de mi padre, que justo había entrado de policía y tuvo que renunciar porque no aguantó más.

Entrevistador/a: ¿Conocés a la Colonia Ofir?

Mijan: Sí. Yo los veo como de la familia nuestra. Si van a visitar la colonia tienen que pedir permiso y para entrar con cámara, otro permiso. Yo fui dos veces. Una, a llevar al embajador, lo acompañamos. Ellos sí son rusos, rusos. Acá tienen que hablar español, pero entre ellos hablan en ruso. Son re macanudos los chiquilines, más que los mayores. Hay uno que se juntaba con nosotros. Ellos trabajan todo el día, menos el domingo. Pero hay uno, Gabriel Buskarov (ahora está en Canadá, en la otra colonia que tienen) que venia todos los días en verano y conseguía el *brayska*, que es una bebida de ellos, y nos traía a todos. Él era el más insertado [sic]. Viste que todos tienen que usar camisa, y éste andaba así no más, con jeans. Nosotros nos reíamos de él por como hablaba, y se enamoraba de todas pero nadie le daba corte. En el pueblo los conocen como los *barbudos*. A veces, de afuera, nos confunden con ellos. En Paysandú, por ejemplo, generalizan: piensan que todos son así, que son todas rubias y de ojos celestes en San Javier, y no es así, alguna encontrás. Después hubo un problema una vez; no sé si te enteraste de que a

unos los pararon en el aeropuerto y les encontraron armas. Pero ellos las traen para cazar y les hicieron bruto lío por eso. Ellos están en *la suya*, no molestan a nadie. Los chiquilines no estudian, trabajan todo el día; tienen doce años y ya andan en los tractores. El estudio de ellos es trabajar. Acá la gente los critica, pero son macanudos.

Nina

Entrevistador/a: ¿Cuándo llegó al Uruguay?

Nina: Nosotros salimos de Polonia en 1938. Yo tenía en ese entonces cuatro años; nací allí. Cuándo estaban mis padres, Polonia era de Rusia. En la Primera Guerra Mundial ocuparon Polonia; después vino la Segunda Guerra Mundial y lo ocupó la Unión Soviética. Nosotros salimos en el 38, por consiguiente. En el 38 y 39 fue la invasión alemana a Polonia. Nosotros no estábamos mal; salimos de Polonia porque ya se oía la guerra, por más que dijeran que no, la guerra ya estaba a un paso. También por otros motivos políticos de mi papá. Temíamos en Polonia a un dictador. Estábamos muy bien. Mi papá tenía una granja, teníamos un nivel... Mi papá había terminado el liceo en Rusia, no era un agricultor común, tenía instrucción (no olviden que era 1905, en aquella época, tener educación no era común entre los campesinos, tener escuela ya era mucho).

Salimos al Paraguay porque era el único país que tomaba inmigrantes. Fue un 14 de mayo de 1938 que nos fuimos de Polonia: papá, mamá, mi hermana (siete años mayor que yo) y yo. Vinimos a dar a Buenos Aires. Llegamos a Buenos Aires, y de ahí, por el Paraná, llegamos a Paraguay. Vivimos tres meses en Paraguay. Contaban mi papá y mi mamá que vieron que los policías andaban descalzos en la calle. El calor, espantoso, es pura selva, una miseria espantosa. Vimos que las cosas no iban a funcionar allí, porque había que talar los bosques, la selva y todo eso. Y había un señor que venía para el Uruguay, así que nos vinimos con esta gente al Uruguay.

Vinimos a Montevideo en 1939, entramos por Bella Unión, llegamos con la otra familia, que estaban en un conventillo del Cerro. Papá llegó al Uruguay con cien dólares, nada más. Como había trabajo en los frigoríficos, entonces, fue a trabajar al frigorífico Swift, detrás del Cerro. Allí los obreros hacían largas colas (era toda la gringada del Cerro: lituanos, polacos, rusos, yugoslavos, etc.). Mi papá, que fue siempre un agricultor, se enteró por otra gente que hacía más tiempo que ya estaba acá, en Montevideo, y que habían viajado a Salto y a Artigas, que el Banco República repartía tierras, una gran extensión, como cinco mil hectáreas en el departamento de Artigas, donde formaron una colonia de agricultores. No sé quién era presidente en el 39; sé que ese reparto de tierras estuvo fantástico, porque le daban a todos tierra, daban préstamos para hacerse una casa, caballo, vaca, arado, animales, herramientas, un tarro de veinte kilos de grasa

caracú (porque en aquella época no había aceite), o sea, comestibles. Para comer estaba el arroyo ahí; se pescaba, se freía el pescado, se hacía el pan... Y así pasamos un año.

Entrevistador/a: ¿Cuántas personas eran?

Nina: Ah, eso no te sé decir. Allá, en un momento, en el 50, éramos como quince mil, pero muchos se fueron.

Entrevistador/a: ¿Qué nos puede decir sobre la inmigración rusa?

Nina: La primera migración de rusos al Uruguay fue la de San Javier, en 1913. Eso fue como consecuencia de... Eso se arrastra desde 1648, por la Iglesia ortodoxa rusa. Porque Rusia tomó la religión ortodoxa, y en 1648, un grupo de sacerdotes, de papas, porque no son sacerdotes, se reunieron para reformar la Iglesia ortodoxa. El patriarca de aquel entonces era un tal Nikon. Prácticamente tenía más poder que el Zar (el Zar no manejaba mucho al Estado). En ese proceso de innovar la Iglesia ortodoxa se pelearon. Entonces, uno de ellos, el Abakum, quedó con el rito antiguo, (los de Colonia Ofir).

Entrevistador/a: ¿Pero los Ofir no son starovieri?

Nina: Sí, *staro* es viejo y *vieri* es credo, de credo antiguo, de rito antiguo. En 1648 se produce esa separación. Nikon, a su vez, por querer innovar tanto crea, cerca de Moscú, un monasterio al que llama el Monasterio del Nuevo Jerusalén. Traen de Jerusalén los planos de la catedral o lo que hay en Jerusalén, para hacer una replica de Jerusalén. Empiezan a construir, pero luego todo queda paralizado. Nikon se muere y lo entierran en esa Iglesia. El Nuevo Jerusalén, en 1913, viene a San Javier. ¿Cuál era el rito? No me preguntes, porque ni sé; ni ellos saben nada, ni ellos saben. Yo fui un día a la Iglesia de allá. Es una casa con fotos antiguas y nada más; o sea, se reúnen ahí tres o cuatro personas. Lubkov fue quien los trajo. No sé adónde iban, pero terminaron llegando al Uruguay. Venían por la persecución religiosa. En 1905 ya había revuelta en Rusia, ya estaba la Revolución.

Entrevistador/a: ¿Cuál es la diferencia entre unos y otros?

Nina: En el momento en que sucede esa división, en 1648, entre Abakum y Nikon, uno va a San Javier y el otro va a Ofir. Pero ¿qué sucede? Los starovieri se van más al desierto de Rusia. Ahí pasan los siglos y cuando viene la Revolución, fíjate los años, 1648-1900, se van desde Rusia hasta el extremo Oriente [señala China en el mapamundi]. Los de San Javier llegaron al Uruguay, desembarcaron y fueron a lo que después fue la Facultad de Humanidades, que era un

hotel de inmigrantes. Ahí estuvieron como dos meses hasta que los ubicaron en San Javier, en lo que era la estancia de Espalter; allí se asentaron. Pasaron las mil y una. El tema es que éste Lubkov, el que los trajo, era un personaje, no sé qué líos tuvo, era muy particular. A mí me comentaron que en otras sociedades, en otros grupos, también se usaba eso. Se casaban entre ellos, pero no iban al registro, o al juzgado, y la noche de boda la novia tenía que pasarla con el papá, Lubkov: el derecho de piernaza, lo llamaban ellos. Era una costumbre que seguían manteniendo, pero que con el paso del tiempo se fue perdiendo. Nunca más se supo de Lubkov, no supieron más nada de la vida de él. Se dice que él se escribía con Lennin, pero de no sé; la gente de ahí sabrá algo, no sé.

Entrevistador/a: ¿Cómo los recibió la sociedad uruguaya?

Nina: Bien. Los uruguayos aprendían a hablar ruso.

Entrevistador/a: ¿El idioma lo mantienen?

Nina: Poco y nada, porque ya los jóvenes... Los viejos están jubilados y todo se desparramó. Se integraron a tal grado que hace cincuenta años atrás hablaban un ruso. Una mezcla que ni te digo, cualquier cosa: los verbos rusos con terminaciones en español, o al revés, una mezcla que era el show. Y de esto hace cincuenta años. En cuarenta años más...

Entrevistador/a: ¿Tienen recetas de comida rusa? ¿Conservan los bailes o la música típica?

Nina: Bueno, hay un club, un centro cultural como el Máximo Gorki, en donde se reúnen. Hace como cincuenta años atrás una señora, una chica de San Javier, fue a estudiar danzas a Moscú. Entonces, ella vino con danzas folklóricas y desde ese momento (del año 65 o 66) enseña danzas rusas. Tiene un conjunto de danzas precioso. El último domingo de julio ellos festejan el aniversario de su llegada al Uruguay y allí van a poder verlos y entrevistarlos.

Entrevistador/a: Entonces, ¿mantienen costumbres?

Nina: Sí, sí, lo que pasa es que ya se han mezclado tanto... Se conservan apellidos, pero también están los Martínez, los Rodríguez, los Pereira y demás.

Entrevistador/a: ¿Han mantenido el contacto con su tierra de origen?

Nina: Sí, existieron becas. Hubo un médico muy conocido que viajó a Rusia, estudió allá y volvió. Fue curioso lo de este muchacho. Él estudió allá, vino a Montevideo a estudiar Medicina, aparecen becas y se va a estudiar allá [Moscú]. Vuelve y se vuelve a su pueblo. A mí me llama la

atención, porque volvió a su pueblo, volvió ahí, a vegetar. Porque en San Javier se vegeta. ¿Saben a qué se parece San Javier? A Macondo. ¿Leyeron cien años de soledad, de García Márquez? No pasa nada, nada, no sucede nada [...]. El aniversario, para el que viene gente de afuera, de otros lados, es el único movimiento, y además de toda la gente, nosotros, los rusos y demás.

Entrevistador/a: ¿Y la religión es importante?

Nina: No, la religión [no es] nada importante; ahí no queda nada.

Entrevistador/a: ¿No hay prácticas religiosas?

Nina: Y mirá, quedarán cuatro o cinco viejos que te pueden decir. Pregunta allá. Cuando yo estuve allá les preguntaba y no sabían de dónde provenían. La vida fue muy dura cuando llegaron. La agricultura era muy primitiva, no había tractores, se araba con caballos y bueyes, o sea, era muy dura la vida. Las parcelas son pequeñas, por ellos nunca produjeron mucho.

Entrevistador/a: ¿Y los de Colonia Ofir?

Nina: A los starovieri (esta gente que les digo, que en 1600 se quedaron por ahí, por Rusia, lejos del mundanal ruido), cuando viene la Revolución Rusa de 1918, los hacen tomar las armas y ellos dicen que no. Entonces se van, se internan por Siberia buscando otros horizontes y terminan en el extremo de China. Se trasladaron de Europa muy al Este hasta ahí: once mil kilómetros recorrieron durante dos años; muchos murieron. Caminando, cruzando en balsa, comiendo lo que podían, hongos, caracoles; llevaban semillas, eso sí. Comercializaban con los japoneses el *yen yen* [ying sen], una raíz que tiene forma humana. Es una planta que demora ocho años en crecer y crece en los bosques. Descubrieron que a los japoneses les gustaba esa raíz por que era afrodisíaca, entonces, esa raíz la vendían a precio de oro. Pero había que buscar en el monte la planta; si la encontraban y era chiquita marcaban los árboles con hachas en la dirección que iban, para no perderse. Rodeaban la planta, marcaban la zona. Si venía otro y la encontraba, no pasaba nada. El respeto era mucho. Y de tanto en tanto, en ese bosque, como se cuenta en una película de Akira Kurosawa, *Dersu uzala*, dejaban en una chocita leña seca y fósforos, así, si otro caminante llegaba a esa chocita, tenía para encender el fuego, que era esencial para calentar agua.

Ellos pasan a China, y en el 40 y algo viene la Revolución en China y los obligan a tomar las armas. No les queda otra salida que pedir ayuda a la Cruz Roja. Los chinos los discriminaron

totalmente; ellos nacían y no tenían papeles, documentos u acta de nacimiento. En EE.UU., la hija de León Tolstoy, tenía una fundación, Fundación Tolstoy, que ayudaba a los starovieri, porque Tolstoy tenía mucha simpatía por esta gente. Incluso Tolstoy usaba la camisa que se llama *casabarozca*, con el bordado acá [señala desde el cuello hasta la mitad del pecho] y el cinturón o una cuerda. Entonces, esta fundación junto con la Cruz Roja les da la opción de irse. Japón los recibe; Nueva Zelanda y Brasil también. Un grupo va a Nueva Zelanda, unos pocos a Japón y un grupo grande viene a Matto Grosso, Brasil. Del frío de allá a la selva. Lo que pasó esa gente, no tiene palabras: morían como moscas (*diga* que cada familia tiene como ocho diez hijos).

En el año 65 vienen de Matto Grosso, y vienen a dar a la plaza Independencia dos starovieri jóvenes (treinta y dos, treinta y tres años). Llegan así vestidos, con sus ropas, con barba, porque ellos no se afeitan [...]. Se encontraron con un fotógrafo ruso ahí en la plaza, que los manda al club [Máximo Gorki]. Y papá aparece con estos dos vestidos así, la camisa por afuera y una cuerda como cinturón; eran primos, parientes. Nos contaron de dónde venían y que todo el grueso de ellos estaba en Matto Grosso, pero que un grupo ya se había ido para Oregón, EE.UU. Lo que pasa es que ellos buscan siempre lugares lejos de la civilización; es la única manera de que puedan conservar sus costumbres, sus hábitos, todo. Estos hombres vinieron y le dijeron a papá que querían ver tierras en el Uruguay. Se recorrieron prácticamente todo el Uruguay y encontraron, lejos de todo poblado, la Colonia Ofir. Los quisimos invitar a comer y de ninguna manera [aceptaron]: no toman de tu vaso, no comen de tu plato, de tu olla, no usan tu cubierto, nada. Ellos traen todo lo suyo. Conservan ritos religiosos de aquella época, 1640.

Entrevistador/a: ¿En qué consisten los ritos religiosos?

Nina: Todas las fiestas representan santos. Casi toda la semana tienen una dieta especial por religión, por los santos. De los trescientos sesenta y cinco días del año, les quedan muy pocos en que pueden comer de todo. Permanentemente ayunando. ¡Qué fuerza!, ¡qué arraigo! mantenerse así. Las mujeres usan el *sarafan*, que es un jumper largo hasta el piso; las blusas son bordadas (usan mucho el bordado, al igual que los hombres). Unos cuantos vinieron, pero después se fueron para acá y para allá. Ellos mantienen sus costumbres. Prácticamente no hablan el español. Los niños no van a la escuela, pero les enseñan en ruso. ¿Pero qué ruso? Prácticamente usan el eslavo antiguo, que es el idioma en el que están los textos, la Biblia que usan. A mí me cuesta mucho leerlo, porque los símbolos que usan ellos son muy antiguos (Se

eliminaron en 1920. Cuando se hizo la reforma de la escritura se eliminaron una cantidad de signos). En el Kremlin, en la sala del trono, hay como un metro escrito en eslavo antiguo.

Entrevistador/a: ¿Y cuántos son los que viven en la colonia hoy?

Nina: Mirá, no te puedo decir cuántos son. Pregunten allá. Se casan entre ellos muy jovencitos; la chica con trece o quince años ya se casa; el chico con diecisiete o dieciocho años. Dentro de las costumbres de ellos, el ajuar de la novia es impresionante. Viene Uliana [integrante de la Colonia Ofir] acá y teje; está preparando el de su hija, porque [las prendas] tienen los íconos y tienen que estar adornadas de no sé qué cosas. Y después, las cortinas, y para la mesa los manteles, bordados, croché. Si se casa alguien y uno de la pareja no es *de ellos*, éste debe tomar el nombre y la religión y todo [...]. Un hombre tenía un peón que se enamoró de una chica que ya era mayor (tenía treinta y pocos años, pero para ellos es mayor). Este peoncito aprendió ruso y se casó con ella, y quedó en la comunidad. Se casan con gente de la secta de ellos; tienen una relación particular con los parentescos, porque no se pueden casar si son muy cercanos. La religión es la base, lo que los une, es el hilván.

Entrevistador/a: ¿Es cierto que se casan entre comunidades, en otros países?

Nina: No. La comunidad es toda una. Es cierto que están en todos lados, en Alaska, Oregón, etc. Pero son todos los mismos que llegaron a Brasil.

Entrevistador/a: ¿A qué se dedican?

Nina: Ellos empezaron con la chacra, plantando, haciendo manteca, vendiendo queso. Las mujeres [trabajan] bordando, mandando al exterior, que pagan muy bien.

Entrevistador/a: ¿La organización política es en base a la religión? ¿Tienen patriarca [líder]?

Nina: Ellos no tienen patriarca, no tienen a alguien como el papa, como las otras iglesias. A alguno que es más lucido lo nombran dentro de la colonia como patriarca. Rezan en la madrugada del domingo, a las tres de la mañana van a su misa (el domingo no trabajan).

Entrevistador/a: ¿Y las comidas cómo son?

Nina: Son las comidas, en general, de todos nosotros. Depende de la zona. Lo típico es la comida en base al repollo. El *piroj* también, que es como una tarta de fruta, zapallo (salada o dulce, pero siempre la base de la masa es la levadura).

Entrevistador/a: ¿Cómo se sienten en el Uruguay?

Nina: Se sienten muy bien acá. Incluso, ellos retornaron gente de Oregón y de Alaska. La gente de la Embajada los va a ver, porque en Rusia no se encuentra gente que cante las canciones que cantan ellos, porque ya se perdieron. Acá conservan canciones populares de la época aquella.

[Seguimos hablando de algunas cosas luego de finalizada la entrevista. Nos contó varias anécdotas como, por ejemplo, que acá en Montevideo vivió un señor que había sido oficial de la guardia del Zar, que vendía maní en el Parque Rodó. También, nos contó que hubo dos períodos de inmigración: en 1913 y en 1966, pero que también existió otro en 1920, luego de la Revolución].

Pablo Maranov

Entrevistador/a: Primero que nada, ¿quién era inmigrante ruso en tu familia?

Pablo: Mi padre, mi abuelo y la única fundadora que queda en San Javier todavía viva, mi madre, que tiene ciento un años.

Entrevistador/a: ¿Nos podés contar algo sobre por qué vinieron, cuántos eran y cómo llegaron acá?

Pablo: El problema era prácticamente político. Muchos pertenecían a la religión del señor Lubkov. Don Basilio Lubkov, de todas las religiones que existían, buscó su religión (la mejorcita que le pareció). Entonces, muchos vinieron, como se dice vulgarmente "bajo el ala de él"; no eran creyentes. La inmigración por primera vez paró en EE.UU., creo, si no me equivoco, que en San Francisco. Tenían la intención de hacer agricultura, pero como EE.UU. estaba muy, pero muy adelantada, cuando vieron las herramientas que traían... Entonces, había un embajador (no recuerdo el nombre) [...], se comunicaron con Uruguay, y José Batlle y Ordóñez fue el que autorizó que viniera esta gente. Cuando llegaron acá al Uruguay, el destino fue que vinieran a San Javier (lo llamaron el pueblo San Javier; fue nombrado después). Había un señor, Espalter, que realmente dio un apoyo inolvidable para esta inmigración. Llegaron a Puerto Viejo y después buscaron el lugar más apropiado.

Entrevistador/a: ¿A ti esto te lo contaron tus antepasados?

Pablo: Sí, sí...

Entrevistador/a: ¿En tu familia hoy en día mantienen algunas costumbres rusas?

Pablo: Las costumbres... El turista o la persona que viene acá, a San Javier, es tratarlo lo mejor posible (no sé si vieron como fui como remisero) y se le da todo lo que él quiera. Las comidas todavía se conservan, comidas típicamente rusas. Acá tenemos un centro cultural, Máximo Gorki, en el cual encuentras típicamente los bailes rusos. Se ha olvidado mucho el idioma ruso.

Entrevistador/a: Pero tú hablas ruso. ¿Dónde aprendiste?

Pablo: Aprendí con mis padres. Ya le digo, mi madre vive, tiene ciento un años; ya se me está yendo. Ella nació en Rubstov.

Entrevistador/a: Contáme... En tu casa, ¿qué cosas hacen o hacían (música, baile...)?

Pablo: Escuchamos música rusa. Es algo que llevamos dentro. Es lo mismo que si tú vas mañana a otro país y escuchas algo de Uruguay, folklore o lo que sea, creo que te va a traer...

Entrevistador/a: ¿El lugar que fomenta la cultura rusa acá es el Maximo Gorki?

Pablo: Sí. Realmente, en ese aspecto, no tenemos un lugar...

Entrevistador/a: ¿En la escuela no les enseñan a los niños?

Pablo: No, no. Es una lástima. Hará unos quince años, acá en el pueblo éramos todos conocidos. Ahora, actualmente, rusos *rusos* quedan pocos (hijos de rusos que sean rusos *rusos*). Cruzas sí hay, con españoles o con lo que sea.

Entrevistador/a: ¿Vos practicás alguna religión?

Pablo: No

Entrevistador/a: ¿No?

Pablo: No, yo creo que algo hay, fuerte, pero...

Entrevistador/a: Pero ¿vos concurrís a la Sabraña?

Pablo: No, no concurre.

Entrevistador/a: ¿Te sentís más ruso o uruguayo, hoy en día?

Pablo: No, no. Rusia, para mí... Rusia es Rusia y EE.UU. es EE.UU. Yo pertenezco acá y soy de acá: soy uruguayo y me siento de acá.

Entrevistador/a: ¿Te gusta el fútbol?

Pablo: Me gusta la pesca, la pesa del río.

Entrevistador/a: Pero, por ejemplo, si juega la Selección Nacional...

Pablo: Ah no, no, desde luego soy uruguayo.

Entrevistador/a: Y música, ¿qué música escuchás?

Pablo: Me gusta el tango porque siento que es lo más real, es la vida, las letras son sacadas del fondo de la vida de cada uno. Me llega.

Entrevistador/a: ¿Y música rusa escuchás?

Pablo: Sí, escucho. Pero me gusta más la música antigua.

Entrevistador/a: ¿como qué?

Pablo: Hay muchas, como ser... ¿Puedo hablar un poquitito en ruso? [Habla en ruso]. Hay muchas de esas. Es una conocida como acá la *Cumparsita*.

Entrevistador/a: ¿La política te interesa hoy en día en Uruguay? ¿O te interesó?

Pablo: No, no, no. Al nuevo Gobierno lo respeto mucho, está haciendo, para mí, mucha obra muy buena, según mi criterio. Todo lo que empezó espero pueda cumplirlo, porque es muy difícil. Ahora, los políticos anteriores tenían muy buenas ideas, pero creo que no las han cumplido. Acá, en San Javier realmente poco se han intensado. No culpo a los intendentes, ni nada. No han desarrollado... Una vez vino un intendente y me dijo: "es bueno San Javier", y le digo: "¿por qué es bueno San Javier?". Dice: "porque nunca me ha pedido nada". "Pero escúcheme, yo creo que usted, cuando vino a San Javier, cuando vino a prometer cosas, a buscar votos, sabía muy bien lo que necesitaba San Javier. Nosotros no vamos a ir a pedir si usted sabía muy bien lo que necesita San Javier".

Entrevistador/a: ¿Hoy en día tienen algún tipo de vínculo con Rusia (económico, etc.)?

Pablo: No no, absolutamente no, nada de nada. Soy una persona que trabajo...

Entrevistador/a: ¿A qué te dedicás?

Pablo: Tengo un comercio establecido hace cincuenta y cuatro años; desde muy joven desarrollé el comercio. Todo el día está abierto. Y no lo vas a creer, pero en estos cincuenta y cuatro años, por desgracias familiares, lo he tenido sólo seis días cerrado. No tenemos sábado, domingo, ni primero de año, ni navidad. Es un comercio general: vas a pedir un tornillo, vas a pedir libros, es papelería, tienda, de todo un poco

Entrevistador/a: ¿Sos de concurrir al Máximo Gorki?

Pablo: Sí, a veces. Yo realmente a los bailes no concurreo (no por ambición de dinero, no me gusta. Yo colaboro igual). Aparte de eso tengo una pequeña empresa fúnebre. Yo tampoco soy una persona rica, no.

Entrevistador/a: ¿Y te casaste?

Pablo: Sí, por primera vez, y ahora [se casó dos veces].

Entrevistador/a: ¿Era descendiente de inmigrantes rusos?

Pablo: Sí, casualmente, mi abuelo era vecino allá en Rusia de mi esposa.

Entrevistador/a: ¿Y para vos era importante que tu esposa fuera descendiente?

Pablo: En aquel momento a nosotros nos inculcaban que sí tenían que ser [descendientes], por costumbre, por cosas que... Ahora, mis hijos, uno tiene como cuarenta novias, capaz, y el otro tiene un *cyber*.

Entrevistador/a: Por último, ¿por ser descendiente de inmigrantes rusos, tuviste algún problema en la dictadura militar acá, en San Javier?

Pablo: No.

Entrevistador/a: Acá, en San Javier, ¿qué sucedía?

Pablo: Ah no, no, no, era cruel. Yo concurrí dos veces a hablar con mis amigos (que tenía en aquel momento). Después que salieron, las ideas eran distintas, creyeron que yo los había vendido. Hubo una polémica. Yo trabajaba con los militares [...]. Lo único que yo hice fue ir a hablar con las personas en Fray Bentos. Los militares me atendieron bien, después me dijeron directamente lo que pasaba pero... [No se entiende la idea].

Entrevistador/a: ¿Pero qué era lo que sucedía? ¿Por qué vinieron acá, y rompieron las pertenencias del Máximo Gorki?

Pablo: Yo creo que es la política, según mi modo de pensar, ¿no? Se cree que por ser uno ruso tiene que ser comunista, pero no es así porque si vamos a ver las elecciones [...] acá siempre ganó el Partido Colorado, segundo los blancos, el Partido Nacional, y después, en la tercera posición estaban, como se dice, los comunistas. El reparto que se hizo en el Gorki, que se quemaron los libros... Yo creo que quemar libros históricos (no tienen por qué ser en ruso; de otros países también) es falta de nación. No sé por qué quemaron libros, yo realmente no sé [...]. Yo tuve poca escuela, yo fui hasta segundo grado repetidor, y después me dediqué al trabajo. No tuve estudio porque había que trabajar. Éramos muy, pero muy pobres (no pobres como ahora, que en comparación con nosotros son millonarios). Cuando se conseguía harina, se comía algo, más hambre que otra cosa. Ahora no es pobreza, ¡por favor!

Entrevistador/a: Así que decís que lo que sucedió era porque los veían como potenciales comunistas...

Pablo: Claro, yo lo veo de esa manera, no sé. Yo quisiera preguntarle a los militares cuáles fueron...

Entrevistador/a: Pero vos que viviste acá toda tu vida, ¿crees que después de la dictadura militar cambió en algo San Javier? ¿Era distinto antes?

Pablo: ¿Con respecto a qué?

Entrevistador/a: Con respecto a las tradiciones rusas.

Pablo: Eso se va perdiendo. Incluso, lo que viene *levantando* [la tradición] un poquito es la visita de la gente. Gracias a ustedes, que vienen de visita y piden algo que no conocen, a nosotros nos hacen revivir [la cultura].

Uliana

Entrevistador/a: Queríamos que nos contara un poco la historia de la comunidad Ofir, como llegaron a Uruguay, etc.

Uliana: Llegamos al Uruguay... Mirá, yo era chiquita; mi cumpleaños fue el día en que llegamos a la frontera de Yaguarón, cumplía doce años. Me trajeron mis padres hace treinta y nueve años. Pero en estos treinta y nueve años nosotros fuimos de acá a Brasil, a Matto Grosso Norte, donde vivimos un tiempo. Después me casé y fuimos a vivir a Argentina: once años en Río Negro. Después nos volvimos a Uruguay, y ocho años hace que estamos de vuelta acá.

Entrevistador/a: La colonia hace treinta y nueve años que esta acá...

Uliana: Treinta y nueve años la colonia... No mejoró en este tiempo, no mejoró en nada la colonia. Somos así muy... qué sé yo, abandonados. No me gusta cómo esté, pero no me queda otra. Cuando nos vinimos para Uruguay, en el año 68, mis padres vinieron por el clima y por la tierra (que puede cultivarse). Nosotros somos de China, somos rusos pero de China. Mi papá nació en Rusia. Mis abuelos, cuando empezó la guerra entre el comunismo y los rusos blancos en Rusia, se escaparon. Eran rusos blancos y escaparon de Rusia a China (era más cercana la frontera). Mi papá tenía dos años, y con veintidós años él se casó. Mi mamá ya fue nacida [sic] en China; yo también. Me vine a Brasil cuando tenía tres años y después vinimos por acá; yo tenía ya doce años. Y de acá, nosotros, después de diez años, fuimos de vuelta a Brasil, cuando perdimos a papá. Mamá estaba muy enferma, muy angustiada [por la pérdida de su esposo] [...]. Y allá fuimos a vivir a Brasil, para salvarle la vida, pero no salvo nada. Falleció cinco años después.

En la colonia vivimos entre nosotros, no hay uruguayos, pero tenemos vecinos medio rusos. Es la religión lo que nos mantiene unidos. Somos un grupo de, máximo, unas quince familias. Pero todos los viernes salimos a Paysandú a hacer compras. Compramos harina por bolsa, por cantidad. No compramos fideos nunca, ni masitas; eso, todo, lo hacemos en casa. Yo, hasta pan traigo para vender acá, pan casero salado, pan casero dulce, de higo, miel, relleno de ricota, relleno de carne, manteca... Y hago milanesas de soja. Pero yo ya vendí todo [risas]; lo que puedo es convidarlas con pan dulce que me quedó. No vivís como rico, pero para poder vivir, alimentarse y criar a la familia, se puede. Se puede, porque a nosotros nos gusta vivir en la chacra. Podemos tener siempre gallinas, pavos, chanchos, animales, todo casero. Nosotros, jamás compramos carne en carnicería; yo carneo un lechón o carneo una gallina. No somos de

vivir teniendo todas las cosas y no estar conformes. Vivimos del sacrificio nuestro; no tenemos apoyo ni sueldo ninguno, ninguna ayuda de ningún lado, y no pensamos que lo que yo cobro lo como. Eso nosotros no lo tenemos, no tenemos esa *cobranza* [sic], esa ayuda, ni para los chicos. Ni siquiera jubilación cobramos cuando hay mayores. Tratamos de evitar todo eso, no molestar al Gobierno para nada.

Ocupamos la época de verano en hacer salsas, dulces, envasar todo y tener guardado para todo el año. Yo hago pickles de pepino, de cebollín, hago vinagre casero, y me dura todo el año. Tengo como seiscientos frascos. Nosotros tratamos de no comprar. Nosotros cultivamos todo: papa, boniato, maíz, trigo (todo eso es alimento), queso, manteca, leche, ricota, huevo, carne. Nunca compramos. Es un poco más difícil, pero estamos acostumbrados.

Entrevistador/a: Tenemos la prenoción de que Colonia Ofir se llama por el lugar donde está, pero que ustedes son *starovieri*. ¿Ustedes cómo se definen: como Colonia Ofir, *starovieri* o es lo mismo?

Uliana: Ofir es la zona donde estamos nosotros, cerca de San Javier. Todo ese parque [señala los alrededores] se denomina Ofir; unas cuantas chacras. Pero nosotros somos *starovieri*, así que es otra cosa.

Entrevistador/a: Nina [otra entrevistada] nos comentó que *starovieri* significa creyente en los antiguos ritos. La religión, entonces, ¿es importante en sus vidas? ¿Qué papel tiene?

Uliana: La religión que tenemos es ortodoxa, la religión antigua que dejó Jesucristo: "*criar* [ceer] y *rispitar* [respetar]". Así que nosotros, hasta hoy día, *rispítamos*. Tenemos calendarios y libros, que dieron apóstoles para seguir. Tratamos de mantener todavía esta religión, pero mucho más *flojo* que antes (aunque todavía no tenemos música en la colonia, y televisor, menos. No tenemos nada. Bailar, no bailamos). En San Javier a veces tienen baile [sic] pero nosotros jamás salimos. Ni siquiera sabemos cuándo tienen baile [sic]. No estamos acostumbrados a salir a la noche, ni los chicos [salen]. Pero a la Iglesia no dejamos nunca de ir. Sábado a la tarde, a partir de las cinco de la tarde, ya vamos a la Iglesia. Y domingo, de las cuatro de la mañana hasta la ocho de la mañana estamos en la Iglesia. Después, tenemos todo el día libre. Cocinar, sí puedo cocinar (porque hay una religión en que no se puede ni cocinar el sábado, que ni siquiera prenden un fósforos). Nosotros eso no, cocinar sí [se puede]. A veces dedicamos más tiempo que en días de semana, así que trato de hacer más comida diferente, hacer una torta, qué sé yo. Pasamos el día así.

Entrevistador/a: ¿Dónde tienen la Iglesia?

Uliana: En la colonia tenemos nuestro propio pastor y todo.

Entrevistador/a: ¿Cómo se organizan? ¿Cómo se vive en la comunidad?

Uliana: Las mujeres se dedican a ordeñar vacas, hacen crema de leche, ricota, queso, bordan (bordamos para afuera y para nosotros también). Por religión, tenemos en cada habitación de casa un altar con iconos, con santos. Nosotros vestimos este altar con cortinas bordadas con dibujos grandes y alguna puntilla ancha, bien vistoso, así que si yo tengo cinco habitaciones, tengo cinco altares, tengo que tener cinco cortinas bordadas, cinco juegos (y hago toda la puntilla a mano porque no me gusta comprada). También bordamos manteles, camineros, cubrecamas, cuadros... En [...] estamos acostumbrados, nada que ver con otros lugares. Yo les enseñé a mis hijas. Todas saben hacer todo: saben hacer macramé, hacer con telar fajas [nos mostró una faja que sale doscientos cincuenta pesos].

Entrevistador/a: ¿Ustedes comercializan con otras colonias?

Uliana: Mi hija borda muy bien y una señora está preparando a su hija [para el matrimonio] y ella le da trabajo a mi hija por hacer juego de cortinas (cobra cien dólares, así se puede comprar zapatos y otras cosas).

Entrevistador/a: ¿Y para dónde vende? ¿Montevideo, otros países...?

Uliana: Antes vendíamos para Estados Unidos, por encargo, pero para gente como nosotros. Tenemos muchos parientes allá y les mandábamos a ellos y entre ellos vendían. En este momento se vende poco porque cambió mucho la moda de ellos. En Montevideo vendo estos trabajos [...]. El mes pasado vendí un bordado a una señora de Rusia. A veces compran un trabajo, a veces compran dos trabajos, pero yo siempre tengo para vender. Voy a mostrarles a ustedes [va a buscar los bordados que tenía dentro de la habitación].

Entrevistador/a: ¿Cómo aprendiste a hacer estos trabajos?

Uliana: Sola. Miraba cómo bordaba mi mamá. Yo tenía seis, siete años. Tenía nueve años y ya mandaba un trabajo para Estados Unidos. Bordaba muy prolijo. De ahí hasta el día de hoy. A mí me encanta. Yo siempre me levanto todos los días muy temprano. ¿Y qué voy a hacer temprano? Somos tres personas en casa en este momento, porque las hijas se casaron y tengo

un hijo casado que está en Canadá [...]. Prendo la luz y dale... [Risas]. ¿Vos sabés cómo rinde de mañana temprano para hacer cosas? [Nos muestra otro bordado espectacular].

Entrevistador/a: ¿Cómo le decís a esa técnica que usas?

Uliana: Bordado ruso. Pero esa técnica es china. Cuando nosotros vivimos en Argentina, yo le puse bordado chino. Le puse así porque yo no sabía cómo se llamaba en China y nunca se me ocurrió preguntarle a mi mamá cómo se llamaba. Cuando se casaban mis hijas, tenía apronte: unos cuantos juegos de cortina para bordar y cuadros bordados, cubrecamas bordados. En la fiesta de casamiento se muestran a la gente todos los bordados. Hay que tener todo terminado.

Entrevistador/a: Se casan con vestidos, ¿de qué color?

Uliana: Se casan por la Iglesia; la mayoría de las chiquilinas con vestido blanco. [Trajo fotos para mostrarnos los vestidos de la familia; fotos de sus hijas y nueras con los vestidos de novia, de sus hijos y de sus nietos].

Entrevistador/a: Así que tiene mucha familia por el mundo...

Uliana: Por todos lados. Tengo muchos parientes en Estados Unidos (Minnesota, Montana), en Canadá, en Alaska, Rusia, Chile, Bolivia, Brasil...

Entrevistador/a: ¿En todos esos lados hay colonias, hay starovieri?

Uliana: En todos los lugares.

Entrevistador/a: ¿Y ustedes se casan entre ustedes, los de la misma religión?

Uliana: Sí, todos. Acá, en Uruguay, entre nosotros somos todos parientes. Mis hijas no pueden casarse con ningún muchacho acá, pero vienen de afuera [chicos] y se casan.

Entrevistador/a: Se casan por Iglesia ¿no? ¿Cómo es la fiesta?

Uliana: Primero, nosotras tenemos despedida de soltera. Hacen todo el apronte. Se casan el domingo, cuando termina todo (esto que conté, que rezamos más o menos hasta las ocho de la mañana). Y ahí se dedican a casarse. Cuando se casan en la Iglesia se ponen un gorro, como el que tiene Irina o tengo yo en la cabeza. Se ponen el gorro en la Iglesia o se hacen dos trenzas, guardadas adentro de una gorra, y ya nunca se sacan ese gorro [una vez que se casan]. Ahí se ponen los anillos también. Todo según la ley, y todo con un orden, no de cualquier manera. Y después, cuando vienen de la Iglesia, tenemos de mañana almuerzo (solamente la gente que iba

a la Iglesia como testigos participan ahí). Cuando terminan de comer, traen mudanzas [sic] de ella [...]. Es tipo una fiesta. Disfrutan, digamos, ¿no? Venden las cosas de la novia; paga todo el novio, ¿no? De la Iglesia viene un testigo. Siempre acompañan dos mujeres al lado de ella, y al lado de él un hombre. Acompañan todo el tiempo a los novios, casi durante dos días. Y van atados todos con pañuelos, con pañuelitos chiquitos atados va a la Iglesia ese grupo de cinco personas. Y una sexta persona (no va atado ahí) va como para averiguar si está pronta la novia o no está pronta. En fin, las chiquilinas visten a la novia en casa, por supuesto, y cuando pagan por la novia, van a la Iglesia. Y después [...] exponen todos los trabajos de la novia para mostrar a toda gente. Y ahí convidan mucho con bebida, pero bebida casera, brusca, y dura tres días...

Entrevistador/a: ¿La fiesta dura tres días?

Uliana: Sí, y porque les gusta. Si tiene mucho trabajo, no dura tanto, porque la gente se preocupa por el trabajo. Se reúne muy poca gente en la fiesta. Pero cuando no tienen nada para hacer, tres días está lleno de gente.

Entrevistador/a: ¿Todos los de la comunidad van al casamiento?

Uliana: Al casamiento sólo va gente invitada. Si no es invitada [la persona] no está permitido ir. Pero entre nosotros somos todos parientes. Hace dos semanas atrás hubo un casamiento en la colonia. Se casaba mi pariente, el hijo de una prima con una hija de otra prima mía [risas]; así que de los dos lados son parientes. Se casaron y se fueron a vivir a Argentina. Duró el despido de soltera [sic] quince días. Ahí se reúnen solamente chiquilinas, y ayudan a la novia, cosen, bordan, terminan todo el *apronte*. Y después, el sábado, van a la casa del novio. Tienen almuerzo y el novio les regala a las chicas un regalito. En la fiesta de ellos a veces se *empedan* [risas]. Y después [...] a la mañana levantan a la novia, se visten todos de traje de casamiento y viene el novio, también con traje de casamiento, y ya ahí arreglan, *compran* a la novia y se van a la Iglesia. No es así nomás. Nosotros no estamos acostumbrados a vivir solamente *juntados*, no existe; tienen que estar casados.

Entrevistador/a: ¿No existe el divorcio?

Uliana: No existe el divorcio, pero mucha gente está separada, como yo.

Entrevistador/a: Cuando se va a tener hijos ¿se va al hospital?

Uliana: Van al hospital. Antes teníamos parteras; las mujeres nuestras tenían en su casa. Yo tuve mi primer hijo, Nicolás... Y a Andrés lo tuve con mi madre (mi mamá era partera). A Gabriel no, porque ya mamá era fallecida.

Entrevistador/a: ¿Cómo hacés para mantenerte?

Uliana: Nosotros compramos una chacra por treinta mil dólares. En este momento yo tengo tierra y esta chacra tiene un pozo lindo (pozo de agua). Tiene una casita (falta arreglar, por supuesto, tiene el techo roto, todo). Pero gracias a Dios, tengo algo de animales, y al lado adjudicó el Instituto [de colonización] una chacra para nosotros.

Entrevistador/a: ¿El Instituto de colonización?

Uliana: Sí. En este momento yo tengo dos chacras, una mitad [sic] con mi hermana y una solamente nuestra. Y tenemos más de veinte cabezas de animales. Yo siento que por lo menos algo tengo. Y esto es todo gracias a Dios y a la gente que me ha ayudado. Yo estoy dando clases de bordado acá, en Montevideo. Hoy di en una casa en barrio Malvín, en la casa de Elsa (ella fue una alumna mía). Yo empecé a dar un curso en la calle Yaguarón; ahí había una escuela y di dos años. Después, el año pasado no sé qué pasó pero me despidieron. Ahora estoy dando segundo año en la escuela San Agustín, los miércoles estoy trabajando allá, los jueves estoy atendiendo acá ya que vienen alumnas y los viernes estoy trabajando en la casa de Elsa.

Entrevistador/a: ¿Y en Río Negro das clase también?

Uliana: En Paysandú, yo di un curso un año allá; se juntaban algunas chicas, pero aprendieron y ya siguieron por su cuenta. Pero nuevas, no se juntaron. Daba un curso un año en San Javier y en San Javier al principio empezaron diecisiete alumnas, pero al final quedaron dos alumnas. Estas dos aprendieron muy bien, y hasta hoy, cuando quieren algo, me llaman.

Entrevistador/a: ¿Cada cuánto venís a Montevideo?

Uliana: Una vez al mes, y siempre dejo la fecha [prevista]. Este mes no dejé fecha porque estoy por ir a Canadá.

Entrevistador/a: ¿Se va a visitar a algún familiar?

Uliana: Sí, tengo a mi tía enferma, que me reclama mucho. Y aparte tengo un hijo allá y mi hijo quiere que yo vaya por allá. Manda pasaje y todo. Lo único que yo tengo que sacar es la visa, y tengo que ir a Buenos Aires.

Entrevistador/a: ¿Usted tiene papeles?

Uliana: Papeles, garantías que yo necesito... Yo tengo la luz a mi nombre, que dicen que es una gran granita. Yo tengo a mi nombre el teléfono. Pero todavía no... Esta línea está en una casa conocida de San Javier, porque él fue mi alumno en idioma ruso. Yo también daba idioma ruso, pero trabajé poco. Así que la línea llega hasta la casa de él [...]. Y me falta agrandar la antena, poner antena más alta para el teléfono, y mi hijo todavía no ha tenido tiempo para arreglar eso.

Entrevistador/a: Usted dijo que enseñaba ruso, ¿se habla ruso allá en la colonia?

Uliana: ¿En la nuestra? Sí.

Entrevistador/a: ¿En las demás colonias también?

Uliana: Sí, ruso. En San Javier no, pero en la colonia nuestra sí. Acá tenemos dos colonias: Ofir y Guichón. Los chiquilines chiquitos ni siquiera saben saludar en castellano, solamente en ruso.

Entrevistador/a: ¿Y los chiquilines chicos van a las escuelas rurales o no?

Uliana: No, los padres no los mandan, no sé por qué. Pero [...] es medio tonto, porque no tienen por qué no enseñarles a los chicos. Estamos viviendo en estos países, tenemos que aprender. Si los hombres grandes ni firmar su nombre ni apellido en castellano saben. Eso no es nada bueno. Si vos no querés que estudie mucho... Pero primaria sí o sí, aunque sea para aprender a leer, a escribir, a sacar cuentas y, más que nada, a firmar su nombre, que tienen que saber. Yo sí mandaba a mis hijos a la escuela; los tres varones terminaron primaria completa. Nosotros vivíamos en Argentina. Terminaban con la chacra y ahí, cerquita, tenían la escuela.

Entrevistador/a: Y ahí donde vivís ahora ¿hay alguna escuela cerca?

Uliana: ¿De donde vivimos? Más o menos, a dos o tres kilómetros.

Entrevistador/a: ¿Y van?

Uliana: No, nadie, nadie. Yo tenía ganas de mandar a mis hijas, cuando nosotros recién llegamos al Uruguay, que vivimos en Guichón cuatro años. Allá teníamos una escuela a cinco kilómetros de la casa, pero no teníamos en qué mandarlas (transporte). Así que yo, para evitar

ese problema, no las quise mandar. Porque las niñas ya eran grandecitas y corrían peligro. Vaya a saber qué tipo de hombre es el que está ahí parado... Me daba una pena, te digo la verdad. Pero estudió en ruso, yo le enseñaba en casa. Saben leer libros bíblicos, porque son letras diferentes, y saben leer y escribir en ruso; en castellano, no.

Entrevistador/a: La Biblia ¿en qué idioma está escrita?

Uliana: En eslovaco; no en checoslovaco (la letra es diferente que letra escrita en libros comunes).

Entrevistador/a: ¿Y esos libros de dónde vienen? ¿De China o de Rusia?

Uliana: No. Cuando vinieron de Rusia mis abuelos (cuando escapaban de Rusia), traían lo que podían, libros santos. Y después, en Brasil, empezaron a hacer más. Mi primo era médico "de yuyo"; venía a trabajar a Montevideo. Él, en Brasil tenía tipografía y hacía esto: se llama *psaltery*, un libro grande que nosotros usamos en la Iglesia. Mi papá compró cuatro para nosotros, para todos los hijos que tenía [...]. Yo, para mis hijos, compré en Estados Unidos a un hombre también, que tenía tipografía y copiaba de otros libros; hacía cantidad y vendía y nosotros compramos. Si yo necesito, lo compro igual. Los [libros] santos no a cualquier persona puede hacerlos; tenés que ser una persona más o menos honesta, que no roba, que no hace *maldad*... Pero para cualquier persona no está permitido hacer eso porque es cosa santa. Y uno se preocupa por los hijos; cuando se casan, yo les doy lo que puedo [...]. Así que yo compré para todas las hijas y los varones; cuando se casan, yo les doy para cada uno. Víste, ya tengo todo preparado.

Entrevistador/a: Y sobre los cuentos que nos contabas, las fábulas y las canciones, ¿también están en estos libros?

Uliana: Sí. En estos libros hay algunos que son exclusivos para rezar. Hay algunos libros que tienen cuentos, historias antiguas. Nosotros tenemos calendario y en el calendario, cada día tiene su santo. Así que, por ejemplo, hoy tengo Santa Paula. Cuando bautizan [al niño], no le dan cualquier nombre; miran en el calendario, y de entre ocho y diez fijan el nombre. Porque cada día tiene nombre de santo [...]. Por ejemplo, mi mamá nació el 1° de junio; el 3 de junio, el padre de ella eligió Paula. Así que ella festeja el 3 de junio, no el día de nacimiento; ella festeja [...] el santo de ella [...].

Entrevistador/a: ¿Ustedes tienen festejo de Fin de Año?

Uliana: Sí.

Entrevistador/a: O sea, principio de año: Año nuevo, y ese tipo de cosas.

Uliana: Son las mismas fechas. Vamos a poner, por ejemplo, 25 de diciembre: Navidad. Nosotros [...] también festejamos el 25 de diciembre, sólo que en fecha nuestra cae 7 de enero, fecha nueva. Pero como nosotros nos guiamos por la fecha antigua, 1° de enero, año nuevo, nosotros también tenemos feriado. 6 de enero es reyes; para nosotros 6 de enero es muy sagrado, porque tomamos una vez al año agua santa, y 6 de enero es día de agua santa, a la tarde y a la mañana [se rigen por un calendario diferente].

Entrevistador/a: ¿Hacen ayuno? ¿Comen comida especial?

Uliana: No, lo que antoja. Pero tenemos días y tiempos. Por ejemplo, ahora a partir del lunes hasta el 29 de junio tenemos cuaresma. El 29 de junio, San Pablo, San Pedro, un día feriado. Así que tres semanas y dos días tenemos cuaresma. En esta nosotros podemos comer pescado, aceite y verdura, nada más, pero pescado se puede comer solamente martes, jueves, sábado y domingo; lunes, miércoles y viernes a veces nos permiten comer aceite y a veces no. Pero tenemos el calendario escrito, [que indica] si se permite comer o no. Después del 29 de junio hasta el 1° de agosto podemos comer carne, pero miércoles y viernes nunca en la vida carne.

Entrevistador/a: ¿Y por qué eso?

Uliana: Por religión. Ese dejó Jesucristo a sus apóstoles y dejó escrito libros, así que nosotros nos guiamos por estos libros. Elegimos el calendario en ruso. Después hay muchos libros en ruso; hay libros que son *chequienminien* [en ruso], de historia [...]. Pero hay otros libros que dicen *saustir*, *cvanon*, para santos, para Jesucristo; para cada uno tiene sus capítulos, para leer y rezar [...]. Yo estuve en San Javier en la Sabaña y ellos miran: "ah, este capítulo está lindo, vamos a leer este capítulo". Eso nosotros no lo hacemos; nosotros leemos todo por orden. Nos guiamos por la fecha también. Por ejemplo, hoy 1°, miramos el primer día y a ese santo rezamos; tiene su capítulo completo, y todo va por orden [...]. En la Iglesia nuestra, ¡no sabés! Es lindo. Hay un muchacho, que es uruguayo, de nueva Berlín, que desde el principio le encantó la comida nuestra; después vino a la colonia y le encantó cómo se reúnen los chicos nuestros en la colonia. El domingo, como no se trabaja, las chicas y los chicos se reúnen y bueno, juegan entre ellos, disfrutan su vida (pero nada *sucio*; fumar, no se fuma, eso no existe). Así que le gustó, fue a la Iglesia y le encantó. Vos sabés que empezó a aprender a hablar en ruso,

aprendió a hablar perfecto, entró a la religión y se casó con mi prima. Está viviendo en frente de mi casa. Ahora tiene dos chicos, un nene y una nena preciosos.

Entrevistador/a: Es una persona que entró de afuera y aprendió todo.

Uliana: De afuera. Es uruguayo, uruguayo, *morocho*... [Risas]. Tiene pelo negro, ojos negros, piel oscurita. Tiene mucha mezcla con italiano, con gallego, qué sé yo. ¡Puro criollo! Es chiquito [risas].

Entrevistador/a: ¿Cómo es que se visten los hombres (porque respecto a las mujeres, te vemos a vos)?

Uliana: ¿Querés ver fotos? [Se levanta y se dirige hacia un dormitorio en busca de fotos]. A ver...

Entrevistador/a: Tú nos decías que usaban barba, pero ellos ahí no tienen barba [en la foto de la familia].

Uliana: Es que son muy jóvenes; aparte no a todos hombres les crece la barba

Entrevistador/a: Son muy rubios.

Uliana: Sí, son rubios, de ojos celestes.

Entrevistador/a: Nos contabas de la Iglesia, ¿quien dirige los cantos?

Uliana: Tenemos...elegido entre ellos...

Entrevistador/a: ¿Entre quiénes?

Uliana: Entre los hombres. Tenemos un pastor [...]; tenemos otro ayudante que se dedica a ayudar al pastor. Y de cantor se tiene también a uno elegido: él empieza y el resto ayuda. Pero también puede empezar otro a cantar. Este uruguayo ya sabe empezar a cantar, tiene voz linda.

Entrevistador/a: Entonces, la colectividad se rige con la ley que marca la religión, y es el pastor de la Iglesia el que cuenta la ley esa...

Uliana: No sé cómo explicarlo. Pero se cuenta, sí. Pero aparte, nosotros en casa leemos.

Entrevistador/a: Así que si surge un problema o algo es generalmente a través de la religión que se resuelve...

Uliana: Se arregla entre nosotros. Mayormente no pasa mucha cosa.

Entrevistador/a: Y los casamientos, la formación de las pareja es así por...

Uliana: Por amor.

Entrevistador/a: No hay arreglos, ¿entonces?

Uliana: No, no, por amor.

Entrevistador/a: ¿Les enseñan todo el mismo día en que se casan? O sea, que hay días en que pueden estar juntos y hay días en que no, después de que el Padre le da la...

Uliana: Autorización.

Entrevistador/a: ¿Eso es así desde hace mucho tiempo? ¿Es una tradición?

Uliana: Desde hace mucho tiempo. Sí, es una tradición. Y siempre, siempre tratamos de mantener todas esas tradiciones, siempre. Jamás se juntan (de la misma religión) sin casarse. Ahora hay chicas que [...] entre nosotros, que se juntan con alguno que no está en la misma religión, pero ellos se juntan pero no están casados por la Iglesia.

Entrevistador/a: No se casan por la Iglesia de ustedes...Y acá, en Uruguay, ¿ustedes se sienten criticados por su religión?

Uliana: Yo no creo que critiquen. Aparte yo no le doy mucha bolilla. Si me critican, no me importa, si me critican por la ropa no me importa. Yo pienso que yo no hice nada malo. No estoy mostrando ni mis piernas ni mi panza tampoco, así que si critican, que critiquen. Cuando la gente no esta acostumbrada le puede parecer mal. Nosotros vestimos así (no es que queremos) por tradición y por religión. Yo, adonde vaya, no uso ni pantalón, ni pollera corta ni angosta ni nada. Yo siempre estoy vistiendo igual (aunque soy diferente, pero bueno) [risas].

Entrevistador/a: ¿Y con la gente de San Javier tienen buena relación de vecinos?

Uliana: Ah sí, ¿por qué tenemos que pelearnos? Estamos bien. Yo tengo muy buena amistad con gente de San Javier.

Vadim

Entrevistador/a: Nos interesaría conocer un poco la historia de los inmigrantes rusos. ¿Cómo fue que llegaron los primeros inmigrantes rusos?

Vadim: [...] Desde 1857 la Embajada rusa se instaló acá. Este año se cumplen ciento cincuenta años. Pero no había rusos; estaba por la parte diplomática. Después dicen que, a principios del siglo XX... Los nombres rusos se escriben según los traduzcas: si los traducís letra por letra terminan en *v*; la *b* nuestra es la *v* de Rusia; si lo traducen al francés, lo ponen con doble *f*. Los que pasaron por Francia antes de venir acá, como mi padre, lo escriben [su apellido] con doble *f*. Ediukov era ingeniero agrónomo y se instaló en el Interior, y cuando vino la primera tanda de inmigrantes rusos a colonia San Javier, ese los ayudó, o sea, que estaba antes. Y había otra familia en Paysandú, que se instaló a trabajar y a buscar porvenir; se llamaban Lubenko. Éstos deben ser ucranianos. Ojo, porque nosotros siempre agrupamos todo, juntos: rusos, bielorrusos y ucranianos. Ellos conforman la CEI: Comunidad de Estados Independientes; es una organización que hicieron esos tres países cuando se dividió la Unión Soviética. Ellos se declararon unidos por esa sigla, CEI (Rusia, Ucrania y Bielorrusia). Bielorrusia quiere decir: blanca, Rusia blanca (pero no tiene nada que ver con los rusos blancos, que fueron los zaristas que después de la Revolución se fueron, porque discrepaban con el Gobierno Comunista. Se le dice *blancos* a los que son monárquicos). Y otro motivo por el cual se le dice ruso blanco es cuando es nacido de Moscú para arriba; a esa zona de Rusia le dicen la Rusia blanca; no siempre pero diez meses en el año tiene nieve.

Acá hubo cuatro tandas inmigratorias, que empezaron al principio del siglo XX. En 1913 es la gente de San Javier, que vino porque sabía que el Gobierno de Uruguay le daba tierra gratis, que podían trabajar, que era lo que todo el mundo buscaba. Era el Instituto de colonización, que daba con determinadas condiciones: o sea, préstamos del Banco Hipotecario, que había que devolver con intereses, al igual que hoy, ¿no?

Entrevistador/a: Al igual que al día de hoy, no era que les daban las tierras así no más, sino que debían cumplir con determinadas reglas.

Vadim: Seguro. Entonces, hasta el día de hoy, rusos ricos no hay, porque se pasaron trabajando para poder devolver la plata [risas]. Están instalados en el Uruguay, subsisten, pero no pueden hacer plata. Pero es un problema de idiosincrasia, por distintos motivos. La primera tanda inmigratoria era de campesinos. La única forma de hacer plata es que te transformes en un

estanciero. Hay un caso, es una familia, no me acuerdo bien el nombre, son de Paysandú, Ivanchenkov. Ojo, capaz que no son rusos, sino ucranianos, porque termina en *enko*. Rusia [...] es el país más grande del mundo en superficie (sigue siendo después de disuelta la Unión Soviética). Hay gente que no sabe de geografía, dice que es Groenlandia, Australia, Brasil, Estados Unidos, cualquier cosa te dicen. Es Rusia, sigue siendo. En el momento en que el sol sale, en Kamchatka, frente a Alaska, en el mismo momento el sol se pone en San Petersburgo, porque medio globo terráqueo ocupa Rusia. Entonces, tiene doce husos horarios diferentes. Eso es sólo una característica de Rusia.

Entrevistador/a: ¿Y qué pasó con los primeros inmigrantes que vinieron a San Javier (estamos hablando de la primer tanda)?

Vadim: Sí, se instalaron en San Javier. Y [...] hasta el día de hoy algunos le están agradecidos a Batlle, a José Batlle y Ordóñez, que fue el presidente que estaba cuando ellos solicitaron la venida [sic] para acá. Por eso, hay gente que dice: "ah, el Frente Amplio o el Partido Comunista debe tener gente en San Javier". Sí, tiene como en todos lados, pero hay muchos colorados también, porque mucha gente conserva la tradición. Eso es anterior a la Revolución de octubre; eso fue el 1913. Quiere decir que la mitad será del Frente, y la otra mitad serán blancos y colorados, igual que en Montevideo. Y bueno, esa gente se instaló, y empezó. Habría que hablarlo con alguno de allá, que te diga todas las dificultades que tuvieron.

Entrevistador/a: ¿Y por qué fue que vinieron?

Vadim: Primero (apuntá si querés), servicio militar obligatorio no hay en Uruguay; eso es una ventaja en la que en otros países se fijan mucho. Nosotros no nos damos cuenta, nacimos con ese privilegio. Pero en otros países se fijan mucho en eso, no quieren que sus hijos vayan a cumplir servicio militar obligatorio y que vayan a pelear a una guerra que la inventan los gobiernos. Ese es un problema número uno. Después, el clima es benigno, no es extremo, no hay cincuenta grados bajo cero, como en Siberia, ni hay cincuenta grado sobre cero, como en el Sahara. Acá, es benigno el clima. Y hay dos cosechas anuales, o sea que hay riqueza en el campo. La gente, cuando piensa en trabajar la tierra, piensa en cuantas cosechas puede sacar. Acá plantan en agosto, cosechan en noviembre, plantan en diciembre, y cosechan en abril.

Entrevistador/a: Eso es importante, porque ellos son campesinos...

Vadim: ¡Claro!, y en Rusia hay una sola cosecha, porque es nevado el país. Hay que esperar que se descongele y hay que esperar porque queda un barrial. Por eso, la zafra de trigo que

tuvieron en la Unión Soviética fue deficiente, y eso fue lo que hizo que se disolviera la Unión Soviética. Dicen que fue sabotaje de la CIA. Porque estaba centralizada toda la producción de agroquímicos en una fábrica estatal. Y ahí coimearon a algún sereno (andá a saber qué hicieron) y estropearon una cosecha, porque dosificaron con más veneno el agroquímico, envenenaron las tierras. Un año que salga mal la cosecha de trigo, porque son ciento cincuenta millones de habitantes... Y claro, todo concentrado en una planta sola; el error es centralizar.

Entrevistador/a: Entonces, vinieron porque no tenían servicio militar, por el clima, ¿y por alguna otra razón?

Vadim: Razón religiosa. Porque eran una secta (Nuevo Israel, se llamaban). Nuevo Israel, como toda secta, tenía sus ritos, sus costumbres. Era acaudillada por un hombre, que era guía, desde sus puntos de vista. Entonces, ¿qué pasa? Ese hombre, que se llamaba Basilio Lubkov (la calle principal de San Javier se llama así, Basilio Lubkov, tenía en su cuenta bancaria todo el dinero de la comunidad. Entonces, lo administraba él, pero la cuenta bancaria estaba a su nombre. La gente tenía para vivir, para comer, para subsistir. La gente seguía trabajando, pero la cuenta estaba a nombre de él. Entonces, cuando llegó el momento, cuando a él lo convencieron otros de que podía volver a Rusia (estaba Stalin en esa época), él volvió con una parte de la gente. Cuando se instaló en un lugar de Siberia [...], lo acusaron de explotador y fue condenado a pena de muerte; lo mataron. Eso fue Stalin. El stalinismo fue una parte dura, digamos, del comunismo. Y lógico, era una explotación, porque él administraba los bienes de todos los demás.

Entrevistador/a: Bueno, así que vinieron guiados por este señor. Y cuando se fue, ¿sabe qué pasó en San Javier (porque él era como un guía)?

Vadim: Como en toda religión, era el guía espiritual hasta que la gente se empieza a avivar. Cuando él se fue, la mitad de la gente no lo siguió; esa fue la gente que se salvó, que está todavía acá.

Entrevistador/a: ¿Y hay una división? ¿Hay gente que todavía sigue con la religión y otras personas no?

Vadim: Sí, hay muy pocos que siguen con esa religión. En realidad, ni siquiera a fondo saben ellos mismos muchas cosas, porque lo hacen por inercia social, porque ya lo venían haciendo y siguieron, pero no tienen una... Tampoco hay un guía espiritual que sustituya al otro, ni nada. Lo

hacen porque lo estaban haciendo y siguen, es una tradición, nada más. Pero son poca gente; te estoy hablando de quince o veinte personas. Se disolvió en el tiempo.

Entrevistador/a: Pero supongo que habrán continuado...

Vadim: Y sí, pero sólo, ya te digo, quedan quince personas. Los jóvenes no van. Te digo que son más viejos que yo [los que van].

Entrevistador/a: ¿Y por qué se radicaron en San Javier?

Vadim: Por eso mismo, porque le dieron las tierras, la estancia de Espalter (por eso Espalter imita bien a los rusos; él, de niño, iba a la estancias de los abuelos y escuchaba a los rusos hablar, entonces los imita) [risas].

Entrevistador/a: Me hablaba de distintas corrientes. Esa fue la primera que vino y se radicó en San Javier. ¿Y después?

Vadim: Hay cuatro tandas inmigratorias. La segunda era la de los rusos *blancos*, posterior a la Revolución de octubre. Claro, en el año 17 estalló la Revolución de octubre. Los rusos se esparramaron por Europa primero, y de Europa vinieron para acá, por "los años locos", o sea del 20 al 30. Por ejemplo, mi padre vino en el 24, mi madre en el 25, otros vinieron en el 26, en esa década. Entonces, ahí vinieron los rusos *blancos*; había nobles, gente con la heráldica; era parte de la historia.

Entrevistador/a: Los rusos *blancos*, en este caso, ¿eran blancos por la parte geográfica o por la parte política?

Vadim: Por la parte política, son zaristas. Yo, por ejemplo, tengo una anécdota de mi familia, que es original. Mi padre era mayor en el Ejército de la Guardia Imperial del Zar, y el hermano de él, que pelearon juntos en la guerra del 14, era oficial de artillería, tiraba con los cañones, y mi padre era de la caballería, andaba a caballo y andaba a los sablazos [risas]. ¿Pero qué pasa? Cuando discutían sobre política, ya en el frente de la guerra del 14, ya cuando se discutía de política y se formaron dos grupos, y dijeron: "bueno, para no pelearnos entre nosotros, para el Norte vayan los que simpatizan con los comunistas y para el Sur los que simpatizan con los blancos". Mi padre y mi tío se vinieron al Sur. Pero mi tío ya había cambiado su manera de pensar; mi tío fue hasta Crinea, que es una península que está en el Mar Negro, que tiene forma de manito, y en ese lugar se quedó a proteger la retirada de los barcos, que se iban porque perdieron, ¿no? Mi padre, que creyó que había muerto [el tío] en esa oportunidad, me puso a mí

el nombre de él, Vadim. Vadim era el hermano, pero él no murió. Él se quedó ahí y después que se fueron los barcos, quedó integro. Él fue el que tomó Berlín. De oficial de artillería pasó a ser general y por ser general era el encargado que tiraba las *katiusas*, eran bombas, cohetes de dos metros.

Entrevistador/a: ¿Cómo fue que decidieron venir a Uruguay?

Vadim: Porque mi padre, cuando salió de Rusia, se casó en Yugoslavia con una rusa, pero en la luna de miel falleció de pulmonía (a veces ocurren cosas buenas y a veces cosas trágicas). Entonces, siguió deambulando por esos países y llegó a dar a Bélgica, y en Bélgica encontró a otra rusa y se casó y tuvo una hija. Yo tengo, bueno, tenía, porque a esta altura debe ser ya fallecida [sic] una hermana; nunca tuve contacto, Sofía de nombre; estaba en Bélgica, en Bruselas. Y ahí se divorciaron, no se llevarían bien, no sé qué paso, no me contó mucho; sólo me dijo que tenía una hermana. Y ahora, hace poquitito, mi hija encontró a una sobrina mía, hija de mi hermana. La encontró porque en Bélgica los hijos heredan los apellidos de la madre, y los encontró. Pero nunca le escribí yo, no sé qué decirle; el idioma no es la barrera, la barrera es que no sé qué decirle. También me gustaría conocer a los descendientes de mi tío, pero tampoco sé, y no conozco a nadie que me diga nada. Yo que sé, es en el otro lado del mundo.

Entrevistador/a: ¿No tienen contacto con Rusia, con alguien?

Vadim: Claro. No creo que alguno de la Embajada se preocupe por algo mío. Difícil, ¿no?

Entrevistador/a: ¿Con la Embajada no tienen relación?

Vadim: Ahora que hay Internet, no creo que le resulte nada difícil, porque ahora Internet ha acortado mucho las distancias. Pero por ahora nadie me ofreció nada. Pero tampoco sé allá cómo van a reaccionar; capaz que no les interesa. No te olvides que mi abuela era princesa. Pero capaz que ese tío se cambió el nombre (el apellido primero, no, porque lo leí, pero pudo no poner el segundo apellido, para protegerse de Stalin, que no quería mucho a los nobles).

Entrevistador/a: Claro, su abuela era princesa, así que capaz que no pusieron el segundo apellido para protegerse. Y su padre, cuando se iba moviendo en el país, ¿era para escaparse de la Revolución?

Vadim: Cuando perdieron, se tuvieron que ir como todos, porque si se quedaban, si no los mataban, marchaban presos. Entonces, además, habían perdido los bienes, habían perdido

todo. Como que quería olvidarse, entonces, buscaba una vida nueva. Es instinto de conservación.

Entrevistador/a: ¿Después de Bélgica, qué paso?

Vadim: De Bélgica fue a Francia, después de que se divorció de ella. En Francia había una publicidad del Ministerio de Relaciones Exteriores uruguayo (que hacía pegatinas en París) con una frase que decía: "como el Uruguay no hay". Y entonces, la frase esa, "como Uruguay no hay", la aprendieron muchos rusos [...]. Dijeron: "bueno, vamos al Uruguay porque como el Uruguay no hay" [risas]. Vinieron para acá, y cuando vinieron, y vieron que no había trabajo, siguieron de largo. Unos compañeros de mi padre se fueron a cazar tigres al Brasil; fue famoso. Simel, de apellido, era cazador de pateras, pumas, jaguares, los felinos sudamericanos, e hizo mucha plata con ellos. Mi padre decía que lo invitaron a ir, pero cuando le contaron cómo era todo, dijo que no: misquito pestes, "no gracias". Otros rusos se fueron a pelear por el Chaco, entre Bolivia y Paraguay, entonces lo invitaron. Los rusos apoyan a los paraguayos y los alemanes a los bolivianos. Era una manera de seguir la Primera Guerra Mundial, así que no, tampoco. En Argentina podría haberse quedado, pero cuando alguien dijo que los ingleses podían darle trabajo, dijo: "me vuelvo al Uruguay que a pesar de todo no está tan mal". Y volvió para acá, él y alguno más. En un primer momento trabajaron cargando bolsas de lana en el puerto.

Entrevistador/a: ¿En Montevideo o en San Javier?

Vadim: En Montevideo. Muchos trabajaban en los frigoríficos que había en el Cerro. En el caso de mi padre terminó manejando un tranvía a caballo; había una empresa inglesa dueña de los tranvías a caballo [...]. Entonces, uno manejaba los caballos y el otro, de atrás, el guarda frenos; mi padre a veces era guarda frenos y a veces andaba en los caballos (como él era; toda la vida estuvo arriba de los caballos). Yo parece que lo traigo en lo genes: una vez agarré un caballo y hice un paro de manos, hice galopar, todo, y nunca había andado a caballo. Bueno, después de ahí pasó al ferrocarril [el padre], que era de los ingleses y trabajó treinta y seis años en el ferrocarril hasta que se murió. Yo heredé el trabajo. Los compañeros de él me ayudaron a entrar. Soy jubilado del ferrocarril.

Entrevistador/a: Así que su papá trabajó y se quedó en Montevideo...

Vadim: Sí. Y mi hermano también, que era medio hermano mío por parte de mi madre, porque mi madre vino por otra vía. Mi madre, en la guerra del 14, pasó a ayudar a los heridos al frente de

guerra; era enfermera voluntaria. Pero no lo conoció ahí a mi padre; lo conoció acá en Uruguay. Y allá era descendiente de Grinca, un músico famoso; de Grinca y de toda una familia de artistas, entonces, mi madre sabía piano, canto (canto para opera, claro); el profesor de arte escénico era el famoso Estarinalfki, el famoso escritor de teatro. Eso aprendió mi madre en Moscú, en el Bolshoi. Pero claro, cuando estalló la guerra tuvo que ir, o yo qué sé, quiso ir, y eso interrumpió [sus estudios]. Después no sé si volvió de vuelta. Se que había mucha pobreza en el país en ese momento. Del arte ella no podía vivir, porque el arte nadie lo quería. Cuando hay pobreza lo que se quiere es comer. Entonces, empezó a hacer empanadas y vendía por la calle. Tenían una manzana de propiedades, de casas, toda la manzana era de la familia, pero después de la Revolución quedaron reducidas a una sola casita. Le respetaron una casa completa porque eran dueños, pero, en realidad, quedó para todo el mundo: en cada piso una familia. Toda la manzana ocuparon, así que se armó un cantegril de lujo.

Entrevistador/a: ¿Y su madre qué hizo?

Vadim: A mi madre no le gustaba vivir ahí. Quedó su hermano con la madre de ella, porque el padre ya había muerto. Y entonces siguieron viviendo ellos ahí. Mi madre estaba vendiendo empanadas y el embajador de Estonia de Esborel le compró todo el canasto de empanadas; esa fue la declaración [risas]. Bueno, se casó con él y tuvieron un hijo en Estonia, mi hermano es estoniano. Y a los seis años pasó a Alemania, y en Alemania le dijeron que en Uruguay teníamos una fabrica de cerveza – Doble uruguaya. "¿Querés ir a trabajar?". "Sí, vamos". Y se vinieron para acá, el padre de mi hermano, con mi hermano y con mi madre para acá. Y bueno, como buen trabajador de cerveza [...], se tiró unos cajones en una pierna. Me acuerdo que cuando yo tenía nueve años, falleció, pero me acuerdo que andaba con un bastón. Estaba hecho *guasca*, por andar tomando cerveza. Eso lo separó de mi madre, la bebida. Y entonces, acá conoció a mi padre. Yo a mi padre nunca lo vi caerse de borracho, jamás. Tomaba vodka con los amigos, pero como buen militar, sabe tomar, porque en los cuarteles cuando no hay guerra toman [risas].

Entrevistador/a: Así que se conocieron acá, y sos tú el único hijo...

Vadim: No, tengo una hermana, que fue hasta el año pasado la directora de la Escuela Nacional de Danza, del Ministerio de Relaciones y Cultura. Ella era jubilada de bailarina del Sodre; dio clases en el Bastión del Carmen, en Colonia, en el Macío en San José y después en el Ministerio. O sea, es la autoridad máxima del ballet en Uruguay, porque dar clase ahí no es para cualquiera.

Entrevistador/a: Continuó la veta artística de tu mamá en tu hermana...

Vadim: Mi hermano trabajó en el frigorífico. Y a lo último, cuando se jubiló de los frigoríficos, entró a trabajar en la lucha antituberculosa, hasta que se murió. Y yo trabajaba en el ferrocarril, y en la construcción por mi cuenta; cuando salía de AFE, en donde trabajaba seis horas, me iba para la construcción.

Entrevistador/a: Esto que nos has contado fue la segunda oleada, que fue cuando vinieron tus padres. ¿Y la tercera oleada?

Vadim: La tercera oleada fue posterior a la Segunda Guerra Mundial. Ahí, los dos grupos más interesantes son los de la Colonia Ofir, que están a diez kilómetros de San Javier y los de Guichón. Ojo, también hay una colonia en Guichón, que es escindida de la misma; colonización le dio dos lugares.

Entrevistador/a: ¿Y ellos son rusos?

Vadim: Sí, sí, ellos son rusos. Ellos vinieron de Rusia, aunque vinieron de Manchuria, que creo que debe de ser Mongolia ahora. Estos son de otra religión, nada que ver con los fundadores de San Javier; son ortodoxos, con ritos antiguos. Me olvidé de decirte que en la segunda oleada de 1920 se fundó la única Iglesia ortodoxa rusa que hay en Montevideo; mi padre diseñó el edificio, porque mi padre sabía dibujar y sabía arquitectura.

Ana Semikin

* Ana Semikin es actualmente presidenta del Centro Cultural Máximo Gorki.

Entrevistador/a: Nos gustaría que nos contara algo sobre sus antepasados... Al comienzo se presentó como "purita, purita", ¿por qué?

Ana: Porque mis cuatro abuelos son rusos, vinieron siendo jóvenes; alrededor de quince, dieciséis años tenían cuando llegaron a San Javier. Se casaron en Uruguay, formaron sus familias, mis padres ya son uruguayos.

Entrevistador/a: Sus padres nacieron en San Javier, ¿siempre se quedaron acá?

Ana: Sí, mi papá trabajó en la campaña [...]. Hacían trabajos de agricultura; se autoabastecían. En la chacra tenían todo, todo lo que necesitaban para vivir. Lo único que compraban era una barra de jabón. Tenían sus colmenitas, criaban vacas, ovejas, pavos, gallinas; sembraban trigo, boniato, cebolla... En la chacra de mi abuelo siempre había *todo*. Después, a mi papá, cuando vivió en la campaña, le tocó viajar en un carro tirado por dos caballos. Tú lo habrás visto en el pueblo, lo usan como medio de locomoción hasta ahora. Mi padre se iba a vender lo que él plantaba: boniato, papa, zapallo, zanahoria. Llevaba lleno el carro hasta Paysandú, a cincuenta kilómetros de acá, donde ya tenía sus almacenes. Dejaba la mercadería y de allí traía lo que necesitaban (jabón y otras cosas que traían para acá), como canje por las que llevaban.

Entrevistador/a: Así que sus abuelos y sus padres fueron a vender a Paysandú...

Ana: Ahí está, yo también lo hice un poquitito; llegué a plantar papa, boniato, etc.

Entrevistador/a: Respecto a la fabricación de la miel, teníamos entendido que ustedes tenían una forma especial de realizarla, ¿es así?

Ana: Cuando vino el inmigrante ruso, la abeja existía en Uruguay. Pero ellas estaban en el monte, eran silvestres, salvajes, entonces, el inmigrante ruso la colocó en los cajoncitos, y la domesticó, la comenzó a explotar. Hoy en día se usa la medida de la colmena que se llama estándar: todos los colmeneros tienen la misma medida de cajones, de marquitos, de alza, de todo. Pero cuando ellos llegaron vinieron con *su* medida, otra medida, que hasta el día de hoy hay colmeneros que la usan. Son poquitos pero la usan.

Entrevistador/a: ¿Cómo fue la construcción del pueblo?

Ana: Ellos no eran profesionales, sino que cada uno de ellos sabía un oficio. En aquella época había mucho herrero, hojalatero que hacía todo de todo: latones, baldes, todo se hacía. ¡Cómo trabajaban! Ellos te cuentan que trabajaban mucho, acarreaban carretillas con piedras; nadie se quejaba y todos trabajaban con entusiasmo. Acá se hizo la primera aceitera del Uruguay. Tenían el harinero y muchas cosas. También se hizo un cine, el cine Pobieda, que significa: victoria, en el tiempo de la guerra. El Máximo Gorki se formó en 1957.

Entrevistador/a: ¿Cuál es la función que tiene el Máximo Gorki dentro del pueblo?

Ana: Es un club social y cultural. Lo empezó un núcleo de gente eslava. Cuando comenzó se llamaba Comité Juvenil Eslavo, Comité Eslavo, porque es verdad que no eran sólo rusos los que viajaron, había gente de Lituania, de Ucrania, de otros lados.

Entrevistador/a: ¿Cuál era en principio el objetivo?

Ana: Comenzó en aquella época, como en el año 1940 y pico. Durante la guerra, las señoras tejían, hacían comidas, bordaban (no eran grandes cantidades), y lo mandaban para Rusia, para ayudar [...]. Siempre siguieron con el acordeón, cuando había casamientos (viste que el ruso es de festejar), festejaban días y días.

Entrevistador/a: ¿Cómo eran los casamientos? ¿Eran por Iglesia?

Ana: Acá está la Sabraña. Hubo algunos que eran de otras iglesias. Mi padre me contaba que él iba de chico, que los padres lo llevaban. Después dejó; por una razón o por otra, dejó. Ahora quedan poquitos: viejitos que van y cantan.

Entrevistador/a: Al empezar nos contaba que la agricultura fue el sostén del pueblo. Ahora ¿cuál es el rubro económico principal de San Javier?

Ana: Eso sigue, la chacra sigue, la agricultura sigue muy fuerte. También hay muchos tamberos chicos, y hay mucha gente que se dedica a la parte de la ganadería. Está la gente que trabaja en la construcción y viaja todos los días. También la naranja. No hay una gran cantidad de fuentes de trabajo. Están los empleos públicos.

Entrevistador/a: ¿Su trabajo acá, en el Máximo Gorki, se considera un empleo público?

Ana: Esto es todo honorario, es privado, acá nadie cobra nada, acá todo es a pulmón, por las ganas de mantenerlo, para seguir educando y tratar de que no se pierda.

Entrevistador/a: El baile es la forma de seguir entusiasmando...

Ana: Es una fiesta muy emocionante para nosotros; tenemos ahí nuestras raíces rusas. A mí me sensibiliza mucho. Tengo cincuenta años, tengo muchos años de estar acá en el club. Cada fiesta que se hace te reencontras. Los jóvenes bailan... ¡quién no ha pasado por este escenario!; muchísimos jóvenes son los que pasan. Viste que hay un chiquilín criollo y baila como si fuera ruso. Es un reencuentro.

Entrevistador/a: De San Javier, ¿son muchos los jóvenes que se van a Montevideo para estudiar o trabajar?

Ana: Sí. Ya a la edad de dieciséis, diecisiete años se van a Montevideo o a Paysandú. Por eso hay que intentar mantener a los más chiquitos, empezar con los más chiquitos para luego tener adultos.

Entrevistador/a: ¿Cómo vivieron la época de la dictadura acá?

Ana: Fue una época muy difícil. En el pueblo se generó mucha desconfianza, porque tenías que andar cuidándote de con quién hablabas. No estaba eso que ahora tú ves, de que todos nos saludamos; eso se había perdido. Fue espantoso.

Entrevistador/a: ¿El Máximo Gorki sufrió daños?

Ana: Sí, acá teníamos una biblioteca llena de libros en ruso, que habían traído los inmigrantes, pero también los que recibíamos de Rusia, ya que teníamos contacto y nos mandaban revistas, libros, de todo un poco. Llegaron un día y quemaron toditos los libros. Picaron las paredes para borrar las pinturas.

Entrevistador/a: ¿Qué tipo de pinturas eran?

Ana: En uno de los lados del escenario tenías a una madre con un hijo en brazos; en la otra pared había una pintura que era un campo con una cabaña y animales, y ahí abajo del escenario estaban las caras del teatro [símbolo que representa al teatro], esa que es una triste y otra sonriente. Ésas eran las pinturas. También quemaron todas las ropas del grupo de baile Kalinka, toditos los trajes, un destrozo total. Yo no sé por qué hicieron eso y cerraron el Máximo Gorki. Recién el 1985, después de cuatro años, pudimos nuevamente abrirlo y empezar todo de nuevo, de cero, para poder recuperarlo.

Entrevistador/a: ¿Cree que el idioma ruso se empezó a hablar menos en esa época?

Ana: Puede ser, ya que no sé por qué los militares nos veían a nosotros como comunistas, y teníamos que cuidarnos. Teníamos mucho miedo: de noche te podían ir a buscar. La muerte de Roslik fue muy injusta

Entrevistador/a: Cambiando un poco de tema ¿alguna vez viajó a Rusia?

Ana: Sí, fui cuando empezaba la Perestroika. Era todo muy distinto, todo grande.

Entrevistador/a: ¿Fue a visitar a parientes?

Ana: No, no tengo parientes allá (habrá parientes pero lejanos).

Entrevistador/a: Teníamos entendido que en una época había intercambios para ir a estudiar a Moscú, ¿eso continúa?

Ana: Han ido, han ido. En otros años han ido, pero ahora no. Se quiere retomar, pero aún no. Nuestra profesora de baile fue una de las que fue en esas épocas a aprender las dazas típicas a Rusia.

Ángel Martínez Gayvoronsky

Entrevistador/a: ¿Es descendiente de inmigrantes rusos?

Ángel: Mi abuelo fue uno de los rusos [...] que fundó este pueblo. Mi abuelo se llamaba Mirón. Arribó a Montevideo con toda la colectividad rusa. Estuvo varios días en Montevideo hasta que salieron, junto con otras dos personas, a determinar qué zona del país iban a elegir para establecerse. Cuando no tenían conocimientos de ingeniería, de agronomía, probaban la calidad de la tierra levantando un trozo de ella y llevándosela a la boca, es decir, palpaban el grado de bondad de la tierra. Es así que estas tres personas recorrieron distintas zonas del país: anduvieron por el Este, por el Norte, por esta parte del Litoral, y también llegaron hasta el Sur, zona [...] que fue precisamente colonia. Y acá, en la zona litoraleña, fue donde encontraron las mejores posibilidades para desarrollar lo que ellos pretendían hacer y lo que sabían, que era la agricultura (motivo por el cual el Gobierno de entonces facilitó la migración de esos rusos hacia nuestro país).

Entrevistador/a: ¿Sabe qué importancia tenía la religión en ese momento?

Ángel: Era muy importante. Desde ese punto de vista, ellos venían liderados espiritualmente por don Basilio Lubkov. No sé si llamarlo una religión... Sí que la tenían, porque todos tenemos una religión de alguna forma y todos terminamos reconociendo a Dios, quizás por distintos caminos. Ellos también [...]. Pero ellos a la religión la profesaban no a través de cultos, sino a través de las prácticas y de una serie de cosas que posibilitaban que mutuamente se ayudaran, se alentaran y se estimularan en la adversidad. En aquella época, esa gente que venía de otro lado lógicamente fueron [sic] receptores de distintos tipos de enfermedades que no conocían, que es lo que pasa cuando la gente se va a otro país. El frío de aquel julio, que fue tremendamente inhóspito... Si bien venían de Rusia, era otro frío, la intemperie... Este San Javier que estás viendo ahora tú en este momento, esta zona urbana, era todo monte. Los campos también [...], así que primero hubo que empezar por desmontar, desarraigar árboles para recién empezar con la agricultura. Es decir, pasaron muchas cosas. No solamente fue el viaje que hicieron (porque no venían en cruceros de primera clase lógicamente). Pero los alentaba la esperanza de poder llegar a un país como fue nuestro Uruguay, siempre libre, un país que recibió a todas las corrientes migratorias. [Los alentaba] la ilusión de poder trabajar, de poder formar una familia, de desarrollarse desde todo punto de vista, que es lo que lograron, creando, fundando este pueblo, y bueno, legándonos esto. Quienes sentimos orgullo de ser, de tener sangre de gente de San Javier, lo queremos [al pueblo], y por eso estamos trabajando de alguna forma.

Entrevistador/a: ¿Su familia sigue manteniendo tradiciones rusas? ¿Hablan ruso?

Ángel: No, yo diría que no. Se ha perdido un poco el idioma; hay gente mayor que todavía lo habla, pero la gente joven no lo practica. Sin embargo, sí las tradiciones, en cuanto, por ejemplo, a bailes típicos (que ustedes van a conocer en el Máximo Gorki, a través de su grupo de baile Kalinka).

Entrevistador/a: ¿La escuela enseña tradiciones rusas?

Ángel: A principio de año, la directora de la escuela número 32, acá en San Javier, junto con las dos maestras de primer año, fueron a hablar para que yo les contara anécdotas a los chicos, para que vayan teniendo más o menos una idea de cómo [...] vinieron los rusos. A grandes rasgos, de la misma forma que te estoy explicando, les conté una serie de anécdotas, que siguieron muy atentamente porque es como una especie de cuento [...].

Entrevistador/a: ¿Entonces, el lugar que promulga tradiciones rusas es el Máximo Gorki?

Ángel: Es el Máximo Gorki. Eso, desde el punto de vista de bailes tradicionales rusos. Pero, por ejemplo, en lo que tiene que ver con la parte de comidas, sí hay distintas instituciones que elaboran comidas para lograr beneficios [beneficencia], todas las comidas típicas rusas, *piroj*...

Entrevistador/a: ¿En dónde?

Ángel: En instituciones sociales.

Entrevistador/a: ¿Podría decirme el nombre de alguna?

Ángel: El club atlético San Javier, el primer club deportivo de fútbol de San Javier, que es el decano de todas las instituciones sociales, cuando hace beneficios [sic] hace una cena show [...]. Hace poquitos meses, también, del Centro Cultural Juventud Unida, que es una institución social que hace beneficios [sic], hizo una cena show. Y generalmente, cuando el club atlético River, otra institución deportiva, hace, por ejemplo, actividades donde se buscan beneficios económicos para la policlínica, siempre se tiene apoyo [...]. Es decir, siempre se tiene en cuenta esa parte de comidas tradicionales rusas. Y, por supuesto, a quienes llegan a San Javier siempre se les trata de atender con comidas típicas

Entrevistador/a: Muy bien. Otra pregunta: ¿practicás alguna religión?

Ángel: Por parte de mi madre soy Garvoronski. Cuando niño yo estuve ligado a la Sabraña, que es el templo donde todos los domingos se reunían los rusos, a los efectos de contarse cómo les iba en la cosecha... Aquel que precisaba una vaca porque había nacido un niño, precisaba leche, entonces, entre todos lo ayudaban. Era el fin que tenía la Sabraña. Y había cánticos de evocación, diríamos, a gente, a familiares que quedaron; eran cánticos que yo no los entendía mucho pero de cualquier manera me resultaban muy lindos oír. Por el lado de mi papá, Martínez, mi abuelo era muy católico. Después fui a Fray Bentos a estudiar y me vinculé a la Iglesia católica. Hoy no te voy a decir que soy un católico que cumple con lo que establece la Iglesia, pero de cualquier manera sí encuentro mi regocijo espiritual en la Iglesia católica.

Entrevistador/a: Y usted, hoy en día, ¿se siente más uruguayo o ruso?

Ángel: Por sobre todas las cosas me siento uruguayo, de la misma manera que mi abuelo, que era nacido en Rusia. Vino acá a trabajar y se vinculó a través de los distintos organismos oficiales del país, gestionó su condición de ciudadano uruguayo y, en primer lugar, por una cuestión de formación, ponía a la bandera de nuestro país, el país que lo recibió y que le dio la posibilidad de desarrollarse. Y bueno, como uruguayo que soy, para mí lo primero es Uruguay. Rusia es simplemente un país que lo sueño cuando me acuerdo que mi abuelo era ruso, mi abuela era rusa, algunos tíos también que vinieron y todo lo demás. Un poco invadido por la nostalgia, me pongo a recordar que mi abuelo me decía que allá habían quedado los padres, algunos hermanos, algunos tíos, primos. Cuando él llegó acá, a Uruguay, tenía treinta y cuatro años: un hombre con todos sus potenciales físicos para trabajar, para hacer todo lo que yo te decía hoy, plantar árboles... Pero también, un día se encontró con la vejez, a los ochenta años [...]. Recuerdo haberlo encontrado sentado en un corredor, en su casa, pensando; y yo le preguntaba: "*guíera* (quiere decir: abuelo), ¿en qué piensa?". "En Rusia", me decía, "en las cosas que dejé" [...]. Mientras él estaba ocupado, trabajando, de repente pensaba solamente en su familia, en Uruguay, en su chacra, en todo lo demás. Pero como él, yo diría que la mayoría de la gente que llegó [a vieja] sufrió, pasó por esa situación *nostalgiosa* [sic], como nos puede pasar cuando lleguemos a esa edad.

Entrevistador/a: Usted, más allá de sentirse uruguayo, ¿va al Máximo Gorki si hay alguna festividad?

Ángel: Sí; mis nietas bailan en Kalinka. Sí, voy por que lo siento: yo veo las danzas rusas, los bailes rusos y me invade una sensación de emoción [se ríe]. ¡No sé por qué!

Entrevistador/a: ¿Y le gusta el fútbol uruguayo? ¿Lo sigue?

Ángel: Yo estuve ligado al quehacer periodístico en Fray Bentos. En mis años mozos (hoy tengo sesenta y uno) estuve trabajando en una radio, también en Mercedes, en la misma empresa. Y después, por razones de trabajo, tuve que establecerme en Paysandú, donde también fui periodista, más o menos ligado a toda la actividad deportiva. Si hoy juega la selección me desvivo y dejo de hacer cualquier cosa para poder ir a verla. Y no sólo eso; también, como bien uruguayo que soy, tengo la condición (que tres millones de personan tenemos) de ser buen director técnico: opino y digo: ¡fulano no puede jugar! [Risas] y que el chino Recoba acá no juega nada.

Entrevistador/a: ¿Le interesa la política?

Ángel: Sí, la política también es parte de la vida, de la nación. Porque pobre de nosotros los uruguayos si no nos interesara la política. Yo creo que no es sólo recibir un sobre y votar. Creo que no es la forma: yo recibo el sobre, lo leo y escucho a cada uno de los candidatos para ver qué es lo que propone y si coincide con mi forma de pensar. Veo qué necesita San Javier, cómo se puede desarrollar nuestro departamento, de qué forma el país puede ir adelante [...]. Escuchar a la gente que sabe y acota, [...] ¡hace brotar, en quien está un poco ligado a la política, ese sentimiento de nación!

Entrevistador/a: Cuénteme ¿qué música le gusta?

Ángel: Hoy en día me gusta... Yo te voy a decir lo que no me gusta: ¡la música *villera*! No me gusta, la rechazo; no coincide ni con mi forma de sentir, ni de pensar, ni con lo que yo pienso para mis nietos, para mis hijos jóvenes, y para la juventud de todo el país. No me gusta. Sí la respeto. Me gusta sí la cumbia vieja uruguaya, para una actividad festiva. Me gusta mucho el tango, ¿sabes por que? Porque el tango viene de la época en que mi padre era joven y mi madre era joven, y era lo que bailaban, lo que disfrutaban; y es una filosofía poética de esta parte del mundo, entonces, me gusta. Me gustan las orquestas uruguayas; soy un admirador de lo que fue Donato Fasiati, por ejemplo, de Miguel Villaroas, y podría citarte mucho más.

Entrevistador/a: ¿Y música rusa?

Ángel: Y de música rusa, por ejemplo, pienso que en este momento soy el que tengo la colección más completa, porque me he preocupado por conseguir temas, me he contactado con gente de la Embajada uruguaya, donde me han regalado mucho material. Me precio de tener mucho material, tanto, que le he suministrado a Máximo Gorki, a la profesora Elena Flaqui para que bailara el grupo Kalinka.

Entrevistador/a: ¿Y usted se casó?

Ángel: Sí, yo me casé.

Entrevistador/a: ¿Su esposa es también descendiente de inmigrantes rusos?

Ángel: Mi esposa es de Fray Bentos, y no es descendiente, es de origen, creo, español.

Entrevistador/a: ¿No tuvo importancia que no fuera descendiente de inmigrantes rusos?

Ángel: No. Sabés que cuando llegó el momento de conseguir una novia pensé: qué es lo que me gusta, qué condiciones tiene que rendir una mujer, y bueno, todo eso que se habla, que tiene que ser una muchacha *bien*, de *buena familia*, etc. He aquí que reparé en algo que mi buen gusto me decía: las rubias no, me gustan las morochas, de pelo oscuro y cutis blanco [risas].

Entrevistador/a: Bueno, cambiando un poco el tema, ¿recuerda haber tenido algún problema durante la dictadura por ser descendiente de inmigrantes rusos?

Ángel: No, yo estaba en Fray Bentos.

Entrevistador/a: ¿Pero acá qué ocurría? ¿Usted sabe?

Ángel: Acá, en San Javier, estaba enterado, porque estaba vinculado al mundo periodístico y todo lo demás. Como se trataba de San Javier, mi pueblo, lo seguí paso a paso.

Entrevistador/a: ¿Qué fue lo que sucedió acá? ¿Influía el hecho de ser ruso en ser perseguido?

Ángel: Bueno, sí, yo creo que sí, que fue un poquito perseguida la gente de San Javier por el hecho de tener origen ruso. Creo que sí, a grandes rasgos sí. Es decir, San Javier, al ser un pueblito fundado por rusos, como que era el foco [...].

Entrevistador/a: Entonces, vinieron acá...

Ángel: Sí, sí, sé que vinieron.

Entrevistador/a: Por ejemplo, nosotras sabemos del caso de Roslik

Ángel: Bueno, ahí tenés: llevaron mucha gente joven detenida y hubo gente que estuvo presa.

Entrevistador/a: ¿Pero gente militante o gente que era simplemente de descendencia rusa?

Ángel: Era gente rusa y que estaba vinculada a la izquierda ¿verdad?

Entrevistador/a: Y si alguien, por ejemplo, no estaba vinculado a la izquierda pero era descendiente de inmigrantes rusos, ¿qué ocurría?

Ángel: No, hubo gente que no [no se entiende la respuesta].

Entrevistador/a: Y sobre Roslik, entonces, ¿qué piensa? Supuestamente él no era militante...

Ángel: Pero él estudió en Rusia.

Entrevistador/a: Bueno, entonces, ¿para usted cambió en algo San Javier después de la dictadura?

Ángel: Sí, como que la gente se quedó: no me meto en esto, no voy acá, no participo allá. Porque hubo una generación de personas que se aisló del que hacer social; [...] por eso las instituciones sociales hoy carecen de masa societaria (ésta es mi intuición personal). La gente joven no tiene conocimiento de lo que significa para un pueblo, para todos los pueblos, una actividad social.

Entrevistador/a: El Máximo Gorki, por ejemplo ¿cambió después de la dictadura?

Ángel: El Máximo Gorki fue víctima de acciones que lo perjudicaron. El otro día, por ejemplo, hablando con un dirigente de Montevideo, yo le decía que el centro cultural tiene desde el acta de fundación (de hace setenta años), desde el acta número uno hasta la actual. El libro de acta es un historial, el historial no solamente de una institución sino también de un pueblo, porque en el centro cultural se fundó la liga de fútbol, se reunió la gente de la capilla católica, el club de pescadores, las primeras reuniones del club atlético River [...]. Entonces, los periodistas, que son de Montevideo, me preguntaban: "¿puedo conocer el centro cultural Máximo Gorki?" Entonces, fuimos y bajamos a un subsuelo (porque tiene un subsuelo) y me dicen: "aquí es donde torturaban a la gente de San Javier". Yo no los vi, pero el centro cultural también fue víctima de esa situación, porque así como destruyeron paredes y las obras que tenía, quemaron los libros, quemaron la vestimenta del grupo Kalinka y todo lo demás. Lo perjudicaron con esa mentalidad, porque los señores que fueron ahí a torturar no pidieron permiso; entraron como

entraron a una cantidad de lugares y tomaron el centro cultural para realizar lo que supuestamente hicieron. Yo no lo vi...

Entrevistador/a: ¿Pensaban que podrían llegar a tener contacto con Rusia?

Ángel: No, yo no ligaría tanto a Rusia con lo que paso acá en el Uruguay. Francamente, no hay una ligazón para el caso Roslik. Fue un argumento que dieron, el que se haya formado en la Facultad Patricio Numan, es decir, patrocinado y becado por Rusia. Pero tal vez sea el único caso. Después, nunca nadie me ha contado que fulano de tal estuviera ligado a Rusia y que Rusia y que San Javier... No, creo que no.

Entrevistador/a: Me interesaría que me hablara del papel que tiene hoy en día la Sabraña.

Ángel: La Sabraña, en este momento, sigue recibiendo a muy poquita gente, que sigue fiel [...]. Se reúnen los domingos, cantan con música... Son algunos, tan pocos que ya no queda gente para que el día que fallece un descendiente ruso se haga lo que se hacía antes, que se llevaba [el cuerpo] a pulso y con cánticos muy tristes, como en una especie de adiós.

Electra Félix

* Electra Félix es la presidenta del Centro Cultural de Nueva Helvecia, donde funciona, entre otras cosas, el Instituto de lenguas.

Entrevistador/a: Primero que nada díganos su nombre...

Electra: No tengo nombre suizo, más bien es griego porque me llamo Electra, Electra Félix. Félix sí es suizo. Félix y otros. Los Dobap son los únicos que llegaron en la época de la colonia; mi única familia es del cantón de Vaud [...]. Yo, en realidad, me crié en [Colonia] Valdense. Luego, para casarme, me viene a vivir acá.

Entrevistador/a: ¿Podría comentarnos algo sobre la llegada de su familia?

Electra: Bueno, mi bisabuelo o tatarabuelo, Abraham Félix, fue el primer quesero, el que tuvo la primera quesería. Lo comercializaba con un tal señor Antófilo Karlem. Hay un museo precioso, el museo de Karlem, que está sobre la ruta 1.

Entrevistador/a: ¿Usted sabe o conoce alguna historia de por qué fue que vinieron acá, a Uruguay o de por qué se ubicaron acá en Colonia?

Electra: Bueno, les esbozo algo. En el siglo XIX, y mucho antes, los guerreros suizos, los soldados suizos, eran muy fortachones, muy robustos, y los alquilaban los diferentes imperios o reyes o lo que se llama un ejército adiestrado y fuerte. Entonces, llegó un momento en el que estaban casi todos los hombres afuera, y se estaba poco menos que despoblando Suiza. Hasta que apareció un decreto, no sé en que año, en 1850 o un poco antes, que no permite más esta ida de los hombres. Entonces, vuelven. Al volver, se repobló de una manera impresionante. Aparte, no tienen tanta tierra porque tienen mucha montaña. Entonces ellos [los antepasados] vinieron por falta de trabajo, porque estaba superpoblado. Los únicos guardias que quedan de los suizos son los guardias del Vaticano, los que están en la puerta del Vaticano [...]. Vinieron por un problema de trabajo y de pobreza (no es lo mismo que los valdenses, que vinieron por problemas religiosos). Acá se vino por una cuestión económica y de trabajo.

Entrevistador/a: En su opinión, ¿qué rubros de la actividad económica de esos primeros colonos se siguen manteniendo hoy en día? ¿Y cuáles tendrían una proyección a futuro?

Electra: La industria láctea es el punto fuerte de acá. Ellos siempre fueron muy industriales, porque así como empezaron con los quesos trajeron todas herramientas agrícolas. Si ustedes

visitan el museo, van a ver que hay un montón. Claro, acá los criollos no eran tan laboriosos en ese aspecto. Los suizos eran muy, muy trabajadores, muy emprendedores [...]. Al principio, estaban muy unidos porque eran poquitos y se protegían unos a otros; luego comenzaron las divisiones en el sentido de la religión, entre los católicos y los protestantes. Pero en un primer momento todos estaban juntos en una sola Iglesia, en una misma escuela, católicos y protestantes. Y hablaban el alemán. Hasta que vino la reforma de Varela, y mandaron un maestro para enseñarles español. El maestro hablaba español y los alumnos hablaban alemán, pero al final se arreglaron.

Entrevistador/a: Me decía que esos primeros colonos se agrupaban y estaban más juntos. Uno tiende a suponer que eso llevaba a relaciones familiares cerradas, o sea, a que no se vinculaban mucho con el resto. ¿Era eso así?

Electra: Yo no sé mucho de acá; sé más de Colonia Valdense. Yo sé que allá los círculos son más cerrados.

Entrevistador/a: ¿Hoy en día sigue percibiendo eso?

Electra: No, no, no. Porque así como, por ejemplo, en aquella época había una rivalidad tremenda entre valdenses y Colonia Suiza, el primer liceo fue en Valdense, no había ni en Juan Lacaze, ni en Rosario, ni acá, todos iban a Valdense, hasta que se hizo el liceo acá y en otros lugares. Pero hasta que yo me casé, por ejemplo, había una rivalidad muy grande. Casarse con un suizo o casarte con un católico... Ahora no, no hay ningún tipo de separación, pero al principio sí. Y rivalidades, también, claro.

Entrevistador/a: ¿No se percibe que algunas familias quieran conservar ese tipo de tradiciones?

Electra: En este momento, no sé. Mantienen algunas, muy pocas. Siguen hablando el alemán; hay gente que habla el alemán, pero ya no como antes. Los padres sí, pero los hijos, no.

Entrevistador/a: Y en su opinión, ¿ha habido algún tipo de discriminación por pertenecer a Nueva Helvecia, ya sea antes o ahora?

Electra: De antes, no sé. Sinceramente, no tengo conocimiento, porque no soy historiadora, pero son bastante... Ahora, tal vez, no tanto, pero en otro momento se discriminó por política. Yo no conozco otro lugar en el Uruguay donde se haya hecho una "lista negra" en la época de la dictadura. Y acá se hizo. A mí me persiguieron directamente, simplemente porque tenía una hermana de izquierda, y porque compraba en una tienda, porque compraba y tenía una amiga.

Yo no estaba metida en política, ni nada de eso. En ese aspecto son muy... Por ejemplo, en el Centenario, se radicalizan, se dividen los grupos. Hicieron dos grupos para elegir la Comisión que iba a dirigir los festejos del Centenario, y se votó como en las elecciones nacionales, con la credencial, con toda la Corte Electoral, en las listas A y B. Se radicalizaban muchísimo. Tal vez ahora, no tanto. Eso lo viví yo, así como lo de la "lista negra", porque hace cincuenta años que vivo acá. Pero antes, no sé sinceramente.

Entrevistador/a: ¿Cuál es su sentimiento de pertenencia (si es que tiene) con respecto a Suiza como país? ¿Tiene alguna vinculación afectiva o económica?

Electra: ¿Personalmente?

Entrevistador/a: Personalmente y también en forma general.

Electra: Sí, hay relaciones en la Colonia Suiza-Nueva Helvecia. La Colonia Suiza-Nueva Helvecia tiene vinculaciones con la Embajada, con Suiza. Siempre, en la Fiesta Suiza, se da. Esta fiesta es como un patrimonio local. Cuando yo me casé, acá, el 1° de agosto era feriado para todos, no había escuela, no había nada. Se hacían todas las fiestas suizas, o sea, el 31 de julio era la víspera y se hacía una fiesta con una fogata enorme, y el 1° de agosto empezaba todo el día. Hará unos veinte o treinta años recién que no [se festeja así]. Era más que una fecha patria uruguaya. El 1° de agosto se festeja ahora, pero no como antes; ahora se festeja el domingo más cercano, y no es feriado, ni nada. Ellos siguen manteniendo las canciones, los conjuntos de danzas. Hay conjuntos de danzas en la Fiesta de la Cerveza. En la Fiesta Suiza todo se embandera con las banderas de los cantones de Suiza. Queda precioso. En una época también se colocaban todos los escudos de acuerdo a donde pertenecían las diferentes familias.

Entrevistador/a: ¿Entonces existe una relación con Suiza y con otras comunidades suizas en la región?

Electra: Sí. Está la comunidad en Paysandú. De Argentina, también, vienen siempre. Ahora viene un grupo de danza de Santa Fe y van a participar en la Fiesta de la Cerveza. Y los grupos suizos de danza de acá van a Villa Belgrano, allá, en Córdoba. En Argentina hay varios lugares donde hay conjuntos suizos que están relacionados con esta colonia.

Entrevistador/a: Usted ya nos dijo que tenían una fuerte presencia las religiones en la historia, y que llegó a estar dividida la colonia por eso. ¿Actualmente, las religiones tienen un peso en la vida de la comunidad?

Electra: Hay muchísimas iglesias. Yo no sé cómo opera en la vida de cada uno la religión, cómo la siente, sinceramente. Pero así como Colonia Valdense es un pueblo que se construyó alrededor de la Iglesia, este es un pueblo con miles de iglesias alrededor. Porque vos no sabés la cantidad que hay, todas las iglesias que hay. En ese aspecto son abiertos, ¿ves? Ese aspecto es como contradictorio. En ese aspecto son abiertos. Ahora, cómo influyen... En algunas religiones, de esas que no son las tradicionales, son muy cumplidores con sus vestimentas, con sus días, vos los ves en su Iglesia con sus trajes... Pero yo no tengo ninguna religión, no pertenezco a ninguna Iglesia, así que no puedo decir cómo influye. Lo tiene que tener uno adentro y hacer de acuerdo a sus propias convicciones, [...] en la conducta debida.

Entrevistador/a: Cambiamos un poco de tema ahora. ¿Qué costumbres, símbolos, rasgos culturales destacarías, aparte de los que ya me dijo, de los escudos, etc.?

Electra: Las danzas, las canciones suizas y las comidas. Hay comidas que son suizas y que se hacen. Festejar el 1° de agosto. Ya a nivel más popular, porque nos hemos agrandado mucho, con gente de todos lados, con mezclas. Y en mi caso particular, no soy de las suizas *auténticas*, porque me casé con un valdense y tengo vida, a veces, valdense. Pero participamos de todas las actividades. La parte culinaria es riquísima. La parte de los trajes, también, la de los bailes...

Entrevistador/a: ¿Qué tipo de asociaciones se construyen en Nueva Helvecia, en términos de asociaciones civiles, por ejemplo?

Electra: Por ejemplo, siempre hubo un movimiento. Siempre había un grupo de gente, de las listas A y B, que era como que empujaba a Colonia Suiza; sobre todo, un señor que tuvo una fuerte presencia, Juan J. Greising, que fue un tipo muy luchador. Hasta posó de modelo en el monumento. Y tenía un grupo que trabajaba con él, y era muy influyente en política. Consiguió mucho para el pueblo. Pero ya se había formado el otro bando, y entonces, cuando lo de las listas, surgió la idea de formar un grupo o una institución llamada Nuevas Generaciones. [La confrontación entre] Don Juan y Don Karlem, que eran los dos de las listas A y B [respectivamente], como que se suavizó un poco; le dieron la participación a la gente joven. Y así se formó el movimiento Nuevas Generaciones, con gente nueva, que ahora son más viejos que yo, pero no importa. Y gracias a ese movimiento es que hoy se hace la Fiesta de la Cerveza, y es el que también lleva adelante otras actividades culturales.

Por ejemplo, el Instituto de lenguas, que [...] [surgió gracias a] una donación que se hizo desde la Embajada suiza (se la hizo a cinco instituciones: movimiento Nuevas Generaciones, Centro Comercial, Fuerzas Vivas, Trabajo y Tradición y a nosotros, la Casa de la Cultura). Todas estas

instituciones trabajan para Colonia Suiza; por ejemplo, Trabajo y tradición es la que organiza todo lo del 1° de agosto; Nuevas Generaciones [trabaja] con todo lo de la Fiesta de la Cerveza, y con ayudas a escuelas y demás. Es un trabajo enorme organizar toda esa fiesta. Con decirte que el presidente acá fue alumno mío; si habrá pasado tiempo; amoroso es. Y, ¿qué más? Fuerzas Vivas es una Comisión que nuclea a todas las instituciones que hay en Nueva Helvecia (Fuerzas Vivas de Nueva Helvecia). Pero hay un delegado de cada una como para trabajar de forma tal de no chocarnos entre nosotros. Está también la comisión que se encarga del cine, que es una cosa preciosa, porque lo rescató la gente. Pero eso es un capítulo aparte. Entonces, todas esas instituciones integran las Fuerzas Vivas.

Entrevistador/a: Nosotros estuvimos haciendo una recopilación bibliográfica antes de venir acá, y lo que notamos, en primer lugar, es que hay una gran riqueza documental. Lo otro que notamos es que hay un período de tiempo que va desde, más o menos, principios del siglo XX hasta mediados del XX, donde no hay una documentación muy clara de esa época. Existe una leyenda entorno a una afinidad ideológica con el fascismo y el nazismo en aquella época...

Electra: En la época de Hitler no había "lista negra", pero se sabía, más o menos, quiénes eran los pronazis. Yo, en esa época, no vivía acá, pero todos los cuentos los sé de oídos.

Entrevistador/a: ¿Y los cuentos en qué consisten? ¿Existía inclusive alguna lista también?

Electra: No sé si la lista, también. Ya te digo, yo no vivía acá en esa época. Pero sé los nombres, más o menos, que se transmitían por radio, de los que se decía que pasaban datos. Pero más datos, no.

Entrevistador/a: ¿Y usted le da un grado de veracidad o lo asocia más a una cuestión de mito?

Electra: No sé. Aunque acá dicen que se casó Mengele, después que terminó la guerra, antes de se supiera. En el año 50 creo que fue, en el juzgado de acá, con el mismo nombre. Y por algo vino para acá. Pero yo no les puedo dar mucha información; tendría que tener más datos.

Entrevistador/a: También, haciendo esta recopilación bibliográfica, encontramos que los orígenes de las colonias de la región, y de la Colonia Suiza en particular, tenían una fuerte influencia de la Masonería, por Doroteo García, etcétera. ¿Hoy en día, se sigue percibiendo esa presencia, en acciones, etc.?

Electra: En acciones, no sé. Pero hay muchos masones. Hay un centro, entre Nueva Helvecia y Rosario, que nuclea a todos los masones de acá. Ahora, qué es lo que hacen, no sé. Mi padre

fue masón. Debe ser el masón más constante en Uruguay, o sea, entró a los dieciocho años y se fue cuando murió; él nunca interrumpió. En aquel momento se mantenían muchos secretos. Tengo conocimientos, sí, pero no sé. Yo sé que ayudan a alguna gente, pero no sé cuánto peso tienen políticamente, o en la vida cotidiana. Sé quiénes son algunos que siempre están en diferentes comisiones, o que son periodistas. Entonces, su peso deben tener. Esto es una opinión bien personal.

Entrevistador/a: ¿Es una opinión positiva o negativa?

Electra: Yo los respeto, como respeto cualquier religión. Porque pienso que todos somos diferentes, en constitución, en las formas de pensar, porque tenemos diferentes vivencias, diferentes experiencias. Pero yo respeto las opiniones de los demás. Los masones tienen su ideología o su doctrina, que más o menos la conozco también. Pero no la puedo criticar [...] porque tendría que saber más todavía; pero hay cosas que tiene muy lógicas.

Entrevistador/a: ¿Como por ejemplo?

Electra: Ellos hablan del Creador, del Gran Arquitecto. Y como yo pienso en lo mismo (yo no lo llamo el Gran Arquitecto, pero considero que hay una creación, y dentro de la creación está la figura máxima). Entonces, no soy masón, pero tengo un concepto bastante parecido, muy respetable.

Entrevistador/a: La última pregunta [...]. ¿Cómo caracterizaría a los descendientes suizos hoy?

Electra: Son personas muy laboriosas. Tengo una gran amiga que es suiza, que vino a los quince años y que es un ejemplo de laboriosidad, de trabajo. Vino sin nada, creó una fábrica, sigue adelante, crió una familia divina, trabaja para la comunidad, va a iglesias... Es una mujer múltiple. Son prolijos, les gustan las plantas, los jardines, porque ves que hay lindos arreglos en las casas y en los jardines. Les gusta cocinar. Y no son tan sociables. Les gustan los bailes, les gustan las fiestas, pero son *familieros*. Es tan difícil poder separar [individualizar un rasgo] una cosa así en la sociedad en que vivimos [...].

Horacio Meny

* Horacio Meny ha sido miembro activo del movimiento Nuevas Generaciones Orden y Progreso durante muchos años y pertenece a la Masonería de esta colectividad.

Entrevistador/a: ¿Me podría contar los relatos de su familia acerca de cómo llegaron al Uruguay?

Horacio: Tengo ideas *a medias*. De mi abuela sí, que más que suiza es alemana. Tanto es así que yo nunca la escuché hablar bien el castellano. Hablaba todo entreverado, mitad castellano mitad alemán. Lo que pasa es que soy el nieto más chico de toda esa familia, entonces, a mí se me *escaparon* muchos relatos porque yo era un niño en ese momento. Sé que mi abuela siguió teniendo contactos en Alemania, por la familia Kuster, que más bien los contactos fueron en Uruguay, y que están desparramados fundamentalmente en Tacuarembó; los Hidefen también. La distancia hizo que cada uno se arraigara en cada departamento, y que un poco se separaran. Más allá de lo que tú me preguntaste, de cómo vinieron, lo que he visto en esta época, por ejemplo, últimamente, es que cuando aparece una tercera generación en Tacuarembó y vienen para acá, lo primero que buscan es dónde viven los Kuster [...]. Si la primera generación no dio bolilla, quizás fue por un problema de comunicación. En esa época, venir de Tacuarembó para acá era muy difícil. La segunda generación estuvo más cerca, y ahora la tercera generación cada pocos fines de semana vine; vienen excursiones de Tacuarembó y de Paysandú [...]. Y lo primero que buscan es dónde hay [familias con apellido] Kuster, y casualmente han preguntado, y me han llamado a mí. Y yo lo he mandado al hogar de ancianos, donde están mis tres tías más viejas de noventa, ochenta y ocho y ochenta y seis años. ¡Medio campo de novela! Las tres, con mi madre incluida. Pero si me preguntás realmente, creo que mi abuela estaba en Alemania. Mi abuelo Meny, que era de Alsacia, se fue en un barco de cocinero a Europa. Avisó por telégrafo acá, en 1900 y pico, que se iba para Alemania de cocinero y ¡no sabía cocinar! Pero dijo que era cocinero. Estuvo un tiempo en Alemania, se casó y se vino con ella. Ella se vino sin saber castellano; se vino y nunca más se fue, nunca más vio a la familia. Y a la familia creo que la mató Hitler, a casi todos; una sola quedó viva: Verónica Raviyun. Es por eso que le pusimos Verónica a mi hija (hay dos Verónicas Raviyun; una hija de un primo mío). Y yo le dije que si algún día llegaba a tener una hija, le iba a poner Verónica. Hay dos Verónicas Meny en el pueblo también. Pero los detalles los he escuchado más bien a nivel de *librescos*. Tanto podés escuchar una cosa u otra, pero me parece que casi nadie tiene todos los detalles claros. Estamos en una generación ya muy separada [distanciada en el tiempo de los hechos].

Entrevistador/a: ¿Por qué vinieron acá y qué dificultades tuvieron?

Horacio: Mi abuela, buscando horizontes (sabía que se venía la Primera Guerra). Los demás, porque había aparecido el telar. Muchos venían del África, porque habían estado en la legión extranjera. Cuando retornaron para Suiza, con la presencia del telar se acabó la mano de obra y se tuvieron que venir, con lo que pudieron, para acá. Me da una impresión –mía nada más, como descendiente– que vinieron los "peores". Los "mejores" se quedaron allá. O sea, venían alcohólicos, prostitutas, ¡venía cuanta cosa había! Los metieron arriba de un barco y los tiraron a la mierda, para Uruguay. "Que vengan para acá y a arreglarse como puedan". Se veía que mucha gente nuestra, de acá de la zona, tomaba una cosa impresionante [sic]; si no sabían hacer grapa, sabían hacer vinos, sabían hacer cerveza, ¡qué sé yo! Esa es una discusión que tengo. A diferencia de otras emigraciones como la valdense, que es religiosa. Son de distinto origen claramente las dos. El porqué dispararon es distinto.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son, en su opinión, los rubros de la actividad económica en que se destacaron los primeros colonos? y ¿cuáles son en los que hoy se destacan?

Horacio: Yo creo, y también lo que he escuchado y lo que he leído, que hay mucha cosa artesanal. El queso es de acá y no hay duda que es de acá [...]. Se tenían que hacer todo. Acá [los inmigrantes] se formaron como una República. Yo tengo entendido que acá se cerraron. Acá había que autogenerar todo, por más que anduvieron muy mal al principio, por la famosa sequía de 1863 o 64. Después, acá está una de las primeras cosechadoras del país. El primer peaje se cobró acá arriba, en el Molino Quemado (un molino famoso). O sea, me da la impresión de que hubo que autogenerarse una cantidad de cosas y que vivían de eso, por más que pasaran muy mal.

Entrevistador/a: ¿Y hoy en día?

Horacio: Eso se ha heredado. Porque ésta es una ciudad famosa por los servicios que tiene. Acá viene mucha gente buscando una cantidad de cosas, que en la "famosa" Nueva Helvecia se las hacen como en ningún otro lado (o se las pueden llegar a hacer).

Entrevistador/a: ¿Ligado a la artesanía?

Horacio: A lo que sea: te hablo de electricistas, chapistas hasta de cómo hacer el queso. Se forman técnicos en queso y por algo se instaló la Escuela de Lechería acá. Y [hay] cantidad de cosas que brindan, excelente servicios. Vienen de todo el departamento para acá. Es típico,

porque te encontrás con uno en Carmelo y te dice: "no, voy a Nueva Helvecia a hacerlo porque allá hay tal cosa".

Entrevistador/a: ¿Cuál es la percepción que tiene usted, como descendiente, del Uruguay? ¿Es muy distinto Nueva Helvecia del resto del país?

Horacio: Yo soy mucho más uruguayo que suizo. Esto *queda* feo decirlo, pero yo creo que ésta [Nueva Helvecia] es una sociedad diferente a todas. Te lo recalca mucha gente que viene. Aparte, creo que resaltan una cantidad de caracteres: orden, limpieza, trabajo, darse mañas para una cantidad de cosas. Este es el único pueblo (que a todo el mundo le llama la atención) donde en la Fiesta de la Cerveza trabajan mil quinientas personas gratis para una institución. No debe haber ningún pueblo en todo el país donde trabajen mil quinientas personas gratis para una fiesta. Y nadie toca, nadie mete la mano en el bolsillo de otro. Yo fui tesorero de la Fiesta de la Cerveza por veinte años, hasta este año (hace poquito me retiré y me estaban pidiendo que viniera a comer asado, por lo menos). Desde que yo fui tesorero, nunca vi a nadie que intentara tomar algo para él, ¡nunca! A la gente que viene de afuera, le llama la atención este pueblo y Valdense, los dos. Les llama la atención el orden, la limpieza y un montón de características, que a veces uno no se da cuenta, por que vive acá. Pero vos vas a cualquier lado... Esto es distinto a Rosario, ¡es diferente! Vos ves a un tipo en Rosario y ves a un tipo acá, y no lo estoy diciendo por tirar una cosa por otra –mi señora se enoja cuando digo estas cosas y es diferente, y con los de Juan Lacase es peor [mayor la diferencia].

Entrevistador/a: ¿Cuál es su sentimiento con respecto a Suiza como país?

Horacio: No lo tengo, porque considero que a nuestro país [Uruguay] vinieron todos nuestros antepasados. Ésta es la colonia suiza más grande de América del Sur. Colonia suiza tan grande como esta no hay. Sí hay colonias alemanas más grandes. Por ejemplo, tenemos la de Bariloche. Yo fui en la Semana de Turismo a la colonia suiza y me quería morir: "pero esto no es una colonia suiza. Son casas desparramadas por la montaña". Tú no oyes que alguien te diga: "soy de la colonia suiza"; te dicen: "soy de Bariloche". No es una comunidad como ésta la "famosa" colonia suiza de Bariloche, allí, al lado del lago. Yo no los tengo [se refiere a sentimientos hacia Suiza], porque soy de una generación muy distante de los primeros emigrantes. Y considero que es un país [Suiza] que le dio la espalda a la colonia. O sea, dicen que es típico de ellos, no prestarle asistencia a nadie. Pero acá se llegó al colmo de hacer una réplica del monumento de la plaza, en granito y bronce. Se lo iban a mandar a Suiza y preguntaron: "¿quién iba a pagar el envío en avión?". ¡Con lo machetes que eran! Entonces, el

que lo llevó a Suiza se lo trajo para la casa. O sea, lo que quiero decir con esto es que se le ha dado la espalda a la colonia.

Últimamente, con los últimos embajadores, se le ha dado un poco más de importancia a esta colonia, se han contactado con ella. Y más allá de que siempre venían a la famosa Fiesta Suiza del 1° de agosto, me parece que hoy hay una apertura mayor y han donado algo. Pero si no, se llama Colonia Suiza y nada más, y es la más grande. Después, aportes hubo algo hace poco en la Escuela de Lechería. Y nosotros les *sacamos* un día veinticuatro banderas para la Fiesta de la Cerveza y ¡casi tirábamos cohetes para festejar! La Embajada suiza nos había enviado veinticuatro banderas cantorales, de género, de tela, bien hechas, directo desde suiza. Casi nos desmayamos. No está conectada la colectividad con la Embajada suiza, por más que haya ciertos contactos últimamente, quizás por una presión de las Fuerzas Vivas [organización] de acá, y algún acercamiento que tuvo algún embajador (ahora es cónsul en la Embajada argentina). Relaciones económicas, ninguna, y relacionamiento cultural, prácticamente ninguno tampoco.

Entrevistador/a: ¿Cómo ve usted el relacionamiento con otras comunidades suizas de la región?

Horacio: Ninguno. Creo que estos conjuntos de baile, Hifends y Los alegres alpinos, que se formaron como para tener algo típico de acá, han hecho algún acercamiento con las colonias de Santa Fe o de Entre Ríos, que son casi todas alemanas y algunas suizas, re chiquitas. Se han acercado principalmente en la Fiesta de la Cerveza. Han venido y nosotros mandamos para allá a estos grupos de baile, junto con las reinas y algún poblador. Nada más. Y nos conocemos porque nos vemos en las fiestas –"este es de Santa Fe o de Nueva Helvecia"–, pero no porque realmente haya un contacto fluido; no existe. Puede ser que algún integrante de esta colonia tenga algún contacto más cercano con los de allá. Los contactos son por lo intercambios de grupos de danza. No hay –que yo sepa– ningún intercambio económico.

Entrevistador/a: Cambiando un poco de tema, nos interesa saber cómo se construían las familias en el pasado. ¿Los descendientes se casaban sólo con descendientes? ¿Cómo era?

Horacio: Yo creo que sí: se casaban entre ellos. Porque pienso que era una comunidad más cerrada, aunque pese a todo, creo que fue mucho más abierta que la valdense. Porque acá, si querés llamarle mal, hay "infiltrados" (si me escucha mi mujer me mata). Ésta es una comunidad que se abrió rápidamente. Acá hay Rodríguez con Kunts, Stusedengen con Fernández. O sea,

se abrió rápidamente, por más que al principio se casaran entre ellos, quizás por el problema del idioma. Como yo te decía, me parece que era muy compacta la colonia al principio, pero que después se empezó a abrir y creció. Por más que de repente sentís todavía... Por ejemplo, una abuela mía se puso contenta porque yo me casé con una [mujer] de origen suizo. Vos sentías el *latigazo* desde abajo. Pero no sabemos el idioma, ni nada. Todavía lo tenemos [la identidad] porque es una comunidad. Suiza nos dio la espalda. Nosotros somos uruguayos, por más que festejemos una cantidad de cosas suizas, porque nos gustan. Porque nos gusta la música suiza, tomar cerveza y bailar, y comprar alguna cosa suiza, como un subvenir, o comer las papas a la suiza o una *foundiu* o alguna otra cosa, que son típicas de acá (que no son extraordinarias, las puede hacer cualquiera; sin embargo, se comen acá). Ya te digo, mi abuela estaba contenta porque yo me casaba con una descendiente suiza. Por más que sea una Rodríguez o Fernández, a mí no me preocupa. Yo tengo una hija y me da igual. Se va a casar con uno que es Schaffner. Y yo no le dije nunca: "te tenés que casar con un gringo". Si te querés casar con un Rodríguez o un Fernández a mí no me preocupa. Está mucho más diluido eso.

Entrevistador/a: ¿Usted cree que las religiones jugaron un papel en la conformación de la comunidad?

Horacio: Creo que alrededor de las religiones se formaron una cantidad de cosas, por más que después se pelearon entre católicos y protestantes. Creo que tuvo su importancia en la consolidación de toda esta gente que vino, en juntarla. Más el problema del idioma. Que la religión fuera en su idioma era importante. Mi padre, tengo entendido, fue a una escuela de la congregación evangélica, y creo que se hablaba en alemán. Mi padre hizo la escuela en alemán.

Entrevistador/a: Hoy en día, ¿usted ve una presencia de las religiones en la vida cotidiana?

Horacio: Creo que hay un descreimiento general, que está pasando en todo el mundo. El descreimiento es en la institución Iglesia, que no significa que no haya un Gran Arquitecto. Ese descreimiento es producto de los espacios que están dejando los católicos, principalmente, más que los evangélicos. Esos espacios lo están ganando otras religiones, que vos las escuchás por las noches en la radio. ¡Estamos todos locos! A acá no creo que sigan consolidando nada, me parece.

Entrevistador/a: ¿Usted cree que el alemán se ha perdido en Nueva Helvecia? ¿Hay alguna palabra que se conserve en la vida cotidiana?

Horacio: En mi casa sí, todavía hay palabras que quedan del alemán. Ahora que falleció mi abuela, no las puedo decir, por mis hijas. Pero había cantidad de palabras. Se hablaba en castellano y alguna palabra entreverada en alemán. Especialmente en las comidas. Ahora creo que no. Hay un resurgir del estudio del alemán, pero no del suizo, ¡alemán!, porque tiene, a nivel mundial, mucho más arraigo que el suizo. Me parece que la gente lo aprende más por formación, para irse a Alemania, pero no porque le sirva para algo.

Entrevistador/a: ¿Alguna palabrita?

Horacio: Yo me acuerdo de que mi abuela decía: *gefeli*, servicio, *spek*, una comida con grasa, *tangeyen*, muchas gracias... No me sale ninguna. Mirá que yo no sé suizo [...]. Hay comidas principalmente como *turenta*. Normalmente no se habla, pero de repente alguna palabra... Mi mujer me dice: vamos a hacer de comer *tal cosa*, y yo sé lo que es. Son situaciones excepcionales.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son las costumbres o símbolos que se mantienen desde los primeros colonos?

Horacio: Me parece que algunos sienten orgullo de ser de determinado cantón, aunque no tengan ni idea dónde está, ni cuántos habitantes tiene. Se ponen en las puertas de las casas los escudos para hacer una diferenciación, más que otra cosa, o para embellecer el pueblo. Y mucha gente, el orgullo que tiene es para distinguirse: te tira el apellido por delante. Pero está muy mezclado ya, por más que en esa mezcla el criollo, el mestizo o la cruce se sigue a veces adaptando a algunas costumbres. Pero acá hay cantidad de cosas que nos diferencian del [resto de] Uruguay, de eso no hay duda [...]. Se ve, en Nueva Helvecia, mucho más gente apoyando, a diferencia de otros lugares. A mí me dicen: "che, ¿cómo es que se sigue haciendo la Fiesta de la Cerveza?". Se sigue haciendo por que acá hay mil quinientas personas que laboran gratis.

Entrevistador/a: ¿Creés, sabés o conocés que, en el pasado o el presente, personas de esta comunidad hayan sido o sean discriminados en algún sentido?

Horacio: En esta generación y la anterior, no. Pero creo que sí [pasó] con otras generaciones. Por ejemplo, yo supongo que por haber sido de origen suizo tuvieron que haber sido discriminados en los primeros tiempos.

Entrevistador/a: ¿Y en el presente?

Horacio: No me siento discriminado, al contrario. Me dicen: "qué lindo Nueva Helvecia, me encanta". Lo disfrutaban más como zona *material* [sic], más allá de lo que puedan decir, que la gente es una agrandada. Más bien, la discriminación que hay acá es política. Acá, se llegó a hacer una "lista negra" en la época del Frente. En el año 1974/75 se hizo una "lista negra". Se publicaron por el correo y se mandó a todos los del pueblo, casa por casa, una lista de los que éramos del Frente, para quemarnos. También hubo otra, en el periodo de la guerra, de los que eran de Hitler (estaba lleno de pro nazistas). Mi abuela era de Hitler, por más que ella dijera que ignoraba todo lo que pasaba en Alemania. Cuando se empezaron a dar cuenta de lo que el tipo estaba haciendo, empezaron a darse vuelta. Y en esa época había una "lista negra" de gente que estaba a favor. Bueno, esto fue en todo el país; cayeron comercios en Montevideo. Pero acá hubo una "lista negra" de los que éramos del frente en el 74 o 75. Todavía hay gente que la conserva para recordar, para mirar a quienes se equivocaron, que vieron que no éramos malas personas. Porque vos podías opinar diferente que los blancos y colorados, pero nadie quería sacarle las cosas al otro. Tiene sus *cositas* la comunidad también, para hacer una "lista negra". Había gente que era fascista, de Hitler, que se sospecha [...] [de ellos].

Entrevistador/a: ¿Qué grupos o asociaciones civiles construyen Nueva Helvecia?

Horacio: Acá, hay un montón de clubes. Creo que el nacimiento o la génesis de cada uno es muy parecida en todos los lugares: una gente se volcó para un club; como no tuvo cabida en ese, formó otro. Así nacieron Nacional y Peñarol. Esta ha sido una comunidad que tuvo una competencia brutal entre familias, hecho que llevó en 1962, con motivo del festejo del Centenario de Nueva Helvecia, a hacer una elección. Tuvo que venir la Corte Electoral para elegir la Comisión que iba a organizar los festejos en Nueva Helvecia, en vista de que esa comisión hacía el betumen y la otra decía que estaba mal hecho el betumen, y que la comisión plantaba un árbol acá y había que plantarlo allá, decía la otra, de atrás. Las familias eran los Karlen y los Greicin. Ganaron los Karlen, creo. Porque había prensa, había dos diarios que pujaban, *Nueva Helvecia* y *Vanguardia*. Uno decía una cosa y el otro decía otra. Entonces, esto era como una cinchada: unos tiran para un lado y otro para el otro. Un lote de gente joven, en un momento, fundó el movimiento Nuevas Generaciones: "vamos a echar a todos estos viejos, que se dejen de pelear, y vamos a formar una institución para realmente hacer cosas en pro de Nueva Helvecia".

Entrevistador/a: ¿Usted es uno de los fundadores?

Horacio: No. Yo posiblemente sea el que tenga más años adentro, como integrante, porque yo estuve del 76 al 79, tres años, y después estuve desde el 88 hasta ahora (estuve hasta el año

pasado). Tengo más de veinte años en el movimiento. Empecé de peón, después estuve en la coordinadora y luego de tesorero. Pero no vi la fundación del movimiento, pues esta institución se funda en marzo del 64. Terminada la fiesta del Centenario, había que terminar con esta gente, porque iban a terminar con Nueva Helvecia. Así se funda. Y luego a alguien se le ocurre hacer la Fiesta de la Cerveza, toda una novedad en el momento. Para mí que a [la fecha de cuándo empezaron] la Fiesta [de la Cerveza] de Paysandú le erran por un año [...]. Para mí que la primera Fiesta de la Cerveza fue acá, que le erran; yo creo que empezaron en el 70 y no como dicen que fue, en el 68. La primera fiesta [Bierfest] fue en el 69. Fue una fiesta muy tímida, porque no se sabía qué era una Fiesta de la Cerveza. La apoyó Cervecería del Uruguay, porque había una cultura cervecera, una cultura de apellidos gringos, austríacos, alemanes, franceses y suizos. Podía ser, potencialmente, una brutal salida para la venta y promoción, para una cantidad de conciertos, y se mantuvo históricamente.

Entrevistador/a: ¿Qué opinión tiene del movimiento Nuevas Generaciones?

Horacio: Creo que empezó para cicatrizar heridas familiares en el pueblo, intentando hacer una cantidad de cosas. Y se ha quedado, y se va a quedar, porque cada vez tiene menos recursos. Es lo único que hemos organizado en mucho tiempo. Incluso, ha sido criticado internamente. Por más que tengan un local ahora (que era el liceo viejo) y se lo presten a todo el mundo. Es una obra bárbara, donde atrás tienen una churrasquera, que se la prestan a todo el pueblo gratis, para hacer los asados en el centro del pueblo. Lo único que hacemos es la Fiesta de la Cerveza. La gente nos dice que es lo único que hacemos, y yo digo que es cierto, que es lo único que hacemos. Creo que es una de las fiestas de la cerveza típicas del país, en una comunidad pequeñísima. Porque no es la Semana de la Cerveza de Paysandú, que tiene un apoyo de la Intendencia brutal, que tiene un pueblo, que tiene una semana, que se cobra entrada, y que de Fiesta de la Cerveza no tiene casi nada, donde el tipo que te la está vendiendo cobra por su trabajo. Acá es todo gratis, acá hay juegos típicos, cinchadas, competencias del *chop* (por más que no sea un merito que un tipo se tome setecientos cincuenta mililitros de cerveza en un par de segundos). O la famosa *fondiu* para casi mil quinientas personas. No sé cómo no entramos en el Guines (nunca vino la respuesta).

La fiesta le da de comer a una cantidad de instituciones. Son dieciocho las instituciones que participan. Lo importante es que el movimiento no reparte las ganancias entre las dieciocho instituciones. Bueno, ¿ustedes quieren dinero?, entren a la fiesta y *vamos a medias*, logrando hacer participar al pueblo. Y se tiene [a la fiesta] como un orgullo local, y se habla de ello en todo

el departamento, ya sea por el orden o por la organización que se tiene. Porque la organización es lo difícil. ¿Sabes lo difícil que es administrar una cosa de éstas? ¿Vos sabes la plata que se mueve? Ahora se moverán unos cincuenta, pero antes de la devaluación se movían unos cien mil dólares, que es un *disparate* para un pueblito de estos, en una comunidad de doce mil personas. Nosotros presentamos un balance a la asamblea, como a los seis meses, y se presenta también en el periódico local. Nunca nadie pidió nada, y yo te lo digo como tesorero, que nunca nadie toco nada.

Entrevistador/a: ¿Qué cosa criticaría del movimiento?

Horacio: Que haga otra cosa aparte de la fiesta, porque no se puede convertir en un *medio*. O sea, lo que tiene el movimiento es representatividad, porque está representada en las Fuerzas Vivas, pero nada más. Porque no tiene medios [...], porque uno no puede hacer una obra sin recursos, si no tiene dinero. Lo tiene que hacer el Gobierno. Ahora, a través del movimiento se podría haber apoyado o presionado al Gobierno para determinadas cosa, sí. Pero a esta altura, la gente no tiene tiempo, pues los cargos son honorarios. Por algo no hay en ningún lugar instituciones como ésta, que digan "vamos a laburar por tal cosa"; no hay ni tiempo, ni dinero.

Entrevistador/a: ¿Por qué se alejó del movimiento?

Horacio: Por tiempo; [...] mis hijas se criaron en mi casa sabiendo que los lunes de noche no estaba. Y fueron muchos años. Hoy hay gente nueva y otros con experiencia. Creo que era el momento para dar un paso al costado.

Entrevistador/a: Cambiando de tema. Nosotros hicimos una recopilación de la historia de la colonia y notamos que hay un período "oscuro", por así decirlo, donde no hay muchos registros, que va desde principios del siglo XX hasta más o menos el fin de la Segunda Guerra Mundial. Se han tejido historias acerca de la afinidad ideológica con el Nacional Socialismo o con movimientos fascistas. Nosotros querríamos saber si eso existió o es una leyenda asociada a la utilización del idioma alemán en la región. Si existió ¿fue promovida por ser descendientes de suizos (por el ingrato papel que le tocó jugar en la Segunda Guerra)?

Horacio: Sé lo de la "lista negra", nada más. Sé que cuando nació el Frente –que en parte tiene relación con tu pregunta– acá hubo mucha gente a quien parecía que se le venía el mundo encima, que le iban a sacar hasta los escarpines, los zapatos. Creo que eso quedó en la gente que fue joven en los años de la guerra, con su ideología hitleriana o fascista. Eso se mantuvo. Creo que ahora, por supuesto, se ha demostrado que no [con el Gobierno del Frente] [...]. Lo

que pasa es que esta gente, los que fueron líderes en algún momento acá, comenzó a envejecer y a morir. Y después vino la otra gente, que ya vino con todos los problemas *raspados*, para decirlo de alguna manera. Ahora, que hubo una época, ¡sí! No sé cuándo surgió, si fue entre la Primera y la Segunda [Guerra]; supongo que debe haber sido desde el 30 en adelante. Nunca los vi agrupados en algún club o algo; no lo vi eso tampoco. Si estaban, estaban metidos en todos lados.

Entrevistador/a: Dentro del mismo trabajo de reconstrucción histórica, encontramos una triple relación en la génesis de estas colonias: entre un Estado débil (a la salida de la Guerra Grande), la Asociación del Rosario Oriental y la Masonería, que vendría a ser un articulador o nexo entre el Estado y la Asociación del Rosario Oriental.

Horacio: Primero, yo soy masón hace muchos años y nunca escuché eso. Por más que quizás haya tendido alguna influencia subrepticia, como esa influencia boca a boca, que en realidad no es un dictamen para la institución: "a este tipo, como es integrante de la Masonería, vamos a ayudarlo porque es masón". El ayudarse entre sí no es tampoco el fin de la institución, como opinan algunos. Yo no lo he visto eso que me dijiste ahora. Capaz que sí [hay relación], pero no sé si es tan importante. Y te digo más, yo nunca escuché nada tampoco, porque de repente escuchas algo. Sos el primero que me lo dice y hace años que estoy. En aquella época la institución no dependía tanto de la central de Montevideo (por llamarla de alguna manera, para que entiendas, porque no te voy a decir el otro nombre); más bien dependía del exterior. Y había muchos gauchos metidos, mezclados en las primeras logias. [Existía] sin una central que dirigiera todo eso, pues la central comienza en 1856, que es el año en que se consolida acá la Masonería como institución. Antes, las logias dependían del exterior. Las logias comenzaron en 1700 y pico, con el gobernador Viana. No vinieron masones de Suiza, ni con los valdenses tampoco; vinieron muchos más de otra regiones de Italia. Mirá que he leído todo lo que me han dado y no leí nada de lo que me estás diciendo, pero Doroteo García era masón. El fin, el fondo (¡mirá de lo que terminamos hablando!) es que vos te perfecciones para que seas una buena persona y lo vuelques en la sociedad. Si hubo alguna relación es porque estuvieron relacionados por otras cosas; porque un tipo esté en la institución, no lo voy a favorecer.

Entrevistador/a: ¿Usted cree que hoy la Masonería tiene una influencia en lo que es la construcción de la comunidad?

Horacio: Yo creo que sí, mucho más de lo que la gente piensa.

Entrevistador/a: ¿Podrías definir en qué términos?

Horacio: En instituciones. O sea, en la preparación de tipos, y luego, en el trabajo [...]. En estas instituciones hay una cantidad de gente de la otra institución. No puedo decir mucho porque me estás grabando, pero evidentemente hay una influencia brutal.

X. LOS SUIZOS

Julián Mesa

* Julián Mesa es vicepresidente del Centro Comercial de Nueva Helvecia.

Entrevistador/a: Dime tu nombre y tu edad.

Julián: Julián Mesa, treinta y cuatro años, nacido en Montevideo.

Entrevistador/a: ¿Eres descendientes de suizos?

Julián: No.

Entrevistador/a: En tu opinión, ¿cuáles son los rubros de la actividad económica que se mantienen o se destacan hoy en día en Nueva Helvecia?

Julián: El principal, tanto por lo que ha sido el proceso histórico de la Colonia Suiza, como en la actualidad, pasa por el lado de la lechería. Y dentro de la lechería, hay una fuerte vinculación con la quesería artesanal en particular. En la lechería tenés una industria como Parmalat, que es el pulmón económico del pueblo, tanto por lo que la industria mueve en su propia estructura física como por lo que son todos los tambos de la periferia, que le venden la leche. Y en lo que tiene que ver con la quesería, hay un centenar de familias que vive de lograr el queso artesanal.

Entrevistador/a: ¿Hay otros rubros aparte de lo relacionado con la lechería?

Julián: Otro rubro que caracteriza mucho a la Colonia Suiza es la parte de talleres. Se la considera una ciudad donde hay muy buenos mecánicos, ya sea para motos como para tractores. Es una característica de Colonia Suiza también histórica tener muy buenos talleres mecánicos.

Entrevistador/a: ¿Qué percepción se tiene (o según tu percepción) de los descendientes suizos con respecto al resto del Uruguay? En términos de diferencias o similitudes.

Julián: Tendría que hacer un análisis de lo que fue el proceso histórico de los suizos en el Uruguay. Cuando ellos llegaron... Siempre se acostumbra decir que el Uruguay los recibió de brazos abiertos; eso tiene una parte de cierto y otra parte de no cierto. Incluso, los suizos en el Uruguay, llegado el momento, tuvieron hasta que armarse para defenderse de las bandas que andaban en la campaña a fines del siglo XIX y principio del siglo XX, que, entre otras cosas, (según cuentan) hasta les robaban a las mujeres. Nosotros, en la actualidad, quienes no somos descendientes de suizos, a veces vemos que quedó esa frialdad en el trato, característica de los

suizos en Europa. Pero a la vez ellos la fueron mamando en sus hogares desde que llegaron al Uruguay. El trato con los orientales que vivían en aquella época era de respeto, de cómo [sic] podrían abrir puertas para poder comercializar, pero a la vez siempre estuvieron a la defensiva.

Entrevistador/a: ¿Estos descendientes tienen un sentido de pertenencia o alguna afinidad con Suiza?

Julián: En algunos casos sí. Incluso tratan de juntarse para conversar, manteniendo el idioma o el dialecto según la región de Suiza donde vivían. Pero a la vez, sienten que Suiza no busca tener nexos con ellos. Las veces que se ha intentado tener una mayor vinculación no han sido o no han llegado a buen puerto. Hay familias muy puntuales que viajan, conservan gran parte de su familia en Europa todavía y tienen un sentido de pertenencia más fuerte. La gran mayoría no, como que perdieron su patria de origen. Nunca terminó de ser de un 100% su patria Uruguay. Quedaron ahí. A medida que los años avanzan, se va perdiendo el idioma de origen, cada vez se van adaptando más a estar en Uruguay, pero sin duda Suiza no hizo todo lo que tendría que haber hecho para lograr conservar ese sentimiento de pertenencia de quienes se fueron de su país.

Entrevistador/a: En términos económicos ¿existe algún tipo de vínculo?

Julián: ¡No! Se está buscado en la actualidad. Más que vínculos por el lado económico, [los vínculos] son por el lado cultural, que en el futuro van a traer consigo algún vínculo económico. Pero en la actualidad, no. Más allá de algún intercambio estudiantil, o que haya ido algún técnico lechero a Suiza y desde Suiza haya venido algún técnico agropecuario, no hay grandes vínculos de Colonia Suiza con Suiza. También eso viene atado a cómo han sido las características de los diplomáticos suizos en el Uruguay; recién el cónsul anterior que tuvimos se preocupó mucho por aumentar esos vínculos, pero hasta el trato era al estilo suizo, muy frío.

Entrevistador/a: ¿Qué me podrías decir del relacionamiento de esta comunidad suiza con otras comunidades suizas en la región, ya sea en Argentina, Brasil...?

Julián: Hay buenos vínculos, principalmente en las festividades, llámese la Fiesta de la Cerveza en cada comunidad, donde se realizan intercambios de grupos de baile. Por ejemplo, el mes pasado viajaron un par de grupos de baile de Colonia Suiza a Argentina. No fueron sólo los del grupo de baile, sino que fue mucha gente que los acompañó: veinte o treinta matrimonios iban con ellos en el micro, en representación de Colonia Suiza, llevando cartas del intendente, regalando algún producto. Este relacionamiento existe y es bueno. Ahora, en diciembre, en la

Fiesta de la Cerveza de la Colonia Suiza vienen grupos de baile de las distintas colonias suizas en Argentina; en su momento han venido del Brasil. Es un relacionamiento cultural y no económico.

Entrevistador/a: ¿Cree, sabes o conoce si, en el pasado o el presente, personas de esta comunidad fueron o son discriminados en algún sentido?

Julián: Sí. No paso tanto por la cuestión racial sino política. Una vez iniciada la dictadura de la década del 70 hubo una especie de rechazo hacia militantes de grupos de izquierda por algunos miembros de la sociedad, que de repente eran los que ocupaban cargos en las distintas instituciones, o los que manejaban los hilos del poder de la comunidad. Incluso, según se dice, hicieron hasta una "lista negra" de personas, que para ellos estaban "mal vistos". Fuera de eso no tengo conocimiento de algún otro tipo de hecho.

Entrevistador/a: Cambiando un poco de tema, nos interesa saber cómo se construían las familias en el pasado. ¿Los descendientes se casaban sólo con descendientes? ¿Cómo era?

Julián: Siempre ha sido muy fuerte el vínculo con la familia, tanto en los suizos como de quienes poblaron Colonia Suiza. Siempre [ha habido] un fuerte respeto por la familia. No te olvides que aparte de la comunidad suiza, la otra comunidad fuerte en la zona es la italiana. Hay fuertes valores sobre el vínculo familiar, y esos valores y líneas de conductas se han mantenido y transmitido de generación en generación.

Entrevistador/a: ¿Los descendientes suizos se casan exclusivamente con los descendientes suizos o hay apertura con los criollos o piamonteses?

Julián: No, ha habido una apertura muy grande, que incluso ha hecho que en cada década haya apellidos clásicos suizos, que se han ido perdiendo (en la mezcla) entre apellidos criollos.

Entrevistador/a: En tu opinión, ¿las religiones han tenido un peso en la conformación de la comunidad?

Julián: Sí, han tenido una participación muy fuerte. Al extremo, incluso, de que lo que era la comunidad católica y la comunidad protestante. Llegaron a realizar sus rituales y ceremonias en el mismo templo. Esa unidad, a pesar de las distintas visiones de la religión, se conserva hasta hoy en día.

Entrevistador/a: ¿Hoy las religiones influyen en la sociedad o no?

Julián: Influyen cada vez menos. Tienen influencia sobre un determinado sector, que está muy vinculado, muy relacionado a los distintos aspectos de la religión. Pero sobre la gran masa, no. Sí tienen una *cuotita* como referentes, pero no es la opinión fundamental que la comunidad toma.

Entrevistador/a: ¿Hoy se usa la lengua alemana? ¿Han quedado remanentes?

Julián: Muy poca gente [usa el alemán]. Se ha ido perdiendo el uso del idioma, generación tras generación. Esto provocó que muchas instituciones de la comunidad nos juntáramos –yo, como miembro del Centro Comercial, integrantes de las Fuerzas Vivas, del movimiento Nuevas Generaciones, Club de Leones, Rotary, las Iglesias, las distintas instituciones de Nueva Helvecia– para crear un Centro de Lenguas, con el fin de despertar esa inquietud en los más jóvenes. No sólo sobre el idioma alemán, sino también por otros idiomas que usualmente no se "comercializan" desde las distintas instituciones que brindan cursos de idiomas. Buscamos docentes en alemán, italiano, francés, portugués, para que impartieran clases en el Centro de Lenguas, que comenzó a funcionar en el 2005, y ha logrado despertar esa inquietud. Incluso, la mayor cantidad de inscriptos fue para el idioma alemán, que es un poco el objetivo que la comunidad busca. Para poder lograr un hermanamiento con alguna comunidad suiza es base fundamental que en el futuro un porcentaje importante de la población domine algo el idioma, por lo menos.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son las costumbres o símbolos que se mantienen desde los primeros colonos?

Julián: Los símbolos son los escudos cantonales. Otra costumbre es festejar todos los 1° de agosto la Independencia suiza. Otra costumbre, por parte de los familiares de los emigrantes, es poder desfilan en la Fiesta de la Cerveza, con los trajes típicos de su región, cosa que hacen no sólo en estas fechas sino que lo realizan en todo evento. Cada vez que se les solicita, no tienen ningún problema. Las familias de los distintos cantones suizos que todavía quedan en colonia suiza participan los 25 de agosto, cuando se festeja en la plaza; ellos concurren con sus trajes típicos, con las banderas y escudos de su región, en la festividad histórica uruguaya.

Entrevistador/a: Y alguna otra cuestión más relacionada con la impronta individual, con las formas de ser de los descendientes...

Julián: En algunos casos, ese trato, en primera instancia frío. Después te das cuenta de que no es tan así, una vez que empezás a tener relación con la familia o con esa persona. Pero en primera instancia, lo que primero notas en esos *clásicos herederos* de suiza es esa frialdad en el

trato. Respetuosos, cordiales, pero sin dar más de lo que pueden dar en la primera relación. Después, poco a poco, sí les empezás a ver la mezcla con nuestro país; van transformándose en sus relaciones. Después, otras características que tú puedes ver son determinadas comidas típicas que se conservan, como el queso fundido, la papa a la suiza, que es una especie de tortilla con determinadas características, que es muy clásica, el vino caliente; son determinadas cositas. Por ejemplo, a veces te juntas con alguien que te invita a comer a su casa (yo soy de Juan Lacase, estoy acostumbrado a otra cosa) y acá te esperan con una salchicha o con papas a la suiza, en invierno te hacen tomar un vinito caliente. Son esos detallecitos. Aparte, a las familias les gusta agasajarte con cosas que ellos saben, con cosas que son clásicas de ellos y que pueden marcar una diferencia.

Entrevistador/a: ¿Qué grupos o asociaciones civiles construyen Nueva Helvecia?

Julián: Muchas. Si comparas a Nueva Helvecia con otras comunidades te das cuenta que tiene muchísimas instituciones, y en todas las instituciones mucha gente participando, de distintas edades. Ahora, si analizas las instituciones más históricas, vas a ver mucha gente joven vinculada a ellas. Tienes instituciones que van desde vecinos que se juntan por la mejora de determinada ruta, que les permita acceder de mejor manera a sus campos, y desde sus campos, que les permita acceder mejor al pueblo, que el camión que va a buscar la leche a su tambo entre y salga si problema. Ahí tienes a un grupo de vecinos [que trabaja] por la mejora de la ruta 53, que participan en las Fuerzas Vivas. Y te terminan ayudando en la instalación del cuartelillo de bomberos, con el que no tienen nada que ver [...], pero siguen participando en la comunidad, ayudando en otras áreas. Pero fuera de eso, tenés la Biblioteca pública, el Centro Comercial, el movimiento Nuevas Generaciones, que es una institución muy particular, clásica e histórica de Colonia Suiza, que, no sé, creo que sólo organiza la Fiesta de la Cerveza, Club de Leones, Rotary Club, la comisión de la Casa de la Cultura, la comisión del cine Helvético, comisiones de escuelas, de liceos, de la UTU. Es *un clásico* que se formen comisiones y se trabaje en equipos. Creo que es una de las cosas que, de repente, se heredó de esos viejos colonos que trabajaban todo en equipo, incluso para protegerse de los de afuera. Y eso la comunidad lo heredo y lo mantiene.

Entrevistador/a: ¿Estas instituciones tienen una influencia real en la vida cotidiana de la gente?

Julián: Todas estas instituciones, que individualmente hacen trabajos, se juntan en un colectivo que es las Fuerzas Vivas. Las Fuerzas Vivas de Colonia Suiza históricamente han tenido mucha fuerza, si bien de repente en los últimos diez años no han podido incidir como lo hacían antes en

las decisiones de los gobernantes. Sí mantiene el respeto por parte de la comunidad y de los propios gobernantes (cuando ellos han sido citados no dejan de pasar por la reunión de Fuerzas Vivas, aunque ellos después decidan otra cosa). Es muy fuerte el vínculo y es muy importante la manera de trabajar que tienen. Nada hace Fuerzas Vivas porque sí, sino que [actúa] tratando de tener el consenso de todas las instituciones que están detrás de un proyecto. Ahora está por el proyecto del parque Del Retiro, instalando el cuartel de bomberos adentro, en el proyecto saneamiento (va por temas muy puntuales y toda la comunidad se mueve atrás de lo que Fuerzas Vivas hace). Para lograr eso, vos tenés que estar tranquilo que tuviste un consenso previo de todas las instituciones.

Entrevistador/a: Cambiando de tema. Nosotros hicimos una recopilación de la historia de la colonia y notamos que hay un periodo oscuro, por así decirlo, donde no hay muchos registros, que va desde principios de siglo hasta más o menos el fin de la Segunda Guerra Mundial. Se han tejido historias acerca de la afinidad ideológica con el Nacional Socialismo o con movimientos fascistas. Nosotros queríamos saber si existió esa afinidad o es una leyenda asociada a la utilización del idioma alemán en la región. Y si existió ¿fue promovida por ser descendientes de suizos, por el ingrato papel que le tocó jugar en la Segunda Guerra?

Julián: En aquellos años había un fuerte vínculo porque hasta el combustible venía de Alemania. Esos combustibles, que venían en bidones, se trasladaban en unas cajas de madera, por seguridad, y esas cajas venían con la esvástica grabada. En una estación de servicio que existía a principios de siglo en Nueva Helvecia, veías el surtidor con la esvástica (cuando la esvástica no era lo que terminó siendo). En ese proceso de crecimiento y de desarrollo del Nacional Socialismo, mucha gente que tenía esos vínculos comerciales empieza a desentenderse de la cosa, y mucha otra gente no. Ideológicamente (según cuentan) compartían ese espíritu: considerar que eran mejores que los demás. Hay que pensar en aquellos años, en el proceso histórico, en la década del 30, con crisis, y ver su país de origen o el país fronterizo de origen, en su apogeo, creciendo, la gente se mostraban contenta y muchos, lamentablemente, se engancharon con esa historia, desarrollando una derecha muy pesada. Ya te digo, si uno va asociando ve que los hechos de la década del 70 tienen vinculación con eso. Considerar *mala gente* a determinados habitantes de la población porque eran socialistas, comunistas o anarquistas, te demuestra que mucha de la gente que en la década del 30 o del 20 tenía ideas fascistas en su cabeza, tuvo herederos que seguían con alguna línea de conducta muy parecida en su cabezas, cincuenta años después.

Considero que hoy en día no quedaron muchos adeptos a esa cultura o a esa ideología. Sí, debe haber habido, pues no te olvides que, incluso cuando los mandos medios nazis huyeron, muchos eligieron esta zona del mundo, Bariloche, las colonias suizas que hay en Argentina, colonias que hay en Brasil, como Gramao; alguno calló por acá. Acá hubo un lugar, cerca del hotel Del Prado, que era una especie de casa de recuperación de combatientes de la Primera Guerra Mundial, quedaron en el medio de la Primera y la Segunda... Según cuentan, cuando pasaban las avionetas, cuando iban a fumigar a los campos, estos tipos, entre tantas cosas que hacían para recuperar sus mentes cansadas por la guerra, plantaban quintas en los fondos de sus casas, y cuando pasaban [las avionetas] se tiraban al piso y ponían sus manos sobre las cabezas, pensando que era algún avión que los venía a bombardear o a tirarles algo. Muchas de estas personas, en su relación con la población, en diálogos con los vecinos [mostraban que] indudablemente venían con esa ideología y capaz que conquistaron alguno más. Pero ya te digo, en la actualidad no veo nada de eso, y si alguno conserva esa filosofía, no lo demuestra. Después, está esa anécdota, mito o realidad, que Méngüele estuvo viviendo en la zona. Sinceramente, lo desconozco. Muchos dicen que sí, y que hasta se casó con un nombre falso en Colonia Suiza; otros dicen que no. Indudablemente, uno desconoce si fue cierto o no, pero lo que sí te demuestra que en la región se movían esos mandos medios alemanes, y algunos no tanto, con cierta tranquilidad y libertad. De la mano de lo que fue el proceso histórico con Perón en Argentina, que los apañó, que los ayudó, tal vez algún gobernante uruguayo colaboró también en eso, y por eso ellos vivían en esta zona con cierta tranquilidad.

Entrevistador/a: ¿Qué opinión tiene del movimiento Nuevas Generaciones?

Julián: Es una institución de muchísimos años, que en su momento tuvo una importante misión: lograr unir bandos que se habían creado en la población. Lo ha logrado. Hoy la comunidad es lo que siempre tendría que haber sido: tranquila, todos unidos y trabajando por los objetivos comunes. Y va cumpliendo también esa función generación tras generación, rotando sus autoridades, siempre con un fuerte vínculo con las inquietudes que pueda tener la población. Creo que es una institución distinta, que no la vas a encontrar en otro lugar, y muy importante para las cuatro últimas décadas de Colonia Suiza.

Entrevistador/a: ¿Qué cosa criticaría del movimiento?

Julián: Creo que el camino que el movimiento ha tomado últimamente es muy bueno. En su momento, lo que se le podría haber criticado (que no es un problema de la institución sino de los hombres) es que no generó esa rotación de gente. Entonces, de "nuevas generaciones" tenía

muy poco, porque había gente de cincuenta, sesenta y setenta años. En la actualidad, no, la gente que está es gente de treinta años, de cuarenta años, de veinte años. Volviendo a lo que fue la base fundamental de su fundación, la crítica, que no es crítica, porque tal vez no es culpa de ellos, [...] es que estuvo unos cinco o seis años en que de "nuevas generaciones" tuvo poco, sin dejar de ser la importante institución que fue. Pero es lo único.

Entrevistador/a: Dentro del mismo trabajo de reconstrucción histórica, encontramos una triple relación en la génesis de estas colonias: entre un Estado débil (a la salida de la Guerra Grande), la Asociación del Rosario Oriental y la Masonería, que jugaría un papel de articulador o nexo entre el Estado y la Asociación del Rosario Oriental. ¿Usted cree que hoy la Masonería tiene una influencia en lo que es la construcción de la comunidad?

Julián: Considero que sí. Uno, leyendo un poco sobre las distintas filosofías, y leyendo un poco sobre lo que es la filosofía masónica, [encuentra que] su base es esa: influir en la sociedad donde se mueve. Todos sabemos que hay logias en la región, y es lógico que esas logias estén tratando de incidir en la sociedad en la que se están moviéndose. Haciendo esa ecuación, te puedo decir que sí considero que la Masonería en la región sigue teniendo un papel importante, como también considero que lo está teniendo en el país.

Entrevistador/a: ¿En qué lo ves o en qué te basarías para sacar esas consideraciones?

Julián: En ese accionar que tiene la comunidad, de buscar determinados valores, en cómo se integran las distintas instituciones para trabajar en los colectivos, en grupos, en ese consenso que se busca siempre, en esa búsqueda de armonía que tiene esta comunidad. De repente, tú vas a otras comunidades donde [...] no funcionan logias, y no es así. Es en lo que me baso para darme cuenta de la importancia de su influencia.

Entrevistador/a: ¿Conocés a algún integrante de alguna logia?

Julián: Sospecho, pero nadie me ha venido a decir: "mirá que yo soy...". Incluso, creo que es parte de sus bases fundamentales no hablar de x, o no hacer conocer a las logias, sino trabajar en silencio. No conozco, pero uno sospecha.

Omar Moreira

Entrevistador/a: ¿Qué nos puedes contar acerca de los orígenes de la Colonia Suiza y sus particularidades?

Omar: Luego de conquistado el Estado-nación, por obligación de los imperios centrales europeos o porque muchos también lo querían, por la fragmentación (por eso hoy tenemos que actuar pensando en el interés general) y después de la Guerra Grande, buscan establecer colonias agrícolas como un proyecto abarcativo en tierras disponibles y del primer orden, que quedaban entre el río del Rosario y el arroyo Cufre. En manos de Jackson (uno de los pensadores), Ramírez y Quevedo tienen una tierra excelente equidistante entre Buenos Aires y Montevideo, además de buena comunicación, por un ferrocarril que venía hasta San José, que después se desarrollaría. Como contrapartida del ámbito levantisco que había en el país, a lo cual se sumaba Río Grande do Sul (con el cual existía una enorme conexión hasta 1904), estaba formándose el Estado-nación. ¿Proyecto inglés o proyecto nuestro? Uno no sabe; pero fue así. Entonces vienen los valdenses que estaban en Florida, expulsados de Europa, que eran montañeses y sabían lo que era la vida difícil. Aquí encontraban lo que allá ni soñaban: tierra negra, agua y leña. ¡Qué más querían!

Aquí se establecen los suizos, pero informalmente, no sistemáticamente como lo hacían los valdenses, creando colonias hijas: por ejemplo, se van a San Pedro, se van a Tarariras, se van a Cosmopolita, se van a Ombúes de Lavalle. Es decir, se iba un conjunto, un núcleo si pensamos en una colmena, y después van a irse a la Argentina. Después empieza el atractivo de las ciudades: Montevideo y Buenos Aires. Otra cosa: la colonización Suiza no se desarrolla como la valdense. Los valdenses llegan con una colonia organizada, la suiza es espontánea, se van corriendo; desde aquí se van hacia Florencio Sánchez y Cardona. Prueba de esto son los lugares donde había feria ganadera y feria de queso: Colonia Suiza, Isla Volet y Florencio Sánchez (siendo éstas, además, una forma de ver cómo hubo un queso artesanal que se desarrolló y que hoy empieza a tener una vigencia interesante). Por otro lado, viene una colonización mucho más heterogénea desde Suiza. Llegan campesinos, pero vienen también aventureros. Es una colonia que se enquistaba en sí misma y se van desarrollando. Y que no creó ninguna especie de aristocracia. El más pudiente ¿qué hacía?; tenía a la vez que traer a los suizos e instalarlos. Y eso era muy importante aquí y en [Colonia] Valdense creo que fue fundamental. Además, los dueños de la tierra se reservaron tierras para otorgarla a sus hijos; es lógico, tienen muchos hijos e iban a necesitar más tierras. Entonces los Ramírez se quedan con

tierras, Quevedo se queda con tierras, teniendo que empezar a fraccionar y a hacer nuevas colonias, o ampliaciones de las ya existentes. Y es especialmente la valdense, que era la más organizada, con una Iglesia, la que dirigió después a colonias hijas que fueron formando. Por otro lado, Ramírez (y esto es todavía nuevo) crea la colonia española (colonia canaria, pero que no tiene centro poblado).

Bueno, ¿qué queda? Lo que uno dice: "esto es nuestro, es suizo". Por ejemplo: galpones, que tienen heno arriba, o sea, donde se ponía el heno. Acá van a ver casas de dos y cuatro aguas para que no se acumule la nieve; formas de construcción funcionales a otra región, es decir, a Suiza. Otra cosa formidable es la orientación que debe tener un sótano, dónde están las corrientes de aire; ellos lo saben. Esto que costó tanto tiempo saber [esas cosas]. Es herencia de conocimiento, transferencia de conocimiento. Yo creo que en este marco nuevo de colonias agrícolas pueden meter a la Colonia Suiza, a la Colonia Valdense, pueden meter a los italianos, pueden meter a los vascos, a los canarios. Pueden meter a todos en ese foco industrial con aporte del artesanado calificado. Por ejemplo, hubo una huelga en 1913 (además, en esa huelga intervenían las mujeres y eran valdenses), todo lo cual habla de cierta organización de los trabajadores, no sólo industriales sino también artesanales, que crearon una *cultura de campo* diferente.

Entrevistador/a: ¿Cómo ve usted esta *cultura de campo*?

Omar: Lo que Mújica dice siempre es que: "es más fácil hacer un ingeniero que un campesino", y de alguna manera estoy acercado a esta idea. Es muy difícil reproducir aquello que tenemos metido en la memoria biológica. Qué tiempo se toma la tierra, qué tiempo te toma el trabajo, articular ese saber de los ciclos, ese "saber tratar al campo". Esa cultura que fui viendo: el *darse ideas* para las cosas, *darse idea* para fabricar herramientas (yo tengo algunas herramientas hechas de un piemontés, para trabajar una pequeña terraza en la montaña). Lo heredaron y lo fueron modificando. Y además, de ese artesanado salieron talleres, dando lugar a un pasaje, a una transferencia de tecnología. En ese sentido, yo creo que es capital acá, y en Colonia Valdense, [...] el manejo de la tierra y del trabajo.

Entrevistador/a: ¿Qué cosas, acerca del imaginario colectivo, de la herencia, perduran en Nueva Helvecia?

Omar: Hay mucho de este imaginario presente en la Fiesta Suiza, que se hace para todo el mundo. Pero también empezó a abrirse al 25 de abril, que es la [fecha de la] gran inmigración.

Tiene una explicación hasta sociológica, digamos, o antropológica si quiere. El 25 de abril lo festejaban porque viene el gran contingente, pero además, es el fin de la cosecha. Los de Colonia Valdense hacen una Fiesta de la Cosecha. Pero, ¿por qué no compartieron y festejaron juntos? Porque se quedaron mirando muy hacia adentro y con celos hacia el otro, y así no vieron la fortaleza de juntarse. Sí la vieron los comerciantes, que formaron una radio, que es de toda la zona [...]. A esto se puede sumar Tarariras también, como muestra del interés en el movimiento cooperativo [...]. Que traigan gente y empiecen a mostrarles algo. Los valdenses hicieron esto y fue la base de la Facultad de Arqueología; se abrieron a que los estudiaran, y así fue como se los conoció más, dentro de esa cohesión, de esa red. (Y en el libro¹⁴ van a encontrar un mapa histórico del departamento de Colonia). Porque, incluso, cuando ves la manera de entrar de los colonienses, de la capital [Colonia] es distinta; su imaginario es distinto, como el de Nueva Palmira o el de Carmelo: ellos están pensando en la otra orilla [...]. Porque la zona aquella no se explica sin el delta. Yo creo que pensarlo ahora teniendo en cuenta aportes nuevos, con mayor apertura mental y con aquella otra zona, con el delta, es mejor. Y con todo lo que el antigüismo representó, aprovechando toda la base que habían hecho los jesuitas, porque el antigüismo no hubiera podido desarrollarse tan fuertemente si no hubieran existido los jesuitas. Creo que pensarlo así [...] nos dice más sobre el departamento, sobre su heterogeneidad.

Entrevistador/a: ¿Qué pesó en la vida cotidiana? ¿Tenían educación?

Omar: Bueno, Royer les debe haber contado lo que representaba para ellos la educación; bueno, escribió un libro acerca del templo y la escuela, en Colonia Valdense, cuestión muy importante que se traslada hasta nuestros días. El primer liceo, que no estuvo en la capital sino que estuvo acá [liceo de Colonia Valdense], era el único en el sur de la República. Eso significaba que tuvieran que venir cinco hermanos de San José, por ejemplo, que vinieran de Colonia [ciudad], gentes que después fueron intendentes, etc. Un hecho ejemplar es que un hombre de Flores manda a su hijo al liceo valdense muy tempranamente. El liceo valdense, para atraer gente, e incluso para formar, le ofrece [al alumno] el "*maison de profecetur*", es decir, la casa de los profesores [...] y la casa del pastor para alguno muy despierto. Además de las clases, tienen una permanente formación. El alumno va, y después se forma como abogado [...].

Pero primero hubo un programa unificador sobre la escuela, que luego se alimentó de los profesionales para los cargos educacionales. Es decir, después viene toda la extensión de la prioridad de la educación. Es cuando los liceos tenían y representaban una caja de resonancia

¹⁴ Omar Moreira, *Colonia cultural, un río caudal*, editorial Tradinco, Montevideo, Uruguay, 2005

de la conflictividad, todos los profesores opinaban, entendían la vida de la población [...]. Todo docente quiere abrirse, enriquecerse, buscar al otro. Además, te permite conocer gente de acá, de allá. Eran los liceos reales "centros de gladiadores". ¿Cuántas instituciones surgieron en los liceos? Yo diría que muchas.

Entonces, la dictadura, ¿qué hace? Saca de los liceos a los profesores; veintiséis por estos lados. Entonces, ese corte significó que aquellos que pensaban o que buscaban que la sociedad se reflejara en sus clases, o no estaban o se autocensuraron, ¿no? Todo esto implicó un proceso lentísimo de recuperación. Yo diría que todavía los liceos no han asimilado al entorno. Es decir, los liceos cumplen, me parece a mí, con una función social, y hoy no están abiertos todavía a la sociedad, les cuesta enormemente, les cuesta hasta el lenguaje. Y ninguno, en general, ha cumplido la función que cumplían antes en el aspecto cultural. Nadie la ha llenado; quedó un vacío. Por ejemplo, los medios de comunicación, muy empobrecidos, muy limitados, dan las noticias pero sin proyección; no hay nada académico, no hay investigación periodística.

Entrevistador/a: ¿A qué se refiere con investigación periodística?

Omar: Es decir, para la mentalidad de los medios de comunicación, especialmente de Montevideo, el Interior no existe. No existe, no por culpa de Montevideo solamente, sino también por culpa nuestra, porque muchas veces ha sido [el Interior] chacrita de algunos que lo han explotado, diciendo: "allá es la fuente del mal y aquí nosotros somos los buenos". Ha sido también muchas veces la "visión corta". Yo creo que en ese no entenderse hay responsabilidades de ambos lados; no vamos hablar de culpables. Nos ha costado mucho tiempo y ha pasado mucha cosa. Constantemente en el Interior estamos *abriendo el paraguas*: constantemente estamos ignorando el esfuerzo del otro. No se documenta; por eso yo he tratado de escribir todos estos libros. O sea, sabemos que repercute acá si viene de Montevideo. Si a alguien lo entrevista una radio de Montevideo genera mucha repercusión acá. El abrir [sic] de la sociedad para enriquecerse no existe o existe muy poco. La gente es tan mezquina acá como allá. Esto me hace acordar a cuando yo era gurí, que quería aprender de un artesano que hacía unos trabajos formidables, y lo vi que estaba forrando un cabo, un "retijilo" a un cabo. Estaba en un galpón y no trabajaba hasta que no te ibas o lo hacía tapándose, por miedo a que el otro le quitara su trabajo. Es como inconsciente.

Entrevistador/a: ¿Qué opina acerca de la manera de investigar?

Omar: Yo diría que lo fundamental es que está surgiendo o fermentando una cosa nueva [respecto a la investigación], que va a empezar o está empezando, que a pesar de que está muy localizado en algunos centros, igualmente hay gente nueva. Pero el problema es que yo no sé hasta dónde se está trabajando documento a documento. Yo creo que siempre, inevitablemente, hay una especie de leyenda previa a la investigación seria; pero bueno. No es que con esto malogre todos los apuntes, sino que hay que ver hasta dónde va, digamos, lo investigado, lo serio, y hasta dónde va lo que de alguna manera implica improvisación o leyenda. Creo que es muy importante en lo que recién se está iniciando la investigación de áreas o lugares. [Respecto de] las cosas que tenemos en común con las provincias Argentinas, malogradas por ciertas circunstancias, no se sabe bien hasta dónde llegó lo serio y hasta dónde lo improvisado. O podemos hablar también de lo interesante que es el formidable desarrollo en Río Grande do Sul en la investigación. Por ejemplo, nosotros recibíamos gente en Colonia que estudiaba todo [...]; ellos tienen investigaciones [con las] que nosotros ni soñamos. Tienen investigaciones hechas en Porto Alegre sobre la nacionalización de aquellos brasileros que invadieron, mejor dicho, que de alguna manera ocuparon el norte uruguayo, y que de una forma u otra se *orientalizaron*, es decir, se hicieron uruguayos, como los italianos, que cortaron sus vínculos con el [país de] origen.

Entrevistador/a: Cambiando de tema, ¿qué nos puede decir sobre la integración departamental, porque Colonia es un departamento muy heterogéneo en cuanto a sus orígenes?

Omar: Por sobre esa frontera húmeda, en 1884, se crea el departamento fronterizo. Había que terminar con el desastre y la fragmentación. Esto significaba también poner un jefe político, y significaba poner una junta económica administrativa (todavía no hablamos de intendencias). Decía, entonces, que la fundación de los liceos en las capitales unificó, y tuvo un largísimo proceso, y que en el proceso que se dio afuera [Interior] era indispensable la centralización para la unificación de este país. Ahora, pensando en Colonia como patrimonio mundial, eso le dio un formidable empuje, ¡formidable empuje! Ahora nosotros tenemos que trabajar de otra manera, buscando otras formas, porque cambió la sociedad, y tenemos que tener una respuesta y una interpretación activa de la sociedad, tenemos que esbozar un futuro. Porque no me cabe duda que estamos creando una nueva ciudadanía, sobre otras bases.

Entrevistador/a: Cuéntenos algo acerca de su último libro: *Colonia cultural, un río caudal*.

Omar: Yo desde el año 1959 que estoy trabajando, y me ha costado muchísimo tener más o menos esto, y lo he ido cambiando. Lo he ido pensando, por ejemplo, desde la micro región del

Rosario (pensando en lo geográfico) [...] desde el punto de vista cultural. Entonces, lo que hice fue un "movimiento", separándome de la ficción. Y entonces, el libro es una suerte de combinación: hay cosas históricas, hay cosas periodísticas, hay cosas narrativas e interpretativas; es una especie de ensayo, es una acumulación. Este libro también forma parte de una documentación. Ahora, a mí me costó mucho articular el pensamiento, las ideas. Mi idea es que a partir de este libro se pueda armar una buena discusión con gente que piensa. Porque hay otra cosa, a un país, como dice Brovetto, no alcanza [con] pensarlo desde el desarrollo local. No podes ir a un lugar, intervenir e irte; tienes que ir, apoyar, interactuar con lo que hay.

Entrevistador/a: Esa visión de país ¿cómo se enriquece?

Omar: Creo yo que ustedes pueden iniciar esto, ¿no? Ir viendo. ¿Acá qué pasa? Puede ser desde un simple enunciado, hasta algo más complicado [sostener] que el Uruguay es un solo país. Si empezamos a estudiarlo, [el país] puede enriquecerse enormemente [...]. Por ejemplo, para mí, el mejor pintor está en el Interior, en Paysandú; se llama Fernando Cabezudo. Si no es el mejor, es uno de los grandes pintores. La mejor poetiza está en el Interior, Cirse Maya, en Tacuarembó. Yo creo que con todo esto deberíamos tener un ejercicio de humildad, de verlo: entrar en un anuario de la gente del Interior; ¡no para hacer su chacrita!, sino para romper cabos. Yo sé que todo esto cuesta muchísimo, pero se tiene que hacer. Además, más allá de las alternativas en lo regional, más allá de las alternativas que puede tener, no sé, el MERCOSUR político, hay una realidad: la Cuenca del Plata en América del Sur es la cuenca más rica, en producción, en variedad, en historia (y yo creo que en inteligencia y acumulación también). Y todo esto hay que explotarlo. A este rumbo debemos apuntar. Y para apuntar sabemos que [eso] significa una construcción de muchos años y con mucho trabajo.

Entrevistador/a: ¿Qué nos puede decir de los recursos económicos de la zona?

Omar: Creo que lo que se está demandando de la zona... Todos están haciendo todo lo posible con sus quesos, sus producciones, y lo están haciendo con el mejor nivel posible. Pero aquí lo que creo que hay es *comunicación* para encontrar algo más; además, se pueden conseguir muchos beneficios, siendo cooperativos.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son esos beneficios?

Omar: Conseguir recursos económicos desde el exterior, además de promover un turismo europeo o extra región. Todo lo cual sirve para conseguir los apoyos, para actualizar, por ejemplo, en los liceos, las bibliotecas, los laboratorios, invertir en salas de audiovisuales, además

de viajes. Todo sirve para romper fronteras. Acá necesitamos, me parece, voluntad e imaginación creadora. A veces nos peleamos por un solo trompo para varias manos. Pero vamos a crear condiciones distintas. ¿Qué tanto hay que tratarlo? Ya no hay lugar. Por eso, al final del libro yo puse: "el futuro es el deseo, y el futuro implica rigor". El rigor es fundamentalmente para nosotros. No creo que la culpa no sea de nosotros también.

Rose Marie Hodel Hotel

Entrevistador/a: Me podría contar cuáles son los relatos de su familia acerca de cómo llegaron.

Rose: Ellos no llegaron (mis bisabuelos) con la primera emigración; llegaron posteriormente. Vinieron, como todos, con la misma idea de encontrar *algo mejor* acá que lo que estaban pasando en Suiza. Y aparte, [vinieron] por relatos que les habían hecho (relatos de gente que había mandado sus cartas, y contaban), atraídos por los cuentos que les hacían para que vinieran. Ellos vinieron ya con un poder adquisitivo distinto al de los que habían venido al comienzo. Ellos no vinieron así, a [...] ver qué encontraban, sino que ya vinieron con un pequeño capital. Tanto es así que, según los cuentos que yo tengo, mi abuelo paterno viajó varias veces a Europa. Fue pero volvió; fue de visita varias veces, pero volvió, manteniendo sí una relación con la familia más cercana. Luego eso se cortó.

Entrevistador/a: ¿Su familia mantiene vínculos con familiares en Suiza?

Rose: No, se cortaron los vínculos.

Entrevistador/a: ¿Cuál era la percepción que tenía su familia del Uruguay?

Rose: Yo era muy niña, e inclusive, yo no había nacido cuando vivieron los primeros. Fue una cuestión [sobre la] que no se comentó nunca.

Entrevistador/a: ¿Cuál es su sentimiento con respecto a Suiza como país?

Rose: No tengo un sentimiento definido. Primero, no lo conozco. Segundo, que simplemente tengo la curiosidad de conocerlo, de llegar a conocer dónde vinieron mis bisabuelos. Porque sé que el apellido mío es bastante común en Suiza. Bueno, es aquella curiosidad; no sé si lo lograré. Otra cosa, no [siento].

Entrevistador/a: Desde la comunidad, ¿usted percibe algún intercambio con Suiza?

Rose: Sí, sobre todo hace un par de años que vino un agregado cultural de la Embajada suiza, que se interesó muchísimo. Ayudó mucho acá. Es el que ha fomentado ese vínculo; inclusive, ha llegado a lograr que vayan estudiantes para allá, para ver si se puede lograr un intercambio, cosa que antes no ocurría. Como que ahora noto que está habiendo otro interés para que se logre un vínculo mayor.

Entrevistador/a: ¿Y vínculos económicos?

Rose: No, no tanto como lo que quisiéramos, no todo lo que nos gustaría. Aquí, el año pasado se creó el Instituto de Lenguas, donde hubo un apoyo importante de la Embajada suiza.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son en su opinión los rubros de la actividad económica en que se destacaron los primeros colonos? y ¿cuáles son los que hoy se destacan aquí?

Rose: Yo, lo que creo es que siempre fue, desde los orígenes, la quesería [lo destacado]. Y sí, es lo que se destaca todavía de esta colonia. Y también algo de agricultura. Fueron los fundamentales, y sigue siendo lo que resalta de esta colonia.

Entrevistador/a: ¿Cuál es la percepción que tiene usted, como descendiente, del Uruguay? ¿Es muy distinta Nueva Helvecia al resto del país?

Rose: Yo creo que sí, tiene su identidad muy particular. Se destaca, porque uno va a cualquier lado, a otros departamentos, y uno nota una diferencia. Y a su vez, gente de otros departamentos nos la hacen notar. De repente, nosotros, en la vida diaria, no nos damos cuenta, y sin embargo, otras personas que vienen en seguida lo resaltan: que acá hay algo que nos caracteriza, que nos hace distintos. Por ejemplo, la prolijidad, siempre tratamos de mantener nuestras casas prolijas, el jardín (muy típico de acá), mantenemos y continuamos los festejos que trajeron los primeros colonos, como el 1° de agosto, que dicen que no se festeja tanto en Suiza como se festeja acá.

Entrevistador/a: ¿Cómo ve usted el relacionamiento con otras comunidades suizas de la región?

Rose: Sí, se da a través de grupos de danza, que son invitados en fechas determinadas, en fiestas como la Oktoberfest (nosotros la llamamos: la Bierfest). Hay dos grupos de danzas típicas, suizas y alemanas. Entonces, ha habido una relación o un vínculo en el intercambio, en las distintas fiestas, de ir de acá y de venir de allá para acá. El intercambio es cultural. No hay un intercambio económico.

Entrevistador/a: Cambiando un poco de tema, nos interesa saber cómo se construían las familias en el pasado. ¿Los descendientes se casaban solo con descendientes? ¿Cómo era?

Rose: Había algo de eso, sobre todo el prejuicio que existía de no mezclarse con el criollo, de tratar de que fuera [el matrimonio] entre familias suizas o familias alemanas. Inclusive, tengo cuentos de mis padres, de que había *problemitas* cuando se casaba o se enamoraba un suizo de una criolla, cosa que felizmente es historia de un pasado. Hoy ya están los apellidos mezclados.

Entrevistador/a: ¿Creés o sabés si personas de esta comunidad han sido o fueron discriminados en algún sentido?

Rose: Yo no lo he vivido. Tengo una *vivencia* [sic] de cuando yo era niña: hubo algunos problemas cuando la Segundo Guerra Mundial, o sea, que familias de apellidos alemanes tuvieron ciertos problemas. Pero fue por esa razón, y una vez que se terminó, desapareció el problema. Esos son cuentos que tengo, ideas de apellidos [...].

Entrevistador/a: ¿Hoy en día existe algún grado de discriminación con alguna gente o grupo?

Rose: No, acá es muy amplio, se acepta todo, somos muy abiertos. Gracias a Dios no existe nada de eso.

Entrevistador/a: ¿Usted cree que las religiones jugaron un papel en la conformación de la comunidad?

Rose: Sí. Cuando vinieron los primeros emigrantes, éstos eran en su mayoría protestantes, y una minoría católicos. La historia nos dice que al principio tenían una capilla (algo histórico para nosotros) en la cual un domingo se realizaba un culto y al domingo siguiente el otro, una vez los protestantes y otra vez los católicos. Hasta que hubo una separación evidente. Entonces, quedó [dividida la comunidad] como en dos bandos: los católicos y los protestantes. Inclusive, hasta los cementerios se separaron.

Entrevistador/a: ¿Hoy en día, usted ve una influencia de las religiones en lo que es la vida cotidiana?

Rose: No, ahora no. Inclusive, ha habido culto en común (ha sido parte de la inteligencia de los sacerdotes y de los pastores). En Fin de año y en Navidad se han unido en la plaza y han hecho cosas en común. O sea que en este momento hay un acercamiento muy bueno entre ambas, no se nota (si es que la hay) ninguna tirantez entre ellas.

Entrevistador/a: ¿Tienen una influencia sobre la gente?

Rose: No, no creo que tanto como antes. Antes sí, la presencia del pastor o del sacerdote se imponía más. Ahora no es tan así, es más elástica [la situación].

Entrevistador/a: ¿Usted cree que el alemán se ha perdido en Nueva Helvecia?

Rose: Sí, se ha perdido. Inclusive, en mi caso particular, en mi casa, se hablaba alemán, y a nosotros nunca nos enseñaron. Era como un idioma de mayores. Entonces, nunca nos hablaron, salvo algunas palabras aisladas.

Entrevistador/a: ¿Hay alguna palabra que se conserve en la vida cotidiana?

Rose: No, no hay. Ahora, se trata con el Instituto de Lenguas, de resurgir el interés por el idioma alemán. Pero realmente, para lo que es nuestra colonia, es muy poco... Tendría que haber mucho más gente que hablara alemán.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son las costumbres o símbolos que se mantienen desde los primeros colonos?

Rose: Y bueno, en las comidas, por ejemplo, está el famoso *chucrut*, la *fondiu* o el *leberwurst*. Las famosas carneadas, eso todavía se mantiene en las familias, con productos de cerdo. En la comidas, mucho. En las fiestas, lo más tradicional es festejar el 1° de agosto; eso se ha mantenido, no se ha perdido nunca.

Entrevistador/a: ¿Qué grupos o asociaciones civiles construyen Nueva Helvecia?

Rose: Es una de las cosas que se destacan también. Porque acá se usa mucho crear una institución para hacer algo. Además que se resuelve entre los socios; si se quiere hacer algún cambio es por la vía de la votación. Dicen que es algo típicamente suizo. Si hay un cambio de algo, primero se aprueba por votación. Y eso es una de las cosas que acá se mantiene, que llama la atención. Llamar a asamblea, la consulta a los socios o a los que corresponda se resuelve por mayoría, o si no llegan a una votación. Hubo un caso que demuestra lo arraigado que tenemos esto en nuestra cultura. Cuando se cumplió el Centenario de Nueva Helvecia, había dos listas para conformar la comisión que se encargaría de los festejos del Centenario. Se formaron dos listas (hoy hay personas que las tienen) y se hizo una votación en todo el pueblo. ¿Podes creer que se votó por quién organizaría la fiesta del Centenario de Nueva Helvecia?

Entrevistador/a: ¿Tienen una influencia real estas instituciones en la vida cotidiana de la gente?

Rose: Sí, Nueva Helvecia se caracteriza por ser muy participativo. Por ejemplo, en el caso de la Bierfest participan todas las instituciones. O sea, se encuentran presentes todas las instituciones, ya sean sociales, deportivas o de enseñanza. Todos trabajan para lo mismo. Además de una cantidad de otras cosas; si se necesita algo, se llama. Hasta hace poco, había un problema que había que solucionar en el hospital. El director hizo un planteamiento, se hizo una convocatoria y

vinieron representantes de todas las instituciones a escuchar al director, a apoyarlo y a ver en qué se le podía colaborar. Es otra característica que tenemos nosotros.

Entrevistador/a: ¿Qué opinión tiene del movimiento Nuevas Generaciones?

Rose: Ha hecho un cambio muy importante. El movimiento Nuevas Generaciones surgió justamente después del Centenario, porque la gente joven vio que esas listas, que los nombres que las integraban, estaban formadas por personas de cierta edad, y que no los habían tomado en cuenta a los jóvenes. A partir de eso es que surgió el nombre Nuevas Generaciones. Se armó un grupo con la finalidad de sacar un poco esa rivalidad que había quedado entre las dos listas, la perdedora y la ganadora. Y les parecía que no era correcto, que para un festejo sucediera esto. Es lo que les *chocó* a los jóvenes de ese entonces. Bueno, y [...] es que surgió este movimiento, que fue creciendo a través de los años y que hoy es lo que es, con una sede de su propiedad, que da albergue a instituciones que puedan venir, con un salón de actos abierto a toda inquietud cultural [...]. Así que, mi opinión es muy positiva.

Entrevistador/a: ¿Qué cosa criticaría del movimiento?

Rose: Puede uno estar, de repente, en desacuerdo con alguna cuestión puntal (cosas, detalles que no vienen al caso). En general, todos estamos muy contentos.

Entrevistador/a: Cambiando de tema. Nosotros hicimos una recopilación de la historia de la colonia y notamos que hay un periodo oscuro, por así decirlo, donde no hay muchos registros, que va desde principios de siglo hasta más o menos el fin de la Segunda Guerra Mundial. Se han tejido historias acerca de la afinidad ideológica con el Nacional Socialismo o con movimientos fascistas. Nosotros querríamos saber si existió o es una leyenda asociada con la utilización del idioma alemán o al ingrato papel que le tocó jugar en la Segunda Guerra a Suiza.

Rose: Tengo entendido que era por eso, que hubo ciertos problemas con familias de origen alemán. En el caso de mi familia, que es de origen suizo, siempre encontré un rechazo total. La imagen que yo tengo, el recuerdo, es de rechazo a la situación que estaba pasando. Inclusive, tengo el recuerdo de que juntábamos ropa para familiares que estaban pasando necesidades; se juntaban cosas para enviarles. Pero creo que hubo sí, que dio lugar a que hubieran ciertos distanciamientos, en ese momento, entre lo que apoyaban y los que no.

Entrevistador/a: ¿Me podría definir (en dos o tres cosas) cómo caracterizaría a los descendientes suizos hoy en Nueva Helvecia?

Rose: Somos conservadores; esto es típico. En algunos casos, nos dicen que somos machetes [...]. Nos gusta ser dueños: la meta es siempre tener algo propio. Lo que tenemos, lo conservamos, lo cuidamos, tratamos de mantenerlo siempre, de que no decaiga. El orden. La seguridad. La ayuda que nos aportamos; integrar comisiones la mayoría de las personas... En mi caso particular, he estado integrando, a la vez, hasta cuatro comisiones. O sea, tratar de ayudar de una forma u otra en lo que se pueda. Ni hablar cuando se pide, como en este caso, para realizar una fiesta [Bierfest], que ya es de carácter nacional, juntar apoyo entre todos.

Rubén Yennerich

* Rubén Yennerich se desempeña como pastor evangélico en una de las Iglesias de Nueva Helvecia.

Entrevistador/a: Rubén, primero te vamos a pedir que te presentes.

Rubén: Bueno, mi nombre es Rubén Yennerich; yo soy argentino, nacido en Santa Fe. Soy ministro, pastor de la Iglesia evangélica del Río de la Plata, en la congregación de Nueva Helvecia. Hace dieciocho años que estoy acá trabajando, sirviendo. Mi esposa es pastora también, valdense; es uruguaya ella. Tenemos tres hijos de dieciocho, diecisiete y catorce años, que están estudiando también. Y bueno, desarrollo la actividad aquí en la zona hace mucho tiempo, y conozco, digamos, si bien soy extranjero, conozco bastante bien la zona. Porque yo también nací en un pueblo muy chico, una colonia suiza en Argentina, más o menos, con las mismas características [...]. Yo estudié Teología en Buenos Aires; los pastores tenemos una formación muy, muy completa, ya sea en el campo de la Sociología, de la Psicología, de la Educación, para desarrollar un ministerio. O sea, exige un estudio muy completo con una tesis de Licenciatura para después *llamarte* a ser pastor; tenés experiencia [...]. Esto no es [...] una cuestión de vanidad, sino que para ser pastor en nuestra Iglesia (pastor o pastora, porque nuestra Iglesia también *se abre* a la mujer) hace falta una preparación muy amplia no sólo en el campo de la Teología, sino en el de las Ciencias Humanas.

Entrevistador/a: Bueno, ahora nosotros queríamos preguntarte cómo hizo tu familia [...], cómo fue la llegada de tu familia, en tu caso a la Argentina, por qué se instalaron donde se instalaron...

Rubén: Bueno, la familia mía es también descendiente de inmigrantes. Vienen, más o menos en 1856 los Yennerich y los Weidmann también, a la zona de Esperanza. O sea, son suizos que emigraron por una cuestión de trabajo; eran albañiles, tenían oficios comunes, digamos: eran trabajadores. Es decir, no eran especialistas o profesionales de ninguna ciencia que venían a buscar un horizonte, que vinieron allí a Esperanza en 1856 y después emigran. Esperanza es la colonia madre; cumple ciento cincuenta años allí en Santa Fe. Y bueno, ya sexta, séptima generación somos nosotros [...]. Yo, a los dieciocho años, fui a Buenos Aires a estudiar, y después inicié el trabajo en distintas congregaciones hasta llegar acá a Nueva Helvecia. Esa es la historia de inmigrantes. El apellido mío es Yennerich, que es de origen alemán, es un pueblito en Alemania), y los Weidmann son suizos, son de Zürich. De manera que, normalmente,

la colonización argentina es muy similar a la de Nueva Helvecia; son alemanes, suizos, franceses que emigran por cuestiones fundamentalmente laborales, ¿no? Son expulsados.

Los suizos, especialmente, son gente que, en algunos casos, eran hasta mercenarios, gente que estaba en los ejércitos, que quedaba sin trabajo. O si no por [...] la falta de trabajo, no sé si por la Revolución Industrial, no sé si decirlo así, pero pienso que sí [influyó]. Es gente que no tiene horizontes, y las compañías colonizadoras les presentan un panorama *idílico* acá, de las tierras [existentes], de las posibilidades. Existía la necesidad, tanto de Uruguay como de Argentina de poblar y de traer inmigrantes europeos para transportar una cultura nueva, fundamentalmente de trabajo. Entonces, aprovechan y vienen queriendo "hacer la América", o por lo menos, queriendo sobrevivir, vivir mejor que con las tierritas que tenían allá, ¿no?

Entrevistador/a: ¿Y qué fue lo que te trajo hasta Nueva Helvecia?

Rubén: Nosotros, los pastores, tenemos la posibilidad de que, en algunos casos, nos envíen; nos dicen: "bueno, las primeras veces tú vas a trabajar allá, a hacer una experiencia", hasta que te vas formando. Así, fui a Entre Ríos, a Ramírez, después fui a San Nicolás. En Entre Ríos, trabajé con rusos-alemanes, que son gente (alemanes del Volga) muy interesante [...]. Son alemanes que fueron a la zona del Volga, y después emigraron con la cuestión de la guerra y se instalaron allí, en Entre Ríos. Y en este caso, yo estuve en Ramírez, y muchos de ellos se habían trasladado a la zona industrial, eran obreros ahí en Somiza, en una procesadora de acero en Argentina. Entonces, me gustó seguirlos, trabajar con ellos en una zona fabril, digamos, una zona más pobre. Estuvimos haciendo una experiencia allí, con mi señora. Y después, se nos presentó la posibilidad de Nueva Helvecia, y a mí me gusta mucho esa vida, similar a la de mi pueblo. Dije: "¡mirá que lindo trabajar acá, en una colonia suiza-alemana!". Entonces, pedimos para ver si estaba vacante la congregación, pedimos para trabajar acá con ese doble objetivo: el ministerio nuestro, que es la cuestión religiosa, el tema de la palabra de Dios, proclamar el evangelio, y por otra parte, un trabajo con una cultura afín, con un lugar en donde uno se siente bien porque es parte de sus raíces y parte de su sistema de vida (no me gustan las ciudades).

Entrevistador/a: ¿Y cuáles han sido las actividades económicas que se han desarrollado o destacado más en esas colonias argentinas o en aquella de donde tú vienes?

Rubén: El trabajo de campo. El pueblito donde yo vivía, más o menos con cuatro mil habitantes, era en gran parte muy similar a esto acá [Nueva Helvecia], un poquito más chico ¿no? Pero es toda gente que trabaja en el campo, en lechería, en producción de ganado, ganadería, quesería.

O sea, [hay] muy pocas industrias pesadas, de metales; todo está relacionado con el campo. Y la gente, bueno, los mayores o los jóvenes viven en el pueblo, y allí es donde se organiza un poco la vida de los servicios. Esa es la vida de la colonia [...]. Incluso, hay una fábrica de leche. Como Parmalat acá, existe allí lo que se llama la fábrica Milkaut, que vende productos lácteos. Y así, gran parte de la gente vive de eso.

Entrevistador/a: Pasamos a otro tema. ¿Han sufrido, en este proceso de colonización, algún tipo de discriminación, tanto sea allá como acá? Lo que nos interesa saber es si has escuchado algún relato (no sólo en la colonización misma, sino también en el transcurso que llega hasta hoy) sobre discriminación.

Rubén: En la zona: una cuestión más bien de campo-ciudad. Por ejemplo, Esperanza es la colonia madre, es una ciudad de aproximadamente cincuenta mil habitantes, y las otras colonias son hijas. Entonces, claro, de alguna manera las colonias son de la misma extracción social y, más o menos, del mismo origen. Sin embargo, sos el "*gringo*". Acá se les llama "*canario*", por así decirlo, pero allá era el "*gringo*". Entonces, había algo despectivo, porque te consideraban inferior. Como pertenecías a una colonia hija, sos más pequeñito, sos como de segunda, ¿no? Pero, digamos, eso a nivel de fútbol, a nivel de las escuelas, de los encuentros escolares; no era una cuestión discriminatoria. Más bien era algo despectivo por una cuestión de *piel* campo-ciudad, no por una cuestión racial o social. Porque, incluso, a veces el nivel de vida de las colonias hijas es mejor; en la colonia madre hay más industrias, entonces, hay más pobreza, se va incorporando más gente. Era una cuestión de padre a hijo, por así decirlo ¿no? Pero no existió nunca una cuestión discriminatoria.

Entrevistador/a: ¿Y acá en Nueva Helvecia?

Rubén: No, tampoco. Bueno, de hecho otra vez el mote de "*canarios*", el mote de "sos del Interior", de que no conocen tu cultura. O de pronto no se dan cuenta de lo que es Colonia. De repente, a veces uno va a Montevideo y, por ejemplo, lo notás en los cuadros de básquetbol o de fútbol, la misma historia: dicen éste es un pueblito de *morondanga*. Pero no una cuestión racial, quizás por el tema del alemán, el tema de la raza aria. Entonces, la gente dice: "uhh, son alemanes, son suizos". Quizás, si fuera otro grupo étnico podría ser diferente. Igual, yo no he notado nada. A veces, quizás, yo noto una cierta rivalidad con los valdenses, es decir, el pueblo vecino, por ver cuál es la mejor colonia o cuando se dice: "mirá, esos son los suizos queseros, y allá están los valdenses que son quinteros o los *pichoneros*, que son los rosarinos". Pero es una rivalidad de tipo "entre ciudades", no es una cuestión que llega a discriminar. O sea, el valdense

que viene acá o el rosarino que viene acá no creo que sea discriminado por no ser de Nueva Helvecia. Tal vez sí por una cuestión de rivalidades (fútbol o pertenencia a la ciudad), pero no por una cuestión racial, política o social.

El tema político es otra cosa. Yo, como argentino, vengo después de la dictadura, y quizá, el tema político merecería un análisis aparte. En mi colonia, no lo viví tan intensamente. Yo era joven, me fui joven de la colonia, entonces, uno todavía, a los dieciocho años y del Interior, como que no tiene mucha conciencia política. Pero al venir acá, uno nota que hay resquemores todavía, por el hecho de cómo fue tratada [cierta] gente en la dictadura. La cuestión política del Uruguay, en realidad, se refleja también acá, es decir, los distintos grupos, la gente que se comprometió, la gente que fue recluida. Moreira, por ejemplo, es un tipo que fue sacado de su lugar de trabajo como educador; entonces, queda esa memoria de bronca entre grupos ¿no? Ahí sí se puede notar una cierta discriminación política, la hubo. Pero no sé si eso está dentro del análisis de ustedes.

Entrevistador/a: Sí, digamos que es uno de los emergentes.

Rubén: Es un tema *grosso*, porque eso va determinando rivalidades, odios... Por ejemplo, el tema acá de cuando fue el Centenario, cosa que yo escuché: se formaron dos grupos, una familia y otra, que son unos protestantes y los otros católicos. Son rivalidades, en algunos casos, religiosas, en algunos otros, políticas, en algunos, de familia, de caudillaje ¿no?

Entrevistador/a: ¿Y eso se ve hoy en algunas cosas?

Rubén: Sí, claro, se manifiesta sí en la conformación de ciertas comisiones, en la cuestión de los grupos. Uno nota que a veces hay un pasado que, vos decís: "¿cómo que esta comisión no avanza, cómo es que este tema no se resuelve, o por qué este aspecto no...?". Y porque vos notás que hay una memoria de la familia y hay broncas pasadas, y hay facturas que se pasan. Pero con los hijos va cambiando también, con la realidad social va cambiando, porque, yo qué sé, la dinámica social también de alguna manera va borrando eso, porque los hijos de esas familias van a la misma escuela. Entonces, ya va cambiando un poco la cosa, va desapareciendo. Pero no se puede decir que no hayan estado [las rivalidades] o que no influyan; en algunos casos permanecen.

Entrevistador/a: Bien. ¿Qué has escuchado sobre cuál fue la percepción que tenían los primeros colonos de la Argentina? ¿Sabés si hubo una integración conflictiva o natural, por decirlo de alguna manera? ¿Sabés si se generaron problemas a causa del arraigo al alemán?

Rubén: Yo diría que hubo varios elementos. Primero, [...] la ciudad de Santa Fe; después se trasladan a Esperanza a pocos kilómetros, río de por medio. Y en la comunidad local, criolla, decían: "mirá a estos gringos que vienen con su mentalidad, con su idioma, con su cultura". Entonces, hasta que se asientan y se trasladan a la colonia, y van conformando la vida, se da la confrontación con la cultura local y con la vida local. Eso fue un tema duro porque eran familias pobres, traían sus pocas cosas. Y después, la imposibilidad para conseguir créditos. Muchas veces, explotados. Y muchas veces se les complicaba la vida porque eran *carne de cañón* de las compañías colonizadoras, de las casas bancarias, estaban merced a eso.

Después, allá en Argentina, hubo un fenómeno (diferente del uruguayo), que es el tema de la confrontación con las culturas aborígenes, las culturas nativas. Es decir, allí estaban los indios, allí la tierra era de los aborígenes ¿no? (por más que queramos disfrazarlo), y los tipos vivían ahí. Entonces, los tipos cosechaban, y tenían cabañas. Entonces, venían y les robaban los caballos, las cosas, incluso hasta mujeres [los indios]. Fue muy *confrontativo*, no hubo diálogo de cultura, porque eran indios muy bravos. Era la zona de los mocoví: Mocoretá [localidad argentina]. Entonces, los suizos los exterminaron, salieron con las armas, salieron con expediciones a exterminar. Y los han matado, los han expulsado más hacia Chaco, más a la zona del Interior, pero con grandes matanzas.

O sea, hubo una confrontación cultural muy, muy fuerte. Quedan las leyendas todavía de cuando, cansados, salían a buscar a las mujeres o salían en expediciones a exterminarlos. Y bueno, hoy quedan hijos de esos aborígenes en las familias suizas, y permanecen familias de indiecitos que no se animaron a matarlos. Era una matanza terrible; colgaban en la plaza las lanzas con las cabezas de los indios para escarmentar. Fue tremendo en ese aspecto. El diálogo con Santa Fe, no tanto, había una rivalidad, pero luego se instalaron en la colonia, les vendían manteca, etc., y bueno, más o menos se estableció [un vínculo] porque había una relación comercial. Pero con los nativos fue muy dura la cosa.

Entrevistador/a: ¿Y te has encontrado con relatos históricos acá en Nueva Helvecia con las mismas características?

Rubén: No, porque es diferente. Me da la impresión de que acá no había nada de eso, porque parte del relato que tenemos de la venida de la gente de Nueva Helvecia hablaba de que existía una milicia que cuidaba la "frontera". Y después había unos relatos de algunos enfrentamientos... Ah el episodio de Bion y toda esa historia... Termina con el episodio de Bion, pero como que de antes no hemos encontrado mucho rastro de otro tipo de enfrentamientos, porque hay que acordarse de que en esa época las guerras civiles en el Uruguay eran una constante. No, no he encontrado mucho. Incluso, cuando venían los pastores desde Montevideo y los sacerdotes de Rosario, y hacían crónicas y eso, como que era una viña muy cerradita, era una colonia muy tipo *gueto*, no querían inmiscuirse mucho. Pero no tenían otra. Pasaban las oleadas de ejércitos o de bandas o de grupos militares, y ellos se plegaban o no. Pero no hay mucha memoria de cómo se relacionaban con los valdenses, ni tampoco de cómo se relacionaban con Rosario. Me parece que la vida de los suizos acá era luchando por sobrevivir, por construir sus ranchitos y hacer sus chacritas. Me parece que era una cosa muy interna. Y bueno, si venían los pastores o los curas hacían servicio. Y [tenían] relación con la Administración, por los créditos, para conseguir herramientas y por las deudas. Y bueno, eso obviamente incluía la sequía, la cuestión de la crisis bancaria de la compañía Siegrist y Fender; evidentemente tenían problemas. Puede ser que haya sido muy hostil la cosa, tuvieron que remar con muchas cosas. Pero, quizá, menos violenta que aquella [se refiere a la colonia en argentina]. Si la comparo con aquella, me parece que era... Allí estaba la cuestión de la supervivencia, la cuestión de que venían oleadas, pero acá tal vez también tenían matones que robaban animales, y venían los loros y les comían las cosechas...

Entrevistador/a: Teniendo en cuenta que vinieron engañados, porque no sabían cómo era Uruguay ni Argentina, con una propaganda exagerada, ¿qué sabés vos sobre la percepción que tenían ellos una vez que llegaron? No sé, en cartas...

Rubén: Habría que repasar bien las cartas... Hay dos cuestiones. Una es la cuestión propagandística (ese es un filtro o un lente); como que quizá muchas cartas están exageradas en cuanto a lo idílico de acá, para lograr que así vinieran más, en especial [por parte de] los dirigentes de las colonias, para presentar un panorama... Y la otra es una cuestión de orgullo, porque los tipos venían acá y escribían para allá. Es decir, para que no se preocuparan los que estaban allá o para que vinieran o para que las familias también vinieran, entonces, se presentaba algo más idílico. Pero, en general, yo me imagino a los tipos allá arrinconados, con pedacitos de tierra, con miedo y con poca posibilidad de desarrollar la agricultura, y ven esto acá... Acá tenían tierra, viste, extensiones de tierra, agua, leña, animales, pájaros.

Es decir, dentro de todo hay que ver que en las guerras religiosas millones de personas murieron. [Con] los conflictos que hubo para conformar Suiza, la Revolución Industrial, apiñados los tipos en las ciudades, la pobreza, digamos, esto también debe haber sido un paraíso, de alguna manera. Un lugar tranquilo, a pesar de todo. Y aparte, allá en Argentina, la Pampa, un lugar con tierra muy fértil. (Recién ahora están tirando fertilizante, pero porque las compañías agroquímicas los obligan a tirar). Pero piensen en la posibilidad de desarrollar la agricultura y de vivir de los productos de la tierra, el agua... A mí me da la impresión de que los tipos estaban viendo un futuro impresionante, pese a las dificultades, la sequía, los loros, las guerras internas. Pero comparado con allá...

Entrevistador/a: ¿Y vos crees que esa historia, ese bagaje los hace tener una percepción diferente hoy a sus descendientes o a los habitantes de las colonias, tanto de allá de Esperanza, como de acá Nueva Helvecia? Es decir, diferente a la percepción de la Argentina en general o del Uruguay en general.

Rubén: Yo creo que cada colonia quiere desarrollar su mundo, es decir, cada cultura quiere repetir ese mundo cultural, es decir, trasladarlo acá. Se transplanta acá; eso es evidente ¿no? Vos traes todo tu bagaje cultural. Cuando se analiza sociológicamente a nuestras Iglesias, por ejemplo, a las Iglesias evangélicas de acá, protestantes, que emigran con los emigrantes, se habla de "Iglesias de transplante". O sea, es como que se transplanta una fe, una cultura acá, y acá adquiere características propias, pero muy determinadas por lo que es la cultura propia. Entonces, es como que querés desarrollar un modelo de vida cultural europeo, pero enraizado con la realidad social, política y económica de acá ¿no? Evidentemente, los tipos querían traer la Suiza o la Alemania a Santa Fe o a Uruguay, y hacer la Nueva Helvecia acá. O sea, hacer una nueva colonia. Y allá también, en Esperanza. Los Humboldt le ponen de nombre a mi pueblo Humboldt, por Alexander von Humboldt, y vos decís: "mirá, un pueblito de Santa Fe, Humboldt".

Entrevistador/a: Bueno, ahora una preguntita como para salir un poco de lo histórico. ¿Cuál es tu sentimiento de pertenencia respecto de Suiza? ¿Y cuál es tu percepción del relacionamiento existente entre los descendientes y Suiza?

Rubén: Bueno, vos como hijo de inmigrante no te sentís europeo del todo, porque ya sos séptima generación. Sos argentino, sos uruguayo. Pero evidentemente tenés cosas, tenés una nostalgia, tenés un: "ah, qué lindo alguna vez poder ir a Suiza, ver dónde nació x y buscar los orígenes. Pero ¡pucha! yo soy argentino, soy uruguayo, nací acá y mis hijos son estos, y voy a

vivir acá". Entonces cuando vienen y [...] te critican algunas cosas de la colonia y te dicen: "ah, mirá cuánto falta" o "mirá esto". Bueno, pero al fin y al cabo nosotros hemos sido expulsados de allá, hemos venido con una mano atrás y otra adelante. Les hemos solucionado un problema poblacional a Europa. Y ahora, para volver o por las leyes inmigratorias tenemos que hacer trámites para ser ciudadanos. Qué sé yo, te expulsan. Suiza hace leyes que cierran las fronteras por todo el tema de la pobreza. ¿Cómo es eso? Entonces, [tenés] ese doble sentimiento. Por una parte, yo también soy parte de esa cultura, no puedo decir que no tengo esas raíces. Y me siento también parte de eso. Pero, por otra parte ya soy de acá, y no me vengán a molestar. Nosotros bastante bien hemos desarrollado una vida acá, y a veces mucho más justa que, de pronto, la que desarrollaron ellos con setecientos años de cultura. Nosotros, con ciento cincuenta, más o menos, mal no nos fue. Entonces, no nos vengán a criticar pues quizás puedan aprender muchas de las cosas que nosotros hicimos en estos años. Pero es un doble sentimiento: por una parte orgullo por pertenecer, pero también bronca por cómo nos expulsaron, o por cómo nos tratan, de ciudadanos de segunda.

Entrevistador/a: ¿Cómo se da el relacionamiento, si es que existe, entre las comunidades de descendientes de Nueva Helvecia con los de la región, en este caso, con Argentina o con las comunidades de Brasil? ¿Existe algún vínculo económico, cultural, etc. entre las colonias de descendientes suizos que se instalaron en los países de la región?

Rubén: A mí, lo que me sorprende es que no existe mucha vinculación, aparte de lo que es la música. Van grupos de baile y bandas, pero no existe una vinculación social, ni política muy fuerte. Tampoco yo la he promovido; es un *debe*. Yo podría haber relacionado mucho más [a las comunidades], pero a veces uno no puede con la colonia suiza allá [Argentina] porque son muy parecidas. Entonces digo: "qué raro que allá en Esperanza no haya intercambio en las comunas, en las intendencias", excepto por los grupos de baile que a veces vienen, y los conjuntos musicales que vienen acá a la Fiesta de la Cerveza, y van allá a bailar. Es algo de cultural. Pero no hay un intercambio mucho mayor. Entonces eso, por una parte, me sorprende. Es un *debe*, una lástima. Y con Brasil... A veces van a bailar a Florianópolis o a alguna ciudad de esa zona, donde hay descendientes de alemanes. Pero a veces se busca más a Europa, por una cuestión de "pedir dinero" o por el hermanamiento que se quiere hacer con alguna ciudad suiza. Entonces, yo me pregunto: ¿por qué no se busca el hermanamiento con una ciudad argentina o con una ciudad brasilera? ¿Por qué no es más Sur-Sur, y no tanto Sur-Norte? Parece que todavía esperamos que nos den cosas; es ese sentimiento de mendicidad que es lamentable.

Entrevistador/a: Ya que tú hace dieciocho años que estás acá... A nosotros nos interesa saber algo sobre la cuestión de la conformación de las familias. ¿Cuál es o era el nivel de endogamia en la comunidad? ¿Vos ves que los descendientes de suizos se casen entre ellos o en realidad hay una apertura mayor y eso no es tan así?

Rubén: Al principio fue complicado, y más que nada entre protestantes y católicos, que [...], había una cuestión de: "no te vas a casar con un católico; no te vas a casar con un protestante". Incluso, hubo episodios graves, de familias divididas, de familias peleadas. Incluso allá, fijáte, en la familia mía (es una anécdota) [...] yo lo viví. Mi abuela, por el lado materno, los Weidmann, suizos, tenían dos hijos. Uno de ellos se enamoró de una descendiente de indígena, bien morocha, con unos rasgos bien indígenas, que quedó por alguno de los sobrevivientes de aquellas matanzas. Quedó un indiecito, no lo pudieron matar, entonces se casó con una suiza de la familia que lo adoptó al indígena (San Juan le pusieron de apellido; inventado ¿no?). La cuestión es que sobrevive, se casa, y tiene varios hijos, y una de las hijas se enamora. No los dejan casarse. Mi abuela no quería saber de nada... Se suicidó el muchacho y hubo todo un drama en mi familia. Y cuando nosotros nos casamos con mi señora, vino esta mujer, San Juan, que para nosotros son amigos, entrañables amigos de la escuela y eso. Pero, ¡cómo quedan esos resquemores! ¡Qué fuerte fue eso para nuestra familia! Fue un drama.

Y acá también se dio, entre católicos y protestantes, criollos y suizos ¿no? Pero hoy en día se va diluyendo la cosa, porque ya la corriente migratoria es mayor. Por cuestiones de trabajo se van incorporando otras familias, españoles, italianos... Y entonces, ya la cultura protestante, evangélica ¿qué será?, un 20% o 30% como mucho. Y militantes activos de la Iglesia, menos, un 5%. Y ya no es lo mismo, ya se casan con valdenses, se va perdiendo. En las colonias entrerrianas de alemanes del Volga, eso es mucho más fuerte por el idioma. Porque los alemanes siguieron con el idioma, entonces, el idioma es un factor muy fuerte de cohesión. En las casas se habla solamente el alemán [...]. Los suizos, tanto allá como acá, perdieron el idioma muy fácilmente, tanto el alemán como el francés. Y hablaron el castellano por una cuestión de la integración de ellos mismos [entre sí], porque eran franceses, italianos y alemanes-suizos. El idioma se convirtió también en un factor de mayor integración con la cultura local, pero con golpes. Pero hoy en día eso ya no es tanto, ya hay una integración. La mayoría de los matrimonios que yo he casado son ecuménicos, católico-protestante, por decirlo en términos religiosos. Hay muy pocos de protestantes con protestantes; es ya una extrañeza [risas].

Entrevistador/a: ¿Y la comunidad ha perdido eso de mirarse a sí misma?

Rubén: Yo diría que no es tan fuerte. Persiste todavía, no lo vamos a negar. Es como en toda familia; vos a tus hijos les decís: "¿con quién te vas a casar?, ¿quién es este?". Pero no hay suicidios o gente que se escapa porque se quiere casar. ¡No! Se elabora un diálogo y se comprende, lo que no quiere decir que no haya mirada todavía de... Como en todo grupo humano. Pero no es tan fuerte como, de pronto, debe haber sido en los inicios [...].

Entrevistador/a: ¿Qué importancia han tenido las prácticas religiosas en la conformación de las colonias, y qué importancia tienen hoy en lo que es la vida de las colonias, en la vida cotidiana?

Rubén: Bueno, voy a hablar de acá. Yo creo que cada uno lo mira diferente, que cada uno lo mira desde su ámbito. Yo creo que tuvieron mucho que ver la religión y la fe, como factores frente a la adversidad, frente a la muerte (porque vos ves en los registros y se morían de cólera, de tifus, de tuberculosis...). Para la sobrevivencia, el factor religioso [fue] como un consuelo, como una: "hay que seguir luchando, estamos todos juntos, oramos, alabamos, nos contenemos". En la cuestión de la contención social frente a la adversidad me parece que debe haber sido la religión un factor muy importante. En la cuestión de la conservación de la cultura, también, a través de la música, del idioma... El pastor viene y te habla en tu idioma y quiere mantener esas costumbres, y sigue *dando manija* a todo eso [...]. Si bien por una cuestión del idioma les costó integrarse, vieron todo el tema de la escuela N° 10, con la reforma de Varela, que fue una decisión muy grande. Pero la religión debe haber tenido mucho que ver ahí también.

Hilando más fino, en cuanto a la cultura protestante del trabajo y del ahorro, los tipos *agachan el lomo, le meten y le dan*, y eso porque tenían la historia de fracaso y de guerras en Europa y llegan acá y tienen la tierra. Entonces, *meten y meten*. Hay una cultura protestante ¿no? Bueno, Weber lo vio bien, la relación entre protestantismo y capitalismo. Yo difiero mucho con Weber, porque le hecha la culpa del capitalismo al protestantismo, y no creo que sea totalmente así. Yo creo que hay otras tesis que dicen que ya había organizaciones capitalistas o precapitalistas en otras comunidades, en Inglaterra, en otros lados, y que son los monjes los que desarrollan una forma precapitalista de ahorro. Pero, sin embargo, yo creo que evidentemente hay algo: la cultura de la disciplina del trabajo, el ahorro y de la austeridad están presentes dentro del pueblo, y la religión era un factor importante o, por lo menos, la manera en que se entendía la religión.

Entrevistador/a: ¿Qué papel cree usted que está jugando hoy?

Rubén: ¿Hoy?... Acá tenemos la historia, acá somos referentes por el tema histórico. Tenés los edificios históricos, entonces, sos referente y te consultan, te tienen todavía en la memoria. Y

nosotros también destacamos eso; me parece importante. Por un lado, la fuerza de la historia. Por otro lado, el valor de las ideas [...], lo que es la sociedad no jerárquica, una sociedad donde todos somos iguales, donde todos tenemos los mismos derechos; eso es muy fuerte también en el protestantismo. Evidentemente, el protestantismo rompe con el esquema medieval jerárquico. Para mí es un tema bien socialista. Porque se nos achaca el capitalismo, pero también hay ideas de igualdad, de derechos humanos, de que somos todos iguales y vamos a hacer [sic] una idea común, y vamos a luchar todos por los mismos derechos. Hay una memoria muy fuerte de eso. Por tanto, yo creo que todavía se mira a las instituciones evangélicas. Por ejemplo, el protestantismo tiene su asamblea, donde el pastor es un personaje importante. Pero en el fondo, la que decide es la comisión directiva y la gente; la asamblea puede echar al pastor cuando quiere. Es así.

También, la forma en la cual se lucha y se conserva el hogar de ancianos, la educación de los hijos supone el discurso de fe, pero también es un discurso ideológico de igualdad, de derechos humanos, de compromiso. Entonces, digamos que todavía somos un referente. Por ejemplo, el tema de Parmalat, aquella vez que hubo problemas en la fábrica, y fueron el cura y el pastor, y ayudaron un poco a los gremios a organizarse. Bueno, dijimos: "¡pará! Nadie está haciendo nada, se está vendiendo la fábrica, se cierra la fábrica, se pudre todo acá, ¡pará!". Fuimos nosotros dos, con el cura, y dijimos: "vamos a reunir a los obreros". No hay organización gremial", decíamos en aquel momento. Bueno, hoy en día ya pasaste a un segundo plano, pero en aquel momento fuiste actor frente a los problemas graves. Las religiones, las Iglesias todavía tienen, católica y evangélica, la palabra, tienen el lugar, tienen la referencia. Pero cada vez menos por la cuestión política, por la laicidad, por la cuestión de la educación.

Por ejemplo, la congregación evangélica donó el terreno para la escuela, se lo dio al Estado. Y ahora no podés ni entrar a la escuela (si bien las maestras te invitan, vos estas ahí, mandás a los chicos a educarse y estás en la Comisión fomento). Pero en el fondo, ¡cuidado!, está siempre eso. Vienen a hacer ejercicio acá (refiriéndose al predio del fondo de la Iglesia), a veces vienen a dar clase cuando les falta local. Pero como el Estado: ¡ah, respetar la laicidad! ¿Cómo? Nosotros les dimos todo. ¿Cómo es el tema? No se puede entender. No vamos a hacer proselitismo a la escuela, no somos de ese tipo de gente, no tenemos esa visión, de aprovecharnos. Lo que queremos es el bienestar de la gente.

Todavía en esta pequeña población, con esta conformación y con esta historia, hay una impronta, un respeto, hay un rol que jugar y que quieren que juguemos, bien importante. Y uno tiene que manejarlo muy seriamente, para no caer en injusticias o querer justamente romper la laicidad, por así decirlo. Se debe ser respetuoso. La respetamos [la laicidad], pero tenemos *la palabra* en la conformación de la mirada, en la conformación de la vida. Creo que es importante por los valores. Es diversidad [...]. La Iglesia católica, con su visión del mundo, y los protestantes, con otra visión del mundo, de lo que es la vida social.

Entrevistador/a: ¿Cómo se da la relacionamiento con el catolicismo?

Rubén: Por ejemplo, ¡otra vez: la conformación de una mesa! Teníamos un problema: había algunos casos de gente en situación de calle, en situación de pobreza (a veces pasan por todos lados pidiendo). Dijimos: "no puede ser". Todas las instituciones ayudamos y nos unificamos. Hablamos con el cura, organizamos, y son las dos Iglesias las que convocan a todas las otras instituciones para decirles que vamos a hacer una mesa interinstitucional para atender situaciones de vulnerabilidad social. Vamos a organizar, vamos a hacer una red, para entre todos hacer lo mejor posible (no sólo para dar y hacer asistencialismo, sino para ver cuáles son las raíces del problema, tratar de ayudar más y más organizadamente). Y bueno, con mucho sacrificio lo estamos logrando. Se conformó, seguimos trabajando, y hay todo un proyecto. Entonces, en el trabajo social, en las urgencias, en las necesidades, hay un relacionamiento muy estrecho, un dialogo muy estrecho. En las cuestiones religiosas, bueno, cada uno ha seguido su idea; yo sigo protestante, y él ante el papado. Es la historia. Nosotros localmente no podemos solucionar lo que no solucionan los tipos allá. Vivimos, nos llevamos bien, hacemos celebraciones conjuntos, andamos bien, pero no podemos... Si fuera por nosotros ya sería una sola Iglesia hace años. Pero allá arriba, todavía se siguen peleando por otros intereses.

Entrevistador/a: ¿Cómo se da el relacionamiento con las nuevas Iglesias que han aparecido en la ciudad?

Rubén: Hay muchas. Sí, hay varias, y es complicado, porque de alguna manera son hijas del protestantismo, vienen todas del luteranismo, por así decirlo. Son evangélicas. Al no haber una autoridad como el Papa en el protestantismo, entonces, se van dividiendo, se van produciendo otros grupos religiosos que enfatizan aspectos más particulares: los bautistas, el tema del bautismo; los pentecostales, el tema del espíritu santo; los adventistas, la esperanza de la venida de Jesús Cristo. Y se van conformando grupos. ¿Cómo te podría decir? A nivel mundial y a nivel local se repite lo mismo. Entonces, te miran con cierto resquemor, te miran como Iglesia "madre",

evangélica, pero te critican por decir: "nosotros lo hacemos mejor". Entonces, hay una cierta competencia a veces. Obviamente, por ser menos ellos, son más celosos, buscan más prosélitos, hacen más trabajo, te roban miembros, tratan de convencer gente [...]. Se te va gente a veces, que se engancha en esa Iglesia y vos decís: "¡pero caramba, cuando estuviste acá no hiciste nada y ahora ahí sos Gardell!". Hay como un cierto celo. Pero otra vez: frente a lo de la mesa y lo de Parmalat, nos sentamos y charlamos con algunos grupos; otros grupos ya son muy sectarios, digamos, son muy cerrados, ya no se puede dialogar [con ellos].

Entrevistador/a: ¿Cómo cuál?

Rubén: Y por ejemplo, el grupo de los mormones era en un principio, con los testigos de Jehová, dos grupos con los que no se podía dialogar. Era una cosa imposible. Son "ellos". Por ejemplo, con la Asamblea de Dios, también es medio complicado; y después hay un grupo de Dios es Amor, que no conozco ni quién es el pastor; trabajan allí en barrio y hacen lo suyo, no dan muchas señales. Pero la Iglesia bautista, que está ahí en el centro, a dos cuadras de la Iglesia católica, en Parmalat estuvo en la mesa [refiriéndose a la de vulnerabilidad social]. Tuvo diferencias; a veces se van, se pelean, dependen de los liderazgos también ¿no? depende la forma del pastor, de la comisión directiva, pero hay relación. Con los adventistas también, hay una buena comunicación; nos invitaron para el aniversario ahora. Incluso, hay un dialogo con los mormones también, porque hay trabajadores de Parmalat que se engancharon en el tema; entonces, ya hay un cierto relacionamiento. Pero con los testigos de Jehová, no, con Asamblea de Dios es más complicado y con esta de Dios es Amor está en *standby*.

Entrevistador/a: ¿El relacionamiento con las Iglesias más nuevas es más complicado, más difícil?

Rubén: Sí. Porque es una cuestión sociológica; el grupo más reciente, para reafirmar su identidad, se cierra, y enfatiza sus virtudes: "nosotros somos mejores que aquellos". Entonces, no hay dialogo ecuménico. Cuando ya se sienten más seguras: "soy más grande, ya tengo más historia, tenemos más problemas". Y bueno, dialogamos, ya es más fácil.

Entrevistador/a: ¿Se logra una identificación más fuerte?

Rubén: Es lo que se llama *sectario*, que no es una cuestión despectiva; al fin y al cabo el cristianismo fue una secta al principio. *Sectario* es [un grupo] cuando vos sectorizas hacia un sector con el fin de fortalecer tu identidad y tu presencia; te cerrás estableciendo barreras.

Entrevistador/a: Hablemos ahora de otra cosa. ¿Cuáles son las costumbres y símbolos que se perciben y mantienen desde los primeros tiempos de la colonia? (Aquello que no es adjudicable a una identidad argentina o uruguaya).

Rubén: ¿Las costumbres? Bueno, el culto, las reuniones, las fiestas, ciertos cantos, la cuestión litúrgica, que si bien no sigue siendo igual exactamente, de alguna manera sigue el espíritu de congregarse. La asamblea, la organización, también. Una vez que se establecen los estatutos primarios y la forma de decidir las cosas, por asamblea, por ejemplo, eso es muy fuerte ¿no? Es decir, hay que resolver un tema muy importante y no podemos resolverlo en una asamblea ordinaria, convocamos una asamblea extraordinaria. Yo lo veo hasta en el club Artesanos; quieren resolver algo, por ejemplo, una piscina, hay que hacer una asamblea. No va a decidir la comisión directiva; vamos a llamar a los socios para ver lo que dicen y vamos a resolver entre todos. Eso es interesante, porque no es un caudillo el que dice: "vamos a hacer esto", y arrea, sino que hay un respeto, porque saben que después les van a caer cuando rindan cuenta. Es ese espíritu también de comunidad, de control, de cierta participación en la decisión de las cosas. Este es un tema que se da.

Después, a nivel general, está el tema de la música, que de alguna manera se trata de conservar (aunque no se distingue mucho lo que es música alemana y lo que es música suiza y se mezcla en la radio todo). Pero ese esfuerzo está todavía. O las danzas. A veces yo veo a los chicos... Por ejemplo, vino el presidente del Parlamento suizo el otro día a la escuela 10 [Elías Huber] y le presentaron unas danzas (formaron un escenario para danzar ahí). No sé si tendrán mucha conciencia del tipo de danza. O cuando hacen la Fiesta de la Cerveza, el desfile cantonal, todos con sus trajes y todos se esfuerzan por poner su trajecito y recordar de qué cantón vienen. O los escuditos que ponen en las casas. Ese esfuerzo por pertenecer. ¿Qué más? La Fiesta Suiza, que antes era con bandas. Incluso, hubo un pastor que dijo: "¿cómo no se festeja acá?". Entonces, decidieron empezar, y todavía se hacen tres fiestas. Se festeja más acá que allá en Suiza. Los suizos, cuando vienen dicen: "se pasan todo un mes festejando acá y allá seguimos laburando".

Yo destacaría lo de las asambleas. Después, lo otro es que hay muchas instituciones, hay un panorama institucional muy interesante. Se forma una comisión para discapacitados, se forma una comisión para el cine, se forma una comisión para el archivo y el museo, se forma una comisión para esto o esto otro. Digamos que es gente que labura y *mete* para adelante. Hay mucha

actividad social de grupos solidarios que enfrentan un problema y que organizan y *meten*, la comisión directiva con sus dirigentes y consultan. Ahora, por ejemplo, sobre el tema [...] droga. La directora del liceo dice: "bueno, por favor, tenemos que hacer algo por el tema de la pasta base. Estamos viendo que está entrando". Vamos y llaman a todos, a la Junta local, a todas las Iglesias y a todas las instituciones. Como que hay una mentalidad de *hacer* las cosas, de ocuparse de las cosas. Es interesante. Los tipos, cuando vinieron, al fin y al cabo tenían el Tiro suizo, una de las primeras instituciones deportivas; sociedades de canto, tenían las Iglesias; tenían las asambleas comunales... Ya desde el inicio había distintas comisiones e iniciativas, que llevaron adelante ellos mismos. Y eso creo que se repite, esa mentalidad de progreso, de *hacer cosas*, de *meter para adelante*. Es una mentalidad también en lo estético, evidentemente, con el tema de los jardines y todas esas cosas. Y la quesería es un laburo [...]; [se mantiene] esa mentalidad de hacer productos que viene desde años, la cultura quesera.

Entrevistador/a: ¿Tú ves una revalorización o promoción de todas estas cosas?

Rubén: Sí. El turismo te lo exige, de alguna manera. De pronto se contratan, a veces, a consultoras para que promuevan el turismo, para fortalecer eso. Entonces, los tipos buscan [...] las raíces, y de alguna forma te hacen preguntarte a vos mismo sobre esos valores; y los potencian. Se vuelven a rescatar cosas, que capaz estaban medio frías [...].

Entrevistador/a: ¿En este último tiempo se está viviendo una revalorización?

Rubén: Toma de conciencia, de pronto, de valores, de cosas, y de poder reelaborarlos, de potenciarlos a los fines turísticos y a los fines de la economía.

Entrevistador/a: ¿Podrías desarrollar un poco más el tema del tipo de asociaciones que se construyen, y el grado de cohesión que generan en la comunidad?

Rubén: Hay una doble situación. Por una parte, la gente está cada vez más ocupada, por el laburo, por el tiempo, por lo que es la vida moderna (por el tiempo que te insume no solamente la supervivencia, el trabajo, sino también otros aspectos como la diversión y el tiempo libre). Cada vez hay mayor demanda, y eso se nota a veces en la participación de la gente. No es tan fácil conseguir y completar comisiones. En todas las instituciones hay una cierta crisis [...] [al respecto], de liderazgos. Pero las comisiones están. O sea, de pronto, cuando vos llamás y querés organizar algo, hay una respuesta. Por supuesto, cada vez tenés que hacer un esfuerzo mayor por mantenerlo. Tenés una dinámica institucional, también. Pero yo diría que sí, que [...] cada vez cuesta más conseguir gente comprometida totalmente. Sigue habiendo una dinámica

de mantenimiento de las instituciones antiguas y de creación de instituciones nuevas, y de organizaciones que respondan a demandas sociales muy importantes.

Hay un doble movimiento. La gente se engancha y dice: "estoy en tres comisiones y no puedo más. ¡Pará loco!". Pero los tipos siguen; la preocupación está y algún grupito siempre lo hace, siempre agarra la bandera. O sea, es interesante. Yo no sé cómo será en otros pueblos. Uno ve por televisión que en Rosario, en [Colonia] Valdense, hay también cosas, pero me parece que acá es muy fuerte. Se ha respondido a cosas cruciales con mucha fortaleza y con mucha organización; el cine, el tema de Parmalat, el tema ahora de la droga. Veo que hay una impronta, [...] pero el tiempo de la vida esta, moderna o posmoderna, se acota. Habrá que ver a las generaciones nuevas, a los jóvenes, en qué andan. Yo veo, por ejemplo, en el liceo o acá en la Iglesia, que cuesta reunirlos. Pero si vos los convocás para campamentos o actividades así, puntuales, los tipos vienen. Pero las exigencias de rendimientos escolares a veces los limitan mucho, y [...] las horas en el *cyber*, enganchados en la computadora, resta y deshumaniza; es impresionante. Pero aún así, en el liceo hacen micro-emprendimientos; hicieron un grupo "de servicio" en un merendero, están en la comisión de CADIS, que es la de discapacitados. Es decir, que hay *semillitas*. Pero hay una cierta crisis también, no la vamos a negar. Es decir, hay esperanza, pero es complicado. El problema del alcoholismo, el tema de la diversión y el mundo de la informática están haciendo que la juventud sea menos participativa. Pero esperanza hay. Por ejemplo, en este lugar no es tan catastrófico y los *vagos* se enganchan.

Entrevistador/a: Cambiando de tema. Nosotros hicimos una recopilación de la historia de la colonia y notamos que hay un periodo oscuro, por así decirlo, donde no hay muchos registros, que va desde principios de siglo hasta más o menos el fin de la Segunda Guerra Mundial. Se han tejido historias acerca de la afinidad ideológica con el Nacional Socialismo o con movimientos fascistas. Nosotros queríamos saber si existió o es una leyenda asociada a la utilización del idioma alemán en la región y a la conocida ascendencia suizo-alemana.

Rubén: Sí, hubo y debe haber todavía. Como yo soy antifascista y antinazi... Pero nuestra Iglesia, particularmente, es una Iglesia suiza, aunque con raíces alemanas muy fuertes. Entonces, hubo grupos que abiertamente adoptaron una posición nazi, sí, sí, sí. Esto, incluso, tiene algún tipo de derivación en lo que viene después en la dictadura. Yo no puedo hablar tanto porque no estuve, pero soy alguien que puede contar *ecos* [...], porque esas cosas evidentemente se ocultan. Por ejemplo, el tema de Mengele, cuando pasa por acá; todavía estamos buscando los registros, si se casó en la Iglesia o no se casó, por dónde pasó, con qué

familia. Pero evidentemente, el tipo debió pasar, pasó. Entonces, hubo una red de gente que evidentemente lo recibió y, por tanto, algo había. Por otra parte yo no he rastreado eso y habría que investigarlo en las actas, por ejemplo. Lo que pasa es que en la época de la guerra las instituciones alemanas se cerraron, tanto la Iglesia evangélica nuestra, allá en Alemania, como la que está en Durazno y Blanes, en Montevideo (que fue una entidad que había ayudado a los alemanes en la guerra, como una cuestión de solidaridad; no solamente a los emigrantes que venían, sino también a la gente que era víctima también).

Pues hay que ver que vos podés tener una cierta afiliación, una cierta sintonía con el nazismo, pero te repercutía en la vida. Entonces, los tipos hicieron una caja solidaria...Todas las instituciones alemanas fueron prohibidas, por estar en guerra el Estado. Esta Iglesia [la de Nueva Helvecia] se plegó a la valdense; desapareció como signo evangélico-alemán, pues si no desaparecía. Y tuvo que plegarse a otras organizaciones. Por ejemplo, el signo evangélico-alemán en Paraguay desapareció por estar cuestionado durante la guerra, y después de ella. Evidentemente, siempre hubo movimientos así. En Montevideo hubo pastores que tenían una cierta afiliación política muy definida; otros no, otros se plegaron a la Iglesia confesante. También existió Bongefel y todo el movimiento, que incluso intentaron matar a Hitler. Fue Bongefel un mártir, que termina siendo para nosotros un referente.

Pero no se puede negar que hubo una muy fuerte simpatía en mucha gente y, en algunos casos, de parte de los líderes, sobre el tema de la raza aria, de la misión contra los judíos. ¿Qué magnitud tuvo? ¿Qué proporción? ¿Cómo perduró en el tiempo y si perdura todavía? Yo no lo puedo imaginar. Uno, a veces, en conversaciones, logra percibir (y más con la gente más vieja) ciertas frases de antisemitismo. Pero están ahí. Como que uno dice: "este tipo realmente dice eso porque lo piensa o es un *tarado* que realmente tiene una visión...". Pero, por suerte, son mínimas. Y al contrario, digamos que a nivel oficial, y a nivel del discurso, [...] de la ideología, y a nivel de lo que es la visión teológica-ideológica, éstas cosa son criticadas; no negadas porque es parte de nuestra historia, pero sí trabajadas con los chicos acerca de la discriminación. No puede ser que si hablamos de que somos hermanos y hablamos de una fe y hablamos del amor al prójimo [haya discriminación]. La discriminación es un tema que no puede entrar: entra en contradicción absoluta.

Pero queda un resabio en la gente más vieja y los jóvenes, a veces, se *enganchan*. Porque, por ejemplo, ante la famosa leyenda de que, debajo del monumento a los fundadores, hay una

bandera nazi enterrada [...] los gurises a veces se enganchan y dicen: "tenemos una esvástica". "¿Qué tiene una esvástica? ¿Vos te das cuenta lo que es una esvástica? ¿Te das cuenta lo que significa eso?". Y "ji, ji, ji". "Bueno, agarrá la Encarta, leé y mirá lo que fue Hitler, el asesino que fue, los millones de personas que mataron los nazis. ¿Qué valores estás sosteniendo? No es un jueguito hacerse una esvástica, no es cualquier cosa, es un símbolo de muerte". Entonces, se enganchan en alguna cosa, como a veces pueden enganchar a un neonazi en Montevideo. Se disfraza alguna cuestión y se exagera alguna otra cuestión patológica. Me parece que va por ese lado.

Entrevistador/a: ¿Tienes alguna anécdota que nos puedas contar de esa época?

Rubén: Por ejemplo [...] durante el proceso de la guerra, hubo familias que fueron radiadas de la congregación porque eran franceses, o porque de pronto tenían una ideología más progresista, más socialista; ellos fueron los que vinieron a tocar la campana acá cuando terminó la guerra. Ese tipo de confrontación [hubo]. ¿Qué otra cosa más? Después, las conformaciones de las "listas negras", en la época de la dictadura también [...]. ¿Cómo se conforman las listas negras acá en la dictadura? ¿Quién las hace? ¿Con qué mentalidad se hacen? ¿Es solamente una cuestión de derecha pro-militar o hay raíces nazi-fascistas que ahí confluyen, que emergen de vuelta? Pero yo no te puedo decir, yo no viví esa época. Son todas oídas. Yo he escuchado cosas, relatos... Están las personas, pero no puedo decir fehacientemente nada porque yo no viví esa época. No me estoy *borrando* en esto, pero uno tiene que ser objetivo también, porque uno puede *quemar* a alguien que no tiene nada que ver.

Entrevistador/a: ¿Y corre el mito de Mengele?

Rubén: Y siempre surge de vuelta, porque se identifica siempre a las instituciones alemanas y acá son mayormente suizos, si bien son suizos-alemanes. Suiza se mantuvo *neutral* en la guerra; lucró con la guerra. Pero a veces se confunde lo germánico con la cultura de acá [haciendo referencia a Nueva Helvecia]. Estuvo [involucrada] y no se puede negar, pero yo no sé si realmente eran una mayoría. Para mí que eran un grupúsculo que en determinado momento pudieron tener mayor o menor influencia, pero en su gran mayoría, digamos, la gente no apoyó, no estaba involucrada en eso. Como en toda sociedad hay grupúsculos que se enquistan en organizaciones que mantienen su ideología.

Entrevistador/a: En Argentina, ¿cómo se vivió ese período?

Rubén: Y también, en algún momento se embanderó [con la esvástica]. Hay fotos por ejemplo. Lo que pasa es que la esvástica era la bandera oficial del Estado alemán en aquel momento. Pero yo tengo fotos de la Iglesia embanderada con la esvástica. Esas fotos asustan. Pero vos decís: "¿en qué andaban estos locos?". Pero ese era el emblema oficial. Pero, ¿por qué embanderan la iglesia? Y existía, sí, la mentalidad alemana de la raza fuerte, del emigrante fuerte que viene a colonizar, siendo fomentada, a veces, por ciertos pastores de afiliación nazi. Bueno, hizo estragos, fue muy dura. Hubo iglesias evangélicas que, en Chile, por ejemplo, se dividieron (hay dos iglesias luteranas). Y más con Pinochet; hubo un momento en que se dividieron en grupos pro Pinochet y en contra de Pinochet. Acá se supo mantener la unidad, timoneándola [...]. Si hubieran sido los grupos pro nazi, que estaban en el poder, los que hubieran quedado, pienso que hubiera sido terrible. Pero no. La tendencia más fuerte, ideológica, que gana, es la tendencia de Bongefel, de la Iglesia confesante. Es la Iglesia que se opone al régimen nazista. Ha sido la mayoría y la que timoneó la cosa.

Entrevistador/a: ¿Esta posición les permitió sobrevivir a lo que fue la *barrida* de organizaciones que estaban en una posición más comprometida?

Rubén: Sí, totalmente. Es más, se combatieron. Si bien Perón protegió mucho todas las leyendas de los nazis, igual, las campañas fueron muy fuertes después de la guerra. En la historia hubo persecuciones muy fuertes a las entidades alemanas. Esta es, más o menos, nuestra historia. Más que una leyenda negra es una realidad oscura y tremenda de nuestra Iglesia. Es así, no se puede negar.

Entrevistador/a: Es muy rica la visión post y la búsqueda de perspectiva...

Rubén: Claro. El rescatar tipos como Bongefel y personas que han sido opositoras. En la Facultad de Teología se insiste en ese pensamiento, se estudia la manera en que él desarrolla la resistencia en cautiverio. Es después eso que se hila con la dictadura también. Es como vivimos nuestra fe, en oposición a un régimen dictatorial, con las mismas raíces, con la misma mentalidad exterminadora de gente, de desaparecidos. Entonces, nuestra Iglesia protestante tiene un compromiso histórico muy fuerte con los Derechos Humanos. Han creado organizaciones de Derechos Humanos. Por ejemplo, las Madres de la Plaza de Mayo, en Argentina, se reunían, junto con Adolfo Pérez Esquivel, en el aula magna de la facultad nuestra. Una vez quisieron incendiar la facultad. Es decir, nosotros hemos tenido, en la época de la dictadura, que luchar muy fuertemente, con resistencia, para mantener una Universidad Evangélica Protestante (que tenía una de las mejores bibliotecas teológicas de Latinoamérica,

como un ámbito de reflexión libre, de libre pensamiento, donde podías leer a Marx, donde podías hablar de Sociología, ¡en la dictadura!). Eso no fue fácil, hubo infiltraciones... Y las organizaciones de Derechos Humanos, lo que es SERPAJ o lo que es el CEDU en Montevideo, junto con sectores católicos progresistas, mantuvieron la cuestión de los Derechos Humanos con mucha fuerza. Eso no se sabe, digamos, pero hubo una resistencia y una organización muy fuerte.

La visión teológica que nosotros tenemos en la formación es la Teología de la Liberación. Sin duda, es una teología comprometida con los Derechos Humanos, contra todo tipo de dictadura. Entonces, te imaginaras cómo leemos esa historia, la del fascismo y el nazismo. Investigamos, por ejemplo [...] ¿qué ideas tenían los pastores? ¿Dónde estaban? Y vos descubriste cada cosa que decís: "¡fa! ¿Este tipo predicaba el domingo? ¿Qué cosa predicaba? ¿Cómo puede pararse para hablar de Cristo?" Terrible, cosas impresionantes. ¿Cómo una cultura y una visión racista puede contaminar y permear todo? Y ¿cómo puede influir en la gente, que tiene el orgullo de ser colono, por emigrante, de ser alemán de la raza aria? ¿Cómo puede? Por algo, en gran parte de Alemania, la Iglesia evangélica tuvo muchos pastores que sostuvieron al régimen. Fue tremendo. Fundamentalmente el luteranismo, porque Lutero habló mucho contra el judaísmo, por el tema de la usura y todo eso. Se opuso mucho. Entonces, ahí hay raíces. Pero claro, fuera del contexto histórico, nada que ver...

Sonia Ziegler

* Sonia Ziegler es historiadora especializada en la ciudad de Colonia Suiza. Es autora del libro *La primera escuela de Colonia Suiza*.

Entrevistador/a: Lo primero que nos interesa que nos expliques es por qué vino tu familia, en qué época, más o menos, quiénes vinieron y de qué zona, cuáles fueron las causas de su inmigración...

Sonia: Yo tengo, por tres cuartas partes de mis orígenes, sangre suiza, y en un caso, haciendo una pequeña abstracción, es austriaca (fueron parte de los colonos fundadores de la Colonia Suiza). Los que llevan mi apellido, que son los Ziegler, vinieron del cantón de Trugovia, del círculo del cantón. El que es de la otra parte, que no es suiza, que es italiana, es de Piamonte (pero sobre eso después te cuento). Primero vino mi bisabuelo, solo, con el primer grupo, en noviembre de 1861, y después vino el resto de la familia. Eran suizos de la zona alemana, que está al noreste de Suiza, en la frontera con Alemania.

Entrevistador/a: ¿Podrías decirnos algo acerca de las causas?

Sonia: Bueno, las causas de mi familia son comunes a las de los demás suizos; yo no escuché nunca relatos de mi familia como inmigrantes.

Entrevistador/a: Nosotros queríamos también saber si los motivos de tu familia coincidían con los generales, si había una o varias causas que fueran comunes a todos.

Sonia: Las razones fundamentales fueron económicas, fundamentalmente por los problemas ocasionados por la Revolución Industrial, que también llegaron a suiza y generaron miseria (además de que en otros cantones produjeron otros efectos). Pero en esa zona fundamentalmente todo lo que fuera trabajo textil estaba muy desarrollado, con el cual una rama de mi familia (no los Ziegler, sino otra) estaba directamente vinculada.

Entrevistador/a: ¿Cuál es tu sentimiento para con Suiza y para con Uruguay? ¿Te sentís más suiza que uruguaya o más uruguaya que suiza?

Sonia: No, no. Yo soy uruguaya. Pero en general se ha conservado bastante, colectivamente en Colonia Suiza, muchas de las tradiciones. Y a mí, particularmente, como descendiente de inmigrantes, me interesa conservarlas. Me interesa poder servir de nexo entre esas generaciones de inmigrantes y las nuevas generaciones de descendientes, tanto si viven en Colonia Suiza

como que viven en otras partes. Quizás, si viven fuera de Colonia Suiza, con más razón todavía, para mantener unida la descendencia. Mi sentimiento con respecto a los inmigrantes, y a Suiza en particular con respecto a los inmigrantes, es de admiración, porque yo creo que es admirable encontrarse en situación de miseria, en una situación con graves problemas económicos y optar por dejar la tierra donde habían vivido varias generaciones (lo cual en Suiza es muy importante, todo lo que es conservación de las tradiciones, en general; el campesino se aferra mucho a la tierra y conserva más las tradiciones que el que vive en lugares urbanos). Entonces, el hecho de vivir en valles, muy apegados a la tierra, después de varias generaciones, viviendo siempre en el mismo lugar y dejar ese ámbito tan familiar y cruzar el océano –que aparte de ser una aventura en esa época, porque lo hicieron en veleros, suponía también un desafío importante para gente que no conocía el mar, arriesgarse a venir a un país del cual prácticamente no conocían nada, con una geografía tan distinta– [es muy respetable]. Nuestro relieve no tiene nada que ver con el suizo, el clima no tiene nada que ver con el suizo, cosas además que quedaron en evidencia en la forma en que construyeron sus viviendas, en la forma en que organizaron su vida.

Yo lo que siento es un profundo respeto, pero además una gran admiración por haber sido capaces de emprender una aventura como esa y además construir una colonia aquí, que les permitió conservar muchas de sus características. Yo diría que hoy todavía quedan muchas de las características de los suizos vigentes en la Colonia Suiza, esos caminos nuevos... Para mí es admirable.

Entrevistador/a: Queríamos saber si tienes idea, más o menos, de cómo fue el proceso de integración de la Colonia Suiza a la sociedad uruguaya: ¿difícil, complicado o natural?

Sonia: Bueno, la integración con la cultura del Uruguay fue difícil. Difícil por las propias características del grupo que vino, producto de la diversidad cultural de Suiza. En Suiza se hablan cuatro idiomas: alemán, francés, italiano y romance; ya ahí hay una diversidad importantísima. Piensen ustedes que toda la diversidad de allá se trasladó aquí. Y esta diversidad estaba enriquecida todavía por una cantidad de dialectos; particularmente, entre los alemanes y los suizo-alemanes se habla el dialecto suizo-alemán, pero no se puede hablar de "el dialecto", porque cada valle prácticamente tiene un dialecto diferente. Trasladen todo eso aquí, en un grupo de seiscientos habitantes, que era más o menos lo que había al principio. Y si tenemos una diversidad lingüística tal, en seiscientos habitantes metidos en un país donde se habla otra lengua, que no tiene nada que ver [...], ya ahí hay una dificultad evidente de

integración. La comunicación verbal y, por supuesto, la escrita se dificultaban enormemente. Quizás esa no haya sido la única.

Yo, particularmente en ese libro, *La primera escuela de Colonia Suiza*, trato el tema de las dificultades que les ocasionó particularmente el idioma alemán, que era el más hablado, porque la mayor parte de los colonos hablaban alemán. En los cantones alemanes se domina el alemán, pero en los cantones franceses, que también los hay, generalmente son bilingües; se habla francés y se habla alemán. Por lo tanto, el idioma alemán predominaba entre los colonos de los cantones alemanes, y de los colonos de los cantones franceses además vinieron alemanes del sur de Alemania, vinieron austriacos que hablan alemán, y franceses de Alsacia, (Alsacia fue una zona de disputa entre Alemania y Francia) que por supuesto pronunciaban alemán. Entonces, el alemán fue la lengua que adoptaron para sus asambleas, que esa es una forma cultural en el ámbito político, es decir, el establecimiento de asambleas entre los colonos para organizarse, para resolver problemas, para establecer el reglamento de funcionamiento de la colonia, para nombrar autoridades. Trasladaron también el sistema político, todo eso los convirtió en...

Yo tengo el documento, en ese libro [*La primera escuela de Colonia Suiza*] de un inspector departamental que habla de ellos como una "elite de extranjeros". Eran algo especial, metido en el campo (piensen ustedes que estamos hablando de 1860, 70, 80), era una zona totalmente despoblada, eso era campo, campo total. Así que el hecho de [...] [venir] ahí, no les daba muchas posibilidades de socializarse; si además tenían tantos inconvenientes, obstáculos para la integración, con más razón. La comunicación fue, primero, con la población más antigua que había en la zona, que eran los arios; ahí sí se hablaba español, aunque había inmigrantes franceses, pero se hablaba el idioma español, y a través de los años fueron integrándose.

Hasta que con la reforma vareliana (y estoy hablando de 1877) la escuela [...] que había, que era una escuela privada alemana, sirvió de base para que allí hubiera una escuela de carácter nacional, lo cual implicaba pasar del idioma alemán al español. Y ese fue un cambio radical, que cambió radicalmente la colonia, y allí empezaron a integrarse. El hecho de pasar a hablar el idioma español fue un umbral; a partir de ahí empezaron a integrarse, se puede decir; lo digo yo, que para mí hay un triple nivel de integración. Una integración local: hoy estamos hablando entre personas de orígenes diferentes, hoy, en Colonia Suiza viven personas que no tienen nada que ver con los suizos, que vienen de otros orígenes. Pero ahí todo el mundo se integra, e incluso

gente que no es de origen suizo participa en los festejos cuando hay música suiza y fiesta suiza participa (o sea, no hay diferencias).

Pero hay, además, una integración a nivel regional. Allí hay varias poblaciones próximas: En lo que se llama la región del Rosario está Nueva Helvecia; está Colonia Valdense, que tiene un origen bien distinto, cerca, muy cerca, tiene un origen muy diferente; está La Paz, que también forma una unidad con Colonia Valdense, Rosario; se puede incluir Juan Lacaze, que es una población distinta también, de origen diferente. Todas esas pequeñas ciudades forman una sociedad regional que tiene un relacionamiento muy intenso, una integración muy buena en muchos niveles, que ha sido muy fructífera y que no ha impedido que Rosario mantenga sus características como Rosario, Nueva Helvecia, las suyas, Colonia Valdense, las suyas y Juan Lacaze, las propias. O sea, tienen características diferentes pero están íntimamente relacionadas. Y aparte, [existe una integración] a nivel nacional, al cual todas [las localidades] pertenecen, y nadie se desentiende de ese vínculo. Yo diría que se ha pasado de un proceso de integración, que resultó muy difícil al principio, porque primero tenían que lograr una relación interna, a un presente en el cual la integración tiene muchos matices y es muy importante.

Entrevistador/a: Y en ese proceso de integración ¿podrías destacar tres características con las que los suizos hayan contribuido a la sociedad uruguaya, aportes que los suizos hayan dejado en la cultura uruguaya?

Sonia: Un ejemplo, que para mí es muy importante, es la participación social. Si hay una cosa que caracteriza a Colonia Suiza es el funcionamiento de una cantidad de instituciones con diferentes objetivos, diferentes propósitos, [...] integración destina; algunas tienen instituciones a su vez y son mantenidas por el pueblo. Es decir, les pongo un ejemplo o dos. En Nueva Helvecia, la biblioteca popular y la Casa de la Cultura, que son dos instituciones distintas, no son municipales, no las sostiene la Intendencia, como es común y corriente. Son instituciones privadas, sostenidas por socios, regidas por socios. Y no es que la población de Nueva Helvecia no necesite aportes, por ejemplo, de la Intendencia, que muchas veces colabora, sino que surgieron por iniciativa popular y se han sostenido. Es la gente la que participa y trabaja. Esa característica de participación, de sostén de actividades sociales, es típica de Colonia Suiza.

Otra [característica] que es muy importante es la forma de resolver los problemas, que está directamente relacionada con la anterior. El hecho de tener instituciones hace que los problemas con los cuales se enfrenta la comunidad, cualquiera sean, la comunidad busque resolverlos

dentro de sí, lo cual no significa que no pretendan sensibilizar organismos, instituciones de carácter nacional que estén directamente vinculadas con el problema. Una tercera característica, (hay varias), pero yo creo que la que elegiría sería una especie de amalgama entre tradición e innovación. Hay muchas cosas que se conservan y se tratan de mantener porque fueron propias de los inmigrantes, pero también es una comunidad que está abierta a las innovaciones y siempre han tenido como característica la de abrir caminos nuevos. Introducir la agricultura aquí, en el siglo XIX, era toda una innovación. El cultivo de la tierra no existía; presupuso traer una forma de producción, que no dejó la huella que dejó en Argentina, donde se fundaron muchísimas colonias de origen suizo, que tuvieron un desarrollo fuerte, como en Santa Fe. Innovaron también desde el punto de vista de la economía, con la introducción de la quesería. O sea, cuando vieron las dificultades que suponía la agricultura en un país con un clima como el nuestro, probaron con la quesería, introdujeron algo que acá tampoco se conocía como producción. Eso ha marcado la zona del departamento de Colonia, pues a la gente de Nueva Helvecia nos conocen como "los queseros".

Volviendo un poco al tema de las instituciones ¿Qué otras instituciones, aparte de la biblioteca y la Casa de Cultura, son importantes para los que viven en la colonia?

Sonia: Acá va a surgir un tema interesante. Hubo una época en Colonia Suiza en que había disputas internas (siempre hubo liderazgos, desde todos los tiempos), entonces, se hacían bandos que se peleaban. Pero hubo un año en que las disputas llegaron a un grado extremo, y en 1961 y 62, cuando se iba a celebrar el Centenario de la colonia, se llegó al extremo tal de que, para elegir la comisión que iba a organizar los festejos del Centenario, se hicieran dos bandos; se sometió a elecciones, además, con campaña electoral. Una cosa muy fuerte. Había ahí dos líderes que no transaban, así que entorno a ellos dos se generaron dos corrientes opuestas.

Dada la situación, un grupo de gente joven decidió que esas cosas no se podían repetir más, fundando un grupo que se llama movimiento Nuevas Generaciones, que incluso hoy tiene un edificio propio, una sede propia, que es donde funciona la biblioteca, los Leones, los rotarios, el grupo del medio ambiente, se dan clase de idiomas, se hacen cursos, hay una sala donde habitualmente se dan conferencias. Es un grupo de mucho peso, y se va renovando con gente joven. Hace una fiesta anual, que es la Fiesta de la Cerveza, en diciembre, y con el dinero que se recauda hacen obras diversas durante todo el año, atendiendo las necesidades de Nueva Helvecia. Esto lo menciono porque es una asociación muy importante, y que surgió atendiendo a una problemática específica de Nueva Helvecia.

También existe un grupo de ayuda al hospital, uno de ayuda a la Policía, asociaciones de productores de leche, un centro regional de cultura, una sociedad de fomento rural, centro comercial. Lo interesante es que todas las instituciones funcionan coordinadas por una institución que está por encima de todas ellas, que se llama Fuerzas para el Fomento y Desarrollo de Colonia Suiza. Cada tanto tiempo se hacen unos plenarios, en los cuales intervienen representantes de todas las organizaciones, y trabajan en conjunto para evitar hacer esfuerzos que se contrapongan unos con otros. Cada comisión tiene un objetivo específico y no se entrecruzan.

Entrevistador/a: Y las Iglesias, ¿qué papel juegan en la integración?, porque tenemos entendido que la mayoría son protestantes, pero que no es una amplia mayoría.

Sonia: No es mayoría, tampoco. Los que vinieron, así como traían las diferencias idiomáticas, las diferencias religiosas vinieron. Pero era algo bastante repartido. En sus orígenes, hubo diferencias, enfrentamientos, entre católicos y protestantes. Durante bastante tiempo funcionaron con muchas dificultades. A fines del siglo XIX apareció la Iglesia adventista, que construyó su primer templo en el Uruguay. Lo cierto es que hoy se puede decir que en una población que está entre diez, doce mil habitantes, hay iglesias y grupos religiosos de todo tipo. Hay un monumento a la Biblia. Pero lo importante no es que sea un monumento a la Biblia, sino que se hayan unido todas para hacerlo, lo cual demuestra una actitud bastante particular.

Entrevistador/a: ¿Cómo es la integración de los descendientes suizos? ¿Los matrimonios son endogámicos, entre descendientes, por la región...?

Sonia: En ese sentido, creo que Nueva Helvecia tiene los problemas y las soluciones que tienen todas las poblaciones. O sea, la gente de Nueva Helvecia se casa con gente de cualquier parte. En los orígenes, por ser una colonia cerrada, los hijos de colonos se casaban con hijos de colonos o los nietos de colonos se casaban con los nietos de colonos. Pero eso ya pasó.

Entrevistador/a: Otro tema: el económico ¿Cuáles son las principales actividades a las que se han dedicado los colonos?

Sonia: Y bueno, fundamentalmente es una zona lechera; en algunos casos producción de leche solamente y en otros producción quesera. Hay muchas pequeñas queserías en el entorno de Colonia Suiza. No sólo empresas grandes como Ecolat (lo que era Parmalat), sino que hay otras medianas, y casi empresas familiares. Está Magnolia, Turalia, Edelbeis y pequeñas fábricas de

productos lácteos. Eso, digamos, sería lo propio de la zona. También hay producción agrícola, aunque en menor escala, y también hay ganadería y algo que fue propio de la colonia, que fueron las granjas. Se criaban animales de campo, se ordeñaba y se hacía queso, se criaban aves, se producía miel, quintas frutales, huerta, se hacían dulces, embutidos, prácticamente todo lo que era necesario para la alimentación. Y esto tiene mucho que ver con la forma de vida en la montaña. Yo todavía hago dulces y conservas, aunque en mucho menor escala; pero es común y corriente que las mujeres hagamos conservas, que carneen una vez o dos al año para hacer chorizos, queso de cerdo, *ledeus*, todas esas comidas de cerdo que son típicas también de la zona.

Entrevistador/a: Esas actividades ¿cómo crees que influyeron a nivel regional o bien a nivel nacional, como por ejemplo, la cultura lechera?

Sonia: Bueno, hoy es un rubro importante de exportación para el Uruguay. Creo que es, a lo mejor, una señal de que fue un *surco* apropiado para el Uruguay y para la industria láctea, ya muy fuera de Colonia Suiza, para empresas que ni siquiera están en la zona. Y creo que muchas de las cosas que yo mencioné también forman parte de una *cultura de campo*.

Entrevistador/a: ¿Tienes alguna idea de cuántos son actualmente?

Sonia: Esa es la pregunta que me han hecho. Es tan difícil estimar una cantidad (yo no me animo a decir ninguna).

Entrevistador/a: ¿Existen vínculos con Suiza hoy por hoy, por ejemplo, en el aspecto económico?

Sonia: Lo primero que te voy a decir es: no. Nosotros, los descendientes, tenemos la sensación de que la mayor parte de las familias cortaron vínculo con la tierra de origen. Hay familias que los conservan, pero son humildes. Vínculos económicos, no hay. Está la cámara de comercio suizo-uruguayo, pero no tiene nada que ver con Colonia Suiza.

Entrevistador/a: ¿Y con las otras colonias suizas de la región, con Argentina?

Sonia: Allí sí, hay cierto vínculo, porque hay conjuntos de danza que realizan presentaciones en diferentes colonias argentinas, colonias suizas y colonias alemanas. También, en Chile y Brasil (son muchas más las alemanas que las suizas). Esos conjuntos de danza son los que mantienen en contacto las colonias suizas y alemanas con nuestra Colonia Suiza. Y cuando se realiza la Bierfest [la fiesta de diciembre], viene la contrapartida, o sea, conjuntos orquestarles o de danza

de las colonias suizas argentinas, sobre todo de la zona de Santa Fe. O sea, el vínculo con las demás colonias es informal, y es netamente de carácter cultural. Hay sociedades suizas en Córdoba, que tiene bastante estrecho contacto con las instituciones de Nueva Helvecia, y con las de Montevideo. Pero, digamos, que es una red que no es demasiado densa ni demasiado activa, pero existe.

Entrevistador/a: ¿Podrías decirnos algo sobre el tema de las costumbres que se mantienen, en la vida cotidiana: de la gastronomía, la vestimenta, de festividades, celebraciones...?

Sonia: Hay una costumbre que la ven en cuanto llegan, que es el uso de los escudos cantonales. En general, cada familia sabe de qué cantón vinieron sus antepasados, y muchas de esas familias ponen el escudito de la familia o los escudos, si son los dos [suizos], en la fachada de la casa. Lo limpio que está todo. La gente hace su huertita, tiene sus frutales, un jardincito, algo verde hay al lado de cada casa. Predominio neto de la clase media; eso sería algo que tienen los suizos en común con el Uruguay. Puedo decir que hasta el 2002 no había extremos, pero ha empezado a cambiar eso.

Todos los años, casi desde que se fundó la colonia, se sigue celebrando la fiesta principal de los festejos entorno al 1º de agosto, que es la fecha de la Independencia de Suiza, que se hace el primer domingo de agosto. Consiste en un almuerzo, baile, coros. También se hace la fiesta que se llama la Fiesta de Víspera, que se hace el 31 de julio: a la medianoche se hace una fogata grande y todo el mundo sale afuera, porque la fogata es una forma de saludo que se utiliza en Suiza en la montaña. Se hace la Fiesta de Víspera y se hacen tres fiestas más. La primera, es la fiesta oficial, digamos, que es la que se hace en un club de Nueva Helvecia, y normalmente es por invitación, y han ido muchas veces presidentes de la República, porque generalmente se invitan autoridades nacionales y departamentales. Pero, además, y esto es lo particular, se hacen dos fiestas en la zona rural, en clubes que están en el campo. Entonces, esas son fiestas bastante más distendidas, donde conservan la música tradicional y las comidas (aunque ahora, en realidad, se hace asado con cuero, que no es tradicional suizo sino muy criollo), se baila música suiza durante toda la tarde.

Otra [característica] tradicional es el desfile cantonal, que se hace en la Bierfest. El domingo de la fiesta desfila cada grupo familiar que desee intervenir, abre el desfile con la vestimenta típica de su cantón. Persisten todavía costumbres en la forma de cocinar (me refiero a la forma de

organizarse, de organizar la economía doméstica, aparte de conservas, dulces, todo eso que ya dije).

Entrevistador/a: Y respecto del uso del idioma, por ejemplo, ¿hoy hablan el alemán?

Sonia: Bueno, los idiomas permanecieron por muchas décadas olvidados, perdidos. No se habla el alemán o el francés o el italiano, pero se está *reiniciando* el aprendizaje de los idiomas por medio de un Instituto de Lenguas.

Entrevistador/a: ¿Este instituto está en el mismo local que el movimiento de las Nuevas Generaciones?

Sonia: No, este instituto funciona en el local del centro cultural.

Entrevistador/a: Respecto a las leyendas, ¿qué no podés contar? Nosotros estuvimos leyendo, por ejemplo, la del "molino quemado" o la del "árbol de Indio".

Sonia: Esa historia se pasa de generación en generación. El "molino quemado", desde hace unos cuantos años, a pesar de que es monumento histórico, estuvo abandonado. Hay muchas historias referidas al "molino quemado"; creo que cada uno cuenta la suya (incluso hay una novela). Colonia Suiza fue una zona turística cuando no había otras zonas turísticas en Uruguay (estoy hablando de 1872), que fue cuando se construyó el primer hotel, el Hotel Suizo. A raíz de eso se construyeron otros hoteles y fue, sobre todo, durante las primeras décadas del siglo XX una zona reconocida turísticamente.

Entrevistador/a: Bueno, ¿hay algún comentario, alguna cosa que te parezca importante resaltar que no nos hayas contado, algo que haya quedado pendiente?

Sonia: Sí: el valor de lo colectivo. Porque hablamos de la participación en grupos de asociaciones e instituciones sociales, pero ésta es la parte [que tiene que ver con] [...] unirse para la defensa de los temas económicos. Lamentablemente, en la década del 90 hubo una crisis y se perdió, pero había lo que se llamaba Sindicato rural, que era una asociación de productores rurales, que se unieron para la producción lechera, pero también para la producción vitivinícola, que fue la que más se desarrolló. Esa asociación se llamaba *Ozark* y hasta la década de los 90 tuvo una muy buena producción de vinos. Era una cooperativa de productores que se unían para lograr mejores precios y mejores productos. Esa institución se perdió, pero hubo otras como la Sociedad de Fomento Rural, que justamente el año pasado cumplió ochenta años, que es una asociación que tiene objetivos similares. Pero no es solamente para producción láctea, sino para

cualquier tipo de producción, ya sea semillas, productos ganaderos, y que incluso hoy tiene un supermercado, que ha ido evolucionando y ha tenido una participación muy importante.

Esto no lo dije: [hemos asistido al] nacimiento de la Escuela Industrial de Lechería, que es la única del país, en la cual salen técnicos lecheros. En otra época, también se formaron maestros queseros, por experiencia práctica. En algunas décadas del siglo XX [la Escuela] fue la única, incluso, que tenía gran prestigio a nivel sudamericano. Era muy frecuente ver en Colonia Suiza peruanos, venezolanos, ecuatorianos, bolivianos, que venían a la Escuela de Lechería a formarse como técnicos. También existen asociaciones de productores de queso artesanal, destacando que es una modalidad de producción diferente al queso industrial (el proceso sigue siendo el mismo que trajeron los primeros colonos, con algunas modificaciones aportadas por la tecnología). Además, [hay] un pequeño museo del queso, que es la casa de los Carlem, que es donde se conserva todavía el *tacho del queso* traído de Suiza. También está el Museo y Archivo Regional de Colonia Suiza, que funciona en la Casa de la Cultura, donde funciona el Instituto de Lenguas.

Entrevistador/a: Yo te quería preguntar... En Montevideo ¿qué instituciones hay?

Sonia: Está el club Suizo y la Sociedad Ticcinesa. Son las dos instituciones que hay en Montevideo, además de la Cámara Suizo-Uruguaya de Comercio, pero ya les digo, es netamente económica

XI. LOS VASCOS

Leonardo Eguiazábal

* Leonardo Eguiazábal es docente de historia y de euskera. Dicta clases de esta lengua en el centro vasco Haize Hegoa y en el Colegio de los Vascos (Inmaculada Concepción).

Entrevistador/a: ¿Sos vasco o descendiente de vascos?

Leonardo: Soy vasco. Las dos cosas. Según el punto de vista con que te conteste soy vasco o descendiente de vascos. Desde el punto de vista de mi identidad, soy vasco; desde el punto de vista de mi lugar de nacimiento, soy descendiente.

Entrevistador/a: ¿Sabés cuándo llegaron tus familiares?

Leonardo: Mis antepasados llegaron a mitad del siglo XIX; mis tatarabuelos.

Entrevistador/a: ¿Tus tatarabuelos?

Leonardo: Sí. Se casaron en el año 1868. Algunos se casaron en Argentina y después vinieron para Montevideo y otros al revés.

Entrevistador/a: ¿Por qué no tuvieron como destino primario el Uruguay?

Leonardo: Una rama sí y la otra no. Unos fueron para Argentina (a Gualeguaychú), se casaron allá y después vinieron para Montevideo. La otra rama sí. Se casaron acá en la Catedral.

Entrevistador/a: ¿Y a qué se dedicaron cuando vinieron?

Leonardo: Se supone que la rama argentina se dedicó al campo, pero tuvo muy mala suerte. Se habla de que perdieron el campo y tuvieron que ir a parar al Cerro, a trabajar en los saladeros. Y nosotros... [La rama uruguaya] también trabajó entorno a los saladeros, no directamente en eso porque tengo entendido que lo que tenían era fonda (preparaban comida para la gente que trabajaba ahí), o sea comerciantes, rubro comercio. Eso es lo que sé. Después los hijos nacieron ahí mismo, entorno a los saladeros. En esa época era el núcleo del Cerro, de la Villa del Cerro. Ahí se quedaron, todos en el Cerro.

Entrevistador/a: O sea que toda tu familia...

Leonardo: Absolutamente toda mi familia es del Cerro.

Entrevistador/a: ¿Qué significa tu apellido Eguiazábal?

Leonardo: ¿Mi apellido qué significa? Bueno, podría ser: la cima del monte o el borde del monte ancho, monte ancho. Es según el lugar. *Egia* significa la silueta del monte y *zabal* quiere decir ancho. Es un apellido guipuzcoano.

Entrevistador/a: Se dice que los vascos practican, por tradición, la religión católica. ¿Estás de acuerdo con eso? Por otro lado, se dice también que conservan creencias paganas. ¿Cómo crees que se articulan las dos cosas?

Leonardo: No, lo que hay dentro del catolicismo es un trato pagano muy fuerte. No es que sean paganos o católicos, sino que el catolicismo se adaptó a lo que había antes, a las creencias de antes. Ahora todo eso (si me preguntás cómo funciona eso en la actualidad allá) está desapareciendo. Ahora es un país muy moderno y del catolicismo nada. Los que vinieron acá tampoco eran demasiado católicos, sobre todo los que llegaban de Iparralde, porque venían muy influenciados por la Revolución Francesa. Los que vinieron de Egoalde sí, probablemente eran más católicos. Esas son las contradicciones... No las tengo claras, porque en el Cerro, por ejemplo, fueron [los de Egoalde] los que trajeron su virgen, la virgen de Aranzazu y fueron los que levantaron su Iglesia. Son la guía de un catolicismo muy fuerte. Pero hoy no...

Entrevistador/a: Hoy en día, entonces, estás de acuerdo en decir que la colectividad vasca no profesa el catolicismo...

Leonardo: No, hoy en día no. En la colectividad vasca de acá algunos sí siguen yendo a la Iglesia. Podría decirse que sí...

Entrevistador/a: ¿Pero siguen festejando algunos santos católicos como San Juan?

Leonardo: No, no se sigue. Eso es cosa de hace poco [risas].

Entrevistador/a: ¿Por qué cosa de hace poco?

Leonardo: Eso puede ser locura mía, pero hasta hace poco no se festejaba. Se festejaba el Día de la Patria Vasca, el Aberri Eguna (que coincide con Pascuas, es católico), San Ignacio, sí. Tradicionalmente se festejaban muchas fechas religiosas (me refiero a la vida en la colectividad hace veinte años). Hoy en día ha decaído eso. Han ido desapareciendo los socios. Pero sí, pensando en la colectividad, en la gente mayor que quedaba, eran bastante católicos. Porque eran más bien gente de Egoalde, del sur. El lado de Iparralde tengo la sospecha de que era más laico. Era gente que venía de una República.

Entrevistador/a: ¿Iparralde es del lado francés?

Leonardo: Iparralde [...] está dentro del Estado francés. Tienen una mentalidad laica: escuela pública... En cambio, la gente del sur o no había ido a la escuela o la educación pertenecía a la Iglesia; había una escolarización católica, formando una cabeza más católica. De hecho, algunos de los nativos que quedan acá son curas o fueron curas y después dejaron. Esa gente sí, tiene una tradición ligada al catolicismo, pero [...] los descendientes (como cualquier uruguayo) somos más bien laicos.

Entrevistador/a: ¿Y las creencias paganas en qué quedan?

Leonardo: En esa gente que ha recibido cierta educación el componente pagano no es importante, no se ve. Se ve (en cierto nivel cultural entre comillas "superior") como algo folclórico, algo curioso, como supersticiones. No es de gente "educada" eso. No lo celebran. Se conserva en lugares más alejados o en determinadas festividades aparece, pero no es que conscientemente se sienta con orgullo decir: somos paganos. No, nada de eso. Hay determinados componentes en la religión [...] vasca, pero son rastros de algo que hubo hace mucho tiempo y no se puede decir que sean paganos. Eso no.

Entrevistador/a: Te preguntamos porque otros entrevistados nos han dicho que la unión entre la Iglesia católica y otras tradiciones vascas fue producto de que ambas se parecían entre sí...

Leonardo: Claro que sí, todo eso está, pero son cosas que se dan de manera muy inconsciente. La religión católica creció porque se adaptó en cada lugar donde estuvo a las creencias que habían antes. Si no nunca se hubiera expandido la Iglesia como se expandió. Fue muy adaptable. De repente en cada cueva había una determinada divinidad que servía para determinado fin y después se le superpuso un santo católico. Pero eso no es algo privativo del País Vasco sino que se dio en toda Europa. Claro, de ahí a decir que son paganos, no. Es una religión muy adaptada a las creencias que había ahí. Donde hubo mucha presencia de esas creencias es en las leyendas, en la tradición oral; en la religión en sí, no. Salvo en determinadas prácticas de curanderos o de magia. Pero, en general, la Iglesia lo trataba de frenar, lo estigmatizaba. Entonces, una persona que tiene una tradición católica no va a ser partícipe de eso ni a practicarlo. Está visto como algo de bajo nivel. Eso se ve más a nivel popular, en gente que no ha tenido una educación formal, por decirlo de alguna manera. O mejor dicho, se podía ver (estoy hablando de hace mucho tiempo atrás). Tal vez alguna persona vieja pueda comentar sobre eso, pero en Uruguay no, ni hablar. Allá capaz que algún viejo perdido en alguna montaña, pero la gente que vino para acá, no.

Entrevistador/a: Muchos nos han dicho que algunos inmigrantes que vinieron trataron de olvidarse un poco de su vida en el País Vasco. ¿Qué opinión tenés al respecto?

Leonardo: Hay de todo un poco. Están los que vinieron muy mal y siguieron muy mal y trataron de adaptarse para sobrevivir. Están, por otro lado, aquellos a los que les fue bien y justificaron su estatus en su raíz vasca "sobrenatural", que también les daba un cierto estatus; son los que fundaron los centros vascos [...] para reunirse con gente de su mismo nivel social y celebrar su origen vasco, su abolengo, y todo eso. Pero la inmensa mayoría no es que se haya querido olvidar, sino que se tuvo que adaptar. El olvido viene con el tiempo, y por eso no sé si fue algo muy consciente. Capaz que alguna gente sí, porque venía de allá perseguida políticamente, de una mala situación económica, con problemas familiares, porque allá vivir tampoco era fácil, o venía una mujer porque tenía un hijo no reconocido y mil historias así que más valía olvidarlas que recordarlas. Entonces, muchas cosas se perdieron. Tampoco se puede generalizar.

Entrevistador/a: Claro, las razones que pueden obligar a una persona a dejar su tierra son muchas...

Leonardo: Sí, principalmente las económicas, socioeconómicas de allá. Eso según la oleada: los primeros vascos, que venían de Iparralde, venían por razones más bien sociales, porque había una explosión demográfica y no había tierra para todos, el tema del mayorazgo, las guerras carlistas en la parte sur de los Pirineos, después la Guerra Civil Española. Fueron distintas razones, unas más sociales y otras más políticas. También había mucha propaganda, principalmente a comienzos del siglo XIX, que [decía que] en Uruguay se recogía oro en las calles, que era un paraíso. De esta manera se engañaba a los campesinos, a los jóvenes que no tenían información ninguna. Los que no tenían mucha perspectiva de futuro arrancaban con lo puesto y se venían. Y acá trabajaban como burros, y unos tenían suerte y otros no, se morían igual que allá.

Entrevistador/a: ¿Sabés si existió alguna política por parte del Estado de nuestro país para traer inmigrantes vascos?

Leonardo: De gente cercana al Estado, sí. Era un negocio. En la década del 30 era un negocio "importar" vascos. Existía también una política estatal, aunque no podría definir en qué actos de la administración. Pero sí, la idea de poblar el Uruguay estaba relacionada con la idea de traer determinados inmigrantes: los mejores eran los ingleses, en segundo lugar eran los vascos, en tercer lugar eran otras nacionalidades. Esto porque tenían ciertas características para el manejo técnico de la ganadería, de las ovejas, más concretamente. Eran trabajadores, no presentaban

problemas, eran "civilizados", domesticados, según el criterio de ellos. Se había creado, entonces, toda una serie de categorías sobre qué nacionalidades había que traer de inmigrantes al Uruguay. Por la década del 80, el Estado argentino tenía un papel más activo en la intención de poblar con inmigrantes vascos. Se decía que Entre Ríos quería despoblar los Pirineos. Claro, habían asesinado a todos los indios y entonces querían llenar todo de vascos para que se encargaran de la ganadería. Toda esta gente que se encargaba del "mercadeo humano" eran [sic] generalmente particulares. Lafone, el más famoso en la década del 30, fue el que empezó a traer inmigrantes vascos acá. Los que no tenían plata para pagar el pasaje terminaban encadenados [...]. Había una gran diferencia entre lo que se les prometía y lo que encontraban acá. En parte era un cuentito eso de que los uruguayos trataban bárbaro a los inmigrantes. Y eso en cualquier lugar del mundo: se abusó y se abusa.

Entrevistador/a: ¿Y en la época batllista?

Leonardo: No sabría decir. En esa época había otra actitud del Estado, pero siempre estaban los particulares que negociaban con el tema.

Entrevistador/a: Pero en cuanto al intento integrador de Batlle, por ejemplo, con el calendario, agregando festividades de varias comunidades de inmigrantes...

Leonardo: Sí, desde ese punto de vista sí. Esto es clarísimo. Incluso el mismo Batlle fue muy cuestionado por eso, por ser más amigo de los inmigrantes que de los criollos. Era más bien una cabeza montevideana que vivía de espaldas al Interior. Era medio inconcebible, también, considerar las fiestas italianas y de los franceses en lugar de fiestas criollas. Eso enfurecía bastante a los poderosos del Interior.

Entrevistador/a: ¿Tenés idea de alguna celebración vasca en el calendario de esa época?

Leonardo: ¿Fecha vasca? No, que yo sepa. Habían italianas, francesas. Aunque capaz que las de los franceses eran por los vascos más que nada, porque acá no habían franceses, eran vascos de Iparralde. Ellos se decían "vascos-franceses", tenían esa doble identidad. En esa época tenían muy metido en la cabeza el tema de la Revolución Francesa, se identificaban con Francia porque para ellos no había un País Vasco como tal. Había un tema social también, si se quiere: el batllismo era expresión de un radicalismo (no marxista) de la democracia radical francesa. Todo ese espíritu de cambio social era más bien de Francia, por lo cual ésta era vista como lo más progresista. La canción por excelencia de los obreros, por lo menos en el Cerro, era la Marsellesa. Mi abuela la cantaba. No sé si tanto por el hecho de ser francesa o más bien por un tema político, social. Era lo más avanzado de Europa y, por lo tanto, lo que había que seguir.

Entrevistador/a: ¿La Patria Vasca hace cuánto se festeja y por qué?

Leonardo: Eso nace con el nacionalismo vasco. Es una fecha nacionalista que impuso Sabino Arana. Era un nacionalismo católico y por eso coincide con Pascuas, con la resurrección: la resurrección del pueblo vasco. Y se empezó a festejar acá, supongo que por iniciativa de algunos nacionalistas y en los centros vascos, cuando se llevó gente con ideas nacionalistas a la directiva. Y así había gente con ideas franquistas o pro francesas. Eso es muy relativo. Pero creo que no hace mucho que se festeja.

Entrevistador/a: ¿Pero es una fecha internacional, oficial?

Leonardo: Oficial, no. Allá lo festejan los nacionalistas que tienen esas ideas. Bueno, ahora eso se ha extendido a otros nacionalistas que no son católicos, pero como es el día de la patria se festeja, se ha generalizado. Lo que tiene es que allá, como tienen todas ideas distintas, lo festejan todos por separado [risas].

Entrevistador/a: ¿Por qué se habla de resurrección de la "patria vasca"? ¿Hubo algún conflicto que marcó esa fecha?

Leonardo: No, no. Lo que pasa es que Sabino Arana construyó el nacionalismo vasco: la bandera, el Himno Nacional y eligió esta fecha para festejar el día de la patria. La idea que está detrás es que el pueblo vasco fue muerto y algún día va a resucitar. Esa fue la idea de Arana a fines del siglo XIX, principios del XX.

Entrevistador/a: ¿Cuál es el significado de la bandera?

Leonardo: El fondo rojo se supone que, desde el punto de vista de la semiótica (era lo que estaba un poco de moda) es el pueblo, aunque también puede ser por la sangre del pueblo; la Cruz de San Andrés en verde, que simbolizaría las leyes, también es el color del árbol de Guernika [...]; y por encima de todo está la cruz blanca cristiana, que representa a Dios. Entonces, por encima del pueblo la ley (los fueros vascos) y por encima de todo Dios. Ese era el lema nacionalista: Dios y leyes viejas [lo dice primero en euskera] (las leyes de autogobierno que tenían los vascos antes de la abolición de los pueblos, antes de las guerras carlistas). La base era la religión católica y sus propias leyes, porque con la unificación del Estado español, que vino con el liberalismo y que era algo que horrorizaba a estos primeros nacionalistas [...] católicos, vendría la corrupción de las costumbres, la pérdida del idioma, la pérdida de la fe, que eran, según ellos, las bases de la identidad vasca. Pero también, el significado viene del escudo de

Vizcaya, que tiene un árbol verde y una cruz blanca adelante. O sea, la bandera que él diseñó era sólo para la provincia de Vizcaya y después, por extensión, pasó a ser para todo el País Vasco. Pero él había hecho una banderita para cada provincia, todas en rojo, verde y blanco, con distintos diseños, aunque la más elaborada era la de Vizcaya, las otras eran medio abstractas. Pero sea como sea y más allá de las distintas opiniones, él construyó un montón de cosas para la época, despertó consciencias.

Hace siglos que se dice que el pueblo vasco y el euskera está desapareciendo, lo cual es cierto. Pero en ese momento parecía que en diez años no iría a quedar nada: se había perdido la guerra, la libertad (estoy hablando del lado español) y, de hecho, había un cambio en las costumbres, porque en esa época nos encontrábamos en la Revolución Industrial y llegaba gente de España a trabajar en las minas, porque los vascos eran bastante reacios a proletarizarse, eran más bien rurales y preferían ir a América a trabajar para tener su propio campo. Al final, se terminaban proletarizando igual acá, como mis antepasados, que terminaron trabajando en un saladero. Pero no era la idea: querían irse a América con el sueño de tener su propia tierra, y no para ir a trabajar a las fábricas; para eso estaban los españoles. Hubo entonces un choque muy grande de culturas, por traer otro idioma, otras costumbres. Los vascos allá eran muy de la Iglesia [sic], de hacerle caso al cura, y capaz que los que venían de España traían otras costumbres distintas. Ahí viene también el tema de la xenofobia, que es algo bastante complejo.

Entrevistador/a: Estabas hablando anteriormente de la bandera del País Vasco. ¿Qué significado tiene para vos? Por ejemplo, si la ves en algún auto o ventana de acá...

Leonardo: Es un símbolo, nada más. Y me genera algo, pero no soy tan poético con esas cosas [risas]. Con otras cosas capaz que sí, porque la identidad no pasa sólo por la bandera. Claro que es un símbolo y cumple una función, significa algo. Pero por otra parte, por ponerme una bandera en la espalda no me hago vasco. Hay temas materiales de la cultura, como la lengua, las costumbres, valores, la forma de actuar, y a esas cosas capaz que les presto más atención como parte de la identidad.

Entrevistador/a: ¿La lengua para vos sería lo más importante de la cultura vasca?

Leonardo: Sí. En realidad, lo que queda de vasco, del pueblo vasco, es el euskera. En una época tuvo todo: su Estado, su propio sistema numérico, que se supone era anterior al romano. Los vascos son algo que queda de una cultura más amplia y muy compleja que hubo en un

tiempo en Europa. Son como los testigos de algo más grande, que quedaron y conservaron algunas cosas. Hoy lo que queda es más que nada la lengua. La lengua es lo que define una manera de ver el mundo, define prejuicios y valores. Por eso yo creo que la principal pelea para que sobreviva el vasco está en fortalecer la lengua y no en otra cosa.

Entrevistador/a: Con respecto a las costumbres vascas, ¿creés que se mantienen en Uruguay?

Leonardo: La pelota, nada más. Lo que pasa es que se asimilaron mucho, fácilmente. Aparte de la pelota, ahora no se me ocurre más nada. No quedó mucho rastro.

Entrevistador/a: ¿Y en el Interior?

Leonardo: No sé. El tema del "Uruguay agropecuario" como criador de ovejas tiene mucho que ver con los vascos. Cuando llegaron se ataron a ese modelo de país, porque ellos ya venían con ese oficio. Colaboraron así con lo que Uruguay es hoy, principalmente con la oveja. Ellos sabían más que nada trabajar con las ovejas. No me arriesgo a decir que sea una costumbre vasca, pero el Uruguay *ovejero* tiene mucho que ver con los vascos; sin ellos no sé si hubiera existido una Revolución lanar. Porque si bien vinieron ingleses, que pusieron técnicas y capital, la mano de obra en cuanto a número la pusieron los vascos. Y por eso hay tanta sangre vasca, tanto apellido vasco en el Interior (y tanta boina en el Interior) [...]. Ahora, costumbres concretas, no, más allá de la boina. Esa gente se *acriolló* casi por completo.

Entrevistador/a: Nosotras hemos visto algunas fotos de la década del 80 aproximadamente, en el Interior, de determinados festejos, en los que algunas personas practicaban deportes y danzas vascas...

Leonardo: Pero eso son cosas que se empezaron a rescatar ahora. Lo que pasa es que se perdieron muchas cosas. La primera generación (y la segunda probablemente) tuvo sus costumbres y las mantuvo en Uruguay. Pero ahora estamos en la tercera, cuarta y quinta generación y, entonces, algunos intentan rescatar eso que se perdió. Eso es lo que trato de hacer yo. Ha cambiado mucho la cosa. En el siglo XIX los vascos en la cultura uruguaya tenían un gran peso numérico. Hay montones de documentos que hablan de [la participación de] los vascos en el Carnaval, de los juegos de pelota y de los clubes sociales vascos, donde iban todos los uruguayos, los vascos lecheros también. Ahora todo eso no existe, es historia.

Entrevistador/a: ¿Por qué te parece que eso se perdió?

Leonardo: Porque pasó el tiempo, sencillamente. Es un proceso natural, se asimilaron.

Entrevistador/a: ¿Pero te parece que a todas las culturas les ha sucedido lo mismo?

Leonardo: No en todas. Hay otras culturas que tienen otros mecanismos, que son más celosas de conservar su identidad, como los judíos, los armenios. Esto es porque son pueblos que vienen de una persecución particular, con una historia muy trágica, y capaz que eso contribuyó a que conservaran más su identidad. También está pasando que ahora los judíos y los armenios se están integrando un poco más a la sociedad uruguaya. No quiere decir que los vascos no hayan tenido una historia trágica, sino que [...] no han tenido un sentimiento nacional muy coherente [...]. Es la historia trágica: hablamos de genocidio armenio y genocidio judío. Por supuesto que a los vascos también los masacraron en Guernika, pero el vasco es más bien de tirar para adelante; no de estar constantemente hablando de su sufrimiento, sino de dejarlo un poco de lado para seguir. Esto no quiere decir que esté mal la mentalidad de judíos y armenios, nada que ver. Son formas de pensar distintas.

Después está también, con el paso del tiempo, el tema de la identidad, que es una identidad conflictiva, contradictoria. La crisis del pueblo vasco lleva varios siglos ya, y es bastante contradictoria. Y también por un tema económico, que es fundamental: tal vez este problema no lo sufran otras colectividades, que tienen un fuerte poder económico (poder que los vascos tuvieron en algún momento, pero ahora no). Esto en el tiempo se fue disolviendo. Había toda una red de vascos que iban y venían por negocios rurales y demás, que al integrarse a la sociedad uruguaya se fue disolviendo. [La posición] la perdieron como grupo, como colectividad. Individualmente, por supuesto que varios descendientes vascos tienen una buena posición social, pero no como colectividad. Los armenios y los judíos aún la conservan. También eran inmigrantes que venían de países muy distintos al Uruguay; los vascos, si bien no son latinos, tienen algún conocimiento del castellano, y por eso, tal vez se integraron más fácilmente. Además, [aquéllos] son más recientes en el tiempo que los vascos; después de la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de los vascos vinieron en el siglo XIX, y unos poquitos después de la Guerra Civil.

Entrevistador/a: Sabemos que tienen apoyo del Gobierno vasco, apoyo que muchas colectividades no reciben...

Leonardo: Sí. Y se podrían hacer muchísimas cosas con eso. Es más, el apoyo es tal que los centros vascos existen prácticamente gracias al apoyo del Gobierno vasco. Pero los centros son clubes casi privados. Por un lado, está el tema de la asimilación, y por el otro, hay un problema

de gestión de los centros vascos (acá ya no serían vascos, sino asociación de descendientes vascos). El problema de gestión pasa por no salir a buscar a los descendientes y quedarse con poca gente discutiendo qué se podría hacer con esa plata. Yo no veo que se haga de una manera muy eficiente. El porqué, no lo sé; es complejo. El hecho es que la gente se olvidó y vive como cualquier uruguayo. Pero los centros tampoco hacen mucho como para llegar a esa gente, [...] a los descendientes (porque nativos ya no hay). Ahora, si hablamos de centros vascos como centros vascos estrictos, entonces, ya no tienen nada que hacer, porque acá ya no hay vascos. Y esto es así de sencillo: ya no hay vascos, o si los hay son muy pocos, y encima no van a los centros vascos.

Entrevistador/a: ¿Por qué te parece que no van?

Leonardo: No van porque lo que encuentran en los centros vascos son descendientes y, sobre todo, gente que no tiene mucha idea de lo que es *el vasco*. Entonces, los vascos no van ahí porque no se sienten identificados. O sea, encuentran mucho material, mucha *ikurriña*, mucha bandera, libros y cosas, pero no hay vascos. El vasco busca al vasco y ahí no hay. Se terminan, entonces, reuniendo por afuera. Ahora lo que hay es mucho joven que sólo va a estudiar euskera; van al centro con ese objetivo y después, muchos, no pisan más. Lo que hay sí es algún uruguayo descendiente con algún interés, que está tratando de rescatar su pasado o gente que va como puede ir a cualquier club: a hacer danza, a jugar a la pelota. Pasaron a ser clubes simplemente, porque *de vasco* cada vez tienen menos [...]. No tienen esa política, que yo creo deberían, de nuclear a los descendientes para hacer algo en provecho de lo vasco, ya que tienen la plata, el local, etc. Lo que pasa es que para agradar a todo el mundo (a los vascos que ya no hay, a los descendientes y a la gran mayoría, que no son vascos) se termina por diluir *lo vasco*.

Y esto no es sólo acá; pasa en todos los centros vascos del Interior también. Donde está mejor [la comunidad] es en EE.UU, porque la emigración ha sido más reciente allá, ya que han llegado principalmente después de la Segunda Guerra Mundial. Ha estado naciendo hasta hace muy poco la primera generación norteamericana. Pero acá, ya no, es la tercera o cuarta generación. Así que, lamentablemente, hay recursos pero no se sabe qué hacer con ellos. Se usan [...] para cosas que no tendrían que usarse. Como colectividad vasca queda muy poca gente: mayor de edad y no nucleados, sino que se encuentran aislados. Nosotros estamos tratando de rescatar a esa gente, de ir a la casa a conversar. Los viejitos se ponen re contentos, pero ya son muy viejitos, no podés contar con ellos para muchas cosas. Es muy triste. Creo que la salida es hacer

algo por los descendientes. Algo se está haciendo, pero no tanto a nivel institucional (ya sea acá como en Argentina). No veo que haya mucho resultado con lo que se hace.

Entrevistador/a: ¿Y te parece que eso sucede sólo por el hecho de ser nativos o tiene que ver más con el no sentirse identificados, con los sentimientos?

Leonardo: Sí, claro. En mi familia y en mí, particularmente, ese sentimiento quedó muy marcado. Ahora, tal vez en el Interior la gente no encontró un lugar para nucleares y se quedó como aislada. Porque también hay gente que no tiene idea de nada; hay mucho centro vasco chico que ha aparecido recientemente y no tiene idea. En el Interior, más que nada, no acceden a mucho material. Tendrían que ir para ver hasta dónde es centro y hasta dónde es vasco.

Entrevistador/a: ¿Te parece que son cosas separadas?

Leonardo: Yo creo que a veces es medio *atrevido* el adjetivo que le ponen. Yo, si pusiera una institución el día de mañana, no pondría que es un centro vasco, sino que es un centro de descendientes. Desde el punto de vista de mi cultura y mi identidad capaz que sí, que sería vasco, pero lo que voy a hacer es nuclear gente uruguaya-descendiente. Es como que mañana pongan una asociación de charrúas cuando los mataron a todos. Quedan sí descendientes charrúas. Yo no soy de la opinión de formar un centro vasco con gente que sólo tenga apellido vasco. Porque hay gente que dice: "yo soy vasco", por el hecho de que su apellido es vasco, y ahí termina la cosa. No tienen idea en dónde queda el País Vasco, ni el nombre de los pueblos, ni si hay palmeras cocoteras o hay robles.

Entrevistador/a: Si yo no tuviera el apellido, pero sí tuviera un conocimiento y tuviera un interés, supiera la historia y conociera el tema, ¿sería vasca?

Leonardo: Serías una gran vascófila. Yo puedo hacerme un experto en cultura inglesa y no ser inglés.

Entrevistador/a: ¿Son dos cosas separadas?

Leonardo: Yo creo que sí. Está el tema de la lengua, por un lado. Una persona, aunque nazca en Madagascar, si aprende la lengua y determinados patrones culturales, se puede considerar *euskaldun*. El término *vasco* es muy ambiguo. El término *euskaldun* es más exacto: incluye al que habla la lengua. Se puede ser *euskaldun* sin ser vasco; se puede ser vasco sin ser *euskaldun* (para algunos) ya que *lo vasco* sería más bien un criterio territorial y no cultural. Yo prefiero el territorial que el cultural: un vasco es el que nació en el País Vasco y tiene la cultura

vasca. Que cada vez haya menos es otro tema. Yo puedo ser *euskaldun*, de raíz vasca, nacido en Uruguay y considerarme vasco. Territorialmente no lo soy, soy de acá, pero me considero vasco por la cultura, por lo que vivo cotidianamente. También considero que hay un uso político de lo que es ser vasco y lo que no: quién es y quién no es vasco, somos pocos o somos muchos. Hay un manejo muy grande de todo eso [...].

Lo cultural también pasa por pertenecer a una comunidad y por eso está el tema del territorio: se pertenece a una determinada comunidad ubicada en un determinado territorio. Capaz que pertenecés a una comunidad extraterritorial y te movés entre vascos y es una manera también de ser vasco. Es una visión distinta. Puede haber muchas maneras de ser vasco, pero la original, por llamarla de alguna manera, es la que se liga con el territorio de allá. A mucha gente le hubiera gustado nacer allá, pero nacemos acá y punto. Hay gente que también crea como una especie de trauma con eso, porque *lo vasco* tiene como una cosa de pueblo antiguo, de orgullo, de misterio y no sé qué, y todos [...] quieren ser vascos. O los odian o quieren ser vascos, no hay término medio. Entonces, la palabra *vasco* en castellano es muy engañosa. Puede querer decir varias cosas. Por eso prefiero la palabra *euskaldun*, que está adherida al tema de la lengua. O sea, en un principio *vasco* y *euskaldun* fueron sinónimos: vasco-parlante, vasco era el que hablaba vasco. Pero con el tema de la crisis de identidad que ha sufrido y la aculturación impresionante que también ha sufrido, el concepto en la lengua castellana ha cambiado de contenido y ahora *vasco* es el que pertenece a determinado territorio, el que nació en Álava, Vizcaya o Guipúzcoa. Eso es vasco [...]. Es muy ambiguo. Para mí vasco sigue siendo el vasco-parlante, pero ahí estaría en contra del diccionario. Es mi visión de la palabra. Prefiero *euskaldun* ¿Qué es ser *euskaldun*? Hablar euskera y participar de determinada cultura, de determinada colectividad. El sentimiento está bárbaro, pero no lo es todo. Yo soy admirador de la cultura china, pero no soy chino, y capaz que sé más de su cultura que ellos mismo, pero igualmente eso no me hace chino.

Entrevistador/a: ¿Por qué te dedicaste a estudiar euskera? ¿Fue por tradición?

Leonardo: Por tradición, no, porque mi familia no... Bueno, en parte sí se me transmitió algo por parte de mis abuelos. Ese fue como el inicio; no fue gran cosa pero quedó ahí. Después vino todo el tema en la adolescencia, cuando uno empieza un poco a armar su identidad. Se formó en gran parte en base a eso. Y ahí sí me decidí a que tenía que estudiar euskera, porque era algo muy importante, eran mis raíces. Para mí fueron muy importantes mis abuelos, también. Fue una decisión superpersonal, nadie me lo impuso, mis padres no tenían ni idea. Empecé investigando,

empecé siendo vascófilo y cuando me quise acordar... Yo puedo decir que soy uruguayo, pero si viene alguien de allá dicen: "este es más vasco que los de allá". Empezó siendo una búsqueda y terminé inmerso en todo eso. Ya no me doy cuenta porque es algo cotidiano. Antes era todo muy simbólico, muy consciente: la *ikurriña*, la *chapela*. Después, ya pasas a cosas más profundas y ya sos, no es que *querés ser*. Las relaciones, las amistades que tengo, la manera de expresarme, todo. Y bueno, por ahora no me arrepiento.

Pero la responsable fue mi abuela. Hubo una transmisión familiar, aunque muy sumaria. Mi tatarabuela a mi abuela le transmitió algo, y después mis abuelos a mí me transmitieron. Y esas cosas te quedan grabadas, porque yo tenía cinco años. Eso es curioso, porque fue cuando mis abuelos me enseñaron el apellido y lo que significaba. De esa manera me iban enseñando. Eguiazábal es vasco. Tenés tal nombre y por extensión sos vasco. Fue muy importante el apellido. Por eso, si bien yo no comparto que porque tengas el apellido ya seas vasco, sí entiendo a la gente que se identifica por eso. Porque para el vasco el nombre es muy importante o fue tradicionalmente muy importante. De hecho, en euskera, ser y nombrar son dos conceptos muy similares. "Ser" se dice: *izan*, y "nombrar" se dice: *izen*. Tiene mucho que ver lo que sos con el nombre que llevás. Eso es tal cuál lo que hicieron mis abuelos: sos Eguiazábal, sos vasco, sos las dos cosas juntas, dos en una. Eso te queda en la cabeza desde chico. Algunos no le prestan atención, pero en mi caso, por mi historia personal o por lo que sea, fue muy importante.

Entrevistador/a: Decías hace un rato que hubo una especie de aporte vasco al Uruguay con respecto al conocimiento en la cría de ovejas. ¿Qué otro aporte podés ver (si es que lo hay)?

Leonardo: No sé. Yo no puedo decir concretamente que trajeron algo así como la pasta u otra cosa. Yo creo que fue más un aporte silencioso, numérico muy fuerte, sobre todo en el Interior. Aporte en cuanto a la gente que vino, algo demográfico. Ahora, de costumbres concretas no me animaría a afirmar nada. Sí que vino muchísima gente.

Entrevistador/a: Eso se vería por la cantidad de apellidos...

Leonardo: Claro que sí, se ve en los apellidos, sobre todo, principalmente en el Interior. Aparte de eso, no me arriesgaría a decir nada.

Entrevistador/a: Nos llama la atención, por otra parte, el grado de desintegración, por decirlo de alguna manera, que esta comunidad tiene...

Leonardo: Sí, por supuesto. Pero para mí es por el factor *tiempo*. Según lo que he estudiado, la primera y segunda generación era sumamente endogámica, y en las siguientes generaciones se integra. Eso es lo que se está viendo ahora. Hablo desde la última inmigración. También ésta, la de la Guerra Civil Española, fue más pequeña. Estamos en una fase de integración total. Si vas caminando por la calle no te cruzás con vascos de la misma manera como si vas a la plaza Independencia y ves a los coreanos sentados en un banco. Los vascos también tuvieron esa fase: si ibas a la plaza, encontrabas a los grupos de vascos jornaleros sentados. Pero esta etapa ya pasó.

Entrevistador/a: ¿No se explicaría entonces por ciertas características del vasco?

Leonardo: Sí, capaz que sí. Había cierta familiaridad y facilidad de adaptación, pero yo lo veo como un proceso natural del tiempo. Yo no me arriesgaría a decir que los vascos fueron más adaptables que otros pueblos, más que los italianos, que los españoles o que otros. No sé ¿En qué me puedo basar para decir eso? No es tan fácil. Yo he leído que los vascos fueron los que más se integraron. Y es precioso, pero yo no sé si eso es así. Yo no sé si eso es un hecho o si es algo así como ideología. Es precioso, pero habría que investigarlo.

Entrevistador/a: Se maneja ese dato como característica de los vascos...

Leonardo: Es probable sí, porque los vascos son muy individualistas y desde ese punto capaz que sí.

Entrevistador/a: ¿Muy individualistas por qué?

Leonardo: Claro, porque llega, hace su negocio y listo. Capaz que el que tiene a su lado es vasco, pero no se mete. No lo digo en el sentido de individualismo como una especie de egoísmo. El individualismo vasco es bastante particular: es el individualismo de su pequeño mundo, de su familia, de su casa. Lo que quiero decir es que capaz que no se preocupó mucho por nucleares, aunque esto es medio relativo, ya que aquéllas masas que vinieron a trabajar al Cerro, en los saladeros, se nuclearon. Otros de repente no. Capaz que los que vinieron más tarde no lo hicieron. No puedo afirmar nada más que existe un individualismo vasco por el cual tal vez no le interese tanto nuclearse. Sé que, por otro lado, hay muchos que fueron exitosos y los descendientes sí se nuclearon. Hay distintas cosas: el factor tiempo, como en todas las colectividades, es indispensable, pero también la facilidad de adaptación. Todos tienen su parte de razón en sus argumentos. No creo que haya un determinante, pero la facilidad de adaptación estuvo, sobre todo de los de Egoalde, porque ya venían sabiendo el castellano después de la

Segunda Guerra Mundial o conocían el mundo de la cultura ibérica, todos tenían algún pariente que había vivido en América, en Montevideo, en Buenos Aires, y había vuelto; había vínculos ya establecidos.

No es lo mismo con los armenios, por ejemplo, que venían del Cáucaso, que no tenía nada que ver. La mayoría de esta gente ya venía bilingüe. Lo mismo la primera oleada de Iparralde, que ya algo de francés sabía. La mayoría estaban escolarizados, además. Las posibilidades de adaptarse eran relativamente fáciles. Así que es medio complicado contestar totalmente eso.

Entrevistador/a: ¿Qué hay de cierto en lo que se sostiene sobre el vasco: ser de palabra, honrado, trabajador, tozudo?

Leonardo: ¿Cuándo? ¿Ahora? ¿Antes?

Entrevistador/a: Ahora.

Leonardo: Bueno, si entendemos por vasco al que vino de allá, los que quedan, en general sí. Claro que hay de todo, como en todos los países. En cuanto a la palabra, es así. Y lo de trabajador, también. Hay mucho *sinvergüenza*, pero las *sinvergüenzadas* [sic] pasarán por otro lado, pero no por la palabra. Capaz que es un asesino y no faltó a su palabra [risas]. Son distintas mentalidades, lo cual no quiere decir que sean mejores. Es una manera de ser *tradicional*, que cada vez se ve menos, que está desapareciendo tanto allá como acá. Al vasco no se le pasa por la cabeza decir una cosa por otra. Hay determinadas sutilezas en la mentalidad de acá que allá no se usan, y por eso a veces pude parecer un poco tosco, pero abajo tiene una moralidad bastante sólida. Tienen defectos y virtudes distintas a las que hay acá en Uruguay. Yo diría que lo de la palabra y lo de ser trabajador es bastante cierto; lo de ser trabajador sobre todo.

Entrevistador/a: Nos habían dicho que en euskera no existen palabras despectivas, ¿es cierto eso?

Leonardo: No, no es una lengua que tenga malas palabras, palabras groseras. Ahora se utilizan términos tomados de otras lenguas. Originariamente, si las tenía, se perdieron, o simplemente no las tenía. En el euskera que se conoce, el insulto más fuerte es *burro* o algo así. El *súmmun* de la grosería es decir: andáte al diablo. Y ni siquiera *diablo* es una palabra vasca, es tomada de otros idiomas. Parece que para esa lengua ancestral no era necesario ese tipo de insultos. La mentalidad es un poco de la acción y la lengua refleja eso: el vasco te va a pegar un *tortazo*

antes que insultarte. Es muy de la acción, por lo cual la lengua no refleja la necesidad de insultar. Es una lengua para una vida muy participativa, muy activa. Una mentalidad distinta a la de acá, que somos muy observadores, muy reflexivos. Esto no quiere decir que con el euskera no se pueda reflexionar. Se puede, como en cualquier otra lengua, pero creo que la lengua refleja mucho más a [...] un pueblo muy activo, trabajador, que no tiene esas *cositas* de lengua civilizada. El euskera no es una lengua civilizada. Cuando digo *civilizado* hablo de la etimología de civilización, de ciudad. El euskera no es una lengua de ciudad, nunca lo fue y no sé si lo llegará a ser. Nunca lo fue, no sé; capaz que sí, en la época de los romanos. De la Edad Media para acá siempre fue una lengua rural. Esto no quita que sea una lengua muy compleja y muy elaborada, aunque haya permanecido en el medio rural.

Carlos Costa

Entrevistador/a: ¿A qué edad comenzó tu interés por la cultura vasca y el aprendizaje del euskera?

Carlos: Desde chico siempre me sentí identificado con lo vasco. Tuve la suerte de vivir desde mi infancia con mis abuelos; mi abuela es la que es euskaldun, y junto a ella aprendí las primeras palabras en euskera. Aprendí lo que eran los patrones culturales básicos de la familia, que se van transmitiendo, y ese fue mi punto de partida. Una vez que me fui asentando y fui conociendo gente, me entró más curiosidad por aprender más del euskera (ya sabía lo fonético, pero me faltaba aprenderlo a escribir). También fui aprendiendo cosas de la parte cultural, muchas de las cuales no conocía. Así comencé a aprender acerca de la geografía, la parte de la política, y muchas cosas más (cuando digo *política* no me refiero a la situación de violencia, sino al contexto geográfico de la región, del cual había muchas cosas que ignoraba).

Entrevistador/a: ¿Tu abuela es vasca?

Carlos: Mi abuela nació acá, pero es hija de vascos y es euskaldun. Se crió en un núcleo en el que hablaban euskera.

Entrevistador/a: Los vascos de tu familia que llegaron a Uruguay, ¿tenés idea en qué año o época lo hicieron?

Carlos: A principios de 1908, 1910, por ahí.

Entrevistador/a: ¿Conocés en qué actividades económicas lograron insertarse al llegar al país?

Carlos: Sí. La familia de ellos era de pastores, de la provincia de Zuberoa y por problemas propios de la época, específicamente de las hambrunas, todos los hermanos tuvieron que abandonar el País Vasco. Se fueron primero a la Argentina, a Tandil, donde quedó el grueso de la familia y allí se dedicaron a las ovejas. De la parte de mi abuela, su madre y su padre vinieron acá a trabajar en el ferrocarril con los ingleses. Trabajaron en el barrio Peñarol. Mi abuela siempre me cuenta que cuando ella viajaba a Tandil con sus padres a ver a sus abuelos había gente que no hablaba ni francés ni español, el único idioma que manejaban era el euskera. Acá, en el caso de mi abuela que era joven, aprendió rápidamente a hablar español, pero según me cuenta, la gente mayor nunca lo aprendió, porque se quedaban en el campo. La situación era distinta para aquellos que tuvieron la necesidad de trabajar y criar a su familia acá, los que debieron adaptarse y aprender el idioma.

Entrevistador/a: ¿Tenés conocimiento de alguna política por parte del Estado uruguayo que haya incentivado la llegada de vascos hacia el país?

Carlos: No, la verdad que desconozco esa parte, no te sé decir.

Entrevistador/a: ¿Cuándo tu familia llegó a Uruguay, tenía algún contacto aquí?

Carlos: No, se largaban por el simple hecho de una oportunidad laboral.

Entrevistador/a: ¿Mantenés algún vínculo con gente del País Vasco? Si es así, ¿podrías decir a través de qué medios?

Carlos: Bueno, vínculos familiares, no [mantengo]. Tengo familiares en Tandil, la mayoría de ellos argentinos. Hay primas de mi abuela que están allá. En Euskal Herria, la verdad, alguno puede haber quedado, pero la verdad es que desconozco, por lo menos no hay alguien con quien tengamos relación. El tema de contactos con amigos, sí. No he viajado, pero mantengo contacto con gente que viene y con la que después te hacés amigo o llegas a conocer, y de esa manera mantenés un vínculo, ya sea por carta o por Internet.

Entrevistador/a: ¿El vínculo se da más que nada por gente que viene, por ejemplo, por el tema de la danza?

Carlos: Exacto, o con gente que viene de paseo.

Entrevistador/a: ¿Y cómo se produce el encuentro con esas personas? ¿Cómo hacen para estar *alerta* a quién llega?

Carlos: Bueno, ahí es justamente el centro vasco el que cumple un rol importante, por ser un núcleo que capta gente con el mismo origen. Te pongo un ejemplo: hace unos meses atrás, estábamos en plena clase de euskera y llega un señor solicitando información. Esta persona tenía una rama de familiares en Argentina y otra en el País Vasco, y como tenía familiares que iban a venir de allá, de la zona de Iparralde, de Baja Navarra, quería informarse un poco. Nosotros enseguida nos pusimos a sus órdenes para brindarle la información que él quisiera, de la parte geográfica, mapas, de todo lo que tiene que ver con la cultura, la bandera, y todo lo que fuera necesario para ambientar el encuentro familiar. A su vez, él nos invitó a tener un contacto con ellos, y fue una muy buena experiencia, donde todos hablamos euskera. Además, el euskera que ellos manejaban era muy particular, similar al que hablamos nosotros. Se identificaron mucho con nosotros y nosotros con ellos; quedó una relación bárbara. Luego, ellos se volvieron

para allá y nos mandaron fotos del pueblo de donde era mi familia, lugar al que visitaron especialmente para que yo tuviera esas fotos. Ese es el tipo de relación del euskaldun; euskaldun no es el que haya nacido allá, es el que habla euskera o vasco parlante.

Entrevistador/a: ¿cuál o cuáles son las instituciones vascas más importantes que reconocés en nuestro país?

Carlos: Históricamente ha tenido un papel preponderante Euskal Herria; en su momento el Eúskaro, pero hoy lamentablemente está desaparecido. Euskal Herria ha sido una institución muy poderosa y después la han seguido otros centros vascos que han adquirido una importancia destacable con el correr de los años, en el desarrollo de actividades y en nuclear gente. Originalmente estos centros han estado destinados a la acogida de los inmigrantes, y eso hoy en día ha perdido un poco de sentido, porque no hay una inmigración euskaldun, al contrario, la gente se va para Europa. Los euskaldunes que vinieron en el grueso de la inmigración, hoy han desaparecido por un tema de edad; sí queda un segundo y último coletazo de la inmigración, gente que tiene setenta u ochenta años, por lo que el nativo vasco en Uruguay es muy escaso. Entonces, el objetivo y la vitalidad del centro vasco, va por otro lado, por inculcarles a los jóvenes no perder sus orígenes y trabajar sobre todo con la descendencia.

Entrevistador/a: En relación con esto que me decís, ¿cuál crees que debería ser hoy por hoy la función principal de un centro vasco?

Carlos: Creo que el centro vasco se ha tenido que ir adaptando al cambio de la historia. Ya no es más que viene el vasco "haciéndose la América" y los que son de la primera acogida. Por eso, creo que ahora el centro vasco tiene que ser el punto de partida para estas generaciones que nacieron acá, que ya son tres o cuatro generaciones de uruguayos, pero que junto con la familia, se deben ir rescatando los valores y la parte de identidad cultural que queda. Apoyar, fomentar y hacer crecer eso para que no se pierda es tarea de todos.

Entrevistador/a: ¿Qué papel cumple en eso la enseñanza del euskera?

Carlos: Para mí, la parte del euskera es esencial, es uno de los pilares que ha mantenido el pueblo vasco, es lo que lo ha mantenido a lo largo de la historia, con todos los vendavales que ha sufrido. Es uno de los grandes pilares tanto para su fortaleza anímica como de pueblo.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son las principales tradiciones que se mantienen hoy en nuestro país?, o ¿cuáles son al menos las que promueven los centros?

Carlos: Sobre todo [las] danzas de todas las regiones de Euskal Herria. La parte de la vestimenta y la danza se mantiene y se difunde; la región de la que provenga influye mucho en el tipo de danza y la vestimenta, y por ello existen tantas variantes.

Entrevistador/a: ¿Conocés algún centro del Interior del país? Si es así, ¿cuál es la realidad que se vive a la interna de éste?

Carlos: Conozco sólo algunos centros, puntualmente el de Carmelo y el de Durazno. Hoy en día no es grande la cantidad de euskaldunes que podés encontrar. No hay mucha gente oriunda que concurra a centros vascos, no digo que no exista, pero al menos yo no la vi.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son las actividades que desempeñan dichos centros?

Carlos: Básicamente las mismas que los centros de acá. Creo que actualmente el euskera en los centros de allá tiene un poco menos de fuerza que en los centros de acá. Recién ahora, en el centro de Carmelo, se están dando clases de euskera. Lo que se practica es la difusión de la cultura gastronómica, la parte de los bailes y la celebración de los días que son importantes para la cultura vasca.

Entrevistador/a: ¿Vos perteneces a alguna de las instituciones?

Carlos: Bueno, yo en Haize Hegoa participo en el sentido [de] que soy estudiante de euskera (tenemos clase en el colegio de los vascos con profesores de Haize Hegoa) y cuando hay actividades los sábados de noche, a veces voy.

Entrevistador/a: ¿Haize Hegoa tiene socios al estilo de Euskal Herria?

Carlos: Es algo distinto, no sé si llamarle *socio*. Lo que es Haize Hegoa es un centro de difusión de la cultura vasca, que se caracteriza por ser muy abierto. No exige necesariamente que tengas apellido vasco, o que tengas descendientes vascos; lo que necesitas son las ganas de aprender o [de] vincularse con la cultura. En ese sentido, no tenés una serie de requisitos formales a llenar, que tengo entendido que es lo que pasa en Euskal Herria. En Haize Hegoa, si a ti te gusta la danza, te gusta la música o te gusta el euskera, perfectamente podés ir y te podés vincular.

Entrevistador/a: Para formar parte del centro, ¿cobran cuota?

Carlos: No, no.

Entrevistador/a: ¿Cómo hacen entonces para realizar las distintas actividades? ¿Cómo se financian?

Carlos: La parte de financiamiento y de gerenciamiento, yo la desconozco porque no soy parte de la directiva. Eso tendrías que hablarlo con gente de Haize Hegoa. Lo que te puedo decir es acerca del euskera y lo que sé como estudiante es que nosotros aprendemos el idioma por iniciativa de la AVE, que es una organización del País Vasco. Ésta, en conjunto con el Gobierno vasco, forma parte de la política de normalización del euskera y colaboran con los materiales y con algunas partidas, sobre todo para los profesores.

Entrevistador/a: Es conocido que algunas comunidades han tendido a vincularse entre sí; en el caso de los vascos ¿esto también es así? ¿Cuál es el nivel de endogamia?

Carlos: A nivel científico no te lo sé responder, porque no he leído sobre el tema. Lo que te puedo decir es la percepción propia, por lo que he visto en mi familia y en el centro donde concurre, donde veo que no es tal el grado de endogamia o de procedentes de la misma tierra, como por ejemplo en el caso de los armenios o de los judíos, que me parece se da mucho más. Hoy por hoy, creo que no.

Entrevistador/a: En distintos materiales a los que hemos accedido se afirma que los vascos profesan la religión católica, ¿es esto cierto?

Carlos: Creo que sí, la Iglesia tiene un papel muy importante en el País Vasco. La religión católica se ha afianzado muy fuertemente en el euskaldun y ya es parte de la identidad vasca: la misa en euskera y el festejo de los días de los santos es algo típico allá. El origen del euskaldun tiene que ver con un individuo politeísta que veneraba a la naturaleza, que tenía determinados íconos, pero luego esto fue cambiando.

Entrevistador/a: A nivel de los descendientes, ¿creés que se mantiene?

Carlos: Creo que sí, que es una de las cosas fuertes que trajo la inmigración euskaldun acá; la parte católica conservadora es importante.

Entrevistador/a: ¿Cómo entendés que se mezcla este catolicismo conservador que me decís con costumbres de tinte más bien pagano, como es el caso de las celebraciones de San Juan?

Carlos: Es un solapamiento de corrientes. Se entremezclan por un lado la parte pagana rural del vasco de la montaña, con la parte de los pueblos y ciudades. Así comienza a regir el catolicismo, que tiene también un papel en la educación de las nuevas generaciones con el tema de los

monasterios. Creo que ese solapamiento del que hablo es lo que va dando forma a lo que conocemos hoy en día, donde se mezclan ciertos rituales católicos muy conservadores con algún rito pagano.

Entrevistador/a: ¿Qué otras fechas celebra la comunidad aparte de San Juan?

Carlos: En lo personal, más bien lo que tiene que ver con el Día del Euskera, el Aberri Eguna o Día de la patria vasca, pero no son fechas que tengan que ver con lo religioso. Sé que allá es muy común la parte de los santos; San Ignacio de Loyola, se festeja mucho. Acá, supongo que algún euskaldun nacido allá hará alguna comida especial, o él lo sentirá distinto a ese día, pero no que en el centro vasco hagamos tal día el festejo de San Ignacio.

Entrevistador/a: ¿Cuál es la visión que tenés de la integración de los vascos al Uruguay?

Carlos: Creo que el resultado a la vista es que llegaron a una buena integración. Digo esto porque en la sociedad uruguaya el vasco está bien conceptuado. Como se llegó a eso, creo que tiene que ver con las características propias del colectivo vasco: por el tesón, el trabajo, la honestidad y todo eso que aportaron a estas tierras y que fueron forjando.

Entrevistador/a: También puede haber influido alguna característica del país receptor, ¿no?

Carlos: Por supuesto, sin lugar a dudas es algo común, sobre todo en estos países que han recibido una diversidad cultural importante. No olvidemos que en esas épocas no sólo venían vascos, sino también italianos, españoles, polacos, rusos.

Entrevistador/a: ¿Crees que la percepción del "ser vasco" ha ido cambiando con el paso del tiempo?

Carlos: No, creo que se mantiene.

Entrevistador/a: Es decir que seguís identificando al vasco como trabajador, respetuoso de la palabra... ¿Cómo definirías al vasco hoy por hoy?

Carlos: Lo identifico con las características [con las] que siempre se lo ha asociado: como trabajador, hombre honesto del que no precisas una firma. Hay excepciones, claro, pero a grandes rasgos se ha mantenido.

Entrevistador/a: ¿Qué costumbres referidas al deporte van quedando hoy por hoy en nuestro país?

Carlos: La parte de la pelota vasca ha tenido una entrada a este país impresionante. Vas al Interior y ves los frontones por todos lados, cerca de las plazas, en los cuarteles. Hay cantidad de gente que juega a la paleta, desde que la trajeron y hasta nuestros días. Personalmente, nosotros nos juntamos los domingos de mañana, a nosotros nos gusta practicar la modalidad del *trinquete*, que es un frontón con cajón que le da un poco más de dificultad al juego.

Entrevistador/a: Y acá en Montevideo, ¿dónde practican el deporte?

Carlos: Jugamos con nuestro grupo de amigos en un trinquete que hay por la calle Vilardebó. Inclusive acá se han jugado campeonatos del mundo. Uruguay ha tenido muy buenas puntuaciones; los *pelotaris* uruguayos siempre han tenido un muy buen desempeño.

Entrevistador/a: ¿Qué tradición me podrías nombrar en relación con las comidas? ¿Se mantiene alguna?

Carlos: Sobre todo en el Interior. Para mí, la principal es el *amaiketako*. *Amaika* viene de las once; es una comida entre el desayuno y el almuerzo, que siempre se hace cuando se está trabajando. Entonces, se come generalmente un trozo de queso, un chorizo. Acá, en algunas partes del Interior, se conserva; hasta la palabra se usa, la gente lo dice: "el *amaiketako*". En relación con la parte de los platos en sí, te puedo decir que acá hay restaurantes que hacen muy buena comida. Además, la gente tiene mucho gusto por la comida vasca. Lo que no sé es si eso se mantiene en [...] las familias.

Entrevistador/a: ¿La base de esos platos son los mariscos, el pescado?

Carlos: Depende de la región. La zona de la costa indudablemente tiene que ver con el pescado, en la parte de Vizcaya, inclusive en parte de Guipúzcoa. Pero el cerdo también se come; se usan mucho los lácteos, los quesos.

Entrevistador/a: ¿Cuál crees que puede ser el aporte tangible que ha dejado la comunidad vasca en nuestro país?

Carlos: Primero, los apellidos. Vas por la calle, ves cualquier lista, cualquier cartel y algún apellido vasco encontrás. La gente te lo aclara, te dice: "yo soy vasco". A veces erróneamente te dicen "francés" o "español", porque los vascos somos todos vascos, eso es un problema de división política, pero es secundario. Después, la parte de los frontones, y eso sí que es tangible;

por ahí pasó el euskaldun. La *chapela*; nuestro paisano con la *chapela* es impresionante. Todos estos son elementos de la cultura vasca que han sido adoptados por la cultura nacional.

Entrevistador/a: También existe un juego de naipes, el *muss*, que dicen que es parecido al truco, ¿es verdad?

Carlos: Sí, es parecido. Inclusive hay grandes pintores que han hecho cuadros famosos de gente jugando al *muss*, y eso también se ve acá, el juego de ellos.

Entrevistador/a: ¿Qué crees que identifica a los vascos como tales?

Carlos: Ahí ya entramos en varios aspectos. Primero, te voy a decir qué es lo que identifica a un euskaldun, que me gusta más, y es poseer el idioma, que es lo que la palabra significa literalmente. Después, es aquél que comparte la cultura. Pero para mí el idioma es una línea fundamental, es la capacidad de expresarte; el euskera es un idioma muy expresivo, comparado con otros. Otro elemento importante es la parte de la amistad. El juntarse en familia es bastante también del vasco, aunque no [costumbre] exclusiva; también lo es para los italianos, por ejemplo. La parte de la *etxeoandre*, del ama de casa, de la mujer de la casa, es uno de los pilares de la familia, la que va para adelante, y eso también es importante.

Entrevistador/a: ¿Qué sentimiento te aflora cuando ves una bandera vasca?

Carlos: Para mí es una alegría impresionante ver la *ikurriña* donde sea, en un auto, en la calle, donde sea.

Entrevistador/a: ¿Sabes cuál es el significado de los colores de la bandera vasca?

Carlos: El rojo creo que significa el pueblo. También está metida la iglesia, representada por la cruz blanca; tiene que ver con la idea de que Dios está presente. La parte verde no recuerdo exactamente qué es. Sí sé que la creación de la bandera fue una obra de Sabino Arana.

Entrevistador/a: ¿Hay escudos patrios como en Uruguay tenemos el escudo nacional?

Carlos: Hay un escudo de las siete provincias, y a su vez, cada provincia tiene un escudo. A mí me gusta hablar de seis provincias, porque no divido entre Navarra alta y baja; para mí son todos navarros, pero son diferencias sutiles. Pero sí, cada provincia tiene su escudo y a su vez cada municipio también.

Entrevistador/a: ¿Sabes por qué algunas familias tienen escudo y otras no? ¿Significa eso que no todo apellido tiene su escudo?

Carlos: Sinceramente no sé la razón. La verdad ni idea.

Entrevistador/a: ¿El apellido de tu familia tiene escudo?

Carlos: El apellido de la familia de mi abuela es Irrigaría, y por lo que sabemos sí existe un escudo.

Entrevistador/a: ¿Los escudos se mandan a tallar o son traídos del País Vasco?

Carlos: No, nosotros no lo hemos hecho. Simplemente sé que existe el escudo porque lo he visto en los libros.

Entrevistador/a: Antes me hablabas de los símbolos y de su importancia, ¿crees que el idioma puede ser entendido también como un símbolo?

Carlos: Creo que el idioma es el principal símbolo. Primero está la persona vasca y luego el idioma, o a la par. Todo lo otro, para mí, viene más atrás. El euskera es uno de los símbolos esenciales de la cultura vasca.

Entrevistador/a: ¿Cuál sentís que es tu aporte personal a la cultura vasca, y qué crees que la cultura vasca puede aportarte a vos?

Carlos: Lo que me puede aportar a mí es mucho. Primero, porque yo me siento parte de la cultura vasca y eso implica que tenés atrás una riqueza cultural e histórica que es impresionante. Lamentablemente, el euskera ha perdido mucho terreno, porque se encuentra entre dos potencias lingüísticas, que son el español y el francés, y que están en constante expansión. El euskera se ha visto permanentemente acosado por ellas, tanto a nivel de los medios de comunicación, como en la vida cotidiana. Pero de todas maneras el euskera es un idioma con una historia y una riqueza impresionante. En este sentido, creo que el granito de arena que puedo aportar es hablarlo, y mientras yo lo hable estoy ayudando a que no se pierda. Mi familia lo habló en cantidad de generaciones atrás y yo lo recuperé.

Entrevistador/a: Es curioso que quieras traer algo del pasado de tu familia y que ese interés se despierte en vos, aun cuando tus padres no te lo transmitieron, ¿cómo explicas eso?

Carlos: Sí, es curioso y no te sé decir por qué es así, pero es como que sintiera la necesidad de preservar eso que siento que es muy importante.

Entrevistador/a: Parece ser que la transmisión se da mucho de abuelos a nietos. Al menos en tu caso ha sido así, ¿verdad?

Carlos: Sí. Yo, todo el amor que tengo por el idioma y el pueblo vasco es porque me lo ha transmitido mi abuela. Claro, también entiendo: llegan inmigrantes que por ahí no lo transmiten, o el caso de mis padres, son otras generaciones con otros problemas, no los juzgo. Pero a mí me tocó estar acá y me propuse aportar por lo menos en lo que puedo para que se mantenga. Aunque soy consciente [de] que el euskera que hablamos nosotros es un dialecto que lo habla muy poca gente y no sé hasta qué punto ya no es irreversible su extinción, es cuestión de tiempo (no la extinción del euskera, [sino] de este dialecto). Y lo que nos queda a nosotros es aportar ese grano de arena para que no se pierda.

Entrevistador/a: ¿Pensás transmitirlo a tus próximas generaciones?

Carlos: Seguramente que sí.

Entrevistador/a: Por último, ¿qué significa para vos ser vasco?

Carlos: Hoy es un orgullo. Tenés atrás toda la parte histórica y cultural. Significa ser parte de un pueblo que posee la lengua más antigua de Europa y tener valores con los que me siento plenamente identificado. Para mí es eso pertenecer a la colectividad vasca.

Danilo Maytia

* Danilo Maytía integra actualmente la directiva del centro Euskal Herria. Ha participado en la Comisión de Cultura y en el Taller de Estudios Vascos. Se desempeña asimismo como secretario en el centro Haize Hegoa. A su vez forma parte del grupo de danza Eusko Indarra.

Entrevistador/a: ¿Es usted vasco o descendiente de vascos? ¿Puede decirnos en qué año llegaron sus familiares al Uruguay, y cuáles fueron los motivos que los impulsaron a venir?

Danilo: Soy descendiente de vascos, entre otros. Por parte de mi padre, sobre todo: Etelvide, Etchart, Aramburu, hay varios. Pero también por el lado de mi madre tengo gallegos y canarios de la segunda tanda de colonización. Soy lo que se dice un *crisol de razas*. Sinceramente, no sé con exactitud en qué año vinieron; asumo que llegaron junto a una gran masa de inmigrantes hacia 1836-37, con las leyes de fomento de la inmigración. El primer Maytía que llega a Uruguay nace en la localidad de Navarra, en un pueblito precioso en la montaña y se casa en el País Vasco en 1830. Dos de sus hijos nacen en un *caserío* (construcción con una propiedad para ser explotada), y se casan en Florida en 1856. Uno de ellos lo hace con una hija de vascos; esto era típico entre inmigrantes, es decir, buscaban apoyo entre ellos. Entre las cosas que deja mi padre, encuentro un pasaporte escrito a mano de uno de los Aramburu, quien llega aquí de soltero y recibe el título de Licenciado del Ejército. Lo curioso es que en el propio pasaporte figura la autorización del alcalde del pueblo que establecía que Aramburu contaba con el aval de su madre para venirse a Uruguay. Este hecho reflejaba que él se encontraba libre de deudas, y por eso estaba autorizado a abandonar el pueblo.

Entrevistador/a: ¿En qué ámbitos o actividades económicas lograron insertarse?

Danilo: Los Maytía, aparentemente, se insertaron en el campo. El hermano de mi tatarabuelo, que vivía en Florida, y fallece en Durazno, era de oficio criador. Otros son mencionados en la Guerra Grande, formando parte del batallón de los vascos. Por otra parte, tengo conocimiento de que la inmigración de vascos que llegó entre 1940 y 1950 se asentó en las zonas lecheras de Florida, Canelones y San José. Pasaban años trabajando, pero rápidamente lograban independizarse y comprar sus propios campos. También se desempeñaban realizando tareas en los frigoríficos, principalmente en el saladero del Cerro. Trabajaban unas doce horas al día, a veces más.

Entrevistador/a: ¿Sabe usted de alguna política que haya tenido lugar en el pasado, por parte de nuestro Estado, propiciando la inserción de la comunidad vasca en el territorio nacional?

Danilo: Por lo que tengo entendido, entre los años 1832 y 1834, aparece un proyecto de ley por parte del Estado para el fomento de la inmigración canaria y vasca. Ésta establecía que como forma de pago por las labores que realizaban se les entregaran tierras para ser explotadas. En aquél momento, Ellauri como embajador en Francia y Lafone como uno de los principales capitalistas, trataban de atraer mano de obra para poblar el territorio nacional. No todos tenían acceso al beneficio de la inmigración: existían límites de edad. La mano de obra de los vascos era una mano de obra barata. En los registros del Archivo General existen datos de dicha inmigración, donde se menciona detalladamente la persona que llega, su oficio y el barco en que lo hace. Pero luego, ese registro detallado es sustituido por otro en el que simplemente aparece el número de inmigrantes que llegan y quién es su contratista. Había ciertas personas que pagaban los pasajes de esos inmigrantes y estos debían trabajar para ellos hasta reintegrar el importe de esos pasajes. Por lo general, transcurrían al menos cuatro o cinco años para que eso se cumpliera.

Entrevistador/a: ¿Usted, como integrante de la comunidad, tiene algún vínculo con el País Vasco? Si es así, ¿podría decirnos a través de que medios?

Danilo: En el País Vasco tengo amigos, con quienes me vinculo principalmente por teléfono. Estos amigos han surgido a partir del grupo de baile y es usual que nos comuniquemos para saludarnos en las fiestas tradicionales de fin de año. La comunicación se da sobre todo para contarles qué es lo que estamos haciendo acá y cómo estamos realizando las distintas actividades relacionadas con el centro. No estoy interesado o motivado por lo que esté pasando en el País Vasco. Es innegable que me voy enterando por conversaciones o por televisión, pero no es que los llame para recibir noticias de lo que está ocurriendo allí. Lo que más me llama la atención es el tema de la historia y la difusión cultural del euskera. No tengo TV cable; tal vez, si la tuviera estaría *enchufado* viendo el Canal vasco, en cuanto a lo que es difusión cultural. Los partidos de pelota creo que no los miraría. El tema del mantenimiento del euskera y de la cultura en general, es muy importante. Allá se está perdiendo un poco esto, así como acá estamos perdiendo el tema del canto folklórico (al menos en Montevideo).

Entrevistador/a: Sabemos que existen diferentes instituciones vascas que nuclean a los miembros de esta comunidad. ¿Cómo cree usted que se da la relación entre estas distintas instituciones?

Danilo: En lo que respecta a los inmigrantes directos, la integración a los centros vascos es prácticamente nula. Principalmente, están relacionados con la actividad de los tambos en el Interior del país y es difícil establecer un contacto fluido con ellos, aunque con algunos logramos contactarnos a través de Internet. En lo que tiene que ver con los que somos descendientes, podemos hablar de unos trescientos mil, pensando en que el 10% de la población tiene su primer apellido vasco. Hay gente que accede al tema de la cultura vasca, mientras a otros no les interesa: algunos saben que tienen apellido vasco, pero no tienen interés en interiorizarse con la cultura o no les motiva el tema. Yo accedí al estudio de la cultura vasca por un amigo, que me invitó al grupo de danza. En ese momento era Eusko Indarra y estaba ensayando en Euskal Herria. Fue en el año 1985.

Con respecto a los centros, el Euskaro se fundó en 1911, pero ya no existe. Después encontramos a Euskal Herria, fundado en 1912, y el tercer centro vasco en fundarse fue Haize Hegoa. Más tarde vino Euskal Etxea de Durazno, y después hubo una seguidilla: Rosario en Carmelo, Minas, Maldonado, Salto. Hay muchos centros, pero sólo cuatro pertenecemos a la FIVU (Federación de Instituciones Vascas del Uruguay). Lo que ocurre es que no hay que perder de vista que es difícil mantener un centro trabajando, ya sea vasco como cualquier otro. Si bien cada uno tiene su modalidad de funcionamiento y sus características propias, me parece que somos necesarios todos.

Entrevistador/a: ¿Existen instancias en que estas instituciones realicen actividades en conjunto?

Danilo: No, ya que por ejemplo Salto tiene más vínculos con Argentina que con nosotros. Esto se debe fundamentalmente a un tema de cercanía. Muchas veces se hace difícil que nosotros podamos trasladarnos hasta allí o que ellos viajen a Montevideo, para compartir clases de danza o [de] euskera. Justamente la FIVU está intentando promover la Fiesta Vasca. Ésta tendría lugar una vez al año, durante los meses de marzo o abril, y estaría organizada rotativamente, por un centro vasco asociado. La primera, se hizo en Carmelo y la segunda, la organizó nuestro centro en Montevideo. La idea es que el año que viene se haga en Durazno. Si bien cada centro sabe lo que hace el otro, se trabaja desparejo. Es por ello que surge la Federación, para que por lo menos los centros asociados tengan una excusa para juntarse y trabajar todos juntos.

Minas tiene su centro en una preciosa casa en la falda de un cerro, pero es lejos para acceder caminando; al que no tiene auto se le complica. A los gurises hay que llevarlos y traerlos a

ensayar cuando se hacen clases de danza. Y eso nos ocurre a nosotros también: muchas veces los que más tienen acceso son los gurises del barrio, que son los que más vienen. Como centros vascos, en mayor o menor medida, todos estamos trabajando y mantenemos contacto con el Gobierno Vasco y con las oficinas paralelas del Gobierno.

Entrevistador/a: En lo que se refiere al Centro Haize Hegoa, ¿qué actividades se realizan y cómo se llega a ser socio?

Danilo: Esto empezó siendo un grupo de danza, Eusko Indarra, en el año 1982 (el 12 de octubre de este año estamos festejando veinticuatro años) pero ya se dictaban clases de euskera. El centro se funda años más tarde, en 1988, ya que por esos años comenzamos a plantearnos si nos quedábamos como un grupo de danza solamente o si había que tener un mayor grado de apertura y [a] constituimos como centro. Creímos que teníamos que poner la carreta delante de los bueyes, ya que para nosotros lo primero es acercarse a la cultura vasca y trabajar. Luego, el tiempo dice si una persona se interesa, se siente a gusto y llega a ser socia. La ventaja que tenemos con integrar un grupo de danza es que podemos participar en la Semana Vasca Argentina, con quienes [sic] mantenemos estrechos vínculos. También, comenzamos a trabajar en la publicación de una revista, lo cual ayudó para abrirnos muchos caminos. En 1996, nuestro centro tuvo una grata experiencia con historiadores amigos del País Vasco, quienes hicieron su Maestría en nuestro país y presentaron un proyecto para hacer un seminario con el apoyo de los centros vascos de Uruguay. A partir de este hecho, organizamos cada dos años un seminario.

Otro punto fundamental para nosotros es tratar de incentivar el estudio de la inmigración vasca a nuestro país, dando a su vez apoyo a quienes se encargan de esto. Hace un tiempo, un grupo de profesores del IPA (que habían hecho una especialización en Historia, en la Facultad de Humanidades, sobre el estudio de los vasco-franceses en la Guerra Grande) tuvo, gracias a nuestro apoyo, la oportunidad de divulgarlo y de que eso no quedara archivado en una biblioteca donde nadie lo viera.

Otra experiencia muy linda, pero poco conocida, y que llevamos acabo hace nueve años, es contarle a niños en edad escolar mitos, leyendas y tradiciones del País Vasco. Luego, ellos las interpretan a través de dibujos, en base a [sic] los cuales hacen tarjetas impresas que se usan como saludos de fin de año. Por ejemplo, entre lo que les relatamos, está la historia de un personaje del País Vasco (parecido a Papá Noel). La historia sostiene que éste era de una muy vieja raza vasca y que llega al País Vasco anunciando la Buena Nueva: el nacimiento del hijo de

Dios. Los niños, generalmente, lo dibujan como un personaje que viaja en trineo, vestido de rojo, que en definitiva es un Papá Noel, como todos lo conocemos. Esta actividad la realizamos en el Colegio de los Vascos (en Mercedes 984). Además, allí realizamos todos los años (desde hace tres años) un ciclo de charlas. Por ejemplo, el año pasado hablé de los vascos en Uruguay. Otros hablaron de San Fermín en el País Vasco y de los deportes vascos. Damos nuestro testimonio como integrantes de la comunidad vasca en Uruguay.

Ahora tratamos de realizar un homenaje a descendientes de vascos en el Uruguay, que se hayan destacado por mantener o difundir la cultura vasca; y por supuesto que continuamos con la difusión del euskera, que para nosotros es primordial. En este momento dictamos clases en Facultad de Humanidades, a través de un convenio que se hizo por la Federación. También lo hacemos en el Colegio de los Vascos, donde actualmente existen tres grupos de estudiantes de euskera. Participamos, además, en un proyecto llamado BOGA, que significa *navegar* en euskera [para] [...] tener la posibilidad de navegar a través de Internet para llegar a la gente del Interior.

Entrevistador/a: ¿Cómo se financian todas estas actividades?

Danilo: Fundamentalmente, nos mantenemos por la subvención, aporte y ayuda del País Vasco. Además, cobramos una cuota de colaboración. Durante un año, por problemas administrativos del Gobierno Vasco, no tuvimos subvención. Entonces, tuvimos que colaborar cada uno de nosotros con un poco más que el resto de los años. Así fue como, entre todos, pudimos salir adelante. En 1998, vino un grupo de danza desde el País Vasco que se alojó en nuestro centro. Fue una linda experiencia, en la que por la noche nos juntábamos para charlar, cantar y comer todos juntos. Ojalá tuviéramos más plata para hacer muchas más cosas, pero no me quejo.

Entrevistador/a: En diferentes materiales a los que hemos accedido se afirma que la comunidad vasca profesa la religión católica. ¿Está usted de acuerdo con esta afirmación?

Danilo: No me animaría a decir que sí tajantemente, pero el tema de la religión para los vascos es muy importante, a pesar de que nuestro pueblo haya accedido muy tardíamente a la cristianización. En Uruguay, se hacen las comidas en San Ignacio de Loyola, festejos de San Miguel, de San Juan, porque cada provincia de allá tiene su santo. Por ejemplo, el día de la Patria Vasca, se institucionalizó por problemas políticos: es el último domingo de Pascuas. A la Iglesia de los vascos acudían muchas personas en los años 40. Fue creada con la intención de no perder la masa de vascos inmigrantes. El peligro al que se enfrentaban era que, al no existir

curas que hablaran euskera, no se los podía atender. Surgió, entonces, la necesidad de traer curas vascos entre los años 1850-52 para atender esa gente. Hoy, la realidad es distinta: no hay una gran masa de inmigrantes vascos, y entre los descendientes, hay una gran diversidad.

Realizando un estudio sobre la virgen de Arantxaxu, de la que eran devotos los primeros inmigrantes vascos que llegaron al Uruguay, me dolió mucho que los vascos hayan [sic] perdido esa imagen. La iglesia del Cerro dejó de estar bajo la avocación de esta virgen porque los italianos pudieron colocar en lugar de Arantxaxu otra imagen, ya que participaron con más dinero. Los vascos se ofendieron y hasta había uno que se quería llevar la imagen. De esa manera se borraron setenta años de historia. Por eso, creo que los vascos y la religión están muy unidos. Tal es así que los vascos también son devotos de la virgen de Betharram. Miguel de Garikovitz, que era vasco de la parte francesa, instaura esta imagen en tiempos de los primeros inmigrantes vascos. Y además de esta virgen, está la Señora de la Inmaculada Concepción. En un momento planteé la idea de traer la virgen de Arantxaxu desde el Cerro hacia la Iglesia de los vascos (Iglesia de la Inmaculada Concepción). Pero me dijeron que ya había dos vírgenes (Betharram y la Inmaculada Concepción) y [que] una tercera no les parecía.

Entrevistador/a: Cambiando de tema, algunas comunidades tienden a formar su familia con personas integrantes de su propia comunidad, ¿en el caso de los vascos, ocurre lo mismo?

Danilo: No. Yo diría incluso que una de las características más salientes del vasco es la rapidez con que logró insertarse y logró disimular su presencia en el medio oriental uruguayo. El criollo vio con distintos ojos al inmigrante vasco que al de otras colectividades, lo aceptó rápidamente y eso llevó a que el vasco se sintiera *uno más*. En el campo no existía mucho esa posibilidad de mantener un núcleo cerrado. Tal vez, esto se daba más en la ciudad. No sé si fue un defecto o una virtud, pero sí creo que fue un hecho la rápida asimilación al medio del vasco.

Entrevistador/a: Nos gustaría saber, entonces, ¿cuál es su visión sobre la integración de los vascos en el Uruguay? ¿Cuál cree usted que es la percepción que tiene la sociedad uruguaya de "lo vasco"?

Danilo: Es bastante cambiante. Cuando yo empecé a estudiar, la gente titulaba a los vascos de grandes trabajadores, lo cual puede que tenga algo de idealización. Hubo un quiebre de esta concepción, en parte, por el famoso tema de La Trainera (el restaurante de comida vasca). Éste fue un hecho específico mediante el cual se trajo a nuestro país un tema que estaba muy lejos: el terrorismo. Particularmente, me molestaba y me sigue molestando que se crea [que] vascos

[es] igual a terroristas. Algo similar ocurría en el año 59, cuando hice el Viaje de Arquitectura, donde uruguayo era igual a tupamaro. Esto es lo que trasciende, por lo menos, a nivel de los medios de comunicación. Es muy difícil para nosotros convivir con el tema del terrorismo. Esto muchas veces hace que se vea a nuestra colectividad con *miedo*. Se cree que la colectividad está apoyando, a través de una actividad cultural, el tema del terrorismo. Esto es algo que no depende de nosotros; en nuestro centro trabajamos por un tema cultural y hay que *remar* contra eso. De todas formas, esto no quita que se siga vislumbrando al vasco como trabajador o empeñoso de la palabra.

Entrevistador/a: Cuéntenos un poco acerca de las costumbres más significativas de los vascos en el Uruguay, por ejemplo, en lo que se refiere a comidas, música, celebraciones, deporte, etc.

Danilo: No estoy tan seguro de que haya un interés explícito por mantener las costumbres. Tal vez sea por la rápida asimilación de los vascos a nuestro medio. Sin embargo, todavía en la actualidad persisten elementos tales como la comida, con todo aquello "a la vizcaína", y hasta la práctica del juego de pelota. En lo que refiere al grupo de baile, lo hacemos porque nos gusta, ya que, en definitiva, no estamos manteniendo un folklore. Con respecto al euskera, mi interés radica en motivar a que se estudie, por ser el único idioma preindoeuropeo vivo.

Entrevistador/a: Entonces, ¿cuál sería, en su opinión, el legado vasco a esta sociedad?

Danilo: A pesar de que la gente desconozca muchos detalles, algunos saben y recalcan que tienen apellido vasco. No es común que la gente diga que su apellido es flamenco o gallego, pero sí que su apellido es vasco (si realmente lo es). Otra gente, en cambio, desconoce que su apellido es vasco, pero tal vez conozca de la descendencia vasca de Bordaberry o de algún otro. Por lo tanto, la impronta de los vascos en Uruguay es, en alguna medida, conocida. Por otra parte, se identifica a los vascos con la boina, la faja y la alpargata. Me acuerdo que de gurí la alpargata era de pobre. Mi padre me decía que en el campo andaban descalzos con la alpargata abajo del brazo, para que no se mojaran y estropearan en los días de lluvia. Pero sí, la alpargata creo que ha quedado como un aporte, lo que pasa es que ahora cambió, dejó de ser el mocasín de los pobres. Pero ante todo creo que la gente la sigue usando como un calzado útil, fresco en verano. Una amiga me dice: "los vascos son locos: usan alpargatas en invierno y boina en verano, se cocinan la cabeza en verano y se empapan los pies en invierno". También hay ciertos dichos que relacionan al vasco con el medio rural y [con] las actividades que allí se desempeñan, por ejemplo: "aclarando dijo el vasco y le echó agua a la leche".

Por otra parte, existen apellidos que han cobrado importancia en nuestro país y que todos reconocen como vascos; es el claro ejemplo del vasco Aguirregaray o del vasco Ostolaza. Pero así como está eso, se desconoce que muchas localidades uruguayas tienen nombre vasco; tal es el caso de Juan Lacaze, Ombúes de Lavalle, Lascano y Aznarez, entre otras. No sabrán de la virgen de Arantxaxu, no sabrán del naufragio en las costas de Rocha (en el cual naufragó un barco que, entre otras cosas, transportaba la imagen de la virgen), pero saben que los vascos, acá, estuvieron presentes. Incluso hay gente que desconoce que Zabala era vasco, y que lo de circunvalación Durango es por el lugar donde él nació. Esa falta de información es un déficit tal vez de los centros vascos, que no han podido solucionar cosas como éstas.

Entrevistador/a: ¿Qué significa para usted ser vasco?

Danilo: Nunca me lo cuestioné, nadie me lo preguntó tampoco. Así como estudié el tema de los vascos, también accedí a cosas de los canarios y de los gallegos; creo que todos, en mayor o menor medida, pasaron por lo mismo. No me siento ni más vasco que gallego, ni nada. Pero desde el punto de vista de [la] sangre, soy de todo, y si estoy acá es porque estuvieron ellos atrás. No me siento distinto por tener un apellido vasco. Soy un poco casualidad de todo. Hay mucha cosa de mito, mucha cosa tergiversada, y otras que no se saben. Creo que más que nada se trata de dar a conocer lo que se sabe [...] de la inmigración vasca. En ese sentido, estoy orgulloso por lo que sé y he aprendido, pero no más que eso. Soy oriental: si tengo que defender a Artigas lo hago. Podré saber del primer presidente vasco, de las guerras carlistas, pero creo que también sé de nuestra historia. Creo que no se puede entrar en ese tipo de cosas: si bien estamos a quince mil kilómetros del País Vasco, también estamos a ciento cincuenta años de la historia del País Vasco. Podrá haber alguna persona que se diga *vasca* por tener, por ejemplo, sus cuatro apellidos vascos y, en definitiva, su abuelo vino "con una mano atrás y otra adelante"; no se puede perder de vista esas situaciones tampoco. Podré ser descendiente de vascos o de lo que sea, pero como no se sabe el origen primario, se pueden decir muchas cosas. En última instancia, siento que ser vasco, en mi caso, pasa más que nada por un tema de elección.

Enrique Poittevin

* Enrique Poittevin es actualmente presidente del centro vasco Haize Hegoa.

Entrevistador/a: *¿Es usted vasco o descendiente de vascos? ¿Puede decirnos en qué año llegaron sus familiares al Uruguay, y cuáles fueron los motivos que los impulsaron a venir?*

Enrique: Sí, soy descendiente de vascos. Mi tatarabuelo y su hijo, mi bisabuelo, eran del País Vasco. Si bien mi apellido es francés y originario de un pueblo cerca de París, ellos nacieron en la región del norte del País Vasco, lo que se llama Párralde o la región vasco-francesa, de los Pirineos al norte. Ellos llegaron a finales del siglo XIX. Según dicen, vinieron corridos por el hambre, [por] la política que había en ese momento. Había una necesidad de salir de esa situación y así fue como llegaron a este país. Una vez acá cortaron vínculos con el País Vasco. Pasó que ellos, como todo aquel que venía, cortaron vínculos, principalmente con lo que tenía que ver con lo oficial, porque habían sido *corridos* por un montón de vicisitudes. Y venían a una tierra nueva y querían cortar con todo eso. Si bien allá quedaban familiares, no querían saber de nada con lo que dejaban.

Entrevistador/a: *¿Cuál fue la realidad con la que se encontraron al llegar? Lo que encontraron, ¿colmó sus expectativas?*

Enrique: Concretamente, lo que encontraron, o lo que pudimos ver nosotros al intentar armar un árbol genealógico, es que a todos les pasaba más o menos lo mismo: todos venían a "hacer la América", buscando un lugar donde vivir, donde forjarse, donde poder empezar de nuevo y conseguir dinero para poder comer todos los días. Y en principio, te podría decir que no sé si era lo que buscaban, pero no volvieron. Una vez establecidos, aquí se quedaron. Si ellos hubiesen tenido ganas de volver lo hubiesen hecho. Sin embargo, en principio se quedaron. Se establecieron acá y quisieron seguir adelante.

Entrevistador/a: *¿En qué ámbitos o actividades económicas lograron insertarse? Tenemos entendido que la mayoría de los vascos, a su llegada, se insertaron más en el ámbito rural ¿Fue éste el caso de su familia?*

Enrique: Mi familia se vinculó directamente y sobre todo al comercio. Y de hecho, mi abuelo (primer americano) trabajó en lo que era el teléfono, el telégrafo [sic]; hasta que murió estuvo trabajando en eso. Los anteriores se vincularon a la parte del ferrocarril, estaban más vinculados a lo que era el comercio.

Entrevistador/a: ¿Sabe usted de alguna política que haya tenido lugar en el pasado, por parte del estado uruguayo, propiciando la inserción de la comunidad vasca en el territorio nacional?

Enrique: Yo creo que en un momento había un interés general del Gobierno uruguayo de poblar el territorio. Se necesitaban brazos, se necesitaban poblar ciertas partes de la República, principalmente, el campo. Se sabía que el vasco era muy trabajador, que de hecho es honrado, fuerte, bien formado, entonces, venía muy bien para los trabajos del campo. Ahora, si hubo una ley específica desde el Estado para los vascos, te puedo decir que no la hubo. Sí hubo un interés por traer brazos para trabajar, principalmente, la carne, el cuero, la lana. Y después, de ahí, muchos se fueron vinculando a la leche. El vasco no está relacionado al vacuno de por sí. En Euskadi no están tan vinculados a la vaca como lo estamos nosotros, pero de alguna manera se fueron haciendo [sic] en la tarea difícil de la ganadería. Tenían a favor la costumbre de levantarse temprano y acostarse muy tarde, de cuidar, de ordeñar, de mantener a la oveja. Esa dureza de trabajo sí la sabían [...] [encarar], pero ellos no eran de ordeñar leche de vaca sino de oveja, la que usaban para hacer quesos.

Entrevistador/a: ¿Usted, como integrante de la comunidad, tiene algún vínculo con el País Vasco? Si es así, ¿podría decirnos a través de qué medios?

Enrique: Tengo familia allá, pero está muy perdida en el tiempo. Muchos de los que estaban en el País Vasco han emigrado; han salido de la parte vasca, del norte, y han pasado a poblar un poco más hacia fuera de lo que es la región. Tengo familiares allá, pero con ellos no se mantiene un vínculo directo y estrecho, porque son muy viejos ya y el acceso se hace muy difícil. La comunicación se hace más frecuente entre los jóvenes, porque los más viejos se encuentran más en París. Entre los jóvenes está la facilidad de manejar Internet. Pero de todas maneras no mantienen un vínculo con la comunidad porque les interesan otras cosas. En ellos se fue redireccionando todo. El vínculo con los más viejos se mantiene viajando, pero no hay un verdadero vínculo; más bien éste es poco frecuente.

Entrevistador/a: ¿Como nació Haize Hegoa?

Enrique: Nosotros somos un grupo que, una vez confirmado que proveníamos de la región vasca, nos fuimos vinculando. Antes de ser incluso Haize Hegoa éramos un grupo de danza, Eusko Indarra o Fuerza Vasca. Este grupo nació dentro de que lo que eran las principales casas vascas del Uruguay. Había dos muy importantes como el Euskaro Español y Euskal Herria. Ambas nacieron a principios del siglo XX; la primera en 1910 y la segunda en 1912. Una vez que nos vinculamos entre nosotros comenzamos a armarnos. ¿Y cómo lo haces? Jugando a la

pelota, danzando, interviniendo en las comidas que hacían los mayores, un poco así; ahí te vas formando, ¿no? Inclusive con la propia historia: vas teniendo ganas de aprender un poco más. ¿Qué pasa? [Cuando] [...] joven tenías otras inquietudes sobre las cuales no podías trabajar en esos tiempos, porque las condiciones no estaban dadas. ¿Por qué? Porque las primeras casas vascas que surgen acá están para recibir a ese inmigrante de Euskal Herria (del País Vasco), [...] para darle la primera acogida, la primera casa; inclusive le daban dinero o le daban en aquel entonces, digamos, el vínculo [de contacto] para cuando llegaran. Era una especie de punto de llegada y después de ahí lo mandaban al lugar donde era [sic] contratado. Cuando tenían tiempo libre podían volver a juntarse en esa casa nuevamente para recrear todo lo que traían de allá, como las danzas, los cantos, [los] juegos. Esa era la idea principal sobre la cual giraba la propia existencia de los centros. Después, como a muchos vascos les fue muy bien en Uruguay, se fue formando dentro de la institución un grupo de damas que querían hacer beneficencia. [Era] una forma de retribuir al país que les había acogido y donde les había ido tan bien. Sabían que había gente a los que no les había ido tan bien, entonces, estas señoras hacían reuniones donde recaudaban dinero para ayudar a aquellos que la estaban pasando mal. Era un Comité de Damas de Beneficencia del Euskaro Español. Nosotros empezamos en eso.

Pero luego lo que pasó fue que esos mayores pertenecientes a este centro no se dieron cuenta que la corriente inmigratoria se estaba cortando, porque Europa estaba saliendo de la guerra y estaba en condiciones de poder empezar otro tipo de vida, y que no iban a seguir viniendo. Ante esto, los mayores no cambiaron su forma de ver la realidad. Cuando venimos nosotros, los jóvenes, integramos una fuerza nueva, pero no nos daban cabida, no nos dejaban actuar, expresarnos. Ellos seguían anquilosados allá arriba, manejando sus cosas. Y todo continuó así hasta que nosotros entendimos que teníamos que irnos. Entonces, pasamos a la otra institución. Es decir pasamos del Euskaro a Euskal Herria. Pensamos que en Euskal Herria podríamos encontrar un eco mayor y nos pasó que teníamos a los mismos viejos del otro lado; *viejos* en el sentido cariñoso, pero también en el sentido de que se habían quedado en aquel entonces, inclusive en aquello que habían traído sus padres. Entonces, tampoco tuvimos cabida ahí y nos largamos por nuestra cuenta. Y ahí empezamos a actuar solos, como grupo de danza, aproximadamente en la década del 80, en 1988 para ser más exactos.

Y con el correr del tiempo nos dimos cuenta de que no sólo éramos un grupo de danza, sino que las propias inquietudes nos llevaban a profundizar en historia, tratábamos de conseguir libros, películas, tratábamos de charlar con otra gente, de contar historias de vida, de conocer a la

gente que estaba en Uruguay. Conocer el porqué había lugares que en Uruguay tenían nombres vascos; ver, por ejemplo, por qué había venido Bruno Mauricio de Zabala, a quien le dieron el cometido de fundar esta ciudad (Zabala era de Durango); saber, por ejemplo, que antes que él habían venido otros vascos más. Ahí empezás a ver y ya no éramos tan sólo un grupo de danza, sino que éramos un taller de estudios. Había una propuesta de mostrarle a la gente algo más que danza, música, ganas de mostrar todo lo importante que dejaron los vascos a la formación propia del Uruguay, y al desarrollo. Un poco de todo eso nos impulsó después a hacer una institución que abarcara no solamente la danza sino todo lo demás. Y de ahí nació Haize Hegoa o Viento del Sur.

Entrevistador/a: ¿Cómo se da la relación entre las distintas instituciones que nucleán a la comunidad vasca? ¿Existen instancias en que realizan actividades en conjunto?

Enrique: Es un poco difícil la relación entre instituciones. Nosotros en un determinado momento quisimos hacer una federación de instituciones vascas, que de hecho existe, pero en esa federación no han querido participar las instituciones más viejas del país, instituciones como el Euskaro Español o Euskal Herria. Esto es una historia larga, que llega incluso hasta el día de hoy. Por un lado, el Euskaro Español hoy prácticamente no funciona. En cambio, Euskal Herria sí, pero funciona de una manera especial. Es decir, existe la institución pero no tiene funcionamiento interno, algo ha pasado, como que los socios no van más, no hay ofertas. Siempre que hay actos, en la conmemoración de Guernika, por ejemplo, algunos de la institución participan, pero individualmente, no como institución. Tratamos siempre de que se vinculen con nosotros, porque es evidente: vascos somos todos. Tratamos de invitar (o por lo menos tratamos de que así fuera) a gente del Interior, pero no lo logramos. Han pasado algunos años en donde hemos trabajado juntos, pero ellos como institución por un lado y nosotros como federación, por el otro.

Entrevistador/a: En lo que se refiere al centro, ¿qué actividades se realizan y cómo se llega a ser socio?

Enrique: En general, nosotros lo que hacemos son actividades abiertas a todo el mundo. Una diferencia que tenemos con relación a otros centros vascos es que para ser socio de Haize Hegoa no necesitas tener apellido vasco, ni tener certificado de ningún tipo, ni boina ni nada por el estilo. Simplemente tenés que venir a participar de los eventos y respetar las ordenanzas que tenemos. Dentro de eso, podés hacer lo que quieras. Se empieza generalmente por participar en las actividades tipo danzas, comidas... Cuando recién comenzás a ser socio, generalmente,

empezás siendo socio *colaborador*. Después de un año de trabajo, en que demostrás tu valía y las ganas que tenés de ser parte de esta institución, entonces ahí podés pasar a ser socio *activo*. En general, tenemos muy pocos socios; hay mucha gente que participa de las actividades pero [que] no quiere ser socia. En general, tenemos muchos más socios colaboradores que socios activos.

Con respecto a la cuota, cobrábamos una de muy poco valor, pero llegó un momento en que no lo hicimos más, porque era tan baja que cobrándola no llegábamos a sacar mucho. Era mucho más caro ir a cobrar que lo que la cuota significaba. Después pasamos a juntar dos o tres meses, como para que el ómnibus incidiera menos, pero tampoco funcionó. Después implementamos cobrar por año, pero llegó un momento en que tampoco la gente podía desembolsar todo junto; le venía más cómodo lo de mes a mes. Y entonces, dejamos de cobrar. Ahora estamos tratando de instrumentar el cobro por débito. Aquel que quiera ser socio y quiera pagar su cuota lo pueda hacer por medio de una tarjeta de crédito. Eso sí, quiero decirte que no hemos cobrado importe alguno en materia de cuotas, y en seis u ocho años no hemos tampoco hecho una campaña para captar más socios, porque no tenemos claro cómo hacer con el tema de cobrar las cuotas. De todas maneras, las actividades que hacemos, por ejemplo, las comidas, son pagadas [individualmente] con un ticket o con una contribución. Lo demás, no. Las otras cosas que realizamos las paga el centro o [las pagamos] entre algunos socios. Y si es otro proyecto un poco más grande es apoyado por el Gobierno vasco. En lo que tiene que ver con el pago de luz, alquiler, teléfono una parte está subvencionado por el Gobierno y otra parte sale de lo que se saca con las comidas. El apoyo, en este sentido, es fundamental.

Entrevistador/a: A propósito de su anterior respuesta, ¿cómo se da la relación con el Gobierno vasco?

Enrique: Con el Gobierno vasco tenemos una excelente relación. Porque nosotros, una vez que nos conformamos como una casa, obtuvimos personería jurídica y el Gobierno vasco nos reconoció como *casa vasca* en el exterior. Tenemos el reconocimiento como *casa de cultura* y, a la vez, ellos nos apoyan muchas veces económicamente, incluso para realizar determinados proyectos que nosotros no podemos financiar. Es una ayuda que no sólo hacen con nosotros, sino que también con otros centros como Euskal Herria en Montevideo y con los demás centros que conforman la diáspora en los demás países. Presentás un proyecto de un año para el otro y te lo aprueban o no. Si te lo aprueban te envían lo que precisés para ese proyecto.

Tenemos un representante del Gobierno, el Sr. Josu Legarreta; él es el director de relaciones para las casas vascas en el exterior. Está siempre itinerante y viajando para conectarse con uno o con otro centro, para ver qué se está haciendo y generalmente participa en los eventos importantes. También participa en diferentes cuestiones, que si bien no son estrictamente políticas, sí lo son en buena medida por su presencia como representante del Gobierno. Se supone que el Gobierno vasco es el gobierno de todos los vascos y el presidente manda a sus delegados. En el exterior, hay mucha gente que vota en las elecciones, y al Gobierno le sirve darse a conocer [por eso]. Por ende, le sirve que el Sr. Legarreta participe en la mayor cantidad de eventos posibles, para que por intermedio de su persona se dé a conocer y se logre el apoyo al Gobierno.

Entrevistador/a: ¿El centro Haize Hegoa mantiene relación con comunidades vascas en otros países?

Enrique: Sí. Mantenemos relaciones con comunidades del exterior como es el caso de la Federación de Comunidades Vascas en Argentina, FEVA. Esa misma federación forma parte de la fuerza externa del vasco, que lo ha soportado, que lo ha apoyado internamente. En la FEVA hacen muchas cosas para hacer un poco más de ruido: fiestas, encuentros, etc. Dentro de esas cosas está, por ejemplo, la Semana Vasco-Argentina. Es una semana en el año, muy cerca de fines de octubre o principios de noviembre, donde se juntan todas las casas que hay en el Interior de Argentina y su capital. Es una gran actividad como para que todos se reúnan y siempre nos han invitado y nosotros hemos participado siempre que pudimos. A su vez, en cuanto a la toma de decisiones, la FEVA –que se ha convertido en una fuerza muy importante– es algo que nos atañe a todos. Ahí sí estamos todos involucrados. También está lo que sale del Gobierno vasco; éste maneja muchas cosas en el exterior y sus decisiones nos atañen a todos, porque es el gobierno de todos. Mediante la FEVA nos comunicábamos con las casas que hay en toda América.

En Chile hay una gran casa vasca. Esta casa tiene un carácter más elitista, [es] muy poderosa, tiene gente con mucho dinero. Hay una selección muy estricta de los socios que componen esa casa, sólo dejan entrar a algunos. En Brasil, San Pablo y Río son los dos lugares donde hay casas vascas, nada más. Porque si bien emigraron muchos vascos para ese país, no fue el lugar más elegido para hacerlo. Quizás por causa del idioma. Y así en otras partes del mundo. Las herramientas nuevas como Internet permiten tener un relacionamiento diferente e independiente con casas un poco más alejadas como las de Venezuela, Perú, hasta con Estados Unidos. En

forma bienal realizamos un seminario que lleva por título: *Seminario Internacional de Inmigración, Historia y Cultura vasca*; vienen de todos lados. Ahora estamos pautando uno para agosto [...]. Viene gente invitada de Italia, España, Francia, Argentina, Brasil, de todo el Uruguay. Este año, por ejemplo, queremos invitar a una chica de Estados Unidos. Por esto te digo que como centro tenemos muy buena vinculación con todo el mundo.

Entrevistador/a: Cambiando de tema, se sabe que en algunas comunidades se tiende a formar la familia con personas integrantes de su propia comunidad. En el caso de los vascos ¿ocurre lo mismo?

Enrique: Yo creo que sí se tendió, en un principio, a uniones hacia adentro de las comunidades, incluida la vasca. Al principio se daba que los vascos se casaban con vascos, los armenios con los armenios, los italianos con los italianos, etc. Creo que hoy por hoy, la comunidad más cerrada en ese sentido son los judíos [sic]. Pero en nuestra comunidad se ha ido perdiendo un poco eso. Las uniones entre vascos se dieron más durante el tiempo de las primeras oleadas, en 1860 o a fines del siglo XIX o principios del XX. Un dato interesante es el hecho de que durante un tiempo se solía traer mujeres vascas para casarse acá. Pero después se fue abriendo el abanico y hoy por hoy ya no sucede tanto.

Entrevistador/a: En diferentes materiales a los que hemos accedido se afirma que la comunidad vasca profesa la religión católica. ¿Está de acuerdo con esta afirmación?

Enrique: La religión católica entró tarde en la cultura vasca. Hasta el momento en que entró el vasco tenía "religiones". Creían en algo muy diferente a esa religión. Pero una vez que entra, el vasco la abraza sin perder todo lo otro. Sus fiestas, sus fechas de celebración son fiestas que a los ojos de la Iglesia católica fueron vistas como paganas. Entonces, al ver la Iglesia católica que estas fiestas eran tan conocidas y tenían tanto arraigo comenzaron a colocarlas como fechas de santos; ejemplo de esto es San Juan, que representa el equinoccio de verano (la noche más larga en el hemisferio norte). Este era un festejo muy arraigado entre la gente; la Iglesia no podía perder esa parte de la cultura. Y una vez que el vasco abrazó a la Iglesia católica, la adoptó. Y desde ese entonces profesó esta religión, adoptó a la Iglesia católica-apostólica-romana. Es así como es considerado el catolicismo para los vascos. Es la Iglesia del pueblo. Igual, debo decirte que la asiduidad, la visita permanente de la comunidad que está establecida acá a la iglesia ya no se da tanto. Si bien se festejan diversas fechas en esta iglesia, como que se han ido aflojando los lazos.

Entrevistador/a: Por otro lado, nos gustaría saber cuál cree usted que es la percepción que tiene la sociedad uruguaya de “lo vasco”.

Enrique: En general, cuando se habla del vasco, se habla de una persona de palabra, y es verdad. Si hay una cosa que define al vasco es su rudeza, sus pocas palabras. Es que cuando él dice que una cosa es así, es así. La palabra dada es la palabra dada. Después dicen que es un cascarrabias y, en realidad, es un hombre de pocas palabras. Capaz que cuando le haces un chiste no vas a recibir de él una carcajada. Lo que sí es el vasco es un hombre trabajador, una persona buena y agradable, amable pero tosca. Pero el vasco es bienvenido siempre. Y eso se mantiene desde siempre.

Entrevistador/a: ¿Han sentido algún tipo de discriminación a nivel de la gente?

Enrique: No, de ninguna manera. Hemos sentido sí, en determinados actos, como que no nos dejaban actuar solos. Por una cuestión política; estuvimos siempre referidos a la comunidad española. Otro tema es, por ejemplo, la broma burda y triste hacia el vasco, broma provocada por el desconocimiento y fruto de la mala prensa, relacionadas con que vasco es igual a ETA. Incluso, a nivel de la prensa, cuando llegan noticias desde la Península Ibérica, si son buenas, son españolas, pero si están referidas a algún atentado, son vascas. Hay una diferencia en lo que se refiere a lo que es vasco y lo que es español, en este sentido.

Entrevistador/a: Cuéntenos un poco acerca de las costumbres más significativas de los vascos en el Uruguay, por ejemplo, en lo que se refiere a comidas, música, celebraciones, deporte, etc.

Enrique: Las fiestas que se festejan acá son la celebración del Día del Euskera (Día del Idioma Vasco), que es el 3 de diciembre. El 26 de abril [es la] conmemoración de un día muy negro en la historia del pueblo vasco: la destrucción de la villa de Guernica a manos de las fuerzas franquistas. El último domingo de Pascua es el Día de Patria Vasca. Se celebra en toda la diáspora y por todos los vascos. Cada festejo es recordado también por toda la comunidad en sus hogares. Se festeja también el Día de San Juan, la víspera del 24 de junio. San Ignacio, el 31 de Julio.

Respecto a las costumbres, están las danzas y los diferentes juegos, no solamente lo que tiene que ver con la *pelota vasca*. La *pelota vasca* es el más representativo y conocido mundialmente como deporte vasco. Se puede jugar con la mano o con una herramienta que puede ser un canasto, una pala (pala española) o también con la *paleta argentina*, que puede ser de diferentes tamaños (palas largas o cortas) [...]. Los *pelotaris* son los jugadores de pelota vasca. Te cuento

que todos los deportes vascos tienen su origen en actividades rurales, excepto lo de la pelota. Y todos tienen una referencia hacia alguna apuesta. Hay un deporte que tiene que ver con cortar troncos, donde se apuesta a quién corta más en menos tiempo y que puede llegar [...] hasta una serie de diez troncos. Los hachadores [sic] se llaman en euskera: *aitzkolares*. Hay otro deporte que tiene que ver con cortar el pasto con una guadaña, son los *segalaris*. Se apuesta a quién corta más en menos tiempo. La hierba cortada formará parte del forraje de invierno, fundamental para los pesebres [...]. La *sokatira* es la clásica cinchada. Consiste en el tironeo de una cuerda por dos grupos antagónicos. Es una actividad que nació de una práctica que se realizaba en el puerto. Se tiraba una cuerda hacia el barco para atraerlo hacia el muelle y un grupo tiraba de ella para amurar la embarcación. Luego, eso pasó a practicarse más como un deporte; alguien se dio cuenta de que se podían armar dos grupos, uno en cada punta de la cuerda y ver quién podría atraer a todo el grupo hacia sí. Luego vieron que se podía apostar a tal o cuál grupo y ver cuál ganaba. Con respecto a los deportes que se practican en el agua están los estropadak, que son los remeros de traineras, las canoas con las que se arman grupos que juegan carreras.

En cuanto a la danza, hay danzas por diferentes motivos: para el trabajo, los nacimientos, las cosechas, la muerte, el maíz, etc. Todas son relacionadas con lo que se hace o para acompañar lo que se hace. Un caso típico es cuando se hace la sidra. Se canta y se baila con alusiones continuas. La sidra, que no es como la conocemos acá, sino que es un jugo de manzana fermentado y nada más, era una bebida muy importante, al punto de sustituir al agua. En la parte gastronómica, acá se consiguen la mayoría de las cosas. Claro, hay ingredientes que no se consiguen, por ejemplo, tipos de pescado. Hay un plato que se hace con angulas, que son las crías de las anguilas; es un plato muy caro y las angulas sólo se consiguen allá, en los ríos del norte, tanto de Galicia como de otras partes. También están las tabernas, que son reuniones donde puedes degustar comidas típicas y [ver] danzas. Nosotros realizamos este evento frecuentemente, tratando siempre de ser fieles a lo que significa una taberna en el País Vasco.

Entrevistador/a: Por último, ¿podría decirnos cuál sería, en su opinión, el legado vasco a esta sociedad?

Enrique: Como legado vasco a esta sociedad está la gente: esos que vinieron, que fueron asentándose en el territorio desde épocas coloniales (e incluso antes), los que llegaron y fueron formando comunidades y que fueron trayendo junto con ellos lo que conocían. Y así contribuyeron al desarrollo del lugar al cual arribaron. Trajeron su forma de trabajo, su forma de ser, [...] su palabra, su forma de trabajar, su honestidad, incluso sus propias herramientas,

formas nuevas de trabajar que acá no se conocían o se realizaban de otra manera. Ejemplo de ello es el arado o los conocimientos sobre la oveja, que luego se llevaron al vacuno. Vinieron carpinteros, picapedreros. El aporte vasco viene más en este sentido, a lo que aportó en los inicios, a su llegada.

Entrevistador/a: ¿Qué significa para usted ser vasco?

Enrique: Lo que yo considero que es ser vasco, hoy por hoy, es el mantener aquello que nos enseñaron desde siempre, mantener lo que para el vasco es importante: la palabra, el valor del trabajo, el mirar de frente y decir las cosas como son. El vasco no es testarudo o duro, es tozudo, recto. Esa rectitud que hace que si para poder cumplir con su palabra se tiene que dar la cabeza contra la pared, lo haga. Eso es ser vasco, es ser conciente de que se es parte de una comunidad que tiene siglos de existencia y de que hay que seguir manteniendo nuestras costumbres, las cosas que nos hacen ser quienes somos.

Leonat, Karlos, Viviana y Maritxa (entrevista colectiva)

* Leonat, Karlos, Viviana y Maritxa son estudiantes de euskera en el centro vasco Haize Hegoa y pertenecen al grupo Aldaxka (rebrote o retoño).

Entrevistador/a: ¿Son oriundos del País Vasco o descendientes?

Leonat: Descendientes, nietos, sobre todo.

Entrevistador/a: ¿Son todos profesores de lengua vasca?

Leonat: Somos profesores y alumnos. El euskera o lengua vasca se enseña aquí, en las instalaciones del centro Haize Hegoa, en la Facultad de Humanidades y en el Colegio de los Vascos o Inmaculada Concepción, en la calle Mercedes. Como grupo, nos acercamos por el euskera, y no sólo por eso, sino por la cultural vasca en general. En mi caso, me acerqué tanto por el idioma como por otro montón de cosas.

Karlos: Yo, al euskera, lo sentí desde chico. Si bien no fue de forma muy "elaborada", siempre sentí cariño por este idioma. Después, empecé a conocer gente que me dio la oportunidad de aprenderlo y empecé a juntarme con este grupo. A partir de ese vínculo, fui conociendo después todo lo que se refiere a la cultura y comencé a interesarme por ella.

Entrevistador/a: ¿Qué debe entenderse por cultura vasca?

Leonat: La cultura es todo lo que el hombre hace en sociedad. Para nosotros, *cultura vasca* es la manera vasca de hacer las cosas: la forma de entender la vida, los valores, las simbologías particulares que tienen los vascos, que en algo se parecen y en algo se diferencian de otras culturas. La tradición, por ejemplo, es algo muy importante, es fundamental. Nosotros tratamos de reconstruirla porque hubo un salto generacional entre los bisabuelos y abuelos que hizo que, debido a diferentes motivos, se fueran perdiendo cosas y empezaran a aparecer descendientes que ya no se interesan por seguir la tradición. Sentimos que debíamos llevar a cabo una reconstrucción a partir de lo que nos transmitieron nuestros abuelos, y así poder revivir a la cultura vasca. Una de las maneras que encontramos fue el euskera. Mi abuela me enseñó algunas palabras en este idioma, muy pocas, y me enseñó que era de origen vasco. Y ahí empezó todo.

Karlos: En mi caso, fue igual. En mi casa nunca se decía perro sino *txakurra*; al vino se lo llamaba *ardoa*. Entonces, vas agarrándole cariño al idioma. Que somos vascos, que venimos de tal provincia, y va naciendo como un orgullo...

Leonat: Claro, como un orgullo. Mi abuela, por ejemplo, tenía como un orgullo casi maligno; me hablaba en euskera porque sabía que yo no la entendía. Y eso es típico del vasco, y me lo transmitió [risas]. Me decía "*ipurdi beltza*", y se mataba de risa. Hasta que un día me explicó lo que quería decir: c... negro. Había como un orgullo de pertenecer a esa raíz muy distinta a lo que tiene el común de la gente. Incluso se había mandado a hacer el escudo de la familia (no todas tienen un escudo). Te transmiten esa idea de que tenés un origen diferente, y a partir de eso empezás a buscar. En mi caso por lo menos fue así.

Karlos: Yo, por ejemplo, tuve la suerte de vivir toda mi infancia y adolescencia con mis abuelos. Entonces, quieras o no, esa parte de [recibir] información y de que te inculquen esa cultura fue mucho más fácil. Eso fue una diferencia, es algo que no pasa con respecto a otros primos que vivían lejos y que por eso no tuvieron un vínculo tan estrecho con ellos.

Leonat: La transmisión se dio así: mi abuela aprendió esta cultura por su abuela y mi abuela, a su vez, me transmitió algunas cosas. Básicamente, la transmisión fue de abuelos a nietos. En cuanto a la cultura, lo fundamental para nosotros es la lengua. Después está todo lo demás, que se define a través de la lengua, a mi entender. Hay toda una forma diferente de entender y pensar al mundo, de entenderlo a través de la cultura, y que viene de la mano con la lengua. O por lo menos esto se ve más con el euskera. Es una lengua diferente, que no tiene mucha relación con las que la rodean. Es una lengua preindoeuropea.

Entrevistador/a: ¿Cómo se construye una oración en euskera?

Leonat: Para hacer la explicación fácil, puedo decir que se construye al revés que en castellano. Lo importante de la oración va adelante, los verbos después, etc. El lugar del hombre en el mundo del euskera no es el mismo que en otras lenguas indoeuropeas. El hombre es parte de una cosa más grande. No es él quien posee las cosas sino que las cosas lo poseen a él. Yo no soy el dueño de una casa, sino que es la casa la que me posee a mí, le pertenezco. Por eso, de alguna manera, es tan importante el tema de los apellidos en la cultura vasca. Viene por ese lado, de la pertenencia a algo. Y esto tiene paralelo con otros pueblos llamados *primitivos*. Todo se define a través de la lengua: hay una manera de ordenar conceptos, de ver la realidad de determinada forma.

Karlos: Además, en lo que tiene que ver con la construcción de oraciones, el euskera es un tipo de idioma que se denomina aglutinante. No es como el castellano, que tiene, por ejemplo, artículos como: el, para, a, sino que todo va pegado a la palabra. Pero como cualquier otra lengua, también ha sufrido por el contacto con las demás, ha tomado en préstamo algunas

palabras y dio también otras en préstamo. El euskera tiene una particularidad y es que no tiene nombres para designar lo genérico. Tiene un nombre para cada árbol, pero no para árbol.

Leonat: No. Sobre esto hay mucha discusión. Se supone que no tiene algunos conceptos abstractos, pero puede que sea por la cuestión de que es muy antiguo. Capaz que no es que no los tenga, sino que se perdieron con el tiempo. Según algunas teorías, el euskera tiene determinado vocabulario y estructura gramatical que no se justifica para un montón de pastores en la montaña, en los Pirineos. Eso da la pauta de que, probablemente, haya pertenecido a algo más grande antes. Probablemente, a una cultura más avanzada. Esto es lo que apoyan otras teorías, que dicen que perteneció a un grupo lingüístico que fue barrido por los indoeuropeos y que quedó allí, en ese rincón, lo que se salvó. Sí hay muchas cosas, conceptos abstractos que no existen en esta lengua y que se han tomado en *préstamo* de otros idiomas. En parte, como proceso natural, y en parte, por el problema de la *disglosia*, por la cual el euskera siempre fue visto, incluso por los propios vascos, como una lengua *de segunda*. Muchas palabras que se toman en *préstamo*, se toman de lenguas consideradas mucho más prestigiosas, como el castellano o el francés.

También, de un tiempo a esta parte, pasa que se toman términos en forma muy "alegre", sin tomarse el tiempo para construir en euskera lo que sería esa palabra. Esta es una opinión muy personal. El castellano, por ejemplo, castellaniza lo que le viene de afuera; ellos [los españoles] no dicen computadora, dicen ordenador. El euskera, por ejemplo, debido al prestigio del castellano, ha tomado muchas palabras de este idioma hoy en día. Y esto es un tema complejo, porque el euskera es una lengua que está rodeada de otras más prestigiosas. Esto es algo que también le ha sucedido a otras lenguas minoritarias, y el euskera, en este sentido, no es una excepción. Lo que sí tiene el euskera es el privilegio de tener una cierta política semioficial, que otras no lo tienen. La falta de una política oficial es, muchas veces, la causa de por qué comienzan a desaparecer.

Karlos: Sí, porque a pesar de que una familia que hable euskera en su casa y le enseñe a hablar en esta lengua a sus hijos, hay ámbitos como la escuela o el trabajo en donde no se lo puede seguir hablando. En el tema de la educación, por ejemplo, hoy en día no se puede hacer un 100% en este idioma, incluso, en lugares donde es legal.

Maritxa: Es cierto, incluso en lugares donde tendría que ser políticamente legal o donde todos deberían tener el mismo derecho a hablarlo no pueden hacerlo. Es más, deberían de poder optar, en teoría, cuál es la lengua que quieren hablar.

Leonat: La lengua es un instrumento político. Con el tema de la lengua saltó el tema político. Éste es un problema de la política vasca: que la esencia de la identidad sea la lengua. Porque no tenemos una religión particular y lo que va quedando exclusivamente vasco es el lenguaje. Éste es el gran tema vasco. La definición del vasco es a través de la lengua, ser euskaldunes. De ahí viene toda la crisis de identidad, por las persecuciones políticas que ha tenido [el vasco] desde la Revolución Francesa, y luego, con la unificación del Estado español. Recién ahora se están dando ciertos pasos para su recuperación, aunque un poco tardíos, porque estamos hablando de una comunidad que en su propio territorio histórico es minoritaria.

Karlos: Está también todo el fenómeno de la inmigración. Al ser una lengua tan diferente y [a] haber tenido toda esa parte histórica represiva, de que no se podía hablar, tampoco es tan fácil para el que se va emigrado mantener y adquirir ese idioma. No es lo mismo, por ejemplo, que el catalán, que es una lengua latina y que, por su parecido, es mucho más fácil de integrar lingüísticamente. Con el euskera no pasa eso. Y sobre todo por su situación de retroceso. Si bien hay grandes esfuerzos por parte del Gobierno para mantenerlo, tampoco es oficial en todas las provincias. No en todo Euskal Herria es oficial. En la parte de los Pirineos, de las tres provincias más al este [señala un mapa de Euskal Herria o País Vasco que se encuentra en la pared], lamentablemente no es oficial; allí hablan francés.

Leonat: Hablan francés, la escuela se da en francés. Podés tener clases extra de euskera o podés ir a una *ikastola* (escuela en vasco), pero no es oficial. Lo oficial es que hablen francés. Y bueno, el retroceso mayor que ha tenido el euskera se ha dado en las tres provincias del este.

Viviana: O sea, el euskera es oficial en la parte española, pero en el lado francés no.

Leonat: No. Hay una cierta oficialidad que hay que tomar muy *con pinzas*, porque también en esto hay un uso político. Y el tema es muy complejo.

Entrevistador/a: ¿Por qué hay un uso político?

Leonat: Porque para el nacionalismo vasco la lengua es uno de sus elementos simbólicos; está presente en la lucha política. Y entonces, da la impresión de que se está recuperando el euskera, de que es oficial, pero no sé si esto es tan así. Eso por un lado. Por otro lado, no sé si es tan fácil recuperar una lengua tan deteriorada a esta altura. No quiero decir tampoco que no haya buenas intenciones, las hay. Pero también hay un uso político. También, en algunas cosas,

se llegó tarde, porque después de tantos siglos de persecución y de años de autocensura por los propios vascos, que consideraban inferior a su lengua y utilizaban el castellano o lo que fuere, el euskera se fue perdiendo. Tampoco hay que olvidarse de que el Estado español no ha sido ajeno al problema.

Karlos: Hay una paradoja. El euskera es oficial en lo que se denomina Comunidad autónoma (lo que para España es la Comunidad autónoma). Pero hay zonas de Álava en donde nunca se habló euskera.

Maritxa: La Comunidad autónoma son Álava, Guipúzcoa y Vizcaya.

Leonat: O por lo menos hace trescientos años que no se habla.

Karlos: Y tenés que en la parte que linda con el territorio francés, un 60% de su población es vasco parlante, y allí no es oficial. Hay una contradicción porque el euskera es oficial en zonas donde no se habla un euskera puro. No se acompasa la parte política con la parte lingüística.

Leonat: El tema de la lengua no es reconocido ni por el estado español ni por el francés.

Karlos: No existe para ellos una lengua diferenciada.

Leonat: Desde que la Revolución Francesa dijo: "*le fanatisme parle basque*", a partir de allí se arrasó con todo. La política partidaria y la cultura tendrían que estar separadas, porque son dos cosas distintas.

Entrevistador/a: Cambiando de tema, ¿hay, en el Uruguay, alguna palabra que se sepa que proviene del idioma vasco?

Leonat: Había un montón... *Cucha* me decían que era vasco, por ejemplo.

Karlos: *Kutxa* se le dice a una caja en euskera.

Leonat: Pero es *cama* en italiano. Ahora, rápidamente, podría decir que *cascarria* viene del vasco (la suciedad de la lana de oveja). Hay un lugar, en el Interior, donde se dice *amaiketako* a una comida que se sirve entre las diez y las once de la mañana. En el País vasco se le dice así a la media mañana y eso sí es euskera puro, clarísimo. Por el lado de Colonia, por lo menos, sé que se usa. Dicen que *sucucho* viene del euskera; [...] *sucuchoa* es un lugar chiquito, un rinconcito. Dicen que *chatarra* también es vasco, pero no podría confirmarlo. *Amaiketako*, sí. Pero, particularmente acá en Montevideo... *Pocholo* es una palabra que viene del euskera. O los diminutivos: *martincho*, *pirucho*; todos los diminutivos que terminen en *cho* vienen de allá. Puedo confirmar que en el Interior se usan muchas palabras vascas. *Pilcha*, ya que en vasco *pilxtarra* (pronunciado pilcharra) significa ropa vieja o desaliñada.

Viviana: "Lo de Magolla".

Leonat: Lo de: "andá a cantarle a Magulla", no sé bien si viene del euskera, pero *amagoia* en euskera quiere decir abuela, así que sería algo como: "andá a cantarle a tu abuela". Podría ser también "la rubia Mirilla"; Mirella es un nombre vasco. Pero lo que sí está clarísimo es lo de los apellidos: Aunchain, por ejemplo, es vasco. Eso es lo más claro, a mi entender, que ha quedado: la sangre, los frontones, los valores y las boinas. Pero después, hay que decir que es sólo eso, porque los vascos se hiperintegraron.

Entrevistador/a: ¿Y algo más que haya quedado?

Maritxa: En la cocina debe haber algo. Cosas que deben haber quedado. Capaz que con el tiempo se fueron borrando y por eso son un poco más difíciles [de] identificar las cosas vascas.

Leonat: Lo que pasa es que nosotros vivimos mirando para allá (hacia el País Vasco) y nunca nos pusimos realmente a investigar, a averiguar mucho. Lo de la pelota, por ejemplo, está. Sobre todo en el Interior; allí hay muchos frontones.

Karlos: Los valores, por ejemplo. Lo que te transmitieron en la familia. La palabra.

Leonat: Si, pero eso es a nivel individual, pero a nivel general de la sociedad uruguaya, lo que quedó, lo que puedo decir que sea vasco, es más difícil. El gofio, por ejemplo, es canario. Pero algo de ese estilo que podamos nombrar como vasco, no quedó. La boina o *chapela*, en el Interior, sustituyó al sombrero. Podríamos nombrar la presencia vasca en lo que tiene que ver con la oveja. O incluso en algunas formas de trabajar. Mis abuelos, por ejemplo, trabajaron en saladeros. Porque no todos fueron al campo. Algunos también vivieron en bastante malas condiciones, trabajando en esos lugares. Esto es algo que se está estudiando, por ejemplo. Lo que tiene que ver con el tema cultural, lo podés ver en los centros vascos, en ese pequeño mundo aparte, cuando los vascos eran una gran parte de la población. En la época de la Guerra Grande había en Montevideo un gran porcentaje de vascos; la otra gran mayoría eran los negros. Y los que quedaban eran criollos. Y tenían su propio mundo, sus raíces, su música, su pelota. Me animaría a decir que la vida social en Montevideo giraba en torno a las festividades de los vascos y los negros. Esos eran los dos hechos culturales rescatables. El Carnaval de los vascos era muy fuerte también. Pero sí, en los centros vascos se intentó rescatar, conservar lo simbólico: las danzas, el idioma, las canciones, las comidas típicas, las tradiciones, pero permanecen ahí, en los centros vascos.

Entrevistador/a: ¿Conocen algún otro centro?

Leonat: Conozco Euskal Herria y ella [refiriéndose a Maritxa] también es parte de ese centro.

Maritxa: Yo fui tres veces o cuatro a Euskal Herria para asociarme, para jugar pelota. Me llevó cuatro meses el proceso para que al final fuera aceptada mi solicitud.

Entrevistador/a: ¿Por qué tanto tiempo?

Maritxa: Porque soy mujer y no tengo apellido vasco. Al final entré porque estudiaba euskera y eso me daba un cierto apoyo.

Leonat: Euskal Herria siempre fue un centro bastante especial. Y como centro tuvo sus momentos. Yo estuve bastante tiempo allí; me formé allí. Fue un periodo muy bueno, pero después empezó a decaer. Se sucedieron cambios de gente, de directiva, con políticas muy cerradas y, prácticamente, hoy es un lugar físico donde se recibe a los delegados del Gobierno vasco.

Maritxa: Incluso con el tema de la pelota. La pelota no está encarada como un deporte de la cultura vasca. Euskal Herria es un club, pero no un club vasco de pelota. No está como parte de la comunidad vasca; tampoco intentan hacerlo.

Leonat: También hay que decir que los centros vascos empezaron a recibir ayuda del Gobierno vasco en un determinado momento; *gobierno vasco* se le llama al gobierno de la Comunidad autónoma, que son esos tres territorios que nombrábamos antes. Lo que la televisión española presenta como País Vasco es nada más que esas tres provincias: Álava, Vizcaya y Guipúzcoa. Navarra (Nafarroa) es una Comunidad autónoma zonal, tiene otra organización política. Hará unos diez años aproximadamente el Gobierno vasco comenzó a financiar a los centros vascos. Y eso ha contribuido a desvirtuar sus objetivos. Antes se autogestionaban; hoy se han vaciado de gente, de rumbo. También está el hecho de que no saben adonde se dirigen: tienen el dinero pero les falta la gente.

Entrevistador/a: ¿Los que concurren a Haize Hegoa son todos oriundos o descendientes?

Leonat: Estamos los que somos descendientes y lo sentimos, y los que aun no siendo descendientes lo comparten, se identifican y lo valoran. Por otro lado, hay un montón de gente que [sic] no le interesa. Es más, que se enorgullece de no ser descendiente.

Maritxa: Incluso podría decir que la gente con la que nos reunimos y se acerca hasta el centro no es vasca. No están interesados (o por lo menos no la mayoría) ni siquiera en el euskera. Se sienten vascos porque vienen acá o se identifican con *lo vasco*, porque tienen el apellido, pero no aprenden ni se interesan por la lengua.

Leonat: Hay que decir que la colectividad está en una etapa de clarísima decadencia. Ya no hay casi *naturales* y habemos [sic] algunos descendientes medio locos que estamos tratando de reconstruir algo, pero después no hay más nada. De diez años a acá, yo he visto que la colectividad ha ido decayendo. Yo llegué a ver comidas donde había un montón de gente mayor, pero ellos han ido desapareciendo, ahora no están más. A pesar de eso, todavía quedan descendientes, a quienes les interesa reconstruir un poco la historia personal, familiar. Pero la gran mayoría vino en el siglo XIX, como es mi caso [el de la familia], o en la Guerra Civil Española, y estamos lejos en el tiempo. Capaz que la colectividad gallega es por esto un poco más fuerte, porque todavía existen *naturales*, pero en el caso de la vasca, como es más vieja, lo que hay es más que nada descendientes. A pesar de todo eso sigue habiendo una referencia a la gente vasca. Uno de los mitos nacionales es el vasco: e vasco porfiado, buena persona, trabajador. Eso sigue estando, lo del "gallego bruto" y el "vasco porfiado", eso quedó.

Entrevistador/a: ¿Qué percepción tiene para ustedes la sociedad uruguaya sobre *lo vasco*?

Leonat: Ahí no podemos ser muy objetivos, porque lo vemos un poco desde adentro. Yo no puedo verlo como uruguayo, porque soy una cosa entre medio, entre vasco y uruguayo.

Karlos: Yo creo que la sociedad uruguaya siente por el vasco un gran respeto.

Maritxa: Cierta parte de la sociedad uruguaya siente eso. Después tenés, políticamente, otra cosa. Al nombrar al vasco, tenés las dos cosas, y las recibís por igual.

Leonat: Otra cosa que tenés es el chiste tonto que demora dos minutos en aparecer: "¡ah, la ETA!".

Karlos: Pero también tenés, "¡ah, el vasco: la palabra!". Como que la palabra del vasco todavía tiene vigencia; también lo del trabajo quedó marcado, y eso se siente. En mayo asistimos a un seminario que realizó Euskal Herria; se llamó *Mugaz Gandi*. En esa ocasión hubo una ponencia presentada por un periodista del diario *El País* (Hernán Sorhuet) sobre la percepción desde la prensa sobre *lo vasco*. Sorhuet hizo una pequeña investigación preguntándole a los editores de los principales periódicos sobre la percepción que tuvieran sobre los vascos a nivel de medios de comunicación. La ponencia se tornó polémica, porque una de las conclusiones era que se relacionaba más el tema de la ETA con los vascos que con otras noticias que vinieran de la misma zona. Un asistente, un señor ya veterano, intervino bastante enojado y dijo que eso no era cierto. Sorhuet concluyó que, en parte, el problema estaba en la participación que los centros vascos tienen en los medios de comunicación. La falta de *lobby* de esta comunidad, la falta de trabajo que hay sobre el tema. ¿Qué piensan ustedes sobre eso? ¿Están de acuerdo?

Leonat: Totalmente de acuerdo con lo que dijo el periodista. Yo asistí a ese seminario.

Maritxa: Yo también. Las cadenas internacionales te mandan muchas cosas (como en todos los lugares). Es tu responsabilidad tomar partido en eso y está en cada uno divulgarlo [o no] como se debe.

Karlos: El pueblo uruguayo ignora completamente la realidad vasca. Ignora que cuando vienen noticias de San Sebastián (ciudad del País Vasco, donde se realiza el festival de cine) son tomadas como noticias españolas, pero que cuando vienen noticias sobre algo que tiene que ver con el terrorismo son tomadas como noticias vascas. Pero creo que no todo es culpa de los centros vascos (estoy de acuerdo en que la tienen), pero también hay que tener en cuenta la gran presión que existe por la parte española, tanto económica como política. Los centros vascos podrían presionar un poco más, pero no se puede obviar la presencia del Gobierno español en las comunicaciones, las relaciones que mantienen los medios con la embajada de España. Pero estoy de acuerdo en que no hacen todo lo que deberían hacer.

Maritxa: Además, nosotros como individuos [que formamos] parte de una sociedad, recibimos cierta información que muchas veces no somos capaces de procesarla de manera inteligente. Si vos miras la CNN también pasa lo mismo. Hablan de los vascos de la misma manera. No sólo la responsabilidad está en quien envía la información, sino también en quien la recibe. Los centros vascos podrían incidir de manera positiva en la información que se da y que es parte de su comunidad. Lo que pasa, a su vez, es que muchas veces ellos mismos no se interesan por eso.

Leonat: Lo que pasa (con respecto a los *lobbys*) es que la comunidad judía o la armenia son comunidades con un poder económico muy importante. Los vascos forman parte de una comunidad que se disolvió por completo. Capaz que ésta no era la situación de los vascos en los años 40 o 50. En ese entonces estaban en otras condiciones, estaban en el Gobierno. Ahora, el tiempo ha disuelto poco a poco a la comunidad. Los centros vascos, con el dinero que reciben del Gobierno vasco, podrían hacer muchas cosas y no veo que hagan nada importante.

Entrevistador/a: Cambiando de tema, ¿mantienen alguna comunicación con gente del País Vasco? Si es así, ¿a través de qué medios?

Leonat: Sí, y frecuentemente. Yo tengo más amigos allá que acá. Me comunico básicamente por Internet (una de las pocas cosas buenas de la globalización). Yo viajé e hice algunos amigos allá y siempre estoy en contacto. Después he conocido gente acá, que ha venido, y seguimos manteniéndonos en contacto. Casi semanalmente, con gente de Argentina y otros países también. La nueva modalidad de hoy es conocer gente por medio del "*chat*". De paso, es una forma de practicar el euskera. Obvio que también lo practicamos con gente que habla euskera, que está acá pero que es nacida en el País Vasco, o con los que estudian euskera con nosotros.

Karlos: Yo también me mantengo comunicado con amigos por medio de Internet. Hay mucha gente que se interesa, gente de Uruguay, descendientes... Podés conversar con alguien en un "chat" [...] [en] euskera y así vas construyendo una relación.

Entrevistador/a: Cuando se comunican con una persona del País Vasco ¿ven alguna diferencia entre el euskera que hablan ustedes y el de ellos?

Leonat: Nosotros aprendimos lo mismo que se enseña allá. Hay una cuestión oficial y nosotros nos manejamos con esa oficialidad. Hay un modelo oficial de enseñanza del euskera, que es el euskara batua, el que trae el Gobierno vasco para la enseñanza de adultos, acá y en toda América. Ahora nosotros estamos haciendo un trabajo (bastante difícil), que es el de recuperar el dialecto de nuestros antepasados,[...] una búsqueda personal, que la hemos hecho, incluso, a contracorriente, con la intención de recuperar algo. Nuestro euskera oficial tiene un tinte de ese dialecto, es muy diferente al de allá.

Karlos: Llama la atención el hecho de que cuando hablás con alguien usando determinadas palabras o fonética (por ejemplo, nosotros usamos la *h* aspirada y en el euskara oficial la *h* es muda) y decís algo te dicen: "¡ah!, ¡pero vos sos de tal lado!". Yo les respondo: "no, lo que pasa es que yo soy uruguayo, pero mi familia era de...". Todo depende del lugar de donde provengas.

Leonat: Pero a pesar de todo eso que dice Karlos, igual hay muchísima diferencia, en todo.

Karlos: Hay que partir siempre de la base de que el euskera no es uno, monolítico. En el euskera tenés variantes, hay ocho dialectos, y por cada región hay diferencias dialectales, hay subdialectos.

Leonat: No, no. Pero todo es diferente. No es lo mismo ser vasco allá que acá. Eso es algo que sostenemos nosotros.

Entrevistador/a: ¿En qué sentido?

Leonat: Porque tenemos una historia distinta. Vivimos en un país diferente y nos consideramos vascos. Allá es otra historia, otro modo de vida, otro lugar: la Europa moderna, el primer mundo. Nosotros venimos de gente que se vino por la miseria, por la persecución. Tenemos una manera diferente de ver *lo vasco*. Lo valoramos de otra manera porque estamos lejos del país de origen. La juventud de allá no es así, no les interesa la cultura vasca (como toda juventud en esta época globalizada). A nosotros sí, y muchísimo. Nos importa tratar de mantener los valores, el tema de las raíces, cosa a la cual ellos no le ven el sentido. Hay excepciones, ¿no? Yo tengo amigos allá [...] [que] viven en otro ritmo de vida completamente diferente. A nosotros nos ven como marcianos o que estamos estancados en el tiempo. Nosotros a ellos los vemos como jóvenes

que están perdiendo su identidad. Nosotros decimos que lo que se hace acá es valioso y que tenemos cosas que aportar, sobre todo en lo que allá se está perdiendo por el tema político. Pensamos que ambas versiones de *lo vasco* pueden enriquecerse mutuamente. Acá vemos la cultura con un tinte más idealista, inocente, porque no existen los problemas políticos que hay allá. Entonces, en algunos aspectos es más fácil tratar los temas culturales; no tenés la presión que tenés en el País Vasco. Allí es tremendo, todo está en blanco o negro, es terrible.

Karlos: Y es más objetivo como miras al País Vasco desde acá. Porque allá están inmersos en esa realidad, que quieras o no, te cambia la óptica. No es lo mismo ser joven en el País Vasco con todas esas cosas que pasan. El dinamismo social, económico y cultural, el enfrentamiento que tenés constantemente frente tuyo entre esas dos potencias lingüísticas y culturales que están machacándote constantemente. Eso en el Uruguay no existe.

Leonat: En el Uruguay hacemos el esfuerzo de usar la lengua incluso *euskerizando* lo cotidiano. En el País Vasco eso no pasa, es impensable, no son conscientes. Y esto debido a que están inmersos en un mundo donde el castellano es impuesto y a nadie se le ocurre *euskerizar* lo de todos los días. Acá somos conscientes de que tenemos algo diferente del resto de los uruguayos. Para ellos el castellano es algo tan cotidiano, tan normal que no lo ven como algo diferente. Tanto da hablar en euskera como en castellano. De esto viene la crisis de identidad. Nosotros tenemos bien claro que el euskera es parte de nuestra identidad y lo tratamos de defender a muerte. Y para ellos somos unos bichos raros. Para nosotros ellos son unos *bobos*, que no se dan cuenta que están perdiendo la base de la identidad. Hay excepciones, repito, pero, en general, es bastante triste el panorama de los jóvenes del País Vasco.

Entrevistador/a: ¿Cómo se definen como nación, entonces?

Leonat: Es una idea que se está construyendo, pese a los siglos de divisiones internas e imposiciones externas. La idea de una identidad siempre existió. Hubo intentos, pero la idea de que todos los vascos formaran una única nación, no sé. Sí hubo tal vez varias pequeñas naciones. Hubo en su momento un Estado vasco, el Reino de Navarra, que fue un Estado independiente. Pero hoy en día el tema del nacionalismo está muy difuso y es vivido contradictoriamente por los actuales navarros. La razón puede estar en que los vascos siempre se sintieron diferentes entre sí, siempre fueron diferentes por cuestiones dialectales. Está el tema también de que fueron separados entre dos estados. Siempre tuvieron claro que eran un pueblo, pero de llevar eso a una nación o a un Estado, siempre quedó en el camino. El vasco no pertenece a un suelo, pertenece a su lengua. Se define a través de ella: él es *euskaldun* o no lo es. La propia idea de nación es una idea moderna y al País Vasco llegó tarde. Llegó al final del siglo XIX, principios del siglo XX y hoy se está luchando porque haya una idea de nación y no la

hay. Lo que hay es mucha gente nacionalista, pero en el fondo terminan reproduciendo el esquema vasco-español y vasco-francés (lo de Iparralde y Hegoalde). No hay idea de que eso es, fue o pueda ser una sola cosa. Habrá excepciones, pero no es lo general. Los de Guipúzcoa son de Guipúzcoa y los de Zuberoa de Zuberoa.

Después está [el hecho de] que hubo una fuerte emigración; los que estaban del lado francés se fueron. Nosotros somos el resultado. También hubo una inmigración de españoles muy fuerte, por la parte sur del Pirineo. Hoy, digamos, étnica y racialmente, los vascos son una minoría en su propio territorio. Hablamos de un tipo biológico de la prehistoria europea que sobrevivió ahí, aislado y protegido por su lengua. Se quiere constituir una nación, pero decir que se haya constituido un sentimiento nacionalista es una cosa muy diferente a como lo entendemos nosotros. El vasco ha sido muy independiente y celoso de su independencia al punto de que hubo conflictos entre los mismos vascos. Por eso no han logrado conformar una nación en el sentido moderno aún. Hubo disputas entre los distintos pequeños países vascos, hubo más bien pequeñas naciones, los guipuzcoanos, los bajo-navarros, etc. El sentimiento nacional está aún madurando y va de la mano, claro está, del derecho a la autodeterminación.

Entrevistador/a: ¿Han pensado, en algún momento, en irse al País Vasco?

Maritxa: Sí, pero no para quedarme a vivir. Yo tengo un interés muy grande en la cultura.

Viviana: Yo pienso lo mismo.

Leonat: Yo no. Yo si pudiera, me iría corriendo.

Karlos: A mí me gustaría ir a la provincia de donde proviene mi familia; es muy rural, pero me gustaría.

Entrevistador/a: ¿Qué significa ser vasco para ustedes?

Leonat: Significa pertenecer a esta cultura. No es sólo vivir o haber nacido en el País Vasco. El ser parte de una raíz y de un sentir de pertenencia [sic] a esa cultura a pesar de las distancias.

Karlos: Significa pertenecer a una cultura con una riqueza y una antigüedad diferente a la que hay en el Uruguay. Te sacás el sombrero ante la cultura vasca. Para nosotros, ser parte de esta cultura es un motivo de orgullo, es algo especial tener *sangre vasca*, por toda la historia que hay detrás. Es una responsabilidad también frente a los que estuvieron antes que nosotros, ante nuestros antepasados.

Leonat: Para la mentalidad vasca, el individualismo actual no funciona: cuando se es vasco se es parte de todos los que vinieron atrás. Es como una comunidad entre presente y pasado. Y

esto es muy importante. Esta es la razón por la que el vasco sobrevivió tanto tiempo. Hay un sano orgullo. El pertenecer a un pueblo pequeño, que tiene una historia, unos valores tan ricos.

Karlos: Y eso es lo que hace que sientas el deber de aportar algo desde acá, para que eso no desaparezca, que no se pierda (con todas las dificultades que tiene el haber nacido acá, con los saltos generacionales que tuvimos).

Leonat: Y eso nos lleva a constituirnos a nosotros como vascos que nacimos en el Uruguay. Es un trabajo muy personal. La recuperación de cosas que desaparecieron y que nos negamos a que se pierdan. Eso si es de vascos porfiados. Nos negamos a que, por determinados motivos históricos o de imposiciones, se pierda nuestra cultura. Hay una responsabilidad por recuperarla y difundirla.

Ion Aramburu

Entrevistador/a: ¿Cuánto tiempo hace que está acá?

Ion: Yo salí de allá, del País Vasco, en 1954. De ahí [me fui] para la Argentina. Estuve en la Argentina con mis tíos en la provincia de San Juan, que está a doscientos kilómetros de Buenos Aires. Hace un calor que raja la tierra allá, entonces, como no me encontraba bien, porque San Juan es muy seco, me vine a Buenos Aires. Estuve en Buenos Aires muy poquito tiempo, un poco esperando a que se arreglaran las cosas y poder volver al País Vasco. Y cuando iba en el barco, algo así como "el crucero del amor", conocí a esta chica [su actual esposa, María Inés, *Beba*] en el 54. Ella iba a la granja de sus abuelos, entonces, yo me fui allá [País Vasco] pensando en quedarme, pero me exigían hacer el servicio militar, y pensé en volver otra vez. Me dieron seis meses de plazo para estar allá, y a la vuelta me crucé otra vez con esta chiquilina en el barco, por segunda vez. Y ahí me fui para la Argentina, y carta va y carta viene con ella. Ella bajó acá, en Montevideo y yo en Argentina. Al ir para allá, ella bajó en Vigo, porque los abuelos eran gallegos, y yo seguí para Bilbao. Tanto al ir como al volver viajaba una noche más que ella. Y bueno, terminé enganchándome con la *criollita* acá. ¿Qué más quieren que les diga?

Entrevistador/a: ¿Se quedó acá entonces?

Ion: Me quedé acá sí. Nos casamos en el año 63. El 23 de marzo del 63, [...] ni que hubiésemos buscado la fecha. Tuvimos (y no tuvimos) tres hijos, dos nenas y un varón, que perdió mi señora, y a una muchachita que criamos desde los tres años, que adoptamos del Consejo del Niño, ahora INAU.

Entrevistador/a: ¿Cuándo llegó en qué trabajó?, ¿qué hizo?

Ion: Cuando vine, en la Argentina, trabajé en una tienda muy grande en San Juan, que en ese entonces era una de las más grandes de la Argentina. Después, cuando vine aquí a Uruguay el primer trabajo que tuve fue en Barreiro y Ramos, que ya no existe más (era una librería, papelería). Después de esto, entré en una fábrica, que ahora es Dancotex, donde trabajé veintiún años. Después de eso trabajé en una pollería durante diez años, que ahora también está cerrada. Y entre un trabajo y el otro junté los años y me jubilé. Ya era mucho trabajar [sic] y era hora de jubilarme. Lo que pasa es que tuve un ataque [...] de Parkinson y quedé muy mal. Aparte, tuve un estado depresivo muy grande, por tener que deshacerme del trabajo. A eso se le sumó la diabetes y un montón de cosas más. Ahora estoy en tratamiento

permanentemente. Es una suerte que hoy esté acá. Igual, sigo estando en estado de depresión; es más bien de tristeza, no de agresividad. Pero ahora estoy bastante bien.

Entrevistador/a: ¿Y tiene familiares allá?

Ion: Acá nada. Lo único que tengo es a mi señora y a la muchacha que criamos. Nada más. En el País Vasco tengo dos hermanos mayores, porque nosotros éramos cuatro hermanos. Los mayores eran Pedro, José, [...] y el más chico, que falleció, se llamaba Koldo. Ustedes capaz que lo habrán leído: muchos nombres vascos tienen significados. José es Joseba, Ion significa Juan y Koldo es Luis. Tengo nueve sobrinos. A mí me pusieron Juan porque yo nací para San Juan, un 22 de junio y San Juan es el 24. Igualmente, mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo eran también Juan, así que no podía perderse.

Entrevistador/a: Cuándo llegó, ¿tuvo contacto con algún centro vasco aquí?

Ion: Sí, con el Euskaro Español. Ahora voy a Euskal Herria, porque el Euskaro está cerrado. Parece que se fundió o que lo robaron, no sé. Dicen que se llevó la plata el presidente. Él era un *vasquito* bueno. A mí me contaron eso en Euskal Herria. Voy ahora allí. Yo iba al Euskaro porque en Euskal Herria no había bailes como había allí, que había bailes todos los domingos. Yo tenía un poco más de veinte años. Ahí también se organizaban juegos de mesa y kerméses para los mayores. Aparte, políticamente las ideas son muy distintas [entre los centros].

Entrevistador/a: Ah, ¿sí?

Ion: Sí, porque Euskal Herria es más bien del Partido Nacionalista Vasco y el otro ya era Euskaro Español, era más *tirando* para España. Allí había mucha gente de Navarra y ellos están "que somos o no somos vascos". No saben, no sé lo que es lo que quieren; no son muy unidos pero como no tienen sede, el día de San Fermín lo festejan acá, en Euskal Herria. Antes tenían mucha gente, pero después la gente se fue y no vino nadie. Los vascos no van. Tampoco otros. Antes nos veníamos para acá [América], pero ahora la gente se va para allá, para Europa. Yo ahora he escuchado que a los nietos de los vascos los van a reconocer, les van a dar la ciudadanía. No sé si eso será así. Yo veo a la gente de acá con ganas de irse y creo que el Gobierno de allá los está acomodando, pero hay muchos que no pueden quedarse [allá].

Entrevistador/a: ¿Y el Gobierno vasco los ayuda?

Ion: A los centros sí, los ayuda. A nosotros, más o menos. A mí hace como un año me mandaron unos formularios para que los completara, porque parecía que nos pensaban dar una pensión, [...] pero yo no contesté porque el Gobierno español, ya de por sí el gobierno central da eso a las personas que se encuentran fuera de allá. Les manda una pensión a los que más necesitan. Entonces ¿para qué? Tanto trabajo por una posibilidad, para que me den una pensión muy escasa: no quise completar nada. Hay gente que necesita mucho y el Gobierno central ya les está dando a miles de personas esa pensión. Algunas son muy buenas pensiones. Se la dan justamente a quien no tiene o no le alcanza con la jubilación que tiene. Le dan la Sociedad Española también, para que los médicos los atiendan, y a la gente que tiene enfermedades crónicas, como yo, también les dan una pensión. Todo, gratuitamente.

Entrevistador/a: O sea que usted mantiene contacto con el País Vasco...

Ion: Sí. Incluso voto porque me viene de allá la papeleta. Yo recibo siempre un periódico que me explica cómo es la situación de allá y todo. Son muy interesantes. Son sólo de Bilbao, nada más. Y aquello [nos muestra un cuadro en la pared en donde aparece fotografiado el pueblo donde nació él] se llama Mundana; en ese pueblito nací yo. ¿Vieron qué pueblo más bonito? Montañas y toda la playa, la costa. Está en la provincia de Vizcaya, a treinta y seis kilómetros de Bilbao, que es la capital de Vizcaya. Allí se hace mucha pesca deportiva, mucho campeonato de pesca. Hacen *surf* y todo, porque hay unas olas impresionantes; se hacen campeonatos mundiales. Es un pueblito muy chiquito. Del otro lado de la montaña hay otro pueblo. Por debajo de esa montaña pasa la carretera. Es muy bonito. Está rodeado del mar.

Entrevistador/a: ¿Y ha vuelto a visitar ese lugar?

Ion: Yo sí, estuve el año pasado. No llegamos a dos meses. Voy bastante seguido; el año que viene si Dios quiere iré otra vez.

Entrevistador/a: ¿Y no le dan ganas de quedarse allá cuándo va?

Ion: No, no hay nada mejor que la casita de uno. Yo extraño mucho mi casa cuando no estoy. Cuando nací yo, el pueblo estaba de fiesta porque era San Juan.

Entrevistador/a: ¿Y usted conserva algunas tradiciones vascas?

Ion: Sí. La lengua, el euskera. Las comidas, también. Aunque las gallegas son ricas, no hay como las vascas. Nosotros tenemos las nuestras: el bacalao, el pescado, las legumbres,

porotos, garbanzos... En Galicia se come mucha carne de cerdo y nosotros somos más del pescado.

Entrevistador/a: Si tuviera que comparar a la comunidad vasca de cuando usted llegó y la de ahora ¿qué diferencias encuentra?

Ion: Hay menos gente. Lo que pasa es que la gente ha fallecido y los que quedamos somos muy mayores, porque que seamos netamente de allá estamos quedando muy poquitos. Y somos nosotros los que nos acordamos del País Vasco. Y que hablen euskera, muchos menos.

Entrevistador/a: ¿Y usted trajo alguna especie de dilecto del euskera?

Ion: No, es muy parecido en todos lados. Las principales diferencias son entre Iparralde y las provincias del sur. Pero son pequeñas diferencias.

Entrevistador/a: ¿Y usted acude actualmente a algún centro?

Ion: Yo sí. Bueno, en realidad voy cuando me llama Agurtzane. Cuando estuve allá entré a una tienda a comprar un rollo de fotos. Allí me encontré con una muchacha que pronunciaba muy bien el euskera y le pregunté de dónde era. Ella me dijo que era de Angola. Algo increíble, antes no había eso. En Uruguay hay mucho apellido vasco. Este país, o mejor dicho la tierra de este país, fue dado vuelta por los vascos. Buenos Aires también. Y en el Interior es impresionante la cantidad [de vascos que hay].

Entrevistador/a: Sí, cuando nosotras estuvimos en Minas eso nos llamó mucho la atención: La cantidad de gente que usaba la *chapela*, como le dicen ustedes, habiendo [sic] treinta y pico grados de calor. Además, los nombres de las calles y los comercios....

Ion: Sí, hay una cantidad impresionante. La presencia en la producción de lana de los vascos [es notoria]; donde está ahora el Canal 4 y esa zona, antes había depósitos de lana.

Entrevistador/a: ¿La gente que usted conoció cuando llegó fue a trabajar a comercios y demás?

Ion: Bueno, los vascos que yo conocí, en Argentina, por ejemplo, eran tamberos. Se dedicaban a la leche, toda la familia. Y otros vascos también se dedicaban a la lechería. Iban con el carro tirado por caballos a repartir la leche casa por casa; no era como ahora. Del año 54 hasta ahora ha cambiado mucho. El País Vasco es muy rico, muy verde, pero muy

montañoso también. Ahora tiene mucho desperdicio. Lo que sí ha progresado mucho es Bilbao. Allí, en Guipúzcoa, también se hacían barcos, ferrocarriles y todo eso. Ahora se ha terminado, porque ya no se necesita tanto hierro, tanta madera. Ahora todo es de plástico. Bilbao está lleno de museos ahora. Hay un museo muy famoso con un nombre raro [se refiere al famoso museo Guggenheim], que está en un costado del río Nervión. Hay uno en el País Vasco y otro en Estados Unidos, nada más. El río Nervión nace en el País Vasco y termina en el País Vasco. Es un río navegable y se mezcla el agua dulce con el agua salada. El museo ese parece un barco hundido. Es justamente allí donde hace muchos años se construían barcos. Allí se hacen congresos internacionales ahora.

Entrevistador/a: Usted que ha ido más de una vez al País Vasco, ¿ve alguna similitud entre la cultura de acá y de allá?

Ion: Allá hay muchas comodidades en [...] las casas de campo; distinto a las casas de los peones de acá. Los vascos se dedicaban mucho a la tierra y a la ganadería, así como los gallegos a la tienda, al almacén. Los vascos no han sido tanto de [dedicarse a] esto. Allá, muchos eran grandes pescadores. Allá, por lo menos en Bilbao, [...] hay mejor nivel de vida de la gente. Se están haciendo grandes construcciones de viviendas, arreglando calles, haciendo parques, plazas. Mejor calidad de vida. Ahora en Bilbao han vuelto a poner tranvías, después de tantos años. Es muy moderno. Tienen unos de los trenes más rápidos y piensan poner otros aún más rápidos. Cuando uno va, después de mucho tiempo, ve muchos cambios. Yo la última vez que había ido había sido en el 97. Después, por problemas de una cosa y otra no fui, hasta hace poco. Ahora dijimos que vamos a ir el año que viene a Galicia, porque una tía de mi señora cumple los noventa años y dijimos que íbamos a estar allí. En Galicia no hay tantos museos y esas cosas como hay en el País Vasco. Guipúzcoa es muy bonito y Álava también. San Sebastián es carísimo.

Entrevistador/a: ¿Cómo era un día típico en el País Vasco cuando usted era niño?

Ion: Algo que recuerde yo... Me acuerdo desde los tres años del bombardeo de Guernica. Mis dos hermanos mayores iban a una escuelita y yo [...] no sabía quedarme solo. Tenía tres años y andaba para todos lados con mi madre. A mi hermano más chico lo cuidaba mi abuela, porque mi padre era prisionero de guerra. Y mi madre [estaba] desesperada, porque no se sabía nada de mi padre. Después de buscarlo por un tiempo, vino una persona, que habló con mi madre porque él se lo había pedido, para avisarle dónde estaba y que se encontraba prisionero de guerra. Y mi madre después se sosegó un poco. Los domingos nos llevaban al

parque a jugar a los cuatro. Yo me acuerdo cómo ardía Guernica. Mi madre me llevó después de días [...] porque si me dejaba en casa lloraba y gritaba; era el más difícil yo...

Fui de muy chiquito a la escuela. El problema que nosotros teníamos era que no sabíamos hablar el castellano. Hablábamos el vascuence. Mi madre siempre nos decía: "el castellano de la puerta para afuera. Aquí en casa se habla vasco". Porque nos obligaban a hablar castellano. Franco fue un sinvergüenza. Nos rezongaban en la escuela si decíamos alguna palabra en vasco; ni siquiera en el recreo [podíamos]. Y ahora es al revés, porque obligan a los niños a que hablen tanto en castellano como en euskera. Fue una época muy triste, no podíamos hablar en nuestra lengua. Si una persona llevaba un vestido con los colores de la bandera vasca, aunque sea un detalle en rojo, blanco y verde, venían y te ordenaban a que te lo sacaras o te llevaban preso. Me acuerdo que se conseguía de todo, pero a unos precios altísimos. Un litro de aceite valía sesenta pesetas. Era mucha plata para ese momento, no se podía. Así fue, incluso, en tiempos de la posguerra. Era muy feo. Eso fue así hasta el 50, por lo menos, que yo me vine. El pan nos lo daban fraccionado: a nosotros nos daban tres panes y medio, y estaba hecho como si fuera con el barrido de un molino, porque para mí tenía de todo; era horrible. Pescado sí, había en abundancia.

Entrevistador/a: ¿En qué momento decidió venirse? Fue porque quería conocer o...

Ion: Cuando vine por primera vez tenía diecisiete años. Tenía unos tíos en San Juan y mis primos, que también eran cuatro. Fui a conocer, pero yo estaba con el problema del servicio militar, y cuando volví al País Vasco me obligaban a hacerlo, pero me daban seis meses como opción para irme. Tenía que salir del país. Y bueno, salí y me volvía a Argentina, pero esta vez a Buenos Aires. Y en esos viajes me crucé con la chica [su señora] y terminé viniendo para acá y así terminó todo. Y bueno ¿qué me trajo? Me trajo ella principalmente. Yo iba con la idea de quedarme en Buenos Aires y terminé en el altar de la Iglesia de los vascos. Fue el único casamiento de ese día [nos muestra una foto de ese día: ellos dos, luego de la ceremonia, saliendo en el auto]. La Iglesia estaba llena de flores, y era en ese entonces bastante chiquita. Está cambiada ahora: era otra cosa, era una iglesia bonita. Tenía el altarcito de madera y a la virgen de Betharram. Ahora es la Inmaculada Concepción.

Juan Carlos Luzuriaga

* Juan Carlos Luzuriaga es investigador especializado en la comunidad vasca de Uruguay. Una de sus publicaciones más importantes, realizada junto con Martha Marenales, es: *Vascos en Uruguay*.

Entrevistador/a: ¿Usted es vasco o descendiente de vascos?

Juan C: Soy descendiente, en varias generaciones. A mí me pasó que yo sabía que mi apellido era vasco. Cuando estaba estudiando (hacia preparatorio de medicina), tenía una compañera descendiente de croatas (en ese entonces eran yugoslavos). Incluso, ella bailaba en un conjunto de baile croata. Un día, hablando, ella me trató de *gallego*. ¡Y me dio una *cosa*! Mi abuela era gallega y no me molestaba, pero yo le dije: "yo soy vasco". Esta fue la *mecha* que me llevó a averiguar algo. Estoy hablando del año 70 y algo, en tiempos de dictadura. Me acuerdo que me compré un libro de Julio Caro Baroja, antropólogo, que se llama *Vascos*; es del año 1947. Después, me seguí interesando por el tema y me vinculé a los centros un poco más. Empecé, entonces, a trabajar sobre aspectos migratorios, aporte y ese tipo de cosas. De ahí me dediqué a estudiar un poco más sobre el tema, me comprometí más.

Entrevistador/a: ¿Actualmente, pertenece a algún centro?

Juan C: Pertenecí mucho tiempo a Euskal Herria y a Haize Hegoa, pero ahora, nada más, estoy en la parte de historia. Estoy más relacionado con este último centro porque, en primer lugar, tengo una buena relación con las personas de allí y mis hijas, además, bailaban en el grupo de danza. Digamos que me vinculé *naturalmente*. Tengo bastante claro el tema de los centros y sus problemas, pero creo que la colectividad vasca es mucho más. Los centros son muy pequeños en cuanto a la proporción de gente que los integra, si se los compara con la población de vascos en nuestro país. Creo que la actividad por fuera es mucho más grande y tiene otras características. Lo que sucede con los vascos es que al compararlos con otras comunidades son menos fáciles de identificar. Yo pienso que la gente se integra a un centro por curiosidad, principalmente; no se integra porque es hijo o pariente directo sino que se integra de esa manera, por esa razón. Para los vascos, por supuesto, la familia y la heráldica tienen sus características, pero, en general, se integran por esto.

Entrevistador/a: ¿Tiene algún vínculo con el País Vasco?

Juan C: Sí. He tenido la oportunidad de visitarlo, también. Cuando fui, iba predispuesto a vivir como la gente del país. Me decía a mí mismo: si acá la gente come todo el día pescado, entonces, yo también. ¡Y sufría! Soñaba con los raviolos. Lo que se ofrecía de postre era queso y dulce de membrillo, ¡y acá estamos aburridos de comer Martín Fierro! Se come también lo que son embutidos, chorizos. Pero, lo que me más llamó la atención era que el postre tradicional fuera el queso y dulce de membrillo. Hay otras cosas que a nosotros no nos llegan y ellos pasan comiendo: el queso de cabra, de oveja. Acá son muy costosos y, además, no estamos acostumbrados. Nosotros somos de comer mucha carne de vaca y todas sus variantes. Lo que llama la atención a los que vienen del País Vasco son las cosas similares que hay acá, que parecen vascas. Un amigo que vino el año pasado me decía eso. Fue a Florida y no podía creer que hubiera tanta gente en bicicleta y con boina. Esto es tan natural allá, tanto en lo urbano como en lo rural. O la alpargata, que hoy también es algo urbano. Todo eso se introdujo en la sociedad y parecen como propias. Pero están muy incorporadas a la matriz criollo-guaraní o hispano-criollo.

Entrevistador/a: ¿Ve diferencias entre el País Vasco y el Uruguay?

Juan C: Cuando yo fui, en 1999, quedé impactado. En ocasión de un acto político, tuvimos que subir a lo alto de una montaña para escucharlo. Hablaba Arnoldo Otegui (que es el líder de Batasuna) y venía a inaugurar un local partidario. Me acuerdo que empezaba a la una de la tarde. Antes de Otegui, hablaba un orador local. Me acuerdo que pensé: bueno, acá me tengo que quedar, vaya a saber hasta qué hora. Lo peor es que ellos tienen la costumbre de que primero hablan en vasco, y como yo no sé, no entendí nada. Lo más cómico es que por las caras de los que allí se encontraban, se ve que muchos tampoco entendían, pero como son nacionalistas, escuchan atentamente y asienten con la cabeza. Y bueno, habló en vasco y después en castellano. Una y cuarto subió Otegui a hablar y una y media terminó el acto. ¡Yo no lo podía creer! En primer lugar, no entendía cómo había empezado en hora y había terminado en hora; y en segundo lugar, cómo el líder más importante de Batasuna había hablado quince minutos solamente. Después entramos al local inaugurado y había queso, fiambres y demás para convidar. Luego nos fuimos. Yo estaba impresionado y le pregunté a la compañera con la que iba cómo podía ser eso. Ella me dijo que en caso de que se hubiese extendido más tiempo, la gente se iba porque se aburría [sic] y ellos no estaban acostumbrados a eso. Ellos no están como acá, acostumbrados a los largos discursos, en todo sentido. Pienso que si ellos, que ahora están "globalizados", actúan así, me imagino que hace cien años ¡hablarían mucho menos! Lo que tiene es que son muy toscos.

Otra cosa [diferente] es que allá, por ejemplo, la visión del caserío (tan conservada en Uruguay), ni existe prácticamente. Ellos están para otras cosas. Aparte de eso, allá está más *metido* lo de la industrialización y la globalización. Esto hace que el vasco común y corriente tenga una visión naturalmente más hedonista y consumista de la sociedad. A mí me dio la impresión, cuando fui, que ellos combinan ese vivir en la globalización –porque no tienen más remedio– con otras particularidades, como por ejemplo, la investigación de la presencia de civilizaciones en el territorio vasco. Para eso nunca falta plata. Entonces siempre saben que tal poblado tiene siete, nueve o diez mil años de antigüedad, cuál es romano, prerromano, etc. Incluso, después de tantas investigaciones, han aceptado que los romanos sí estuvieron allí y no el relato de que el pueblo vasco había resistido al dominio romano con éxito. Así hacen con todo: valoran mucho seguir manteniendo la llama de ese legado.

Ellos, a partir de la experiencia política actual, hacen que todo esté muy avanzado: tienen el ferrocarril más rápido de toda España, etc.). Además, ponen dinero para eso. La calidad en el transporte es inigualable, pero no porque sean más *vivos* sino porque tienen más dinero. Esto es todo un tema político, ya que ellos siempre tratan (como sea y en todos los aspectos) de estar marcando la diferencia. Lo gracioso es que allá todo es *eusko* (vasco); todas las empresas apuestan siempre a lo nacional. Si bien se vinculan mucho con la modernización, la globalización y lo europeo, tratan de conservar siempre *lo propio*. Si vas a un ayuntamiento, por ejemplo, encontrarás la bandera española (porque se la tienen que aguantar), pero le colocan de un lado, la bandera vasca, y del otro, la de la Comunidad Europea. ¡Las tres banderas! Se podría hacer el paralelismo con nosotros: la de Artigas, la uruguaya y la de los Treinta y Tres orientales.

Entrevistador/a: ¿En ambos lugares los vascos siguen apegados a la religión católica? ¿Qué diferencias ves?

Juan C: Sí, puede ser. A la política también [son apegados]. Acá los vascos que venían en el siglo XIX, eran muy católicos, eran muy creyentes. Pero creo que de eso no quedó nada. Tal vez, a principios del siglo XX, todavía quedara algo, pero ahora, no creo. La presión social que ejerce la Iglesia allá, acá no existe.

Entrevistador/a: ¿Ésta puede ser una diferencia con Argentina o no?

Juan C: Sí, por supuesto. Con respecto a la Iglesia, sí.

Entrevistador/a: Y con respecto a la inmigración, ¿es cierto que para Argentina se iban más los vascos "cultos" y a Uruguay venía la mano de obra trabajadora?

Juan C: No, yo no creo. Incluso, en el S. XIX, cruzaban de un lado a otro con toda facilidad. Yo no veo que los "literatos" se hayan ido a Buenos Aires y los trabajadores acá. Por ejemplo, Iparraguirre (músico, nacionalista, carlista de los que soñaban con la completa libertad del pueblo vasco) hizo una canción: *El árbol de Guernika*. Llegó al Río de la Plata como tantos otros, intentando trabajar. Y le dieron algunas *majadas*, pero él estaba para otra cosa. Había abierto un café en el Paso Molino pero él era un bohemio *de verdad*. Como había hecho esa canción que de alguna manera identificaba a todos los vascos, lo repatriaron, pero dejó a toda la familia acá. Este señor vivió siete años en Uruguay y tres meses en la República Argentina. ¡Y es el creador de la canción patriótica más conocida del País Vasco! Estuvo también aquí, Chávez Chavaleta que era el químico que certificaba el agua SALUS (y eso es fácil de comprobar porque aparece en las etiquetas). Vino también otro intelectual, Bengoa... Por eso digo que yo no creo que hayan diferencias en ese sentido. De hecho, sí vinieron muy pocos. Hay que tener en cuenta que es una inmigración "de pobres". No venían acá, generalmente, personas con dinero. Existe una polémica, que tenemos con Alberto Irigoyen (escritor de novelas vascas, que ha tratado temas de inmigración vasca, difusión, etc.). Él es de los que mantienen la idea de que la inmigración vasca fue menos exitosa de lo que realmente se dice, porque no se cuenta la historia de los que fracasaron, de las personas a las que les fue mal.

Entrevistador/a: Y para usted, como historiador, ¿cómo fue la inmigración vasca en Uruguay?

Juan C: Yo creo que la inmigración, a grandes rasgos, fue exitosa, ya que ellos acá podían comer. Allá tenían dificultades básicas que acá no tenían. El problema es que nosotros trasladamos las necesidades del siglo XXI a mediados del siglo XIX. Lo que se pretendía en ese siglo era *comer*. Esto, en el caso de los vascos, era fundamental, porque venían de familias muy numerosas en las que escaseaba muchas veces la comida. El País Vasco es un país importador de granos y las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, principalmente, tienen problemas de abastecimiento. Comer era el objetivo principal. Por supuesto, hacer plata, también, pero no era más importante que el primero. Si nos ubicamos entonces en lo que ellos querían, lo lograron.

En el siglo XIX, aquí y allá, no existía un sistema de seguros sociales como hoy se conoce y, por lo tanto, si a uno le iba mal y no tenía apoyo familiar, perdía. Pero esto le sucedía a vascos, italianos, etc. La "sombriilla" protectora del Estado en el siglo XIX no era natural, no existía. Cuando uno lee, por ejemplo, a Tomás Otaegui, piensa que a todos los vascos les fue bárbaro

porque sólo sacó a relucir a los vascos que les fue bien. Cuando escribe Otaegui su libro *Los vascos en el Uruguay*, en 1942 o 43 (vísperas de la Segunda Guerra Mundial), la inmigración vasca republicana (habían también franquistas) que estaba acá, toma la bandera y se da *autobombo*.

La gran ventaja que tenían los vascos en esa guerra civil era que si bien el partido nacionalista vasco era de derecha, Franco no les daba autonomía, y entonces éstos, con un gran dolor en el corazón, quedan en el bando republicano. Lo paradójico es que dentro de los republicanos ellos eran contrarios –eran republicanos y católicos. Mientras los anarquistas que integraban este bando, les prendían fuego las Iglesias, aquellos las cuidaban. Entonces, nadie entendía nada. Otra cosa curiosa es que mientras en el resto de la República se estaban dando reformas, colectivizaciones, y todo aquello sostenido por los anarquistas (primero revolución y después la guerra), los otros querían hacer el estatuto de autonomía, sus billetes de banco, etc. Entonces, para todos los que lo veían de acá, tenían todas las credenciales que se les pudiera pedir a un inmigrante: eran republicanos (para nosotros eso era una salvaguarda), democráticos (no eran comunistas ni nada por el estilo) y aparte acá estaba *hasta las orejas* de vascos, muchos de los cuales todavía estaban en la *cresta de la ola* porque habían trabajado.

Ese libro de Otaegui reafirma una postura nacionalista, esperando apoyo del resto (que por supuesto lo tenía) de todas las colectividades de vascos latinoamericanas. Es una visión historiográfica porque Otaegui no era historiador. Realizó simplemente el papel de los vascos más relevantes. Por supuesto que hay cosas ciertas. Los inmigrantes de Canarias, por ejemplo, si bien llegaron en mayor cantidad, no traían el *know how* (conocimiento ovino, de la oveja) que trajeron los vascos. Pero además, estos inmigrantes llegan a un país casi vacío y, por lo tanto, se hace más accesible llegar a los primeros lugares de la sociedad, tanto en el aspecto económico como en el político.

Otra virtud de los vascos inmigrantes era que se asimilaban; no eran el inmigrante típico. Para el siglo XIX, por 1890, el italiano era el "cocoliche" o "la banda de jornalero napolitano"; eso era lo que se decía. Del vasco no podían decir eso porque culturalmente estaban integrados; se integraban fácilmente. La mayoría sabía castellano, por lo menos mínimamente. Es por estos motivos que se dan libros como el de Otaegui. Son el resultado de una época determinada, de un momento determinado.

Porque hay gente que dice: "pobre gente, venían como si fuesen esclavos", haciendo referencia a que venían con contrato de trabajo. Pero se olvidan que muchas veces no le pagaban a nadie. Si yo venía con un contrato de trabajo (porque necesitaba irme del País Vasco y en ese entonces el costo del viaje era caro), tenía que trabajar un año, más o menos, para reintegrar los costos a la persona que me trajo a Uruguay. Venían con trabajo y comida, y eso ya era una *gran cosa*. Después, si yo no quería trabajar más, me iba ¿quién me iba a encontrar? ¿Adónde me iban a ir a buscar? Nosotros, porque tenemos mentalidad del siglo XXI, pero en esa época no existían la cédula de identidad, mail, teléfono, fax, ni nada. Lo que sí se hacía mucho era el "sistema de majada": el dueño de la majada le pagaba al vasco con comida y la mitad de las crías que tuviera la majada (a veces más y otras menos). Trabajaban entonces con ese *acicate* y entonces, el que más o menos era bueno, cuidaba que las ovejas estuvieran bien para de esta manera acrecentar su capital. Después podía pasar a trabajar como esquilador y tener más ovejas, venderlas, etc. Dependía de cada uno, pero lo importante es que era una forma de integración muy accesible para ellos, ya que la gran mayoría en el País Vasco se dedicaba a esa tarea. Además, para ellos el hecho de tener cinco ovejas era una gran majada, ¡y llegaban a tener cientos!

Si se hacen esas *escalas*, a los vascos, en general, les iba bien. Pero esto no era por el hecho de ser vascos, sino que les pasaba a casi todos los inmigrantes de esa época. Todos los oriundos del País Vasco, que se puedan encontrar acá, vinieron de la guerra y, por lo tanto, tienen todo el *tema político* muy incorporado, se aferran a una historia. Hay que tener en cuenta que la colectividad, los que están acá, tienen una visión idealizada del País Vasco, y mucho más aquellos que hace tiempo no van. Ellos siguen pensando en el caserío y demás, que allá casi no existe. La mayoría son nacionalistas y se sienten parte de una historia milenaria. Se creen parte de un eslabón de la cadena. Y más en estos tiempos de globalización, porque todos los momentos en que se los trató de encerrar, ellos, por un *hilito*, enlazaron con algo idealizado, pero que de última es algo real. El pueblo vasco ha sido un pueblo oprimido. Tiene raíces prehistóricas; es una comunidad que vive desde hace más de ochenta mil años. La antigüedad de su idioma nadie la puede cuestionar tampoco. Otro tema es que esto sea o no tan brillante y asombroso como ellos piensan que es. Para ellos, todo esto es un legado cultural que han atesorado por generaciones enteras.

Engels, en 1851 dijo (si no me equivoco) que el pueblo vasco es un pueblo en extinción. Pero esa visión de Engels era sostenida por muchos a mediados del siglo XIX. Se pensaba que la

modernización era la eliminación de las culturas particulares, de todo lo que significaba "atraso". Entonces, más que nada los que llegaron después de la Guerra Civil Española, tienen la sensación de haberse salvado, de haber rescatado esa parte milenaria de la cultura, de haber escapado de esa opresión franquista que no los dejaba hablar su idioma, llevar los colores de su bandera ni practicar sus costumbres.

Entrevistador/a: ¿Cuál sería en su opinión el legado vasco a esta sociedad?

Juan C: Con respecto a lo que traen los vascos, en lo cultural, yo he visto pocas cosas. Creo que el aporte de ellos viene por otro lado. La inmigración vasca trae el *know how*, y esto es cultura también. Traen, por ejemplo, mucho conocimiento en la explotación del lanar. Eso era fundamental, tanto para el país como para ellos. Conocían la oveja, y además, estaban en condiciones óptimas para explotarlas. El País Vasco en sí es muy montañoso y ellos están acostumbrados a otra clase de esfuerzo para trabajar: tienen que subir y bajar vacas y ovejas por los Pirineos. Venir, entonces, desde un territorio con esas características a una llanura y pradera, para ellos fue muy fácil. Fue muy fácil integrarse. La otra característica que tiene la inmigración del siglo XIX es que se integra a nivel nacional. Mientras otras colectividades, como la italiana, se integra y se centra en las ciudades, en las zonas de chacras y granjas, con los vascos no sucede lo mismo. Los vascos no sólo se centran en una sola área [sino también que] la inmigración es más bien homogénea.

Creo, entonces, que como la sociedad del siglo XIX estaba tan impregnada de *lo vasco*, en la actualidad, no podemos identificar y diferenciar *lo vasco* del resto. Se puede decir que tienen una "cultura del trabajo", de personas que vienen de zonas rurales. En el medio rural, siempre hay algo para hacer. Esta gente [los vascos] que venía de una cultura rural, autosuficiente, en el caserío tenía que hacer de todo porque no tenían mucha opción, ya que eran muy humildes. Tenían que hacer sus muebles, tejidos, etc. Además el trabajo era duro a causa de las inclemencias climáticas. No tenían otra *chance*. Esta "cultura del trabajo" y del "multioficio" la traen a Uruguay y les permite desarrollarse. Para nosotros, que vivimos en llanura, es muy difícil ver una casa encima de alguna elevación. Ellos tienen la *manía* de subir: cuánto más alto para vivir, mejor. Tienen, entonces, ese tipo de hábitat, que los ha marcado. Hoy, el 1%, más o menos, vive en caserío o trabaja en los medios agropecuarios; son sus raíces y las mantienen y valoran. Yo creo que esa "cultura del trabajo" es importantísima. Es algo difícil de ver y de aprehender. Es como un cuento de la frontera que un amigo me relataba una vez: un día ven pasar a un vasco por la frontera con una carretilla vacía, y al otro día igual, y al otro también. La

gente que lo veía no entendía por qué llevaba la carretilla vacía... Lo que en realidad no sabían ellos es que este vasco ¡estaba construyendo carretillas! Con esto quiero decir que se puede ver lo obvio, que son las carretillas, pero no se ve lo otro. Los vascos traen, a mi entender, un aporte que está en esa visión del esfuerzo (hay que tener en cuenta que trabajaban con la piedra), la visión rural de empresa, de micro empresa.

Entrevistador/a: ¿Y en la gastronomía, por ejemplo?

Juan C: Por el lado gastronómico es difícil. A ellos les gusta todos los productos marítimos: mariscos, cigala, anguila, y otros bichos con muchas antenas. Es una comida típica de zonas que rodean el mar cantábrico, una cocina en base a pescados. Cuando vinieron, los que querían comer pescado, comían, porque la comida acá era más o menos la misma. Pero, por ejemplo, el que estaba en Sarandí, ¿cómo hacía para conseguir los pescados? Igual, ellos se las arreglaban para abrir pescaderías. Hoy en día todavía la conservan. Allá, por ejemplo, cuando uno va a un bar y le ofrecen el plato del día o el menú, siempre lleva algo con pescado. Es raro que el postre no lo lleve [risas]. Tal vez sea por un tema económico, pero ellos son una cultura de "culto a la gastronomía" que es mucho más importante que para nosotros. Por lo menos ahora. Obvio que también hay que tener en cuenta el tema del dinero. Si uno escucha un oriundo del País Vasco, uno de los primeros temas de los que habla es de gastronomía. En comidas específicas, no hay mucha diferencia.

Yo tengo una hipótesis que todavía no he podido comprobar. Creo que el gran aporte de los vascos es un aporte que ellos no tenían intención de hacer, pero que se dio. Creo que fueron una especie de "engrudo". En el siglo XIX, donde la impronta migratoria fue clave, Montevideo era una Babel. Había inmigración italiana, matriz criolla, vascos, canarios, gallegos, etc. Es en estas condiciones que se encontraba Montevideo en esa época, sobre lo cual la sociedad *presionaba*, porque algunos grupos migratorios traían determinadas cosas que acá no existían. Todo era muy reciente: éramos una ciudad que en ocho años había duplicado su población. Cambia mucho, entonces, la convivencia entre la gente. Imaginen que el barrio de ustedes en muy poco tiempo se llena de coreanos, ¿cómo nos integramos entonces con esos coreanos? Algunos podían pero lo que sucedía era que cuando los grupos de inmigrantes eran numerosos, la endogamia (en todos los aspectos de la vida) era más fácil. Creo que ese Montevideo, que cambia tan bruscamente entre los años 1860 a 1870 principalmente, creaba tensiones sociales, tensiones en la vida cotidiana. Rodríguez Villamil estudia las tensiones en la sociedad montevideana desde 1850 al 900 y habla de las tensiones entre inmigrantes y criollos. Es un

libro muy interesante de leer porque justamente explica esta situación. Yo creo que los que unían, como "engrudo", las dos posiciones de las que habla Villamil (a los criollos y a los otros inmigrantes) eran justamente los vascos. Esto era porque tenían, de unos, el lenguaje y la idiosincrasia, y de los otros, la visión del *know how*, de crear conocimiento. Me da la impresión de que, sin quererlo, los vascos fueron la ligazón, enlace o eslabón entre las distintas colectividades de inmigrantes, entre los extremos de las mismas [sic]. Fueron una especie de "engrudo". Habría que ver esto, indagar, por ejemplo, en qué dicen los ingleses de los vascos, los italianos, etc. Habría que verlo, investigar acerca de cómo se ven los unos a los otros. Es un trabajo que exigiría una fuente documental impresionante. Con respecto al aporte vasco en el lenguaje, hay algunas palabras como *cucha*, *mamarracho*, *piltrafa* y otras, pero muy puntuales.

Entrevistador/a: ¿Esa tensión de la que habla Villamil puede tener que ver también con el intento hiperintegrador del batllismo?

Juan C: Yo pienso que Batlle no tenía más remedio que, ante este escenario, armar un molde homogéneo. Llámeme a éste *uruguayo* y pónganle de héroe a Artigas. Un molde único, una bandera, una selección militar, un servicio militar. Acá Batlle tenía que hacer un poco eso *de prepo* porque, por ejemplo, el calendario que creó Batlle, el calendario de fin de siglo ¿qué feriados tenía? Aparte de los Santos, tenía las fiestas de cada comunidad. Por ejemplo, el 20 de septiembre Día de la Unidad Italiana; el 14 de junio, Día de Francia, y así un montón más. El batllismo, entonces, no trataba de homogeneizar sino de integrar. Porque Batlle integraba a los inmigrantes y les daba un "barniz" de uruguayo, pero nada más.

El modelo de Batlle era Suiza; él quería un país con granjas por todos lados, treinta millones de habitantes en 1915, etc. Ahora, por supuesto, para todo esto quería, en primer lugar, que todos hablaran castellano y que al ver la bandera uruguaya la reconocieran como propia. Los batllistas pensaban, con cierta soberbia, que lo que caracterizaba a los uruguayos de esa época era que tenían una organización mucho más avanzada [que el resto] para ese tiempo. Realmente creían que el Estado uruguayo, como organización, era de un nivel *superior* que el de los europeos. El perfil social de todos era ser europeos y se combinaban todos, en un mismo lugar. Este estadio superior desde el punto de vista cultural tiene que ver con que eran republicanos, mientras ellos, en su país de origen, todavía estaban discutiendo si querían tener un rey o no. Esa discusión, acá, ya estaba superada; no teníamos ese problema. Y Batlle, que era particularmente modesto, pensaba que nosotros todavía nos habíamos anticipado porque todos los problemas sociales que tenía Europa acá ya los conocíamos por las noticias que llegaban de allá y sabíamos cómo

solucionarlos también; hacíamos la *jugada* antes. Y es así que antes de que viniera la huelga, dio la Ley de Ocho Horas, y diversas leyes sociales que amparaban al obrero. Entonces, en la óptica batllista (no de Batlle solamente sino de los batllistas en general), entraba perfectamente el inmigrante.

En este sentido, el Partido Colorado siempre fue universalista. El tema de la homogeneización era muy relativo, era sólo un "barniz". Por ejemplo, a Batlle nunca se le ocurrió cerrar las fronteras y bloquear el pasaje de inmigrantes. El otro día leí un libro de Teresa Porzekanski, *La historia empieza acá*. Trataba sobre la inmigración judía. Cuenta que un señor, en la década del 20, va vendiendo puerta por puerta artículos de mercería, y entonces, vendiendo por Montevideo, golpea una puerta y sale un señor. Le explica lo que vende y éste llama a su hija para que vea la mercadería. En eso, el vendedor se da cuenta de que el señor que tenía enfrente era Batlle y le dice: "discúlpeme, señor presidente". Batlle le responde: "no se preocupe, acá soy un ciudadano común y afuera soy el presidente". Batlle, entonces, lo invita a pasar a su casa a tomar un té y aprovecha para preguntarle sobre Europa. En el libro se cuenta, entonces, que ese judío inmigrante y vendedor se convirtió, una vez que salió de esa casa, en batllista y después en uruguayo. Yo creo que Batlle estaba un paso adelante que el resto. Y digo Batlle porque el batllismo se crea después.

Como conclusión puedo decir, entonces, que es difícil observar rasgos culturales únicos de los vascos, porque están y estuvieron muy presentes en nuestra sociedad. Lo que yo noté distinto entre vascos y uruguayos es que, en general, ellos son de hablar menos que nosotros. Siempre dicen, y con mucha razón: "hablamos poco pero hacemos mucho". Eso es importante.

Juan Sarazola

* Juan Sarazola integra actualmente la directiva del centro vasco Euskal Herria.

Entrevistador/a: ¿Cuánto tiempo hace que está en Uruguay?

Juan: Yo vine al Río de la Plata en el año 1959. Llevo ya cuarenta y siete años. Pisé tierra uruguaya por primera vez el 23 de setiembre de 1959, en una escala que hizo el barco, antes de desembarcar en Buenos Aires. En esa época se venía en barco; el avión, por supuesto que existía, pero era bastante costoso. Crucé el Atlántico cinco o seis veces en barco, y luego en avión muchas veces más. Conocí Uruguay en 1960, año en que empecé a venir a Montevideo de vez en cuando, pero me radiqué definitivamente el 10 de Marzo de 1964. Soy ciudadano legal uruguayo y, por lo tanto, votante.

Entrevistador/a: ¿Cuál fue el motivo por el que se instaló aquí?

Juan: Cuando vine al Río de la Plata estaba cursando la carrera sacerdotal, y se me dio la oportunidad de terminarla en Argentina. Después sucedió todo lo que sucedió en Argentina y en Uruguay. Me recibí a fines de los 60 y vine a Montevideo como administrador de la parroquia del Cerrito de la Victoria. A pedido de los laicos y vecinos del barrio fui designado párroco. Tenía treinta y algo de años. Y en octubre del 71 me retiré de la actividad sacerdotal. Luego me casé, me descasé, y tengo ahora dos hijas y una hermosa nieta.

Entrevistador/a: ¿Cuándo vino a nuestro país tenía ya algún contacto?

Juan: El contacto natural de mis colegas, que tanto en Argentina como acá eran literalmente vascos. Eso sí, cuando llegué al Cerrito, en mi condición de administrador, los componentes de la comunidad me doblaban en edad; yo era el niño de la casa.

Entrevistador/a: ¿Tiene usted conocimiento de alguna política por parte del Estado uruguayo, que haya tenido lugar en el pasado promoviendo la inserción de los vascos?

Juan: No sé si en términos oficiales, pero, por ejemplo, para la creación de Conaprole en Florida y en San José hubo muchísimos vascos. Existieron algunas personas influyentes vinculadas al Ministerio de Agricultura o Ministerio de Industria, que trajeron campesinos, labradores y trabajadores de la tierra, que se involucraron luego con Conaprole. Aunque es muy fuerte en San José y Florida, el fenómeno de los apellidos vascos se da en general en todo el país, porque en todos los departamentos, incluso en Montevideo, hay un altísimo porcentaje de apellidos vascos

(demás de los que son personajes de la historia, en la política del país, sobre todo). En Montevideo hay un montón de calles con apellidos vascos, desde la plaza Zabala, pasando por Baraibar, Alzaibar, etc. No sé hasta qué punto fue oficial u *oficioso*, pero hubo alguien que procuró traerlos. Aparte, y naturalmente, ya desde el origen del país estuvieron los marinos vascos que tanto tuvieron que ver con la conquista del territorio. Se habían involucrado tanto que ellos mismos empezaron a poblar nuestra tierra. Yo creo que en Uruguay, aunque alguno pueda decir lo contrario, no fueron los canarios los que fundaron Montevideo. Antes de que llegaran ellos estaban aquellos marinos audaces que tuvieron el coraje de embarcarse; marinos, y además consultores de varios de los vascos de aquella época.

Entrevistador/a: Actualmente, ¿mantiene algún contacto con el País Vasco?

Juan: Sí, viajo todas las veces que puedo. La última vez que viajé, lo hice en el año 2001 y justo coincidió con todo lo de las Torres Gemelas en Estado Unidos; lo vi todo desde mi pueblo. Años atrás, la vía de comunicación era la carta, después el teléfono de vez en cuando, pero ahora nos llamamos cada diez o quince días. Hay una comunicación telefónica permanente, en la que estamos al tanto de todo lo que pasa allí.

Entrevistador/a: ¿Es usted socio de Euskal Herria? ¿Desde cuándo?

Juan: Sí, en junio cumplí veinte años de socio. Desde que me integré acá a la Euskal etxea, casa vasca o centro vasco, he estado involucrado con todas las actividades. Empecé por integrar la Comisión de Cultura y Fiestas, luego el Consejo Directivo desde el año 1992 hasta la fecha. Actualmente soy el vicepresidente de la institución. Si bien hubo un período [en] que no estuve en las listas, siempre trato de mantenerme en actividad. Aparte de esto, he tomado parte en la enseñanza del euskera; ya desde el año 90 y pico, y por varios períodos, he dado clases de idioma. También he tratado de difundir la cultura vasca y he sido creador de algunas pequeñas obras de teatro para niños. Creo que Euskal Herria es uno de los pocos centros vascos en el mundo que ha llevado a cabo esta tarea. Esto me ha brindado la posibilidad de crear. Yo aquí he aprendido más euskera de lo que sabía antes. Mis mejores profesores han sido mis padres. Recuerdo muchas expresiones y formas de decir las cosas, que se las debo a ellos, a mis tíos y abuelos. Luego, a través de la fuerte base gramatical, que me la ha brindado el hecho de cursar mi carrera en latín. He podido cultivar mi propio idioma, y además, tener el coraje de transmitirlo. Para mí, esto es una grandísima satisfacción.

Entrevistador/a: ¿Cómo se llega a ser socio del centro?

Juan: Se puede ser socio *activo* o *colaborador*. Socio *activo* es todo aquel con ascendencia vasca, pero todo uruguayo puede ser socio de Euskal Herria, aunque sea de ascendencia griega, libanesa o cualquier otra. Claro está que ser socio de uno u otro tipo trae aparejado distintas obligaciones y derechos.

Entrevistador/a: ¿Realizan actividades conjuntas con otros centros?

Juan: Sí, cada vez que organizamos algo invitamos a todos los centros vascos del país. Mantenemos relaciones y nos sumamos a diversas actividades. Hay vascos en toda América: Estados Unidos, Canadá, Chile, Venezuela, Argentina, Perú, Uruguay y Brasil, entre otros. Hubo una época en la que participamos en el Torneo Internacional de Mus, que es un juego de naipes; el truco se le parece bastante. Viajé con una delegación de Uruguay a San Francisco y participé en el torneo eliminatorio.

Entrevistador/a: ¿Usted mantienen relación con los centros vascos del Interior del país?

Juan: Los centros vascos del Interior del país son muy posteriores a Euskal Herria, que tiene noventa y dos o noventa y tres años de vida, donde hay toda una historia, toda una tradición. No podemos decir que los restantes centros estén viviendo un momento muy floreciente, porque están bajo los efectos de una situación que si para nosotros es grave, mucho más grave es para ellos. Si esa cadena natural que se crea (cuando hay una inmigración fuerte, y las primeras generaciones mantienen el espíritu y el sentimiento) nos está fallando acá en Montevideo, cuánto más ocurre en los departamentos del Interior. Porque si nos quedamos con el sentimiento, es sólo eso. Ahora, si a la vez de [transmitir] sentimiento nuestros antecesores hubieran tenido capacidad de transmitir cultura, ahí la cosa sería otra. La comunidad se está *resintiendo*, como la mayoría de las colectividades del país: los armenios, los gallegos, los griegos, los turcos, los libaneses. Por lo general, los domingos escucho audiciones de todas las colectividades, y todos son grupitos chicos, no son lo que eran hace treinta, cuarenta o cincuenta años atrás. Yo soy uno de los pocos *bichos raros* que quedan, uno de los pocos de la colectividad que habla fluidamente el euskera.

Entrevistador/a: La colectividad, en general, ¿recibe apoyo del Gobierno vasco?

Juan: Hay subvención, sí. Josu Legarreta es el delegado del Gobierno vasco para las comunidades de la diáspora. En el caso de Euskal Herria, esto tiene sus ventajas y desventajas. Como ventaja o punto a favor: cuando la colectividad vasca aquí en Montevideo era mucho más fuerte de lo que es actualmente, fue capaz de crear una estructura material y una estructura

también de cultura, teniendo una trascendencia muy importante socialmente. Eran muchos y pesaban, incluso dentro de la sociedad uruguaya. Ni hablar de hacer las cosas que en esa época se hacían, por distintas circunstancias. Cuando recibíamos visitas de personalidades del Gobierno vasco, por ejemplo, se armaban contactos con la Presidencia de la República, la Cámara de Representantes, con el Senado, el Poder Judicial, etc. En la actualidad, hay muchos políticos que están "acomplejados" por cuestiones meramente políticas, por malas influencias de la Embajada española. Hoy, no nos manejamos a nivel social ni en el grado ni en la importancia con la que nos manejábamos, por ejemplo, en los años 40. Después de la Guerra Civil Española, José Antonio Aguirre, que fue el primer presidente autonómico, tuvo que fugarse del régimen de Franco. Fue a Brasil con el nombre de Dr. Álvarez, y acá el Parlamento uruguayo lo rebautizó, es decir, dio a conocer su verdadero nombre: José Antonio Aguirre.

En aquellos tiempos la Facultad de Humanidades daba cátedra de euskera; eso se perdió por mucho tiempo. Ahora se ha vuelto nuevamente a dictar clases en esa institución, a través de un convenio entre el Gobierno vasco y el Ministerio de Cultura. Muchas cosas se han perdido: en aquella época, se daban conferencias de gran importancia, había una gran respuesta a nivel de la Universidad, por ejemplo. A pesar de todo, en estos últimos años hemos registrado festivales de música. El 8 de Diciembre, por ejemplo, se presentó el Ballet Vasco en la Sala Zitarrosa. Ese tipo de actividad cultural se hace, y en oportunidades hemos llenado la sala. De todas formas, son tiempos diferentes, en aquellos años la cosa era mucho más continua.

Entrevistador/a: ¿Cómo es la relación con la Embajada de España?

Juan: Nosotros institucionalmente no tenemos ninguna relación con ella. Somos una entidad con personería jurídica, dependemos de nosotros mismos, nos relacionamos con nuestros semejantes y con aquellos organismos que naturalmente tienen que ver con nuestra actividad existencial, histórica y cultural, sobre todo. A nivel del Gobierno uruguayo, creo que somos bienvenidos. En una actividad que realizamos acá con motivo de uno de los aniversarios de la institución, por ejemplo, hicimos un acto en la plaza Zabala. La Embajada española, bajo la inequidad de un embajador para nada simpatizante de los vascos, había querido impedirlo, pero igualmente lo hicimos. Estaban presentes un diputado blanco y el presidente de la Junta Departamental de Montevideo, que en aquel tiempo nos dio el *visto bueno* para que lo pudiéramos hacer.

Entrevistador/a: ¿Cómo cree usted que ha sido la inserción de los vascos aquí en la sociedad uruguaya?

Juan: Para mí, *de película*. Noto, por ejemplo, una diferencia en relación con como lo viven otras comunidades. En los cuarenta y siete años que llevo aquí, y por distintas razones, me he contactado con gente de todas las colectividades: libaneses, griegos, armenios, catalanes, gallegos, valencianos, polacos, checos. Muchos encuentran que las cosas eran muy distintas en sus pueblos [con relación] a lo que eran aquí en Uruguay, y eso entre los vascos que yo conocí, no existe. Creo que ha habido una grandísima y natural integración, y eso es por el sentido de libertad que tenemos nosotros. La libertad de uno significa respeto hacia los demás. Cuando llegué a Buenos Aires traté de asimilar las expresiones, el tono. Y no por novelería, sino con el ánimo de integrarme. Acá en Uruguay, lo mismo, hay cosas que todavía me cuesta mucho decir, por ejemplo: uruguayo. Estando en Argentina me decían: "tú no sos argentino, debes ser español". No, yo no soy español, soy vasco, y eso lo confieso allí y donde quiera que sea. La asimilación del idioma se da de forma lenta, pero siempre tuve la voluntad de hacerlo. Eso sí, hablando en euskera lo hago a la par de mis hermanos, amigos y conocidos, y a veces hasta mejor que ellos porque me he preocupado por cultivar el idioma.

Entrevistador/a: ¿Cuál cree que es hoy en día la percepción que se tiene de *lo vasco*?

Juan: El conocimiento es bastante superficial. Hay determinados sectores que se han preocupado a raíz de determinados acontecimientos en profundizar en el tema. Muchas veces nos valoran desde una perspectiva muy importante, como lo es el principio de libertad, el derecho de los pueblos a autodeterminarse, etc. Luego, cuando se analizan determinadas cosas, lo hacen desde la perspectiva latinoamericana, rioplatense, y no lo analizan como lo hago yo, que conozco lo que pasa allí, lo mamé. Hasta los veintitrés años viví allí y mantengo una comunicación permanente, entonces, la valoración que yo puedo hacer; no va a ser la misma que la que puede llegar a hacer el *zurdo* más *zurdo*. Predomina mucho el sentimiento, el valor de las libertades de los pueblos. Ahora, el asunto empieza a declinar cuando analizamos los métodos que los pueblos utilizan para liberarse. Lo que históricamente se reconocía, hoy no se hace. Un levantamiento hace cien años parecía bien [sic], pero ahora parece que no, que no se puede, porque están en democracia. ¿De qué democracia me hablan en el Estado español, si nos siguen apretando como en la época de Franco? A nosotros nos tienen *en la mira* y punto, y bajo este régimen y esta Constitución española, esto no va a cambiar. Con el tema del territorio español, no somos los únicos, pero tal vez seamos los primeros en reclamar. Mientras estén con la idea fija, seguiremos discutiendo hasta el fin de los siglos. Pero lo vamos a lograr.

Entrevistador/a: ¿Qué hay de cierto en aquello del "vasco tozudo"?

Juan: Hay un poco de folklore en eso. Gallegos y vascos somos emprendedores, constantes y vamos *contra viento y marea*. Si eso es tozudez, ¡bienvenida sea! Creo que somos tozudos, pero respetuosos de los demás pueblos. Yo con un gallego no me voy a pelear por el simple hecho de que sea gallego, y lo mismo ocurre con un catalán, un valenciano, un palestino o un irlandés; podré pelearme por otras cosas, pero no por eso.

Entrevistador/a: ¿Qué queda hoy de la idea del vasco como una persona "respetuosa de su palabra"?

Juan: Eso es algo que nos han enseñado a nosotros en nuestras generaciones, y creo que todavía se mantiene, aunque las circunstancias no son las mismas. Ahora todo está globalizado, cada vez hay más extranjeros y no lo digo en términos despectivos, sino que es un hecho. Más allá de los muchísimos de ellos que se radican y se integran, hay otros que no: están para molestar y nada más. En la casa donde me crié, en el piso superior al nuestro, vivía una familia en la que el padre era árabe, y la madre Navarra; ella sabía castellano y entendía algo de vasco; el árabe les transmitió a sus hijos su idioma y también inglés, castellano, y en la calle los niños aprendieron el euskera. Entonces, teniendo voluntad de integrarse, y [de] respetar el lugar donde tú vas, todo está bien. El que es racional y respetuoso merece ser escuchado, atendido y ayudado. A nosotros, mientras nos respeten, somos respetuosos, pero no nos gusta que nos vengán a atropellar.

Entrevistador/a: ¿Qué significa para usted el euskera?

Juan: Para mí es un toque de gran capacidad del pueblo como pueblo, porque por Europa han pasado muchos pueblos. Cuando una comunidad deja de hablar su idioma, se entremezcla con todo lo demás. Nosotros, afortunadamente por nuestra manera de ser, a pesar de ser tan chicos tanto territorialmente como en número de habitantes, hemos tenido la capacidad de mantener y cultivar nuestro idioma, a pesar de que en la época en que yo era niño y adolescente estaba prohibida la enseñanza del euskera. Cuando vine a América, aprendí más de lo que sabía antes. Si bien tenía la base, el espíritu, y la ambición logré ampliar mis conocimientos, transmitirlo y tener el coraje de dar clases. Además, algún tiempo, inclusive tuve a mi cargo la conducción de un programa de radio, cuando integraba la Comisión de Cultura.

Entrevistador/a: ¿El ser vasco, está entonces definido de alguna manera por el idioma?

Juan: Por supuesto. Además, el idioma arrastra a toda la cultura. Ese espíritu arrastra las tradiciones y no estoy hablando en términos folklóricos, sino de la tradición como intérprete de la realidad cultural y social de nuestros mayores: la vida en el pueblo. Lo tomo como un elemento cultural que me permite *introspectar* [sic] como eran. Muchos de los bailes y deportes rurales están inspirados en la tarea del campo, y todo eso tiene que ver con la forma en cómo se divertían mis padres y abuelos. Mi padre, que si viviera el día de hoy tendría ciento diez años, en su época tenía sus bailes e iba a un frontón de pelota y los domingos jugaba a los bolos o participaba en campeonatos haciendo demostraciones de fuerza con sus amigos.

Entrevistador/a: Estos deportes ¿se mantienen hasta nuestros días en Uruguay?

Juan: Aquí, en Uruguay, hay una de las cosas más lindas: los frontones de pelota. Pero es una pena que algunas cosas estén quedando en el olvido, por ejemplo, la pelota de mano. Durante muchos años, ésta fue la número uno de las formas de jugar a la pelota. Hoy, sólo se practica en Mercedes. Pero frontones hay en todos lados, y se juega a la pelota. Aquí, en Euskal Herria, se puede escuchar el ruido de la pelota toda la tarde. Hay muchos más frontones de los que se imaginan; en Montevideo hay unos cuantos.

Entrevistador/a: ¿Sabe usted si Uruguay ha obtenido títulos a nivel mundial en el juego de pelota vasca?

Juan: Sí, tanto a nivel de paleta, como en sus otras variantes. Algunos de los *pelotaris* con más larga tradición son Andruco, Iraldi y Bernal, entre otros.

Entrevistador/a: ¿Qué puede decirnos de la Heráldica?

Juan: Mayoritariamente los apellidos vascos son toponímicos o patronímicos. Los míos son toponímicos: hacen referencia al lugar, describen un lugar determinado, ya sea la casa [de] donde vivieron los ancestros de una persona o el terreno donde se instalaron. Por ejemplo, Goycochea es la casa de arriba, Bengoechea es la casa de abajo, Iriarte significa cercano a la ciudad, etc. Los patronímicos son aquellos que toman como referencia un nombre propio o simplemente un nombre, por ejemplo, Perurena significa casa de Pedro o de la familia de Pedro. De la misma manera, Martirena significa la casa de Martín o de la familia de Martín. Sarazola viene de *saraz*, que significa sauce, y [de] *ola*, que significa madera; por lo tanto, vendría a ser casa hecha con madera de sauce. Arbildi que es el apellido de mi madre; viene de *arbela*, que significa pizarra. Y casualmente donde yo nací y me crié había una fábrica de pizarras.

Entrevistador/a: En distintos materiales a los que hemos accedido se sostiene que la comunidad vasca profesa la religión católica, ¿está usted de acuerdo con dicha afirmación?

Juan: Por lo que yo he podido hablar con mis coterráneos, tanto acá como en Euskal Herria, nos sentimos más cristianos que católicos. Nosotros nos aliamos con la democracia. El gobierno constitucional en España era un gobierno democrático, había sido electo. El Gobierno Vasco, con José Antonio Aguirre a la cabeza, se puso en pro de la República. Sin embargo, el franquismo dijo que nos aliábamos con el comunismo. No es cierto, nosotros nos aliamos con la democracia. El principio de nuestra posición es el derecho de la ley natural que dice: "a cada cuál lo suyo" y "si sos humano, tenés que compartir".

Entrevistador/a: ¿Cómo se complementan la práctica de la religión y las costumbres más paganas como los festejos de San Juan?

Juan: Es algo común entre los pueblos. La religiosidad del pueblo vasco es *naturista*, lo cual fue un trampolín para trasladar eso a la creencia en un ser único superior. Estas cosas deben complementarse; todo lo que es natural y legítimo merece ser conservado, forma parte de lo que fuimos, de nuestra historia. Esas cosas merecen ser conservadas.

Entrevistador/a: ¿Qué otras tradiciones observa usted que se sigan manteniendo acá?

Juan: Es un tema muy difícil, porque mientras no existan comunidades vascas bien organizadas y relativamente numerosas mantener todo eso es complicado. Además de jugar pelota, hay cosas que requieren un número grande de gente. Los bailes siguen dándose y bastante. Pero todo esto se da aún mucho más en Argentina. El último encuentro grande fue en Córdoba, donde hay muchísimos centros vascos con larga tradición y eso le da mucha fuerza a las actividades que allí se realizan.

Entrevistador/a: ¿Qué significan para usted los símbolos patrios? ¿Qué siente, por ejemplo, si va caminando por la calle y ve una bandera vasca?

Juan: "*Gora Euskadi askatuta*", es decir, "viva Euskal Herria libre". Más allá de que sé que una *escurriña* en un coche es más producto del sentimiento que de la cultura, igualmente siento que es positivo. Y cuando voy con mis amigos o con mis hijas y me dicen: "mirá, una *escurriña*", es una nota de alegría. *Escurriña* es como nosotros le decimos a la bandera, al pabellón vasco.

Entrevistador/a: ¿En alguna oportunidad les han negado usar la bandera vasca?

Juan: Aquí en la institución siempre hemos usado la bandera vasca. Asimismo en la fiesta de las colectividades españolas. Bajo la bandera española nunca. Vamos adonde sea con nuestra bandera y si está la bandera española, que vayan españoles; nosotros somos vascos. Acá, en nuestro centro, nunca se va a ver una bandera española: la uruguaya a la derecha, y a su izquierda, la vasca.

Entrevistador/a: ¿Se puede ver algún aporte de la cultura vasca, hoy en día, en la sociedad uruguaya?

Juan: Algo muy general y a la vez muy sustancial para mí es la gran capacidad del pueblo uruguayo para recibir a gente de distintos países, de distintas culturas, y esto se aplica no sólo con los vascos, sino al resto de las colectividades. Siento que ese es el gran valor que Uruguay ha transmitido a todos los pueblos que hemos sido recibidos aquí, y creo que no es poca cosa. La gran apertura para mí es sustancial. Si no fuera así, no me hubiera hecho ciudadano uruguayo (y eso que me costó bastante, fue complicado). Ahora hablo como uruguayo, porque también lo soy, y creo que a veces se usan muy malos criterios para recibir a los inmigrantes. El trámite en sí es bastante pesado. Yo, al principio, había desistido, pero tras un segundo intento lo logré. Fue alrededor del año 69 o 70. Entre que inicié los trámites y me entregaron la credencial cívica transcurrió un período de tres años, y luego de ello, habré hecho uso de la credencial nueve o diez veces. Fueron tres años de constantes visitas a la Embajada, al Consulado, al Ministerio de Cultura, al BPS, fotos, testigos, etc. Y eso que para ese entonces ya estaba establecido y tenía una familia constituida. De todas formas, hoy el trámite se ha simplificado bastante.

Entrevistador/a: ¿Qué significa para usted ser vasco?

Juan: Ser vasco para mí es querer y amar a quienes fueron mis ancestros, es decir, quienes me dieron la vida, la cultura y ese espíritu de libertad que siento. Y cuando hablo de mis ancestros los incluyo a todos, sean o no de mi línea familiar genética; me refiero a todo el pueblo vasco. Me dio uno de los valores más importantes que precisa el ser humano, y eso para mí es el ser libre (en el sentido más amplio de la palabra, para defender los derechos de todos los pueblos). Hay pueblos que tienen una suerte de imperialismo metido en la cabeza, pero se creen los dueños de la Tierra y, sin embargo, no son más que los demás. Todos los seres humanos somos iguales. Es cuando nos creemos superiores que perdemos el derecho a esa igualdad.

Franco Letamendia

Entrevistador/a: ¿Cuándo llegó a Uruguay, a qué se dedicó?

Franco: Vine a la casa de unos tíos, que tenían un comercio en Marmarajá (aunque el comercio no era una cosa que me gustara mucho). Ya en España estuve trabajando [sic] desde los quince años, en una fábrica como electricista (había estudiado en la Escuela de Arte y Oficios).

Entrevistador/a: ¿Sus padres a qué se dedicaban?

Franco: Mi padre era encargado en una fábrica de compensado y estaba enfermo, entonces, me tomaron a mí a los quince años y me pusieron como ayudante de oficial de electricista; en esa fábrica trabajaban alrededor de quinientas personas.

Entrevistador/a: ¿Cuándo usted vino ya conocía a alguien acá?

Franco: Sí, tenía a mis tíos, que tenían el comercio. Acá, conocí a mucha gente y aprendí mucho de la gente. Eso me sirvió después en la vida.

Entrevistador/a: ¿Usted venía con esperanzas, con expectativas?

Franco: Bueno, siempre se trae algo... Nunca pensé en hacerme rico, porque el dinero nunca me interesó mucho. Pretendía vivir de una forma razonable. Me gustaba mucho trabajar como proyectista, en cuestiones técnicas. Pero quedó ahí nomás, fue la novela que no se escribió.

Esposa de Franco: Lo que no les dijiste es que un amigo tuyo español fue el que te consiguió trabajo en la cantera.

Franco: Ah sí, fue a través de él que conocía a la cuñada del encargado de Uruguay Cemento y Pórtland en aquel entonces. La cantera estaba ubicada en Verdún (ahora ya no está). Pero allí estuve treinta años, y gracias a eso tengo lo necesario para ir marchando bien.

Entrevistador/a: ¿Y cómo fue tu adaptación al Uruguay?

Franco: Uno, siendo un muchacho, se adapta fácil. Extrañaba algunas cosas, pero no era para morir. Me escribía seguido con los amigos que quedaron allá. Luego me hice amigos acá; amigos, novia... Y hoy tenemos tres hijos y diez nietos. La verdad, [estoy] lo más bien, muy contento con este país que cada vez quiero más.

Entrevistador/a: ¿Lo recibieron bien acá?

Franco: Sí, lo único [negativo era] que me decían *gallego*, y los vascos en eso somos medio racistas con los gallegos. Yo me calentaba dos por tres y peleaba con alguno. Y eso es una cosa mala, no tenemos que ser tan racistas. Lo que pasa es que cuando vino la emigración, la mayoría eran gallegos; pero así como hay gallegos, vascos también hay, y muchos. Y aquí, en este departamento, hay pila de gente de origen vasco.

Entrevistador/a: ¿Por qué existe un gran número de descendientes vascos en Minas?

Franco: Para mí es un misterio. Pienso que la que fue llegando aquí era gente muy dedicada a la agricultura.

Zabaleta: Y por el tema de la cantera, también, y de la piedra caliza, se necesitaba trabajo bruto.

Franco: Puede ser que haya algo de eso también. Algunos eran unos verdaderos artistas con la maceta, pero yo no salí tan bruto. Mi abuelo por parte de madre era cantero; se dedicaba a labrar los bloques. Todo se hacía de forma artesanal en ese entonces, cuando él era joven.

Entrevistador/a: ¿La cantidad de cerros tiene algo que ver?

Franco: Sí. A mí me habían hablado mucho; se parece mucho a Bilbao. Lo que aquí no había [era] mar; eso sí lo extraño.

Esposa de Franco: Nosotros fuimos a España por el Consulado: ellos, luego de que estás muchos años acá, te dan facilidades para que viajes y puedas volver a visitar España. Nosotros conocimos varios lugares, que yo no conocía, y él tuvo la posibilidad de volver a su pueblo natal. El Consulado te paga quince días, y los pasajes de ida y vuelta. Para ello, uno tiene que estar jubilado. Y te permiten que lleves a un acompañante; en este caso fui yo. El destino fue Venidor. También visitamos un pueblito cercano a Bilbao, donde él nació, y la casa donde se crió.

Zabaleta: ¿Sigue siendo de su familia la casa?

Franco: Sí, sí.

Entrevistador/a: ¿Qué apellido tiene usted y qué significa?

Franco: Mi apellido es Letamendia, y significa, para unos, monte de pinos; otros dicen que es monte de pastos, pero por ahí anda la cosa.

Entrevistador/a: ¿Y cómo fue volver a Bilbao después de tantos años?

Franco: Una gran emoción, más que nada encontrar [sic] los amigos que uno había dejado. Eso me encantó; vi a todos los que hacía años no veía (hacía más de cuarenta años que no estaba

en ese lugar). Ha sido la satisfacción más grande que he tenido. Fuimos en el año 97 y vimos muchos cambios en el paisaje, puentes que antes no estaban y cosas de esas.

Entrevistador/a: ¿Hay muchas construcciones modernas?

Franco: Sí, hay, pero eso no lo vi mucho. Por ejemplo, el aeródromo de Bilbao ahora está construido, y cuando yo lo dejé de ver era sólo un terreno. Recuerdo que cuando yo era muchacho cayó un avión de la guerra allí; fue durante la invasión de Franco.

Entrevistador/a: ¿Usted vino a Uruguay durante la guerra?

Franco: Yo viví la guerra. Tenía alrededor de siete años cuando comenzó todo, y fueron tres años que duró, más o menos. Iba a la escuela pública, y como no sabía multiplicar, mi padre se *cabrió* conmigo y me mandó a la escuela de fraile; de ahí salí sobresaliente. Esa era la época de Franco: yo desfilé, tenía el fusil Nº 45. Cuando venía Franco a la ciudad grande, nos subían a mí y a los otros muchachos al tren y todos a desfilan.

Entrevistador/a: ¿Usted aprendió euskera?

Franco: No. He leído algún libro y algunas palabras he aprendido. Pero mi hermana sí sabe, y su madre también. Yo con mi madre no pude compartir nada, porque cuando yo nací ella murió. Después, mi padre se volvió a casar y formó otra familia. A mí prácticamente me crió mi abuela, que era una santa. Mi abuelo era medio renegado, pero era bueno también. Es que yo hacía de las mías. Vivíamos en una casona de esas de piedra, como una fortaleza: tenía un establo y una parte habitable. Yo me escapaba y me iba a pescar; cuando volvía ella estaba esperándome en la puerta con una vara de avellano, porque yo, además de llegar tarde, aparecía todo mojado: "entrá villano", me decía, pero nunca me castigaba al final. A veces me mojaba para no ir a la escuela, me tiraba al agua, y entonces, la camioneta que habían contratado para que me llevara a la escuela no me llevaba, y yo volvía a casa llorando. Pero esas eran pillerías de muchacho.

Entrevistador/a: ¿Desde que llegó a Uruguay, siempre estuvo en Lavalleja?

Franco: Cuando vine, ya era un muchacho. Un tiempo anduve haciendo repartos con un camión, en campaña. Hace años que estoy acá y me siento muy a gusto. Hoy tengo setenta y ocho años.

Zabaleta: El lugar donde él se radicó queda a cincuenta kilómetros de la ciudad de Minas; es en el medio del campo. Ahora pasa la ruta por allí, pero no es como la ciudad.

Entrevistador/a: ¿Qué significa para usted la boina?

Franco: Traje una cuando fui allá, en el 97, pero se la regalé a un hijo mío que le gustó, y se la quedó. Cuando me vine, que era un muchachito, no traje nada, sólo lo indispensable. Vine en el Monte Alberdi, de la compañía naviera Aznar, que hoy ya no existe. En aquel tiempo era un barco de primera. Hoy sería un barcucho (ahora hay vascos diez veces más grandes que ese).

Zabaleta: ¿Se vino solo?

Franco: Sí. En Montevideo me esperaba mi tío. Para poder venir se llenaba un formulario y se estudiaba la situación; tampoco era cualquiera el que se podía venir. Aquí había que mostrar un certificado de dónde iba a vivir y con quién.

Entrevistador/a: ¿Usted es católico?

Franco: Mirá, católico... Creo en lo bueno de la religión. Hasta monaguillo fui, pero nunca pude aprender mucho de eso. Una vez me dijo el hermano Germán: "¿a usted no le gustaría ser hermano?", a lo que yo le respondí: "mire, perdóneme, pero mi ambición es ser ingeniero". Yo respeto la religión, y es cierto que en toda España siempre ha sido importante la religión católica.

Entrevistador/a: ¿Hay algo que esté presente en los uruguayos y que usted pueda decir que es vasco?

Franco: Acá, hay muchos apellidos [vascos], y ha habido personalidades en la actividad social, ya sea en política, en la cultura, así como en la medicina. También ha habido vascos en la actividad comercial. Los grandes estancieros en la historia eran de origen vasco.

Entrevistador/a: ¿Hay subvención del Gobierno vasco a los vascos que están acá?

Franco: Sí. Lo que pasa es que el País Vasco está comprometido no sólo con Uruguay, sino con toda América. Tiene a muchos para alimentar (digo *alimentar* en un sentido figurado), pero lo cierto es que hay vascos por todo el mundo, porque junto a los catalanes siempre han sido los más emprendedores.

Zabaleta: España, sin el País Vasco, pasa a ser poco, porque el noventa por ciento de las divisas provienen de él, y por eso no le dan la autonomía total que el País Vasco reclama.

Entrevistador/a: ¿Cómo opera el caserío o centro vasco de aquí?

Zabaleta: Lamentablemente, el centro se ha ido desintegrando. La causa fundamental es que vasco, vasco, el único es él [Letamendia], y las nuevas generaciones van perdiendo interés.

Vasco *de raza* es él, que tiene por lo menos tres apellidos. Claro, a veces se dice que alguien es vasco por el solo hecho de haber nacido en el País Vasco, y eso no ha sido otra cosa que un hecho circunstancial, pero sus padres no son vascos. El apellido es la única firma que tienes para saber si hay algo de vasco o no. Muchas veces, también, se desconoce que se tiene apellido vasco, porque en estos tiempos la herencia a veces se pierde un poco.

Entrevistador/a: ¿Y el caserío sigue en pie?

Zabaleta: Sí, en pie sigue y no va a caer, porque está muy bien hecho, pero no funciona como centro vasco, no está activo. Está construido en un lugar típicamente vasco, porque está sobre un cerro. Vos vas al País Vasco y miras las casas y son todas como el caserío que tenemos acá en Minas, y eso responde también a una necesidad, porque construyendo en una zona alta, desde la altura, puedes cuidar las ovejas.

Entrevistador/a: Nos han dicho que hay una comisión directiva en el centro, ¿cómo funciona?

Zabaleta: Santos Inzaurre es el presidente, y yo integro la comisión junto con otros miembros. Hay muchos centros vascos por todo el mundo; los países que tienen más son Argentina, Uruguay y EE.UU.

Entrevistador/a: ¿Qué significa para usted ser vasco?

Franco: Considero que [el vasco] es una especie de pastor de origen; es gente de tesón, de trabajo; no somos charlatanes. Es gente, por lo general, de palabra, pero hay de todo. Creo que es una *raza* buena. Se dice que los vascos son porfiados, pero para los vascos los más porfiados son los aragoneses.

Zabaleta: Para mí es el tesón, la honestidad; ese es el emblema del vasco. Lo que pasa es que también la misma sociedad te va moldeando. Es mentira que se mantiene lo autóctono de cada uno: vos te amoldas con el medio que te rodea.

Entrevistador/a: ¿Y en la gastronomía si se mantiene alguna tradición?

Zabaleta: Sí, la familia común la usa, porque es muy similar a muchas cosas que se usan acá. Por ejemplo, el cordero es una comida típica vasca, y acá también se come mucho.

Franco: El pobre come mucho la kurrusaka, que consiste en papa, puerro, aceite de oliva y sal (aunque aquí el aceite de oliva es caro). Otra cosa que se mantiene acá es el hábito de comer *callos*, sobre todo en invierno. ¿Saben que son los *callos*? Es el mondongo. Y también comemos bacalao, aunque no muy seguido porque es importado y resulta caro, pero eso

también es vasco. Ah, y también el puchero y los porotos. Allá se comen los porotos de Tolosa, que son los porotos colorados de acá; esa es la comida de los trabajadores. El pescado también se come mucho.

Lorenzo Sotelo Agesta

Entrevistador/a: ¿Es usted descendiente?

Lorenzo: Sí, mi bisabuelo vino del País Vasco.

Entrevistador/a: ¿En que época llegó su familia?

Lorenzo: Mi familia llegó en el siglo XX. La comunidad vasca fue llegando en distintas épocas. Depende un poco de las guerras que en España o en Europa se fueron dando. Entonces, fueron emigrando. No hay una época en la que llegaron todos juntos. Además, con el paso del tiempo, se empezaron a dar contactos entre los que llegaron y los que estaban en el País Vasco. Y así se empezó a conocer esta zona y la emigración se fue dando a través de los años. Esto quiere decir que no hay una fecha preestablecida: fueron progresivamente llegando al Uruguay. Da la impresión de que los primeros vascos que llegaron al Uruguay estaban más bien interesados en el tema de la agricultura, razón por la cual se aglutinaron en determinadas zonas. Una de las privilegiadas fue el departamento de Lavalleja. Vale decir que todos o casi todos los que vivimos acá tenemos (entre segunda, tercera y cuarta generación) un apellido vasco.

Entrevistador/a: ¿Su apellido significa algo en euskera?

Lorenzo: Mi apellido es Agesta, que significa lugar donde hay árboles, tipo robles, etc.

Entrevistador/a: ¿Los integrantes de la comunidad, aquí en Minas, hablan euskera?

Lorenzo: En Minas no se habla euskera; sé que en Montevideo, sí. Tengo conocimiento de que el Gobierno vasco tiene intención de mantenerlo y enseñarlo, difundirlo. Pero en Minas no ha dado resultado; lo hemos intentado pero no funcionó. En una época quisimos conseguir profesores por medio de la comisión que se había formado, anterior a esta, y no se pudo, también muchas veces por cuestiones económicas. La colectividad vasca de Lavalleja, a pesar de que es muy fuerte, no se ha adentrado en el tema. Tampoco se han reunido, interesado. Tampoco hay un interés fuerte en acercarse al centro y hacerse socio. La colectividad de Minas está muy alejada en el tiempo también, es decir, acá hay uno sólo, de los que conforman a esta colectividad, que es vasco de nacimiento. El Sr. Letamendía es el único que conocemos que es nacido allá, que nosotros sepamos. Los demás somos descendientes.

Entrevistador/a: ¿Se puede hablar de nacionalismo vasco? O ¿se puede decir en realidad que todos los vascos son nacionalistas?

Lorenzo: Yo creo que sí. Y la prueba está en el hecho de que hace tiempo están luchando por lograr la independencia, cosa que no han logrado. Porque si España le da la independencia al País Vasco, va a tener que dársela a los gallegos y a otros pueblos, cosa que la reduciría muchísimo. Otro tema es el económico: a través de los reyes y del sistema democrático actual y por razones de conveniencia va a ser muy difícil que logre su independencia. La zona donde está ubicado el País Vasco es muy rica, ya sea por la vegetación, las minas, la pesca, incluso hasta por la salida al mar.

Entrevistador/a: ¿En los centros se pueden ver esas diferencias entre nacionalistas y no nacionalistas?

Lorenzo: No, acá no se dan esas cosas. Acá los centros son muy amigables. Alejados en el tiempo, todos tenemos el mismo espíritu: [el de] tratar de mantener a toda costa la cultura, las tradiciones vascas; tratar de mantener a toda costa ese lazo que nos une por haber sido hijos o nietos de personas que vinieron de allá.

Entrevistador/a: ¿Mantienen relación con los centros de Montevideo?

Lorenzo: Sí, mantenemos relaciones con los centros montevidEOS. Sobre todo con el Euskaro Español y con Euskal Herria. Euskal Herria es considerada la institución más antigua, la institución madre de todos los centros vascos acá en Uruguay, a parte de ser la institución que recibe a las autoridades del País Vasco.

Entrevistador/a: ¿Qué tradiciones vascas se mantienen en el centro de Minas?

Lorenzo: En Minas no se ha logrado mantener mucho el tema de las tradiciones. Con respecto a las danzas, estuvimos en una oportunidad con un señor (que ahora no me acuerdo el nombre) que en su momento se había preocupado por tratar de armar un elenco y asesorarse sobre el baile, pero por distintas circunstancias no se dio. Las danzas en la cultura vasca son muy importantes. Éstas son realizadas con una destreza extraordinaria (muchas veces deben ser bailarines de ballet dada la elasticidad que requieren). Son danzas muy alegres.

Otro de los elementos que hay que subrayar es el hecho de que a los vascos los destaca su fuerza. Muchos de los deportes que son parte de esta cultura tienen que ver con esto. Por ejemplo, están los campeonatos de levantamiento de pesas, el corte de árboles, deportes que requieren una fuerza impresionante. Pero para el vasco el deporte por excelencia es la pelota vasca, que se juega en trinquete, o en construcciones muy parecidas. Dicen que casi todos los

deportes son provenientes del ámbito rural, salvo la pelota. Claro, porque de ahí vienen los deportes con fuerza y destreza. Los vascos, en infinidad de oportunidades, han tenido enormes dificultades de alimentación. Entonces, por determinada cantidad de años sólo tenían agua para beber. Cuando conseguían vino se reunían a festejar con bailes y cantos por el vino que habían conseguido.

Entrevistador/a: Sabemos que tienen una cancha de pelota vasca, ¿se mantiene este deporte en la comunidad?

Lorenzo: Con respecto al deporte, acá ha habido cuatro campeones mundiales. Esto significa que hay un interés y se ha logrado mantener el tema de la pelota. Siempre se está viajando, compitiendo a nivel tanto departamental como nacional. En la actualidad, tenemos a Barreiro, que está compitiendo permanentemente en distintas especialidades de la pelota vasca. [El padre de] uno de los dueños del canal de televisión de Minas, Erralde de apellido [...], fue campeón mundial de pelota en la especialidad *share*. Es una especialidad que se juega con pelota dura y una paleta muy casera, que se hace con mimbre y que lleva un tejido de piola. No se le pega a la pelota sino que se la embolsa y con un movimiento de muñeca se empuja y sale a una velocidad increíble.

Entrevistador/a: ¿Y qué otras tradiciones se mantienen? ¿La religión, por ejemplo?

Lorenzo: El tema religioso no está muy definido entre los vascos, [...] por no decir que son agnósticos. Pero no hay una religión muy afincada. O esa, es una impresión. La religión no tiene un lugar tan importante como en otros tiempos.

Entrevistador/a: Si usted tuviera que nombrar algún aporte de la comunidad vasca a la sociedad uruguaya, ¿cuál sería?

Lorenzo: El aporte sería un poco una responsabilidad de cada uno. El Uruguay tiene problemas en la actualidad, que no son de ahora. Las comisiones se han ido disolviendo en todas partes. Se puede llegar a muchas cosas. Nosotros habíamos ideado distintas propuestas que tratamos de llevarlas a cabo con mucha seriedad. Y luego vino esta Comisión con Santos Insaurralde (tirón de oreja), en donde no se ha logrado absolutamente nada. Estamos en un *debe* total. Ni siquiera una reunión. Desconozco la existencia de libros de actas, de actas de asamblea, de libros de caja. No se ha hecho prácticamente nada.

Entrevistador/a: ¿El presidente de la comisión antes era usted, y ahora es Santos?

Lorenzo: Si. Nosotros nos reuníamos muy seguido. Visitábamos el local, tratábamos de arreglar lo que merecía algún retoque. En fin, todo lo que requiere una construcción. Y para el asociado, con sacrificio (ya que estuvimos en una época muy difícil, la crisis del 2002) realizábamos comidas, reuniones con mucha gente, que fue una forma de mantener el vínculo y que no se nos dispersaran. Fue una manera de lograr que se hable del tema, que se relacionen; una forma de mantener la llama. Pero luego de esa etapa ya no se dio mucho esto. Sabemos que anteriormente también se hacían muchas cosas. Incluso yo concurrí a muchas reuniones que se hacían antes, pero luego todo eso fue perdiendo fuerza y hoy en día ya prácticamente no se realizan más actividades en la comunidad.

Entrevistador/a: Si tuviera que identificar a los vascos, ¿qué diría?

Lorenzo: Debería empezar por decir que son muy porfiados [risas]. Acá había un político, Tambasco de apellido, que se decía era la persona más porfiada de por acá. Cuando se preguntaba quién era más porfiado, respondían: "Tambasco es tan vasco". Creo que es gente trabajadora. Conocí a comerciantes que eran vascos, que eran personas muy bien [sic]. La mayoría son muy tranquilos, muy trabajadores. El vasco es fuerte, de buenos instintos.

Entrevistador/a: ¿Y esa percepción se ha mantenido a lo largo de los años o siente que ha cambiado un poco la percepción del ser vasco?

Lorenzo: Eso se mantiene. Los genes, creo que demoran muchísimo en diluirse.

Entrevistador/a: ¿Y en el resto de la sociedad uruguaya?

Lorenzo: Ahí sí, cada vez menos. Ahora ya no interesa mucho. Desde que la inmigración se cortó, ya no hay vascos. A veces nos pasa que hay cantidad de gente que se acerca porque se enteró de que puede que su apellido sea vasco, y se acerca a preguntar. Pero casi siempre es más por curiosidad que por otra cosa. Ahora, por ejemplo, es muy difícil que la juventud se arrime a un centro vasco. En abril asistimos a un seminario que realizó Euskal Herria; se llamó *Mugaz Gandi*. En esa ocasión hubo una ponencia presentada por un periodista del diario *El País* (Hernán Sorhuet) sobre la percepción desde la prensa sobre lo vasco. Sorhuet hizo una pequeña investigación preguntándole a los editores de los principales periódicos sobre la percepción que tenían sobre los vascos a nivel de medios de comunicación. La ponencia se tornó polémica, porque una de las conclusiones era que se relacionaba más el tema de la ETA con los vascos que con otras noticias que vinieran de la misma zona.

Entrevistador/a: ¿Qué piensa usted sobre eso? ¿Está de acuerdo?

Lorenzo: El tema de la ETA es un tema complicado, que incluso está muy mal visto en el País Vasco. Este movimiento quiere tomar el poder, quiere arrasar con todo, lograr la independencia pero de forma violenta, cosa que no concuerda con el pensamiento de la población vasca ni con el de las autoridades. Es decir, es un grupo aislado que un poco reniega del ser vasco con la violencia y el desprecio por la vida humana.

Entrevistador/a: ¿Pero estaría de acuerdo en que la sociedad uruguaya no iguala al vasco con ETA?

Lorenzo: Por supuesto que no. El Uruguay está muy informado. Acá, por ejemplo, si alguien viene y le dice a alguien *etarra*, se lo dice en forma de chiste. No pasa de eso. El tema, aparte, está por lo del Filtro. Aparte de esto, que yo tenga conocimiento, ETA nunca tuvo un acercamiento a la comunidad vasca uruguaya. La relación que la comunidad mantiene es con el Gobierno vasco. En los propios centros se tiene mucho respeto por las opiniones sobre religión o lo que fuere y está muy claro el tema de la política. En ningún centro se permite que se hable sobre cuestiones de política. Ninguno puede demostrar tendencia hacia alguna facción tanto del País Vasco como del Uruguay. Eso está muy claro al interior de la comunidad.

Entrevistador/a: ¿Qué significa para usted ser vasco?

Lorenzo: Hemos [sic] unos cuantos que nos enorgullecemos de ser vascos. A mí me encantaría ir a visitar, a conocer al pueblo vasco. No sólo por la información sino también por mi historia. No sé si los genes tienen algo que ver, pero me encantaría conocerlo. Siento un orgullo; es un honor ser descendiente de este pueblo. Eso sí, también siento orgullo de mi otra raíz (tengo apellido italiano). Pero ante todo soy uruguayo, eso antes que nada. Reconozco que tengo sangre que descende de otras culturas. Pero a la hora de definirme, sé que soy uruguayo. Pero no puedo dejar de decir que tengo sangre vasca e italiana; esa parte de mi descendencia tira.

Entrevista a Alberto y María

Entrevistador/a: ¿Cuánto tiempo hace que están acá?

Alberto: [Responde en vasco primero, pero María le dice que nosotras no sabemos euskera].
Hace cuarenta y dos años que estoy aquí.

Entrevistador/a: ¿Y a qué edad llegó?

Alberto: Y... ahora tengo ochenta y cuatro, así que llegué con cuarenta y dos años.

María: Y yo en el 52 llegué, así que hace cincuenta y cinco años que estoy aquí.

Entrevistador/a: ¿Y vinieron solos?

María: No, yo vine casada. Mi marido ya estaba aquí y a los tres años de estar aquí se fue a Euskadi y nos casamos allí y aquí formamos la familia. Tenemos dos hijos: un hijo y una hija, que a su vez ya tienen sus hogares. Y bueno, acordándonos siempre mucho de nuestro país.

Alberto: De Euskadi. Sí, yo también me acuerdo. Yo lo que pasa es que navegaba mucho allá y *tocaba* bastante frecuentemente mi pueblo. Últimamente estuve en los pozos petrolíferos del Mar del Norte. Y allí siempre he ido bastante frecuentemente. Cuando trabajaba en los [barcos] mercantes, en la pesca de bacalao y tocábamos algún puerto cercano (en España) a mi pueblo, pedía permiso y me iba a visitarlo.

María: Nosotros también hemos ido bastante seguido. Ahora no vamos porque mi marido no está bien y no estamos como para viajar. Pero hemos tenido mucho contacto, y a raíz de que no hemos podido venir han venido mis hermanas tres veces ya. Y hablar, hablamos todos los días o nos comunicamos por Internet. Y recordamos todo: los cuentos de cuando íbamos a los colegios, cuando éramos chiquitos. Hablamos mucho, estamos al corriente.

Alberto: De mis familiares no ha venido ninguno; siempre he tenido que ir yo (porque mi hermano tiene una esposa que le tiene miedo a volar en avión). Hay mucha gente que tiene prevenciones [sic], pero yo no le temo a esas cosas. He pasado mi vida en un barco, en la pesca de bacalao y allí pasaba las de Caín uno, dormía hasta con las ratas.

Entrevistador/a: ¿Dónde?, ¿en el mar?

Alberto: Sí, sí, en la mar...

María: ¿Pero habían ratas en el mar?

Alberto: ¡Qué si habían! ¡Estaba lleno! Por los barcos. Si sabré yo de ratas... Cuando tocábamos puerto, poníamos un pasante para bajar y unas ratas se iban, pero otras entraban. Se cruzaban...

María: ¿Y las veían?

Alberto: Y las veíamos... Y también las veíamos comer. Se metían dentro de las redes. Nosotros comprábamos leche condensada para cortar con el café, y las ratas y los ratones hacían los agujeros para ver qué era; metían el rabo y se lo chupaban, y si no había nada se la comían. Y teníamos una perra allí en el barco. Aquélla era un marinero más porque para largar la red (ya tenían las marcas de tanto calarla) había que arrastrar también; se le ataba un cordón con una campanilla y cuando sonaba, ella ya sabía a cuál rancho tenía que llamar. Entonces salía uno y decía: "venga, mirad hombre, venga" y el perro se ponía en la borda del barco y cuando veían la señal, ayudaba a levantar las redes (cuarenta o cincuenta metros tenían).

María: Pero a esa no le pagaban sueldo ¿no?

Alberto: Tengo muchas anécdotas... Cuando íbamos a buscar el vino a la bodega, se ponía arriba nuestro, y ni bien bajábamos se tiraba al piso a buscar a las ratas.

María: ¿Y sacaba? ¿Pero qué comían los demás?

Alberto: Sacaba sí... En el barco... hacíamos provisión cuando tocábamos puerto: de agua potable, de sal y de carbón. En España, comíamos mucha salchicha, que es muy rica. La comprábamos y la hacíamos en el barco. También mucha chuleta de cerdo. Entonces, si sobraba algo, la poníamos contra la cucheta de cada uno. Y si dejaban una chuleta allí, no lo dejaban dormir a uno las ratas. Una vez recuerdo que se hizo una trampa y se agarró una rata para mostrársela a la perra, y ella enfurecida la destrozaba y la paseaba por todo el barco. Y las veíamos pasar de noche por ahí. Dormíamos en unas literas como cuquetas con una estufa de carbón en el medio. Y cada litera tenía un banco para sentarse y comer. Ahí no había comedor ni nada. Todo lo hacíamos ahí. Y si uno se lastimaba, le hacían cirugía ahí mismo. Y si uno decía que se sentía mal, le tomaban la temperatura con la mano en la frente y le decían: "de temperatura está bien, así que a cubierta a trabajar". Yo tuve una herida en la mano una vez, porque me había lastimado con unos pescados espinosos chiquitos que venían, y tenía el dedo infestado y no podía con la mano, pero me dijeron: "si no puede con esa, use la otra"; bien a lo esclavo... Entre eso y las ratas...

María: Pero a las ratas no las comían ¿no?

Alberto: No, no. Las tirábamos al mar, pero era como si nada... Polizones...

Entrevistador/a: ¿Pero por qué en algún momento decidieron quedarse acá?

María: Bueno, yo vine directamente. No es que vine y me quedé, sino que yo ya venía para quedarme. Era cuando la guerra y mi marido ya trabajaba aquí. Por eso ya veníamos a quedarnos.

Alberto: Yo me quedé por esas cosas de la vida... Porque estaba cansado ya de la pesca y un primo mío, que era de San Sebastián (porque yo estaba trabajando bien allá en España, podría hacerme [sic] de plata allí) me *calentó la cabeza* cuando se había abierto el tema de la inmigración y me dijo que nos fuéramos para Australia. Y empezamos los papeles. Pero había muchos requisitos para allá y, entonces, como no pudimos ir allí, nos vinimos para Uruguay, porque había menos. Hicimos las gestiones así nomás y fuimos al consulado uruguayo allá y a través de él nos vinimos para acá. Yo tenía, por práctica social, la electricidad; trabajaba bastante bien en electricidad. Hacía instalaciones y todo. Nunca nadie me había enseñado cómo se hacía ni nada, pero yo improvisaba. Y mi primo, que trabajaba en la CUTCSA, me dijo que en una fábrica de zapatos, que sacaban calzados muy buenos, iban a instalar unas cosas nuevas que necesitaban, y entonces me metió ahí. Y a los tres meses nos sacaban y entraban otros, para no pagar los derechos sociales. Nunca había visto en ningún país eso. Pero son las normas del país.

María: Pero mira que allí –refiriéndose al País Vasco– también ahora...

Alberto: Sí, sí, las cosas han cambiado mucho... Y entonces, terminó eso, como quien dice, y con mi primo, que no tenía oficio ninguno, nos fuimos a la construcción... Allí había dos hermanos gallegos; uno trabajaba y el otro hacía la comida.

María: ¿Pero tú no habías estado aquí también en el mar?

Alberto: Sí, estuve un tiempo. Cuando no había más nada que hacer. Entonces, marino mercante aquí también. Y había un sueco, que era primer oficial en un barco sueco que se quedó aquí, [entonces] nosotros le hacíamos con mi primo la pintura y la limpieza de los barcos también. Y se ganaba muy bien. Me acuerdo que una vez vino un barco inglés (que dejó una maquinaria en Argentina) y quería limpiar la sentina del barco. Se vino para acá porque, al parecer, la limpieza aquí era más barata que en Argentina. ¡Y qué trabajo que pasamos con ese barco! Pasamos un día entero, día y noche, para limpiarlo. Fue en varios días, pero en uno en particular nos pasamos veinticuatro horas trabajando allí. Y ese día, nomás, nos dio [...] para vivir todo el mes. En el año 55 o 54 fue eso. Siempre íbamos al puerto a ver si había alguna vacante y no encontrábamos nada. No había trabajo. A mi primo se le ocurrió irnos [sic] para San Pablo gastando lo último que nos quedaba, pero allá tampoco había nada de trabajo y nos vinimos; veinte horas en tren. Y cuando volvimos fuimos al puerto de vuelta y nos salieron algunas plazas. Pero tuve mala suerte: llegando a España, a Canarias y luego a Sevilla, compré

unos calzoncillos de color porque no había encontrado blanco; resulta que como en el barco se transpiraba mucho [...] los tintes me entraron en el pene y me quemaron todo. Me tuvieron que llevar al hospital. Y me dejaron ahí en Sevilla y se fueron. Y yo otra vez me vine para acá. Y anduve en los mercantes nacionales. Pero era en la época de Pacheco y habían congelado los salarios y aumentado los impuestos. Yo estaba con uno que había sido milico y nos bajo los salarios a la mitad. Y bueno, [...] como no se trabajaba mucho nos fuimos a Holanda y a Canadá. Allí nos quedamos pasmados con la educación de la gente. Nos decían: "¿adónde va usted? Yo lo llevo". Pero en aquella época, a excepción del bacalao y tres o cuatro variedades más de pescado, el resto se tiraba todo. Ese pescado se salaba allí mismo para después venderlo cuando tocábamos puerto. En el barco se elaboraba todo: se clasificaba, se lavaba, se limpiaba y salaba. Y en los diarios de donde desembarcábamos aparecía que la embarcación tal había llegado cargada de oro. Eso lo decían por el pescado. Y nosotros íbamos buscando la plata, pero como esclavos: doce horas de trabajo y doce de descanso. Eso lo hacíamos en dos tiempos: seis de trabajo y seis de descanso en cada uno.

María: ¿Pero les pagaban bien?

Alberto: Sí, porque como estábamos meses y meses acumulábamos plata. Meses y meses en el mar cuarenta o cuarenta y cinco tripulantes... Todos los días teníamos porotos y un litro de vino [...] a cada uno. Todos tomábamos porque el invierno es crudo, y más allí. Se llevaba también caña para los días de más frío. Y gritábamos al capitán: "caña, caña", porque estábamos congelados de frío. Teníamos piel de cordero, pero muchas veces estaba húmedo. Y el capitán les decía a los otros: "dale caña a esos salvajes".

Entrevistador/a: ¿Qué cosas ven parecidas entre Uruguay y el País Vasco?

María: Por ejemplo, el paisaje acá en Minas. El paisaje ahí es muy parecido a ciertos lugares nuestros. Y en lo demás, no hay muchas cosas que se asemejen a nuestro país.

Alberto: Yo he ido a Treinta y Tres y a Paysandú, pero no he visto nada... Es como allá, donde estoy viviendo, en Minas de Corrales. Allá no hay más que piedra. Allá [País Vasco] hay muchos olivos, pero aquí nadie se ocupa porque el agrónomo no trabaja nada aquí...

María: Pero ahora se están ocupando aquí de los olivos... Hay muchas plantaciones de olivos y de arándanos. Pero en lo demás, claro, no hay nada. En el campo, el eucalipto.

Entrevistador/a: ¿Y en cuánto a la gente?

María: La gente es distinta. Pero acá la gente es muy acogedora. Yo por lo menos me he sentido muy a gusto, no he extrañado. Bueno, aquí han quedado, por decirlo de alguna manera, las

ovejas. Los vascos que vinieron en aquellos tiempos fueron al campo y el campo se desarrolló por las ovejas...

Alberto: Ovejas y ganado...

María: Sí, pero más por las ovejas...

Alberto: Por tanto, se dice: "aclarando dijo el vasco y le echaba agua a la leche". Tamberos, allí en Euskadi también [hay].

María: Esa sería la conexión más visible pero en lo demás no veo nada.

Alberto: Allá, en nuestra juventud, teníamos campos asombrosos y lecherías. La sidra. Porque allá en mi pueblo abría las ventanas y tenía los manzanos. En mi pueblo, había como treinta sidrerías. Había mucha variedad. En mi vida voy a tomar una sidra así. Lo que pasa es que la gente ya no quiere trabajar en el campo. Los caseríos se han despoblado. Están haciendo restaurantes y hoteles. Hace tres años, cuando estuve, quedé asombrado de cómo había cambiado el pueblo: lleno de polígonos industriales que están destrozando toda la vascongada.

María: Bueno, pero también son otros tiempos... Porque tampoco se puede estancar todo.

Alberto: Sí, sí, pero tan lucrativo tampoco se puede ser...

María: Sí, pero Euskadi económicamente es uno de los lugares más altos. Lo que pasa es que hay que optar por una cosa o por la otra. Es muy bonito, la tradición y todo eso, pero...

Alberto: Sí, la tecnología está muy avanzada en estos días allá.

Entrevistador/a: ¿Ustedes pueden practicar las tradiciones vascas acá o directamente no las mantienen?

María: [Están] los centros vascos, pero tampoco tienen mucha vida. La comunidad hoy acá está bastante dividida.

Alberto: Está toda desperdigada. No es como los gallegos; vascos hay muy pocos. Y los centros, por ejemplo, para jugar frontón piden muchos requisitos.

María: Lo que pasa es que es bastante lucrativo. Todo eso se ha desvirtuado. Hay centros que lucran, pero no organizan nada. El Euskaro-español ya ha cerrado prácticamente, y en Haize Hegoa tratan de levantar un poco la cosa, pero tampoco el gobierno vasco los ayuda...

Entrevistador/a: ¿Pero no ayuda tampoco a otros centros, como Euskal Herría, por ejemplo?

María: Subvención, tienen todos un poco, pero hay discriminaciones, bastante acentuadas, además. Porque los centros tienen que ser apolíticos, pero el que tiene la plata es el Partido Nacionalista Vasco y se supone que Euskal Herria está subvencionado por éste.

Alberto: Yo también estuve en el Partido Socialista para ver si me daban asistencia médica, porque en un diario español se decía que todo español residente en el extranjero tiene derecho a asistencia. Y yo lo planteé en Soriano y me dijeron que no tenían conocimiento de nada. Por eso están perdiendo socios. Y después de tanto tiempo, eso no me llega. Yo le dije a la chica que me atendió: "aquí lo único que tenemos es a nuestros antecesores, porque yo he trabajado como un perro allá en España y no percibo nada". Lo que a mí me ha costado España es sólo sangre, sudor y lágrimas, nada más. A mi padre me lo mataron allí, durante la guerra. Analizando mi vida, la vida que he hecho yo trabajando como un esclavo (incluso teniendo [sic] un accidente y una enfermedad) [no he tenido] ni médico, ni hospitales, ni nada. Todo me lo hacía en casa. Entonces, ¿qué me ha dado a mí España? Nada.

María: Dan ayuda para los muy necesitados, pero ¿quién mide esas necesidades?

Alberto: Yo estoy en una casa que no tiene ni para comer. No tiene subvención ninguna. Están recurriendo a un montón de lados y nadie les da nada.

María: ¿Pero son uruguayos?

Alberto: Son uruguayos sí.

María: ¿Y tampoco tienen aquí ninguna protección?

Alberto: Nada. Y una casa que tienen del Banco Hipotecario se le está cayendo el cielorraso. Cuando yo vengo de Rivera, allá donde vivo yo les traigo dos mil o tres mil o lo que tenga y me voy sin nada, porque ellos necesitan. Siempre que vengo me reciben aquí en Montevideo. El otro día abrí la heladera y estaba vacía. Y les compré lo más necesario, al menos.

María: ¿Pero alguna entrada tendrán? Porque por lo menos pan tendrán que comer...

Alberto: De una pensión. Yo les ayudo en lo que pueda, pero tampoco tengo. Yo tengo un nietito, al que crié. La madre quería tener familia, y al año se le manifestó un cáncer y la pobre, con veintitrés años murió. Y dejó a esa criatura. Yo trato de ayudarlo. Yo soy soltero, solo. No requiero mucho para mí y la plata que gano se la mando a España (está en Mallorca, en las Islas Baleares). Pero yo ya tengo ochenta y cinco años...

Entrevistador/a: ¿Usted vive mejor acá o allá en España?

Alberto: No, la vida en España es mucho mejor. Mi hermano, la última vez me dijo: "bueno, pero decídetete, porque te vas, te quedas, te vas y te quedas. Si te vas, no vuelvas más". Porque él quería que me quedara allá en España con él.

María: ¿Pero tu hermano qué tiene?, ¿un caserío allá?

Alberto: No, no [y mantienen con María una conversación en vasco].

María: Porque allí, en los caseríos, cuando hay chicos soleros mayores [...] [se dice que] "levan la *teja*", es decir, la casa. Significa que tienen siempre el derecho a volver, a acogerlos en la casa. Por eso le decía si tenía caserío, campo.

Alberto: No, él vive en la calle, en la ciudad.

Entrevistador/a: ¿Y usted María?

María: No, yo tampoco. Pero mis antepasados sí tenían. Mi madre vivía en esa casa [nos enseña un cuadro que ocupa buena parte de la pared en el que aparece una fotografía tomada hace tiempo] y mi marido, en aquella casa que está en el cuadro [señala en el cuadro]. La casa esa está ahora renovada; allí está la fotografía [muestra otro cuadro donde aparece el caserío restaurado). Pero yo nací en la ciudad.

Alberto: Nosotros también. Cinco, seis hermanos.

Entrevistador/a: Y cuándo llegaron ¿qué impresión les causó Uruguay?

María: Yo me adapté enseguida. Yo soy medio gitana y me adapto a cualquier parte. Pero entonces era distinto, porque todavía la emigración era de la guerra, de la posguerra. Llegamos en una época donde había mucho vasco y, entonces, sí tenían vida los centros vascos. El Euskal Herría era otra cosa. Hacíamos fiestas... Pero luego se fue yendo la gente y los que quedamos, pues, nos dispersamos.

Entrevistador/a: ¿Por qué se dispersaron?

María: No lo sé. Por diferencias graves, no creo. Lo que pasa es que todos nos hemos ido haciendo mayores, y luego [están] los hijos, que han buscado otros horizontes (aunque nuestra hija se integró mucho y su hijo también, pero ya no están para seguir esas tradiciones). Y eso ha pasado en otras familias también.

Entrevistador/a: ¿Y han conservado sus costumbres, sus comidas?

María: Sí, por supuesto. Uno no corta nunca el cordón umbilical. Eso yo no lo he extrañado. Es más, yo no me iría a vivir allí. Siempre que he ido de paseo, por ejemplo, mis hermanos me decían: "¿pero por qué no quedaos aquí a vivir?". De ninguna manera. Yo voy y paso tres meses allí y vengo rendida. Tienen una vida tan acelerada. Siempre hay que ir a cenar afuera y a pasear y vacaciones... Siempre están en movimiento. Yo no estoy acostumbrada a eso. Aunque siempre he sido muy solitaria, no he necesitado rodearme de gente. Yo tengo una hermana que no puede estar ni dos minutos sola. Yo no.

Alberto: A mí también de chico me gustaba estar solo. Me iba a un monte o algún lugar donde no me molestaran.

Entrevistador/a: ¿Y preparan los platos típicos de allá?

María: Sí, seguimos más o menos los menús de allí: pescado... (no somos muy carnívoros nosotros).

Alberto: No, somos más del pescado.

Entrevistador/a: ¿Y qué comidas preparan?

María: Mucha ensalada también. El otro día comimos patatas *a la riojana*, que es papa con chorizo. Paellas, cocochas, que es el cogote de la merluza, bacalao *al pil-pil*...

Alberto: Sí, el bacalao *al pil-pil* es muy rico. Pero cocochas, las de la merluza...

María: Sí, porque las de bacalao son muy grandes. Me acuerdo una vez que fui a México, escuché a dos muchachas hablar en euskera y les dije [habla en euskera] a ver si ellas eran de allí y nos pusimos hablar. Me contaron que habían descubierto un lugar donde se comían muy buenas cocochas. Y al día siguiente fuimos a comer las cocochas, pero para mí no tenían nada que ver. Eran grandes, pero no de bacalao, sino de un pescado que hay en México. Pero comemos el pescado de muchas formas.

Alberto: Anchoas... Anchoas *a la salsa*, en una cacerola con un poquito de perejil.

María: *Callos*, como le decimos nosotros, que es mondongo.

Alberto: Allá, en Minas de Corrales, donde vivo yo, me dijeron una vez: "milanesas de mondongo" y yo dije: "¿pero qué es eso? ¡Yo no lo como ni loco!". Y miren lo que era.

María: En invierno comemos mucho poroto, lenteja, garbanzos. Y cosas de cerdo también.

Alberto: Lo que pasa es que la morcilla de allí no es lo mismo que [la de] aquí. Allí son una elaboración especial. Allí, lo único que hacía falta para un guiso eran garbanzos, la morcilla y el tocino, nada más. Y salía riquísimo.

María: Bueno, pero yo aquí encuentro alubias blancas también y son riquísimas. Y las lentejas y los garbanzos también.

Entrevistador/a: Aquí esas comidas son muy comunes...

María: Sí, claro, pero de repente la elaboración es distinta.

Alberto: Antes hacía todas esas comidas, pero ahora no; estoy solo y cualquier cosa sirve. Además, allá en Corrales no tienen ni fruta ni verdura, ni nada. Ni pescado. Allá no llega nada.

María: Aquí, en este país, hay muy buena fruta. Claro, se extrañan las castañas, las castañas asadas.

Alberto: Allí llovían las castañas.

María: Mis hermanas me decían que fueron a almorzar a un pueblo de Vizcaya (yo he estado también allí) y que comieron un jamón crudo espectacular. Allí es muy rico eso. Comieron también pimientos de Guernika, que como son muy solicitados los habían tenido que reservar antes. Y merluza a la plancha y chipirones en su tinta.

Alberto: ¡Qué rico! ¡Chipirones en su tinta!

Entrevistador/a: Cuándo ustedes dicen que son vascos, ¿cómo los reciben los uruguayos?

María: Aquí te pones a hablar y lo primero que te dicen es: "¿eres española?".

Alberto: O gallega...

María: ¡Pero yo no dejo pasar ni una! Siempre aclaro que soy vasca.

Alberto: Yo les contesto [habla en vasco]: "yo soy vasco de Euskal Herría".

María: "Sí", te dicen, "española". Y yo contesto: "española por imposición".

Entrevistador/a: Así que siempre reivindican que son vascos...

Alberto: Sí, claro. Acá se les dice a todos *gallegos*. Yo a donde voy hablo en vasco, pero no hay nadie que me entienda.

María: Pero mirá como has encontrado a estos dos muchachos que aprenden euskera.

Alberto: Sí, a uno lo conocí en el hospital. Cuando subí al ascensor había tres o cuatro muchachos estudiantes de medicina haciendo sus prácticas y les pregunté una cosa, porque estaba medio perdido y dije algo en vasco. Entonces, un muchacho de allí me habla en vasco y yo le respondí en vasco y nos pusimos a hablar.

Entrevistador/a: Y para ustedes, hoy en día, ¿qué es ser vasco?

Alberto: Un orgullo. Porque al presidente vasco en la guerra le dijeron: "ustedes, vascos, no tienen historia" y él le contestó: "¿Que no tenemos historia? Estamos orgullosos de ella. Dígame qué es la historia [la de ellos] sino matar y masacrar a la gente". Porque los vascos nunca quisimos guerra ninguna.

María: Sí, en realidad hemos sido pacíficos, pero ahora en este momento se está luchando y ahí están las controversias. Persuadir, no los puedes persuadir a los españoles, porque es arrancarles un pedazo que les reporta mucho dinero. Entonces claro, no se van a deshacer. [Aparece el marido de María, oriundo del País Vasco también y comienza a hablar en euskera

con Alberto. Luego nos interrogan sobre el origen de nuestros apellidos, alternando el euskera con el castellano].

Alberto: Las casas allí llevan nombres vascos o los apellidos. Yo me acuerdo en la época franquista en mi pueblo...

María: El pueblo de él fue uno de los más castigados.

Alberto: Había que ver cómo nos daban garrote. Y bueno, llegaron los franquistas de la porquería esa [Franco] y sacaron todos los nombres de los caseríos. La lengua vasca la arrasaron. Arrasaron todo.

María: ¿Ustedes habían preguntado qué sentíamos al ser vascos? Yo me siento distinta. Bueno, no sé si distinta porque los humanos todos somos iguales, pero yo siento que tengo algo que es mío, pero que me lo han arrebatado y siempre estoy deseando recuperarlo.

Alberto: Como todos los vascos.

María: Y esa es la lucha. Pero claro, por luchar te dicen que eres terrorista.

Alberto: Totalmente. [Alberto y el marido de María comienzan a hablar en vasco].

Entrevistador/a: ¿Y qué consideran que identifica a los vascos como tales?

María: Pues, tenemos un sello distinto, yo creo. Claro, todo se está desvirtuando ahora mucho, pero igual tenemos un sello los vascos: nuestro carácter, nuestro amor al trabajo (porque eso ha sido una cosa que nos ha marcado mucho), hasta la sangre tenemos distinta. Pero la verdad es que yo me siento distinta. No sé como explicarlo.

Entrevistador/a: Tiene algo que los otros no tienen...

María: Sí, sí, algo que me identifica.

Entrevistador/a: ¿Y se puede hablar hoy de nación vasca?

María: Depende qué se entienda por nación. Nosotros tenemos una identidad que es nuestro idioma, nuestras costumbres y si eso hace a una nación, que creo que sí, todo eso lo tenemos. Pero no nos reconocen.

Entrevistador/a: ¿Y cuáles son los pilares del pueblo vasco? ¿El euskera?

María: El euskera es lo primordial, porque si no tienes idioma... Si será [importante] que es lo que han tratado siempre de sacarnos por todos los medios. Y Franco nos ha puesto unos impedimentos brutales. Y ahora, el gobierno que está, tampoco le está dando tanto papel al

idioma. Pero yo no sé qué pasa, hay intereses creados. Pero el idioma es lo primordial. Si no lo tienes, ¿cómo te vas a identificar? Lo que hay que empujar es eso.

Alberto: Yo recuerdo muchachos que no tenían nada que ver con la organización y que los mataron por supuestos etarras ¡Qué desastre que hubo con esos muchachos! ¡Qué torturas!

María: Sí, eran de Tolosa, de mi pueblo. Lo que pasa es que son injusticias, y esas injusticias son las que llevan a seguir y a luchar. Porque ¿se puede creer en la democracia si los países que dicen ser demócratas son los que mantienen la tortura?

Alberto: ¡En España van a misa y cuando salen hacen semejantes carnicerías! Son muchachos...

María: Es el dinero, el poder.

Entrevistador/a: ¿Y ustedes creen que esa realidad en Uruguay se conoce?

María: No, no se conoce. Yo creo que aquí también habrá (porque no se escapa nadie), pero es menos que allí. Yo creo que este país tiene otras características. Todas esas injusticias son las que hacen que el pueblo se rebele. A mí es esa rebeldía la que me hace seguir: la que tengo adentro. Hay bastantes que conocen la historia del País Vasco, pero no muchos. Porque si mirás allí te preguntas por qué los jóvenes no se están implicando tanto en el asunto. Lo que pasa es que viven muy bien, pero otros jóvenes sí están bien involucrados.

Alberto: Es muy común aquí que tu digas que sos vasco y te respondan: "¿vasco? Mi abuela/o también". Eso siempre.

María: Sí, mucha gente lo tiene asumido eso. Como que es algo que adorna un poco. Como que es bonito ser vasco.

Alberto: Mucha hermandad entre los vascos.

María: Pues claro, eso la prensa no lo divulga, no divulga los derechos que tenemos. Porque la prensa aquí mismo, que creemos es un país bastante demócrata y bastante imparcial, las noticias de los vascos que publica son sólo de ETA: que hizo tal cosa, que puso una bomba, etc. Pero no dicen por qué existe ETA. Eso no lo dice nadie. ETA nació justamente por las injusticias que se hacían.

Alberto: Allí me fusilaron a mi padre. Pobre, él vivía consagrado para la familia y para el trabajo, nada más, y cuando los franquistas estos agarraron a mi pueblo... Yo no sé hasta ahora por qué fue, si encontraron una pequeña ayuda en los muchachos... Lo que pasa es que todos éramos hermanos en aquél pueblo, todos nos conocíamos y ayudábamos.

María: Lo que pasa es que Ernani, el pueblo de él, fue uno de los pueblos que más fue castigado. Muchos muertos, muchos fusilados. Y recién ahora están encontrando.

Alberto: Una fosa común con cientos de personas muertas.

María: Un pueblo pequeño. Tendrá cuatro mil o cinco mil habitantes; ahora un poco más.

Alberto: Sí, pero entonces era un pueblo chiquito.

María: Yo tengo una cinta grabada que tú, Alberto, no has visto, pero que un día cuando vengas con más tranquilidad la veremos. Hay que verla con mucho ánimo porque es muy dura.

Alberto: Muy duro fue sí. Yo he ido juntando recortes de diarios. Hubo muchas traiciones, muchos asesinatos.

María: ¡Casos, miles, como esos! Un sacerdote que hubo aquí hace un tiempo en el Cerrito de la Victoria se vio afectado por una cuestión de rivalidad con otro sacerdote, porque él estuvo mucho tiempo en Buenos Aires y al parecer allí surgió el problema. Cuando estalló la guerra, él tenía un hermano en el pueblo, que era farmacéutico y vivía en el primer piso de la farmacia. Cinco hijos tenía y éramos muy amigos. En represalia, porque fue uno de los que había conseguido, por intermedio del presidente que estaba en ese momento, que emigraran los vascos sin documentación durante la guerra, [...] quisieron vengarse con ese hermano. Una noche fueron a buscarlo para matarle. Llamaron a la farmacia [...]. Cuando bajó, vio que había un coche parado esperándolo y le dijeron que entrara. Él ya sabía que lo iban a matar. Pidió que por lo menos le dejaran dejar las llaves en casa o despedirse de la familia, pero ellos se negaron. Era invierno, y ellos estaban en esos autos Ford de entonces (los motores se enfriaban y había que darles manija) y resulta que el motor no les marchaba. Era las dos de la mañana. En eso pasaba uno, que era médico, que era del régimen franquista, pero era una muy buena persona (ese mismo día uno de los hermanos de este médico había fallecido en el frente, en la guerra). Cuando pasó por allí y vio que tenían a éste en el auto, ya se imaginaba que lo iban a matar. Entones les preguntó: "¿pero qué vais a hacer con esta persona? ¿Qué os ha hecho?" y ellos le respondieron que tenían orden de llevarlo. Entonces les dijo que él se dirigía hacia el ayuntamiento a hacer unos trámites para traerse al hermano [...] muerto. Les pidió que esperaran allí un poco. Entonces, cuando llegó, estaba la plana mayor del régimen, y dijo: "por la memoria de mi hermano, que ha dado su vida por la patria pido que le perdonéis la vida a este hombre". Y se la perdonaron, pero al día siguiente le afeitaron la cabeza dejándole sólo un mechón, le pusieron la bandera española y le dieron un cartel que decía: "Viva España" para que pusiera en la casa y le dieron de beber dos botellas de aceite ricino. Con todo eso se tuvo que ir a su casa parando en cada calle.

Alberto: Descompuesto... ¡Qué barbaridad!

María: Aparte del julepe que tendría. Y cosas de esas hay muchas.

Alberto: A las mujeres, yo me acuerdo, les hacían la vida imposible. Eran asombrosas las cosas que les hacían. Y en nuestro pueblo, a todos aquellos que habían emigrado por la República les sacaban todos los bienes, y los muebles a la calle y los prendían fuego [...]. ¡Qué tristezas!

Entrevistador/a: ¿Y usted es vasco también?

Marido de María: Sí, soy navarro. En nuestra casa no se hablaba más que vasco. Fueron pueblos muy castigados.

Alberto: Sufrimos mucho.

María: Sí, sobre todo en la parte rural. Yo, con ocho años, cuando empezó la guerra, no sabía hablar nada en castellano. Yo iba a la escuela vasca. Bueno, luego cerraron todo eso, las *ikastolas* [escuelas donde se enseña euskera]. Pero no sabía ni decir *buenos días*, nada en castellano. Cuando cerraron las *ikastolas*, tuvimos que ir a escuelas nacionales. Yo fui a un colegio de monjas. Allí tuvimos que aprender el castellano y era una novelería tan grande cuando aprendimos a decir *buenos días* o algo así. Entonces, cuando íbamos a casa les contábamos lo que habíamos aprendido y en casa no nos dejaban [hablar castellano]. Teníamos que hablar euskera. Era una lucha aquello, porque en casa teníamos que hablar euskera y afuera y en el colegio hablar español. Así que imaginen lo que cuesta adaptarte a todas esas cosas.

Entrevistador/a: ¿Y hoy en día ustedes podrían destacar algún valor de la sociedad uruguaya en general con el cual se puedan identificar?

María: Yo creo que la sociedad uruguaya es muy comprensiva. Además, está muy preparada, hay mucha gente culta, que cuando tú le hablas algo te entiende. Y hay mucha gente que conoce y que está muy documentada de lo vasco. Bueno, ambos pueblos somos hospitalarios. Yo tengo un muy buen concepto de los uruguayos. Es gente que te acoge.

Entrevistador/a: ¿Saben el significado de los colores de la bandera vasca?

Alberto: Es blanca, roja y verde.

María: Yo no me acuerdo.

Entrevistador/a: Nos habían dicho que la cruz blanca representaba la Iglesia...

María: Sí, porque en un principio el pueblo vasco no era católico, pero por el 1600, más o menos, empezaron a cristianizarlo hasta que se hizo muy católico.

Alberto: Católico por demás.

María: Pero eso hoy se ha perdido un poco.

Alberto: Todas doctrinas impuestas, porque nosotros éramos *criaturas*, en el sentido de que no había política ni nada. Lo primero que aparece impuesto es la Iglesia. Pero no por ser católicos ni nada de eso.

María: Era por temor, además. Mucho temor.

Alberto: Nosotros hacíamos muchas travesuras con gente que venía de paseo. Hacíamos una calabaza con ojos y nariz, le poníamos una vela en el medio, y la dejábamos por algunos lugares medio escondidos y la gente se asustaba. Porque estaba todo eso de la brujería. En nuestro pueblo, cuando yo era un niño, pasaba el sereno en las calles.

María: Y decía la hora y el tiempo [...].

Alberto: Lo decía con una voz escalofriante. Y nosotros corríamos a la cama porque nos daba miedo. Muchas noches nuestro padre nos mandaba a buscar agua a la plaza, a la fuente que había allí, y yo bajaba, miraba para todos los lados y me iba corriendo. Porque se acostumbraba mucho contar historias de fantasmas y brujas y todo eso.

María: Sí, nos contaban muchas cosas de esas. Mi padre nos contaba mucho.

Alberto: Comiendo castañas a la noche.

María: Me contaba que cuando era joven, veintitrés años, más o menos, iba a las fiestas en el pueblo y cuando llegaba con los amigos a un cruce, se tenían que separar cada uno por uno para llegar a sus casas. Y ahí, antes de separarse, [un día] se sentaron, empezaron a conversar y [...] los dos en un determinado momento sintieron algo tan extraño que uno al otro se dijo: "¿tú los has sentido también?". Y los dos salieron corriendo para sus casas. Él siempre dice: "yo no digo que hay pero que no hay tampoco [sic]".

Alberto: No creo en brujas pero que las hay, las hay.

Para terminar, Alberto, María y su marido cantaron el himno a Guernika: *Guernikako Arbola*. Es el símbolo por excelencia de la tradición y la cultura vasca y representa los fueros del pueblo vasco que se juran en Guernika

Guernikako arbola

Da bedeinkatuba,

Euskaldunen artean

Gutziz maitatuba.

Erregutu diogun

Jaungoico jaunari

El árbol de Guernika

Es el símbolo bendito

Que ama todo euskaldun

Con entrañable amor.

Pidamos a Dios todos

Que con la paz fecunde

Paquea emateco

Orain eta beti

La tierra que sustenta

El árbol secular

Pablo Etxeberría Etxebarría

Entrevistador/a: ¿Cuál es su nombre?

Pablo: Pablo Etxeberría. No sé si aporta mucho, pero soy Etxeberría Etxebarría. Por parte de madre y de padre. Mis padres son nacidos acá, pero mi abuelo también era Etxeberría Etxebarría. La primera vez es con e y la segunda con a. Son variantes del mismo apellido, según el lugar en que se den en el País Vasco.

Entrevistador/a: ¿Hace cuánto tiempo que su familia se encuentra acá?

Pablo: Mis tatarabuelos llegaron en el año 1890, más o menos. Mi tatarabuelo, Francisco Etxeberría, su hijo Juan Etxeberría y su nieto, que nació en 1895. Son, hasta ahora, seis generaciones. El que nació en 1895 era mi abuelo Ramón, que, por parte paterna, se decía comúnmente que era "vasco-francés". Mejor dicho, era vasco nacido en una de las provincias que se encuentran del lado francés. Entonces, por el lado del padre, era "vasco-francés" (entre comillas) y por el lado de madre, era navarro. También eran Etxeberría; es por eso que mi abuelo es Etxeberría Etxeberría. Por el lado de mi madre, mi abuelo es Etxebarría, de Vizcaya (es la única provincia en que este apellido se escribe con a. Por eso, yo soy Etxeberría Etxebarría.

Entrevistador/a: Cuando llegaron a nuestro país, ¿en qué ámbitos o actividades se insertaron?

Pablo: Mi tatarabuelo paterno allá era campesino y acá lo que hizo fue ser hacendado. Mi bisabuelo llegó a tener un campo bastante grande y mi abuelo se dedicó al Ferrocarril. Era ferroviario, jefe de estación en Tres Árboles, entre Paysandú y Tacuarembó. Por otro lado, ésta rama navarra, que son mis abuelos maternos, ellos también tenían [sic] campo: eran agricultores y ganaderos en Treinta y Tres. Mis padres, que vivían allí, luego llegaron a Montevideo y se dedicaron a la docencia; ambos fueron profesores de educación física. Y todos los Etxeberría y Etxebarría, a partir de la segunda mitad del siglo XX se dedicaron al profesorado en educación física. Salvo yo, que soy ingeniero naval.

Entrevistador/a: Cuando su familia llegó al país, ¿tenía algún contacto ya establecido aquí?

Pablo: No, para nada. Tanto los Etxeberría como los Etxebarría llegaron con una mano atrás y otra adelante. La inmigración a Uruguay y Argentina desde el País Vasco se dio como ahora se da hacia Australia, España o Nueva Jersey. Son lugares donde se sabe que hay colonias y que es más sencillo insertarse. Hubo tres oleadas inmigratorias grandes de vascos hacia Uruguay, que se dieron por distintas razones: guerras, penurias económicas. A Uruguay llegaron vascos

principalmente de lo que tiene que ver con las provincias de la parte francesa. Por eso es que la gran mayoría de los apellidos vascos antes de tener una *ch* tienen una *tx*. Los apellidos que se encuentran más en la Argentina son (mal dicho) "vascos-españoles". Hay vascos también en México y en toda América. [Pero] principalmente en Uruguay, Argentina y México. Y también en Venezuela. Todos vinimos con una mano atrás y otra adelante, pero no seguimos así porque es incómodo [risas].

Entrevistador/a: ¿Sabe de alguna política que haya propiciado la llegada de inmigrantes vascos a nuestro país?

Pablo: No, de vascos, en particular, no. Creo que las políticas de inmigración eran más que nada no poner muchas trabas, dejar ingresar a la gente. Pero específicamente para los vascos no tengo idea. Porque, además, lo que sabían hacer los vascos era también un poco lo que hacían los gallegos o los italianos: trabajos rurales. Se dio sí que los vascos traían, además, el conocimiento de las industrias, porque allá, a principios del siglo XX ya había centros industriales de acero muy importantes. Dentro de la inmigración que llegó con conocimientos industriales, muchos eran vascos. Claro, también hay vascos tamberos, ya que la lechería es muy tradicional allá, además de todo lo que tiene que ver con la ganadería. Muchos vascos estuvieron y están vinculados al campo. Algunos son campesinos y otros no. Hay muchos apellidos conocidos en el ámbito rural. O por lo menos esto era lo que podía verse por los primeros vascos que vinieron. Pero volviendo a la pregunta, debo decir que no tengo noticias de alguna política que propiciara la inmigración vasca particularmente.

Entrevistador/a: ¿Es socio de algún centro?

Pablo: Sí, soy socio de Euskal Herria y estoy vinculado al centro Haize Hegoa. No sé si a este último llamarlo centro vasco o centro de promoción de la cultura vasca, pero no soy socio. Soy socio de Euskal Herria hace unos seis o siete años. Me asocié un poco por lo que son las tradiciones. En casa se hablaba euskera y de generación en generación se fue hablando menos, entonces, lo que llegó a mí son formas de saludo y ciertas palabras en particular del vocabulario. Entonces, llegué ahí buscando aprender el idioma. Porque yo creo que si desaparece un baile, una danza, no desaparecen los vascos, pero si desaparece el idioma, desaparece toda la cultura. Tampoco voy a decir que el idioma sea toda la cultura, pero es un porcentaje muy grande, pesa mucho. Y esto no es sólo porque es el idioma, sino porque implica una forma de pensar.

Entrevistador/a: La lengua es una parte muy importante en la cultura vasca...

Pablo: Sí, porque cuando uno arma una frase, la arma de acuerdo a cómo piensa. Y la lengua vasca tiene una manera muy particular de armar su sintaxis. Cuando se escucha a una persona hablando en euskera, uno se da cuenta si es su lengua madre o si está pensando en castellano y luego traduciendo al euskera. Uno se puede dar cuenta por la forma en como arma la frase. El euskera es un idioma que, por decirlo de alguna manera, toda su sintaxis es al revés del castellano. Si se toma una frase en castellano y se la lee de atrás hacia delante, básicamente se puede entender cómo funciona la sintaxis en euskera. La singularidad más grande que tiene el euskera es que no tiene artículos. Uno no dice "la casa"; si uno dice "casa" es *etxe* y si digo "la casa" es *etxea*. Se escribe todo junto, ya forma parte de la misma palabra. Pero si uno dice "hacia la casa" o "a la casa" es *etxerat*. Y si se habla de "casero" o "de la casa" es *etxeko*. Es la misma raíz para todos, donde se le agregan sufijos o prefijos. Además, quedan palabras larguísimas.

La palabra *etxea* aparece muchas veces en los libros, pero es más que nada por algo cultural del vasco. La casa, *etxea*, es algo muy importante. Antes, durante mucho tiempo, se adoptaba el apellido de la casa; ese era el apellido de la familia. En el País Vasco [...] el apellido de la madre va primero que el del padre. Esto [es] porque es una cultura matriarcal. La casa es algo así como el cosmos para el vasco, en el sentido [de] que cuando dicen: "esta es mi casa" o "estoy en mi casa" lo dicen en un sentido bastante exacerbado. La casa, como elemento aparte, no existe para los vascos: uno forma *parte* de la casa. Hay diferencias con los tiempos de ahora, ya que con la globalización, los vascos son más parecidos al resto del mundo. Pero antiguamente no existía eso; uno era de la casa y nada más. Es una cultura bastante peculiar. Tiene sus virtudes, pero también sus defectos. Es muy común para muchas culturas caminar al borde del narcisismo cultural. Lo que no se puede negar es que la cultura vasca es una cultura distinta, una cultura aparte. Es una nación, en el sentido de nación y no de país. Tiene rasgos culturales propios más definidos que, por ejemplo, Uruguay, ya que éste es un país con mucha mezcla. La gente a veces se extraña con lo de "País Vasco". Y esto es así porque de la parte española se le llama así a la provincia autónoma; es una traducción literal de Euskal Herria (pueblo vasco o vasco país).

Entrevistador/a: Entonces, ¿cómo definiría *cultura vasca*?

Pablo: Lo que pasa es que el idioma es más que la cultura. Hay también muchas cosas más allá del idioma. Si tengo que meter en una bolsa para llenar lo que es cultura vasca, primero, pongo

el idioma. Después, un montón de cosas más: el deporte (hay un montón de deportes particulares y típicos de los vascos), la gastronomía, las danzas, las fiestas. La cultura vasca es una cultura individual (de unidad) y diferente a todas las culturas que lo rodean. Incluso [a] los catalanes, que tienen un montón de costumbres distintas, una lengua distinta, y que no son parecidas a la de los valencianos, a la gente de castilla, a los gallegos, ni nada, igualmente alguien que sepa francés, portugués, castellano u otros idiomas puede entender la lengua de estas naciones, porque son mezcla de un idioma con otro. El euskera no se entiende, ni hablado ni escrito, si no se tiene conocimiento de la lengua vasca.

También habría que agregar en la bolsa a la forma de ser de nuestra cultura, a la forma de expresarse. No es por casualidad que en el euskera no existan insultos o malas palabras. No existen y no es casualidad. Si alguien quiere decir algo muy feo, lo dice *con todas las letras*. Existe sí, que tal palabra [...] [significa] *egoísta* o *artero*, pero todas las palabras que son ofensivas o despectivas acá (que no las voy a decir pero todos las sabemos) en euskera no hay palabras específicas para designarlas. Lo que pasa es que ahora esas palabras o esas frases se están incorporando del castellano. Entonces, se termina haciendo una mezcla, así como nosotros tenemos un montón de palabras incorporadas en inglés. Dentro de la definición de cultura entraría también la boina: la forma de usarla.

Entrevistador/a: Nos han contado que si bien muchas culturas adoptaron el uso de la boina como propio, los vascos tienen una manera distinta de inclinarla...

Pablo: Sí. Pero como dijera un primo mío: "cada uno se enjabona a la velocidad que quiere". Sin embargo, hay algunas normas que no se pueden obviar. Uno no puede ponerse la boina de cualquier manera: tiene que ser con un lado doblado para adentro. Hay muchas maneras de ponerse la boina, pero lo típico en el País Vasco (porque también usan boina en Galicia pero es distinta) es que ahora se usa con mucha ala, con mucho vuelo. Pero esto no fue siempre así; antes se usaban boinas como las usan los gallegos ahora, con menos vuelo.

Entrevistador/a: En lo que se refiere a las costumbres, ¿qué tradiciones vascas, deportes... le parece que se siguen manteniendo en el Uruguay?

Pablo: Acá, la lengua no se perdió del todo. Sólo que se habla en un ámbito muy reducido, como son los centros vascos o [lo habla] gente que al interior de su familia la usa, gente que vino de allá. A veces te encontrás gente hablando en euskera, porque hay muchos turistas. Entonces, la lengua, mal o bien, se usa. En cuanto a los deportes, sí se mantienen, sobre todo la pelota

vasca. Hay muchísima gente que lo practica y lo aprendió incluso sin saber que es un deporte de origen vasco. En las colectividades vascas se practican otros deportes también. Otra cosa que se mantiene al interior de la colectividad son las danzas. Lo cierto es que hay muchas costumbres que se mantienen. Lo que pasa es que la inmigración vasca fue muy grande y en cierta medida es como decir: ¿qué se mantiene hoy de la cultura gallega en Uruguay? Creo que la cultura uruguaya, en realidad, es una mezcla de la cultura gallega, italiana, y demás. Y en buena medida, principalmente lo que tiene que ver con la gastronomía y la forma de vestir, son cosas que vienen del País Vasco.

Entrevistador/a: Sabemos que se festeja, tanto acá como allá, la celebración de San Juan...

Pablo: Sí, San Juan se festeja acá. Pero, es cierto, no es el único lugar en donde se hace eso, ni [los vascos son] los únicos que lo hacen. Los catalanes, los valencianos, también lo celebran. El País Vasco se caracteriza por tener muchas festividades. Todos los pueblos tienen la fiesta del pueblo más un montón de fiestas, que son de todos los pueblos. Eso es algo muy positivo.

Entrevistador/a: ¿Y el Día del Euskera?

Pablo: El Día del Euskera se festeja el 3 de diciembre. Esa es una de las pocas fiestas que celebran de forma más general los vascos, toda la diáspora vasca. Y esto porque se comenzó a tomar conciencia de que el euskera desaparecía y si no se hacía algo iba a ocupar próximamente el lugar de las "lenguas muertas". Es una fiesta para que los descendientes de vascos tomen conciencia [de] que el euskera goza de *mejor salud* que hace unos años, por lo menos, en lo que se refiere a la comunidad autónoma. Por lo menos (y esto es una opinión muy personal) en cuanto que es hablado en cantidad y no tanto en calidad. La idea sería también promover la calidad de lo que se enseña y de lo que se habla, más que la cantidad. Y estoy hablando del euskera batua o unificado. Allá se implementó porque había que hacer que la gente, los vascos, hablaran el euskera, aunque sea formando una especie de *frankenstein lingüístico*. A pesar de la enorme cantidad de dialectos que existen, el problema fundamental es la brutal influencia del castellano.

Entrevistador/a: ¿Qué es lo que caracteriza a la cultura vasca?

Pablo: La cocina vasca es en base a [sic] jamón, huevo, tomate, morrón, embutidos. Todas estas cosas son tradicionales en el País Vasco. Lo que pasa es que si el uruguayo come comida china [...] le parece distinto. Pero si come comida vasca observa que son todos productos más o menos conocidos. Otra cosa que caracteriza a la cultura vasca son los apellidos. Hay un estudio

realizado que sostiene que más de cuatrocientas mil personas tiene dentro de sus primeros cuatro apellidos, por lo menos, uno que es vasco. Esto entonces es bastante significativo. Y uno se puede dar cuenta de esto sólo agarrando la guía o mirando los nombres de las calles; hay un montón que son vascos. Y más del 80% de los apellidos vascos, por lo menos, quiere decir algo, tiene un significado. No es casualidad que Etxeberria sea acá un apellido muy común; este apellido en vasco significa: la casa nueva. Pasaba que en todos los pueblos siempre había gente que recién llegaba y se instalaba, y le llamaban así. Además, siempre, y en cualquier pueblo, alguien llegó después que otros que ya estaban instalados. Entonces, es lógico que en todos los pueblos y provincias haya gente con apellido Etxeberria. Es la razón por la que este apellido es tan común. También Garmendia es muy común; tal vez el más común después de Etxeberria.

Entrevistador/a: Tenemos entendido que los vascos son muy devotos de la religión católica, ¿está usted de acuerdo con esta afirmación?

Pablo: Sí. Es más, no creo que encuentren algún vasco que sea musulmán. Los vascos son católicos. Mejor dicho, el País Vasco tiene o tenía una religión pagana, ya que hablaban un idioma desconocido y tenían creencias en brujas, y demás. Pero después, adoptaron la religión católica. Los vascos, en ese sentido, son un poco extremistas: cuando un vasco es católico tiene que estar entre los más católicos de los católicos, y cuando sale ateo, no hay manera de hacerle creer en nada. También se cumple esto en Uruguay, al menos mínimamente. El apego ferviente a la religión se ve más claramente en el estrato de vascos que pertenecen a la oligarquía, esto es, de familias pudientes, que son muy católicos; hay un montón en Uruguay, casi todos terratenientes, principalmente. Hay católicos practicantes, pero también hay creyentes que llevan el apellido vasco y no saben o no les interesa.

Entrevistador/a: ¿Mantiene contacto con gente de allá?

Pablo: Sí claro. Tengo amigos allá, que el año pasado vinieron a visitar Uruguay. Y yo, además, estuve allá. Y después tengo un montón de conocidos que vienen de turismo para Uruguay y buscan centros vascos donde se hable el mismo idioma que ellos. Es gente con la que dos por tres nos escribimos. Y es bueno tener conocidos allá y saber que si uno va al País Vasco tiene quién lo reciba, dónde estar y conversar un rato.

Entrevistador/a: Hablando de los centros, ¿cómo ve la relación entre ellos?

Pablo: Bueno, la relación es un poco particular. En cada centro uno va a poder encontrar vascos de determinado tipo (sin decir a priori cuáles son más vascos que otros, porque no existe un

certificado de *vasquismo*). Pero sí, [hay] vascos de una ubicación o de otra, de distintas tendencias ideológicas, culturales, [de] distintos perfiles de edades. Hay más jóvenes en Haize Hegoa, aunque eso no quiere decir que sea el que hace mejor las cosas. Pero sí el que intenta hacer más cosas. Euskal Herria es el que mejor vinculado políticamente; es el más antiguo. Y el Euskaro Español, a veces es más español que euskaro y otras, es euskaro sólo; depende de quién venga. Es un centro que ha perdido muchos socios y donde el que busca cultura vasca, no va a encontrar mucho. Al día de hoy, no está en las mejores condiciones. Y bueno, hay un dicho que refleja bastante bien esto: "dos vascos, tres opiniones". Y para los pocos que somos, hay tres centros vascos. Y dentro de cada centro, hay subdivisiones también.

Eso pasa desde el punto de vista institucional, pero también desde el [punto de vista del] vasco como individuo. Y pasa acá y en el País Vasco. Cada quién tiene todo el derecho del mundo a vivir en *su* mundo. Cada cuál es igual al otro, pero en su casa, en su mundo. Es una democracia bastante particular. Que nadie moleste a nadie. La idea para el vasco es: "ésta es mi casa, acá mandó yo. Pero tampoco quiero mandar en otro lado, por lo tanto, que nadie me venga a molestar acá". Hay un chiste, una broma que dice: caen cuatro vascos de una avioneta en una isla, y cada uno de ellos tiene su choza, con su corral, con su ganado domesticado. La cosa es que los cuatro, en cuánto a su autonomía, tienen todo resuelto. Pero la gracia es que los cuatro formaron como paso consecutivo un centro vasco.

Entrevistador/a: ¿Cómo definiría ser *vasco*?

Pablo: En cuanto a lo que se refiere a raza y a los apellidos, se puede hablar de vascos. En cuanto a territorialidad, si nació o no dentro del País Vasco, también se puede hablar de vascos. Pero si uno va directamente al idioma para clasificar si se es o no vasco, lo que sucede es que *vasco* en vasco se dice *euskaldun*, que traducido literalmente significa: el que posee el euskera o el que habla el euskera. Entonces, lo que ocurre, es que los vascos a sí mismos se definen como los que hablan el euskera. También, a mí modo de ver las cosas, no sería del todo correcto si una persona es vascófilo y aprende euskera, no por eso va a ser vasco. Pero, para mí, el tener el idioma es fundamental ya que marca un antes y un después en la cultura. Por eso es que yo lo aprendo, no tanto para hablarlo sino para tratar de entender la forma de pensar que hay detrás y también para relacionarte con otros vascos. Te hace entender un montón de cosas de esta cultura.

Entrevistador/a: ¿Qué sería ser vasco para usted acá en el Uruguay?

Pablo: Ser vasco acá en Uruguay es ser descendiente de vascos, tener apellido vasco, ya sea siendo hijo, nieto, bisnieto, tataranieto o lo que sea. Pero no sólo eso. Tener interés por la cultura. Y conocer, además, la realidad económica, política, etc., conocer las costumbres del País Vasco, estar vinculado. Eso es ser vasco. Después, hay matices, por supuesto: tener sólo el apellido, el conocimiento de la cultura, etc. Además, [hay que] sentirse vasco. Lo que sucede es que de repente hay gente que tiene todas esas cosas y no se siente vasco. Se da muchas veces que un hijo de vascos (cuyos padres vinieron de allá) no habla el euskera. Ese es un tema que se da porque para algunos prima el buscar la integración con el resto de los uruguayos y se deja de lado eso otro. Eso se puede ver de cultura a cultura: en algunas, esas cosas se celan mucho y en otras culturas, no tanto. Yo, por ejemplo, tengo amigos en la colectividad armenia y si uno la juzga a primera vista es muy cerrada: siguen manteniendo su idioma, mantienen sus costumbres. Y son muchos menos que los descendientes de vascos. Eso es propio de la cultura. El vasco no es así, es muy autónomo, no es mucho de agruparse, de nuclearse. Y cuando pierde el idioma sigue siendo el mismo vasco que antes, pero hablando castellano y sin nuclearse".

Entrevistador/a: ¿Cómo se identifica a sí mismo el vasco? ¿Cómo definiría qué es la identidad vasca?

Pablo: Lo que se transmite de la cultura vasca es la noción de la *casa*. La casa es lo más importante. Y ser Etxeberria no es ser como mi padre. Es ser mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo y para atrás, todo al mismo tiempo. Entonces, por ese lado, hay un sentimiento exacerbado del vasco. Se transmite [...] lo que es la palabra. El vasco es capaz de perjudicarse con tal de mantener lo que ya ha dicho: su palabra. Lo que no quita que haya vascos *sin vergüenzas*, que los hay en todos lados. Eso es algo que atraviesa a todas las colectividades. Pero para el vasco, la palabra vale más que un documento. En mi caso, trato siempre de honrar eso. Y no siempre me sale, pero dentro de lo que se puede. Eso puedo decir que es un rasgo de mi identidad y de la identidad del vasco.

Entrevistador/a: ¿Qué significa para usted hablar de *nación vasca*?

Pablo: Probablemente, la nación vasca es algo que está mucho más definido que lo que puede considerarse como nación uruguaya, aunque a algunos eso le duela. Y yo me siento orgulloso igual, porque yo soy uruguayo, soy oriental. Pero a veces resulta irritante que te digan por qué le llamamos País Vasco si en realidad es parte de España. Eso es una muestra de la más absoluta ignorancia. Que también se puede ser ignorante (porque nadie nació sabiendo), pero por lo menos se podría decir que de ese asunto si no se conoce, no se opina. Y sin embargo, lo dan

como verdad absoluta el hecho de que Uruguay sea un país y el País Vasco no. Cuando sí lo es desde el punto de vista de ser una nación, con sus rasgos, su cultura; es una etnia, si se quiere. Los vascos tienen muchos más elementos para ser un país que varios países que han sido inventados políticamente. Pero bueno, eso es parte de la realidad.

Entrevistador/a: ¿Cuál es la percepción que según usted tiene la sociedad uruguaya de "lo vasco"?

Pablo: Lo que yo veo es que la gente no sabe. Creen que es una especie de español y, a su vez, hablan de los "vasco-franceses" como si fueran otra cosa aparte. Y de hecho sí lo son porque son de otras provincias, pero hablan de "vasco-español" y "vasco-francés" como quien habla de un judío y un polaco. Lo que pasa es que en este país Francia siempre fue mirada mejor que España, en lo que se refiere principalmente a lo cultural. Entonces claro, siempre resultó muy tentador decir: "yo soy descendiente de vasco-franceses". Con eso, ya está todo dicho. La gente no sabe y, a veces, no tiene por qué saberlo.

Lo que sí no tiene que hacer es caer en el facilismo de ubicar al vasco como problema social: la ETA. Se juzga fácilmente el sentimiento de singularidad de una nación que se niega a desaparecer. La nación que tiene el idioma más antiguo de Europa y una de las lenguas vivas más antiguas del mundo. Una lengua que fue prohibida y estuvo agonizante. Una lengua que se ha mantenido por cómo es la gente allí y por cómo es geográficamente: nadie ha podido arrasar con él porque es un país muy montañoso. Incluso, debería ser motivo de preocupación para todo el mundo, no sólo para los vascos. Si a los vascos les viniera una idea absurda de no hablar más en vasco, no sé con qué derecho [...] [lo harían] porque es una lengua que los trasciende, tiene más de quince mil años. Algunos le dan mucho más, pero por lo menos siete mil años. Entonces, creo que hay que tratarla como lo que es: es un trozo de prehistoria. De hecho, hay muchas palabras en vasco que tienen la raíz "piedra"; principalmente las palabras que se refieren a las herramientas. Eran de la edad de piedra. Mantener el idioma es tarea de todos, de vascos y de no vascos.

Entrevistador/a: ¿Cuál sería su aporte en este sentido, siendo parte de la comunidad?

Pablo: Mi aporte a la cultura vasca es tratar de vivirla, porque es rapidísimo como puede desaparecer una cultura. Y además, mejorar un poquito el nivel cultural generación tras generación, siguiendo la línea que tenía mi familia. Porque hay muchos casos en que se saltan generaciones: el abuelo la practica, el hijo no y el nieto la continúa. Eso es muy común. Tal vez

sea por llevar la contra: a mi padre no le interesaba, pero a mí me interesa. Eso es típico de los vascos, se da en muchas familias. Se trata de que no muera la cultura.

Entrevistador/a: ¿Qué aporte puede visualizar de la cultura vasca al Uruguay?

Pablo: Desde el punto de vista de la idiosincrasia, que no es algo exclusivo de los vascos, el querer tratar de honrar la palabra, la rectitud. Es algo que si bien lo tienen varias culturas, los vascos han colaborado en eso. También está presente en lo uruguayo la solidaridad; es algo que también se podría nombrar como aporte. Todo esto visto como rasgo positivo. Rasgos negativos podrían verse en la idea que tiene el vasco de considerarse una persona muy autónoma. No siempre es bueno eso, y esto creo que también se ve mucho en la sociedad uruguaya.

Entrevista a Santos Inzaurrealde

Mis abuelos paternos fueron Santos Inzaurrealde y Sinforosa Errá. El departamento de Lavalleja es un departamento que tiene una colectividad vasca muy importante, que se

observa en un lugar donde lamentablemente hay que ir con cierta frecuencia: el cementerio. Lo cierto es que allí están los ancestros. El cementerio central, sobre la avenida central, está lleno de apellidos vascos. Y eso se plasma también en los informes históricos que leí, que conozco y recuerdo, que he visto y recibo, porque como el presidente de la comunidad vasca de Lavalleja recibo mucha correspondencia del País Vasco. El *lehendakari* Sr. Ibarretxe estuvo presente cuando inauguramos el centro vasco aquí en Minas, en los altos de la ciudad, en un cerro que se llama de la Guardia, de la época de los españoles (porque allí se había instalado una guardia para cuidar las primeras casas que se estaban levantando). Es una casa muy amplia y cómoda, quizá, un tanto alejada del Centro. Esto, a veces, nos impide llevar adelante actividades culturales que quisiéramos realizar allí. Claro, para ello se tiene que salir del Centro, llegar a la derecha de la plazoleta de Río Branco, prácticamente al lado del Parque Rodó, donde se lleva a cabo la Semana de Minas y Abril (una semana de cantos, ruedos, guitarra, que se inició en 1984 con una propuesta que nos planteamos con Santiago Chalar, a quién yo componía sus canciones que luego cantaba, y que seguirá cantando a pesar de que hoy ya haya desaparecido). A la izquierda, en lo alto, está la casa de los vascos. Para ir hasta allí, el ómnibus te lleva hasta la plazoleta de Río Branco y luego hay que caminar alrededor de veinte cuadras cuesta arriba. Este inconveniente no es fácil para mantener y darle participación a todas las actividades vascas.

Yo, por otra parte, tengo una muy buena relación con Danilo Maytía, que es integrante de Euskal Herría, en Montevideo. Pero poner algo conjuntamente en marcha no es fácil. El hecho de estar alejado del Centro también nos ha hecho sufrir algunos problemas que tiene el país entero, en cuanto a robos y demás. Se llevaron alguno que otro trofeo, por lo cual hemos contratado un sereno. Pero indudablemente el hecho de ser una casa alejada de la ciudad es un problema. Por ejemplo, los italianos en el centro Giuseppe Garibaldi están en el Centro y, por lo tanto, es fácil que se junten y que organicen distintas actividades culturales y recreativas. A nosotros se nos hace difícil y a ellos muy fácil. Minas se fundó en el año 1783 (se dio por construida) y Lavalleja en 1784. El origen de Minas [...] [tiene que ver con] que las autoridades del Virreinato consideraban importante traer desde España, principalmente desde Asturias o Galicia, familias para implantarlas en el medio de Argentina y Uruguay (pero mirando preferentemente para la Patagonia). Se les otorgaba una pensión mensual de un costo no muy liviano. Hasta que [...] en la Banda Oriental, en la zona de Minas, se encontraron en los arroyos pepitas de oro. De ahí viene el nombre de Minas. El cerro de Arequita es otro símbolo de esa época, ya que se encontraron metales y piedras preciosas,

amatistas... Se tomaron muestras y [se] enviaron a España. Se mandaron soldados, muchos vascos entre ellos, para observar el sitio. Uno de ellos (vasco) se cuenta que exclamó: "éste es el más bello reino de cuantos países he conocido". Efectivamente, es la belleza de Minas. Por ello, se mandó inmediatamente a conformar una pequeña población con los indios misioneros (aproximadamente ciento ochenta) y cuarenta familias españolas, que en realidad hoy constituyen las cuarenta casas del Centro de las cuales quedan sólo algunos restos. La casa de la cultura, hoy restaurada, es una de esas casas. Algo interesante a destacar es que la iglesia se encuentra separada de la plaza, a diferencia del resto [de las ciudades]. Esto fue hecho así porque en los reglamentos se exigía que [en] la iglesia, como era un lugar de oración, debía existir silencio y, por lo tanto, sería [construida] alejada del bullicio. Se deterioró mucho con la Guerra Grande y a partir de 1865 se comenzaron las reconstrucciones. Minas no es una gran ciudad, de gran población, pero lo que tiene es que se mire por donde se mire se ven los cerros y el verde del paisaje. La oferta turística de Minas se debe a esta naturaleza.

Volvamos a los vascos. Minas se funda en 1783. En 1813-14 hay un escrito que presentan los vecinos del cerro de Arequita (la gente que se dedicaba a la ganadería, que por esa fecha había un señor Juan Manuel Inzaurrealde). Somos una familia, entonces, que estamos prácticamente desde la fundación. Y de esa época hay muchos vecinos y personajes públicos con apellidos vascos. Hay un verso que lo compuse yo y que lo ha cantado también Cacho Labandera que dice: "vasco porfiado, sí, sí, vistiendo la boina vieja como un velero tallado sobre su doble cabeza, que trae la verdad desnuda del fondo de su conciencia como tallada de granito para que el mundo la vea. Aunque basta un ademán para decir dónde quiera que una palabra de Guernika vale por una sentencia. Palabra corta y aguda como una punta de flecha señalizando el camino poblador de sus carretas. Si Dios le dio manos grandes fue por la leche que ordeña, la piedra dura que arranca [...] y un corazón de gigante para su toca terneza, el vertical de su estilo y el hombre libre que lleva [...] y viajar con los dos (se refiere a la abuela y el abuelo) por el canal en penas sobre la barca de roble la que te trajo hacia América [...]. Quien quiera saber de vascos que pregunte en Lavelleja, los vascos [...] nacen siempre entre las piedras. Lo encontrarás con historia sirviendo a la Patria vieja, subido entre los guadales mayoral de dirigencia, capataz [...] de frontón en frontones, de herrero estirando rejas, de pulpero en las campañas, de sirtero en las cuadreras, bruto como una trompada pero por dentro una iglesia. Qué lindo venir de lejos por el canal de sus

venas y santiguarse en [...] su bandera [...] ha de llevar con orgullo como sólo un vasco lleva, la boina de sus abuelos y el sí, sí de su decencia".

En definitiva, somos y seguimos siendo eso. Más allá de que nos pesa la carga; si bien es cierto que no es personal pero de alguna forma nos toca el problema de ETA, el problema de la violencia, del desencuentro. Yo creo que siempre hay problemas entre los hombres, pero creo que hay que resolverlos mediante la razón. Podemos pensar distinto, pero no ser diferentes. Debemos respetar otras ideas para que otros respeten las nuestras. El vasco es, en ese sentido, un emblema, una cosa concreta de todas esas cosas que se esgrimen en el hombre. Y las vemos desarrolladas no solamente aquí. Hay colonias vascas importantes en la Argentina, en Paraguay, en Perú, en Venezuela y en distintos sectores de América, sobre todo de América del Sur. Estamos esparcidos por el mundo. Hay figuras vascas que han sido muy importantes para la humanidad, no solamente en cuanto al descubrimiento de nuevas tierras sino en su capacidad de hombre emprendedor, de su dirección hacia la libertad [sic]. Frecuentemente verán, si caminan, andan y viajan, esas separaciones en piedra que hay en los campos, que son de la época en que no había alambrado. Son kilómetros y kilómetros delineando su propiedad, asegurando su ganado.

Volviendo a la inquietud de ustedes, el deseo nuestro es poder sí ver de qué manera logramos una aproximación más concreta con los dos centros más importantes de Montevideo, que son Euskal Herría y el Euskaro. Danilo Maytía es el hombre que nos ha venido [a ver] más frecuentemente y fue el que delineó la casa de los vascos. Pero no es fácil, a veces, lograr los subsidios [...] [para] poder llevar adelante e irradiar la cultura vasca, que penetre en el pueblo. Creo que lo más importante es el sentido de libertad que tiene el vasco. El vasco es un hombre libre. Se siente un hombre libre. Es porfiado sí, ni qué hablar. Pero es un hombre noble, de pocas palabras, como todo hombre de montaña, porque ellos están recostados a los Alpes [...]. Cuando vino a América trató de llegar a las zonas serranas porque era más fácil para el tipo de ganadería que deseaba explotar, que era el ganado vacuno y [el] ganado ovino, sobre todo. Entonces, todo eso hace del hombre. Hay una definición muy linda de José Morosoli: el hombre es distinto en cuanto al lugar en el cual nace. El hombre de sierra tiene una forma distinta psicológicamente de ser que el hombre del llano y el hombre de mar. Es decir, el hombre [se define] en el paisaje: se vive dependiendo del lugar en el cual se nace.

Los primeros vascos que llegaron fueron mis bisabuelos. Yo nos los conocí pero conocí a mi abuelo, un hombre estupendo, porfiado pero estupendo. Me dijo dos cosas cuando era niño que perduran; me acariciaba la cabeza y me decía: "mijo, lindo es lo que a uno le gusta. No habrá nada imposible. Si te dicen: "eso no te queda bien", pero a ti te gusta, te lo pones y punto". Asunto solucionado. Mi hermano y yo íbamos mucho a la casa de mis abuelos. Mi abuelo era valenciano. Tuve la suerte de conocerlos: su forma cariñosa de ser pero también su forma más escueta de hacer las cosas. Jugadores de pelota. Les gustaba mucho el frontón. A mi padre también. Si ustedes se van a quedar, las voy a llevar a la casa de los vascos para que la conozcan. Tiene una hermosa vista de la ciudad de Minas. Si hay alguna pregunta que quieran formularme la van pensando y me la van diciendo en el camino.

Entrevistador/a: Le podemos hacer una pregunta cortita antes de ir allí: ¿Qué es para usted ser vasco?

Santos: Es una distinción. Es tratar de equivocarnos lo menos posible y estar más de acuerdo con el pensamiento de los abuelos y de la familia. Tratar de tener *una mano tendida* a eso que nos vino a través de los mares y que es parte de nuestra vida.

Entrevistador/a: Y según usted, ¿cuál sería el aporte de los vascos a la sociedad uruguaya?

Santos: Es muy importante, muy importante. Si recorren el panorama histórico de las grandes figuras de nuestro país (como gobernantes, gente de trabajo, estancieros importantes y ganaderos importantes) van a encontrar vascos por todos lados. Durazno tiene muchos vascos. Yo diría que en todo el país hay centros en donde se han radicado, porque quizá la tierra era lo que les venía mejor de acuerdo a sus costumbres o de acuerdo a la tierra que manejaban o al paisaje en el cual vivían.

Entrevistador/a: ¿Minas los atrajo por eso?

Santos: Claro, Minas los atrajo por eso. Si les parece las llevo hasta allí.

[En una excursión en auto por la ciudad, nos va contando la historia de cada lugar]

Santos: Tengo nueve nietos.

Entrevistador/a: Nueve nietos... ¿y todos viven acá?

Santos: Todos, al menos por ahora. Algunos ya están terminado secundaria. Acá [señalando una de las casas] tengo una tía, María Inazaurralde, de ciento seis años. En Gure Baserria, la primera presidenta, Marta Albariza, trabajó mucho aquí, y Maytía la ayudó sobre todo en la estructura arquitectónica para que esta casa fuera parecida a la vieja casa de los vascos. Tenía tres pisos. Abajo tenían la lechera con el ganado y arriba [vivía] la familia. Más o menos con esa *entonación* se hizo la casa.

Entrevistador/a: ¿Cómo nace el centro?

Santos: El centro nace por [...] la diversidad de familias vascas [que había] y [gracias a] una gran mujer (que aún vive) llamada Albariza. Se empezaron a hacer en un centro bastante proletario cenas semanales, adonde íbamos unos y otros, pero con la idea de lograr un ámbito más cómodo, nuestro. Así fue como se puso en marcha este proyecto, con la colaboración del Gobierno vasco también y muchas otras organizaciones y empresas. Se trató de elegir en cuanto a material, lo mejor. El proyecto ya había comenzado cuando llegó la ayuda destacada del Gobierno vasco. El presidente vino personalmente. Ya ahora está en marcha. Falta, claro, una cosa importantísima, con lo cual yo, como presidente de la colectividad, me siento comprometido, que es el problema del acceso al centro. Hay un problema también de inseguridad: hasta determinada hora es seguro, pero después, en la noche, esta zona es muy intranquila. No es tan fácil. Por eso, de un tiempo a esta parte se aquietó [la concurrencia] más de lo que nosotros esperábamos en un principio. Ojalá que pronto pueda revertirse esta situación, aunque no lo veo muy fácil, no hay otra forma de eludir la distancia que nos separa del Centro de la ciudad de Minas. Son muchas cuadras para caminar. Ustedes vayan preguntando que yo voy contestando mientras vamos recorriendo.

Entrevistador/a: ¿Sigue teniendo familiares en el País Vasco?

Santos: Y seguramente sí, con toda seguridad...

Entrevistador/a: Pero no mantiene...

Santos: No, no mantengo correspondencia ni nada. Yo estuve en España, en Madrid, en Barcelona, en Valencia, pero no fui a Guipúzcoa. Allí seguramente quede alguien. El apellido se debe escribir un poco distinto al de nosotros: Intxauralde.

Entrevistador/a: Porque quiénes vinieron fueron sus abuelos...

Santos: No, vinieron los padres de mis abuelos. Porque ese señor que les dije, Juan Manuel Inzaurrealde, que aparece en 1813, tuvo que haber sido mi bisabuelo. Mi abuelo nació acá en 1873. Y son unos cuantos en esta zona. Hay un mapa que muestra que eran dueños de grandes extensiones de tierra.

Entrevistador/a: ¿Qué significado tiene el apellido Inzaurrealde?¹⁵

Santos: Tengo entendido, porque he buscado en diccionarios y alguien me ha informado, que es algo así como "rodear el palo" o algo así. Pueden visitar después el centro de pelotaris, que está a una cuadra más o menos del Centro. Hay una cancha de frontón muy linda, muy buen frontón, y buena cancha de bochas. También pueden visitar la Casa de la Cultura y la confitería Irisarri, que abajo tiene una especie de museo muy antiguo y muy bonito.

Entrevistador/a: ¿La confitería Irisarri es vasca?

Santos: No, es catalana. Manuel Irisarri... Otegui hay mucho en Minas. Hay muchísimos apellidos en vascos acá.

¹⁵ El apellido "Inzaurrealde" tradicionalmente se conoce como INCHAURREALDE (Intxaurrealde). Su significado es el siguiente: Casa solar. Fuente: Jaime de Querejeta: *Diccionario Onomástico y Heráldico Vasco, Tomo III*, pp. 60-62 (extraído de una página web. Falta link).

Maite Bengoa Tejería

Maite Bengoa es directora del grupo de danza Eusko Indarra, el cual funciona en el marco del centro vasco Haize Hegoa.

Entrevistador/a: ¿En qué año llegaron tus familiares al Uruguay?

Maite: En primer lugar, yo soy uruguaya, hija de vascos, de ambos lados: mi padre y mi madre. Mi papá llegó en 1948 y mi mamá en 1952. Mi papá vino con un contrato de trabajo para la construcción; venía de la posguerra. El empresario que lo contrató lo fue a buscar al puerto. Vino con un hermano y un compañero del mismo pueblo, directamente a trabajar. Mi padre fue el primer integrante de la familia en llegar. En el caso de mi madre, vino a vivir con una tía, que era tía y abuela a la vez (un lío de familia). Los Tejería, la familia de mi mamá, hacía muchos años que estaba acá, en un campo en Tacuarembó, que iba pasando de sobrinos a tíos; éstos iban a buscar las novias al País Vasco. Una sobrina que se casó con uno de los tíos, que además era viuda y tenía dos hijos, fue la que mandó a buscar a mi mamá para que la ayudara con los chicos y, también, para que conociera América, porque ése era su sueño. Acá se conoció con mi papá, se casaron y me tuvieron. Cuando yo tenía siete años, ella volvió conmigo al País Vasco a visitar a los abuelos y a que los conociera.

Entrevistador/a: ¿Cómo fueron los primeros años de tu familia en Uruguay?

Maite: Cuando mi padre vino a Uruguay empezó como albañil, pero luego creó una empresa de construcción. Como tenía conocimientos de trigonometría empezó a estudiar planos y a trasladar las cosas que le daba el arquitecto (materiales) para construir una casa. Y lo pudo hacer, junto con sus hermanos, que trabajaban como oficiales en las distintas obras. Lo importante es que estando en Uruguay tuvo la oportunidad de hacerlo. Mi padre ya vino con un contrato de trabajo. Tal vez, si se hubiera quedado allá, hubiera sido un albañil, heredero de su padre. En ese entonces en el País Vasco no existía la posibilidad de subir de status y, en cambio, acá tuvo una pequeña empresa y trabajó para el Banco, para el Estado, incluso, colaborando en aquello que era nacionalizar lo uruguayo. La posibilidad de tener hijos que pudieran estudiar allá era tan difícil, y acá era relativamente fácil. Eso era lo fundamental para ellos, porque allá también existían las leyes de mayorazgo, que no te permitían estudiar. Esta inserción terminó por dar hijos que fueron ganaderos, dueños de tierras, gente con influencias, caudillismo y demás.

En una ocasión, un compañero que ha estudiado mucho a los vascos en Argentina, me comentaba que la inmigración vasca de ese país y la de Uruguay habían sido muy distintas. En su opinión, la intelectualidad vasca (poetas, artistas) se había radicado en Argentina y, en cambio, para acá vino una inmigración de trabajadores (principalmente en la posguerra última). Mucha de esa gente se transformó en nuevos ricos. Las familias que asistían al Centro Euskal Herria eran de un nivel mucho más elevado que los inmigrantes que vinieron más tarde. En cambio, la gente que asistía al centro Euskaro Español era, no económicamente de menos recursos, sino menos "culto". La mayoría de la gente que iba al centro Euskal Herria no era vasca, sino descendientes. Eran dos grupos de gente distinta y, a pesar de que todos ellos eran socios de ambos centros, tenían reuniones y fiestas muy diferentes. Lo que sucedía era que el hecho de ser socio del centro Euskal Herria daba un rango de distinción social. Esas dos distinciones reflejaban las diferencias entre el inmigrante recién llegado al país y el descendiente vasco, que generalmente ya había mejorado su situación social. Quizás alguno de ellos se acordará con cariño de sus abuelos, pero no sé con qué orgullo los tendría sentados en la misma mesa, si pudiera hoy día convivir con ellos.

Entrevistador/a: ¿El Estado uruguayo ha dado alguna facilidad para la inmigración vasca, o a la comunidad vasca que se encuentra radicada aquí?

Maite: En la actualidad pienso que depende de con quién hables. Hemos pasado por gobiernos blancos, colorados, dictaduras y ahora frenteamplistas, y siempre vas a encontrar personas con actitud positiva hacia nosotros, pero no por eso el Gobierno fomenta una cultura diferente. Me parece que una de las funciones del Gobierno uruguayo es, justamente, la de fomentar la cultura uruguaya. Nosotros necesitamos un espacio, ya que no tenemos una sede para nuestro centro. Por ello hemos realizado varios proyectos con la intención de tener un lugar para nosotros, pero que también sirva para la comunidad uruguaya en general. Pero todo quedó en proyectos, ya que no han aceptado nuestras propuestas. Muchas veces nos ha pasado de ser invitados a un desfile y que haya problemas con la bandera: por el hecho de salir con la española o con la vasca. Tenemos siempre que aclarar que somos una colectividad vasca y que nos corresponde, por lo tanto, salir con la bandera vasca, ya que no tenemos que ver ni con los españoles, ni con los franceses, ni nada. Si no podemos desfilas así, entonces optamos por retirarnos.

Desde hace ya un tiempo se entrega un premio en una Sociedad de Estudios Vascos de EE.UU. Todos los años se premia a una persona en un país, como representante de determinadas cosas de la cultura vasca. Por ejemplo, podría otorgarse un premio al ovejero como representante de la

mayor parte de la comunidad vasca. Cuando le tocó el turno a Uruguay, nosotros propusimos que como la mayoría de los uruguayos tienen algún descendiente vasco, entonces, el representante de esta cultura sería el presidente. Se nos ocurrió ofrecerle dicho premio al presidente de turno en representación de los uruguayos descendientes de vascos, de los inmigrantes. Hicimos una carta invitando al presidente y explicando los motivos de dicha convocatoria. No hubo respuesta porque de alguna manera la mala prensa había incidido [...]. El presidente, a pesar de tener apellido vasco, no tenía ningún interés en ser asociado o reconocido como vasco. Tabaré Vázquez, por ejemplo, aceptó el reconocimiento del centro Euskal Herria como socio honorario.

Entrevistador/a: ¿Cuáles son las principales instituciones vascas en el Uruguay?

Maite: En Montevideo, están el centro Euskal Herria y nosotros, el Haize Hegoa. Haize Hegoa concentra gente de medios sociales muy distintos [...]. No nos interesa si posees o no un apellido vasco; nos interesa que trabajen para difundir la cultura vasca. Haize Hegoa significa: viento del Sur, y tenemos un grupo de baile que se llama Eusko Indarra, esto significa: fuerza vasca. Este centro integra la Federación de Instituciones Vascas del Uruguay (FIVU), junto con el centro vasco de Carmelo, el de Rosario y el de Durazno. Los otros centros vascos de Salto, Lavalleja y Euskal Herria de Montevideo no están en la Federación. Yo, por mi parte, soy socia vitalicia del centro Euskal Herria. Lamentablemente, el centro Euskaro Español, desde el punto de vista de lo vasco, no está realizando ninguna actividad, aunque sí tiene actividades propias del barrio.

Entrevistador/a: ¿Qué actividades realiza el Centro Haize Hegoa? ¿Cómo se llega a ser socio?

Maite: En este centro solamente tenés que venir y participar. Incluso, en este momento, no estamos cobrando la cuota social; de lo contrario se complicaría bastante. Sí tenemos socios colaboradores que vienen y ayudan. Lo que nos interesa es que participes, que trabajes y te integres. No tenés restricción ni por apellido, ni por sexo, ni por nada. En cambio, para ser socio activo de Euskal Herria tenés que ser descendiente, o sea tener apellidos vascos dentro de los cuatro primeros, y los dos primeros deben ser vascos para poder integrar el Consejo. Socio *activo* significa que tenés derecho a votar, a opinar; si no podés ser socio *colaborador* durante veinticinco años y así podés pasar a ser socio *colaborador activo*. La cuota social es igual para todos, ni más ni menos para uno u otro socio. Pero si no tenés apellido vasco dentro de los cuatro primeros tenés que esperar veinticinco años para tener derecho a voto: ¡veinticinco años!

Es una estructura totalmente distinta. Incluso, hoy en día, si quisieran renovar ese estatuto, no lo podrían hacer.

Entrevistador/a: ¿Haize Hegoa mantiene contacto con otras comunidades del Interior de nuestro país?

Maite: Nosotros somos un centro vasco abierto a la comunidad. Nuestras actividades van orientadas no sólo a la comunidad vasca, sino también a la sociedad uruguaya en general. Cuando hacemos actuaciones con nuestro grupo de baile, que pueden ser organizadas tanto por la Intendencia como por organismos tales como AUPI o en beneficio de escuelas, siempre los hacemos mostrando la cultura vasca a toda la sociedad uruguaya. Y esto es debido a que nos sentimos parte integrante de los uruguayos. En este sentido, aportamos lo que mejor sabemos hacer, que es nuestro *ser vasco*. Eso no quiere decir que quedemos encerrados en ello, sino todo lo contrario, consideramos que [...] lo vasco es interesante y hemos notado que a la gente le interesa lo que hacemos, tengas o no tengas algo que ver. Hay gente que tiene una abuela o un pariente vasco, pero hay otros que no tienen ninguna relación y, sin embargo, demuestran interés.

Entrevistador/a: ¿Como integrante de la comunidad, tenés algún vínculo con el País Vasco? Y si es así, ¿a través de que medios?

Maite: Allá quedan todos los hermanos de mamá, siete hermanos, once primos, y sus hijos. Por el lado de mi padre tengo tres tíos y cinco primos en Euskadi y dos tíos en Uruguay. Nos comunicamos más por teléfono que por Internet. De allá nos llegan noticias por medio del Canal Vasco que sintonizamos para así enterarnos de lo que pasa en Euskadi.

Uno de los legados vascos más importantes que encontramos en el Uruguay de hoy es la gastronomía. Este acervo atesorado durante generaciones ha dado nacimiento a una nueva cultura culinaria. La cocina vasca fusiona la alta gastronomía con el empleo de recetas y técnicas ancestrales y caseras. El apego que los vascos tienen por sus tradiciones acompaña a su historia, ya que sus caseríos han guardado costumbres culinarias, en las que se integran usos ancestrales con aportes exteriores. La participación vasca en el descubrimiento de América ha dejado su impronta en el uso de vegetales y legumbres que hoy forman parte de la gastronomía vasca. Otro elemento importante que sigue vivo en la actualidad son las danzas y celebraciones que fueron traídas por estos inmigrantes a nuestro país. Ejemplo de ello son las celebraciones de los santorales y las conocidas tabernas.

Nosotros consideramos que las tradiciones vascas están insertas en la sociedad uruguaya ya que las cosas no están separadas, no son islas; toda cultura está enganchada con otra, y la nuestra también. Dentro de la cultura uruguaya está arraigado el concepto del vasco *derecho*, de palabra. Pero también está el concepto del vasco *bruto*. No sólo son características las positivas sino también las risibles, aquellas sobre las que podés hacer burla. Para mí, que todos los vascos somos trabajadores o de palabra no es así. Esto sí puede ser un ideal, porque ha habido vascos de todos los colores. El tratar de encontrar el defecto en los otros y planteárselo es muy humano. Yo pienso que acá se podría ver una parte de la inmigración vasca muy interesante, lo que yo llamo los vascos *atorrantes*. Por otra parte, llegaron montones de vascos que habiendo bajado del barco decidieron olvidarse de todo, cambiando no sólo de país sino también de vida y de idioma. Hubo gente que prefirió olvidarse porque esa situación le resultaba muy traumática. Sin embargo, otros decidieron formar el centro vasco para seguir con sus costumbres.

Como centro vasco, tratamos de mantener nuestras tradiciones. Yo las vivo muy de cerca porque mis padres son los dos venidos de allá, y mi casa fue y es la casa del pueblo. Todo mi ámbito ha sido más vasco que uruguayo. Eso te impulsa también a que tengas determinadas cosas estructuradas a seguir, a festejar, a tratar de comer tal cosa en tal fecha y demás. Ahora, por ejemplo, viene la celebración de San Juan y como pensamos hacerlo en un lugar al aire libre, queríamos convidar a los presentes con una bebida caliente. Entonces, busqué en las viejas recetas vascas y encontré una bebida que se llama *Zurracapote*, que lleva vino caliente, canela, ron, café y pasas de uva. Esta celebración se realizará el 23 de junio frente al Cabildo, porque tiene que hacerse en un cruce de calle.

Como platos típicos, te puedo señalar (y que a mí me gustan mucho) los calamares en su tinta, el bacalao *al pil-pil* con morrones, la *piperrada* con morrones asados, pelados y ajito, acompañado con cerdo o con pollo y una salsa roja. La merluza en salsa verde, sopa de ajo, el mondongo preparado con pimentón, patitas de cerdo, cebolla, morrón, ajito, acompañado con una salsa roja y picantona. Dentro de la cocina vasca se utiliza mucho la verdura, eso sí, muy cocida. A mí me gusta toda la cocina vasca, y yo "como vasco". No es una cocina complicada. Es, además, de estación. Nosotros, en esta casa preparamos muchas cosas en conservas, como tomate, duraznos en almíbar, vino. Esa necesidad de tener por si llegan los tiempos difíciles tal vez sea algo que trajeron mis padres como inmigrantes. En Uruguay tenemos algunas cosas que están como congeladas con respecto al País Vasco, que se conservaron en

determinada forma. Tenemos ese amor por las cosas de antes y buscamos la forma de hacerlas ahora. Allá, en Euskadi, hay gente que nos acompaña en esta idea, pero otras, en cambio, tratan de estar en la última de la última, sin importarles para nada la tradición. ¿Por qué?, porque saben que hay otros que tratan de conservarla. Acá, si no lo hacemos nosotros, no lo va a hacer nadie. Sentimos una especie de obligación de continuar con la tradición.

Entrevistador/a: En tu opinión, ¿cuál sería el legado vasco a esta sociedad? ¿Qué significa para vos ser vasca?

Maite: Es un sentimiento. No puedo pensarme partida. Por ejemplo, si jugara al fútbol Uruguay y el País Vasco, me pondría del lado de Uruguay. Así, y en todas las competencias. Yo me siento uruguaya, pero son muchas las cosas en mi vida que hago como vasco: como en vasco, hablo con mi madre en vasco (y de temas vascos), veo el informativo vasco y estoy enterada de lo que sucede en Euskadi. Pero no dejo de estar en Uruguay. Con seis años viajé al País Vasco, fueron veinte días en barco y los siete años los cumplí allá. Cuando llegué hablaba el castellano con el acento de acá y todos se burlaban. Lo más gracioso es que cuando volví, se burlaban también porque decían que hablaba en gallego, cosa que me molestaba mucho.

Entrevistador/a: El pueblo vasco fue históricamente muy católico, pero parecería que en la actualidad ello ha ido cambiando, al menos en lo que respecta a los descendientes.

Maite: La religión depende de la región o el país del que se esté hablando. En el País Vasco la religión católica está muy diluida, y si bien sigue estando presente, la gente joven, principalmente, no la practica de manera tan estricta. En los centros sociales de Uruguay se prohíbe hablar de política y religión, y creo que también de fútbol, para evitar motivos de pelea. De todas formas, en cualquier fiesta que se celebrara, habiendo misa y comida, el resto no importaba; se podía celebrar un partido de pelota vasca o una danza, pero la comida y la misa eran infaltables. Nosotros, en Uruguay, no tenemos una tradición religiosa. Nos ha pasado que cuando vamos a la Semana Vasca en Argentina tenemos problemas en la misa porque en determinado momento de la consagración las banderas se bajan, pero la uruguaya no. Terminamos, entonces, con la bandera uruguaya fuera de la Iglesia. En el caso de Argentina, en toda fiesta vasca la misa siempre está presente, porque la Iglesia forma parte de la sociedad. Cuando nosotros hacemos actividades la misa no tiene importancia, pero para los vascos inmigrantes sí la tenía porque formaba parte de su vida.

Entrevistador/a: Algunas comunidades de inmigrantes tienden a formar su familia con personas de su propio grupo, ¿en el caso de los vascos ocurre lo mismo?

Maite: En la Facultad de Humanidades estuvimos haciendo, en antropología biológica, un trabajo sobre los casamientos dentro de la misma colectividad. En éste se decía que los que más se casaron entre sí fueron, primero, los llegados de las Islas Canarias, y después, los vascos-franceses. No hay que olvidarse que los vascos venían con otro idioma. Hablar, entonces, el mismo lenguaje dentro del matrimonio era bastante importante. También está el hecho de poder seguir las mismas tradiciones. Lo que en un momento me resultó raro era la cantidad de tanos que se casaban con vascas. Comentando este caso con un vecino, que es italiano, me decía que cuando él llegó a Uruguay había muy pocas mujeres italianas y, por eso, ellos iban a bailar a los clubes andaluces, españoles, vascos o gallegos, que era donde encontraban mujeres. Destacó que éstas eran comunidades más abiertas, donde había más cantidad de mujeres solas que habían inmigrado por la guerra, la miseria o el hambre.

Entrevistador/a: Nos gustaría saber cuál es tu visión sobre la integración de los vascos en el Uruguay. ¿Qué percepción te parece que tiene la sociedad uruguaya de lo vasco?

Maite: La sociedad uruguaya asocia lo vasco con dos aspectos. Por un lado, un aspecto positivo: el vasco derecho, trabajador. También hay una línea que lo asocia a todo lo *raro*. Este es un concepto cultural que está en desuso, pero todavía hay gente que lo mantiene. La cultura vasca no ha sido una cultura aislada; hay toda una teoría que la sostiene, que afirma que el pueblo vasco se mantuvo porque estaba en lo alto de los Pirineos. Pero, en conceptos más modernos, se supo que pasó por allí el Camino de Santiago y que los vascos tenían más contacto con las modas de Inglaterra que la misma Madrid. Es un país de paso donde los Pirineos están más bajos. Allí, y en Cataluña. Si mantuvimos la cultura vasca como tal es porque nos enriquecemos con muchas cosas que han traído varias culturas y las *vasconizamos* [sic]. Se tiene, entonces, una visión positiva hacia lo vasco, pero de rareza también. En muy pocas cosas se puede decir que los vascos somos totalmente distintos a todos. Somos europeos, pero un aspecto positivo de los vascos es que han tomado elementos de otras culturas y los han adaptado. Hemos tomado cosas de los celtas, de los romanos y las *vasconizamos* [sic], las hicimos nuestras y las conservamos, mientras otras culturas las perdieron. Seguimos la tradición y la conservamos, pero agregándole diversos elementos que hacen de la tradición algo más grande. A veces me cuestionan por qué utilizamos en los bailes las castañuelas, y siempre contesto lo mismo: sí, los vascos bailaban también con las castañuelas. Lo que sucede es que se piensa la tradición [...] [reciente], y ésta viene de mucho tiempo antes.

Existe, también, otra corriente, bastante particular, que tiene que ver con la política actual y con el terrorismo, la ETA, y todo lo demás. Por un lado, entonces, nos aman porque somos *raros*, y por el otro, nos odian porque somos vascos. No importa la ideología que tengas o dejes de tener. Si decís: "soy vasca", y no decís: "soy española", ya con eso parece que te colocás un cartel que dice: "soy terrorista y apoyo a ETA". Esto es producto de una muy mala prensa. Nos hemos encontrado en muchos lugares haciendo eventos culturales con gente que cree esto, y por ese motivo se nos limita muchas veces la participación. Esto no tiene nada que ver con el centro vasco, sino con lo que hay en este momento en la prensa: se dan sólo las malas noticias respecto a los vascos. Esto ocurre tanto allá [País Vasco], como acá. Nosotros tenemos simultáneamente la televisión española y la televisión vasca. El otro día nos resultó muy graciosa una encuesta realizada en el País Vasco acerca de la opinión de la gente sobre mudarse a otro lugar a causa de la situación allí con el terrorismo. En la televisión española aparecía que más del 30% de las personas del País Vasco tenían intención de irse de allí por la situación insostenible de terrorismo, etc., etc. Por otro lado, la televisión vasca decía que más del 60% de las personas estaban conformes con el modo de vida en el país. Era gracioso porque pensás: medio lleno, medio vacío, todo depende de la visión con que mires. Esto ocurre con todo, con una propaganda o una política a nivel del Estado. También sucede aquí en Uruguay, porque el Estado uruguayo no es neutral en el tema.

[Antes de terminar, Maite nos dijo algunos dichos populares típicos de su comunidad].

Maite: Hay un dicho muy conocido: "donde hay dos vascos, hay tres opiniones". Y esto es muy cierto. Hay un cuento también, que hacía mi padre. En una isla desierta naufragan un francés, un inglés y un vasco. El francés dice: "bueno, hay que empezar a buscar comida", el inglés, en cambio, sostiene que lo primero es buscar un refugio por si llueve, y el vasco dice: "no, lo primero es el Gobierno". Entonces, los otros dos le discuten que está loco y que en ese momento lo que menos importa es hacer un Gobierno y que lo más importante es tener comida y en dónde dormir. El problema fue que como el vasco es tenaz y cabeza dura, seguía y seguía insistiendo, ¡y no aflojaba! Entonces, los otros dos terminaron cediendo y le dijeron: "¡está bien!, ¡hacemos Gobierno!, ¡vos sos el presidente y ya está!". A lo que el vasco responde: "¡ah no!, ¡yo, oposición!". Está presente, entonces, la idea de que con el Gobierno nunca se está. El vasco ama la libertad. Había otro cuento también. Llegan unos vascos a un lugar que estaba en guerra. Uno de ellos pregunta: "¿quién pelea?". A lo cual responden: "el Gobierno contra fulano".

Entonces, los vascos se miran y responden: "nosotros, entonces, ¿estamos a favor de fulano!". No les importaba para nada quién fuera el contrario, solamente les interesaba apoyar al *contra*. Siempre, el vasco, tenía que ir en contra. No estar en la línea de quien gobierna es parte de la tradición vasca. Hoy en día, una buena imagen del centro vasco ante el Gobierno es importante, pero nosotros no somos de *estar* con esos contactos. Sí somos invitados a muchos eventos, que están vinculados a organismos gubernamentales. Estamos inmersos en este trabajo simplemente porque supone un aspecto cultural, pero no nos importa que tenga de intermediario al Gobierno.